

# **TESIS DOCTORAL**

**AÑO 2017**



## **ANÁLISIS SOCIO-ECONÓMICO DE LA CRISIS: CRÍTICA FILOSÓFICO-POLÍTICA DEL PRESENTE**

**CARLOS TAPIA DE LA FUENTE**

**PROGRAMA DE DOCTORADO EN FILOSOFÍA**

**D. FERNANDO QUESADA CASTRO (UNED)**

**D. BERNAT RIUTORT SERRA (UIB)**

# **TESIS DOCTORAL**

**AÑO 2017**



## **ANÁLISIS SOCIO-ECONÓMICO DE LA CRISIS: CRÍTICA FILOSÓFICO-POLÍTICA DEL PRESENTE**

**CARLOS TAPIA DE LA FUENTE**

**PROGRAMA DE DOCTORADO EN FILOSOFÍA**

**D. FERNANDO QUESADA CASTRO (UNED)**

**D. BERNAT RIUTORT SERRA (UIB)**



# ÍNDICE

<b>INTRODUCCIÓN: LA NECESIDAD DE LA ACCIÓN POLÍTICA .....</b>	<b>1</b>
---	----------

<b>CAPÍTULO I. EL PROCESO DE AUTONOMIZACIÓN DE LA CIENCIA ECONÓMICA .....</b>	<b>14</b>
---	-----------

<b>1. EL CONTEXTO IDEOLÓGICO .....</b>	<b>24</b>
1.1. EL OCASO DE LA ESCOLÁSTICA Y EL ASCENSO DEL MERCANTILISMO .....	24
1.2. RELIGIÓN, CIENCIA E ILUSTRACIÓN .....	49
1.3. EL CONTEXTO IDEOLÓGICO .....	78
<b>2. LA EVOLUCIÓN HISTÓRICA DE LA CIENCIA ECONÓMICA .....</b>	<b>86</b>
2.1. LA ESCUELA FISIOCRÁTICA: UNA REACCIÓN ANTE LA REVOLUCIÓN INDUSTRIAL .....	92
2.2. LA ECONOMÍA POLÍTICA Y LOS CONCEPTOS BÁSICOS DE LA NUEVA CIENCIA .....	97
2.3. LA SISTEMATIZACIÓN NEOCLÁSICA .....	109
2.4. LA REVOLUCIÓN KEYNESIANA Y LA CONSOLIDACIÓN DE LA SABIDURÍA CONVENCIONAL .....	114
2.5. EL MONETARISMO: LA APERTURA A LA ECONOMÍA GLOBAL.....	128
<b>3. LA ARTICULACIÓN DE LA CIENCIA ECONÓMICA.....</b>	<b>136</b>
3.1. CATEGORÍAS ECONÓMICAS .....	138
3.2. LOS AXIOMAS IDEOLÓGICOS.....	167
<b>4. LA DESCONEXIÓN SOCIAL DE LA CIENCIA ECONÓMICA.....</b>	<b>184</b>
4.1. LA ATOMIZACIÓN SOCIAL.....	185
4.2. LA ABSTRACCIÓN DEL ENTORNO SOCIAL.....	191
4.3. LA DEFENSA CONTRA LAS ALTERNATIVAS CRÍTICAS.....	195

<b>CAPÍTULO II. EL IMAGINARIO SOCIAL GLOBAL: LA HETERONOMÍA DEL PRESENTE.....</b>	<b>198</b>
---	------------

<b>1. EL IMAGINARIO SOCIAL GLOBAL: UNA APROXIMACIÓN DESDE LA CIENCIA ECONÓMICA .....</b>	<b>200</b>
1.1. EL CONCEPTO DE IMAGINARIO SOCIAL .....	200
1.2. LA CONFORMACIÓN DE LA SOCIEDAD OPULENTA: LA ECONOMÍA DEL BIENESTAR .....	212
1.3. MONETARISMO Y GLOBALIZACIÓN FINANCIERA .....	237
1.4. LA FUNCIÓN DE LA DEMOCRACIA LIBERAL OCCIDENTAL.....	252
<b>2. REDUCCIONISMO SOCIAL .....</b>	<b>259</b>
2.1. DEL INDIVIDUO AL SUJETO POSESIVO.....	265
2.2. NECESIDAD Y CONSUMO .....	270
2.3. RELATIVISMO, LENGUAJE Y COMUNICACIÓN .....	275

2.4. REDUCCIONISMO DE LA LIBERTAD.....	283
2.5. DEL GOBIERNO A LA ADMINISTRACIÓN.....	289
<b>3. LA CONSOLIDACIÓN DE LA HETERONOMÍA SOCIAL.....</b>	<b>293</b>
3.1. EL ESTADO HOMOGÉNEO UNIVERSAL: PARADIGMA DE LA GLOBALIZACIÓN... 294	
3.2. EL FRACASO DE LOS ENEMIGOS EXTERNOS.....	298
3.3. LA DEMOCRACIA COMO OBSTÁCULO: MERCADO Y ANOMIA SOCIAL.....	302
3.4. EL PUNTO FINAL IDEOLÓGICO: EL DOGMA ECONOMICISTA DE LA SOCIEDAD GLOBAL.....	313
<b>4. EL MONISMO IDEOLÓGICO DESDE LA ILUSTRACIÓN.....</b>	<b>317</b>
4.1. HISTORIA Y CONFIGURACIÓN DE LA SOCIEDAD.....	317
4.2. EL IDEAL PROMETEICO: EN BUSCA DE LA PERFECTIBILIDAD HUMANA.....	325
4.3. LA NORMATIVIDAD DE LAS REVOLUCIONES ILUSTRADAS: EL DEBER SER SOCIAL.....	333
4.4. EL AFIANZAMIENTO DEL MONISMO IDEOLÓGICO.....	339
<b>CAPÍTULO III. FILOSOFÍA POLÍTICA Y AUTONOMÍA SOCIAL.....</b>	<b>347</b>
<b>1. DEFINIENDO EL PRESENTE: CICLO ECONÓMICO Y CRISIS SOCIAL.....</b>	<b>349</b>
1.1. LA CRISIS ECONÓMICA.....	349
1.2. EL CICLO ECONÓMICO: LA MODIFICACIÓN DE UNA ESTRUCTURA SOCIAL DE ACUMULACIÓN.....	356
1.3. EL ðVELOö ECONÓMICO O EL MANTENIMIENTO DEL ORDEN SOCIAL.....	369
1.4. REFORZANDO LA HETERONOMÍA: LA POTENCIACIÓN DEL CICLO ECONÓMICO.....	376
<b>2. LA QUIEBRA DE LOS PILARES DE LA DEMOCRACIA LIBERAL.....</b>	<b>385</b>
2.1. LOS IMAGINARIOS POLÍTICOS.....	385
2.2. LA SOCIEDAD BUROCRÁTICA.....	392
2.3. EL MESIANISMO POLÍTICO.....	395
2.4. EL OCASO DE LA DEMOCRACIA LIBERAL.....	399
<b>3. LA NECESIDAD DE UN NUEVO IMAGINARIO POLÍTICO Y LA AUTONOMÍA SOCIAL.....</b>	<b>407</b>
3.1. LA FUNCIÓN DE LA FILOSOFÍA POLÍTICA.....	407
3.2. LA NORMATIVIDAD POLÍTICA.....	413
3.3. UNA ACTITUD CRÍTICA: LA RECUPERACIÓN DE LA VISIÓN ILUSTRADA.....	418
3.4. LA AUTONOMÍA SOCIAL.....	426
<b>4. DEL INDIVIDUO AL COLECTIVO.....</b>	<b>430</b>
4.1. LA PERSPECTIVA ANTROPOLÓGICA DEL SER HUMANO.....	432
4.2. MÁS ALLÁ DEL BIEN ÚNICO.....	437
4.3. IGUALDAD Y PLURALIDAD: LA INDIVIDUALIDAD PLURAL.....	441
4.4. LA AUTO-TRANSFORMACIÓN Y EL CONTEXTO CULTURAL.....	442
4.5. LA AUTO-CREACIÓN SOCIAL.....	444
4.6. ¿UNA BASE MÍNIMA UNIVERSAL?.....	448
<b>CONCLUSIONES.....</b>	<b>453</b>

**BIBLIOGRAFÍA ..... 469**

## INTRODUCCIÓN: LA NECESIDAD DE LA ACCIÓN POLÍTICA

En la etapa final de la Guerra Fría, el autor francés de origen griego Cornelius Castoriadis realizaba un análisis de la situación socio-política de ambos polos rivales: los países industrializados occidentales y el sistema totalitario soviético<sup>1</sup>. Observaba nuestro autor que en ambos casos se había impuesto un sistema burocrático, en sus versiones fragmentaria y totalitaria, que se traducían en una heteronomía social, es decir, en el abandono de la reflexión política sobre el propio desarrollo y la dejación de esta responsabilidad social en una instancia externa, en una ley extra-social que permitía justificar el orden social imperante.

En el caso del sistema totalitario soviético parecía que se había terminado por imponer la prognosis que Friedrich A. Hayek había realizado 40 años antes en su célebre *The Road to Serfdom*. El autor de origen austriaco desarrolló sus tesis en un contexto dominado por los efectos negativos derivados de la crisis de 1929 y que dominaron toda la década de 1930, creando, en opinión de otro autor de origen austriaco, Karl Polanyi, un desarraigo en el individuo moderno que condujo a la búsqueda de una alternativa que sacrificase la libertad individual en favor de un bienestar colectivo, y que desembocó en el fascismo y el nacionalsocialismo<sup>2</sup>. El estancamiento que se impuso sobre la economía de los países que dominaban el mundo generó dudas sobre la viabilidad del liberalismo económico asociado al sistema neoclásico que se había impuesto a finales del siglo XIX, provocando una renovada admiración hacia la capacidad del comunismo de acelerar el proceso de industrialización de un vasto país agrícola como era la Rusia zarista, así como la capacidad de la economía planificada de generar riqueza y crecimiento, distribuyéndola hacia toda la población. Esta simpatía hacia el sistema comunista se transformó en algunos sectores europeos conservadores en comprensión hacia el movimiento nacional socialista que emergía en Alemania en la misma década de 1930, y la posibilidad de que significase la siguiente etapa de transformación del capitalismo en comunismo. En el

---

<sup>1</sup> La obra en la que realiza este análisis de la hipertrofia militar en Rusia como fruto de su confrontación con los Estados Unidos, *Devant laba guerre*, se publica en 1981. Sin embargo, la edición de esta obra en Polonia se publica en 1985, ocasión para la cual escribe un nuevo prefacio en el que aborda esta cuestión.

<sup>2</sup> K. Polanyi, *La Gran Transformación*, Buenos Aires: FCE, 2007, pp.283-296.

caso de F.A. Hayek, sin embargo, se transformó en una creciente preocupación por esta tendencia hacia los colectivismos de ambos signos. Su reacción se proyectó en la obra que publicó por primera vez en 1944, en la que aboga por impulsar un capitalismo de base neoclásica que, no solamente no colisionaba con la democracia, como lo hacían los colectivismos en auge, sino que era el único sistema capaz de asegurarla. En definitiva, lo que nuestro autor pretendía era poner de relieve que cualquier tipo de colectivismo económico nos llevaba a la servidumbre del totalitarismo, es decir, a un ataque directo a la libertad individual que pretendía imponer los valores y preferencias de los planificadores, derivando en la imposición de la servidumbre del individuo al colectivo<sup>3</sup>.

Sin embargo, el rechazo de F.A. Hayek hacia la autoridad de la historia como instancia externa que dirigiese el devenir social se convierte en la postulación de la ciencia económica para desempeñar el mismo papel, es decir, en la confianza en el mecanismo de mercado de la esfera económica como herramienta generadora de un orden social espontáneo. Este es el hecho que C. Castoriadis observaba unos pocos años antes de la caída del Muro de Berlín y la autodisolución posterior de la Unión Soviética, la existencia de una doble heteronomía: la heteronomía que había marcado el devenir de la sociedad soviética, y la heteronomía que enraizaba en el desarrollo de la ciencia económica y se estaba imponiendo durante la década de 1980 gracias a la influencia del discípulo norteamericano de la escuela austríaca, Milton Friedman. Este economista norteamericano, apoyándose en la visión de F.A. Hayek, defendía el mecanismo de mercado aplicado a la sociedad para asegurar una libertad individual ilimitada que, en última instancia, subyugaba la igualdad democrática<sup>4</sup> y que, de forma tan influyente, había proyectado sobre el poder político de los países industrializados occidentales.

Paradójicamente, en el mismo año que F.A. Hayek publicaba *The Road to Serfdom*, el otro autor de origen austriaco al que nos hemos referido anteriormente, K. Polanyi, publicaba también una obra fundamental para comprender lo que la aplicación

---

<sup>3</sup> F.A. Hayek, *The road to serfdom*, Chicago: The University of Chicago Press, 2007.

<sup>4</sup> M. Friedman y R. Friedman, *Libertad de elegir. Hacia un nuevo liberalismo económico*, Barcelona: Grijalbo, 1980. En el Prefacio de esta obra se expresa con claridad la intención de la misma de tratar el sistema político de una forma simétrica al económico, puesto que ambos sistemas se consideran mercados en los que el resultado se determina por la interacción de personas que persiguen sus propios intereses individuales.



de las tesis de F.A. Hayek podían suponer a futuro. En su obra, *The Great Transformation*, K. Polanyi reflexionaba sobre las condiciones sociales y ambientales de la civilización moderna, es decir, sobre la influencia que el desarrollo de la ciencia económica, con la consolidación de sus categorías fundamentales y sus principios rectores, tenía sobre el entorno físico circundante. Y en este análisis resulta clave su observación sobre la afección del sistema económico imperante sobre las relaciones sociales:

el proceso económico podría proveer el vehículo de la destrucción, y casi invariablemente la inferioridad económica hará que el débil se rinda, pero la causa inmediata de tal rendición no es por esa razón económica, sino que reside en el daño letal causado a las instituciones donde está incorporada su existencia social<sup>5</sup>.

Esta es, por tanto, la cuestión que nos atrevemos a sugerir como fundamental en el momento actual, en el que una crisis financiera de carácter global y desatada en los centros funcionales del capitalismo financiero ha puesto de manifiesto sus efectos en la esfera social y ambiental en el último lustro, y que habían estado ocultos tras el velo del *bienestar* que asociábamos al consumo aparente de una abundancia material, revelando la polarización social que provoca el modelo de desarrollo de nuestra sociedad. Han transcurrido casi 70 años desde la reflexión de K. Polanyi y nos volvemos a percatar de que, más allá de las negativas y nefastas consecuencias materiales que esta crisis desatada a finales de 2008 ha provocado y provocará para la mayoría de las personas, el principal problema de que adolece nuestra sociedad es su debilidad política, su carencia de reacción ante un sistema económico naturalizado y con pretensión de objetividad que impone las consecuencias económicas como una necesidad de su propio desarrollo con el objetivo de asegurar una mejor situación social a futuro. En nuestras actuales *sociedades opulentas*, haciendo uso del término acuñado por John Kenneth Galbraith<sup>6</sup>, el daño principal de una crisis financiera como la actual no se traduce en una escasez de

---

<sup>5</sup> K. Polanyi, *op. cit.*, p.126.

<sup>6</sup> J.K. Galbraith, *La sociedad opulenta*, Barcelona: Ariel, 2004. Esta obra se publicó originalmente en 1958 bajo el título *The Affluent Society*.

medios de subsistencia, sino que se refleja en el impacto social irreversible permitido por la indiferencia (o incapacidad) social ante la necesidad de articular alternativas autónomas.

Por todo ello, la acción política, el objetivo de la acción social en cuanto a construcción de un espacio común, no puede permanecer indiferente ante los efectos de una crisis financiera, no puede aceptarlos con la excusa de que, a largo plazo, los efectos económicos vayan a ser insignificantes<sup>7</sup> y que, por tanto, en la esfera económica la situación sea reversible. La acción política debería trascender la esfera autónoma de la economía y volver a conectarla con la sociedad, no asumiendo el papel de esta última como instrumento de la primera, sino situando a la economía como instrumento del desarrollo social. Y, en este proceso que reclama la emancipación de la sociedad respecto de la heteronomía que constituye la ciencia económica imperante, consideramos que es imprescindible cuestionarse sobre, ¿cómo se ha operado esta autonomización de la economía que la ha situado como horizonte insuperable para la acción política? ¿Cómo ha sido capaz de articular la realidad social del presente, que se traduce en la imposición acrítica de una globalización debilitadora de la política? ¿Cómo sería posible superar la heteronomía del presente y recuperar la autonomía colectiva?

Ante la primera cuestión, que nos interroga sobre el proceso de autonomización de la ciencia económica, nos retrotraeremos al contexto ideológico en el que surge la ciencia económica, a mediados del s. XVIII, cuando los fisiócratas franceses «instalaron el carrusel de la producción, del consumo, del crecimiento y demás piezas constitutivas de la idea usual de sistema económico»<sup>8</sup>. En esta época destacaremos la confluencia de tres movimientos intelectuales que determinaron de manera fundamental el desarrollo de los axiomas ideológicos que ayudarían, posteriormente, a articular las categorías económicas del sistema actualmente imperante: la Reforma religiosa del s. XVI, la

---

<sup>7</sup> K. Polanyi, *op. cit.*, p.275.

<sup>8</sup> J.M. Naredo, *Raíces económicas del deterioro ecológico y social*, Madrid: Siglo XXI, 2010, p.4.

Revolución Científica del s. XVII, y la Ilustración del s. XVIII. El impacto cultural de estos movimientos se tradujo en tres desarrollos ideológicos fundamentales:

1) una nueva idea de ciencia que orienta hacia el mecanicismo clásico, es decir, que supone el abandono de la concepción organicista del mundo en favor de una visión atomizada del mismo, permitiendo interpretar el todo como una suma de agregados que pueden ser analizados de forma separada, y que a nivel social se proyectará en una agregación de átomos individuales articulados mediante impulsos también individuales y cuyo resultado será coordinado por una interacción invisible y a distancia;

2) la recuperación de un antropocentrismo que colocará al ser humano, de nuevo, en el centro del universo, y que se proyecta en la tendencia del ser humano a someter a su entorno físico para alcanzar sus objetivos<sup>9</sup>; y

3) el afianzamiento de la idea de progreso como dogma de fe, y la visión utilitarista en todos los ámbitos de la sociedad, permitiendo que la sociedad moderna se autoproclame como meta y fin de la historia, justificando toda la evolución anterior como un progreso continuo, como producto de leyes históricas objetivas ajenas al ser humano y que permiten desarrollar el autoritarismo moderno.

Por tanto, y, en primer lugar, observaremos que a nivel ideológico la ciencia económica se desarrolla en un contexto en el que la sociedad resulta atomizada y se analiza desde una perspectiva en la que la totalidad se conceptúa como una suma de agregados que pueden ser analizados de forma separada. La relación entre las partes queda debilitada y esta debilidad es proyectada a nivel social, puesto que los individuos se conciben como elementos aislados que se desarrollan mediante impulsos también aislados e individuales. Además, el carácter progresivo de la ciencia, que se refleja en un proceso de acumulación del conocimiento, sustenta la idea de un desarrollo ascendente y expansivo, es decir, conforma la base para una idea de progreso indefinido hacia una verdad absoluta.

En segundo lugar, apreciaremos que, en este contexto, la esfera económica se emancipa de su vinculación con el entorno natural y social en la transición de la etapa

---

<sup>9</sup> *Ibid.*, p.14.

fisiocrática a la etapa clásica, siendo estos autores, los autores clásicos, los que dan comienzo a una ciencia económica que, en adelante, se desarrollará de espaldas a sus efectos sociales y físicos. Las diversas críticas que suscitarán las crisis y tensiones sociales que provoca este desarrollo serán superadas dentro de la esfera teórica de la propia ciencia económica con la imposición de la escuela neoclásica, que será capaz de sistematizar los conceptos ya desarrollados por la etapa clásica y renovarlos en aquellos elementos que habían sido refutados por la experiencia. Sin embargo, este aislamiento de la ciencia económica se potenciará a costa de reducir el concepto de lo económico, de introducir las ideas de utilidad marginal y escasez asociadas al bien económico, y de homogeneizarlo a nivel pecuniario en la categoría de Capital. En todo este proceso histórico de conformación de la ciencia económica se observa que, a pesar de la pretendida novedad de cada uno de los planteamientos que se presentan en cada época, la consecuencia final es el mantenimiento del marco ideológico y las categorías básicas del sistema económico<sup>10</sup>.

Por consiguiente, y en tercer lugar, observaremos que para la autonomización de la ciencia económica en su propia esfera teórica es también importante la forma en que se produce su propia evolución histórica, que se caracteriza por la revisión continua de una serie de conceptos económicos básicos que ya habían sido postulados por la escuela fisiocrática en los inicios de esta ciencia, y que se articularán bajo unos dogmas ideológicos que la etapa post-keynesiana vuelve a tomar de la escuela clásica. El concepto de riqueza, unido a la consideración de los objetos de acuerdo a su utilidad y escasez, las nociones de producción, trabajo, valor, crecimiento y, finalmente, la nueva noción de capital introducida en la etapa neoclásica, constituirán el núcleo del pensamiento económico que hemos heredado en la actualidad. Además, no debemos olvidar que estos conceptos son deudores del sustrato ideológico que proyectaba la visión atomizada de la sociedad, que asume la idea de un progreso indefinido, sustenta la relación entre la propiedad privada y la libertad individual del neoclasicismo, el racionalismo económico o instrumental, el utilitarismo, la idea de mercado abstracto, y la pretensión de universalización de este sistema en las modernas sociedades.

---

<sup>10</sup> J.M. Naredo, *La economía en evolución*, Madrid: Siglo XXI, 2003, pp.341-349, y J.K. Galbraith, *op. cit.*, p.257, «la proeza de Keynes se cifra en haber dejado tantas cosas como antes».

La segunda cuestión que planteábamos nos llevará a reflexionar sobre la configuración que la ciencia económica ha realizado de la sociedad actual, es decir, sobre el proceso mediante el cual se ha ido generando un imaginario social global basado en unas sociedades opulentas que se caracterizan por haber superado las necesidades materiales básicas de las personas, que habían sido el objetivo fundamental que había guiado el desarrollo de la ciencia económica clásica, y haber generado una abundancia material que asociamos, actualmente, con el bienestar.

Como el instrumental de la ciencia económica sigue siendo deudor del objetivo clásico de primar la producción de bienes materiales, de ahí la abundancia alcanzada, y dada su incapacidad de adaptarse a la nueva situación, por su desconexión con la situación social, sigue exigiendo fagocitar las aportaciones que se producen desde instancias críticas. Desde esta perspectiva abordaremos la incorporación de las teorías keynesianas a la sabiduría convencional de su época<sup>11</sup>, y la vuelta a la ortodoxia neoclásica que se produce a partir de la crisis económica de la década de 1970. La innovación monetarista que se aplica en esta época, apoyada en la creación del *dinero financiero* como producto de la ruptura de la convertibilidad en oro del dólar a partir de 1971, permitirá poner las bases de una nueva economía globalizada en la que las empresas transnacionales, gracias a la amplificación de su capacidad de adquisición y crecimiento en base a este dinero financiero, minarán progresivamente el poder de los Estados en materia económica. La esfera de la economía se financiariza progresivamente, y las empresas abandonan su enfoque en las actividades productivas para gestionar sus finanzas, es decir, para potenciar un crecimiento económico desligado de la dimensión física y que opera en el nivel abstracto del Capital.

De esta forma, observaremos que el modelo económico adoptado por la globalización financiera se proyecta sobre la sociedad mediante una serie de ideas asumidas como objetivas, y que construyen una realidad ideal en la que todo transcurre de acuerdo a los cálculos teóricos de la ciencia económica, aunque se produzcan desviaciones de fuerte impacto social y ambiental. Este modelo social, además, es exportado conjuntamente con el modelo económico, de tal forma que se pretende

---

<sup>11</sup> J.K. Galbraith, *op.cit.*, 2004.

universalizar la sociedad industrial occidental como si fuese un producto natural del desarrollo histórico. Pero, para asegurar el éxito de este proceso, el modelo social deberá practicar una serie de reducciones en su complejidad, es decir, deberá idealizar una serie de aspectos de la vida social de cada país para que se actúe de acuerdo al paradigma del sistema económico. Y estas reducciones del ámbito social afectarán al individuo como actor principal en la sociedad, al concepto y generación de sus necesidades, al proceso de comunicación en la sociedad, al concepto de libertad derivado de la Ilustración y postulado por el liberalismo, y a la política como instancia de articulación de la sociedad. En el proceso de extensión de esta visión social se obviará, además, cualquier particularidad cultural, puesto que se asume de forma acrítica la asociación ética que se proyecta entre la conexión de la virtud moral del individuo con el éxito en este proyecto individual de acumulación.

El paradigma de este reduccionismo social lo encontraremos en el análisis que Francis Fukuyama nos proponía en la esfera de las ideas óen su artículo óEl fin de la historia?ö- con el objetivo de explicar los acontecimientos que se estaban produciendo a finales de la década de 1980, concluyendo en una victoria sin paliativos del «liberalismo económico y político»<sup>12</sup>. El siglo XX, que había comenzado, según el autor norteamericano, con la confianza absoluta del triunfo de la democracia liberal occidental, volvía a cerrar un círculo después de haber sido testigo de la batalla del liberalismo con los remanentes del absolutismo, el bolchevismo, el totalitarismo, y un marxismo actualizado propio de la Guerra Fría, y que C. Castoriadis había denominado *estratocracia*. Por tanto, lo que auguraba era el agotamiento de cualquier vía alternativa al liberalismo, y lo traducía en el «punto final de la evolución ideológica de la humanidad y la universalización de la democracia liberal occidental»<sup>13</sup>. En consecuencia, lo que F. Fukuyama postula es la realización a nivel ideológico de un estado homogéneo universal en el que las contradicciones se resuelven y las necesidades humanas se satisfacen.

Desde este punto de vista, la actividad económica, en su versión dogmática de mercado libre, se nos revelará como el paradigma de la reconciliación de los intereses

---

<sup>12</sup> F. Fukuyama, óEl fin de la historia?ö, *Estudios Públicos*, nº37, 1990, p.6.

<sup>13</sup> *Ibid.*, p.6.

divergentes<sup>14</sup>. La mayor autonomía y libertad de acción del individuo pueden ser vistas como una virtud en las sociedades actuales, pero encubren un servilismo a nivel político y una dejación de responsabilidades respecto al resto de la sociedad<sup>15</sup>. La participación social se ve limitada al aseguramiento de los derechos de propiedad y no interferencia en los asuntos privados, sin necesidad de recoger ningún objetivo común a nivel social. La misma racionalidad instrumental adoptada en la ciencia económica se impone a nivel social, por lo que la acción política se limitará a una maximización de la eficiencia de los recursos disponibles, en un marco de actuación competitivo en línea con el paradigma del mercado, y con el único objetivo de asegurar el nivel de consumo y de propiedad privada del individuo. En este contexto, el proceso democrático será considerado, más bien, un obstáculo para el desarrollo del progreso social y el crecimiento económico. La democracia renunciará a los dos pilares fundamentales que sustentaban su imaginario moderno, y se convertirá en la mera administración de los asuntos sociales. Y, de esta forma, la evolución de la historia nos dirigirá, irremisiblemente, hacia una configuración social determinada, fuera de nuestro alcance, y que se impondrá progresivamente a nivel mundial, gracias al desarrollo de la ciencia económica en su esfera teórica y su reduccionismo social, aunque su avance no estará exento de conflictos y aparentes retrocesos. Como afirmaba Fernando Quesada, se «ha llegado al solapamiento institucional de la política en aras de la economía»<sup>16</sup>, por lo que asistimos a un «proceso de vaciamiento, de distorsión y de neutralización de los contenidos tradicionales de la política»<sup>17</sup>.

Esta visión de la imposición económica se basará en el ideal *prometeico* que considera al ser humano como perfectible y tendente a lo ilimitado o infinito que, como observaremos, ha sido compartido por diferentes orientaciones políticas, «como el marxismo-leninismo y el no intervencionismo de la derecha estadounidense, el nazismo y la democracia liberal»<sup>18</sup>. En otras palabras, el reclamado triunfo del liberalismo occidental respondería, por tanto, a una visión monista de la historia de las ideas que hace descansar la evolución de la misma en un único principio capaz de organizar y

---

<sup>14</sup> K. Polanyi, *op. cit.*, p.107.

<sup>15</sup> D. Harvey, *Breve historia del Neoliberalismo*, Madrid: Akal, 2007, p.62.

<sup>16</sup> F. Quesada, *Sendas de democracia*, Madrid: Trotta, 2008, p.9.

<sup>17</sup> *Ibid.*, p.9.

<sup>18</sup> F. Flahault, *El crepúsculo de Prometeo*, Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2013, p.15.

configurar la vida social sin necesidad de participación humana, es decir, un afianzamiento de la heteronomía que C. Castoriadis atribuía a la desregulación financiera de la década de 1980 y sus sucedáneos posteriores.

Por eso, analizaremos, en nuestras actuales democracias liberales, una característica fundamental de los regímenes políticos desde las Revoluciones Francesa y Norteamericana, un monismo ideológico que impone una «fe según la cual existe el bien como algo dado»<sup>19</sup>. Y, en cierto sentido, como afirmaba I. Berlin, esta estrategia la comparten todos los regímenes totalitarios que presentan cualquier situación como crítica, eliminando cualquier tipo de interpretación que no sea la específica para alcanzar el fin impuesto, y que afecta a todos los individuos, pudiendo imponer las sanciones precisas ante cualquier desviación<sup>20</sup>. En este mismo sentido, Tzvetan Todorov observa que las democracias liberales no han sido capaces de desembarazarse de los mismos lastres de otros movimientos políticos que, desde las Revoluciones Francesa y Norteamericana, siguen siendo herederos, en cierta forma, de un legado ilustrado que, lejos de seguir la estela de pensamiento de Montesquieu o Rousseau, en el sentido de que la política debe reconciliar los intereses particulares puesto que la razón humana no es infalible ni determina el camino unívoco hacia la perfección, adopta una versión más próxima a Condorcet, que cree en la capacidad racional de armonizar los diferentes intereses individuales y erradicar cualquier mal que pueda afectar al ser humano, posibilitando un progreso continuo e ilimitado<sup>21</sup>.

Por último, abordaremos la cuestión referente a la superación de la heteronomía del presente mediante la recuperación de la autonomía colectiva. En otras palabras, cómo podemos buscar una vía de escape de la situación actual que nos permita deshacernos de la necesidad de cualquier ley extra-social para configurar nuestra sociedad. Para ello, y en primer lugar, intentaremos definir el presente mediante un análisis de los ciclos económicos y las crisis sociales derivadas, en los que los periodos

---

<sup>19</sup> I. Berlin, *El erizo y la zorra. Tolstoi y su visión de la historia*, Barcelona: Ediciones Península, 2009, p.66.

<sup>20</sup> I. Berlin, «Does Political Theory Still Exist?». En *Concepts and Categories*, London: Pimlico, 1999, p.152.

<sup>21</sup> T. Todorov, *Los enemigos íntimos de la democracia*, Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2012, p.36.



de acumulación quedan interrumpidos y es necesaria la generación de nuevas configuraciones sociales que tratan de racionalizar las irracionalidades del capitalismo, creando nuevas oportunidades de inversión del capital, y condiciones para su reproducción, puesto que la riqueza se reduce a este elemento y sobre él gira todo el edificio económico<sup>22</sup>. Esta nueva configuración social, no obstante, no es capaz de romper con la anterior en lo referente a su ordenamiento, puesto que las élites de expertos siguen administrando el sistema económico, mientras el resto de personas se contentan con ser capaces de mantener su nivel de consumo y propiedad<sup>23</sup>. Nos cuestionaremos sobre los efectos de la actual crisis económica y su influencia sobre el orden social imperante, así como sobre las alternativas que se están construyendo desde el poder y que se encaminan a potenciar, de nuevo, el ciclo económico para recuperar los parámetros de desarrollo social basados en la acumulación de la riqueza dentro de un mercado egoísta que prima el consumo y la propiedad.

Sin embargo, esta estrategia parece ahondar en una realidad social muy alejada del ideal ilustrado, en un individuo posesivo y hedonista, desligado de cualquier tipo de construcción social, que renuncia a la igualdad a favor de la seguridad de su propiedad privada, y a los aspectos más inclusivos de su libertad a cambio del mantenimiento de su bienestar consumista. En otras palabras, la alternativa planteada en la situación actual refuerza, paradójicamente, la debilidad de la acción política y la jerarquía social imperante, constituyendo la defunción definitiva de los valores ilustrados, es decir, supone la quiebra de los pilares de la democracia liberal.

Ante esta situación seguiremos la senda hacia un posible nuevo imaginario político que sea capaz de articular una autonomía colectiva a partir de la autonomía individual, es decir, que recupere el sentido de la política tras este periodo de vaciamiento de la misma y considere la «pluralidad de formas de vida»<sup>24</sup> inconmensurables entre sí. Dentro de los movimientos sociopolíticos que podrían estar en la base de la gestación de un nuevo imaginario no cabe duda de que el pluralismo cultural y de valores se sitúa en una posición fundamental para su articulación, aunque

---

<sup>22</sup> D. Harvey, *El enigma del capital*, Madrid: Akal, 2012, p.16.

<sup>23</sup> *Ibid.*, p.89.

<sup>24</sup> F. Quesada, ¿Un nuevo imaginario político?, *Revista Internacional de Filosofía Política*, nº17, 2001, p.22.

sin renunciar a la instancia normativa de la política centrada en la igualdad. Pero, la centralidad de la categoría de igualdad en la política «remite a su vez no ya a la categoría de la identidad, sino de la pluralidad»<sup>25</sup>, por lo que ambas categorías se complicarían. Los dos imaginarios políticos precedentes conciben la política como un proceso de autorreflexión desde una instancia igualitaria que reconozca la posibilidad de participación activa de todos los individuos, por lo que la recuperación de la política en un nuevo imaginario parece que debería basarse también en este reconocimiento en una individualidad plural que articule la igualdad en el espacio público. En este sentido interpretaremos, de acuerdo con Isaiah Berlin, la perspectiva economicista que rige el presente conforme el punto de vista de aquellos que

lo relacionan todo con una única visión central, con un sistema más o menos congruente o integrado, en función del cual comprenden, piensan y sienten -un principio único universal y organizador que por sí solo da significado a cuanto son y dicen<sup>26</sup>.

Por tanto, consideraremos que las diversas ideologías dominantes desde la Ilustración se han apoyado en la posibilidad de un «dominio técnico y confianza en un orden providencial»<sup>27</sup> que proyecta una racionalidad de las interacciones entre los seres humanos y una lógica de avance histórico que se orienta, siempre, hacia el progreso. Ante esta tendencia hacia un monismo modelador de la sociedad y trascendente a toda filosofía política nos planteamos la posibilidad de reclamar un pluralismo, la conjugación de diferentes valores humanos conscientes de que es imposible que todos ellos sean alcanzados al mismo tiempo, por lo que la esfera política se revelaría fundamental en la articulación de los compromisos necesarios para lograrlo. En otras palabras, como observaba I. Berlin, quizá debamos replantearnos si realmente es posible una sociedad sin ningún tipo de fricciones, una sociedad que armonice todos los intereses individuales de acuerdo a una ley externa y, por tanto, que haya vaciado completamente la política como instancia de discusión y confrontación de los diferentes

---

<sup>25</sup> *Ibid.*, p.236.

<sup>26</sup> I. Berlin, *El erizo y la zorra. Tolstoi y su visión de la historia*, Barcelona: Ediciones Península, 2009, p.39.

<sup>27</sup> F. Flahault, *op. cit.*, p.61.

ideales individuales, es decir, la política entendida como «el arte de mediatizar los conflictos y de llegar a acuerdos entre grupos con intereses y deseos diferentes, incluso opuestos»

28

---

<sup>28</sup> *Ibid.*, p.112.

## CAPÍTULO I. EL PROCESO DE AUTONOMIZACIÓN DE LA CIENCIA ECONÓMICA

Al cuestionarnos sobre el proceso que ha conducido en nuestra sociedad actual a un debilitamiento de la política en aras de una esfera económica autónoma, objetiva, libre de toda crítica, y con capacidad para imponer sus consecuencias como una necesidad de su propio desarrollo hacia un pretendido bienestar social, es decir, como un resultado natural del avance hacia una mejor situación social en el futuro, nos estamos cuestionando sobre el proceso de construcción de la sociedad, sobre cómo se articula socialmente la generación de una instancia externa capaz de subyugar la capacidad creativa de la propia sociedad en la auto-construcción de su realidad. En otras palabras, la autonomización de cualquier institución social, en este caso la economía, se retrotrae al proceso de construcción social de la realidad. Al abordar este proceso, Peter Berger y Thomas Luckmann se refieren a las investigaciones antropológicas de Arnold Gehlen y Helmuth Plessner para conceptualizar nuestro mundo en dos niveles diferentes, aunque relacionados: 1) un nivel cerrado, cuyas estructuras están predeterminadas y en el que opera nuestro capital biológico, nuestra dimensión animal; y 2) un nivel abierto y en creación, indeterminado, nuestra dimensión humana<sup>1</sup>. El primer nivel determina la apertura del ser humano al mundo, es decir, fija los límites exteriores a la actividad humana; mientras que el segundo nivel, la dimensión social, posibilita la interacción humana que configura la persona, y que la conduce a su auto-construcción. Por tanto, los autores de origen austriaco nos plantean una determinación genética del *yo* a partir de la cual la persona interacciona con el resto de significantes existentes, entrando en relación con su ambiente natural y cultural, y posibilitando la construcción de la propia persona. Pero, paralelamente, nuestros autores postulan que no es posible concebir la persona de forma independiente al contexto social en el que se ha formado, que no puede comprenderse como un acto de auto-creación aislada y solitaria, sino que debe entenderse como resultado de una empresa social<sup>2</sup>. En este

---

<sup>1</sup> P.L. Berger y Th. Luckmann, *La construcción social de la realidad*, Madrid: H.F. Martínez de Murguía, 1968, p.67.

<sup>2</sup> *Ibid.*, p.72.

sentido, la idea fundamental de la construcción social de la persona avanza en paralelo al argumento que Karl Marx desarrollaba para oponer su nuevo materialismo al que se había derivado de la impronta hegeliana en autores como L. Feuerbach o M. Stirner. El filósofo de origen alemán destacaba que «la conciencia es, desde un principio, un producto social»<sup>3</sup> y que «las circunstancias hacen a los seres humanos tanto como éstos hacen a aquellas»<sup>4</sup>. Desde este punto de vista observamos que K. Marx no postulaba una dependencia absoluta de la esfera de las ideas sobre la esfera material, sino que reconocía una influencia bidireccional y continua. Una visión que reconoce la apertura de la realidad a la actividad humana, a su capacidad creadora y transformadora de la realidad mediante la praxis, pero asumiendo que cada nueva situación material conlleva una nueva situación en la esfera de las ideas que vuelve a determinar la praxis humana<sup>5</sup>.

De vuelta al argumento de P. Berger y Th. Luckmann sobre la construcción social de la realidad, observamos que la diferenciación planteada entre las dos esferas de nuestro mundo, la biológica y la social, refleja las dos primeras fases del proceso de construcción social de la realidad que postulan nuestros autores: 1) la externalización del sujeto, es decir, la apertura del ser humano al mundo, determinada por su *capital biológico*; y 2) la fase de objetivación del producto de esta apertura, es decir, de fijación de un orden social que, a su vez, precede continuamente a la primera fase, de tal forma que todo ser humano que se abra al mundo lo hará a un orden social que le precede, que ya ha sido objetivado por las aperturas de las generaciones anteriores y que, a su vez, transforma el proceso de apertura al mundo determinado por la carga biológica del ser humano<sup>6</sup>. Esta distinción entre las dimensiones biológica y social de nuestro mundo revela, a su vez, la imposibilidad de que el orden social sea un producto natural, es decir, que responda a la determinación biológica de las leyes de la naturaleza. La necesidad antropológica del ser humano de abrirse a mundo y superar la determinación

---

<sup>3</sup> K. Marx, *La ideología alemana (I) y otros escritos filosóficos*, Madrid: Ed. Losada, 2005, p.60.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p.80.

<sup>5</sup> Esta idea es la que expresa Francisco Rubio Llorente en su Introducción a los *Manuscritos de Economía y Filosofía* de K. Marx cuando afirma que «el hombre es un ser social cuya potencialidad originaria realizan en cada momento de una determinada forma las relaciones sociales en las que vive inmerso», véase F. Rubio Llorente, «Introducción». En Marx, Karl, *Manuscritos de economía y filosofía*, Madrid: Alianza, 2013, pp.15-16.

<sup>6</sup> En sus *Manuscritos de Economía y Filosofía*, K. Marx afirmaba que «el carácter social es, pues, el carácter general de todo el movimiento; así como es la sociedad misma la que produce al hombre en cuanto hombre, así también es producida por él.», véase K. Marx, *Manuscritos de economía y filosofía*, Madrid: Alianza, 2013, pp.176.

estructural derivada de su capital biológico, conduce a la construcción continuada e ininterrumpida de un orden social con el que interacciona y que, a su vez, en la tercera y última fase del proceso dialéctico de configuración social de la realidad que nos plantean P.L. Berger y Th. Luckmann, será internalizado por el sujeto afectando a su propia configuración. El cierre del ciclo dialéctico de construcción de la realidad social había sido ya avanzado por K. Marx cuando afirmaba que la realidad «no es una cosa dada directamente desde la eternidad y siempre igual a sí misma, sino el producto de las condiciones sociales; que es el producto histórico, el resultado de la actividad de toda una serie de generaciones»<sup>7</sup>. Por tanto, la actividad creadora del ser humano se concibe en un nivel social y de forma continua a lo largo de la historia conformando, en cada momento, una situación determinada. El desarrollo del nivel de las *ideas* no puede ser separado de las condiciones materiales en que se produce, ni este de aquel, sino que son elementos que operan paralelamente en la esfera de la praxis humana para generar una nueva situación histórica.

La conclusión de este proceso dialéctico de construcción de la realidad social establecido a partir de sus tres fases constituyentes: externalización, objetivación e internalización, nos conduce, a su vez, a una concepción de la sociedad muy similar a la del filósofo Cornelius Castoriadis. El autor francés de origen griego observaba que el ser humano debía ser comprendido dentro del campo histórico-social en el que se desenvuelve, puesto que la historia es el ámbito en el que la persona configura su propio sentido, y privilegiaba su dimensión social al afirmar que «el hombre solo existe en la sociedad y por la sociedad... y la sociedad es siempre histórica»<sup>8</sup>. De esta forma, la sociedad se nos revela como el marco fundamental en el que el ser humano crea su propio significado, se desarrolla como persona interaccionando con el resto de personas, y debemos concebir la sociedad «como autocreación que se despliega como historia»<sup>9</sup>. En este sentido, el autor francés también diferencia entre el mundo biológico y el mundo histórico-social<sup>10</sup>, asociando el primero a lo que él denomina el dominio de una lógica conjuntista-identitaria, y el segundo al dominio de lo imaginativo o, dicho de otra

---

<sup>7</sup> K. Marx, *La ideología alemana (I) y otros escritos filosóficos*, Madrid: Ed. Losada, 2005, p.91.

<sup>8</sup> C. Castoriadis, *Los dominios del hombre. Las encrucijadas del laberinto*, Barcelona: Gedisa, 1998, p.66.

<sup>9</sup> *Ibid.* p.73.

<sup>10</sup> *Ibid.* p.76.

forma, y en paralelo a la diferenciación establecida por P.L. Berger y Th. Luckmann, asociando el nivel biológico al determinismo y el histórico-social a la posibilidad de una autonomía creadora.

Esta autonomía creadora propia de la sociedad se articula a partir del concepto de *magma social*, es decir, del conjunto de significaciones imaginarias sociales que animan la sociedad, y que se caracterizan por su origen no real. Para definir más exactamente este concepto nuestro autor lo asemeja a la «urdimbre inmensamente compleja de significaciones que empapan, orientan y dirigen toda la vida de la sociedad considerada y a los individuos concretos corporalmente que la constituyen»<sup>11</sup>. Y, este universo simbólico se constituye como un elemento central con el que la sociedad genera normas, valores, procedimientos de hacer las cosas, es decir, genera instituciones sociales particulares que, a su vez, instituyen la sociedad en su conjunto y constituyen el imaginario social dominante<sup>12</sup>. Este imaginario social, afirma nuestro autor, no es otra cosa para la sociedad, «que ese sistema de interpretación, ese mundo que ella crea»<sup>13</sup> y, consiguientemente, el individuo se revela como el agente fundamental en este proceso de creación histórico-social, el factor catalizador que mediante su apertura a un mundo ya instituido, con su consiguiente universo simbólico imperante, es capaz, gracias a su capacidad imaginativa, de transformar significaciones imaginarias existentes e incorporar nuevas significaciones no existentes para conformar nuevas instituciones sociales y modelar un nuevo imaginario social<sup>14</sup>.

Pero, ¿es siempre posible este movimiento de ruptura del cerco social que impone el universo simbólico imperante? ¿Es ineludible el cuestionamiento del orden social imperante? El autor francés indica que dicha ruptura solamente se ha producido en dos momentos históricos, en la antigua Grecia y en la Modernidad, momentos históricos en los que se regeneró el imaginario social mediante el cuestionamiento del cerco social dominante y la introducción de nuevas significaciones sociales imaginarias<sup>15</sup>. Sin embargo, en el resto del desarrollo histórico-social de nuestra

---

<sup>11</sup> *Ibid.*, p.68.

<sup>12</sup> *Ibid.*, p.67.

<sup>13</sup> *Ibid.*, p.69.

<sup>14</sup> En este proceso se agrupan las tres fases del proceso dialéctico de construcción de la realidad social que desarrollan P.L. Berger y Th. Luckmann, la externalización, la objetivación y la internalización.

<sup>15</sup> C. Castoriadis, *op. cit.*, p.76.

sociedad la dimensión imaginaria ha sido subyugada por la dimensión conjuntista-identitaria, una ley externa que fija una realidad existente y la sitúa en un plano libre de cualquier cuestionamiento. En este sentido interpretamos el proceso de autonomización de la ciencia económica que se ha producido a lo largo del proceso de ruptura y nueva configuración del imaginario social asociado con la Modernidad, y que C. Castoriadis observaba consolidado en la década de 1980 a través de la burocracia fragmentaria propia del capitalismo, volviéndose a poner de manifiesto en la crisis financiera global del último lustro. El derrumbe, a finales de dicha década, de la heteronomía de corte totalitario permitió una meridiana victoria de la heteronomía fragmentaria y, consecuentemente, la imposición de la ciencia económica como *una ley externa*, como un elemento paralizante de la autonomía social y la capacidad de la sociedad para generar su propio sentido, es decir, para autogenerarse.

Esta misma posición de la economía respecto de la sociedad fue abordada por el filósofo austriaco K. Polanyi en su obra, *The Great Transformation*. En dicha obra, nuestro autor defiende que, en contra de la idea dominante que implicaría que las personas actúan en base a sus intereses económicos, en defensa de sus intereses individuales en la posesión de bienes materiales, la guía fundamental de sus actos se centra en la salvaguarda de la posición social, de sus derechos sociales y sus activos sociales<sup>16</sup>. La economía no puede imponer su ley a la sociedad, es decir, no debe ser capaz de transmitir su definición de lo bueno y lo malo a la sociedad, sino que es ésta, a través de la política, la que debe definir ambos aspectos<sup>17</sup>. Como observa Fred Block, la relación entre la economía y la sociedad se articula en base al concepto de arraigo (*Embeddedness*), que resume su idea de que la economía no es autónoma, como debe serlo en la teoría económica, sino que está subordinada a la política, la religión y las relaciones sociales. En base a esta idea se propone el intento de romper con la subordinación de la sociedad al sistema económico y, consecuentemente, de demostrar que la idea de los mercados autorregulados son mera utopía. La base fundamental de esta idea de mercado autorregulado es la necesidad de que los seres humanos y el ambiente natural se conviertan en simples mercancías, es decir, se conviertan, conjuntamente con el dinero, en las tres mercancías ficticias que se opondrían a las

---

<sup>16</sup> K. Polanyi, *La Gran Transformación*, Buenos Aires: FCE, 2007, p.94.

<sup>17</sup> F. Block, 'Introducción'. En Polanyi, Karl, *La Gran Transformación*, Buenos Aires: FCE, 2007, p.27.



mercancías reales. La teoría económica se desarrolla en base a la asunción de que estas tres mercancías ficticias se comportan de forma similar a como lo hacen las mercancías reales. Estas tres mercancías ficticias son las que ponen de manifiesto la imposibilidad de desarraigar la economía de la sociedad, puesto que reflejan lo que el liberalismo de mercado exige a la gente normal y que, realmente, no puede dar: drásticas fluctuaciones periódicas de sus circunstancias económicas cotidianas<sup>18</sup>, es decir, impone un concepto de reversibilidad en las condiciones de vida que, a nivel social, no es posible.

La ciencia económica, por tanto, se nos revela, como observa Charles Taylor, en la herramienta paradigmática que ha permitido un cambio en el imaginario social, una nueva estructura de la sociedad que permite desarrollar el orden moral moderno. El autor canadiense concibe el imaginario social también como aquello que hace posible las prácticas de una sociedad al darles sentido<sup>19</sup>, y este conjunto de sentido es lo que, en su opinión, ha variado en la modernidad hasta generar una nueva concepción del orden moral. La base de esta modificación la sitúa en las teorías de la Ley Natural del s. XVII, aquellas teorías derivadas de los desarrollos de Grocio y Locke. De acuerdo a estas teorías, el ser humano es, por naturaleza, social y racional y debe colaborar pacíficamente en beneficio mutuo, es decir, debe vivir en sociedad de acuerdo a los derechos naturales de las personas, de acuerdo a unas obligaciones y a unos derechos morales<sup>20</sup>. Este orden moral se refiere al aquí y al ahora, y recorre el camino que va de lo hermenéutico a lo prescriptivo.

Los órdenes morales, no obstante, se basan en un imaginario social determinado, y la gran modificación de la modernidad no es solamente el orden moral imperante, sino los graduales cambios que se producen en el imaginario social y que permiten articular el orden moral correspondiente. En la transición hacia la modernidad se establece una transición paralela de una visión orgánica de la sociedad a una visión analítica o atomista. La visión orgánica se basaba en una visión jerárquica de la sociedad, que formaba un todo estructurado verticalmente mediante los órdenes sociales, y que idealmente, en el feudalismo, se establecieron en tres: oradores, bellatores y laboratores. Esta visión jerárquica no es sino la transposición de un orden cósmico a la estructura

---

<sup>18</sup> *Ibid.*, p.37.

<sup>19</sup> Ch. Taylor, *Imaginarios sociales modernos*, Barcelona: Paidós, 2006, p.3.

<sup>20</sup> *Ibid.*, p.15.

social, de tal forma que el organismo social vertebrado en base a estos tres órdenes sociales permite situar a cada individuo dentro del conjunto, es decir, permite que la sociedad sea autosuficiente y resuelva todos sus problemas a partir de la visión orgánica de la misma. El inicio de la modernidad supone la ruptura de esta visión orgánica de la sociedad y, por tanto, el desarrollo de un nuevo imaginario social. La sociedad pasa de ser algo atemporal y resultado de la proyección natural de lo espiritual sobre lo terrenal, a ser algo contingente, producto histórico humano y, consecuentemente, modificable en función de las nuevas necesidades que se van generando. El concepto de beneficio mutuo que imponen Grocio y Locke permite que la estructura social se sitúe en otro nivel diferente, a pesar de que su origen también es espiritual, producto de una pretensión de armonizar con un fin superior<sup>21</sup>.

Al contrario que la estructura vertical medieval, la modernidad proyecta una visión de la sociedad como «espacio de concordia y beneficio mutuo, el cual no nos empuja ya a trascender nuestros fines ordinarios, sino que, al contrario, contribuye a su cumplimiento de acuerdo con el designio divino»<sup>22</sup>. Y, dentro de estas formas de autocomprensión social en la modernidad, el autor canadiense no duda en situar la economía como una realidad objetivada<sup>23</sup>. La característica fundamental de esta forma de autocomprensión, el factor novedoso que la economía aporta es el beneficio mutuo como elemento que guía la preordenación que Dios hace de nuestra vida. Aunque el concepto de que un Dios bondadoso ha dispuesto un plan para el desarrollo de la vida es antiguo, la aportación fundamental en la transición hacia la modernidad es que su bondad reside en que se orienta hacia este concepto de beneficio mutuo<sup>24</sup>. La armonía deja de regir sobre la vida humana y el hueco que deja lo ocupa una causalidad eficiente independiente del carácter de nuestras acciones, puesto que, en última instancia, estas tenderán siempre hacia el bien de la sociedad. Y el modelo de esta causalidad eficiente, de la aparentemente imposible concatenación de las acciones individuales, es la economía.

---

<sup>21</sup> *Ibid.*, p.26.

<sup>22</sup> *Ibid.*, p.28.

<sup>23</sup> *Ibid.*, p.87. Además de la economía, el autor señala también la esfera pública y las prácticas asociadas al gobierno democrático, como las otras dos formas fundamentales de la autocomprensión social moderna.

<sup>24</sup> *Ibid.*, p.88.

Pero, a pesar de que para nosotros, instalados en este imaginario social, parece que no hay alternativa al mismo, no está de más recordar que hemos llegado a este imaginario por evolución de otra situación diferente, es decir, que resulta de un desarrollo histórico<sup>25</sup>. La falta de alternativa al imaginario imperante se debe al proceso de legitimación de cualquier institución social y que lleva a convertirla, como en el caso de la ciencia económica, en un «subuniverso de significado relativamente autónomo»<sup>26</sup>, capaz de volver a interactuar con la sociedad que lo produjo. De acuerdo con el proceso dialéctico que gobierna el proceso de construcción social, la relación entre el conocimiento institucionalizado y la base social que lo ha institucionalizado también es dialéctica, pero la división del trabajo existente en la sociedad determinará qué personas son capaces de acceder a dicho proceso, es decir, el nivel de preparación que debe tenerse para poder participar en este proceso dialéctico. La complejidad del subuniverso de conocimiento institucionalizado determina si es accesible a los profanos o se convierte en un universo únicamente accesible a expertos capaces de interactuar con dicho conocimiento. En otras palabras, la complejidad que adquiere el conocimiento institucionalizado determina su grado de autonomización con respecto al conjunto de la sociedad y su dependencia de un grupo elitista de expertos, únicos capaces de acceder al mismo y de interactuar para volver a iniciar el proceso dialéctico. Para mantener este nivel de inaccesibilidad entra en funcionamiento un sistema de legitimación que mantiene separados al conjunto de profanos y expertos y asegura que cada uno acepte la condición que le corresponde<sup>27</sup>.

La autonomización de ciertas instituciones sociales y su legitimación nos orientan directamente hacia «la cuestión de la reificación de la realidad social»<sup>28</sup>. En otras palabras, nos introduce en el problema fundamental en el que la institución adquiere un status ontológico que la refleja como un producto natural, no humano. La

---

<sup>25</sup> En este sentido interpretamos las palabras de K. Marx, «ni los objetos humanos son, pues los objetos naturales tal como se ofrecen inmediatamente, ni el sentido humano tal como inmediatamente es, tal como objetivamente, es sensibilidad humana, objetividad humana. Ni objetiva ni subjetivamente existe la naturaleza inmediatamente ante el ser humano en forma adecuada, y como todo lo natural tiene que nacer, también el hombre tiene su acto de nacimiento, la historia, que, sin embargo, es para él una historia sabida y que, por tanto, como acto de nacimiento con conciencia, es acto de nacimiento que se supera a sí mismo. La historia es la verdadera Historia Natural del hombre», véase K. Marx, *Manuscritos de economía y filosofía*, Madrid: Alianza, 2013, pp.239-240.

<sup>26</sup> P.L. Berger y Th. Luckmann, *op. cit.*, p.113.

<sup>27</sup> *Ibid.*, pp.113-115.

<sup>28</sup> *Ibid.*, p.116.

reificación no solamente nos revela a las instituciones como productos no humanos, sino que los eleva a categoría de supra-humanos, es decir, les otorgaría una cierta capacidad coercitiva y normativa que orientaría el desarrollo social. Al situarse fuera del campo de acción de la actividad humana, la realidad institucionalizada y reificada se considera como un producto natural, inevitable, y con una legitimación superior a cualquier otro hecho producto de la actividad humana. Por tanto, este proceso de reificación puede considerarse como «un paso extremo en el proceso de la objetivación, por el que el mundo objetivado pierde su comprensibilidad como empresa humana y queda fijado como facticidad inerte, no humana y no humanizable»<sup>29</sup>. Las instituciones humanas adquieren estatus de entidades naturales, adquieren carta de necesidad y se sitúan en una esfera libre de toda crítica y reflexión. En otras palabras, este proceso de reificación, como profundización extrema de la objetivación de la realidad social, permite potenciar la tendencia a la persistencia de las instituciones sociales y les concede un estatus de autonomía para situarlas en un nivel de actividad a salvo de la relación dialéctica con la sociedad, puesto que solo son accesibles a través de una vanguardia de expertos que controla la interacción bidireccional.

Pero, además de este proceso de objetivación y autonomización de ciertas instituciones sociales, el mantenimiento de un universo simbólico determinado, es decir, la defensa de la preponderancia de cierto imaginario social se realiza a través de dos mecanismos fundamentales: la terapia y la aniquilación. Mientras la terapia utiliza los mecanismos conceptuales para que los desviados puedan mantenerse dentro de las instituciones sociales, estableciendo una «simetría entre el mecanismo conceptual y su captación subjetiva en la conciencia del individuo»<sup>30</sup>; la aniquilación utiliza un sistema similar pero con el objetivo de liquidar lo que queda fuera del universo simbólico imperante. Los universos simbólicos alternativos suponen una amenaza sobre el universo imperante y para superar dicha amenaza se le otorga al alternativo un estatus ontológico inferior, y se intentan redefinir todos sus conceptos en base al universo simbólico existente. De esta forma, se termina forzando al universo alternativo a aceptar las bases del universo simbólico imperante y, en última instancia, a auto-disolverse por su incapacidad de desarrollar dicha alternativa en base a los conceptos imperantes.

---

<sup>29</sup> *Ibid.*, p.117.

<sup>30</sup> *Ibid.*, p.146.

En conclusión, la Modernidad se nos revela como el último momento histórico en el que el cerco social imperante es trascendido y se abre a la posibilidad de incorporar significaciones imaginarias novedosas al universo simbólico dominante. En este proceso se constituye un nuevo marco ideológico producto de las transformaciones que se estaban operando en la religión o la ciencia, y que conducen a una evolución de la racionalidad humana, del propio concepto de ser humano, al impulso de una visión mecanicista de la realidad, al triunfo del utilitarismo como guía de acción individual, y a la imposición de una visión armónica de la sociedad como resultado de los impulsos individualistas.

En este contexto surge la ciencia económica como objetivación de esta nueva realidad social en cuya evolución a lo largo de la historia se configura como una nueva institución social que, lejos de servir para conformar un imaginario social capaz de interpretar el mundo y generar nuevas significaciones sociales en un proceso ininterrumpido, se autonomiza respecto a la dimensión imaginaria de la sociedad y su capacidad creadora, para elevarse por encima de cualquier cuestionamiento social e imponer su propia interpretación del mundo. Esta objetivación de la constitución social se articula en base a una serie de conceptos devenidos históricamente en categorías económicas y a un conjunto de principios básicos o axiomas, que la constituyen y afianzan en una ley externa capaz de determinar la vida social a expensas de la capacidad creadora del ser humano.

La elevación de la ciencia económica por encima de la realidad social se concretará en la acentuación de la ruptura de la cohesión de la sociedad y la decidida apuesta por un individualismo potenciador del atomismo social; su desarrollo a expensas de la sociedad, en total desconexión con la misma y en la creación de una realidad paralela a la social; y, por último, en la construcción de herramientas de defensa frente a cualquier tipo de alternativa crítica. Por tanto, en nuestro intento por profundizar en el análisis de este proceso de autonomización de la ciencia económica abordaremos, en primer lugar, los rasgos que consideramos fundamentales en el marco ideológico producto de la ruptura que la modernidad supone con la tradición heredada, y que pone las bases del desarrollo de la ciencia económica. Posteriormente, nos acercaremos a la evolución histórica de la propia ciencia económica para intentar determinar los elementos fundamentales sobre los que pivota su autonomización, es

decir, las categorías y los axiomas que permiten concebirla como una institución objetivada de la sociedad. Y, por último, analizaremos en qué aspectos fundamentales se traduce esta autonomización de la ciencia económica, es decir, cómo se articula su desconexión de la realidad social y cómo afecta a su propia construcción.

## **1. EL CONTEXTO IDEOLÓGICO**

### **1.1. EL OCASO DE LA ESCOLÁSTICA Y EL ASCENSO DEL MERCANTILISMO**

En los nueve siglos que consideraremos que abarca el predominio de la escolástica se articulan una serie de elementos ideológicos fundamentales para la configuración de la sociedad feudal. Pero estos mismos elementos, los que propician el surgimiento del feudalismo, son los que progresivamente perderán vigor e indicarán en qué áreas sociales se introducen las nuevas ideas que, conjugadas con las condiciones materiales existentes, determinarán la evolución del feudalismo hacia una nueva etapa, la del mercantilismo, que puede ser también considerada como la impulsora de un incipiente capitalismo.

De acuerdo con Giovanni Reale y Dario Antiseri<sup>31</sup> organizaremos la escolástica en cuatro etapas principales: 1) la primera etapa discurre como periodo preparatorio que abarca desde el siglo VI hasta el siglo IX, y que coincide con la restauración de un imperio poderoso, el carolingio, capaz de organizar las escuelas y la cultura, y superar un periodo oscuro y de decadencia moral; 2) la segunda etapa transcurre desde el siglo IX hasta el siglo XII y se caracteriza por la reforma monástica y la renovación política de la Iglesia, así como por el surgimiento de la civilización urbana, el impulso de las Cruzadas en la conquista del mundo y la expansión del cristianismo; 3) la tercera etapa comprende el siglo XIII, considerada la *edad de oro* de la escolástica, gracias al desarrollo intelectual de figuras relevantes como Tomás de Aquino, Buenaventura de Bagnoregio y Juan Duns Escoto; 4) la cuarta y última etapa escenifica, a lo largo del siglo XIV y bajo la influencia del pensamiento de Guillermo de Ockham, el resquebrajamiento de la relación entre razón y fe que la escolástica había desarrollado a

---

<sup>31</sup> G. Reale y D. Antiseri, *Historia del pensamiento filosófico y científico. I. Antigüedad y Edad Media*, Barcelona: Herder, 2004, pp.422-423.

lo largo de los siglos anteriores, y la transición a un nuevo periodo, el del Estado Moderno.

### *La desintegración del Imperio*

La coronación de Carlomagno en Roma como Emperador, a principios del siglo IX, representa la culminación de un periodo inicial de organización de la cultura que se había ido desarrollando desde el siglo VI, y que determina la nueva ideología imperante en la época. La instauración del imperio carolingio permite la recuperación de las escuelas y su organización en tres grupos, las monacales, las episcopales y las palatinas, lo que da paso, posteriormente, a la creación de las universidades. En esta primera etapa destacan las aportaciones de Boecio, considerado el primero de los escolásticos, Casiodoro e Isidoro de Sevilla. El primero de ellos destaca por haber introducido la cultura griega dentro del ámbito latino, especialmente las obras de lógica, moral y física de Aristóteles, y todas las de Platón<sup>32</sup>, conectando el pensamiento de ambos autores. Los otros dos autores escolásticos destacan por conectar culturalmente la época medieval y la cultura clásica, pero siempre mediante una adaptación de esta última a los parámetros que determinaban las Escrituras y la Iglesia, es decir, definiendo una nueva relación entre razón y fe que deja de ser de oposición y supone un principio de convivencia entre ambas que se desarrollará a lo largo de todo el periodo escolástico<sup>33</sup>. En cierta forma, la aportación ideológica de estos autores durante la primera etapa de la escolástica la podemos interpretar, de acuerdo con Georges Duby, como una prolongación de las ideas de Gregorio, Agustín y Dionisio Areopagita<sup>34</sup>. La aportación de estos tres autores corresponde a la última etapa de un imperio en proceso de derrumbe, cuando en la Roma del siglo VI se hacía necesario restablecer un orden y una jerarquía que parecían disolverse. Y la lucha contra la disolución de un orden imperial conduce al establecimiento de una doctrina capaz de volver a unir a la sociedad en base al principio de complementariedad de los diversos estamentos<sup>35</sup>, a través del concepto

---

<sup>32</sup> *Ibid.*, p.404.

<sup>33</sup> *Ibid.*, pp.414-415.

<sup>34</sup> G. Duby, *Los tres órdenes o lo imaginario del feudalismo*, Barcelona: Argot-Compañía del Libro, 1983, p.105.

<sup>35</sup> *Ibid.*, p.112.

de *ordo* elevado a la autoridad de virtud moral<sup>36</sup>. La patrística latina, a través de Gregorio Magno y san Agustín, establece, por tanto, las bases ideológicas que permitirán sustentar la jerarquía social del imperio carolingio, y que serán desarrolladas por la escolástica.

Consecuentemente, a nivel ideológico, esta primera etapa destaca por abordar, además del establecimiento de una nueva relación entre fe y razón, conceptos heredados de la patrística latina y que comprenden: 1) la introducción de uno de los problemas fundamentales que se discute a lo largo de toda la escolástica, el de los universales, es decir, el del carácter material o inmaterial de los conceptos universales como aglutinadores de las características individuales; 2) la asociación de la idea del bien y la felicidad con la espiritualidad, con Dios, y su rechazo de las cosas terrenales, del dinero o la posesión social, como generadora de ningún tipo de felicidad<sup>37</sup>; 3) la existencia de una causa última que determina el desarrollo del mundo y que elimina la posibilidad del azar: la providencia, es decir, una mente divina inmutable. No obstante, este concepto reconoce que las personas podemos ser conscientes de este orden divino que orienta todas las cosas hacia el bien y, a su vez, ser libres, pero una libertad que nos llevará hacia los acontecimientos que ya «se hallan presentes en Dios»<sup>38</sup>.

Este desarrollo ideológico se verá dinamizado desde un punto de vista político con el surgimiento del Sacro Imperio Romano, que influye de forma decisiva sobre la concepción dominante de la historia que, lógicamente, era de raíz agustiniana. Aunque, inicialmente, esta visión separaba dos esferas diferentes, la espiritual y la terrenal, que asociaba con factores positivos la primera y con negativos, de muerte y destrucción, la segunda, la consolidación de un Imperio que aunaba ambas esferas en la misma institución política obliga a superar el pesimismo agustiniano sobre la dimensión terrenal, impulsando una superación ética del rechazo de las posesiones materiales, e imponiendo un nuevo monismo histórico que, apoyado en el concepto de una causa última que determina el devenir, la providencia, permite orientar a las personas desde la esfera terrenal hacia la espiritual.

---

<sup>36</sup> *Ibid.*, p.115.

<sup>37</sup> G. Reale y D. Antiseri, *op. cit.*, p.411.

<sup>38</sup> *Ibid.*, p.413.



En otras palabras, lo que observamos en esta primera etapa de la escolástica es la configuración de un imaginario social en el que la relación entre razón y fe ya no se caracteriza por una oposición de contrarios, sino por una convivencia de intereses. Aunque esta convivencia se irá modificando a lo largo del resto de etapas de la escolástica, inicialmente se caracterizará por una utilización de la razón por parte de la fe, un sometimiento que permite orientar la vida terrenal de acuerdo a una idealidad celestial como imagen del bien, la virtud moral y deseo de la providencia.

### *El periodo monacal y el feudalismo*

Posteriormente, la desintegración paulatina del imperio carolingio tras la muerte de Carlomagno, y la creación del Sacro Imperio Romano Germánico en el año 962, marcan una segunda fase de desarrollo de la escolástica, la que abarca el periodo entre el siglo IX y el siglo XII. Esta desintegración, como observa Fernand Braudel, lleva desde el derrumbe del Imperio tras la muerte del gran emperador en el año 814, al surgimiento posterior del Sacro imperio Germánico, «un gran edificio, pero destartado»<sup>39</sup>. Este edificio se irá desintegrando en minúsculos señoríos, dando lugar al feudalismo, producto, por tanto, de la descomposición del cuerpo político heredado del Imperio Carolingio. Pero, ante la situación de «explosiones de violencia en una sociedad en descomposición»<sup>40</sup>, el imaginario social necesita, de nuevo, de una idea rectora que vuelva a ordenar la sociedad y la recomponga, es decir, la sociedad necesita recuperar una jerarquía social de acuerdo con un «plan que proviene de Dios»<sup>41</sup>. En definitiva, la debilidad político-social del imperio debe ser compensada con el reforzamiento de la ideología que había permitido la consolidación de dicho imperio, y que giraba en torno a la supremacía moral del orden celeste y la existencia de un plan divino para el orden terrenal. En este contexto, G. Duby destaca la importancia de la «homología entre cielo y tierra»<sup>42</sup>, es decir, la proyección de la desigualdad social que proyectaba el imaginario de la primera etapa escolástica, y que se articulaba en torno a tres estados sociales, cada uno con su función particular: «servir a Dios, conservar el

---

<sup>39</sup> F. Braudel, *Las civilizaciones actuales*, Madrid: Tecnos, 1978, p.277.

<sup>40</sup> G. Duby, *op. cit.*, p.52.

<sup>41</sup> *Ibid.*, p.52.

<sup>42</sup> *Ibid.*, p.22.

Estado por medio de las armas y extraer el alimento de la tierra»<sup>43</sup>. Y, este intento de recuperar la doctrina ideológica imperante en la primera etapa escolástica, lo asocia el autor francés a las obras de dos obispos miembros de la aristocracia lotaringia, Adalberón de Laon y Gerardo de Cambrai, escritas ambas a principios del siglo XI<sup>44</sup>.

Este movimiento iniciado a principios del siglo XI coincide con la idea desarrollada por Juan Escoto Eriúgena, una de las figuras representativas de la época de transición del siglo IX. La justificación de la existencia de una jerarquía terrenal a imagen y semejanza de la celestial, para consolidar el imperio carolingio, se basaba en la teología agustiniana que establecía la relación entre razón y fe en base a una iluminación por Dios de la primera dentro de la fe, es decir, en una especie de movimiento de compenetración entre ambas instancias<sup>45</sup>. Esta idea permite consolidar una división social interpretada como parte integrante de una jerarquía más amplia, subsumida dentro de la jerarquía celestial, y en la que el poder político media entre ambas<sup>46</sup>. Este es el desarrollo ideológico que pretendía reforzar la unidad social que interesaba al imperio carolingio, conjugando el poder religioso con el terrenal, y que, dos siglos más tarde, los obispos de estirpe carolingia intentarán recuperar para retardar el cambio social y la irrupción del feudalismo. El modelo de la trifuncionalidad como ordenación social que ambos autores postulan permite volver a la armonía de la creación, a un «intercambio jerarquizado de sumisiones respetuosas y de afectos condescendientes»<sup>47</sup> y rescatar un «poder ascensional que impulsa al mundo imperfecto a incorporarse en el perfecto»<sup>48</sup>. En definitiva, lo que pretenden los obispos francos es volver a rescatar la imagen de una realeza capaz de volver a ordenar el imperio y evitar su descomposición. Y este orden armonioso de la sociedad refleja una «coherencia entre el cielo y la tierra las dos partes de un mundo homogéneo, construidas sobre un único plan y que se encuentran, en consecuencia en correlación»<sup>49</sup>. En este sistema, los obispos carolingios pretenderán resaltar la primacía del cuerpo eclesial respecto del resto de los estamentos sociales, postulándolo como modelo de la organización social

---

<sup>43</sup> *Ibid.*, p.23.

<sup>44</sup> *Ibid.*, p.35.

<sup>45</sup> G. Reale y D. Antiseri, *op. cit.*, p.423.

<sup>46</sup> *Ibid.*, p.428.

<sup>47</sup> G. Duby, *op. cit.*, p.63.

<sup>48</sup> *Ibid.*, p.81.

<sup>49</sup> *Ibid.*, p.94.

necesaria. Las diferencias en el mundo terrenal quedan justificadas en base a este orden natural reflejo del orden celestial<sup>50</sup>.

Sin embargo, la descomposición del imperio carolingio dio paso al surgimiento del feudalismo, es decir, a la división del poder monárquico en diferentes autoridades regionales ostentadas por los señores correspondientes, lo que provoca un movimiento social importante dentro del imperio, su descomposición política y la introducción de nuevos elementos dentro del imaginario social. El poder del emperador había sido fragmentado en los diferentes señoríos por la imposibilidad del primero de ofrecer más riquezas a los nobles que le soportaban. Esta incapacidad impulsa a los señores a incrementar la extracción de excedentes de sus propias tierras, extendiendo la obligación del trabajo, de la labor agrícola, del dolor, a todos los campesinos que habitaban el señorío. Ante esta nueva situación, la antigua separación *gelasiana* entre dos órdenes diferentes, el eclesiástico y el laico, es insuficiente y se hace necesario incluir una tercera función, la de los caballeros, que asociados con el orden eclesial, se oponían a los *laboratores*, es decir, se hace necesaria la complicidad para someter al pueblo<sup>51</sup>. De aquí el impulso para recuperar la división trifuncional de la sociedad: *oratores, bellatores, laboratores*. Este modelo social es coherente con el significado del feudalismo que nos transmite F. Braudel: «una sociedad fundada en un determinado tipo de relaciones entre los hombres, en una cadena de dependencias»<sup>52</sup>. El mundo feudal se convierte, por tanto, en un conjunto de compartimentos estancos, en el que la tierra es el elemento fundamental que se utiliza para recompensar los servicios que se prestan a los señores.

La escolástica había impulsado una visión orgánica de la sociedad, concibiéndola como un todo conjunto a imagen y semejanza del alma y el cuerpo<sup>53</sup>, y que defendía la supervivencia del Estado al afirmar que el pueblo y el rey debían asociarse en esta tarea. Pero el nuevo contexto político permite el surgimiento de otros modelos sociales alternativos: el herético, el de La Paz de Dios, y el monástico<sup>54</sup>. El primero de los modelos es el más radical, puesto que se basaba en un concepto de igualdad que minaba

---

<sup>50</sup> *Ibid.*, p.95.

<sup>51</sup> *Ibid.*, pp.216-231.

<sup>52</sup> F. Braudel, *op. cit.*, p.278.

<sup>53</sup> G. Duby, *op. cit.*, p.141.

<sup>54</sup> *Ibid.*, p.187.

completamente la jerarquía y la desigualdad imperante, es decir, subvertía el imaginario social dominante<sup>55</sup>. El segundo de los modelos era una alternativa que ponía el acento en el papel de la Iglesia como elemento de unión y pacificación, en sustitución de la figura monárquica y como consecuencia de su incapacidad en el periodo de transición hacia el feudalismo<sup>56</sup>. Por último, el ascenso del orden cluniacense de los benedictinos conformó un tercer modelo alternativo, el monástico, que imponía la vía dedicada al servicio de Dios como guía de una sociedad que, de esta manera, se liberaba de las corrupciones imperantes<sup>57</sup>. Ante estos tres modelos sociales que amenazaban con erigirse en dominadores del imaginario social existente, el modelo trifuncional de los obispos lotaringios se revela como una reacción de salvaguarda de un orden social imperante y asociado al Imperio en disolución.

El desenlace final de esta confrontación de modelos sociales se traduce en una ganancia de poder de la Iglesia dentro del Sacro Imperio que conduce a una renovación de sus instituciones y a una nueva visión de la teología, es decir, a la imposición de un modelo monacal desarrollada por la orden de Cluny, orden de los benedictinos. En esta nueva visión, impulsada por el benedictino Anselmo de Aosta, el instrumento de la razón se pone a disposición de la teología, y el objetivo fundamental será «aclorar mediante la razón humana lo que ya se posee a través de la fe»<sup>58</sup>. De esta forma, se opera una traslación de la posición agustiniana de sumisión de la razón a la fe y, ahora, la nueva teología renuncia a imponer bajo su simple autoridad la verdad revelada y busca un nuevo apoyo en la razón. Aunque la fe continua siendo el pilar fundamental de la vida social, la relación de la misma con la razón comienza a variar desde las posiciones de Juan Escoto Eriúgena, impulsándose un nuevo acuerdo entre razón y fe, siempre y cuando la razón respete una regla fundamental, la vinculación entre lógica y mundo<sup>59</sup>.

El ascenso del monaquismo es paralelo a la disolución final del Imperio y el desarrollo del feudalismo, que acrecienta el desarrollo agrícola y la circulación de

---

<sup>55</sup> *Ibid.*, pp.190-196.

<sup>56</sup> *Ibid.*, pp.196-201.

<sup>57</sup> *Ibid.*, pp.203-208.

<sup>58</sup> G. Reale y D. Antiseri, *op. cit.*, p.435.

<sup>59</sup> *Ibid.*, p.436.

moneda<sup>60</sup>. La nobleza sale victoriosa en su enfrentamiento con el monarca y el poder es repartido, impulsando un nuevo modo de producción señorial. El monaquismo reformado, que se impone en el siglo XI, se desarrolla de forma decidida a partir de la reforma gregoriana e impulsa una vuelta a la figura binaria gelasiana que dividía la sociedad en dos órdenes: eclesial y laico, superando de nuevo la idea de la trifuncionalidad heredada de Dionisio Areopagita<sup>61</sup>. El desarrollo ideológico de este periodo se consolida en el siglo XII, cuando las escuelas de Chartres y de San Víctor se convierten en el centro de estudios de la época. Estas instituciones permitieron que la enseñanza y la transmisión de la doctrina revelada ya no fuera responsabilidad exclusiva de la jerarquía eclesiástica, y que ésta se abriera a un grupo de maestros, sacerdotes y laicos<sup>62</sup>. Además, posteriormente, se produciría el surgimiento de las universidades, que estuvo acompañado de otro fenómeno, su apertura a personas de todas las clases sociales, por lo que la adquisición de cultura pasaría a convertirse en un elemento fundamental para el posicionamiento social. Por todo ello, G. Reale y D. Antiseri afirman que «entendemos por *escolástica* aquel cuerpo doctrinal que fue elaborado - primero, de un modo bastante desorganizado y, después, de forma cada vez más sistemática- en estos centros de estudio»<sup>63</sup>.

La Escuela de Chartres se centra en la recuperación de las obras de Platón, utilizando los clásicos como ejemplo de excelencia y confianza en el «progreso histórico del conocimiento»<sup>64</sup>, es decir, como la base fundamental que los modernos deben utilizar para avanzar. El estudio de las obras de Platón, especialmente del *Timeo*, se debe a la cercanía de su filosofía de la naturaleza respecto a la revelación cristiana y, por tanto, por facilitar la tendencia de utilizar la razón como medio de afirmar las verdades de la fe, en este caso la creación del Mundo (Génesis). En última instancia, esta tendencia nos revela la importancia creciente que las ciencias naturales adoptan en la época y su progresiva independencia de la perspectiva teológica, aunque esta se mantenga siempre en un plano superior<sup>65</sup>. La Escuela de San Víctor profundiza en la

---

<sup>60</sup> G. Duby, *op. cit.*, p.249.

<sup>61</sup> *Ibid.*, p.279.

<sup>62</sup> G. Reale y D. Antiseri, *op. cit.*, p.418.

<sup>63</sup> *Ibid.*, p.419.

<sup>64</sup> *Ibid.*, p.438.

<sup>65</sup> *Ibid.*, p.439.

creciente importancia de la razón afirmando que existen «cosas esencialmente racionales, que solo se puede conocer mediante la razón: las verdades de la matemática o los principios de la lógica y de la dialéctica»<sup>66</sup>. No obstante, también existen otro tipo de verdades, las probables, como las verdades históricas, para cuya comprensión la razón necesita de la complementariedad de la fe. Por tanto, se establece un nuevo acuerdo entre razón y fe, aunque se siga manteniendo la superioridad de la fe. Una de las figuras más representativa de la época, Pedro Abelardo, expresa fielmente este punto de vista, puesto que, aunque impulsa una investigación crítica, limita, a su vez, la capacidad humana para entender las enseñanzas de la Biblia, es decir, la circunscribe dentro del discurso teológico. En definitiva, lo que Pedro Abelardo propone es establecer la relación entre fe y razón dentro de la acción de *intelligere*, que necesita del concurso de ambas, mientras que la acción de *coprehendere* pertenece exclusivamente a la esfera de la fe<sup>67</sup>.

Además de esta progresiva traslación en la relación entre fe y razón, esta segunda etapa de la escolástica aborda los tres pilares fundamentales que había establecido la primera etapa, y aporta, al final de su desarrollo, ligeras variaciones que serán interesantes para el devenir de los mismos dentro del imaginario social. El primero hacía referencia a la controversia de los universales, que afecta a la relación entre lenguaje y realidad, entre las categorías mentales y las realidades materiales. Ante esta problemática se establecen tres posiciones fundamentales: 1) solución realista, según la cual los términos universales son entidades metafísicas realmente existentes, siguiendo una clara línea platónica de pensamiento; 2) solución nominalista, contrapuesta al realismo extremo, y que defiende que los conceptos universales no tienen ningún valor ni referencia real, puesto que todo lo existente es individual o separado. Dicho de otra forma, esta posición defiende lo individual en perjuicio de lo universal, permitiendo, de esta forma, la acción analítica de una realidad considerada en su vertiente atomista; 3) solución del realismo moderado que, resistiéndose al nivel estrictamente metafísico del realismo exagerado y a la visión nominalista de los

---

<sup>66</sup> *Ibid.*, p.442.

<sup>67</sup> En este sentido se interpreta la observación de que la escolástica representaría la transición desde una concepción de la razón deudora de la fe, a la exaltación de la necesidad de «comprender (*intelligere*) la fe», ver G. Reale y D. Antiseri, *op. cit.*, p.419.

términos universales, adoptan una posición en la que la razón humana será capaz de separar los elementos constituyentes de la realidad y, mediante su análisis y comparación, construir conceptos abstractos en el que todos los individuos coincidan. En última instancia, esta alternativa refleja el progresivo movimiento desde una posición realista extrema que había dominado en los comienzos de la escolástica, hasta una posición nominalista que se impondrá en el ocaso de la misma<sup>68</sup>. Esta será la posición de Pedro Abelardo, por ejemplo, que pretenderá escapar del realismo y el nominalismo exagerados, es decir, no aceptará ni los universales falsos, ni un mundo excesivamente fragmentado y atomizado.

El segundo y tercer pilares del desarrollo escolástico, la asociación del bien y la felicidad con un mundo celestial, es decir, la negatividad del mundo terrenal, así como la eliminación del azar mediante la imposición de una causa última para el desarrollo histórico-social, la Providencia, son abordados al final de este periodo y de forma conjunta por ambas escuelas. Por un lado, Hugo de San Víctor volvería a recuperar el esquema trifuncional, la jerarquía de Dionisio Areopagita<sup>69</sup>, ante la constatación de la diversidad social y la superación del orden feudal que se está produciendo. El crecimiento económico que está impulsando nuevos valores sociales lleva a los autores de la época a constatar empíricamente una diversidad social que colisiona con la unicidad que querían defender, con la visión orgánica propia de la escolástica. Pero esta organización social ya no es buscada como reflejo celestial, y este será un matiz importante a futuro, sino que la ascensión del nuevo poder laico representado por los comerciantes impulsa a buscar el origen de la nueva estructura social en fuentes paganas y abandonar la raíz Patrística asociada a Agustín y Gregorio Magno. Por otro lado, Juan de Salisbury defiende en su *Policratus* una ideología laica del poder y del orden social<sup>70</sup>. El sistema trifuncional sagrado del final del Sacro Imperio dará paso a un nuevo esquema trifuncional totalmente desacralizado. El poder laico es el que pasa a determinar este nuevo orden social, sin necesidad de una intervención divina. De esta forma se genera un orden natural, sin mediación divina, que justifica igualmente la

---

<sup>68</sup> G. Reale y D. Antiseri, *op. cit.*, pp.452-455.

<sup>69</sup> G. Duby, *op. cit.*, p.339.

<sup>70</sup> *Ibid.*, p.364.

desigualdad social y la sumisión del pueblo, imponiendo una nueva estabilidad social desacralizada.

Por consiguiente, nos encontramos ante una etapa de transición, el paso del siglo XII al siglo XIII, en el que se consolidarán progresivamente los elementos del feudalismo que permitirán, a su vez, la futura superación del mismo: el dinero, el comercio y la vida urbana. Los núcleos económicos estaban aislados y la productividad de los mismos crecía lentamente, por lo que se establecieron intercambios comerciales en base a dos tipos de actores principales, dos clases de mercaderes: 1) los campesinos de tamaño medio, que eran capaces de generar un excedente suficiente para pagar a su señor y comerciar con otra pequeña parte de su producto; y 2) los agentes de larga distancia, capaces de dominar unas comunicaciones deficientes y, consecuentemente, controlar los diferentes precios entre diferentes áreas<sup>71</sup>. Por tanto, lejos de ser un obstáculo, el feudalismo constituye la base fundamental para el posterior desarrollo del comercio que, en su evolución, lo debilitará y pondrá las bases del Estado Moderno.

En definitiva, en esta etapa de transición, los valores de los nobles carolingios, el lujo y la caridad, empiezan a disolverse por el ascenso de un nuevo elemento social, el del burgués comerciante, cuya riqueza ya no ha sido dada, sino que ha sido ganada y tiende a acumularse ante la carencia de generosidad y nivel de gasto de este estamento frente a la nobleza. El sistema señorial se revelará progresivamente como un obstáculo para aquellos que quieren ascender en la escala social, para los burgueses comerciantes que añoran la posibilidad de una nueva igualdad social que valore adecuadamente su capacidad de enriquecimiento. De ahí la necesidad de que, como afirma G. Duby, «a mediados del siglo XII, toda ideología de la sociedad debe construirse de nuevo en función del poder laico»<sup>72</sup>. Además, a nivel ideológico, una vez que se ha aceptado y adaptado la transición desde un realismo extremo hacia un nominalismo de corte más moderado, la batalla se centra en contener el avance de la razón respecto de la fe y, consecuentemente, la laicización del orden social, su independencia de la ley divina, la Providencia, y la determinación celestial del concepto de bien y felicidad.

---

<sup>71</sup> I. Wallerstein, *El moderno sistema Mundial. I. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI*, Mexico D.F.: Siglo XXI, 1987, pp.26-27.

<sup>72</sup> G. Duby, *op. cit.*, p.322.



### *El apogeo escolástico*

El redescubrimiento de los textos originales de Aristóteles a través de los autores árabes, conjuntamente con otros factores culturales que se habían ido fraguando en el siglo anterior, como el desarrollo de las universidades y la fundación de las órdenes mendicantes de franciscanos y dominicos, permite que el siglo XIII suponga la época de apogeo de la teología y la filosofía escolástica. En el ámbito político social, además, se consolidan los municipios y se desarrollan de forma intensa las clases burguesas; el papa Inocencio III aspira a un poder pleno y la fe católica penetra todos los niveles sociales, colocando a la Iglesia como guía espiritual. En los siglos anteriores ya se habían producido importantes transformaciones sociales y la actividad económica se había intensificado, permitiendo la apertura del mundo latino-cristiano y su contacto con otras tradiciones filosóficas y científicas<sup>73</sup>. En este nuevo contexto, las obras de Aristóteles introducen una visión más racional en la explicación del mundo y del hombre, avanzando en cierta independencia respecto de las doctrinas cristianas. La fe, por tanto, se encuentra amenazada por el avance de la razón, por lo que es necesario atribuirle a esta última un ámbito propio en el que desarrollarse y, por tanto, cristianizar, en cierta forma, las doctrinas aristotélicas<sup>74</sup>.

Entre los autores árabes que introdujeron una nueva visión del aristotelismo destacamos las figuras de Avicena y Averroes. El primero de ellos transmite una visión de las doctrinas aristotélicas muy influenciada por un neoplatonismo mezclado con elementos religiosos islámicos, influencias que permitieron una buena acogida por los pensadores cristianos. El segundo, sin embargo, transmite una visión que se apoya en una confianza absoluta en la capacidad ilimitada de la razón humana y pone en entredicho ciertos conceptos fundamentales de la visión cristiana, como la inmortalidad humana y la temporalidad del mundo, que hacen de la suya una visión profundamente incómoda. De acuerdo con esta visión, la verdad sale del círculo de la teología y se

---

<sup>73</sup> G. Reale y D. Antiseri, *op. cit.*, p.498.

<sup>74</sup> *Ibid.*, pp. 461-463.

circunscribe al de la filosofía, capaz de sistematizarla con rigor y constituir una guía fundamental en el avance de la primera<sup>75</sup>.

La primera de las figuras principales del occidente medieval que se interesa por la filosofía y la ciencia de Aristóteles es Alberto Magno. Su exposición de las mismas constituye un intento de sujeción de la razón humana a la fe, afirmando que la segunda puede avanzar más allá de los límites de la razón, abriendo nuevas vías para que ésta pueda seguir avanzando. Su discípulo, Tomás de Aquino, es la figura principal de esta época, y representa el movimiento del saber escolástico desde la herencia platónico-agustiniana a la aristotélica. Para poder realizar este movimiento debe situar, de nuevo, a la razón dentro de los límites de la fe y combatir la visión de Averroes. Por eso, en su filosofía, el razonamiento acerca del hombre y del mundo siempre se debe realizar en el contexto de la revelación y, por tanto, la filosofía se convierte en una preparación a la fe<sup>76</sup>. El campo de acción de ambas, de filosofía y teología, es el mismo, Dios, el hombre y el mundo; pero, mientras la filosofía solo puede aspirar a un conocimiento imperfecto de las mismas, la segunda, la teología, es capaz de darnos una visión más clara de estos aspectos. Por tanto, la fe se revela como la instancia que mejora la razón, como un elemento perfeccionador de una razón que se instituye con autonomía propia, con instrumentos y métodos independientes de los de la teología. Las verdades racionales son el punto de partida fundamental de cualquier reflexión, y constituyen, a su vez, el punto de partida para una profundización teológica. Esta relación entre fe y razón transmite la visión vertical que Tomás de Aquino transmite en su construcción del mundo, y que fuerza la visión horizontal que Aristóteles había planteado en su relación entre los seres.

Este sistema vertical de Tomás de Aquino se estructura a través de tres tipos de leyes que rigen la vida humana: la *lex aeterna*, la *lex naturalis* y la *lex humana*. Y por encima de estas tres leyes se encuentra la *lex divina*, la revelación de Dios. La primera de las tres leyes es el plan racional de Dios, es decir, el orden del universo que Dios ha diseñado y que dirige a todas las cosas hacia su fin. En otras palabras, la providencia divina que solamente es accesible a Dios y a los bienaventurados. Sin embargo, la

---

<sup>75</sup> *Ibid.*, pp.463-470.

<sup>76</sup> *Ibid.*, p.481.

capacidad racional del ser humano le debe permitir una cierta participación en esta ley eterna, y esta participación es la que el ser humano consigue mediante la ley natural, que consiste en hacer el bien, es decir, en cumplir los designios de Dios expresados en la ley eterna, y que puede cumplirse gracias a la capacidad racional del ser humano. Por último, y ligada con esta ley natural, Tomás de Aquino define la ley humana, el derecho positivo, que es la ley que el hombre crea para regir la sociedad y que, no obstante, se basa en la ley natural. Esta capacidad del ser humano para crear un derecho propio tiene también una función pedagógica, puesto que es capaz de orientar a cualquier ser humano hacia el bien. En resumen, la verticalidad de Tomás de Aquino se despliega a través de la ley humana como reflejo de la ley natural, accesible al ser humano gracias a su capacidad racional. Pero ambas leyes únicamente son operativas en las cuestiones terrenales, puesto que en la guía hacia el fin espiritual del ser humano, la eterna felicidad, es imprescindible el concurso de la ley divina, la ley revelada por Dios y que se expresa en el Evangelio<sup>77</sup>.

La conclusión de esta etapa de la escolástica es la afirmación de que la filosofía, aunque capaz de un saber elevado, no elimina la posibilidad de error si no es capaz de referirse a otro saber más elevado. La razón no es considerada como autosuficiente para guiar al ser humano, puesto que el mundo no está regido por leyes profanas. La filosofía, por tanto, no deja de ser sino una vía para llegar a las demás ciencias, es decir, tal y como observaba Tomás de Aquino, se revela como un preámbulo de la fe, una fase preparatoria hacia la misma. Por eso, la interpretación que se hace de Aristóteles en la etapa final de la escolástica se orienta, fundamentalmente, a su física, haciendo abstracción de sus implicaciones metafísicas, que se reservarán a la autoridad de Platón, mucho más cercana a la visión cristiana y, por tanto, menos conflictiva. Esta es la posición defendida por Buenaventura de Bagnoregio, que considera que el «el rechazo a la teoría platónica de las ideas se encuentra en el origen de los errores de Aristóteles y de sus seguidores árabes, Avicena y Averroes»<sup>78</sup>. En última instancia, esta posición supone la reivindicación de Dios como razón causal del mundo, es decir, como ley divina que guía el devenir del mundo.

---

<sup>77</sup> *Ibid.*, pp.492-495.

<sup>78</sup> *Ibid.*, p.503.

Paralelamente a este desarrollo de la escolástica en el continente, su desarrollo en Inglaterra queda determinado por la aportación de dos figuras fundamentales que son consideradas como los introductores del naturalismo desde sus estudios en Oxford. Por un lado, Roberto Grosseteste, que dio inicio a una filosofía empírica de la naturaleza y a las primeras expresiones de investigación experimental. Y, por otro lado, Rogerio Bacon que, basándose en las doctrinas de Aristóteles, determina dos vías de conocimiento: la argumentación y la experimentación. La argumentación carece de capacidad de convencimiento, es decir, no es capaz de eliminar la duda, luego la verdad debe ser hallada siempre con la ayuda de la experiencia<sup>79</sup>. Esta posición no implica la renuncia a la fe, sino que implica el acceso a las verdades naturales a través de la experiencia, mientras que la fe permite el acceso a las verdades sobrenaturales. No obstante, este primer movimiento hacia la experimentación supone un comienzo de los desarrollos posteriores que combinarán la teoría tradicional con una nueva fuente de conocimiento, la práctica, y evolucionarán hacia la ciencia moderna. Esta tendencia es la que recoge Juan Duns Escoto cuando propone superar la armonía entre filosofía y teología que proponía la etapa tomista, y avanzar hacia una distinción de ambas esferas. De acuerdo a esta visión, filosofía y teología utilizarían metodologías e instrumentos diferentes e inconmensurables que las situarían en niveles totalmente diferentes e incomparables; por tanto, se pretende deshacer la tutela de la teología sobre la filosofía y se renuncia a la posibilidad de que una mejore con las aportaciones de la otra.

### *El declive de la escolástica: fundamentos del Estado Moderno*

Pero, este movimiento de aislamiento de ambas esferas no representa sino la anticipación hacia una evolución que se produce durante el siglo XIV y que supone la ruptura del equilibrio que se había tratado de establecer a lo largo de la escolástica entre la fe y la razón. El declive del Sacro Imperio Romano y, por tanto, del poder del Emperador y del Papa, da lugar a una tensión creciente con los Estados nacionales, que van ganando poder en la configuración feudal. El progresivo desarrollo económico y el ascenso de la burguesía conceden un mayor poder a los Estados y generan una tensión que aboca a una progresiva decadencia de la unión entre el poder terrenal y celestial que

---

<sup>79</sup> *Ibid.*, p.515.

aseguraba el Imperio. Se inicia un proceso largo y complejo, según observa Richard van Dülmen, que nos trasladará del feudalismo a una nueva economía capitalista mundial<sup>80</sup>. Los siglos XIII y XIV<sup>81</sup> fueron testigos de una crisis marcada por las guerras, enfermedades, el decrecimiento poblacional y la escasez de alimentos que provocaron diversas revueltas campesinas y el debilitamiento de los señoríos. Consiguientemente, la debilidad del modo de producción señorial generó una importante crisis feudal que permitió que el Estado volviese a ganar terreno y poder, monopolizando la circulación monetaria<sup>82</sup>. No en vano, en el surgimiento del feudalismo se había desarrollado solamente un comercio regional que permitía el intercambio de productos básicos, bajo normas muy rígidas, reservando el comercio a larga distancia para el «intercambio comercial de artículos de lujo para el consumo exclusivo de la capa señorial de las ciudades y la nobleza»<sup>83</sup>. La producción de los bienes básicos se concentraba en las ciudades y se organizaba en base a gremios, mientras que, en su entorno, la producción agrícola era de base familiar y permitía el autoabastecimiento. La economía doméstica de la época se orientaba a cubrir las necesidades personales, y no fue hasta el siglo XVI cuando se empezó a desarrollar una agricultura que transformaría, posteriormente, este concepto. La confluencia de la crisis del siglo XVI, la revolución de los precios y la creciente movilidad de la población, impulsó una actividad comercial que funcionó como detonante de un cambio en la productividad agrícola y, consiguientemente, en su organización<sup>84</sup>. El feudalismo, en este contexto, actuó como el elemento que permitió la reorganización de la estructura agraria, que se transformó desde una servidumbre al señor de las tierras, hacia una contribución en especie o monetaria del campesino al señor del feudo. Y esta transformación de la estructura agraria en Europa se desarrollará en base a: 1) el crecimiento demográfico hasta la segunda década del siglo XVII; 2) el incremento productivo para abastecer al crecimiento demográfico; 3) la imposición de la agricultura en detrimento de la ganadería; y 4) una ampliación de las áreas

---

<sup>80</sup> R. van Dülmen, *Los inicios de la Europa Moderna (1550-1648)*, Madrid: Siglo XXI, 1984, p.83.

<sup>81</sup> I. Wallerstein observa que este periodo de contracción abarca desde el año 1300 hasta el 1450, y que se refleja en «los tres niveles de la geografía, el comercio y la demografía», I. Wallerstein, *El moderno sistema Mundial. I. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI*, Mexico D.F.: Siglo XXI, 1987, p.52.

<sup>82</sup> I. Wallerstein, *op. cit.*, pp.30-47.

<sup>83</sup> R. van Dülmen, *op. cit.*, p.84.

<sup>84</sup> *Ibid.*, p.31.

cultivables, así como su intensificación, que permitió impulsar las relaciones comerciales<sup>85</sup>.

La concepción unitaria de la sociedad que había intentado construir la Escolástica, y que se había impuesto durante varios siglos, dará lugar a una progresiva disgregación y división que nos conduce a un mayor individualismo y a una cierta interiorización de la vida espiritual. Por tanto, el siglo XIV marca la decadencia de la escolástica y el comienzo de la transformación de las ideas fundamentales que imperan en la sociedad feudal. El siglo XIII, el siglo de mayor desarrollo del pensamiento escolástico, que se había caracterizado por una fuerte teocracia encarnada en la figura del Papa Inocencio III, el cual pretendía el «dominio cristiano del mundo»<sup>86</sup>, dejaba paso a un nuevo siglo en el que la sociedad se ha transformado por la consolidación de las ciudades, el consiguiente ascenso social de las nuevas clases de artesanos y mercaderes burgueses, y la tensión que los nuevos Estados nacionales generan con el Imperio existente. El declive del poder del Emperador y del Pontífice romano es paralelo al declive de las ideas imperantes durante el siglo anterior, que derivará en la disolución de la concepción unitaria de temporalidad y espiritualidad que regía la sociedad y que se apoyaba en ambas instituciones, dando paso a una sociedad más disgregada, en la que el individuo comienza a adquirir una notoria importancia y su espiritualidad tenderá a un mayor recogimiento interior<sup>87</sup>.

En este proceso de declive de la filosofía escolástica, las aportaciones de Guillermo de Ockham adquieren una importancia crucial. Los elementos fundamentales de su filosofía se pueden agrupar en torno a cuatro cuestiones fundamentales: 1) impulsa la recuperación de la autonomía de lo terrenal respecto a lo espiritual, otorgando una mayor importancia a las instituciones socio-políticas. Este aspecto se fundamenta en la constatación de que la armonía existente entre razón y fe en el periodo escolástico es excesivamente frágil y que la filosofía no puede ser tutelada por la teología. En su opinión es necesaria la separación radical de los dos ámbitos, el de las verdades reveladas y el del conocimiento racional, ahondando en el movimiento que ya había iniciado Juan Duns Escoto; 2) defiende un acentuado nominalismo frente al

---

<sup>85</sup> *Ibid.*, pp.41-42.

<sup>86</sup> G. Reale y D. Antiseri, *op. cit.*, p.530.

<sup>87</sup> *Ibid.*, p.533.

realismo más radical o más moderado que se había impuesto hasta la fecha. El mundo es un conjunto de elementos individuales sin vínculo metafísico alguno, lo que permite el desarrollo de una ciencia capaz de ir descubriendo estas singularidades, es decir, construye un universo fragmentado frente a la concepción orgánica de la escolástica tradicional; 3) como consecuencia de esta fragmentación del universo la indagación experimental se convierte en un pilar fundamental del conocimiento, y el conocimiento intuitivo se revela como el instrumento fundamental que permite la construcción posterior de este conocimiento; 4) el comienzo de un nuevo método de investigación científica, partiendo de que el fundamento de dicho conocimiento científico es la experimentación. El objeto principal de este método no es la esencia de los fenómenos, el qué de los mismos, sino el cómo se desarrollan. Este proceso de investigación parte de la premisa aristotélica de una visión horizontal en la relación entre los seres, rompiendo con la jerarquía vertical que el tomismo había intentado construir a través de la sistematización de diferentes niveles de leyes. El método que se intenta desarrollar se basa en la capacidad creativa del investigador, es un método *per imaginationem*, que buscará la constatación de sus hipótesis mediante la experimentación<sup>88</sup>.

En este contexto, a lo largo del siglo XV, en Europa se desarrolla un sistema alternativo al feudalismo para apropiarse del excedente producido, y que I. Wallerstein denomina economía-mundo capitalista<sup>89</sup>. El nacimiento de este nuevo sistema, según nuestro autor, se fundamenta en la confluencia de tres elementos básicos: 1) la expansión geográfica del *mundo*; 2) el desarrollo de métodos diversos de control del trabajo en función de las zonas geográficas y los productos; y 3) la creación de una

---

<sup>88</sup> *Ibid.*, pp.533-546.

<sup>89</sup> El concepto de economía-mundo ha sido también desarrollado por F. Braudel, que lo concibe como «la economía de solo una porción de nuestro planeta, en la medida en que éste forma un todo económico». Asimismo, le asocia una triple realidad: 1) ocupa un espacio geográfico determinado, cuyos límites pueden variar, aunque con cierta lentitud; 2) dispone siempre de un centro de desarrollo, que inicialmente se asociaba a una ciudad dominante; y 3) se divide en zonas sucesivas: centro, semi-periferia y periferia. Como el propio autor francés reconoce, su concepción y la de I. Wallerstein son «en lo esencial idénticos, incluso teniendo en cuenta que, para Immanuel Wallerstein, no hay más economía-mundo que la de Europa, fundada solo a partir del siglo XVI, mientras que para mí, dicho antes de haber sido conocido por el hombre europeo en su totalidad, desde la Edad Media e incluso desde la Antigüedad, el mundo ha estado dividido en zonas económicas más o menos centralizadas, más o menos coherentes, es decir, en diversas economías-mundo que coexisten», véase F. Braudel, *La dinámica del Capitalismo*, Madrid: Alianza, 1985, pp.92-96.

nueva burocracia estatal que situará al Estado Moderno en el centro de desarrollo de este sistema<sup>90</sup>.

La crisis de la última época del feudalismo genera dos problemas fundamentales: por un lado una situación de pauperización de la mayor parte de la población y, en relación con este problema, una reducción importante de los ingresos en los señoríos que degrada la capacidad de consumo de la nobleza europea<sup>91</sup>. Ambas situaciones impulsan una tendencia a la expansión, a la conquista de otras áreas de las que extraer nuevos excedentes para solucionar las carencias existentes. Esta expansión, además de cubrir carencias alimenticias, es capaz de generar nuevas fuentes de metales preciosos que permiten conectar comercialmente el este y el oeste, generando unos flujos mundiales de materiales que implican un mercado más amplio capaz de vincular la economía mundial. Pero, el éxito de esta expansión exigía el apoyo de dos «instituciones claves, una división "mundial" del trabajo y en ciertas áreas un aparato de Estado burocrático»<sup>92</sup>. Los beneficios de este incremento de las relaciones comerciales dieron lugar a un nuevo excedente apropiado por la burguesía comercial y parte de la nobleza, impulsando el desarrollo de una concepción analítica de las relaciones de mercado, la doble contabilidad y la especialización en el oficio<sup>93</sup>.

El nuevo sistema de economía-mundo asociado a la Edad Moderna instaura una característica fundamental en las decisiones políticas, que se centrarán en las estructuras estatales y estarán guiadas durante varios siglos por la *razón de estado*. El proceso de transformación fue largo y complejo, desde un sistema feudal hacia una progresiva racionalización social que agudizó «tendencias a la jerarquización estatal de la sociedad»<sup>94</sup>, como base de la creación del primitivo Estado Moderno. Esta potenciación

---

<sup>90</sup> I. Wallerstein, *op. cit.*, pp.53-54.

<sup>91</sup> En su análisis de la transición del feudalismo al capitalismo, R. van Dülmen observa que a finales del siglo XV se produce un aumento de la demanda de bienes de consumo y una disminución del rendimiento del suelo. Ambos efectos provocaron que el sistema de producción feudal llegase a sus límites y se impulsase una expansión que permitiese volver a poner en marcha un proceso de acumulación en base al impulso de la producción agrícola, véase R. van Dülmen, *Los inicios de la Europa Moderna (1550-1648)*, Madrid: Siglo XXI, 1984, p.85.

<sup>92</sup> I. Wallerstein, *op. cit.*, 1987, p.89.

<sup>93</sup> R. van Dülmen, *op. cit.*, p.86.

<sup>94</sup> *Ibid.*, p.2.



del papel del Estado en el comercio mundial<sup>95</sup> permitió acumular un capital suficiente para «financiar la racionalización de la producción agrícola»<sup>96</sup>. Pero esta acumulación de capital es producto, fundamentalmente, de un importante incremento de la inflación que genera una revolución de precios e, indirectamente, de una redistribución de ingresos que cargó la creación de dicho capital sobre las capas de población políticamente más débiles. ¿Cómo es posible generar esta acumulación? Es en este punto en el que adquiere importancia la institución de la organización del trabajo. En cada área geográfica, y en función del tipo de producto que aportaba a la economía-mundo, se establecen diferentes métodos de organización y control del trabajo: esclavitud, feudalismo, trabajo asalariado y autoempleo<sup>97</sup>.

El surgimiento de la economía-mundo coincide en el tiempo, como observa I. Wallerstein, con el nacimiento del absolutismo<sup>98</sup>. La crisis del feudalismo obliga a que el Estado vuelva a adquirir un papel central y, dentro del estado, el monarca es el nuevo elemento encargado de dotar de unidad y orden a la nueva entidad política<sup>99</sup>. Y el fortalecimiento del estado se desarrolló en base a «cuatro mecanismos fundamentales: burocratización, monopolización de la fuerza, creación de legitimidad, y homogeneización de la población súbdita»<sup>100</sup>. Además, este Estado se alimentaba a través de una política fiscalista, es decir «orientada a incrementar los ingresos inmediatos del Estado»<sup>101</sup>. Por tanto, el Estado se convierte en el monopolizador del excedente de este nuevo sistema de producción asociado a la economía-mundo y, de esta forma, se debilita el papel de la nobleza y se impulsa el absolutismo, legitimado por el derecho divino<sup>102</sup>. No obstante, el estatismo asociado al ascenso del absolutismo no

---

<sup>95</sup> En este sentido, R. van Dülmen identifica dos funciones principales del Estado, por una parte su intervencionismo regulador del mercado regional para potenciar la producción y el comercio y, por otra, su capacidad de garantizar la protección de todo el sistema y los privilegios que generaba, véase R. van Dülmen, *Los inicios de la Europa Moderna (1550-1648)*, Madrid: Siglo XXI, 1984, pp.87-88.

<sup>96</sup> I. Wallerstein, *op. cit.*, p.96.

<sup>97</sup> *Ibid.*, p.121.

<sup>98</sup> *Ibid.*, p.187.

<sup>99</sup> *Ibid.*, p.189.

<sup>100</sup> *Ibid.*, p.191.

<sup>101</sup> *Ibid.*, p.195.

<sup>102</sup> *Ibid.*, p.203. En este mismo sentido, G. Duby afirmaba que en el periodo que abarca los siglos XIII y XIV se había establecido de nuevo una justificación trifuncional del orden social completamente desacralizada y que ya no emanaba de Cristo, sino que situaba al monarca como origen y garante del mismo, reforzando la justificación ideológica del absolutismo, ver G. Duby, *Los tres órdenes o lo imaginario del feudalismo*, Barcelona: Argot-Compañía del Libro, 1983, p.471.

era un sentimiento popular, sino que respondía al interés de ciertas élites que eran claramente beneficiadas con este sistema<sup>103</sup>. Sin embargo, el absolutismo soporta también ciertas contradicciones internas, puesto que, como observa I. Wallerstein,

mientras que para la aristocracia la monarquía absoluta representaba una especie de última trinchera en la defensa de sus privilegios, para aquellos que obtenían sus ingresos de la maximización de la eficiencia económica de su firma el aparato de Estado resultaba en ocasiones extremadamente útil, en ocasiones un impedimento de importancia»<sup>104</sup>.

Además, la economía-mundo basada en el desarrollo de este sistema estatal constituía una institución social transnacional que amenazaba el dominio de otra institución transnacional como la Iglesia, por lo que sufriría sus ataques en una lucha sin cuartel entre Iglesia y Modernidad por el predominio social de la época<sup>105</sup>.

Sin embargo, el desarrollo de la economía-mundo provoca una serie de crisis sociales dentro del absolutismo e impulsa un cambio en las estructuras políticas. La creciente presión que ejercía el sistema estatal centralizado que se estaba formando ponía en peligro «la autonomía del poder de los antiguos estamentos y las condiciones de vida del pueblo»<sup>106</sup>, lo que constituyó el blanco principal de las diversas revoluciones que se produjeron. El incremento de la productividad en una agricultura más racionalizada, por ejemplo, genera una serie de revueltas campesinas que encuentran en los movimientos religiosos una posible canalización de sus aspiraciones de reforma social. Como observa R. van Dülmen, la circulación monetaria del siglo XVI generó una carestía de la vida que afectó, directamente, al mundo social tradicional y la escala de valores asociada<sup>107</sup>. La entrada de metales preciosos de América genera una inflación continuada, asociada a una reducción de los salarios disponibles. Los precios de los cereales crecieron muy por encima de los salarios, generando una pauperización

---

<sup>103</sup> *Ibid.*, p.205.

<sup>104</sup> *Ibid.*, p.229.

<sup>105</sup> *Ibid.*, p.221.

<sup>106</sup> R. van Dülmen, *op. cit.*, p.4.

<sup>107</sup> *Ibid.*, p.19.

generalizada en zonas rurales, que contrastaba con la situación de las ciudades, que habían desarrollado una economía de reservas<sup>108</sup>. Este hecho provocó, lógicamente, el auge de las zonas urbanas en detrimento de las zonas rurales, cuya población se vio atraída hacia las primeras.

En este sentido, las consecuencias sociales de los cambios provocados por la aparición de un mercado mundial que conectaba las actividades productivas de diferentes áreas, y los nuevos métodos de organización del trabajo, se pueden entender desde el concepto de desarraigo del individuo que K. Polanyi postulaba como resultado del avance del capitalismo y la mercantilización de la tierra y el trabajo. Este desarraigo impulsa la búsqueda de alternativas sociales en las que la religión es un elemento fundamental en los siglos XVI y XVII, y contribuye a la conformación del imaginario social moderno. No obstante, parece evidente que las instituciones políticas asociadas al absolutismo no eran coherentes con las necesidades del nuevo sistema, lo que conllevó diferentes movimientos de adaptación, como la revolución inglesa del siglo XVI<sup>109</sup>. El ascenso de nuevos estamentos sociales derivado del desarrollo del sistema económico, como la clase agrícola capitalista que se forma en el periodo comprendido entre 1541 y 1640<sup>110</sup>, provoca el desplazamiento de la importancia de otros estamentos, y la aparición de nuevas influencias sobre la monarquía<sup>111</sup>. Y estas nuevas influencias produjeron cambios en las políticas aplicadas y el refuerzo de cierta tendencia a promover el *bienestar social* como forma de facilitar la transición social provocada por el sistema económico<sup>112</sup>.

Esta situación es la que pone de manifiesto la paradoja del absolutismo en Europa, y no solo en Inglaterra, por un lado la tendencia a crear «una economía nacional basada en nuevas fuerzas que pudieran competir con éxito en la nueva economía-mundo» y, por otro, la necesidad de «constituir la cumbre de un sistema de estatus y privilegios basado en fuerzas socialmente conservadoras»<sup>113</sup>. Pero esta competencia en

---

<sup>108</sup> *Ibid.*, p.27.

<sup>109</sup> I. Wallerstein, *op. cit.*, pp.343-344.

<sup>110</sup> *Ibid.*, p.364.

<sup>111</sup> *Ibid.*, p.367.

<sup>112</sup> *Ibid.*, pp.364-365.

<sup>113</sup> *Ibid.*, p.381.

la economía-mundo se topó con sucesivas crisis que estallaron alrededor de 1650<sup>114</sup>, momento en el que la inflación colapsa y comienza una inversión de los precios<sup>115</sup>. Aunque este movimiento de los precios no tuvo una repercusión inmediata en el comercio, puesto que la decadencia de la demanda intentó ser cubierta por una expansión del mercado y la incorporación de otras áreas, así como por la inclusión de nuevas fuentes de suministro de materiales<sup>116</sup>. No obstante, ante esta situación de crisis el desenlace era lógico, revueltas campesinas por el incremento de rentas para compensar la disminución de otros ingresos, y «una detención del desarrollo capitalista»<sup>117</sup>.

### *El Mercantilismo y el absolutismo*

Ante esta nueva situación, la única opción para los Estados era potenciar una política comercial que fortaleciese su posición dentro de la economía-mundo, y esta decidida apuesta por la defensa de los intereses comerciales del Estado es lo que denominamos mercantilismo, una opción derivada de la crisis del sistema que culmina en 1650<sup>118</sup>. La necesidad de conquistar nuevos territorios que añadir al mercado mundial exigía la necesidad de un Estado fuerte dentro del contexto mundial, fortaleza que, posteriormente, se defendería en base al avance de la industria y una posición

---

<sup>114</sup> En este sentido, I. Wallerstein observa que, independientemente de la existencia de un periodo de expansión en el siglo XVI y una posterior contracción en el siglo XVII, se puede afirmar la existencia de tres fechas de ruptura en el desarrollo del sistema económico capitalista: 1) hacia el año 1500, cuando se origina la economía-mundo; 2) hacia 1650, con la aparición de los Estados capitalistas y el surgimiento de las ideas modernas; y 3) hacia 1800, periodo de intensificación de la industrialización. Esta división en tres fases del movimiento hacia el capitalismo moderno se realiza dentro de un análisis sobre la cuestión de la posible expansión económica del siglo XVI, seguida de una contracción en el siglo XVII, y que el autor norteamericano analiza en base a tres posturas diferentes, la de E.J. Hobsbawm, la ortodoxa marxista representada por Baliar, y la crítica a dicha postura realizada por Paul Sweezy. No obstante, independientemente de la existencia o no de estas dos fases en la economía, e independientemente de la profundidad de la crisis del siglo XVII, las fechas de ruptura parecen coincidir en todos los análisis. Ver, I. Wallerstein, *El moderno sistema Mundial. II. El mercantilismo y la consolidación de la economía-mundo europea, 1600-1750*, Mexico D.F.: Siglo XXI, 1984, pp.5-46.

<sup>115</sup> *Ibid.*, pp.382-383.

<sup>116</sup> *Ibid.*, p.390.

<sup>117</sup> *Ibid.*, pp.418-419.

<sup>118</sup> I. Wallerstein cita tres crisis fundamentales en el *largo siglo XVI*, una en la década de 1590, otra en la de 1620 y la última, la definitiva, en 1650. No obstante, es a raíz de la segunda crisis, cuando nace la obra clásica del mercantilismo, *England's treasure by foreign trade*, de Thomas Mun. Véase, I. Wallerstein, *El moderno sistema Mundial. II. El mercantilismo y la consolidación de la economía-mundo europea, 1600-1750*, Mexico D.F.: Siglo XXI, 1984, p.103.

dominante en el mercado mundial. En un primer momento, la expansión más allá de las fronteras de Europa se gestó estableciendo «a lo largo de las costas una red de centros comerciales, sin mostrar interés por la conquista de los distintos países ni por la creación de imperios coloniales»<sup>119</sup>. Sin embargo, en una segunda fase, iniciada en el siglo XVIII, se impulsaría el colonialismo que permitiría un sistema de explotación y el consiguiente enriquecimiento de Europa. Por tanto, el contexto de contracción económica del siglo XVII, lejos de ser una crisis del sistema, contribuye a consolidarlo, reforzando el papel del Estado, especialmente de aquellos estados centro del sistema de economía-mundo. Un Estado que ya no reconoce ninguna autoridad superior, que quiere ser libre y todopoderoso<sup>120</sup>.

En la época del mercantilismo, la comprendida entre 1600 y 1750, el centro de la economía-mundo se sitúa en una región situada entre Holanda, Inglaterra (especialmente la zona costera cercana a Holanda), y la parte noroeste de Francia<sup>121</sup>. En esta zona es donde se desarrolla principalmente este movimiento caracterizado por: 1) una política estatal de nacionalismo económico; y 2) «una preocupación por la circulación de mercancías»<sup>122</sup>. Pero, además, como observa I. Wallerstein, su éxito se supeditaba, principalmente, a la eficiencia productiva alcanzada, por lo que un objetivo importante de las políticas mercantilistas fue la potenciación de esta eficiencia en la producción. La eficiencia productiva en ciertos bienes era la herramienta fundamental en la época para beneficiarse directamente del mercado mundial referente a dichos bienes, por lo que, en definitiva, era una política de índole mercantilista con un objetivo a medio plazo. Sin embargo, en opinión del autor norteamericano, las teorías económicas asociadas al mercantilismo no eran coherentes con sus propias políticas.

Consecuentemente, desde la base de una mayor eficiencia productiva, un Estado era capaz de aglutinar ventajas económicas posteriores asociadas a la distribución y comercio del bien en cuestión y, finalmente, las ventajas financieras consiguientes que, a su vez, potenciaban el papel fundamental de dicho Estado en la economía-mundo, al ser capaz de atraer los capitales existentes, potenciando aún más su capacidad

---

<sup>119</sup> R. van Dülmen, *op. cit.*, p.73.

<sup>120</sup> F. Braudel, *Las civilizaciones actuales*, Madrid: Tecnos, 1978, p.285.

<sup>121</sup> I. Wallerstein, *El moderno sistema Mundial. II. El mercantilismo y la consolidación de la economía-mundo europea, 1600-1750*, Mexico D.F.: Siglo XXI, 1984, p.49.

<sup>122</sup> *Ibid.*, p.50.

productiva. En este proceso de predominio creciente en la economía, debemos destacar el papel: 1) de los progresos tecnológicos asociados al desarrollo de la ciencia que se había producido en los dos siglos anteriores, y que sustentaban la eficiencia productiva; y 2) el del Estado como agente generador de unas condiciones adecuadas para el comercio y garante de las mismas para su correcto desarrollo. Además, una de las bases fundamentales de este gran comercio mundial era el mantenimiento en su estatus de la periferia de la economía-mundo, las Américas, puesto que eran el origen de los metales preciosos que se intercambiaban en el comercio y, de esta forma, el sustento del propio sistema y de la hegemonía de la zona centro<sup>123</sup>. Y, en una época de recesión, como la acaecida a partir de 1650, con una disminución importante de la entrada de metales preciosos y la consiguiente disminución del volumen total de flujo de exportaciones, el Estado debía de jugar otro papel fundamental que ya observaba K. Polanyi como caracterización del sistema capitalista, el de facilitar una creciente mercantilización de la tierra y la mano de obra para permitir que se mantuviese el nivel de ganancias, es decir, el nivel de producto excedente generado por el sistema<sup>124</sup>. Pero, la separación entre producción y venta, es decir, la independización de la industria y el comercio que la nueva organización social potenciaba, se proyecta en «una nueva relación de dependencia»<sup>125</sup>, es decir, en una separación de la economía doméstica del autoabastecimiento agrícola y su transición hacia la dependencia de unos ingresos monetarios provenientes del trabajo, con el consiguiente aumento de la incertidumbre de los mismos.

En resumen, el mercantilismo puede ser observado como una reacción ante una recesión dentro de la economía-mundo que debilita el posicionamiento de ciertas zonas, debido a una reducción del excedente apropiado. La necesidad de volver a tasas de apropiación del excedente similares a las anteriores a la recesión impulsa la recuperación del posicionamiento en el comercio mundial y, por tanto, la intervención estatal para defender el producto propio dentro del contexto de la economía-mundo. Por

---

<sup>123</sup> *Ibid.*, p.151.

<sup>124</sup> *Ibid.*, pp.203-211. En este sentido, el autor norteamericano analiza cómo se desarrolla este proceso de mercantilización de tierra y mano de obra, que se traduce, en el periodo del mercantilismo, en una expansión de la zona periférica de la economía-mundo hacia el Gran Caribe, y el impulso del esclavismo en estas áreas.

<sup>125</sup> R. van Dülmen, *op. cit.*, p.54.

eso, una de las condiciones fundamentales del mercantilismo, y que afecta al imaginario social derivado, es la de partir de una «estructura estatal relativamente homogénea»<sup>126</sup>, lo que condiciona su éxito a un estado que es lo «bastante fuerte»<sup>127</sup>.

En definitiva, la generación de un vínculo económico entre diferentes áreas de Europa permitió el avance hacia la creación del nuevo Estado Moderno, cuyo papel resultaba fundamental en el aseguramiento de ciertas condiciones para desarrollar estas transacciones económicas, es decir, pasa de ser el objeto de la economía para convertirse en un instrumento para el desarrollo de la misma<sup>128</sup>. Esta capacidad del sistema-mundo de vincular diferentes sistemas políticos diferentes en base a un factor, el comercio, es una de las virtudes que ha permitido su subsistencia durante más de quinientos años<sup>129</sup>. En este sistema económico cada Estado forma parte de un área diferente, centro, semi-periferia y periferia, dependiendo de sus funciones dentro del sistema<sup>130</sup>. No obstante, estas áreas no son estables a lo largo de la historia, sino que varían y, además, la economía-mundo se expande gracias al desarrollo de la tecnología, el transporte y la comunicación<sup>131</sup>.

## 1.2. RELIGIÓN, CIENCIA E ILUSTRACIÓN

La transición desde un sistema político-económico aislado y cerrado, característico del Sacro Imperio Romano, hacia un sistema económico mundial que conecta las diferentes ínsulas productivas y consumidores mediante una red de conexiones mercantiles, abre el imaginario social de la época a nuevos valores que resultan influenciados en gran medida por la contribución de otros movimientos intelectuales que se producen a partir de la configuración del Estado Moderno en el siglo XVI hasta su consolidación en el siglo XVIII, entre los que destacamos: 1) la Reforma religiosa; 2) la Revolución científica; y 3) la Ilustración.

---

<sup>126</sup> I. Wallerstein, *El moderno sistema Mundial. II. El mercantilismo y la consolidación de la economía-mundo europea, 1600-1750*, Mexico D.F.: Siglo XXI, 1984, p.323.

<sup>127</sup> *Ibid.*, p.353.

<sup>128</sup> I. Wallerstein, *El moderno sistema Mundial. I. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI*, Mexico D.F.: Siglo XXI, 1987, p.23.

<sup>129</sup> *Ibid.*, pp.490-491.

<sup>130</sup> *Ibid.*, p.493.

<sup>131</sup> *Ibid.*, p.491.

El primero de ellos, la Reforma protestante y las luchas religiosas derivadas que se prolongarán hasta mitades del siglo XVII, provoca diferentes escisiones dentro del cristianismo y da lugar a la célebre tesis de Max Weber sobre la influencia de la ascética laica en la configuración de la sociedad Moderna y la consolidación del desencantamiento del mundo propio de la misma, es decir, el proceso de secularización y pérdida de poder de los rituales y los procesos mágicos<sup>132</sup>. Este movimiento es considerado como el comienzo de la transición entre la etapa medieval y el inicio del mundo moderno en lo referente a la fe religiosa<sup>133</sup>, así como el derrumbe del feudalismo y el impulso de un mercado mundial constituyen dicha transición a nivel político-económico. Un siglo más tarde, la Revolución científica comenzará el proceso que conducirá a la superación de muchos de los conceptos y métodos que la escolástica había impuesto, y da pie a una revolución técnica que, posteriormente, K. Polanyi colocará en la base de la pérdida de cohesión social propia de nuestra civilización<sup>134</sup>. Por último, el movimiento Ilustrado marca el devenir del siglo XVIII y refleja el anhelo de ruptura definitiva con los dogmas metafísicos que imponen la servidumbre espiritual, con las supersticiones religiosas, los prejuicios morales, la tiranía política, o las relaciones sociales deshumanizadas<sup>135</sup>. Como indicaría uno de los autores principales de este movimiento, Immanuel Kant, el movimiento Ilustrado permitirá al ser humano alcanzar su mayoría de edad, es decir, orientar su razón y adueñarse de su propio destino<sup>136</sup>. Este último movimiento confirma la ruptura final del *cerco social* imperante y establecido a lo largo de los siglos anteriores, e indica la apertura del universo simbólico a un nuevo imaginario social en el que la economía se ha revelado como una institución social objetivada y autónoma.

### ***Reforma y Contrarreforma***

---

<sup>132</sup> M. Weber, *Ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Madrid: Biblioteca Nueva, 2012, pp.185-189.

<sup>133</sup> G. Reale y D. Antiseri, *Historia del pensamiento filosófico y científico*, Barcelona: Herder, 2004, Tomo II, p.99.

<sup>134</sup> K. Polanyi, *op. cit.*, pp.81-90.

<sup>135</sup> G. Reale y D. Antiseri, *Historia del pensamiento filosófico y científico*, Barcelona: Herder, 2004, Tomo II, pp.563-564.

<sup>136</sup> I. Kant, *Was ist Aufklärung?*, Hamburg: Felix Meiner Verlag, 1999, p.20, «Aufklärung ist der Ausgang des Menschen aus seiner selbstverschuldeten Unmündigkeit.».



En el análisis del ocaso de la escolástica se ha señalado el siglo XIII como el de la irrupción de pensadores como Tomás de Aquino (1225-1274) capaces de «desbancar a los monasterios»<sup>137</sup> de su centralidad en la formación y de fortalecer el paradigma imperante dentro del cristianismo. Una etapa de apología de un papado centralista que quedará reflejado en la figura de Gregorio VII y, especialmente, de Inocencio III, y de reflejo de lo que había sido la Edad Media, un periodo en el que impera una visión del mundo unitaria y cristiana<sup>138</sup>. La Iglesia era la institución fundamental que dominaba en el plano intelectual la época, manteniendo una vinculación entre religión y sociedad que no se disgregaría hasta la modernidad, y que fundamenta lo que Hans Küng denominará el paradigma católico-romano que, pese que al comienzo fue innovador, posteriormente, «se solidificó en el corsé medieval»<sup>139</sup>.

El precursor de esta etapa de renovación del paradigma católico es Alberto Magno (1200-1280), que destacó por el desarrollo de una enciclopedia en la que recogía el pensamiento aristotélico reflejado en los textos judíos y árabes que se habían redescubierto el siglo anterior. La enciclopedia de Alberto Magno establecía la preponderancia de san Agustín en la teología, pero encumbra a Ptolomeo en la astronomía, a Galeno en la medicina y a Aristóteles en la filosofía natural<sup>140</sup>. Aunque no hay que olvidar que Aristóteles, como filósofo pagano, era considerado peligroso dentro de la doctrina de la Iglesia, puesto que su pensamiento se retomaba a través de los escritos de Averroes, que destacaba la «autonomía de la razón y de la filosofía frente a la religión»<sup>141</sup>.

En este giro hacia la racionalidad, en esta renovación de la relación entre fe y razón, volvemos a recuperar el pensamiento de Tomás de Aquino. En una época en la que el agustinismo tradicional entraba en crisis, se impone una «teología universitaria racional»<sup>142</sup> de la *schola*, que refleja una variación en la valoración de la mente humana, una potencial admisión de la autonomía de la razón, de la posibilidad de que disponga de su propio ámbito y, por tanto, una posibilidad de que la ciencia se desarrolle de

---

<sup>137</sup> H. Küng, *El cristianismo. Esencia e Historia*, Madrid: Trotta, 2007, p.424.

<sup>138</sup> *Ibid.*, p.442.

<sup>139</sup> *Ibid.*, p.485.

<sup>140</sup> *Ibid.*, p.425.

<sup>141</sup> *Ibid.*, p.426.

<sup>142</sup> *Ibid.*, p.426.

espaldas a la teología. Su contemporáneo, Buenaventura, trazó un camino que conducía a todas las ciencias de nuevo a la teología, mientras que Tomás de Aquino defiende una dualidad del conocimiento, el plano inferior de las verdades naturales y el superior de las sobrenaturales o reveladas. Por tanto, la creación de un plano inferior, subyugado a otro plano superior, es la salida que Tomás de Aquino plantea para poder aceptar la autonomía de la razón. De esta forma, la nueva relación que se establece entre razón y fe es, en teoría, de complementariedad, pero una parte desde la base, mientras que la otra se va imponiendo desde arriba. Y para ambos niveles Tomás desarrolló sus obras, una *Summa contra gentiles* que operaba en el plano inferior de la racionalidad, y una *Summa theologiae* que lo hace en el superior de la teología.

La distinción de Tomás no es capaz de relevar a la teología agustiniana dominante, sino que se limita a circunscribir el ámbito de la razón a lo sensible, como buen aristotélico, pero sin acercarse a las verdades reveladas, que siguen bajo el dominio del paradigma agustiniano. No obstante, el giro que imprime Tomás de Aquino al paradigma del siglo XIII permitirá un «movimiento de secularización y emancipación»<sup>143</sup> en el plano sensible que se desplegará con más profundidad a lo largo de los siglos posteriores. En su aportación a la filosofía política, Tomás de Aquino revalorizó «la ética natural frente a la moral cristiana»<sup>144</sup> y, en consecuencia, el Estado frente a la Iglesia, lo que a la postre significaría un ataque directo a la institución del papado que, inicialmente, tanto había ensalzado en su centralismo. En su atribución de cualidades innatas al ser humano sentó las bases del humanismo que operaría a partir del siglo XIV, y que fue poniendo los cimientos para una nueva visión de la sociedad y de la relación entre fe y razón. La organicidad de la sociedad fundamentada en la Iglesia se resquebrajaba con la visión de un individuo dotado de derechos y obligaciones de forma externa, y capaz de crear el derecho positivo.

La crisis de la escolástica del siglo XIII durante la etapa del nominalismo ockhamista del siglo XIV nos conduce a un fortalecimiento de la racionalidad humana frente a las verdades de la fe y, progresivamente, genera las condiciones para el surgimiento del paradigma de la Reforma. El poder del papado era un sistema

---

<sup>143</sup> *Ibid.*, p.434.

<sup>144</sup> *Ibid.*, p.436.

descendente que se enfrentaba a otro sistema ascendente nuevo, el del Estado nacional<sup>145</sup>. La idea del papado universal, asociado al Sacro Imperio, también con pretensión universal, comienza a erosionarse, su credibilidad moral se resquebraja y se produce la creación de «una cultura laica mundana y también una oposición anticlerical y anticultural cada vez más fuerte»<sup>146</sup>. La relación entre fe y razón pasa a un lugar secundario, dada la fuerza que está tomando la razón en detrimento de la fe, y gana peso la controversia sobre el ser humano como ser natural, la existencia de un derecho natural que será la base del Estado como agrupación de estos seres naturales con sus derechos, es decir, se han puesto las bases para el surgimiento de un concepto de individuo que amenaza con romper la organicidad de la visión escolástica. La crisis del siglo XIV se vio impulsada por la negación que Guillermo de Ockham realizaba sobre la fundación de la fe en la razón, es decir, por un nuevo avance en la relación entre ambas instancias. Esta crítica tenía como consecuencia la completa separación de las cosas terrenales respecto de las celestiales, es decir, la ruptura de la homología entre ambos ámbitos<sup>147</sup> que había fundamentado un determinado orden social desde la Patrística y la dominación de la teología agustiniana, y la institución atacada para operar esta separación de ámbitos es la infalibilidad del Papa<sup>148</sup>.

El siglo XV, un siglo de aproximación a la irrupción del paradigma de la Reforma, queda marcado por el surgimiento del Humanismo y el Renacimiento. Las innovaciones del paradigma cristiano-medieval introducidas por Tomás de Aquino concluirán en una revalorización del individuo como sujeto de derechos frente a la colectividad, en un reconocimiento del mismo y su libertad, combinándose con el surgimiento de las ciudades para dar lugar al ciudadano, al burgués. En esta época se produce un «giro al hombre, a la naturaleza, al mundo»<sup>149</sup>. Por tanto, el primer impulso hacia la Reforma católica vendrá del Humanismo de Erasmo de Rotterdam, de su pretensión de volverse hacia las fuentes de la Iglesia, a las Escrituras<sup>150</sup>, por lo que el

---

<sup>145</sup> Véase supra, Capítulo I.1.1, *El declive de la escolástica: fundamentos del Estado Moderno*

<sup>146</sup> H. Küng, *op. cit.*, p.467.

<sup>147</sup> Véase nota 12.

<sup>148</sup> Véase, G. de Ockham, *Sobre el gobierno tiránico del papa*, Madrid: Tecnos, 1992.

<sup>149</sup> H. Küng, *op. cit.*, p.481.

<sup>150</sup> El movimiento que el Humanismo impulsa hacia los clásicos conlleva, según Heinrich Lutz, además de un «compromiso por la renovación del cristianismo», un acercamiento al mundo pagano clásico que

motivo principal de los movimientos de Reforma y la Contrarreforma subsiguiente parece asentarse en fundamentos religiosos<sup>151</sup>. De hecho, a lo largo del siglo, Juan Wyclif había atacado el determinismo teológico que hacía depender al ser humano directamente de Dios, y a la jerarquía eclesiástica que destruía la vida espiritual; paralelamente, Juan Hus también ataca a la jerarquía eclesiástica por corrupta y le niega la verdadera representación como Iglesia<sup>152</sup>. Por todo ello, el anhelo del periodo renacentista de renovación es interpretado en el círculo religioso como la necesidad de volver a los orígenes, a los clásicos. De acuerdo con G. Reale y D. Antiseri, la tradición que se había construido a partir de los clásicos hasta finales del siglo XV es rechazada y reinterpretada. Por tanto, uno de los ingredientes fundamentales de este movimiento, y que se transmitirá al entorno cultural contemporáneo, será la crítica de la tradición heredada, la ruptura con la tradición cultural, y la búsqueda de nuevos cimientos sobre los que sustentar la fe religiosa. Y esta nueva base para un desarrollo cultural posterior se centrará en las fuentes originales, es decir, en un movimiento paralelo al que los renacentistas emprendieron en su retorno a los clásicos.

Este contexto de ruptura con la tradición heredada, inmerso en una época en que la religión era la dimensión que dotaba de sentido a la vida social, propicia la irrupción del pensamiento de Martin Lutero a comienzos del siglo XVI -más concretamente en 1520-, que dará lugar a una crisis que concluirá con el surgimiento de un nuevo paradigma, el evangélico-protestante, como enemigo del católico-romano imperante. Aunque en su gestación habían participado de forma importante otras personas, M. Lutero se revela como la figura que «encarna el programa reformador desde un principio»<sup>153</sup>. Y el elemento fundamental que opera en su pensamiento es la recuperación, como ya lo había anticipado Erasmo, del Evangelio original, es decir, se presenta como la persona que pretende restaurar la doctrina cristiana en su pureza

---

«se traducirá en el desarrollo de una cultura de la forma y una praxis volcadas hacia lo mundano», véase H. Lutz, *Reforma y contra-reforma. Europa entre 1520 y 1648*, Madrid: Alianza, 2009, p.214.

<sup>151</sup> H. Küng, *op. cit.*, p.486. Esta interpretación no contradice la visión de R. van Dülmen cuando observa que la adopción de muchos príncipes y señores del protestantismo se debía a sus intereses materiales y políticos, véase R. van Dülmen, *Los inicios de la Europa Moderna (1550-1648)*, Madrid: Siglo XXI, 1984, p.240.

<sup>152</sup> G. Reale y D. Antiseri, *Historia del pensamiento filosófico y científico. I. Antigüedad y Edad Media*, Barcelona: Herder, 2004, pp.555-556.

<sup>153</sup> H. Küng, *op. cit.*, p.532.

original, frente a una ortodoxia conservadora. Y en esta nueva teología reformadora el centro de desarrollo será la cuestión de «la justificación del pecador»<sup>154</sup>.

Aunque el impulso inicial de este periodo reformador lo hemos situado dentro de la propia religión, no debemos olvidar que a finales del siglo XV se estaba operando un cambio político-social importante, con el surgimiento de nuevos centros urbanos que impulsaban una economía monetaria que suplantaba en algunos ámbitos a la economía natural, y el ascenso de un Estado nacional que adquiriría fuerza frente a la dominación imperial. En otras palabras, la crisis en la visión religiosa de la sociedad no podía ser ajena a la crisis que acechaba a la sociedad en su conjunto y a la «incapacidad de la teología, Iglesia y sociedad tradicionales para solucionarla»<sup>155</sup>. En este sentido, H. Lutz observa que «la formación de la individualidad, el descubrimiento de la historicidad, la crítica radical del presente a través de un muy lejano pasado, todo esto está ya desarrollado cuando los reformadores elevaron su voz»<sup>156</sup>.

Consiguientemente, en el momento en el que el cambio de paradigma parecía natural M. Lutero (1483-1546) se constituye en la figura principal que traccionará el movimiento reformador. De acuerdo con H. Küng, en la base del pensamiento de Lutero se inserta su conocimiento de la doctrina y de la «predestinación y su concepción del amor perfecto de Dios»<sup>157</sup> que había desarrollado Agustín. La asociación de lo terrenal con la negatividad que había postulado Agustín es recuperada por M. Lutero en su versión de asociar la corrupción del pecado con el egoísmo del hombre. Por tanto, la única vía de salvación ante un pecado seguro era la gracia de Dios. Pero el concepto de gracia de Lutero es de raíz neotestamentaria y se asocia con la benevolencia de Dios, para lo que se exige la fe, es decir, la entrega confiada del ser humano a Dios que no evalúa sus obras terrenales, sino que lo evalúa en su calidad de creyente<sup>158</sup>. Y en esta interpretación de Lutero de la justificación del pecador, a pesar de sus coincidencias con el mensaje paulino, H. Küng observa que, de acuerdo con algunos investigadores protestantes, se puede adivinar una «excesiva orientación individualista»<sup>159</sup>. El

---

<sup>154</sup> *Ibid.*, p.534.

<sup>155</sup> *Ibid.*, p.536.

<sup>156</sup> H. Lutz, *Reforma y contra-reforma. Europa entre 1520 y 1648*, Madrid: Alianza, 2009, p.36.

<sup>157</sup> H. Küng, *op. cit.*, p.537.

<sup>158</sup> *Ibid.*, p.540.

<sup>159</sup> *Ibid.*, p.541.

movimiento de Reforma que impulsa M. Lutero se caracteriza por su decidida «desconfianza en las posibilidades de la naturaleza humana de salvarse por sí sola, sin la gracia divina»<sup>160</sup>. De acuerdo con esta visión del luteranismo, el ser humano queda liberado de la necesidad de comportarse de forma virtuosa, puesto que el vicio es considerado inherente a la naturaleza humana, por lo que la salvación se desvincula de forma radical de las acciones humanas y se asocia, únicamente, a la gracia de Dios. En otras palabras, la Reforma hace desaparecer la figura del intermediario entre el ser humano y Dios, puesto que se considera que éste iluminará directamente a cada individuo, es decir, que la «salvación del hombre solo depende del amor divino, que es un don absolutamente gratuito»<sup>161</sup>. En última instancia, la fe es la resolución de la paradoja que se establece entre la libertad humana en las obras y su servidumbre a Dios, puesto que la fe «convierte al hombre en una persona libre que puede estar al servicio de sus semejantes en sus obras»<sup>162</sup>.

En lo referente a su ataque al paradigma católico-romano, M. Lutero se opuso, especialmente, a la idea de que el único intérprete verdadero de la Escritura sea el Papa, y a que el poder espiritual deba dominar al secular. En otras palabras, hay que volver a la Escritura para volver a la pureza de la doctrina cristiana y superar la corrupción que había generado la jerarquía eclesiástica. La Escritura y Cristo adquieren la primacía que el paradigma católico-romano trataba de colocar en manos del Papa, es decir, ya no hay intermediarios entre el individuo y Dios, sino una relación directa que pone en valor al primero, puesto que adquiere el grado de intérprete de las Escrituras. Y, consecuentemente, ya no hay obras que puedan conducir a la salvación del pecador, sino que es solamente la gracia de Dios, que se alcanza mediante la fe, la que puede operar dicha salvación, debilitando el poder social de la jerarquía eclesiástica encabezada por el Papa. De forma paralela a lo que se operará en la esfera de la ciencia, en la religión se impone la necesidad de desarrollar un nuevo macromodelo, una nueva visión del mundo, completamente reformada.

---

<sup>160</sup> G. Reale y D. Antiseri, *Historia del pensamiento filosófico y científico*, Barcelona: Herder, 2004, Tomo II, p. 101.

<sup>161</sup> *Ibid.*, p. 103.

<sup>162</sup> H. Küng, *op. cit.*, p.543.

La crítica hacia la jerarquización del cuerpo eclesial conduce a recuperar el ministerio eclesiástico para la comunidad, y al ataque a la vida monacal o dedicada al servicio de Dios, puesto que este se realiza en la vida en la comunidad, lo que se traduce en una «acentuación de la profesión civil como vocación divina y de la dignidad incluso del trabajo más humilde como de igual valor, si, como servicio a Dios»<sup>163</sup>. En otras palabras, la dedicación de la vida al servicio de Dios es rechazada porque la justificación del pecador no se consigue por esta vía, sino por la fe en la gracia de Dios, que se ejemplifica en una vida en comunidad desarrollada mediante el cumplimiento de las obligaciones individuales, mediante el mejor desarrollo posible del oficio propio. En cierta forma, lo que M. Lutero postula en su Reforma es la separación del dominio que ejerce la jerarquía eclesiástica para acentuar la libertad del ser humano, aunque será una libertad limitada. En este sentido, la aportación fundamental que nos interesa de la Reforma es la separación radical que nos plantea entre el mundo natural y el mundo divino, es decir, la independencia que establece entre las acciones de la esfera física y la voluntad divina<sup>164</sup>. El ser humano se nos revela como el elemento fundamental sobre el que actúa la gracia divina, reafirmando la concepción de individuo.

Sin embargo, el cambio de paradigma que propone M. Lutero no debe ser interpretado, según H. Küng, como un cambio político, o como una «revolución burguesa temprana»<sup>165</sup>. Si bien es cierto que la Reforma coincide con un periodo de crisis socio-política, y con el ascenso de los asentamientos urbanos, y triunfa, fundamentalmente, en estos centros urbanos, el objetivo de M. Lutero parece limitarse a reformar la organización eclesial, a recuperar la doctrina esencial del cristianismo a través de una relectura del Evangelio y constituye un ataque a la corrupción terrenal ejemplificada en la jerarquía eclesiástica y la figura del Papa. En realidad, lo que M. Lutero parece postular es la renovación de la teología cristiana evitando la corriente escolástica que había consolidado el paradigma imperante, y volviendo a la interpretación agustiniana y la interpretación paulista de la justificación coincidiendo,

---

<sup>163</sup> *Ibid.*, p.547.

<sup>164</sup> G. Reale y D. Antiseri, *Historia del pensamiento filosófico y científico*, Barcelona: Herder, 2004, Tomo II, p.106.

<sup>165</sup> H. Küng, *op. cit.*, p.550.

en cierta forma, con la pretensión, cronológicamente anterior, de Erasmo de Rotterdam<sup>166</sup>.

Pero el espíritu renovador que alienta la Reforma se disipa progresivamente conforme se instaura dentro del imaginario social<sup>167</sup>, y la propia libertad del ser humano que postula el nuevo movimiento se enfrenta a la paradoja de dejar sin sostén moral a las personas. Lo que en un principio parecía destinado al pueblo ahora se convierte en un producto orientado «para los príncipes y para el concejo municipal»<sup>168</sup>. El triunfo del nuevo paradigma dentro de algunos centros urbanos le asigna un carácter excesivamente intelectual y alejado de una religión popular. No obstante, en ciertas áreas rurales la Reforma sí que sirvió como base y como fundamento para reclamar la libertad del ser humano, en este caso del campesino, frente a las condiciones en las que tenía que vivir, dando lugar a movimientos revolucionarios de carácter sociopolítico<sup>169</sup>. Estos movimientos eran contrarios al espíritu de libertad del ser humano por el que abogaba M. Lutero, puesto que éste, como observa H. Küng, «no estaba dispuesto a sacar de su exigencia radical de libertad para un hombre cristiano consecuencias sociales y políticas igualmente radicales»<sup>170</sup>. Y a estos movimientos revolucionarios se unieron otros movimientos de Reforma que interpretaron de forma libre los argumentos de M. Lutero, y que dieron lugar a otras corrientes reformistas, como baptistas, anglicanos, calvinistas, metodistas, pietistas y puritanos<sup>171</sup>. Pero no solamente en áreas rurales, sino que movimientos reformadores urbanos también llegaban a asociar «el pensamiento político y la renovación teológica»<sup>172</sup>.

De esta forma, a partir del primer movimiento de Reforma surgen diferentes alternativas que atacan la tibieza de M. Lutero respecto a la renovación de la Iglesia y

---

<sup>166</sup> *Ibid.*, p.556.

<sup>167</sup> En este sentido, F. Braudel observa que la Reforma creó «un edificio tan rígido como el del catolicismo medieval», véase F. Braudel, *Las civilizaciones actuales*, Madrid: Tecnos, 1978, p.306.

<sup>168</sup> H. Küng, *op. cit.*, p.571.

<sup>169</sup> En referencia a estos movimientos, H. Lutz hace referencia a «una guerra de campesinos» que, mediante la unión religiosa pretendían subvertir una situación económica adversa, aunque también descarta, como H. Küng, ningún atisbo de revolución de la burguesía como tal, véase H. Lutz, *Reforma y contra-reforma. Europa entre 1520 y 1648*, Madrid: Alianza, 2009, pp.229-232.

<sup>170</sup> H. Küng, *op. cit.*, p.568.

<sup>171</sup> Algunos de estos movimientos, como el puritanismo o el pietismo, surgen como reivindicación de una segunda Reforma en la Iglesia, lo mismo que ocurriría posteriormente con el Jansenismo en la Iglesia católica, véase R. van Dülmen, *Los inicios de la Europa Moderna (1550-1648)*, Madrid: Siglo XXI, 1984, pp.259-260.

<sup>172</sup> H. Lutz, *op. cit.*, p.58, donde hace referencia a U. Zwinglio.



exigen un verdadero cristianismo reformado que vaya más allá de la renovación inicial y se encamine hacia una reconstrucción de la propia Iglesia, como es el caso de Ulrico Zwinglio (1484-1531)<sup>173</sup>, y que culminará con lo que puede ser el considerado el cambio definitivo del paradigma imperante, alcanzado con Jean Calvin (1509-1564). La base de la Reforma calvinista, como la de las anteriores, es la «fe que confía en la justificación mediante la gracia de Cristo sola»<sup>174</sup>. Y el objetivo de la misma será una renovación del orden social que adquiere una tendencia aristocrática y que podrá ser considerada como la base de la democracia en el futuro<sup>175</sup>. El punto de partida sigue siendo el ser humano pecador, en un mundo terrenal decadente, que necesita un ordenamiento hacia la salvación. Esta visión, conjugada con el relevante papel de la comunidad, impulsa que se refuerce la necesidad de realizar buenas obras en base a la fe que nos permita obtener la gracia de Dios<sup>176</sup>. No obstante, el calvinismo introduce un matiz del que carecen el resto de movimientos de Reforma y que lo auparon a una posición dominante dentro de la corriente y a ser considerado la culminación de la misma: «la predestinación eterna de cada persona a la salvación o a la condenación»<sup>177</sup>. Esta dependencia completa de Dios remite al ser humano a estar siempre bajo el yugo de los designios Divinos, sin que las obras del ser humano para alcanzar su gracia sean válidas. La visión radicalizada de la predestinación revitaliza la perspectiva activa del ser humano, puesto que el disfrute de la vida terrenal no es considerado un elemento de corrupción, sino que solo lo es las ataduras a los bienes terrenales. De ahí el cambio de concepto respecto del trabajo, en la misma línea que había anticipado Lutero, que se convierte en un elemento con el que contribuir a la comunidad, y «señal externa, visible de la elección»<sup>178</sup>. La disciplina dentro de la comunidad<sup>179</sup> es necesaria para asegurar la

---

<sup>173</sup> En el caso de U. Zwinglio hemos observado su asociación de reforma teológica y política que se traducirá en la «voluntad de formar al hombre desde un punto de vista religioso y político», véase H. Lutz, *Reforma y contra-reforma. Europa entre 1520 y 1648*, Madrid: Alianza, 2009, p.59.

<sup>174</sup> H. Küng, *op. cit.*, p.576.

<sup>175</sup> *Ibid.*, p.579.

<sup>176</sup> En este sentido, H. Lutz observa que «Calvino veía en la doctrina teológica pura, combinada con la más rígida disciplina de la comunidad de fieles, el mejor camino para la imposición del honor de Dios», véase H. Lutz, *Reforma y contra-reforma. Europa entre 1520 y 1648*, Madrid: Alianza, 2009, p.117.

<sup>177</sup> H. Küng, *op. cit.*, p.581.

<sup>178</sup> *Ibid.*, p.583.

<sup>179</sup> Este es uno de los elementos fundamentales que aporta el calvinismo a la modernidad, lo que H. Lutz denomina «una normatividad colectiva distinta al tradicionalismo precapitalista» y que se constituye como un «proceso psíquico colectivo», véase H. Lutz, *Reforma y contra-reforma. Europa entre 1520 y 1648*, Madrid: Alianza, 2009, p.269.

racionalidad del orden social propuesto, para lo que la profesión del individuo es herramienta fundamental como contribución a la comunidad. En otras palabras, «la doctrina calvinista de la elección exige de los elegidos la santidad sistemática, la ética en la totalidad de su conducta»<sup>180</sup>. Esta es la vía en la que se conforma una «transvaloración y revaluación del trabajo»<sup>181</sup>, que pasa de ser algo deshonroso a un elemento dignificador<sup>182</sup> por la gracia de Dios. Paralelamente a esta transvaloración del trabajo, el calvinismo opera una transformación en la organización social que potencia la figura de una comunidad estructurada<sup>183</sup> en diferentes funciones (pastores, doctores, ancianos y diáconos), que conllevará, posteriormente al desarrollo de la democracia moderna<sup>184</sup>. Pero también se atisba un cierto conformismo con la situación existente, puesto que la providencia divina será la única que determine el destino de las personas, y el elija el camino que deben seguir<sup>185</sup>. La libre voluntad de Dios se plantea como una barrera infranqueable para el ser humano<sup>186</sup>, por lo que la sociedad existente se puede postular como un resultado natural de su querer, asumiendo nuestra incapacidad para criticarla y cambiar este orden natural. Por tanto, y a pesar de que el espíritu inicial que impulsa la Reforma es una renovación de la sociedad, «la Reforma no significaba la eliminación del poder eclesiástico sobre la vida, sino más bien la sustitución de su forma en ese entonces actual por una forma diferente»<sup>187</sup>.

Ante la amenaza religiosa, social y política del nuevo paradigma, la Contrarreforma se desarrolla como herramienta de la monarquía universal medieval<sup>188</sup> que pretendía restaurar Carlos V y para la que se apoyaba en la acción del Papa, de la

---

<sup>180</sup> H. Küng, *op. cit.*, p.584.

<sup>181</sup> *Ibid.*, p.585.

<sup>182</sup> En este sentido, R. van Dülmen observa que «solo el calvinismo y el protestantismo ascético reconocieron el valor ilimitado del trabajo y el afán de lucro», véase R. van Dülmen, *Los inicios de la Europa Moderna (1550-1648)*, Madrid: Siglo XXI, 1984, pp.88-89.

<sup>183</sup> Esta estructuración de la sociedad es el reflejo de la «modernización, la racionalización y la centralización [que] ocuparon el lugar del crecimiento caótico y los absurdos abusos que habían caracterizado la etapa bajomedieval», véase H. Lutz, *Reforma y contra-reforma. Europa entre 1520 y 1648*, Madrid: Alianza, 2009, p.119.

<sup>184</sup> H. Küng, *op. cit.*, p.587.

<sup>185</sup> M. Weber, *op. cit.*, p.138.

<sup>186</sup> G. Reale y D. Antiseri, *op. cit.*, p.109.

<sup>187</sup> M. Weber, *op. cit.*, p.70.

<sup>188</sup> En este sentido interpretamos «la toma de partido mayoritaria de los teóricos católicos (neoescolástica, neoestoicismo, ragino di stato) por el absolutismo monárquico y la vieja estructura piramidal de la sociedad», véase H. Lutz, *Reforma y contra-reforma. Europa entre 1520 y 1648*, Madrid: Alianza, 2009, p.122.

Santa Inquisición creada en 1542 y de la Compañía de Jesús (creada en 1540), cuyos miembros, al igual que en el caso de los miembros de las filas Reformadoras, provenían de un ambiente urbano y formado culturalmente. Para organizar la Contrarreforma el Papa convoca en 1545 el concilio de Trento que, al ser un concilio papal, está lejos de ser un concilio universal que pretenda la unidad de la Iglesia cristiana<sup>189</sup> y, por tanto, se plantea como una continuación del paradigma católico-romano medieval, sin operar una verdadera Reforma sino, más bien, en oposición a la propia Reforma protestante y con el objetivo de volver a la situación dominante antes del surgimiento de la misma. No en vano, la Compañía de Jesús retomaba la teología de Tomás de Aquino, haciendo caso omiso a las novedades planteadas por la Reforma<sup>190</sup>. En definitiva, el paradigma que intenta levantar la Contrarreforma no es sino el mismo paradigma católico-romano medieval, es decir, una recuperación de la escolástica que incide en una confesión conservadora, totalmente romanizada y que obliga a la obediencia absoluta al Papa por encima de las Escrituras y las tradiciones de la Iglesia<sup>191</sup>. Sin embargo, esta recuperación de la escolástica de Tomás de Aquino acentuó el desarrollo del derecho natural y del individuo, lo que condujo a las teorías del derecho de gentes y la filosofía del Estado del jesuita Francisco Suárez y el dominico Francisco de Vitoria<sup>192</sup>. La Reforma desembocaría en el confesionalismo, es decir, que se vio atrapada dentro de la tradición que había creado y se articuló de forma conservadora con el objetivo de mantener su posición dominante. En último término, el enfrentamiento que se desarrollaba entre Reforma y Contrarreforma condujo a la Guerra de los Treinta Años (1618-1648), que conllevó la pauperización de una parte importante de Europa, la destrucción de valores sociales y las consecuencias políticas de la Paz de Westfalia (1648).

Una vez concluida la guerra y delimitadas las diferencias del paradigma católico-romano respecto del evangélico-protestante, el adversario más temido paso a ser la Modernidad que se empezaba a atisbar a mediados del siglo XVII y que culminaría durante el periodo Ilustrado en el siglo XVIII. El paradigma católico-romano defendía

---

<sup>189</sup> H. Küng, *op. cit.*, p.491.

<sup>190</sup> *Ibid.*, p.500.

<sup>191</sup> *Ibid.*, p.504.

<sup>192</sup> *Ibid.*, p.505.

una organización social en base a un poder jerárquico en cuya cabeza se encontraba el Papa, y que abarcaba a un imperio «organizado y dominado desde Roma junto al Estado»<sup>193</sup>, aunque los asuntos morales se mantenían sometidos directamente al poder papal. La Modernidad se iba gestando con un desarrollo paralelo de la racionalidad que amenazaba con desmontar los pilares de la Escolástica imperante en el paradigma católico-romano. La oposición a la Modernidad se reflejaba en una oposición a la filosofía moderna, a las ciencias naturales, y a una teoría del Estado que, paradójicamente, había sido impulsada en la Contrarreforma. Por todo ello, la última salida en su lucha por mantenerse como paradigma dominante fue el impulso de un neotomismo<sup>194</sup>, es decir, una neoescolástica dentro de la corriente teológica católico-romana a lo largo del siglo XIX<sup>195</sup>. Ante el paradigma racionalista y progresista de modernidad, el paradigma contrarreformador, heredero del católico-romano, trata de defenderse por la vía teológica a través de la educación en las escuelas.

El paradigma moderno de la cristiandad estará determinado por «la nueva filosofía y ciencia natural experimental, el nuevo derecho natural y de gentes y la nueva concepción secularizada de política y Estado»<sup>196</sup>, es decir, por una serie de elementos ya gestados en etapas anteriores y catalizados por el paradigma reformador. La emergencia de una serie de Estados modernos en oposición al Imperio se fundamenta en una secularización del Estado que se basaba en el derecho natural y que es impulsada por Hugo Grocio, y posteriormente por Hobbes. La razón de Estado es la nueva guía de acción política en la Modernidad y postula «la emancipación de la esfera de la política e intereses estatales respecto al sistema general de normas y virtudes»<sup>197</sup>. En el terreno social, sobre el individuo se cierne el deber de dominar su vida, es decir, el avanzar hacia una autorresponsabilidad racional, y hacia él, hacia el ser humano, se termina desplazando el origen de la certeza del mundo. La sociedad termina por secularizarse, la relación entre fe y razón evoluciona de tal forma que la segunda se libera del yugo de la

---

<sup>193</sup> *Ibid.*, p.509.

<sup>194</sup> Además del neotomismo también se desarrolla un neostoicismo, especialmente de la mano de Justus Lipsius, que intenta acomodar la individualidad y las pretensiones de racionalidad del Estado para generar una solución intermedia, véase H. Lutz, *Reforma y contra-reforma. Europa entre 1520 y 1648*, Madrid: Alianza, 2009, p.159.

<sup>195</sup> H. Küng, *op. cit.*, p.516.

<sup>196</sup> *Ibid.*, p.659.

<sup>197</sup> H. Lutz, *op. cit.*, p.277.

primera, se emancipa de la teología dominante durante el paradigma medieval. El nuevo paradigma racionalista de la modernidad se impone sobre el paradigma católico-romano, que ya no puede oponerse ni echando mano de la escolástica, y sobre el paradigma evangélico-protestante, que tampoco es capaz de detenerlo mediante una recuperación de la teología agustiniana. En otras palabras, el paradigma moderno se caracteriza por «la creencia en la omnipotencia de la razón y en la dominabilidad de la naturaleza»<sup>198</sup> y, de esta forma, recuperar su centralidad en el universo y volver hacia un cierto antropocentrismo. En otras palabras, la centralidad que había mantenido la fe durante los paradigmas anteriores, es recuperada por el hombre y trasladada desde el ámbito celestial al ámbito terrenal. La razón, además, impone la idea de progreso y la traslada al curso de la historia.

### ***La sistematización de la ciencia***

La Revolución científica la consideraremos, de acuerdo con G. Reale y D. Antiseri, como un movimiento que se inicia con la publicación en 1543 de la obra de Nicolás Copérnico, *De Revolutionibus Orbium Coelestium*, y que se extiende hasta lo que se considera su culminación, la obra de Isaac Newton *Philosophiae Naturalis Principia Mathematica*, publicada por primera vez en 1687. El periodo comprendido entre ambas fechas abarca las aportaciones de otros autores destacados que, cada uno en su ámbito, ayudarán a configurar la imagen del universo como una máquina, y cuya nueva visión se extenderá también al ser humano. Esta extensión se fundamenta desde un principio del periodo, puesto que, el mismo año en que aparece la obra de Copérnico, se publica *De Humani Corporis Fabrica* de Andrés Vesalio, que supone el arranque de la investigación biológica del cuerpo humano, otro elemento básico en la transformación de la concepción sobre el ser humano<sup>199</sup>.

En el periodo final de la escolástica ya se estaba produciendo una progresiva superación de la negatividad agustiniana respecto de lo terrenal, y se estaba fundamentando una cierta independencia de la razón respecto de la teología. La aportación de Guillermo de Ockham, incidiendo en la autonomía de lo terrenal respecto

---

<sup>198</sup> H. Küng, *op. cit.*, p.684.

<sup>199</sup> J. Gribbin, *Historia de la Ciencia 1543-2001*, Barcelona: Crítica, 2003, p.9.

de lo espiritual, impulsando un nominalismo que superase vínculos metafísicos y permitiese la determinación de singularidades, y fundamentando, de esta forma, la indagación experimental de un mundo ya fragmentado, es recogida por el humanismo característico del Renacimiento y puesta en valor con el objetivo de engrandecer y liberar al hombre. En este contexto, Erasmo de Rotterdam se erige como «el último príncipe del humanismo»<sup>200</sup> y precursor de una liberalización del pensamiento respecto de todo tipo de dogmatismos, de una pérdida de temor a los antiguos, y de la posibilidad de contribuir a la civilización y a la sociedad tanto como lo habían hecho los clásicos. La visión científica del mundo, por tanto, comienza su renovación después de que la contribución de la Grecia clásica permaneciese invariable durante «los siglos oscuros»<sup>201</sup>.

El comienzo de la ciencia moderna se sitúa en la superación de la astronomía ptolemaica por la nueva astronomía copernicana. La astronomía ptolemaica formaba parte del conjunto de dogmas que dominaban el ámbito de las ciencias naturales en la escolástica, como influencia directa de las enseñanzas aristotélicas. Pero, además de este dogma en el ámbito de la astronomía, destaca la concepción que los escolásticos recuperaron de la Grecia clásica en lo referente al mundo, puesto que consideraban que este era un todo orgánico, en el que las partes adquirirían su sentido por su pertenencia al mismo<sup>202</sup>. Este es el segundo aspecto de la ciencia escolástica que la ciencia moderna modifica de forma radical y que proyectará en una nueva visión del mundo desde un punto de vista mecanicista, alcanzando su culminación en la física clásica de Newton, en la que es posible el análisis aislado de cada una de las partes del todo sin que éstas pierdan su significado singular. Pero, ¿cómo se operará este cambio a lo largo del siglo y medio que comprende la revolución científica?

En primer lugar, debemos poner de relieve el acercamiento que se produce al mundo físico, y que ya se inicia en el periodo de declive de la escolástica. Como ya hemos apuntado, una de las aportaciones fundamentales de la revolución científica fue el impulso del experimento como fuente de conocimiento y validación de las teorías que la ciencia generaba. La recopilación de datos desde el mundo físico sustentaría, en

---

<sup>200</sup> F. Braudel, *Las civilizaciones actuales*, Madrid: Tecnos, 1978, p.299.

<sup>201</sup> J. Gribbin, *op. cit.*, p.17.

<sup>202</sup> J.M. Naredo, *La economía en evolución*, Madrid: Siglo XXI, 2003, p.19.

adelante, la generación de nuevas teorías que permitirían ampliar el conocimiento ya existente. Por tanto, el carácter experimental con el que se dota a la nueva ciencia permite construirla como un proceso progresivo capaz de generar gradualmente más y mejor conocimiento, es decir, abarcar ámbitos más amplios y explicarlos de una forma más precisa para predecir nuevos fenómenos. La ciencia se nos revela, por tanto, como el instrumento básico con el que el ser humano puede liberarse de los vínculos que unían la explicación de su entorno a fuerzas externas y mágicas que le trascendían. La transformación del mundo físico como fuente de datos para la generación de nuevo conocimiento teórico permite reforzar la confianza que, posteriormente, la Ilustración depositaría en la razón humana, y su capacidad para guiar el destino humano a expensas de influencias divinas. Este proceso de acercamiento al mundo físico, no obstante, no libera totalmente al desarrollo científico de sus vínculos con la magia, la alquimia y la astrología que, pese a ser una herencia de la tradición, siguen manteniendo un papel fundamental en la sociedad y, por supuesto, en la ciencia de esa primera época. La necesidad de operar con los elementos físicos y la inexistencia hasta el siglo XVIII de una «perspectiva específicamente química», revalorizó la aportación de la alquimia que explicaba los compuestos como transmutaciones de materia. Consiguientemente, este saber antiguo, y con ciertas «connotaciones astrológicas, místicas y mágicas», se revelaba esencial para el dominio de la naturaleza<sup>203</sup>.

En realidad, la superación copernicana de la visión ptolemaica no se ajustaba a los cánones de un moderno sistema científico, puesto que su modelo de movimiento de los cuerpos celestes no fue, de hecho, una teoría fundamentada en una indagación empírica, sino, más bien, un experimento mental que proponía una idea más elegante para describir dicho movimiento que la propuesta de círculos perfectos de Ptolomeo, formulada en el siglo II<sup>204</sup>. Sin embargo, la aportación fundamental del nuevo modelo copernicano fue la crítica del modelo clásico y la posibilidad de superar la visión del mundo imperante. En esta vía abierta por N. Copérnico profundizó Thomas Digges, que propuso un universo infinito en 1576, y fue la que utilizaron los hermetistas para intentar superar la doctrina de la Iglesia Católica. Pero ni reformistas ni contrarreformistas parecían dispuestos a modificar sustancialmente ciertos valores

---

<sup>203</sup> C. Solís y M. Sellés, *Historia de la Ciencia*, Madrid: Espasa, 2007, p.220.

<sup>204</sup> J. Gribbin, *op. cit.*, p.18.

tradicionales heredados de la época escolástica. Paralelamente a las alternativas planteadas en los modelos de los cuerpos celestes, se desarrollan, también, alternativas en la concepción del cuerpo humano. En este campo, el modelo que imperaba databa de los estudios de Galeno, y la gran aportación de Vesalio fue la aplicación del espíritu humanista, la creencia en su capacidad para aportar conocimiento que estuviese al nivel de épocas anteriores. Y este conocimiento se basaría en su observación sobre «la importancia de aceptar la prueba que se veía con los propios ojos en vez de creer implícitamente las palabras transmitidas por generaciones anteriores»<sup>205</sup>, es decir, ahondando en la importancia de la experimentación. Este método basado en la experiencia y en observaciones es el que, posteriormente, a principios del siglo XVII utilizará William Harvey para proponer su modelo del sistema circulatorio humano<sup>206</sup>.

Después de que el modelo postulado por N. Copérnico pusiese en jaque el dominio que la astronomía ptolemaica había consolidado durante la escolástica, irrumpe en el desarrollo de la ciencia Galileo Galilei, cuya aportación más significativa se centrará en la concepción de que «el razonamiento científico se constituye como tal en la medida en que avanza basándose en experiencias sensatas y en las necesarias demostraciones»<sup>207</sup>. De acuerdo con esta idea nos encontraríamos ante una ciencia experimental que sustentaría su desarrollo y su crecimiento en la generación de teorías cada vez más amplias y robustas gracias a su contrastación mediante la experiencia. La experimentación permite dotar a la ciencia de autonomía respecto a la filosofía y a la fe y, por tanto, romper con su autoridad. Y esta experimentación necesita, a su vez, de una serie de instrumentos que faciliten su desarrollo, por lo que los científicos de la época tuvieron que asociar ciencia y técnica para poder construir los instrumentos que necesitaban para desarrollar y verificar sus experimentos. Además, el trabajo de G. Galilei ponía de manifiesto el carácter continuo y acumulativo de la ciencia en ciernes, puesto que sus aportaciones se basarían en los trabajos anteriores de Tycho Brahe y Johannes Kepler, que constituyeron la «transición entre el misticismo de los antiguos y la ciencia de Galileo y sus sucesores»<sup>208</sup>. Mientras que el primero estableció un nuevo

---

<sup>205</sup> *Ibid.*, p.35.

<sup>206</sup> *Ibid.*, p.39.

<sup>207</sup> G. Reale y D. Antiseri, *Historia del pensamiento filosófico y científico. II. Del Humanismo a Kant*, Barcelona: Herder, 2004, p.174.

<sup>208</sup> J. Gribbin, *op. cit.*, p.41.



modelo explicativo del movimiento de los planetas exento de cualquier implicación física, y asociado a relaciones geométricas puras, el segundo, limitado en su capacidad de observación, fue el que aportó un aparato abstracto, matemático, para articular dicho modelo, es decir, utilizó «la razón pura y la imaginación para encontrar una explicación de la naturaleza del cosmos»<sup>209</sup>. El modelo geométrico de T. Brahe no dejaba de ser una aportación mística, es decir, alejada todavía de la ciencia, y su adaptación a un modelo más científico la realizó el aparato matemático de J. Kepler y su modelización de las órbitas elípticas. Su modelización se basó en tres leyes, publicadas en los inicios del siglo XVII, que volvían a unir el movimiento de los planetas a fuerzas físicas, desterrando explicaciones místicas, y que exigieron una posterior indagación para descubrir en qué consistían. Este periodo de transición marca la traslación desde un conjunto de teorías de origen místico hacia una modelización científica del entorno y del propio ser humano que ejemplifican William Gilbert<sup>210</sup> en el campo de la electricidad y el magnetismo y, posteriormente, G. Galilei, que influenciado por las obras del primero aplicó un método similar en el campo de la astronomía. Ambos autores fueron firmes defensores de la necesidad de desarrollar experimentos, lo más precisos posible, para confirmar las hipótesis planteadas a nivel teórico. Si los resultados de dichos experimentos no se ajustaban a las hipótesis iniciales, estas debían modificarse por otras y comenzar de nuevo el proceso de verificación experimental de las mismas. Al final de su vida, G. Galilei publicó su obra *Consideraciones y demostraciones matemáticas sobre dos ciencias nuevas*, considerado el primer texto científico moderno, y en el que observaba que «el universo está gobernado por leyes que la mente humana puede comprender y está sometido a fuerzas cuyos efectos se pueden calcular utilizando las matemáticas»<sup>211</sup>.

El progresivo abandono y superación de la alquimia y la magia como fuentes de interpretación de los hechos naturales se enmarca dentro del impacto que las artes supusieron sobre las condiciones de vida de la sociedad, y que provocó un brusco cambio de valores, realzando el papel de la vida activa en beneficio de la comunidad, y lastrando la actitud contemplativa de la cultura tradicional. En esta dirección orientó su

---

<sup>209</sup> *Ibid.*, p.57.

<sup>210</sup> *Ibid.*, p.69.

<sup>211</sup> *Ibid.*, p.95.

actitud también Francis Bacon, firme defensor de la observación y experimentación de los hechos naturales, hasta el punto de que John Gribbin afirma que «si el sistema de Bacon se pudiera resumir en una sola frase, ésta sería que la ciencia se debe construir sobre los fundamentos que aporten los hechos»<sup>212</sup>. La importancia que adquiere progresivamente la experimentación exige, a su vez, el desarrollo de un nuevo instrumental técnico, lo que permite vincular en un mismo movimiento especulación, experimentación y técnica. La necesidad de nuevos aparatos de observación que ayudasen a validar las teorías, o a recopilar datos empíricos para afianzar ciertas hipótesis, permitió que la técnica se uniese al proceso de desarrollo de la ciencia. Además de este impacto, la Religión jugó un importante papel en el debilitamiento de las explicaciones mágicas, puesto que el catolicismo intentó evitar la aplicación a la naturaleza de principios activos externos y fuerzas ocultas mediante la reducción que Marin Mersenne operó en la misma y que la concebía como un «mecanismo de relojería»<sup>213</sup>. Este ataque a las fuerzas mágicas supuso, a su vez, la radical separación entre el mundo natural y el mundo divino.

El final de la primera mitad del siglo XVII se caracteriza, por tanto, por el desarrollo de un nuevo método capaz de descomponer un sistema complejo en una serie de componentes siguiendo modelos ideales teóricos, para luego contrastarlos experimentalmente y determinar su validez. Pero no solo va tomando forma un modelo analítico de ciencia, sino que, además, el desarrollo del lenguaje matemático que Kepler había impulsado lo sitúa como el lenguaje en que se puede escribir la ciencia. Y este desarrollo operado durante el último siglo es la base sobre la que se desarrollará la nueva concepción del mundo que sustituirá a la ptolemaica. En este proceso destacan las aportaciones de R. Descartes e I. Newton, el primero por el desarrollo de su método científico, que permitirá desarrollar un análisis de los problemas planteados de una forma estructurada, y el segundo por representar la culminación de la sustitución de la física aristotélica adoptada por los escolásticos por la física clásica, de carácter mecanicista, y que impone la acción a distancia entre los cuerpos en lugar de la interacción corpuscular que proponía R. Descartes.

---

<sup>212</sup> *Ibid.*, pp.121-123.

<sup>213</sup> C. Solís y M. Sellés, *op. cit.*, p.301.

La primera aportación de R. Descartes fue su *Discurso del Método*, publicado en 1637, seguido en 1641 de sus *Meditationes de Prima Philosophia*, culminando en la nueva concepción del mundo, sistematizada en sus *Principia Philosophiae* (1644), siguiendo los pasos de Isaac Beeckman<sup>214</sup>, que le introdujo en las matemáticas de orden superior. La importancia de su aportación se basa, principalmente, en que destierra todo vestigio de explicación mística del mundo físico y afirma que todo él puede ser interpretado como si fuese una entidad física cuya relación se establece en base a leyes que pueden ser determinadas experimentalmente<sup>215</sup>. La ventaja de su filosofía mecánico-corpúscular era que permitía explicar los fenómenos en términos de procesos transparentes, es decir, exentos de fuerzas mágicas u ocultas. Por tanto, estableciendo una conexión entre las matemáticas y la física puede reducir cualquier fenómeno natural a movimientos en la materia. Ambos principios, materia y movimiento, se revelaron en su sistema como principios últimos creados por Dios en una «cantidad fija e indestructible»<sup>216</sup>.

En este impulso al mecanicismo se necesita vincular, por tanto, física y matemática, es decir, se necesita articular un método que le permita ordenar y fundamentar su filosofía natural. Para ello, R. Descartes pretenderá construir una matemática universal común, modelo de todos los saberes, y que se puede condensar en cuatro reglas fundamentales: 1) prudencia y no precipitación en la adopción de algo como verdadero; 2) análisis de cualquier problema, es decir, división del mismo en tantas partes menores como sea posible para facilitar su resolución; 3) síntesis de todas las partes del problema, es decir, un proceso de articulación de todos los elementos gracias a un nexo de unión que los transforma en un todo complejo y real, y 4) repetición y revisión de todo el proceso para evitar omitir ningún elemento<sup>217</sup>. Mediante la utilización de este método podemos abordar la unificación del entorno que nos rodea que, inicialmente, se nos ha presentado como múltiple, variable y complejo. Además, este método mecanicista se puede extender como modelo de toda la realidad física, inclusive el ser humano, elevándose, de esta forma, al nivel de nuevo programa de

---

<sup>214</sup> *Ibid.*, p.320.

<sup>215</sup> J. Gribbin, *op. cit.*, p.106.

<sup>216</sup> C. Solís y M. Sellés, *op. cit.*, p.324.

<sup>217</sup> G. Reale y D. Antiseri, *Historia del pensamiento filosófico y científico. II. Del Humanismo a Kant*, Barcelona: Herder, 2004, pp.314-316.

investigación de la naturaleza y medio físico. Sin embargo, parece indudable que uno de sus errores fundamentales fue el rechazo del concepto de vacío y, consecuentemente, del concepto de átomo que Pierre Gassendi había recuperado<sup>218</sup>.

Por otra parte, la investigación sobre el cuerpo humano, que no parecía haber avanzado decididamente desde las últimas aportaciones de W. Harvey, retoma su impulso gracias a los desarrollos tecnológicos, en este caso del microscopio, y la renovación que Robert Boyle opera en la química al situarla de nuevo en el centro del desarrollo científico mediante sus experimentos. El renacimiento de estos estudios condujo a Giovanni Borelli a introducir la concepción del cuerpo humano como una máquina y su análisis geométrico<sup>219</sup>, una idea que posteriormente desempeñará un papel fundamental en el imaginario social.

No obstante, la filosofía natural desarrollada por R. Descartes, y que encajaba dentro de la teología católica, no es tan bien acogida en Inglaterra, en donde la teología dominante postulaba una intervención divina voluntarista y no obligatoria<sup>220</sup>. Y fue en esta área donde destacaron tres personas fundamentales en el desarrollo de la ciencia y de la nueva concepción del mundo: Robert Hooke, Edmond Halley e Isaac Newton. El primero de ellos, R. Hooke, introdujo el concepto de atracción entre planetas para explicar el movimiento en órbitas de los mismos, y superando las explicaciones en base a vórtices propias del cartesianismo<sup>221</sup>, además de realizar diversos trabajos sobre la gravedad. E. Halley, por su parte, destacó por sus observaciones astronómicas y por desarrollar la idea de la existencia de una fuerza del Sol sobre los planetas que compensaba la fuerza centrífuga que estos soportaban al moverse alrededor del mismo. El contacto que tuvo con I. Newton en 1684<sup>222</sup> fue, probablemente, lo que impulsó a este último a escribir sus *Principia Mathematica* en 1687, obra en la que establece que «las leyes de la física son realmente leyes òniversalesö que afectan a cualquier objeto»<sup>223</sup>.

---

<sup>218</sup> J. Gribbin, *op. cit.*, p.107.

<sup>219</sup> *Ibid.*, p.130.

<sup>220</sup> M. Weber, *op. cit.*, pp.160-162.

<sup>221</sup> J. Gribbin, *op. cit.*, p.140.

<sup>222</sup> *Ibid.*, p.153.

<sup>223</sup> *Ibid.*, p.163.

Isaac Newton consideraba que el método cartesiano relegaba a Dios del mundo y considera que debe desarrollar una nueva «física matemática para demostrar la intendencia divina del mundo»<sup>224</sup>. Aunque no lo publicase hasta más adelante, parece que I. Newton se había adelantado a R. Hooke y E. Halley en la definición de la gravitación universal, puesto que afirmó que ya la tenía desarrollada en 1666. Sin embargo, la gran aportación del autor inglés fue «la constatación de que el universo funciona según unos principios esencialmente mecánicos susceptibles de ser comprendidos por los seres humanos, y que el mundo no está regido por los caprichos de unos dioses veleidosos»<sup>225</sup>. El principal elemento que Newton no acepta del modelo cartesiano es la operatividad entre cuerpos mediante choques mecánicos, y su alternativa es la interacción entre los cuerpos mediante fuerzas espirituales. La capacidad explicativa de su teoría, la asunción de que tenía que producirse una pérdida en el movimiento, y las observaciones empíricas permiten que se imponga la filosofía natural newtoniana, aunque con el tiempo quedan eliminadas las trazas de las profundas convicciones religiosas que había aplicado I. Newton. Este movimiento fue propiciado por deístas y materialistas que, de forma sutil, trasladaron a la naturaleza y a la materia la actividad que I. Newton había atribuido a Dios, puesto que para el autor inglés Dios seguía siendo el arquitecto de todo lo existente y el garante de su correcto funcionamiento, en la analogía con un mecanismo de relojería.

En conclusión, el modelo desarrollado por I. Newton representa la conceptualización de una nueva visión del mundo<sup>226</sup> que se traslada desde una concepción organicista a una concepción atomizada del mismo en el que las partes interactúan a distancia. A pesar de que la física newtoniana fue la que terminó imponiéndose por su capacidad explicativa, el elemento común que compartía con la teoría cartesiana era el mecanicismo, es decir, la explicación de los fenómenos en base a una serie de cuerpos que interaccionaban, en el caso newtoniano mediante fuerzas de atracción y repulsión, y en el cartesiano mediante presión o contacto. Esta visión

---

<sup>224</sup> C. Solís y M. Sellés, *op. cit.*, p.301.

<sup>225</sup> J. Gribbin, *op. cit.*, p.163.

<sup>226</sup> A este respecto, F. Braudel observa que este nuevo sistema del mundo constituye «la primera crítica sistemática y moderna del conocimiento [í ] una lucha heroica contra cualquier engaño intelectual o metafísico», véase F. Braudel, *Las civilizaciones actuales. Estudio de historia económica y social*, Madrid: Tecnos, 1978, p.316.

mecanicista, producto de la Revolución científica, permite interpretar el todo como una suma de agregados que pueden ser analizados de forma separada. La relación entre las partes queda, por tanto, debilitada, y este modelo puede ser proyectado a la estructura social dando lugar a una visión de la misma caracterizada por la agregación de una serie de átomos individuales que se articulan mediante impulsos también individuales y cuyo resultado será coordinado por una interacción invisible y a distancia. Además, la inmensidad espacial y temporal es simplificada por una serie de leyes universales que pueden ser conocidas, reflejando un orden en el universo.

Las aportaciones posteriores a la ciencia natural se enmarcan dentro de los parámetros establecidos por el sistema newtoniano y que no conseguían superar el límite explicativo establecido en la Biblia, propiciando un periodo de transición a lo largo del siglo XVIII. El estudio de las especies de Carl Linneo y la *Histoire Naturelle* que publicó George-Louis Leclerc, conde de Buffon, en la segunda mitad del siglo XVIII, puso de nuevo el estudio de los seres y su evolución en el centro del interés científico, y suscitó, nuevamente, el debate con la teología. La Providencia divina que Newton había reclamado dentro de su sistema, sigue jugando un papel fundamental e irrebasable, especialmente en lo que hacía referencia a la evolución del universo y de sus seres. En este contexto se produce la confrontación entre Jean-Baptiste Lamarck y Georges Cuvier, que hacía referencia al modo en que las especies evolucionaban y mutaban en otras especies, en el caso del primero, o desaparecían, en opinión del segundo. Esta confrontación, bajo la presión de las afirmaciones de la Biblia, fue continuada, posteriormente, por Etienne Geoffroy Saint-Hilaire que, en la segunda mitad del siglo XIX, postuló que el medio ambiente también influía sobre la evolución de las especies, que tendían a transformarse bajo sus efectos, aunque lo combinaba con una especie de selección natural que explicaba la desaparición de algunas de ellas, y que lo acercaba al darwinismo posterior<sup>227</sup>.

Una vez establecida la nueva visión del mundo mecanicista que sustituía al organicismo escolástico, la teoría darwiniana de la selección natural constituye un hito en la comprensión de la posición de la humanidad dentro del universo. Los *Principles of Geology* de Charles Lyell se publican en su primer volumen en 1830, mientras que el

---

<sup>227</sup> J. Gribbin, *op. cit.*, p.202.

segundo, de 1832, constituye el elemento precursor de la teoría posterior de Charles Darwin, al reservar un lugar especial para los seres humanos dentro de la creación, y postular que algunas especies habían desaparecido como consecuencia de su competencia por «determinados recursos, tales como los alimentos»<sup>228</sup>. La aportación de Charles Darwin, aunque compartió su idea con Alfred Russel Wallace en una época en la que las teorías evolucionistas ya existían, consistió en la formulación de una teoría científica bastante sólida capaz de explicar la evolución. En el otoño de 1838, aunque su obra *On the Origin of Species by Means of Natural Selection* no se publicaría hasta 1859, llegó a la conclusión de que los actores fundamentales que explicaban el funcionamiento de la evolución eran: la presión demográfica, la lucha por la supervivencia y la supervivencia de los individuos mejor adaptados<sup>229</sup>.

### ***¿Hacia un nuevo dogmatismo?***

La razón humana, en el proceso de avance hacia la modernidad, adquiere una especial relevancia por su capacidad de generar conocimiento, y su unión con la ciencia, que se venía desarrollando desde el siglo anterior, nos conducirá hacia la Revolución industrial, hito fundamental en el desarrollo del pensamiento económico<sup>230</sup>. Si en las primeras etapas de la escolástica se configura una nueva relación entre fe y razón, que deja de ser de oposición y va adquiriendo naturaleza de convivencia, el desarrollo de la misma a lo largo de todo este periodo transita desde una iluminación de la primera sobre la segunda, hacia una progresiva autonomía de la segunda que, finalmente, es capaz de generar su propio ámbito de actuación independiente. Este ámbito independiente se ve reforzado con el desarrollo de la ciencia y su superación de las ataduras místicas de las explicaciones de la realidad circundante, convirtiendo a la Razón en el instrumento fundamental de análisis y crítica de todos los ámbitos sociales. Este es el caso de la tradición heredada durante la Ilustración que, de forma paralela a lo que pretendía la Reforma, debe ser también criticada, pero la instancia desde la que desarrollar dicha crítica ya no serán los clásicos o las fuentes originales, como había ocurrido en los

---

<sup>228</sup> *Ibid.*, p.274.

<sup>229</sup> *Ibid.*, pp.289-290.

<sup>230</sup> J.K. Galbraith, *Historia de la economía*, Barcelona: Ariel, 1989, p.72.

siglos XV y XVI, sino que será la razón humana la instancia llamada a dirigir el progreso de la humanidad y liberarla de las ataduras al mito y la opresión.

El ascenso progresivo de una nueva clase social asociada al auge de las ciudades, la burguesía, permite a las nuevas ideas del movimiento ilustrado encontrar su vehículo de propagación por toda Europa y, aunque la mayor parte de la población permaneció ajena a dicho movimiento<sup>231</sup>, sus valores se fueron difundiendo progresivamente dentro del nuevo imaginario social en construcción<sup>232</sup>. La burguesía, por otra parte, necesitaba un aliado en su combate contra los privilegios que todavía detentaban ciertas clases sociales, como la nobleza y el clero, y el pensamiento Ilustrado aportaba, a su vez, una herramienta potente para sus intereses. Este movimiento ideológico se caracterizaba por su apuesta decidida por la razón humana mediante un uso crítico de la misma que permitiese a la sociedad liberarse de los dogmas metafísicos y todo tipo de supersticiones religiosas y tiranías políticas que atenazaban a la sociedad de su época. En cierto sentido, la Ilustración se autoconstituye como una progresiva liberación de las relaciones sociales de cualquier influjo mágico y del lastre de la tradición, como reflejo de lo que la ciencia estaba logrando con respecto al conocimiento tradicional heredado<sup>233</sup>. Consecuentemente, con el avance de la Ilustración se produjo, paralelamente, el auge de las ciencias naturales, físicas y matemáticas, la potenciación de la educación como medio de superar el dogmatismo imperante, y la crítica profunda al papel de la tradición heredada como instancia de análisis de los acontecimientos históricos. La Razón impulsada en esta época será una razón abstracta, sin historia, sin tradición sobre la que se ha acumulado su conocimiento, sino con la libertad de ir generando el suyo propio a través de nuevas observaciones. Se rechaza, por tanto, la existencia, inicialmente, de un plan «preestablecido y sabiamente ordenado»<sup>234</sup> y, por consiguiente, se defiende la necesidad de analizar y construir el hecho histórico.

---

<sup>231</sup> G. Reale y D. Antiseri, *Historia del pensamiento filosófico y científico. II. Del Humanismo a Kant*, Barcelona: Herder, 2004, p.574.

<sup>232</sup> En este sentido, Th. Munck afirma en el prefacio a su obra *Historia social de la Ilustración* que «la ilustración no fue un mero pasatiempo de la élite intelectual, sino que afectó a todas las profundas divisiones sociales y supuso un proceso real de emancipación de los valores y creencias heredados», véase Th. Munck, *Historia social de la Ilustración*, Barcelona: Crítica, 2001, p.8.

<sup>233</sup> G. Reale y D. Antiseri, *Historia del pensamiento filosófico y científico. II. Del Humanismo a Kant*, Barcelona: Herder, 2004, p.563.

<sup>234</sup> *Ibid.*, p.581.



Aunque se haya revelado como un movimiento hegemónico del siglo XVIII, a nivel ideológico, la Ilustración está lejos de ser un sistema compacto de doctrinas<sup>235</sup> y se caracteriza por ser

un movimiento en cuya base se encuentra la confianza en la razón humana, cuyo desarrollo implica el progreso de la humanidad, al liberarse de las cadenas ciegas y absurdas de la tradición, y del cepo de la ignorancia, la superstición, el mito y la opresión<sup>236</sup>.

En cierto sentido, el movimiento ilustrado constituye la culminación del proceso que se había iniciado dos siglos antes con la Reforma de la doctrina religiosa cristiana y el desarrollo de la ciencia y la técnica, que constituyen vías de mejora de las condiciones materiales y espirituales de la humanidad. Por todo ello, podemos considerar que la «Ilustración es una filosofía optimista [í ] que se esfuerza y trabaja por el progreso»<sup>237</sup>. Y el vehículo de este progreso, que no tiene por qué ser lineal, ha sido y será el uso crítico de la Razón humana, en su capacidad de analizar todos los datos constitutivos de la tradición heredada y diseccionar los fundamentos de su autoridad. Por tanto, nos encontramos ante una visión de la Razón cuyo paradigma es la ciencia moderna<sup>238</sup>, la física newtoniana que no penetra en las causas o naturaleza última de los fenómenos, sino que, a partir de la experiencia, busca las leyes que gobiernan la realidad y las verifica<sup>239</sup>. Incluso el arte es impregnado de esta racionalidad y funcionalidad, evitando todo «adorno superfluo» y tratando de «armonizar belleza y utilidad»<sup>240</sup>.

Consecuentemente, el concepto Ilustrado de Razón se construye libre de las verdades de la revelación religiosa, es decir, ha completado la transición que se ha

---

<sup>235</sup> Véase al respecto Th. Munck, *Historia social de la Ilustración*, Barcelona: Crítica, 2001, p.17, donde afirma que «podemos concebir la ilustración como un conjunto de corrientes distintas, que ni siquiera son siempre plenamente compatibles».

<sup>236</sup> G. Reale y D. Antiseri, *Historia del pensamiento filosófico y científico. II. Del Humanismo a Kant*, Barcelona: Herder, 2004, p.564.

<sup>237</sup> *Ibid.*, p.564.

<sup>238</sup> Fruto de la heterogeneidad que aglutina la Ilustración, ni tan siquiera esta idea es totalmente compartida, véase Th. Munck, *Historia social de la Ilustración*, Barcelona: Crítica, 2001, p.21.

<sup>239</sup> G. Reale y D. Antiseri, *Historia del pensamiento filosófico y científico. II. Del Humanismo a Kant*, Barcelona: Herder, 2004, p.565.

<sup>240</sup> *Ibid.*, p.576.

desarrollado a lo largo de la escolástica y se ha independizado completamente de la fe, asociándose a la experiencia y desarrollándose en base a la misma. La base de la experiencia es la que permitirá profundizar en el verdadero sistema del universo que, a partir de ahora, podrá ser conocido y perfeccionado<sup>241</sup>. Por tanto, nos encontramos, en el siglo XVIII, en la confirmación de la secularización del pensamiento, de la superación de los obstáculos que constituía la autoridad tradicionalmente asociada a la Religión para progresar en el conocimiento, y de la capacidad ilimitada del ser humano para profundizar, por sí mismo, en las verdades del universo.

Pero, esta liberación de las cadenas que había impuesto la Religión a la sociedad y la consiguiente apertura a la experiencia, conduce a una peligrosa sustitución de la divinidad por la naturaleza, como defendía Diderot<sup>242</sup>. Esta transición revela el deísmo que realmente envuelve a la Ilustración, es decir, la búsqueda de una religiosidad racional<sup>243</sup>, natural y laica que sustituya a la religiosidad tradicional, cuya autoridad había sido considerada como un obstáculo para el progreso del ser humano. El proceso de construcción de esta religiosidad natural tendrá su reflejo también en el derecho, es decir, en el surgimiento de un derecho natural que constituya la base de los derechos de la persona y permita la naturalización de muchas instituciones sociales. La base de la existencia de un derecho natural fundamentado en la racionalidad y la consiguiente universalidad de la ley natural, permitirán generar un derecho positivo como transformación del derecho natural, y asociar a dicho derecho positivo una nueva fuente de certidumbre y autoridad que conducirán al moderno Estado de derecho<sup>244</sup>. La generación de nuevos principios éticos y jurídicos considerados como naturales es la base sobre la que se sustentará la naturalización de conceptos y principios económicos, cuya autoridad quedará a salvo de cualquier crítica.

Por tanto, el movimiento ilustrado encajará bien y será el impulsor fundamental del proceso de desarrollo científico iniciado en el siglo anterior, proponiéndose como objetivo la mejora progresiva de las condiciones vitales del ser humano, tanto

---

<sup>241</sup> *Ibid.*, p.566.

<sup>242</sup> *Ibid.*, p.569.

<sup>243</sup> Como bien observa Th. Munck, «la religión y la ilustración no se excluyen necesariamente», véase Th. Munck, *Historia social de la Ilustración*, Barcelona: Crítica, 2001, p.24.

<sup>244</sup> G. Reale y D. Antiseri, *Historia del pensamiento filosófico y científico. II. Del Humanismo a Kant*, Barcelona: Herder, 2004, p.570.

materiales, como espirituales<sup>245</sup>. En lo referente a la visión de la naturaleza y el ser humano, este movimiento se caracteriza por promover una tolerancia ética y la defensa de los derechos naturales del hombre, lo que se traduce en un relanzamiento del individualismo como valor singular en la sociedad del momento. En este contexto, el ser humano se considera a sí mismo capaz de dominar la naturaleza como si esta fuera un instrumento a su servicio, sin reparar en las consecuencias de su dominio<sup>246</sup>, puesto que el ser humano es el nuevo centro del universo y la medida de todo lo que le rodea. Y la guía fundamental en este proceso de apropiación de la realidad que le rodea será la Razón liberada de cualquier soporte metafísico.

No obstante, a pesar de que la Ilustración considera, inicialmente, la armonización del ser humano con su entorno natural y social, el modelo de racionalidad propuesto impulsa el desarrollo de una capacidad abstracta de maximización, es decir, de adecuación de los medios disponibles a los fines propuestos con el objetivo de maximizar el resultado obtenido. Y esa visión de la racionalidad no toma en consideración otros factores externos que afectan al proceso de elección, por lo que la reduce a un instrumento válido para cualquier ideal, y que no tiene por qué reducirse a la mejora de las condiciones espirituales del ser humano que la Ilustración pretendía también perseguir. En consecuencia, el modelo de racionalidad derivado de la Modernidad y potenciado desde entonces es independiente del objetivo inicial de superación de dogmas metafísicos y se revela como un nuevo dogmatismo, en la tiranía de someterse de forma acrítica a los intereses egoístas mediante una separación del proceso racional de los contenidos con los que opera. El modelo instrumentalista o estratégico de racionalidad impuesto en la actualidad, aunque comparte orígenes con la idea de Razón derivada de la Ilustración, se proyecta como un resultado divergente de los objetivos iniciales.

---

<sup>245</sup> C. Martínez Shaw, *El siglo de las Luces. Las bases intelectuales del reformismo*, Madrid: Temas de Hoy, 1996, p.8, «Un rasgo definitorio de la Ilustración es su ideal reformista. Parte de la conciencia de una realidad insatisfactoria, dominada por la tradición, la autoridad y el prejuicio, y una organización social presidida por los privilegios históricos. Luego la Ilustración será un instrumento de transformación de la realidad.».

<sup>246</sup> C. Solís y M. Sellés, *op. cit.*, al referirse a la ilustración destacan que «la razón (y particularmente su expresión más depurada, la razón matemática) sería el instrumento que permitiría desvelar las leyes de la naturaleza y controlarla en beneficio de la humanidad.».

### 1.3. EL CONTEXTO IDEOLÓGICO

Para contextualizar ideológicamente el nacimiento de la ciencia económica hemos apuntado la necesidad de analizar las aportaciones de tres movimientos intelectuales que se desarrollan desde el siglo XVI hasta finales del siglo XVIII, momento en el que se va configurando un nuevo imaginario social. En estos doscientos años largos de Historia tienen lugar una serie de cambios sustanciales en las concepciones de la ciencia, el ser humano y la propia sociedad, que consideramos el germen de los axiomas de la ciencia económica, es decir, que ayudan a naturalizar los principios que operan con las categorías económicas. Y, entre estos cambios, destacamos la irrupción del método científico analítico y su mecanicismo como modelo en el que se basará el desarrollo de la propia ciencia económica; el nuevo concepto de ser humano independizado de la sociedad concebida como un todo orgánico y que desarrolla la base de un individuo económico como elemento fundamental de construcción de la realidad social; y, por último, la imposición de la idea de progreso como nuevo vector director y determinista de la historia humana, asociada al utilitarismo de los intereses individuales.

#### *Análisis y mecanicismo*

En el ámbito de la ciencia, la tradición clásica adoptada por la escolástica tomaba como punto de partida el mundo concebido como un todo orgánico en el que cualquier elemento debía ser comprendido por su pertenencia a este todo orgánico. No se establece, por tanto, la posibilidad de un análisis aislado de los diferentes elementos de la realidad, sino que se asume que esta realidad forma un conjunto y la función de cada una de sus partes nace de este conjunto y se desarrolla dentro del mismo. No obstante, en el propio proceso de declive de la escolástica se acentúa el acercamiento al mundo físico con la potenciación de la experimentación como fuente de generación de conocimiento y como instrumento fundamental de validación de las teorías expuestas. Esta potenciación de la vertiente física del conocimiento, y la consiguiente capacidad del mismo de ir progresando a partir de estadios anteriores ya comprobados experimentalmente, pone de relieve uno de los aspectos fundamentales del nuevo método científico en gestación, su capacidad acumulativa. Y a esta capacidad

acumulativa se le añade la posibilidad de trascender las explicaciones mágicas asociadas a la tradición clásica y la profundización en su capacidad de explicitar una descripción racional del mundo.

En este sentido, el desarrollo de la ciencia a lo largo del siglo XVI, que permite concebirla como un aparato de conocimiento acumulativo e independiente de la fe y la filosofía, proyecta la visión futura de la ciencia como un factor de autoridad independiente, es decir, como una nueva vía de acceso a la verdad. En la primera mitad del siglo XVII se consolida esta autonomía de la ciencia y comienza a construirse el nuevo modelo que supera la concepción orgánica de mundo. De acuerdo con el nuevo modelo de ciencia que se constituirá como paradigma en la Modernidad, el todo orgánico debe ser analizado en elementos más simples para poder comprenderlo, es decir, la realidad que nos rodea puede ser reducida a elementos más simples con la ayuda de dos instrumentos fundamentales en el futuro, la física y las matemáticas. Por tanto, el nuevo modelo de la realidad que nos ofrece la ciencia se basa en el vínculo de la física y las matemáticas, en un mecanicismo que es capaz de simplificar la realidad reduciéndola a materia y movimiento, es decir, a una serie de elementos aislados que interactúan a distancia.

La consolidación de este nuevo modelo de la realidad se produce al extenderse el análisis mecánico al mundo en su totalidad, es decir, al concebir al ser humano también como una máquina susceptible de ser analizada. Las leyes físicas que ayudan a comprender la realidad externa son postuladas como leyes universales que afectan a cualquier elemento de la misma, y la capacidad del ser humano de acceder a las mismas le permite acceder, igualmente, a un conocimiento profundo del mundo que le rodea, asegurando siempre un progreso continuo e ininterrumpido. En conclusión, la nueva visión analítica de la realidad, que a lo largo de la revolución científica ha ido sustituyendo a la concepción orgánica clásica, se proyecta en una atomización de la realidad con el objetivo de alcanzar una explicación completa del todo mediante una explicación aislada de la función de las partes. Y su extensión desde la realidad material a la social permite concebir la sociedad como un agregado de átomos individuales coordinados de forma invisible y a distancia.

### ***Antropocentrismo***

Como ya hemos observado, el movimiento de Reforma emprendido en el siglo XVI había desligado la salvación personal de las obras, dejándola al libre arbitrio de la gracia divina. La consecuencia directa de este movimiento es la generación de dos esferas totalmente diferentes e independientes, la de los valores vitales, y la esfera física en la que el ser humano desarrolla su vida. Además, se produce un vacío en la función mediadora entre el individuo y Dios, por lo que se abre la posibilidad a que cada persona interprete de forma individualizada su proceder más correcto en la comunidad, es decir, determine individualmente el criterio último de sus acciones<sup>247</sup>. La solución en el conflicto creado entre el concepto de libertad humana y la potenciación del designio divino que exige la servidumbre de ser humano a Dios es situada en el ámbito de la fe, elevada a elemento fundamental de la nueva concepción del ser humano y su relación social.

Anteriormente, la etapa renacentista había dado lugar, como consecuencia del desarrollo urbano, a un nuevo concepto de individuo, el ciudadano burgués que, a partir de ese momento se convierte en sujeto de derechos. Pero este sujeto de derechos es concebido, durante el desarrollo de la Reforma, como un sujeto también de obligaciones, y la obligación máxima, producto del concepto de servidumbre a Dios que ensalzó el luteranismo, es el cumplimiento de la función propia en la comunidad, es decir, el desarrollo del oficio propio como mejor medio de servir a Dios en la comunidad. La introducción posterior del concepto de predestinación por parte del calvinismo potencia este concepto de disciplina comunitaria que permite avanzar hacia el designio divino mediante el cumplimiento individualizado de la función propia dentro de la organización social y, por tanto, de la aceptación de la misma como producto de la divina providencia. La reacción de la Contrarreforma potenció el desarrollo del derecho natural y, de forma asociada, del individuo que ya se había ido forjando durante el Renacimiento. En este sentido se expresa Ch. Taylor en la referencia a las teorías de la Ley Natural del s. XVII, derivadas de los desarrollos de Hugo Grocio y John Locke, y que son deudoras de este primer desarrollo. La concepción derivada de estas teorías sitúa al ser humano como un ser social y racional, por naturaleza, y que debe colaborar

---

<sup>247</sup> M. Weber, *op. cit.*, pp.163-165.

pacíficamente en beneficio mutuo, es decir, debe vivir en sociedad de acuerdo a los derechos naturales de las personas<sup>248</sup>, de acuerdo a unas obligaciones y a unos derechos morales. Este concepto de beneficio mutuo que postulan H. Grocio y J. Locke permite consolidar la aceptación de la organización social existente que proponía el calvinismo al situarla en otro nivel diferente, producto de una pretensión de armonizar con un fin superior<sup>249</sup>.

Por otra parte, la Revolución científica que se emprende a finales de ese mismo siglo impulsa el desplazamiento de la centralidad del cosmos desde la humanidad al postular un Universo ilimitado. La vida espiritual queda desplazada a un lugar remoto y se impulsa la centralidad de la vida terrenal, en la que se debe obtener la felicidad. Las posibilidades que abría la nueva ciencia naciente de descubrimiento de las leyes regulares que regían en la naturaleza apoyó esta creencia en la posibilidad de alcanzar una vida plena para el ser humano en su vida terrenal, y dejar en un segundo plano la promesa de una felicidad posterior en una vida posterrenal<sup>250</sup>. Por tanto, el efecto indirecto de la ciencia, a pesar de que la humanidad parece desplazada de la centralidad en el universo, es la puesta en valor de las capacidades del ser humano para ir descubriendo los secretos y misterios de la naturaleza y arrinconar las creencias mágicas.

El movimiento ilustrado del siglo XVIII constituye el punto culminante en el postulado de la superioridad de la razón humana y sus capacidades por encima de cualquier otro elemento. La razón humana se autoproclamará como guía suprema de la vida humana y capaz de eliminar las ataduras del ser humano con cualquier tipo de dogma oscurantista que lo limite a un pensamiento externo a sus capacidades. En este contexto, la ciencia moderna que había ido consolidándose en el siglo XVII constituye un instrumento fundamental que permite sustentar la confianza ilimitada en las posibilidades del ser humano para superar cualquier amenaza externa. El resultado de esta conjunción de elementos podemos concebirla como una nueva cosmología que sustituye a la heredada de la época escolástica, y caracterizada por un antropocentrismo

---

<sup>248</sup> Ch. Taylor, *op. cit.*, p.15.

<sup>249</sup> *Ibid.*, p.26.

<sup>250</sup> C. Solís y M. Sellés, *op. cit.*, p.594.

renovado que impulsa al ser humano a un nivel superior al de su entorno natural y que lo coloca, de nuevo, en el centro del universo<sup>251</sup>.

Como indica José Manuel Naredo, la consecuencia fundamental de este antropocentrismo será la tendencia del ser humano a someter a su entorno físico para alcanzar sus objetivos<sup>252</sup>. Esta tendencia impregna el desarrollo de la nueva ciencia en toda su amplitud, y se apoya en la conjunción del saber con la técnica, por lo que la ciencia económica no será una excepción. El nuevo aparato conceptual que surge del desarrollo de la ciencia moderna debe permitir justificar los logros obtenidos por la sociedad moderna, por lo que potenciará esta relación de dominio del ser humano sobre la naturaleza, y primará la importancia de los intereses del primero sobre la segunda. En última instancia el individuo se eleva como origen de la certeza del mundo.

### ***Progreso y utilitarismo***

La revolución científica ayudó a consolidar la base sobre la que afirmar la idea de progreso como una ley histórica producto de la necesidad e impulsar la modernidad. La experimentación de F. Bacon, y el método científico desarrollado por R. Descartes fueron las bases sobre las que se desarrolló este concepto de progreso. Los avances técnicos derivados de la Revolución científica, conjuntamente con la sistematización cartesiana de este proceso, subrayaron la importancia del conocimiento humano para el progreso del saber, y lo sustentaron sobre unas leyes naturales regulares que nos conducían a su acrecentamiento progresivo<sup>253</sup>. La ciencia moderna permitía sustentar esta confianza al aportar la seguridad empírica de los resultados obtenidos, en una época en la que la experimentación adquiriría una importancia creciente. Este carácter experimental de la ciencia, como ya hemos observado, genera un proceso progresivo en el aumento del conocimiento, ampliando los ámbitos de aplicación y profundizando en la comprensión de los fenómenos. La teoría científica sustenta, por tanto, la idea de que el desarrollo progresivo, ascendente y expansivo es plausible y, por tanto, fundamenta la idea de un progreso indefinido hacia una verdad absoluta.

---

<sup>251</sup> J.M. Naredo, *op. cit.*, pp.12-13.

<sup>252</sup> *Ibid.*, p.14.

<sup>253</sup> C. Solís y M. Sellés, *op. cit.*, pp.594-595.



Posteriormente, la Ilustración aportará su confianza en la razón humana y su visión optimista del futuro del hombre para apuntalar esta idea del progreso humano. Para afianzar firmemente esta visión, se debe introducir un sentido a la historia, es decir, una meta o fin a la historia que permita dirimir los diferentes estadios de desarrollo histórico. Y la meta de este proceso histórico lo constituirá el hombre civilizado moderno. En este contexto, la idea de progreso se revelará como dominadora de la sociedad ilustrada al concebir un sentido para la historia, un fin para la misma. Como afirma C. Martínez Shaw, una de las «ideas matrices» de este periodo es «el progreso, como convicción y como meta, como reflejo del optimismo ilustrado sobre la perfectibilidad moral del hombre y la perfectibilidad política de la sociedad, y como objetivo final»<sup>254</sup>.

En este sentido es de capital importancia la teoría hegeliana de la evolución histórica, aunque anteriormente a su aplicación Montesquieu señala una cierta desviación del optimismo ilustrado, demostrando una escasa fe en el progreso, y confirmando que esta idea de progreso no parece ser algo aceptado de forma generalizada en la época. Montesquieu puede considerarse como el precursor de J.J. Rousseau en su idea de que la historia no avanza hacia metas superiores, sino que puede ser objeto de avances y retrocesos. Por consiguiente, J.J. Rousseau se nos presenta como el mayor obstáculo en el siglo XVIII para que esta idea de progreso indefinido se instale definitivamente en la conciencia social y cultural de la época. Desde su perspectiva, el progreso y la civilización que otros postulan no son sino la cara amable de la verdadera explotación del ser humano. La historia ilustrada se postulaba como el avance de la naturaleza hacia la civilización, pero Rousseau niega que se produzca esta transición, puesto que la sociabilidad del ser humano no le ha conducido a un progreso positivo. El hombre no es social por naturaleza, sino que es un ser aislado. Niega que las etapas de sociabilidad del hombre estén guiadas por ninguna ley, sino que son más bien producto del azar. En su idea de la historia se vislumbra el azar que nos ha conducido hasta el

---

<sup>254</sup> C. Martínez Shaw, *op. cit.*, p.8.

estadio actual, es decir, la falta de una ley de la necesidad que nos impone el progreso de nuestra civilización moderna, y la regresibilidad de los procesos históricos<sup>255</sup>.

Sin embargo, en 1750, Jacques Turgot intentó sistematizar las ideas referentes al progreso y produjo una nueva teoría de la historia universal, pero buscando una ley que rigiese el proceso de crecimiento acumulativo del que surge la civilización. Este ensayo recoge el núcleo de una idea de la historia como un progreso acumulativo que se desarrolla en etapas, es decir, sin necesidad de que sea un progreso lineal y uniforme. Esta idea de J. Turgot supone una superación de los recelos de Montesquieu sobre el progreso y, sobre todo, una superación de las ideas de Rousseau, que situaba la sociedad salvaje en un estado superior a la civilización.

Posteriormente, a principios del siglo XIX, Hegel situará a la Razón como sustancia por la cual todo lo que existe tiene ser, tiene un contenido real. La Razón es lo único verdadero y real, y crea y transforma todo, es su propio origen y su propio fin, elevándose a la posición de único sujeto de la historia. El devenir histórico de la humanidad se aleja de la naturaleza y sus leyes para instaurar el reino de la racionalidad pura. La Razón es libre y autoconsciente, y el fin de la historia será plasmar sobre la tierra la libertad y hacerlo conscientemente, convirtiendo la racionalidad en legalidad. Este es un proceso en evolución constante, en un progreso ininterrumpido. La Razón no se detiene nunca ni puede retroceder. Esta visión de la razón hegeliana ayuda a fijar la idea de un progreso ininterrumpido y sin vuelta atrás. La historia de la humanidad se convierte en un progreso constante que camina hacia la libertad, y el elemento dinamizador de este proceso será lo negativo, la oposición, por lo que el dolor y la lucha son algo necesario e intrínseco a la idea de progreso<sup>256</sup>.

No obstante, la aparición en 1859 de *El origen de las especies* de Ch. Darwin proyectará a la evolución y el cambio en la naturaleza como leyes supremas, suponiendo una transgresión de la ley de la necesidad en el progreso de la humanidad

---

<sup>255</sup> J.J. Rousseau, *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres*, Madrid: Alianza, 1980, p. 209, «Siento que hay una edad en la que el hombre individual querría detenerse; tú buscarás la edad en que desearías que tu especie se hubiera detenido. Descontento de tu estado presente, por razones que anuncian a tu desventurada posteridad mayores descontentos aún, quizá querrías poder retroceder. ».

<sup>256</sup> S. Juliá y A. Martínez, *Teoría e historia de los sistemas sociales*, Madrid: UNED, 1991, pp.106-111.

hasta la civilización moderna<sup>257</sup>. La teoría del progreso anclada en el periodo ilustrado y reafirmada en la dialéctica hegeliana queda, por tanto, debilitada, y necesita reformularse para adaptarse al nuevo contexto, siempre con la meta fijada en la justificación de la evolución progresiva del ser humano. El progreso no puede ser colocado, de nuevo, en un estadio resultado del azar o de la coyuntura, como ya había sido atacado previamente por Rousseau, sino que debe anclarse en la ley de la necesidad que prescribía que formaba parte de un movimiento universal orientado hacia la perfección. Además, la presión migratoria de la Inglaterra del siglo XIX asociada a la Revolución industrial genera una transformación radical de las condiciones de vida de una gran parte de la población, y su análisis provoca la necesidad de nuevas teorías sociales adecuadas a la nueva realidad. Consecuentemente, la confianza ilustrada en un progreso ilimitado quedaba muy debilitada, de nuevo, después de los anteriores ataques de Th. R. Malthus, Montesquieu o J.J. Rousseau. El pesimismo que se imponía ante la falta de la pretendida armonía que la Ilustración defendía como resultado directo del progreso humano, llevó al evolucionismo a fundamentar la idea de progreso en la causa contraria, es decir, en la lucha de los intereses individuales.

Esta renovación de la teoría del progreso humano se produce de la mano de Herbert Spencer, que formuló una ley general de la evolución que incluía a toda la realidad, no solo la historia<sup>258</sup>, reforzando la capacidad del ser humano para dominar su entorno y colocarse, de nuevo, en el centro del universo, es decir, reforzando el antropocentrismo alcanzado. La teoría de H. Spencer se suele considerar como un evolucionismo universal que proyecta en el ámbito social el evolucionismo biológico de Ch. Darwin, a pesar de que el núcleo central de su evolucionismo social hubiese sido expuesto antes que el evolucionismo biológico darwinista<sup>259</sup>. De acuerdo con la teoría del evolucionismo postulada por H. Spencer, la sociedad moderna es un organismo que evoluciona para adaptarse a su medio mediante la lucha interior de los individuos que la componen y que permite que sobrevivan los más aptos. Una vez más, la sociedad moderna se autoproclama como meta y fin de la historia, justificando toda la evolución anterior como un progreso continuo. La consecuencia de esta reinterpretación de H.

---

<sup>257</sup> J.M. Naredo, *op. cit.*, p.16.

<sup>258</sup> S. Juliá y A. Martínez, *op. cit.*, p.176.

<sup>259</sup> *Ibid.*, p.175.

Spencer del progreso humano nos sitúa, de nuevo, en la idea de que las sociedades humanas son producto de leyes históricas objetivas, ajenas al ser humano y que permiten desarrollar el autoritarismo moderno. El proceso iniciado en el periodo ilustrado culmina con la eliminación de los antiguos principios de autoridad de origen divino y la instauración de un autoritarismo científico y técnico que nos permiten confirmar el progreso humano ilimitado.

Paralelamente al desarrollo del concepto de progreso, y anteriormente a la configuración del concepto final por parte de H. Spencer, evolucionarán las ideas utilitaristas, cuya sistematización inicial la desarrollará Jeremy Bentham en sus *Principios morales* (1789). El utilitarismo constituirá la base sobre la que se medirá el progreso de la civilización moderna, al postular el placer como medida del éxito del propio progreso<sup>260</sup>. Los utilitaristas asociaban la utilidad a la felicidad o el placer, y este se derivaba del beneficio o perjuicio de las diferentes acciones. La maximización de esta felicidad, o la minimización del dolor, se conseguía maximizando el consumo de bienes<sup>261</sup>. La regla básica indicaba que se debía maximizar la propia satisfacción para el mayor número de personas posibles. Esta tendencia del pensamiento clásico asociará de aquí en adelante la búsqueda de la felicidad del individuo al consumo de los bienes, lo que, además, se asociaría a la menor intervención externa posible que obstaculizará al individuo para maximizar su consumo.

## 2. LA EVOLUCIÓN HISTÓRICA DE LA CIENCIA ECONÓMICA

De acuerdo al desarrollo económico, social y cultural planteado, el avance hacia la modernidad se inicia con la conformación de una nueva relación mercantil de intercambio entre los nacientes Estados Modernos que comienza a lo largo del siglo XV y se consolida en el periodo comprendido entre el siglo XVI y mediados del siglo XVIII. Este proceso de avance hacia la modernidad se caracteriza por un ascenso de la

---

<sup>260</sup> G. Reale y D. Antiseri, *Historia del pensamiento filosófico y científico. II. Del Humanismo a Kant*, Barcelona: Herder, 2004, p.286, y J.A. Schumpeter, *Síntesis de la evolución de la ciencia económica y sus métodos*, Barcelona: Oikos-Tau, 1967, p. 33.

<sup>261</sup> J.K. Galbraith, *op. cit.*, p.132.

actividad mercantil que, sin embargo, no puede considerarse como un sistema económico, sino más bien, un proceso de consolidación del dominio de una vanguardia burguesa en ascenso<sup>262</sup>. El proceso económico asociado al mercantilismo, por tanto, no era un proceso sistematizado, es decir, no se correspondía con un sistema económico que se desarrollaba en base a unos parámetros definidos, sino que era una realidad impulsada por un grupo de mercaderes, de burgueses que en la última época del feudalismo habían ido conquistando cierta posición económica dentro de las ciudades que les permitía, en esta nueva situación, detentar un poder político importante, de tal forma que el Estado intervenía decididamente en los intercambios comerciales a favor de sus intereses. Desde un punto de vista analítico, la única aportación reseñable de la época fue un esbozo de la teoría cuantitativa del dinero que, posteriormente, David Hume formularía y que afirmaba que, «dado cierto volumen de intercambio, los precios varían en proporción directa con la oferta de dinero»<sup>263</sup>. Esta teoría estaba estrechamente relacionada, como es lógico, con la gran afluencia de metales preciosos y, consecuentemente, de moneda que se registró durante el siglo XVI como contrapartida a los intercambios con América, y que influiría decididamente en el crecimiento de los precios hasta mediados del siglo XVII.

Sin embargo, uno de los ataques fundamentales que, posteriormente, se dirigieron contra esta visión mercantilista de la economía se basaba en esta misma afluencia de metales preciosos, que impulsó el que su atesoramiento, es decir, el atesoramiento del propio dinero se considerase una virtud<sup>264</sup> y fuese moralmente aceptable, en contra de lo que posteriormente postularía la economía clásica. El metal precioso ejercía tal influjo sobre la operativa económica en la época, que se convirtió en el foco de atención de las políticas económicas de los Estados Modernos y su posesión e incremento el objetivo primordial. En última instancia, el mercantilismo refleja la

---

<sup>262</sup> *Ibid.*, p.43.

<sup>263</sup> *Ibid.*, p.46.

<sup>264</sup> Para realzar esta modificación en el concepto del atesoramiento de la riqueza y su transición hacia la virtud moral, J.A. Schumpeter afirma sobre la época mercantilista que «consideraron excelente para la nación, igual que para los individuos, el tener dinero, y así lo afirmaron, sin darle más vueltas», véase J.A. Schumpeter, *Historia del análisis económico*, Barcelona: Ariel, 1971, p.395.

ruptura que se estaba produciendo a nivel ético<sup>265</sup> con las etapas históricas anteriores, puesto que refleja un distanciamiento de la consideración negativa de la escolástica sobre el mundo terrenal y la corrupción que acompaña toda relación económica. La defensa de la acumulación de riqueza<sup>266</sup> supone un hito en la transformación gradual del imaginario social de la época que, posteriormente, se vería reforzado, aunque de una forma indirecta, con la influencia de la Reforma protestante. Además de una transformación en la percepción del interés sobre el dinero y en el concepto del justo precio, una aportación fundamental en este periodo fue la intervención estatal para reducir la competencia en las actividades comerciales y favorecer a la élite de mercaderes que ejercían el poder político en los nuevos Estados Modernos. La posterior reacción contra la etapa mercantilista atacaría, consecuentemente, su pilar fundamental, la reducción de la competencia y el impulso del monopolismo, que fueron relevados por el concepto de competencia sin límites en el mercado.

En este contexto, el progresivo desarrollo del mercado internacional y las transacciones entre mercados cada vez más distantes fueron los catalizadores del proceso de creación de la gran empresa moderna, o la empresa por acciones. En otras palabras, las grandes oportunidades de explotación de las riquezas de las colonias americanas<sup>267</sup> exigían proyectos de envergadura capaces de sacar el máximo rendimiento de las mismas, y que se traducían en la asociación de un gran número de mercaderes más pequeños capaces, mediante su unión, de generar un ente con una potencialidad muy superior para aprovechar dichas oportunidades<sup>268</sup>. A este respecto, J.A. Schumpeter añade que el origen de la empresa moderna oél la denomina capitalista-se sitúa a partir del siglo XIII y que, progresivamente, atacaría las instituciones sociales que protegían y encadenaban al agricultor y al artesano, es decir, alteraría

---

<sup>265</sup> Observa J.A. Schumpeter que el esquema de valores de la vida pública y privada se va transformando dentro de la sociedad y concluye con la aparición del intelectual laico y la ciencia laica, véase J.A. Schumpeter, *Historia del análisis económico*, Barcelona: Ariel, 1971, p.117.

<sup>266</sup> En este contexto, el objetivo dominante de la mentalidad mercantil era la acumulación de riqueza pecuniaria, constituida por el oro y plata que aflúan desde fuentes americanas, y que se convirtió en el objetivo principal de la política pública, véase J.K. Galbraith, *Historia de la Economía*, Barcelona: Ariel, 1989, p.51.

<sup>267</sup> A este respecto observa J.A. Schumpeter que en aquella época «el comercio se asociaba con la colonización, la explotación descarada de las colonias fundadas [í ]», véase J.A. Schumpeter, *Historia del análisis económico*, Barcelona: Ariel, 1971, p.390.

<sup>268</sup> J.K. Galbraith, *op. cit.*, pp.54-55.

definitivamente las condiciones en las que se operaba económicamente<sup>269</sup>. En este mismo sentido opera el concepto de balanza comercial favorable, es decir, el potenciar las exportaciones frente a las importaciones, que permitían la afluencia de los metales preciosos y, por tanto, del dinero hacia las manos de los mercaderes de la época. Este concepto se basa en una visión de la economía que se mantendría en épocas posteriores y que la considera como un juego de suma cero, es decir, un campo de acción en el que si un jugador gana lo hace a costa de otro jugador que pierde<sup>270</sup>.

En conclusión, la época mercantilista puede ser considerada como un estadio en el que se desarrolla una teoría general del comercio internacional, pero no una sistematización de la economía como una ciencia. En paralelo a la teoría cuantitativa del dinero o del mecanismo automático de los metales preciosos se desarrolló un mecanismo automático de los movimientos de mercancías y una teoría general del comercio internacional<sup>271</sup>. Este mecanismo automático tendía a reflejar la creencia de que «las mercancías tienden a buscar el mercado más ventajoso»<sup>272</sup> o, en otras palabras, que el beneficio previsto en una transacción comercial tiende a regular dicha actividad comercial, es decir, la aleja del caos.

Una vez planteados los hitos que consideramos importantes en el contexto ideológico de la época en la que comienza a configurarse la ciencia económica, por su influencia en la fijación de las ideas dominantes, abordaremos las fases que consideramos fundamentales en su desarrollo, de acuerdo con sus aportaciones a las categorías económicas que rigen en la actualidad, y que nos ayudarán a comprender la realidad de nuestras sociedades actuales. En este sentido, intentaremos analizar las diferentes características del desarrollo de las ideas económicas en conexión con el desarrollo paralelo de las ideas sociales y culturales, es decir, asumiremos que, como afirma John K. Galbraith, «las ideas económicas siempre son producto de su época y lugar; no se las puede ver al margen del mundo que interpretan»<sup>273</sup>, y que «lo que

---

<sup>269</sup> J.A. Schumpeter, *Historia del análisis económico*, Barcelona: Ariel, 1971, p.115.

<sup>270</sup> Esta formulación de la balanza comercial como elemento fundamental para interpretar el crecimiento de un Estado nacional se basa, fundamentalmente, en una falacia de composición que opera trasladando al nivel de los intercambios entre Estados el funcionamiento de los intercambios individuales, al respecto véase J.A. Schumpeter, *Historia del análisis económico*, Barcelona: Ariel, 1971, p.412.

<sup>271</sup> *Ibid.*, p.420.

<sup>272</sup> *Ibid.*, p.421.

<sup>273</sup> J.K. Galbraith, *op. cit.*, p.11.

actualmente creemos en materia económica tiene raíces profundas en la historia»<sup>274</sup>. En este mismo sentido se pronunciaba J.A. Schumpeter cuando afirmaba que «el análisis científico es más bien una pugna constante con producciones nuestras y de nuestros predecesores, y solo òprograsaö [í ] no según los dictados de la lógica, sino bajo el imperio de nuevas ideas, o nuevas necesidades o nuevas observaciones»<sup>275</sup>.

En este recorrido histórico que realizaremos dentro de la esfera de lo económico, nos basaremos en la interpretación que nos propone J.M. Naredo en su obra *La economía en evolución*, que determina cuatro hitos fundamentales en la historia de la economía: la escuela fisiocrática, la etapa clásica, la *revolución* neoclásica, y la consolidación postkeynesiana<sup>276</sup>. En cada una de estas etapas observamos la influencia de una determinada configuración de ideas que, posteriormente, nos permitirá analizar la evolución de los conceptos económicos que consideramos fundamentales y que, en la actualidad, constituyen las categorías económicas con las que se rige el sistema<sup>277</sup>. En síntesis, la escuela fisiocrática podemos considerarla como una reacción francesa a las tensiones generadas por la incipiente Revolución industrial y al mercantilismo, y que desplazaría el protagonismo desde la agricultura hacia la industria. Ante este hecho, los fisiócratas recuperan el valor de la Tierra y, basándose en las concepciones organicistas de la escolástica que todavía eran residuales, situaron la producción de toda la riqueza en ésta, no admitiendo la capacidad del comercio para generar ningún valor. Paralelamente a estos desarrollos, en la cuna de la Revolución industrial se gesta una de las obras capitales para el establecimiento de la ciencia económica, *An inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations* (1776) de A. Smith. Su autor, y el resto de autores dentro de esta etapa clásica, se hallan bajo la influencia de los cambios sociales propios de la Revolución industrial, y los cambios ideológicos impulsados por la Reforma, la Revolución científica y la Ilustración, que postulaban una ciencia mecanicista que se debía proyectar al ámbito social, un radical individualismo, un

---

<sup>274</sup> *Ibid.*, p.15.

<sup>275</sup> J.A. Schumpeter, *Historia del análisis económico*, Barcelona: Ariel, 1971, p.38.

<sup>276</sup> Este mismo esquema puede seguirse en J.K. Galbraith, *Historia de la economía*, Barcelona: Ariel, 1989, si bien en este caso se introducen una serie de escuelas críticas sobre el periodo clásico. Asimismo, el esquema establecido en J.A. Schumpeter, *Síntesis de la evolución de la ciencia económica y sus métodos*, Barcelona: Oikos-Tau, 1967, es similar, sin llegar a la consolidación postkeynesiana, por razones obvias.

<sup>277</sup> J.K. Galbraith, *op. cit.*, p.13.



meridiano antropocentrismo, y los primeros desarrollos de la idea de progreso, así como el contexto en el que, posteriormente, se desarrollará el utilitarismo. Ante las diversas crisis y tensiones sociales que generará la propia Revolución industrial, surge y se desarrolla la etapa neoclásica que, basándose en su teoría de la utilidad marginal, postula una renovación de las ideas clásicas, su sistematización, y el reforzamiento del capitalismo. Esta tendencia hacia un capitalismo cada vez más poderoso puede estar en la raíz de una crisis en la propia evolución económica que nos lleve a la catástrofe social del primer tercio del siglo XX. La respuesta ante esta crisis nos conduce a la teoría keynesiana, que se centrará en superar la falsación empírica que se había producido del equilibrio económico clásico, aunque dentro del paradigma establecido y asentado en las etapas anteriores, sin pretensión de superar las categorías ya fijadas, sino, más bien, utilizando esas mismas categorías con otros objetivos finales.

La historia de la economía se puede articular atendiendo a otras clasificaciones en lo referente a escuelas o teorías económicas imperantes en cada área geográfica y momento histórico, que incluyen el pensamiento escolástico, el mercantilismo, el cameralismo y el liberalismo antes de la fisiocracia, tres escuelas que se desarrollan de forma paralela después de la etapa clásica: el historicismo, el socialismo y el marginalismo (ésta última es la que nosotros asociaremos al neoclasicismo), el institucionalismo que precedió al keynesianismo, y el propio neoliberalismo en la época actual y posterior al keynesianismo<sup>278</sup>. No obstante, el propio J.K. Galbraith afirma que, antes de la época fisiocrática, ni tan siquiera el mercantilismo, como hemos comentado, puede considerarse como un intento de sistematización de la esfera económica, sino más bien como una «amplia corriente de medidas de política económica»<sup>279</sup>. Y en el caso del historicismo o el socialismo tampoco observa una aportación fundamentalmente diferente a la ya establecida y fijada en la etapa clásica, sino más bien una crítica dentro de los parámetros establecidos en las categorías clásicas. En lo referente a épocas anteriores al mercantilismo, no cabe duda que en la época clásica la economía era una dimensión más de la sociedad, pero totalmente dependiente de otras esferas sociales<sup>280</sup>,

---

<sup>278</sup> J.A. Sanz Serrano, *Esquemas de Historia del pensamiento económico*, Sevilla: Universidad de Sevilla, 2006, p.12, para un esquema sencillo y clarificador de las diferentes escuelas del pensamiento económico.

<sup>279</sup> J.K. Galbraith, *op. cit.*, p.43.

<sup>280</sup> J.A. Schumpeter, *Historia del análisis económico*, Barcelona: Ariel, 1971, p.89.

puesto que el objetivo fundamental era la subsistencia en base a la agricultura<sup>281</sup>, y «la unidad de producción era el hogar y la fuerza de trabajo eran los esclavos»<sup>282</sup>. En otras palabras, J.A. Schumpeter afirma que «los griegos fundan sus razonamientos económicos con su filosofía general del estado y de la sociedad, y pocas veces trataron sustantivamente un tema de economía»<sup>283</sup>. Posteriormente, la escolástica impulsó la separación de la economía de la vida terrenal al adoptar la visión agustiniana de la corrupción terrenal asociada a cualquier actividad pecuniaria, por lo que las mismas quedaban relegadas dentro de la escala moral de la sociedad.

En consecuencia, nuestro recorrido se iniciará a comienzos del siglo XVIII, dando por concluida la etapa mercantilista que sucedió a la escolástica, en el que la conjunción de Revolución científica y espíritu ilustrado comenzaba a cimentar la Revolución industrial en toda Europa, y en la que las tensiones sociales que estos movimientos generan conducirán a sistematizar las ideas económicas, es decir, a plantear el desarrollo de una esfera teórica sobre economía separada de la vida económica propiamente dicha. En este momento, de la mano de los economistas franceses, situaremos la utilización de la palabra *economía* con el significado que le atribuimos en la actualidad<sup>284</sup>.

## **2.1. LA ESCUELA FISIOCRÁTICA: UNA REACCIÓN ANTE LA REVOLUCIÓN INDUSTRIAL**

El mercantilismo se había revelado como una superación de la vinculación ética con lo económico, propia de la etapa escolástica, y de la visión negativa del comercio. Este desarrollo del intercambio de mercancías se traducía en el impulso de una nueva mentalidad, desconocida hasta esa época, que premiaba la acumulación de riqueza como objetivo primordial del individuo, y esta riqueza se acumulaba en oro y plata. El mercantilismo se considera superado con la irrupción de la Revolución industrial, que

<sup>281</sup> En este sentido, J.K. Galbraith observa que Aristóteles «atribuyó gran superioridad moral a la economía agraria, opinión que hallaría fuerte eco en los economistas franceses del siglo XVIII», véase J.K. Galbraith, *Historia de la Economía*, Barcelona: Ariel, 1989, pp.23-24.

<sup>282</sup> J.K. Galbraith, *op. cit.*, p.19. Añade al respecto, más adelante, que las economías clásicas «no eran en modo alguno economías de bienes de consumo», véase p.20.

<sup>283</sup> J.A. Schumpeter, *Historia del análisis económico*, Barcelona: Ariel, 1971, pp.89-90.

<sup>284</sup> J.M. Naredo, *Raíces económicas del deterioro ecológico y social*, Madrid: Siglo XXI, 2010, p.4.

desplazará el interés fundamental del comercio hacia la industria y los procesos de producción de bienes, pero sin olvidar que el problema fundamental del mercantilismo era que la actividad de los nacientes Estados Modernos estaba orientada a favorecer los intereses de una cierta élite de mercaderes, con las tensiones sociales que dicho proceso genera. En esta época, de importantes cambios y tensiones sociales, en Francia la agricultura mantenía una importancia relevante<sup>285</sup>, en contraposición con la situación en Inglaterra, donde, debido a ciertas características particulares, el desarrollo industrial fue más acusado. En la segunda mitad del siglo XVIII la fortaleza del sector agrícola francés impulsó la vinculación de la creación de riqueza a la agricultura<sup>286</sup>. Esta asociación entre la esfera física y la esfera económica es la que da lugar al término de fisiocracia, y denota el impulso original de esta tendencia del pensamiento económico. Entre los autores de esta corriente destacan François Quesnay (1694-1774), Jacques Turgot (1727-1781) y Pierre Samuel du Pont du Neumours (1738-1817)<sup>287</sup>. Estos autores intentaron sistematizar por primera vez el pensamiento económico de su época, dotando de especial importancia al factor Tierra como generador de riqueza, pero con el fin de «conservar, mediante reformas, una antigua sociedad en la que los propietarios rurales gozaban de superioridad social y privilegios [í ] y rechazar las pretensiones e intromisiones del capital mercantil y las rebeldes, crudas y vulgares fuerzas industriales»<sup>288</sup>. No en vano, la etapa mercantilista había exigido una notable

---

<sup>285</sup> En este sentido se expresa J.K. Galbraith cuando observa que «Francia había conservado un fuerte interés en la agricultura» y que «el gobierno francés se había sometido menos que los de otros países a los intereses y políticas del mercantilismo», véase J.K. Galbraith, *Historia de la Economía*, Barcelona: Ariel, 1989, p.59. No obstante, I. Wallerstein parece disentir cuando afirma, en referencia a los problemas económicos de mediados del siglo XVII, que «enfrentadas al mismo problema de la contracción a nivel mundial, Francia e Inglaterra tuvieron ambas reacciones mercantilistas», véase I. Wallerstein, *El moderno sistema mundial. II. El mercantilismo y la consolidación de la economía-mundo europea, 1600-1750*, Mexico D.F.: Siglo XXI, 1984, p.143. Sin embargo, sí que puede explicarse esta diferente tendencia entre ambas potencias si atendemos a que el mercado interior francés absorbía más productos que el inglés, por lo que no necesitó volcarse tanto al mercado exterior. Además, observa el autor norteamericano que en Francia «las fuerzas de la centralización y las fuerzas de la iniciativa capitalista no estaban geográficamente coordinadas, como en Inglaterra», y se refiere al viejo dicho de que «el comercio es incompatible con el absolutismo porque el comerciante podía eclipsar al Rey Soló», véase I. Wallerstein, *El moderno sistema mundial. II. El mercantilismo y la consolidación de la economía-mundo europea, 1600-1750*, Mexico D.F.: Siglo XXI, 1984, pp.171-173.

<sup>286</sup> J.M. Naredo, *Raíces económicas del deterioro ecológico y social*, Madrid: Siglo XXI, 2010, p.61

<sup>287</sup> J.A. Schumpeter, *Síntesis de la evolución de la ciencia económica y sus métodos*, Barcelona: Oikos-Tau, 1967, pp.55-57, al referirse a la escuela fisiocrática destaca también a otros autores no citados por J.K. Galbraith, y comenta una cierta separación de J. Turgot respecto de la ortodoxia fisiocrática. Asimismo en J.A. Schumpeter, *Historia del análisis económico*, Barcelona: Ariel, 1971, p.267.

<sup>288</sup> J.K. Galbraith, *op. cit.*, p.63.

intervención estatal en la economía para cumplir sus objetivos, especialmente en favor de una clase de mercaderes asociados al surgimiento y ascenso de las ciudades. Por ello, la característica fundamental de este movimiento de reacción era la hostilidad hacia todo tipo de privilegios y monopolios que había implantado la etapa mercantilista<sup>289</sup>.

En el capítulo ideológico hay que recordar que, en ésta época, el desarrollo de la ciencia moderna y el movimiento ilustrado habían postulado ya a la razón como elemento fundamental para superar las restricciones que los dogmas metafísicos imponían al desarrollo de la sociedad. El progreso que postulaba la Ilustración se apoyaba sobre el desarrollo de una ciencia de corte mecanicista y que impulsaba un método analítico de la realidad, provocando un cierto aislamiento de otras disciplinas científicas. Además, esta idea de progreso se sustentaba todavía en la posibilidad de una armonía natural entre los distintos elementos de la realidad. Sin embargo, la escuela fisiocrática no adopta todavía el carácter analítico del método cartesiano, sino que hereda la visión organicista del periodo escolástico que dota a los diferentes elementos de la realidad de sentido en función de su pertenencia al todo. El organicismo y el orden natural de la realidad nos llevan a determinar tres características fundamentales de la escuela fisiocrática: 1) la creencia en la posibilidad de alcanzar la armonía de los intereses sociales; 2) la necesidad de una libertad económica basada en un *laissez faire* coherente con el orden natural existente; y 3) un sistema asociado de libre competencia<sup>290</sup>. En este sentido se expresa J.A. Schumpeter cuando afirma que «las teorías de Quesnay acerca del estado y de la sociedad son meras reformulaciones de doctrina escolástica»<sup>291</sup>, puesto que asociará el orden natural que defendían los fisiócratas con el ideal de la naturaleza humana y lo considerará revelado por la razón humana, completando el proceso que se había abierto en el ocaso de la escolástica y que separaba razón y teología.

En este contexto, el principio fundamental que guiará el desarrollo de la teoría fisiocrática será de corte utilitarista, puesto que, como observa J.A. Schumpeter, F. Quesnay defendía la obtención de la mayor satisfacción posible con el menor esfuerzo de trabajo o, en otras palabras, «que la satisfacción máxima de las necesidades para

---

<sup>289</sup> J.A. Schumpeter, *Historia del análisis económico*, , Barcelona: Ariel, 1971, p.274.

<sup>290</sup> J.K. Galbraith, *op. cit.*, p.64.

<sup>291</sup> J.A. Schumpeter, *Historia del análisis económico*, Barcelona: Ariel, 1971, p.272.

todos los miembros de la sociedad globalmente considerados se obtendrá si, en condiciones de competencia perfecta, cada cual puede actuar libremente según su interés individual»<sup>292</sup>. Lógicamente, su proyección social del interés individual pecaba del típico error de la falacia de la composición, puesto que consideraba que lo que era evidente para cada individuo se podría aplicar al conjunto de igual manera, alcanzando una armonía general entre los intereses individuales. No obstante, con esta base, y en respuesta al mercantilismo y la Revolución industrial incipiente, los fisiócratas introdujeron su análisis del circuito económico fijando la idea de una «interdependencia general»<sup>293</sup> entre los diferentes aspectos del ciclo, y tres conceptos fundamentales dentro del pensamiento económico: Producción, Consumo y Crecimiento<sup>294</sup>. La producción en la escuela fisiocrática queda ligada a la generación de un «producto neto» atribuido, exclusivamente, a la agricultura<sup>295</sup>, puesto que la manufactura y el comercio de bienes no aporta ningún valor a los mismos, dado que los «precios debían de responder a los costes de producción»<sup>296</sup>. El proceso productivo se limitará a colaborar con la Tierra para generar esta riqueza y facilitar su consumo, lo que nos permitiría cerrar el ciclo económico<sup>297</sup>. El consumo de los bienes producidos por la Tierra nos lleva a un crecimiento, y éste crecimiento, asociado al entorno físico, nos llevaría a una expansión ilimitada de la propia Tierra<sup>298</sup>. Este elemento, por tanto, queda constituido como el factor limitativo de la producción de riqueza, por lo que ésta será, a su vez, renovable e ilimitada. El proceso económico fisiocrático queda reflejado en la *Tableau Économique* de F. Quesnay, un modelo que describía cómo circulaban los bienes desde la producción agrícola a los propietarios de las tierras, de éstos a los comerciantes y manufactureros, y cómo el flujo de dinero retornaba de nuevo al productor agrícola,

---

<sup>292</sup> *Ibid.*, p.277.

<sup>293</sup> J.A. Schumpeter, *Síntesis de la evolución de la ciencia económica y sus métodos*, Barcelona: Oikos-Tau, 1967, p.54.

<sup>294</sup> J.M. Naredo, *Raíces económicas del deterioro ecológico y social*, Madrid: Siglo XXI, 2010, p.4.

<sup>295</sup> Este principio es anticipado por Cantillon, de acuerdo a la interpretación de J.A. Schumpeter, que le atribuye la opinión de que «todas las clases de la sociedad y todos los hombres del estado subsisten o se enriquecen a costa de los propietarios de la tierra», véase J.A. Schumpeter, *Historia del análisis económico*, Barcelona: Ariel, 1971, p.264.

<sup>296</sup> J.K. Galbraith, *op. cit.*, p.67.

<sup>297</sup> En este mismo sentido se expresa William J. Barber cuando afirma que los fisiócratas consideraban «la producción fabril de ñestérilö [...] reservando el término de ñproductivaö para la actividad agrícola», W.J. Barber, *Historia del pensamiento económico*, Madrid: Alianza, 1974, p.21.

<sup>298</sup> J.M. Naredo, *Raíces económicas del deterioro ecológico y social*, Madrid: Siglo XXI, 2010, p.5, y J.A. Schumpeter, *Síntesis de la evolución de la ciencia económica y sus métodos*, Barcelona: Oikos-Tau, 1967, p.63.

puesto que se asumía que todo individuo utilizaba de forma completa su renta<sup>299</sup>. De esta forma se asociaba cada actividad económica a una compensación por la misma, lo que las conectaba y hacía depender del resto de actividades, quedando como legado para las escuelas posteriores<sup>300</sup>. Este esquema analítico abría posibilidades a la teoría numérica para el estudio de los valores del producto anual y otro tipo de magnitudes agregadas que la ciencia económica desarrollará más adelante, siendo un factor precursor de la econometría.

En conclusión, la escuela fisiocrática representa un primer intento de formalización del sistema económico, previo a la sistematización por antonomasia de la etapa clásica, fijando los conceptos básicos que se desarrollarán y completarán en las etapas posteriores. El surgimiento de esta escuela puede ser interpretado como un rechazo de las novedades sociales que la Revolución industrial introduciría<sup>301</sup>, por lo que se mantiene anclada en cierta visión previa a todo el desarrollo ideológico que generará los cambios en la etapa clásica. Su visión del mundo es organicista, en contraposición a la visión analítica de la modernidad; aceptan un orden natural<sup>302</sup> existente en la realidad, que marcará el desarrollo de su sistema y promoverá la no intromisión dentro del proceso económico porque éste debe tender a este orden natural; y vinculan lo económico con el mundo físico, estableciendo un paralelismo entre los principios económicos y las leyes físicas, además de situar en la Tierra el factor limitativo del crecimiento económico. En cierto sentido, la etapa fisiocrática puede interpretarse como una prolongación de ciertas doctrinas escolásticas que se revelan ante la preponderancia de los privilegios propios del mercantilismo y la amenaza de transformación social asociada a la industrialización. La particular situación de Francia en esta época permite que, a partir de precursores, como Boisguillebert y Cantillon<sup>303</sup>, se introdujesen las bases de este primer intento de sistematizar la esfera de

---

<sup>299</sup> J.A. Schumpeter, *Historia del análisis económico*, Barcelona: Ariel, 1971, p.279.

<sup>300</sup> J.A. Sanz Serrano, *op. cit.*, p.101. Asimismo, véase J.A. Schumpeter, *Historia del análisis económico*, Barcelona: Ariel, 1971, p.286.

<sup>301</sup> J.K. Galbraith, *op. cit.*, p.63.

<sup>302</sup> J.K. Galbraith, *op. cit.*, p.64, y J.A. Schumpeter, *Síntesis de la evolución de la ciencia económica y sus métodos*, Barcelona: Oikos-Tau, 1967, p.58, en la que se afirma que los fisiócratas «pretenden una ordenación de las cosas considerada, de una vez para todas, como un ideal que intentaron sancionar por todos los medios posibles y en particular, por una sanción divina: se trata de su Orden Natural.».

<sup>303</sup> De hecho se le atribuye a Cantillon el haber conectado los sectores económicos al estilo de la *tableau économique*, véase J.A. Schumpeter, *Historia del análisis económico*, Barcelona: Ariel, 1971, p.266.

lo económico en base a los principios que estos ya habían adelantado: la preponderancia de los intereses agrarios, un *laissez-faire* derivado del derecho natural, la interdependencia de las magnitudes económicas, y una visión focalizada desde el punto de vista del consumo<sup>304</sup>.

## 2.2. LA ECONOMÍA POLÍTICA Y LOS CONCEPTOS BÁSICOS DE LA NUEVA CIENCIA

La etapa clásica del desarrollo de la ciencia económica se considera inaugurada con la publicación de la obra de A. Smith, *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations* (1776)<sup>305</sup>. En esta época, la conexión entre la Revolución científica y la Ilustración ya había impulsado la Revolución industrial en el Reino Unido, por lo que A. Smith estuvo fuertemente influenciado en su pensamiento por «la forma en que el trabajo estaba dividido de modo que cada trabajador era un experto en una minúscula parte de todo el proceso»<sup>306</sup>. Sin embargo, este proceso de división del trabajo era una característica de la creación del mercado mundial, como ha observado I. Wallerstein<sup>307</sup>, producto, por tanto, de la etapa mercantilista, y del que A. Smith fue consciente, según observa William J. Barber<sup>308</sup>, puesto que le atribuye al autor escocés la conexión entre la profundización de esta especialización y la extensión del mercado, asociando una expansión del mercado a una mayor división del trabajo y a un incremento del interés general, dado que esta especialización continua del trabajo explicaba, en su opinión, la gran eficiencia de todo el proceso industrial<sup>309</sup>.

Además de la influencia del desarrollo de la Revolución industrial, hay que señalar que en esta época el individualismo incipiente en la época de la Reforma estaba ya profundamente instituido en la sociedad, el mecanicismo científico había desplazado la visión organicista que destacábamos en la escuela fisiocrática, permitiendo un

---

<sup>304</sup> J.A. Schumpeter, *Historia del análisis económico*, Barcelona: Ariel, 1971, p.259.

<sup>305</sup> J.K. Galbraith, *op. cit.*, p.72 y J.A. Schumpeter, J.A. Schumpeter, *Síntesis de la evolución de la ciencia económica y sus métodos*, Barcelona: Oikos-Tau, 1967, p.79.

<sup>306</sup> J.K. Galbraith, *op. cit.*, p.73.

<sup>307</sup> Para un análisis profundo de la nueva división el trabajo que se establece en Europa a finales de la Edad Media y como preparación a la época industrial véase I. Wallerstein, *El moderno sistema mundial. I. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI*, Mexico D.F.: Siglo XXI, 1987, pp.93-182.

<sup>308</sup> W.J. Barber, *Historia del pensamiento económico*, Madrid: Alianza, 1974, p.29.

<sup>309</sup> M. Weber, *op. cit.*, pp.92-122.

análisis parcelado de la realidad<sup>310</sup>, y la idea de progreso como una armonía de intereses sociales era también una idea asentada en el imaginario político, como herencia del orden natural de la realidad que preconizaban escuelas anteriores. Este concepto, el de la existencia de un orden natural en la sociedad, es el elemento común que conecta la escuela clásica con la etapa fisiocrática y la última etapa de la escolástica. En este sentido se expresó A. Smith en una obra anterior, *The Theory of Moral Sentiments* (1759), en la que trata de «formular el carácter de un "orden natural " de la sociedad»<sup>311</sup>. Esta concepción de una armonía social natural alcanzable mediante el libre desarrollo del individuo se convirtió, en manos de los economistas clásicos, en un instrumento con el que contrarrestar el intervencionismo estatal en la economía propio del mercantilismo.

Además, la visión económica de la etapa clásica queda determinada, principalmente por el interés en el proceso de crecimiento económico en un horizonte de largo plazo, y la relación que la distribución de la renta dentro de la sociedad pueda establecer con su potencial de crecimiento futuro. Este proceso de crecimiento se asociaba a un mayor nivel de producción que tendría como consecuencia fundamental la reducción de la miseria, aumentada por la correcta articulación de una distribución de la renta. Por tanto, a su horizonte a largo plazo se asociaba su focalización en aspectos que podríamos considerar microeconómicos.

### ***La estructura básica de Adam Smith***

Con esta influencia ideológica no es extraño que A. Smith tomase el interés individual como máxima que rige el comportamiento humano y que, a semejanza de la física clásica newtoniana dominada por la ley de la gravedad, la coordinación de los intereses individuales condujese al mayor beneficio de la sociedad mediante una especie de mecanismo indescriptible, a distancia e invisible. Lógicamente, este mecanismo implica que la libre competencia entre los individuos, a nivel económico, garantizará el funcionamiento óptimo del sistema económico. De aquí surgirá el primer esbozo de la idea de un «mercado abstracto» que, además, impulsará la finalización de la inversión

---

<sup>310</sup> J.M. Naredo, *La economía en evolución*, Madrid: Siglo XXI, 2003, pp.18-24.

<sup>311</sup> W.J. Barber, *op. cit.*, pp.27-28.



moral ya iniciada en la época del mercantilismo, y que eliminaba cualquier tipo de «duda moral» sobre el individuo que perseguía su propio interés, que en este caso se asociaba con el enriquecimiento propio<sup>312</sup>. En otras palabras, la sistematización de la economía en la etapa clásica se produce como una reacción frente al mercantilismo de índole similar a la emprendida por los fisiócratas, pero en un contexto en el que la agricultura no conserva una posición de tanta fortaleza y se ve desplazada por el empuje de la industria. Por tanto, la respuesta en la otra potencia de la economía-mundo que se había gestado durante el ocaso de la época medieval mantuvo la idea de un orden natural derivado del ocaso escolástico y que aseguraba una armonía de intereses individuales, pero cedía ante el impulso de la ciencia y la Revolución industrial sustituyendo el organicismo anterior por una visión analítica de la realidad, y la Tierra como único factor de generación de la riqueza por una industria pujante.

Las etapas mercantilista y fisiocrática habían sido las precursoras de una transición en la preocupación económica hacia la generación y distribución de un excedente económico, que se vio completada en la etapa clásica con una modificación en su interpretación. Los fisiócratas habían establecido el carrusel *producción-consumo-crecimiento*, a partir del cual influenciaron a los economistas posteriores para elaborar diferentes teorías del crecimiento económico. En esta misma línea se desarrolla la obra de A. Smith, en un intento de elaborar la teoría clásica del crecimiento a partir de una concepción básica en su visión del proceso producción y derivada del incipiente desarrollo industrial de su época: la división del trabajo. Este concepto asociado a la creación de un mercado mundial en la etapa mercantilista se desplegaba, en la obra de A. Smith, hacia una especialización del trabajo personal, así como a la separación entre un trabajo productivo y otro no productivo. Este aspecto de la división del trabajo es clave en su concepción de la creación de riqueza y el crecimiento derivado, puesto que esta se asociaba a la producción de objetos tangibles que pudieran ser acumulados, mientras que el segundo se asociaba con la generación de un excedente correspondiente que pudiese ser reinvertido. En última instancia, lo que A. Smith configura es un nuevo concepto de riqueza que se desliza de la producción agrícola de la etapa fisiocrática

---

<sup>312</sup> J.M. Naredo, *La economía en evolución*, Madrid: Siglo XXI, 2003, pp.59-64, y J.K. Galbraith, *op. cit.*, p.78.

hacia la producción industrial, asociando el potencial crecimiento del producto social a la reinversión del excedente generado.

En este punto de su análisis adquiere importancia la reflexión sobre el valor del producto social, de las mercancías tangibles o productos de capital que se producen. Para analizar el valor económico, A. Smith propuso tres etapas diferenciadas: 1) identificación de la medida real del valor; 2) aislamiento de sus componentes; y 3) análisis de los factores que hacían divergir al precio de mercado del precio natural<sup>313</sup>. Este último factor es fundamental en su desarrollo, puesto que del mismo se deriva la paradoja que se da en muchos de ellos, en los que el precio es muy bajo, a pesar de resultar básico para la supervivencia humana, mientras que el de otros es muy alto, a pesar de ser meramente superfluos. La explicación de esta paradoja la articula en base al concepto de valor del bien, a su medida real, que separa en dos componentes, el valor de uso y el valor de cambio. El autor escocés, realmente, no profundiza en el primero de estos componentes, sino que se centra en el valor de cambio, que asocia a la cantidad de trabajo por la cual puede ser cambiada, es decir, concluye que «el trabajo era "la medida del valor"»<sup>314</sup>.

Esta asociación le lleva a enunciar la teoría del trabajo-valor, uno de los aspectos que se desarrollaría durante toda la etapa clásica, y a consolidar uno de los cambios conceptuales más importantes de esta etapa, y que ya hemos comentado, la superación de la noción de Tierra como factor limitativo de la generación de riqueza y su traslación al factor Trabajo. El valor de los productos queda determinado por el trabajo que contienen, por lo que este factor debe ser el primordial dentro del sistema económico. Sin embargo, la relación que establece entre el valor y el trabajo puede ser interpretada de formas divergentes. En primer lugar, la teoría del trabajo-valor puede asociar el valor de un bien sobre la cantidad de trabajo que se necesita para producirlo. Pero, al considerar sociedades complejas, en las que ya se ha producido una acumulación de capital y, por tanto, en la que se ha incorporado y acumulado trabajo en bienes necesarios para producir otros bienes, el valor del bien ya no puede medirse por una medida tan simple como el trabajo que se necesita para producirlo, sino que hay que

---

<sup>313</sup> W.J. Barber, *op. cit.*, p.31.

<sup>314</sup> *Ibid.*, p.33.

incorporar otros dos factores, la tierra y el capital. Por eso, una segunda acepción de la teoría trabajo-valor sería sustituir el concepto de trabajo incorporado por el de trabajo ordenado<sup>315</sup>. Para desarrollar esta interpretación es necesario atender al concepto de valor o precio natural de un bien que desarrolla A. Smith, y que divide en tres componentes a partir de su concepto de la distribución: salarios del trabajo, rentas de la tierra y beneficios de capital. La evolución de estos tres factores permitirá una tendencia a la convergencia entre el valor del bien y su precio de mercado, es decir, entre el precio natural y el precio real, acercándose a la teoría del equilibrio que, posteriormente, desarrollaría J.B. Say y que dominaría el desarrollo de la economía clásica. No obstante, el propio A. Smith, gran defensor de la expansión del mercado y de la división del trabajo asociada que ya se había puesto de manifiesto en la generación de la economía-mundo desde el siglo XVI, era consciente de que dicha especialización permitiría generar aumentos importantes en la productividad del proceso industrial, generando nuevos beneficios y alterando la relación que se establecía entre los tres componentes del valor. De esta forma se articula una nueva variación de la relación entre el valor y el trabajo, puesto que el avance económico previsible hará que «una unidad del factor trabajo permita disponer de una mayor cantidad de bienes»<sup>316</sup>.

Tal y como hemos expuesto, la teoría del valor y de la distribución son los dos elementos fundamentales de su teoría del crecimiento, un crecimiento que se analizaba como el grado de mejora económica a largo plazo, que era el horizonte de análisis que preocupaba a los economistas clásicos. El crecimiento no se medía únicamente por el volumen de bienes disponible en cada momento, sino que también estaba determinado por el esfuerzo necesario para alcanzar dicho volumen<sup>317</sup>. Y en esta evolución económica era fundamental la acumulación de capital, es decir, la gestión del excedente producido, resultante de la deducción «de la renta bruta todo lo necesario para mantener a la sociedad en su conjunto»<sup>318</sup>, y que puede ser utilizado para seguir produciendo en el futuro. El ritmo de acumulación de capital dependía de los beneficios generados, es decir, de uno de los componentes del valor del bien, y que determinaba la expansión de

---

<sup>315</sup> *Ibid.*, pp.33-34.

<sup>316</sup> *Ibid.*, p.37.

<sup>317</sup> *Ibid.*, p.38.

<sup>318</sup> *Ibid.*, p.47.

la economía. Este proceso implica una de las premisas básicas durante toda la etapa clásica y que determinará la teoría del equilibrio dominante, la inexistencia del atesoramiento, puesto que todo el ahorro que se producía se compensaba con la inversión realizada para seguir con el proceso productivo. Por todo ello, la política económica debía adoptar medidas que promoviesen, por un lado, la división del trabajo que A. Smith asociaba con un constante beneficio social y, en segundo lugar, la acumulación del capital que permitiese el incremento continuado del proceso productivo. De este concepto se deriva la necesidad de reforzar la competencia económica, pues esta impulsaría esta división del trabajo y una adecuada acumulación de capital para reforzar la producción en aquellos aspectos interesantes para la sociedad. De esta forma se aseguraba el progreso social y se avanzaría en la armonía asociada al orden natural.

En resumen, el comienzo de la etapa clásica de la mano de A. Smith se caracterizará por plasmar en la ciencia económica la ruptura con el mundo anterior que ya se había operado en el nivel ideológico, en los siguientes aspectos: 1) la elevación a un rango superior del trabajo manual como única actividad productiva por su capacidad de generar bienes materiales que poseen valor de cambio; 2) la separación de las actividades entre productivas y ociosas y, de forma derivada, las personas según su implicación en el proceso económico entre productivas y ociosas; y 3) el impulso definitivo al dogma del *laissez-faire* derivado del orden natural, es decir, que solo dejando a cada individuo que alcance su máximo bienestar individual de una forma libre se puede asegurar el máximo bienestar de la comunidad<sup>319</sup>; y 4) el abandono de la Tierra y, por tanto, del entorno físico como consecuencia natural de la superación de la visión organicista de la época escolástica y que los fisiócratas habían asumido. El desarrollo de la Revolución industrial como conjunción de la ciencia moderna y la eclosión de la Razón humana impone una visión analítica de la realidad que permite relegar el entorno físico a un segundo plano.

### ***La prolongación clásica***

---

<sup>319</sup> G. Reale y D. Antiseri, *Historia del pensamiento filosófico y científico. III. Del Romanticismo hasta hoy*, Barcelona: Herder, 2004, pp.284-285.

La etapa clásica siguió evolucionando después de A. Smith, depurando y fortaleciendo la estructura básica que él había instituido<sup>320</sup>, de la mano de tres autores de relevancia para el desarrollo de la Historia de la Economía Política, Jean-Baptiste Say (1767-1832), Thomas R. Malthus (1766-1834), y David Ricardo (1772-1823).

En el caso de J.B. Say destacaremos su aportación fundamental, y que se mantuvo vigente hasta la irrupción del keynesianismo, que vino a corregir las inexactitudes de su célebre ley según los datos empíricos del primer tercio del siglo XX. La ley de Say afirmaba que «la producción de bienes genera una demanda agregada efectiva (es decir, realmente gastada) suficiente para comprar todos los bienes ofrecidos»<sup>321</sup>. En otras palabras, la ley de Say postulaba un equilibrio económico alcanzado mediante un incremento de la producción que permite asegurar el flujo económico a lo largo de todo el proceso. A pesar de que otros autores, como Th. Malthus, no aceptaron esta ley, la misma consiguió sobrevivir al apuntalarse con la idea de «ciclo económico recurrente», es decir, aceptando que se podían generar desajustes o desequilibrios económicos coyunturales, pero sin alterar a medio plazo el fundamento enunciado por la ley. No debemos olvidar que el horizonte fundamental de análisis clásico era el ciclo económico a largo plazo, sin que se sintiesen compelidos por las situaciones económicas del corto plazo.

La aportación fundamental de Th. Malthus fue su observación de que el crecimiento demográfico afecta a la fijación de los salarios generando desequilibrios en el sistema económico. En otras palabras, la presión demográfica afecta a la disponibilidad de bienes materiales para la subsistencia generando asimetrías entre la oferta y la demanda que se trasladarán al resto del sistema económico. Esta observación se basaba en dos postulados recogidos en su *An Essay on the Principle of Population*, y que afirmaban: 1) que los alimentos son necesarios para la existencia del hombre; y 2) que la pasión entre los sexos es necesaria y permanecerá en su estado actual. Consecuentemente, como la presión de la población sobre la producción de bienes de subsistencia se producirá en una relación entre un crecimiento geométrico de la primera frente a un crecimiento aritmético de los segundos, «la lucha entre la capacidad humana

---

<sup>320</sup> W.J. Barber, *op. cit.*, p.52.

<sup>321</sup> J.K. Galbraith, *op. cit.*, p.89.

de reproducción y la producción de alimentos sería perpetua»<sup>322</sup>. El marco de existencia humana que dibujaba el principio de la población de Malthus era lúgubre, puesto que cualquier progreso económico se neutralizaría con un automático crecimiento de la población, estableciendo un círculo vicioso de difícil ruptura. El futuro condenaría a gran parte de la humanidad a la simple subsistencia, que marcaría el nivel de equilibrio económico.

Independientemente de que el análisis de Th. Malthus era muy parcial, puesto que se centraba únicamente en la natalidad, sin ser capaz de percatarse de las consecuencias sobre el índice de mortalidad, y la influencia de la tecnología en el desarrollo social, la consecuencia lógica de esta observación era la colisión frontal con la ley de Say, puesto que sí consideraba la probabilidad de que se produjese una sobredemanda que rebasase las capacidades productivas del sistema y condujese al desastre social. En otras palabras, el principio malthusiano abría la puerta a que el desequilibrio entre oferta y demanda no fuese coyuntural sino totalmente estructural y se rompiese el equilibrio económico clásico. Y para demostrar la estructuralidad de este desequilibrio, Th. Malthus debía demostrar la relación de desigualdad geométrico-aritmética de crecimiento entre población y bienes de subsistencia. Para ello, se centró en la producción de alimentos, de bienes agrícolas, y que se basa en la *ley de rendimientos decrecientes*, que fue «ideada casi simultáneamente por otros tres autores: Ricardo, West y Torrens»<sup>323</sup>. En general, esta ley se considera aplicable a todas las actividades productivas y afirma que «si todos los factores de producción menos uno se mantienen constantes, los incrementos en el producto obtenible por la adición de unidades sucesivas del factor variable disminuirán a partir de cierto punto»<sup>324</sup>. Th. Malthus aplicó esta ley a la producción agrícola y concluyó la limitación al crecimiento que imponían las condiciones naturales. Por tanto, el optimismo del clasicismo se ve ensombrecido por la anticipación de un potencial estado estacionario<sup>325</sup> y, otro de los postulados clásicos, el ajuste automático que los mercados proporcionaban y que permitía una armonía natural de intereses, quedaba tajantemente desechado al permitir

---

<sup>322</sup> W.J. Barber, *op. cit.*, p.57.

<sup>323</sup> *Ibid.*, p.62.

<sup>324</sup> *Ibid.*, p.62.

<sup>325</sup> *Ibid.*, p.65.

que se pudiese producir un déficit de la demanda agregada<sup>326</sup> que no permitiese absorber la oferta existente.

Ante este ataque, David Ricardo salió en defensa de la ley de Say y volvió a postular el efecto positivo de los ingresos generados por la producción de bienes para alimentar de nuevo la demanda de los mismos, equilibrando de esta forma el proceso. En su argumentación, D. Ricardo hace suyos los pilares del esquema clásico al postular que la economía política debía perseguir la determinación de las leyes que «regulan la distribución entre las diversas clases, y la relación de esas leyes con las circunstancias generales de la sociedad»<sup>327</sup>. Para sostener sus tesis se apoyó en el rescate de la teoría trabajo-valor de A. Smith, pero añadiendo dos matices: 1) que el factor tierra podía eliminarse del análisis del valor; y 2) que el valor de un producto recaería, a partir de ahora, en su utilidad, puesto que era consciente de las diferentes interpretaciones posibles si se adoptaba una perspectiva psicológica o fisiológica de la subsistencia. Este segundo matiz abre la vía para un primer movimiento que, como veremos posteriormente, nos acerca a la superación del factor trabajo como determinante en el proceso económico, puesto que se vislumbra ya la posibilidad de articular el precio de un producto en función de la ley de la oferta y la demanda. Pero, independientemente de la apertura de esta nueva vía, la otra aportación fundamental para el devenir histórico de esta ciencia fue su pesimismo y su afirmación de que la pobreza era inherente al sistema capitalista, poniendo las bases para las críticas posteriores de las teorías dominantes en la ciencia económica de su época<sup>328</sup>.

### ***Revisionismo y crítica***

La crítica más feroz al sistema establecido la desarrolló K. Marx, y se apoyó sobre las teorías que había intentado perfeccionar en última instancia D. Ricardo, especialmente la teoría del trabajo-valor, y la noción de plusvalía que el capitalista se

---

<sup>326</sup> En este punto se puede consultar el comentario de William J. Barber sobre la anticipación que esta observación supone de las tesis keynesianas desarrolladas siglo y medio después, y las diferencias existentes entre ambas perspectivas, véase W.J. Barber, *Historia del pensamiento económico*, Madrid: Alianza, 1974, p.69.

<sup>327</sup> *Ibid.*, p.72.

<sup>328</sup> J.K. Galbraith, *op. cit.*, pp.87-102.

apropiaba ilegítimamente, puesto que ésta pertenecía al trabajador<sup>329</sup>. Aunque J.K. Galbraith se refiere a la crítica que realizan dos autores alemanes, Georg Friedrich List (1789-1846) y Adam Müller (1779-1829), cuya importancia no es desdeñable desde el punto de vista de su impulso al papel del Estado en contraposición a la competencia libre individual de los autores anteriores; así como a la crítica de otros autores franceses, Jean-Charles Léonard de Sismondi (1773-1842) y Pierre-Joseph Proudhon (1809-1865), que reaccionaban ante las tensiones sociales que la Revolución industrial suscitó en Francia en la primera mitad del siglo XIX criticando la superproducción del sistema, consideraremos que estas críticas no afectan de modo sustancial a la evolución de la parte fundamental de las nociones económicas que nos ayudarán a articular la axiomática del sistema<sup>330</sup>.

Atenderemos la crítica de Karl Marx (1818-1883) por su importancia en la evolución contemporánea y posterior de los postulados de la ciencia económica, dado que sus observaciones tuvieron un impacto nada despreciable en la justificación posterior de ciertos conceptos económicos<sup>331</sup>. Su punto de partida lo podemos situar en la concepción de la dialéctica hegeliana que le llevaba a negar la posibilidad de un equilibrio en el sistema económico, tal y como había destacado J.B. Say. El cambio en las instituciones económicas que sustentan el sistema es continuo, no puede llegar a un equilibrio, y este cambio se articula en base a la oposición de sistemas económicos diferentes que dan lugar a una nueva síntesis. Con esta visión del sistema económico pretendía resolver aquellos elementos de la teoría clásica que rechazaba, la desigual distribución de la renta, las continuas crisis y los desastres sociales ejemplificados en el desempleo, así como la tendencia al monopolio del sistema de libre competencia. No en vano, parecía claro que la distribución del crecimiento económico que los clásicos habían considerado que traería beneficios al conjunto de la sociedad, se estaba desarrollando con importantes tensiones. Sin embargo, esta crítica de Marx a la teoría clásica no ponía en duda el concepto de producción que se había desarrollado, y que luego observaremos que es de vital importancia en la evolución del sistema, por lo que

---

<sup>329</sup> *Ibid.*, p.184.

<sup>330</sup> *Ibid.*, pp.103-116

<sup>331</sup> J.M. Naredo, *La economía en evolución*, Madrid: Siglo XXI, 2003, pp.147-181, para una visión más profunda de la crítica de K. Marx.



no consideraremos que suponga un cambio de paradigma dentro de la evolución de la ciencia económica, sino que contribuirá, indirectamente, a su reforzamiento<sup>332</sup>. En este sentido podemos interpretar su reafirmación de las leyes naturales que, en su opinión, regían para cada estadio particular de la historia, y su pretensión de haber descubierto las leyes que gobernaban el despliegue de la propia historia<sup>333</sup>.

El objetivo principal de su crítica era determinar cuál era la ley económica que dominaba la sociedad moderna, es decir, definir cuál era el modo de producción capitalista. Y, pese a su hostilidad hacia el desarrollo de la economía clásica, asumió gran parte de su instrumental. Sin embargo, su conclusión sobre la evolución del sistema económico no lo encaminaba hacia un estado estacionario a futuro, sino a su total colapso que daría lugar a una etapa socialista de armonía que sustituiría al conflicto. Al asumir la teoría del valor ricardiana, asoció el valor de un bien con el trabajo incorporado en su proceso de producción y estableció la paradoja de este proceso, puesto que el valor de la mano de obra quedaba a su vez determinada por el trabajo que incorporaba para la producción de los elementos necesarios para su subsistencia. De esta forma, la crítica marxista refuerza la asociación entre el valor y el trabajo como única fuente del mismo, pero determina, a su vez, un proceso de valoración del trabajo que, paradójicamente, permite su mercantilización. En base a este concepto de valoración del propio trabajo pudo establecer su teoría de la plusvalía como apropiación, por parte del capitalista, propietario de los medios de producción, de un trabajo no remunerado. En otras palabras, el trabajo tenía «la propiedad única de que no solo producía valor, sino más valor del que tiene él mismo»<sup>334</sup>. Por tanto, y en línea con la escuela clásica, como la acumulación provenía de la parte de la renta recibida por el capitalista, es decir, de los beneficios, esta acumulación era la consecuencia de la apropiación de un trabajo excedentario del obrero. De esta forma, la tendencia en el sistema económico a concentrar la propiedad de los medios de producción se traduciría en la creciente acumulación de ciertas élites y la miseria y desigualdad social. Pero esta

---

<sup>332</sup> J.K. Galbraith, *op. cit.*, p.147, y J.M. Naredo, *La economía en evolución*, Madrid: Siglo XXI, 2003, p.149. En este mismo sentido se expresa W.J. Barber: «Como conjunto de argumentaciones técnicas, la contribución de Marx al análisis económico fue, antes que nada, una extensión y modificación altamente ingeniosas de la obra de la escuela clásica», véase W.J. Barber, *Historia del pensamiento económico*, Madrid: Alianza, 1974, p.143.

<sup>333</sup> W.J. Barber, *op. cit.*, pp.113-114.

<sup>334</sup> *Ibid.*, pp.126-127.

separación entre las élites y la masa de obreros explotada ya no necesitaba de una división en tres clases de acuerdo con la teoría clásica de la distribución: terratenientes, capitalistas y trabajadores, puesto que una división bipolar era más que suficiente: propietarios de los medios de producción y obreros<sup>335</sup>.

Desde una visión también crítica de la realidad social, el revisionismo impulsado por John Stuart Mill (1806-1873) se desarrolla, igualmente, como un proceso de consolidación del análisis clásico. Una de sus primeras observaciones fue la ineficiencia del mercado, o de las teorías del *laissez-faire* para una correcta determinación de los precios y de la distribución de la renta. Por ello, en este campo, en el de la distribución de la renta, es donde se desarrolló su aportación principal y que se basa en la afirmación de que dichas leyes no son naturales, es decir, no escapan al control humano, sino que quedan bajo su completo dominio. El rechazo de la naturalidad de las leyes económicas dejaba sin efecto la ley de la población malthusiana y sus consecuencias, volviendo a recuperar una visión optimista para la ciencia económica y abandonando el aspecto lúgubre que, desde entonces, se le había asociado. De esta forma, el colapso marxista es sustituido nuevamente por un posible y deseable estado estacionario a futuro, aunque sin olvidar la posibilidad de ciertas inestabilidades.

No obstante, ante la ofensiva planteada, la ciencia económica tuvo que recurrir a revisar sus herramientas internas para hacer frente a las críticas que la evolución del sistema suscitaba por sus efectos sociales. Para ello, el primer movimiento que realizó fue desplazar su foco de interés desde el valor de cambio de los bienes y, por tanto, desde el coste de su producción, a los deseos de los consumidores, es decir, a la demanda como determinante de todo el proceso productivo. La distinción entre valor de uso y valor de cambio no había resultado satisfactoria, y la introducción por parte de D. Ricardo del concepto de utilidad tampoco había evitado las críticas de K. Marx sobre los costes de producción de los bienes y la apropiación ilegítima de la plusvalía. Por ello, la teoría clásica introduce nuevos conceptos para determinar el coste y, además de la utilidad del bien, se introduce el concepto de escasez como determinante del coste y, por tanto, del precio de un producto. Con este movimiento del pensamiento económico consideraremos que la etapa clásica ha concluido y nos centraremos en la aportación de

---

<sup>335</sup> *Ibid.*, p.135.

la teoría neoclásica por su importancia en la configuración de las categorías económicas.

### 2.3. LA SISTEMATIZACIÓN NEOCLÁSICA

De forma paralela a las críticas de K. Marx sobre la distribución de la renta, las crisis sociales, y el problema de la fijación de los precios de los productos, la teoría neoclásica reaccionará intentando acotar el objeto del sistema económico, es decir, aplicando un reduccionismo sobre los objetos que serán considerados dentro de la ciencia económica. Este reduccionismo tiene su origen en la limitación del valor de un bien en función de dos conceptos, la utilidad del bien, y su escasez<sup>336</sup>. Además, el foco de atención del análisis económico se trasladó hacia el proceso por el cual el mercado asignaba los recursos, puesto que el pretendido estado estacionario clásico en el que los precios naturales convergerían con los reales, no se había materializado. Y, paralelamente, se enfatizó en el estudio de la economía desde el nivel de las «familias, las empresas y las industrias»<sup>337</sup>, es decir, desde una perspectiva microeconómica.

En 1890, Alfred Marshall (1842-1924) publica sus *Principles*, obra fundamental de la escuela neoclásica, y en la que se centra, inaugurando una nueva perspectiva, en «el estudio del comportamiento de productores y consumidores»<sup>338</sup>. La premisa en ambos casos es que se actuaba de un modo racional que implicaba la búsqueda del propio beneficio: los consumidores, la máxima satisfacción, y los productores el máximo beneficio. Esta racionalidad de ambos grupos se debía traducir en la determinación de los precios de mercado de los bienes, una vez superada la visión del estado estacionario clásico que los haría converger hacia el nivel de los precios naturales. Y esta articulación de los precios se basará en un nuevo movimiento de la ciencia económica, la teoría de la utilidad marginal, que en el último tercio del siglo XIX enunciarían de forma casi paralela William Stanley Jevons (1835-1882), Karl

---

<sup>336</sup> J.K. Galbraith, *op. cit.*, p.121, comentando la aportación de Auguste Walras (1801-1866): «Al coste, que era elemento aceptado como fuente de valor, le agregó la utilidad o provecho. Pero en su opinión, todo producto, para ser valioso, necesitaba también ser escaso, poseer la propiedad que llamó rareté, resumiendo a la vez utilidad y escasez.»

<sup>337</sup> W.J. Barber, *op. cit.*, p.157.

<sup>338</sup> *Ibid.*, p.162.

Menger (1840-1921), y John Bates Clark (1847-1938)<sup>339</sup>. Esta ley afirma que la utilidad de cualquier bien o servicio disminuye en proporción directa con su disponibilidad, y es la utilidad de la porción final y menos deseada (o sea, la utilidad de la unidad marginal), la que determina el valor de las unidades restantes<sup>340</sup>. Por tanto, aunque la utilidad del bien se asocia a la satisfacción que su consumidor obtenga del mismo, esta satisfacción no evoluciona de forma proporcional a la cantidad consumida, sino que decrece progresivamente hasta alcanzar un mínimo imposible de rebasar por mucho que aumente el consumo<sup>341</sup>. De esta forma, la revolución marginalista soluciona la diferencia entre valor de uso y valor de cambio que había introducido A. Smith en la etapa clásica, y que no se había solventado por un avance en el estado estacionario, e impone los conceptos fundamentales de la teoría económica que hoy conocemos, si bien estos conceptos no suponen una novedad por sí mismos, sino que responden a un proceso de sistematización del aparato conceptual que habían heredado de la etapa clásica<sup>342</sup>. La traslación fundamental en este concepto de fijación de los precios es que el principio clásico que asociaba la producción del sistema económico con la generación de bienes se desplaza hacia la generación de satisfacciones<sup>343</sup>, es decir, avanza hacia una independización física de lo económico. El concepto de utilidad es asociado al valor de los bienes producidos y la separación clásica del trabajo entre productivo e improductivo también muta hacia la distinción de un trabajo productor de utilidad y aquel que no produce utilidad.

La introducción de la utilidad en el concepto de valor de un bien permite la construcción de dos curvas independientes agregando las utilidades individuales. Por un lado se construye la curva del consumidor, cuya utilidad es marginalmente decreciente conforme aumenta su consumo de un producto. Por otro lado se construye la curva del productor, que sufría una desutilidad marginalmente creciente conforme aumentaba la producción de dicho bien. La intersección de ambas curvas determinaba la convergencia

---

<sup>339</sup> J.A. Schumpeter, *Síntesis de la evolución de la ciencia económica y sus métodos*, Barcelona: Oikos-Tau, 1967, p.186, al referirse a los autores de la teoría de la utilidad marginal cita a K. Menger y W.S. Jevons, pero no cita a J. Bates Clark, y en cambio se hace referencia a L. Walras. Igualmente en J.M. Naredo, *La economía en evolución*, Madrid: Siglo XXI, 2003, p.185.

<sup>340</sup> J.K. Galbraith, *op. cit.*, 1989, p.122.

<sup>341</sup> G. Reale y D. Antiseri, *Historia del pensamiento filosófico y científico. III. Del Romanticismo hasta hoy*, Barcelona: Herder, 2004, pp.792-794.

<sup>342</sup> J.M. Naredo, *La economía en evolución*, Madrid: Siglo XXI, 2003, pp.187-190.

<sup>343</sup> W.J. Barber, *op. cit.*, p.165.

entre el valor o precio natural de un bien, en su acepción clásica, y su precio de mercado o precio real. Esta intersección constituye el precio de equilibrio de un bien y consolida la progresiva transición de la asociación del valor de un bien con el trabajo incorporado que provenía de la etapa clásica. El mercado era capaz de proveer la convergencia de ambos precios, por lo que se superaba la teoría trabajo-valor clásica y se separaba el precio de un bien del trabajo incorporado, que deja de ser el factor fundamental del valor del mismo.

Consecuentemente, el análisis de la distribución de la renta quedaba asociado a esta visión de la configuración del valor de un bien, y se limitaba a una conjunción de la oferta y la demanda, es decir, a la construcción de dos curvas en oposición que determinaban el punto de equilibrio, la curva agregada de los demandantes particulares, y la curva agregada de los oferentes individuales. Este mecanismo de mercado, articulado en base a las curvas de la oferta y la demanda, era «la base para establecer la recompensa debida a los oferentes de servicios productivos»<sup>344</sup>. Esta concepción competitiva de la producción no estaba exenta de problemas en su aplicación práctica, puesto que los economistas neoclásicos, y A. Marshall en particular, eran conscientes de que en el mercado se podían producir situaciones de monopolio y control de la oferta y la demanda que podían distorsionar las curvas de productores y oferentes para alcanzar un punto de equilibrio que no fuese beneficioso para el conjunto de la sociedad, sino simplemente para ciertos actores interesados. En este sentido, el economista británico excluyó de este mecanismo competitivo lo que denominó monopolios naturales (suministro de agua o energía), en los que era necesaria la intervención gubernamental<sup>345</sup>. No obstante, esta concepción del mecanismo de fijación de precios no hizo sino reforzar uno de los principios básicos de la etapa clásica, la posibilidad de alcanzar un equilibrio como el descrito por la Ley de Say, puesto que se seguía asumiendo que toda la renta sería gastada, o en consumo, o en inversión, y que, por tanto, no se producía atesoramiento. En este mismo sentido se puede interpretar la aportación de Leon Walras cuando asumía que la «solución de equilibrio general solo

---

<sup>344</sup> *Ibid.*, p.170.

<sup>345</sup> *Ibid.*, p.184.

podía alcanzarse suponiendo que toda renta era gastada; de otro modo no podía afirmarse la total interrelación entre oferta y demanda»<sup>346</sup>.

La consecuencia fundamental de esta evolución de la teoría económica es el mantenimiento del «carrusel»<sup>347</sup> de producción de bienes y consumo de los mismos que nos conduce al crecimiento, y que ya había introducido la escuela fisiocrática. Pero, la novedosa teoría sobre la utilidad introducida solo hacía referencia al valor de los productos, dejando de lado, y más bien justificando, el problema sobre la gran diferencia de rentas entre las personas y los consiguientes efectos sociales. Los efectos de las crisis asociadas al sistema, que ya había analizado K. Marx, y sus efectos sociales, en forma inicial de desempleo, fueron el denominador común de la primera mitad del siglo XX. Por tanto, era necesaria una nueva defensa del sistema económico clásico, y esta vino de la mano de las teorías del utilitarismo y el evolucionismo.

Como ya hemos observado, la segunda mitad del siglo XIX sufrió con crudeza los efectos de la Revolución industrial, a la vez que veneró los avances técnicos que estaban permitiendo una mejora en la disponibilidad de bienes materiales para una pequeña parte de la población. En este contexto, la esfera económica ya había sido emancipada por los autores clásicos de la vinculación con el entorno natural que habían propugnado los fisiócratas, y la abstracción permitía desarrollarla a espaldas de sus efectos sociales y físicos. Las dudas que al final de la etapa clásica habían surgido respecto al crecimiento ilimitado basado en la ley de Say, y que John Stuart Mill plasmaría en la posibilidad de un «estado estacionario»<sup>348</sup> en el que la rueda de la producción ya no girase y perdiese importancia en favor de la distribución de los bienes, quedaría superada con la reducción marginalista de los objetos económicos en base a la teoría de la utilidad marginal. Además, la visión de la ciencia moderna de un modo analítico, es decir, capaz de dar cuenta de cada «parcela» de la realidad con independencia de las demás, había quedado consolidada, e incluso se afirmaba la neutralidad de la ciencia respecto a sus implicaciones éticas y sociales<sup>349</sup>. Y este

---

<sup>346</sup> *Ibid.*, p.190.

<sup>347</sup> J.M. Naredo, *Raíces económicas del deterioro ecológico y social*, Madrid: Siglo XXI, 2010, p.4.

<sup>348</sup> J.K. Galbraith, *op. cit.*, p.185.

<sup>349</sup> *Ibid.*, p.139, comentando *The theory of Political Economy* de W.S. Jevons, afirma que: «La neutralidad y la adhesión legitimadora a la validez científica por contraposición a las preocupaciones sociales ejercen especial influencia en nuestros días.».

proceso, por tanto, aseguraría el éxito de la ciencia económica, puesto que en su aislamiento hace abstracción de la aportación de otras ramas de la ciencia y puede construir sus propios *artefactos* teóricos que permitan justificar sus propios efectos de forma independiente<sup>350</sup>.

En esta situación se desarrollan las dos defensas ideológicas del sistema económico heredado de la etapa clásica y sistematizado por los autores neoclásicos. La primera de ellas, el utilitarismo, se desarrollaría a partir de los trabajos de J. Bentham y las aportaciones de James Mill y John Stuart Mill, pero de una forma poco refinada para las necesidades que se establecían a principios del siglo XX. Inicialmente se consideraba el utilitarismo como la asociación de la felicidad o utilidad con el placer o beneficio de un bien o una acción, por lo que postulaba la máxima felicidad para el mayor número de personas en base a la búsqueda personal de la maximización de la propia felicidad. Esta teoría, en la etapa neoclásica, sería adaptada para asimilar la felicidad al consumo de productos y la máxima felicidad a la maximización cuantitativa del mismo. Por tanto, era necesario refinar el concepto de bien útil, y los autores neoclásicos lo enfocan hacia aquellos objetos que sirven para satisfacer los deseos del ser humano, siempre y cuando cumplan las siguientes características: 1) que sea apropiable, es decir, que los agentes económicos puedan incorporarlo a su patrimonio; 2) que tenga un valor de cambio, valor que dependerá a su vez de su utilidad y su escasez; y 3) que sea producible<sup>351</sup>. La segunda defensa sería el rescate que H. Spencer realiza de la idea de progreso ilimitado en base a su paralelismo con el evolucionismo biológico darwinista, y que ya desarrollamos con anterioridad<sup>352</sup>.

En conclusión, el sistema neoclásico nos presenta la contraposición de dos sistemas bien diferenciados: 1) el sistema económico, en el que la característica

---

<sup>350</sup> En su análisis de la aportación de Leon Walras a la economía neoclásica, W. J. Barber confirma este espíritu al observar que éste «aspiraba a dar a la economía un rango científico comparable al que disfrutaban las ciencias físicas y a condensar sus descubrimientos en forma de proposiciones matemáticas», véase W.J. Barber, *Historia del pensamiento económico*, Madrid: Alianza, 1974, p.187.

<sup>351</sup> J.M. Naredo, *Raíces económicas del deterioro ecológico y social*, Madrid: Siglo XXI, 2010, pp.8-10.

<sup>352</sup> J.K. Galbraith, *op. cit.*, p.136, «No se puede dejar de admirar la amplitud con que Spencer y el darwinismo social contribuyeron a la defensa del sistema. La desigualdad y las privaciones se volvieron socialmente benéficas; la mitigación de los sufrimientos respectivos se convirtieron en un factor nocivo en la sociedad; los afortunados y opulentos no podían tener mala conciencia en absoluto, pues eran los beneficiarios naturales de su propia excelencia, y la naturaleza los había escogido como parte de un progreso inevitable hacia un mundo mejor.»

principal es el equilibrio, que se alcanza dentro del campo del valor monetario en el que se desarrolla, y que está aislado del mundo físico, lo que evita la concepción de cualquier irreversibilidad o pérdida con el entorno; 2) frente al sistema ecológico, que está en permanente desequilibrio, abierto al intercambio con otros sistemas y caracterizado por una constante entropía<sup>353</sup>. En este contexto, el ciclo económico que asocia producción y consumo para dirigirnos hacia el crecimiento sigue su funcionamiento ininterrumpido, pero la traslación de la etapa clásica desde el factor Tierra como limitativo de la producción hacia el factor Trabajo es superado en la etapa neoclásica por un nuevo factor derivado del aislamiento de la esfera económica, el factor Capital, que había adquirido autonomía<sup>354</sup>. Esta nueva categoría económica es el fundamento que permite certificar dicha abstracción de la esfera económica respecto del entorno social y natural, manteniendo todo el sistema económico dentro de los parámetros del monetarismo como instrumento homogeneizador del valor de cambio de los productos. El objetivo del sistema económico debe ser la óptima utilización de los recursos de capital existentes para que el «carrusel producción, consumo, crecimiento» provea a la sociedad del mayor número de bienes posible, asegurando el bienestar de los individuos<sup>355</sup>. Y, todo ello, en un escenario en el que la investigación económica se separa radicalmente de la realidad social y tiende a un mayor universalismo y un mayor cientificismo.

#### **2.4. LA REVOLUCIÓN KEYNESIANA Y LA CONSOLIDACIÓN DE LA SABIDURÍA CONVENCIONAL**

Sin embargo, el ciclo económico no podía mantenerse ilimitadamente en esas condiciones y, lógicamente, los diversos acontecimientos históricos y, especialmente, la Gran Depresión que marcó el decenio de 1930, impulsaron modificaciones de las teorías económicas sistematizadas por los autores neoclásicos. La calamitosa situación derivada

<sup>353</sup> J.M. Naredo, *Raíces económicas del deterioro ecológico y social*, Madrid: Siglo XXI, 2010, pp.11-12.

<sup>354</sup> En referencia a Eugen von Böhm-Bawerk como precursor de la escuela austríaca que, posteriormente, volvería a cobrar importancia en el desarrollo de la ciencia económica, W. J. Barber observa que este autor asumía la economía como una ciencia exacta e «intentaba ofrecer una visión omnicomprendensiva y correcta de la naturaleza del capital y de su papel en el proceso productivo», consolidando de esta forma, la transición de la asociación valor-trabajo hacia el factor capital, véase W.J. Barber, *Historia del pensamiento económico*, Madrid: Alianza, 1974, p.195.

<sup>355</sup> J.M. Naredo, *Raíces económicas del deterioro ecológico y social*, Madrid: Siglo XXI, 2010, p.4.



de la crisis que se desarrolla en esta década impulsa a replantearse la previsión marxista de colapso del sistema capitalista, puesto que el supuesto neoclásico de que la economía se desarrollaba en un nivel de pleno empleo de forma estructural y auto-correría posibles desviaciones coyunturales quedaba seriamente debilitado<sup>356</sup>. La defensa de Leon Walras de la teoría del equilibrio clásica<sup>357</sup> que enunciaba la ley de Say, por la que el sistema encontraría el equilibrio en el pleno empleo mediante el soporte de la demanda, no era ya válida. La constatación empírica de que las desviaciones coyunturales que admitía dicha teoría clásica no estaban siendo tan coyunturales obligaba a revisar dichos conceptos<sup>358</sup>. La situación del sistema económico mostraba que éste había llegado a un equilibrio duradero en una situación de subempleo, es decir, la demanda era débil y no traccionaba de la producción de bienes para permitir la optimización del factor capital que los neoclásicos postulaban. Estos economistas intentaron explicar la desviación respecto de sus postulados en base al argumento de la rigidez existente en el sistema económico, cuya existencia la sustentaban en dos pilares: 1) la rigidez de los salarios como resultado de la fortaleza de los sindicatos, y que impedía volver a un nivel de pleno empleo; y 2) la tendencia al monopolio en ciertos sectores que impedía una verdadera libre competencia que permitiese que el mercado corrigiese las desviaciones<sup>359</sup>. En otras palabras, ante la situación de crisis que se estaba viviendo la receta propuesta por la escuela neoclásica se basaba en rebajar los salarios nominales, no solamente los reales, y potenciar el libre mercado en aquellos sectores que estaban más fuertemente regulados.

En estas circunstancias emergió la innovación teórica de John Maynard Keynes (1883-1946), consistente en la idea de hacer frente a la situación depresiva de la economía de una forma no ortodoxa, es decir, rompiendo con las teorías clásicas que promovían la austeridad y el ajuste fiscal, e impulsando una demanda debilitada mediante el gasto público, incurriendo en el déficit fiscal, tan denostado por la teoría

---

<sup>356</sup> W.J. Barber, *op. cit.*, pp.211-212.

<sup>357</sup> J.K. Galbraith, *op. cit.*, p.138.

<sup>358</sup> No obstante, observa M. Friedman, en un intento de apuntalar los postulados clásicos, que «la Gran Depresión destruyó la credibilidad de la teoría cuantitativa del dinero, porque se interpretó ampliamente que demostraba que la política monetaria era ineficaz, al menos para enfrentar una caída de la actividad económica. [...] En realidad, esta interpretación de la depresión era completamente equivocada», véase M. Friedman, *La economía monetarista*, Barcelona: Gedisa, 1992, p.17.

<sup>359</sup> W.J. Barber, *op. cit.*, p.212.

clásica y neoclásica<sup>360</sup>. Por tanto, lo que en última instancia se planteaba era un cambio radical en la política económica del Estado, que pasaba de ser un elemento pasivo que dejaba la actuación en materia económica a las «leyes del mercado», de acuerdo con la ortodoxia clásica, a ser un elemento activo que estimulaba el ciclo económico atrayendo aquel capital privado que no se había puesto de nuevo en circulación como era de esperar según las teorías de equilibrio económico<sup>361</sup>. El objetivo fundamental de su análisis era «la determinación de los niveles de renta nacional y de empleo en las economías industriales, y la causa de las fluctuaciones económicas»<sup>362</sup>. Y, desde este punto de vista analítico, un elemento importante que introdujo el economista británico fue la traslación desde la esfera microeconómica que había absorbido los esfuerzos neoclásicos a la esfera macroeconómica capaz, según J.M. Keynes, de abordar los problemas de las complejas sociedades modernas en base a conceptos agregados.

La novedad respecto de la teoría del equilibrio económico se fundamentaba en la afirmación de que toda renta que el ciclo económico genera no tiene por qué revertir en una mayor demanda, sino que una parte puede quedarse fuera del ciclo económico, constituyendo un capital de uso no optimizado, de acuerdo con el pensamiento neoclásico. La capacidad del mercado de auto-ajustar el sistema económico y retornar al pleno empleo, como adaptación neoclásica de la debilitada Ley de Say, se basaban en un gasto íntegro de la renta generada. Un gasto que se divide en bienes de consumo y en bienes de inversión, dejando al dinero, únicamente, con la función de medio de intercambio, sin capacidad de ser elemento de atesoramiento<sup>363</sup>. Por eso, el nuevo foco de interés se trasladará de la fijación de precios de los bienes y la distribución de la renta, hacia el establecimiento de los niveles de producción y empleo, empujado por las consecuencias sociales del periodo depresivo<sup>364</sup>. La imposibilidad de asegurar el pleno

---

<sup>360</sup> Observa M. Friedman que J.M Keynes, como el mismo reconocía, era un teórico cuantitativista educado dentro de los postulados clásicos, pero refiriéndose a su *revolución*, y apoyándose en George Stigler, no duda en señalar que lo que «la produjo fue el curso de los acontecimientos», véase M. Friedman, *La economía monetarista*, Barcelona: Gedisa, 1992, p.17.

<sup>361</sup> J.K. Galbraith, *op. cit.*, pp.245-247, para una contextualización del pensamiento de J.M. Keynes dentro de la corriente que había impulsado la intervención estatal en la promoción de la demanda en Suecia y Estados Unidos con anterioridad a la publicación de su obra. En este mismo sentido, J.A. Schumpeter indica una serie de autores suecos que habrían sido los precursores de ciertos aspectos de esta visión, véase J.A. Schumpeter, *Historia del análisis económico*, Barcelona: Ariel, 1971, p.1268.

<sup>362</sup> W.J. Barber, *op. cit.*, p.217.

<sup>363</sup> *Ibid.*, p.219.

<sup>364</sup> J.K. Galbraith, *op. cit.*, p.253.

empleo mediante un equilibrio económico genera una serie de tensiones sociales que deben ser corregidas, transgrediendo el dogma clásico de no intervención estatal y de *laissez-faire* dentro del mercado. La intervención del Estado debe tener como objetivo, de acuerdo con el keynesianismo, la compensación del capital no reinvertido en el ciclo económico, es decir, la actuación directa para incrementar la demanda y elevar los niveles de producción que conduzcan al pleno empleo. Una de las herramientas para lograr este objetivo era centrarse en la función del dinero y plantear que, la consideración clásica de que el atesoramiento era irracional, quizá no era tan acertada. El atesoramiento podía ser una decisión factible en ciertas circunstancias y, consecuentemente, el dinero adquiriría un nuevo papel dentro del sistema económico, una nueva función como «depósito de valor»<sup>365</sup>.

En el prefacio a la edición en alemán de su *The General Theory of Employment, Interest and Money* (1936), el propio John M. Keynes observa que la obra representaba un alejamiento respecto de la tradición clásica que dominaba la ciencia económica del momento<sup>366</sup>. Y el argumento fundamental que utilizaba para presentar su planteamiento como novedoso y como un elemento de ruptura respecto de la tradición heredada era la superación de la Ley de Say, de la afirmación de que la oferta genera su propia demanda y, consecuentemente, de que este caso era uno de entre las numerosas posibilidades existentes de que el sistema económico estuviese en equilibrio. Por tanto, el economista británico nos planteaba su Teoría como una Teoría General en la que la Ley de Say que regía en los postulados clásicos representaba, solamente, un caso particular<sup>367</sup>.

La gran depresión económica de la década de 1930 generó un contexto social determinante en los desarrollos ideológicos de la época indicando, igualmente, los problemas fundamentales sobre los que profundizar. En el caso de J.M. Keynes, la problemática fundamental a la que pretendía hacer frente, como ya hemos comentado,

---

<sup>365</sup> W.J. Barber, *op. cit.*, p.221.

<sup>366</sup> John M. Keynes, *Teoría General de la ocupación, el interés y el dinero*, Mexico D.F.: Fondo de Cultura Económica, 2010, p.21.

<sup>367</sup> Sobre la visión de J.M. Keynes y su abandono de las teorías clásicas para abrazar una cierta heterodoxia, comenta J.A. Schumpeter que «la obra de Keynes presenta un ejemplo excelente de nuestra tesis de que en principio la visión de los hechos y de las significaciones es anterior al trabajo analítico, el cual, emprendido para materializar la visión, procede luego al paso con ella en una interminable relación de toma y daca», véase J.A. Schumpeter, *Historia del análisis económico*, Barcelona: Ariel, 1971, p.1267.

se derivaba de la situación social del momento y, especialmente, de la incapacidad de la sociedad de su época de mantener una ocupación plena, como había sucedido de acuerdo a los postulados clásicos hasta la época, y de la gran desigualdad en la distribución de los ingresos dentro de la sociedad<sup>368</sup>. Ante ambas cuestiones, consideradas por nuestro autor como los principales inconvenientes de la sociedad del momento, la solución que se plantea pasa, ineludiblemente, por la necesidad de superar ciertos postulados que se habían impuesto en la etapa clásica y que se habían reforzado durante la sistematización neoclásica posterior. Y, además, el autor británico pretende ir más allá del desarrollo clásico al aportar una novedad sustancial en el planteamiento: su visión agregada de la economía, es decir, la configuración de una serie de conceptos como agregados de los comportamientos individuales y la posibilidad de articular alternativas económicas a partir del análisis de los mismos<sup>369</sup>. Desde esta novedosa visión de la ciencia económica, la teoría planteada se considera general porque es capaz de trascender los resultados de la ciencia clásica cuyos postulados partían del análisis de un sector particular, de un grupo de empresas determinados, o de ciertos individuos.

En la construcción de su teoría, J. M. Keynes comienza abordando los postulados clásicos, es decir, intentando determinar las bases erróneas de la tradición dominante. Y, entre estos postulados, se fija inicialmente en los que afectan al nivel de ocupación del sistema económico en un momento determinado, dado que este es uno de los problemas fundamentales que alienta su reflexión<sup>370</sup>. Nuestro autor observa que la relación que se establece en la tradición clásica entre el salario, su utilidad, el producto marginal del trabajo y el volumen de ocupación no contemplan la existencia de una desocupación involuntaria que la realidad estaba reflejando como el estado fundamental y socialmente importante, y que define en los siguientes términos:

---

<sup>368</sup> J. M. Keynes, *op. cit.*, p.349.

<sup>369</sup> Al respecto de la Macroeconomía como disciplina y, particularmente, de la macrodinámica, observa J.A. Schumpeter que «es evidente que la teoría agregativa que reduce conjuntos verdaderamente innumerables de variables a una media docena escasa, puede soportar mucho mejor que un sistema walrasiano las compilaciones inevitables incluso en el esquema dinámico más sencillo», véase J.A. Schumpeter, *Historia del análisis económico*, Barcelona: Ariel, 1971, p.1257. Y más adelante sitúa su desarrollo en los primeros años de la década de 1930 de la mano de R. Frisch.

<sup>370</sup> Sin embargo, M. Friedman insiste en que el economista británico no ataca la teoría cuantitativa del dinero consolidada por Irving Fisher, sino que, realmente, introduce que los precios y los salarios son extremadamente rígidos, es decir, que podríamos interpretar que acepta los postulados básicos de la tradición clásica, pero introduciendo restricciones, véase M. Friedman, *La economía monetarista*, Barcelona: Gedisa, 1992, p.18.

los hombres se encuentran involuntariamente sin empleo cuando, en el caso de que se produzca una pequeña alza en el precio de los artículos para asalariados, en relación con el salario nominal, tanto la oferta agregada de mano de obra dispuesta a trabajar por el salario nominal corriente como la demanda agregada de la misma a dicho salario son mayores que el volumen de ocupación existente<sup>371</sup>.

Esta carencia en la escuela clásica conduce a un diagnóstico erróneo del origen de la desocupación y la solución que puede aplicarse, puesto que, de acuerdo con esta escuela, el remedio ante un volumen creciente de desocupación era la flexibilización de los salarios. Por tanto, la primera conclusión de J.M. Keynes ante la situación que se estaba viviendo en la década de 1930 es que la reducción de salarios nominales que la escuela clásica postulaba como solución al creciente desempleo resultará ineficaz para volver a recuperar un volumen óptimo de ocupación, puesto que no se podía establecer una relación directa del mismo con el nivel salarial, su utilidad y la productividad del trabajo empleado, es decir, existen otros factores que la tradición económica no atendía e influían directamente en esta relación. En otras palabras, atendiendo a una de las consecuencias más dramáticas de la crisis de los años 30, el volumen creciente de desempleo, el economista británico determina que el error fundamental proviene de la ley de equilibrio clásica, la Ley de Say, es decir, de asumir acríticamente que la oferta genera su propia demanda, que implica, aplicada al volumen de empleo, que la mejora en las condiciones de la oferta de trabajo mediante una reducción de los salarios nominales iba a ser capaz de incrementar la demanda del mismo y hacer crecer de nuevo el volumen de empleo como si fuese un mecanismo automático capaz de ajustar la productividad del trabajo con la utilidad salarial del mismo.

Por tanto, del postulado que asume un ajuste automático del sistema económico en términos de oferta y demanda, la tradición clásica es capaz de derivar otra serie de teorías, como la referente al volumen de ocupación y su ajuste en base a los salarios, la que asume que toda renta percibida será gastada en consumo o inversión, la que liga la abstención del consumo presente con un consumo o inversión futura, etc. Pero este

---

<sup>371</sup> J. M. Keynes, *op. cit.*, p.47.

ajuste automático no se produce en el sentido que predice la teoría clásica, puesto que J.M. Keynes observa la existencia de una ley psicológica que denomina propensión marginal a consumir<sup>372</sup>.

El punto de partida de su argumentación se sitúa en la intersección entre dos curvas, la correspondiente a la demanda agregada, es decir, a los ingresos que el sistema es capaz de producir al emplear un volumen determinado de personas; y la correspondiente a la oferta agregada, es decir, la que representa los costes asociados al empleo de dicho volumen de personas. Dicha intersección es la que denomina demanda efectiva y será asumida como el punto de equilibrio que asegura la maximización del beneficio del sistema económico establecido. Pero la relación entre ambas curvas queda determinada por la propensión a consumir de la comunidad, puesto que, a pesar de que la oferta agregada crezca progresivamente con el volumen de ocupación, la demanda agregada correspondiente al mismo nivel de ocupación no crece al mismo ritmo, sino que queda fijada en función de la parte del ingreso que los individuos deciden consumir y permite que se puedan establecer situaciones de equilibrio con un volumen de ocupación inferior al máximo posible. Consecuentemente, si la demanda agregada, constituida por la suma del consumo y la inversión, es inferior al nivel de oferta agregada para el volumen de ocupación correspondiente se produce un desequilibrio entre el nivel salarial real y la utilidad marginal del mismo, produciendo también una desviación entre el nivel de producción real y el potencial y generando «la paradoja de la pobreza en medio de la abundancia»<sup>373</sup>. Dicho de otra forma, conforme el nivel de ingresos del individuo aumenta y éste supera el nivel de satisfacción de sus necesidades básicas, el nivel de gasto que repercute en la demanda agregada disminuye y deberá ser compensado por un incremento en las inversiones<sup>374</sup> si el objetivo es que dicha curva permita determinar un nivel de demanda efectiva que eleve el nivel de ocupación, lo que a la postre será uno de los aspectos fundamentales de la teoría keynesiana.

---

<sup>372</sup> *Ibid.*, pp.54-62.

<sup>373</sup> *Ibid.*, p.60.

<sup>374</sup> Según interpreta M. Friedman, la conclusión del análisis keynesiano es que «la locomotora y el motor de la gran recesión fue el colapso de la inversión transformada en un colapso de los ingresos por el proceso de multiplicación», véase M. Friedman, *La economía monetarista*, Barcelona: Gedisa, 1992, p.19.

Por tanto, atacado el postulado referente al equilibrio automático que la teoría clásica establecía entre oferta y demanda, el resto de derivadas clásicas también se tambalean y hay que volver a apuntalarlas mediante una teoría mucho más general que supere las particularidades tradicionales. El reforzamiento del armazón teórico del sistema económico se establece, en el pensamiento keynesiano, en base al objetivo de volver a hacer coherentes los resultados del sistema con los hechos observados, que el economista británico creía haberse perdido después de las aportaciones de Th. Malthus<sup>375</sup>. El primer paso en este proceso será la elección de las unidades que permitan construir los conceptos agregados<sup>376</sup> que necesita la Teoría General keynesiana para poder interpretar la realidad a su manera, es decir, determinar cuál será el instrumento que permitirá homogeneizar conceptos cualitativamente muy diferentes y objetivizar los resultados de la ciencia económica. Y los instrumentos elegidos para construir dicha ciencia cuantitativa son dos: dinero y trabajo que, combinados, permiten determinar la unidad básica utilizada en la agregación: el

número de horas de trabajo pagadas a los hombres empleados (ya sea para satisfacer a los consumidores o para crear nuevo equipo de capital) en el equipo de capital existente, ponderándose las horas de los trabajadores cualificados de acuerdo con su retribución<sup>377</sup>.

El segundo paso, una vez determinadas las unidades de homogeneización de la ciencia cuantitativa en construcción, es resaltar la influencia de la psicología en el funcionamiento del sistema económico o, como diría J.M. Keynes, de la «expectativa como elemento determinante de la producción y de la ocupación»<sup>378</sup>. Este concepto de expectativa será dividido en dos factores, la expectativa a corto plazo, que operará sobre el consumo de la renta, y la expectativa a largo plazo, cuya influencia será efectiva sobre el nivel de inversión, determinando la unión de ambas el nivel de demanda en un contexto determinado. Y, por último, el tercer paso será la construcción de la teoría

---

<sup>375</sup> J. M. Keynes, *op. cit.*, p.62.

<sup>376</sup> Además de la macrodinámica, para el desarrollo de estos modelos era fundamental la aportación de una estadística operativa evolucionada, es decir, de una potente econometría, véase, J.A. Schumpeter, *Historia del análisis económico*, Barcelona: Ariel, 1971, p.1258.

<sup>377</sup> J. M. Keynes, *op. cit.*, p.70.

<sup>378</sup> *Ibid.*, p.72.

monetaria que permitirá relacionar consumo e inversión con la tasa de interés. Esta teoría determinará, de acuerdo a su proposición fundamental, que los ingresos y los precios dentro del sistema económico fluctuarán hasta que «el monto de las sumas totales de dinero que los individuos deciden guardar en el nuevo nivel de ingresos y precios así logrados llega a ser igual a la suma de dinero creada por el sistema bancario»<sup>379</sup>. En este sentido, lo que J.M. Keynes pretende explicar es que el volumen de dinero existente dentro del sistema permitirá controlar la relación existente entre ingreso y ahorro y, por tanto, la necesidad de potenciar el factor de inversión para complementar la carencia de consumo y poder elevar la demanda efectiva del sistema hasta un volumen de ocupación óptimo.

A partir de estos tres pilares fundamentales, nuestro autor construye y articula su Teoría General. Esta teoría se basa, lógicamente, en la superación del principio clásico de equilibrio, o la afirmación de que toda renta se consume o se invierte. El elemento fundamental que explica el funcionamiento del sistema económico en un nivel de equilibrio subóptimo durante un periodo prolongado de tiempo es la tendencia a atesorar, es decir, a que el consumo más la inversión no sean capaces de poner en funcionamiento, de nuevo, toda la renta disponible<sup>380</sup>. Por eso, el autor británico comienza analizando el concepto de consumo a través de los factores objetivos y los factores subjetivos que lo determinan<sup>381</sup>. Entre los factores objetivos que determinan el consumo cita los cambios salariales, la relación del salario nominal con el real en cada momento, las variaciones en el valor del capital del individuo, la relación con el cambio a futuro de los bienes dispuestos, la política fiscal y la expectativa sobre el nivel de ingresos futuros. En lo referente a los aspectos subjetivos cita, entre otros, la previsión futura de contingencias, la necesidad de independencia, la necesidad de un margen de seguridad respecto a imprevistos o la querencia de legar una fortuna a los herederos. Estos aspectos objetivos y subjetivos, sin embargo, se articulan en base a la ley psicológica que preside el pensamiento de J.M. Keynes en todo lo referente al consumo

---

<sup>379</sup> *Ibid.*, p.105.

<sup>380</sup> En su análisis de la novedad keynesiana, observa J.A. Schumpeter que, «antes de Keynes los economistas daban por supuesto que normalmente los ahorradores invierten cuanto ahorran. Keynes supone, en cambio, que la gente ahorra sin ninguna intención precisa de invertir y que, una vez han ahorrado, pueden decidir no invertir, sino conservar sus ahorros en forma de dinero», véase J.A. Schumpeter, *Historia del análisis económico*, Barcelona: Ariel, 1971, p.1240.

<sup>381</sup> J. M. Keynes, *op. cit.*, pp.109-127.



individual, y es que la cantidad de ingreso relativa que un individuo consume va decreciendo conforme el nivel de este último aumenta o, dicho de otra forma, que aunque ingreso y consumo crecen de forma paralela, el segundo lo hace más lentamente que el primero. Luego, a mayor ingreso, mayor proporción de ahorro. Y esta diferencia se deriva de la satisfacción de las necesidades básicas del individuo que, una vez alcanzadas, permiten una mayor tendencia a la acumulación. La conclusión lógica del análisis del consumo es que «las oportunidades de ocupación están necesariamente limitadas por la extensión de la demanda agregada»<sup>382</sup>, y esta, en un modelo de consumo decreciente respecto al ritmo de crecimiento del ingreso, se debe compensar con una creciente inversión. Además, hay que tener en cuenta, como explica J.M. Keynes<sup>383</sup>, que el consumo actual debe ser satisfecho con la producción de bienes físicos actuales, o con la producción pasada, es decir, con la desinversión de lo que se había invertido en el pasado. Si el consumo decrece respecto a la oferta de bienes y se satisface, por tanto, con una mayor cantidad de desinversión, la exigencia obvia es un incremento acelerado de la inversión actual que vuelva a equilibrar el sistema, por lo que un aumento continuo del capital obliga a un incremento continuo de la inversión social para que el sistema se mantenga en un equilibrio que permita una ocupación plena, y una creciente dificultad para mantener este ritmo creciente a futuro. En este contexto de relación entre consumo e inversión es en el que nuestro autor introduce el concepto del multiplicador de inversión, conceptualizado como un indicador de que «cuando existe un incremento en la inversión total, el ingreso aumentará en una cantidad que es  $k$  veces el incremento de la inversión»<sup>384</sup>. En otras palabras, el concepto del multiplicador relaciona el aumento de la oferta agregada con el nivel de inversión que se desarrolla. Como un nivel creciente de inversión estimula la oferta de bienes físicos para el consumo y, por tanto, el nivel de ocupación, la relación final entre este aumento de la ocupación resultante y el nivel de inversión inicial es el multiplicador  $k$ . Si la propensión marginal a consumir en una sociedad, es decir la parte del ingreso individual medio destinado al consumo, es alta, este multiplicador también lo será porque cualquier pequeña inversión potenciará aún más el ciclo económico. Pero, como

---

<sup>382</sup> *Ibid.*, p.121.

<sup>383</sup> *Ibid.*, p.122.

<sup>384</sup> J. M. Keynes, *op. cit.*, p.131.

hemos observado, esta propensión disminuye conforme aumenta el nivel de ingresos, por lo que en sociedades desarrolladas el multiplicador también disminuye y se necesita un mayor volumen de inversión para incrementar el volumen ocupación total en las mismas<sup>385</sup>.

Consecuentemente, ante la tendencia observada empíricamente y sustentada en una serie de factores objetivos y subjetivos de que el peso relativo del consumo respecto del ingreso disminuye en las sociedades desarrolladas, el aspecto que se debe analizar es la otra componente que pone en funcionamiento la renta obtenida, la inversión. Pero, ¿de qué depende el volumen de inversión? Esta es la primera pregunta que intenta responder el economista británico, para lo cual introduce el concepto de *eficiencia marginal del capital*, es decir, la relación existente entre los rendimientos futuros que puede producir una inversión y el coste actual de la misma<sup>386</sup>. Y, en línea con la visión keynesiana de actuar con agregados, a partir de este concepto construye la curva correspondiente, es decir, la curva de la eficiencia marginal del capital o, de manera inversa, la curva de demanda de inversión. Ambos conceptos se relacionan puesto que la eficiencia del capital disminuirá para ciertos sectores conforme aumenta la inversión en los mismos como resultado de una mayor presión al alza del coste de dicha inversión y, al mismo tiempo, por efecto de una disminución de las rentabilidades esperadas de dichas inversiones por el aumento de la competencia. Por todo ello, el elemento fundamental en la construcción de dicha curva es la capacidad de anticipar los rendimientos futuros de la inversión realizada, que J.M. Keynes denominaba *expectativas a largo plazo*. Pero, para determinar el volumen de inversión en un sistema económico, el otro elemento fundamental es la *tasa de interés*, es decir, la recompensa que el individuo exige a cambio de no atesorar la renta que no consume<sup>387</sup>. La demanda

---

<sup>385</sup> En referencia a este concepto se recoge la famosa e irónica cita del autor británico: «Si la Tesorería se pusiera a llenar botellas viejas con billetes de banco, las enterrara a profundidad conveniente en minas de carbón abandonadas, aunque luego se cubrieran con escombros de la ciudad, y dejara a la iniciativa privada, de conformidad con los bien experimentados principios del *laissez-faire*, el cuidado de desenterrar nuevamente los billetes [...] no se necesitaría que hubiera más desocupación y, con ayuda de las repercusiones, el ingreso real de la comunidad y también su riqueza de capital probablemente rebasarían en buena medida su nivel actual. Claro está que sería más sensato construir casas o algo semejante; pero si existen dificultades políticas y prácticas para realizarlo, el procedimiento anterior sería mejor que no hacer nada», véase John M. Keynes, *Teoría General de la ocupación, el interés y el dinero*, Mexico D.F.: Fondo de Cultura Económica, 2010, p.143.

<sup>386</sup> J. M. Keynes, *op. cit.*, p.147.

<sup>387</sup> *Ibid.*, pp.172-179.

de inversión se verá desplazada, por tanto, en función de la tasa de interés existente, puesto que si esta es elevada, las rentabilidades exigidas a la inversión también se elevarán y disminuirán el montante global invertido e, inversamente, incrementarán la parte de renta atesorada y disminuirá el volumen de ocupación. En otras palabras, el atesoramiento, que en términos keynesianos podemos expresar como la preferencia por la liquidez, dependerá en última instancia de que la tasa de interés permita que la curva de demanda de inversión se desplace al alza y ponga en movimiento la mayor parte de la renta que no se ha consumido. Dicho de otra forma, y en palabras del economista británico:

parece ser, pues, que la tasa monetaria de interés juega papel peculiar en la fijación de un límite al volumen de ocupación, desde el momento que marca el nivel que debe alcanzar la eficiencia marginal de un bien de capital durable para que se vuelva a producir<sup>388</sup>.

En conclusión, la Teoría General keynesiana, ante un ciclo económico descendente como el que se estaba sufriendo en la década de 1930, hacía depender el volumen de ocupación, determinante del nivel de ingresos del sistema, de la eficiencia marginal del capital, es decir, de la confianza en que las nuevas inversiones a realizar fuesen capaces de generar rendimientos suficientes para compensar la tasa de interés existente y, de esta forma, remunerar adecuadamente a los individuos para que pudiesen poner en circulación sus ahorros en lugar de conservarlos en forma líquida. En un ciclo descendente, observaba nuestro autor, el factor psicológico capaz de anticipar rendimientos futuros podía generar tal incertidumbre que hundiese la eficiencia marginal del capital y, con ella, la demanda de inversión, por muy baja que fuese la tasa de interés existente mediante la inyección de más volumen de dinero en el sistema, generando, de esta forma, una trampa de liquidez, es decir, una indiferencia ante el estímulo más lógico y una espiral depresiva en aumento. La tradición clásica no había sido capaz de interpretar correctamente la conexión que se establecía entre el nivel de inversión y de consumo por un lado, con el nivel de ingresos del sistema que

---

<sup>388</sup> *Ibid.*, p.220.

determinaba, paralelamente, el nivel de los salarios nominales e, indirectamente, el de los salarios reales. Por eso, la espiral depresiva generada por un menor consumo, que no podía ser compensado con un nivel de inversión que tendía, también, a reducirse producía, a su vez, una reducción en los ingresos ante la que la teoría clásica proponía una flexibilización de los salarios nominales. Esta reducción, dado el menor nivel de producción y el aumento correspondiente de los precios de los bienes fabricados por una mayor presión de la demanda, se traduciría en una mayor reducción de los salarios reales y, como consecuencia, una menor demanda agregada que seguiría deprimiendo todo el sistema con una bajada aun mayor del volumen de ocupación. En base a esta argumentación, que trataba de explicar los hechos empíricos que se estaban viviendo en esa época, J.M. Keynes observaba que

en condiciones de *laissez-faire*, quizá sea imposible evitar las fluctuaciones amplias en la ocupación sin un cambio trascendental en la psicología de los mercados de inversión, cambio que no hay razón para esperar que ocurra. En conclusión, afirmo que el deber de ordenar el volumen actual de inversión no puede dejarse con garantías de seguridad en manos de los particulares<sup>389</sup>.

Por tanto, la Teoría General keynesiana impulsaba a reaccionar contra esta espiral depresiva compensando la inacción del capital privado en la generación de una mayor demanda agregada y animaba a mantener un «cuasi-auge continuo»<sup>390</sup> en el sistema económico mediante la movilización pública de capital para impulsar inversiones que compensasen la reducción del consumo y permitiesen mantener en funcionamiento el carrusel económico que ya los fisiócratas habían determinado: producción-consumo-crecimiento. La tradición clásica y su mecanismo de corrección automática del mercado no era válida en situaciones de depresión profunda y, en este contexto había que volver a prender la mecha del crecimiento mediante una acción estatal que incrementase la demanda de inversión para que se elevase la ocupación, se generasen más ingresos, se elevase de nuevo el consumo y se volviese a una situación creciente de

---

<sup>389</sup> *Ibid.*, pp.304-305.

<sup>390</sup> *Ibid.*, p.306.

inversión que mantuviese en un crecimiento continuo el sistema económico. El autor británico afirmaba que la causa principal de los problemas sociales de su época era el subconsumo, una determinada distribución de la riqueza que empujaba a utilizar el sistema productivo por debajo de su nivel óptimo, y que debía volver a regenerarse, quizá no tanto vía un consumo individual, sino más bien mediante una inversión social que dinamizase de nuevo el sistema compensando la menor cantidad de renta dedicada a dicho consumo. Y, anticipándose a la idea de que una posible solución sería la redistribución del volumen de empleo existente impulsando un menor nivel de ingresos individuales pero una mayor disponibilidad de tiempo, afirmaba que «en la actualidad hay datos muy claros de que la gran mayoría de los individuos preferiría mayores ingresos a mayor holganza; y no veo razón suficiente para obligar a quienes quieren lo primero a aceptar lo segundo»<sup>391</sup>.

Por tanto, las conclusiones de la propuesta keynesiana, lejos de su pretensión inicial de suponer una ruptura con la tradición clásica<sup>392</sup>, muestran cómo la evolución histórica de la ciencia económica se caracteriza por la revisión continua de una serie de conceptos económicos básicos que ya habían sido postulados por la escuela fisiocrática en los inicios de la misma, y que se articularán bajo unos dogmas ideológicos que la etapa post-keynesiana vuelve a recuperar de la escuela clásica. De hecho, como observa J.A. Schumpeter, «Keynes acepta fundamentalmente el aparato marshalliano de la teoría económica y se limita a reajustarlo en varios puntos»<sup>393</sup>. Aunque, de acuerdo con el autor austríaco, esos puntos de reajuste resultaron muy importantes en el contexto de la Gran Depresión y produjeron importantes éxitos políticos, pero sin que se introdujesen «ideas fundamentalmente nuevas»<sup>394</sup>. Sin embargo, la innovación keynesiana durante el decenio de 1930 tomó aún más fuerza si cabe durante la Segunda Guerra Mundial. En ésta época encontró el apoyo de la estadística y de los desarrollos de Simon Kuznets<sup>395</sup>, que originaron una serie de indicadores que en adelante se impondrían dentro del

---

<sup>391</sup> *Ibid.*, p.309.

<sup>392</sup> A este respecto, el economista austríaco J.A. Schumpeter observa que «el mensaje parecía revelar una nueva visión del proceso capitalista no solo, como hemos visto, para el público y los autores marginales, sino también para muchas de las mejores cabezas del análisis profesional», véase J.A. Schumpeter, *Historia del análisis económico*, Barcelona: Ariel, 1971, p.1276.

<sup>393</sup> J.A. Schumpeter, *Historia del análisis económico*, Barcelona: Ariel, 1971, p.1240.

<sup>394</sup> *Ibid.*, p.1240.

<sup>395</sup> J.K. Galbraith, *op. cit.*, p.267.

sistema económico. Este desarrollo estadístico no vino sino a reforzar el aislamiento de la ciencia económica que ya había sido establecido en la etapa neoclásica<sup>396</sup>, puesto que construyó los instrumentos necesarios para comprobar por sí misma su propio éxito o fracaso, lo que llevaba, indefectiblemente, a resaltar siempre su éxito. Los datos estadísticos permitieron reforzar, no podía ser de otra forma, el argumento de base del keynesianismo, que no era otro que la infrautilización de los recursos y, en especial, del capital. La aplicación de las políticas keynesianas apoyadas en estos datos estadísticos, y los resultados empíricos de la época potenciaron la asimilación de las nuevas teorías, que se impusieron en los años de posguerra.

De esta forma, y a pesar de la pretendida novedad del planteamiento, la consecuencia final será el mantenimiento del marco ideológico y las categorías básicas del sistema económico<sup>397</sup>. Es decir, el debate no se desarrollará en torno a la propia estructura sobre la que se asienta el sistema económico, a sus fundamentos, sino a la operatividad sobre los conceptos económicos y cómo aplicarlos de forma práctica para conseguir los mismos objetivos propuestos por el sistema clásico.

## 2.5. EL MONETARISMO: LA APERTURA A LA ECONOMÍA GLOBAL

Pero, el reinado del keynesianismo hasta el decenio de 1970 no tuvo en cuenta que la propia fuerza expansiva del sistema económico se basaba en la generación correspondiente de grandes desequilibrios a nivel mundial. La ciencia económica, encerrada en su burbuja matemática y estadística, resultaba impermeable al resto de ciencias, y a sus efectos en el mundo real<sup>398</sup>. El surgimiento de los modelos econométricos permitió la generación de predicciones en materia económica utilizadas para la prescripción de políticas económicas que, a la postre, resultaron totalmente erróneas. Y al final de este periodo de marcada influencia keynesiana nos esperaba un nuevo ciclo depresivo, ante el que la reacción fue la vuelta a la ortodoxia clásica. La ortodoxia se había mantenido en desarrollo continuo gracias a la Escuela austríaca que,

---

<sup>396</sup> Econometría y macrodinámica al servicio de una economía científica cada vez más sofisticada y con mayor desarrollo técnico.

<sup>397</sup> J.M. Naredo, *La economía en evolución*, Madrid: Siglo XXI, 2003, pp.341-349, y J.K. Galbraith, *op. cit.*, p.257, «la proeza de Keynes se cifra en haber dejado tantas cosas como antes».

<sup>398</sup> J.K. Galbraith, *op. cit.*, p.284.

desde los desarrollos utilitaristas de C. Menger, había evolucionado de la mano de Eugen Böhm-Bawerk (1851-1914), Ludwig von Mises (1881-1973), y Friedrich von Hayek (1899-1992), consolidándose en lo que se denominará Monetarismo<sup>399</sup>, de la mano de Milton Friedman (1912-2006)<sup>400</sup> y la Escuela de Chicago, que postulaban la vuelta al «mercado competitivo clásico»<sup>401</sup> y a las teorías de la economía clásica.

El pensamiento económico desarrollado por Milton Friedman se revela como una reacción ante la corriente Keynesiana que dominaba la ciencia económica desde finales de la Segunda Guerra Mundial, pretendiendo recuperar las señas de identidad de la economía clásica a partir del desarrollo de A. Marshall<sup>402</sup>. Y esta reacción se sustentaba en la divergencia que presentaba la realidad económica de finales de la década de 1960 respecto de las teorías keynesianas en boga, o dicho de otra forma, M. Friedman y la Escuela de Chicago que ayudó a desarrollar buscaron en la realidad, en el empirismo, el pilar fundamental de su lógica económica. Este es, quizá, el rasgo peculiar que definirá la ciencia económica en la etapa monetarista y en su apertura a la globalidad, la necesidad de un soporte empírico robusto que fomentase su capacidad de predicción relegando la sofisticación analítica a un segundo plano<sup>403</sup>. Como señala Alan Walters en la Introducción a la edición española de *Monetarist Economics*, el economista norteamericano «creía que la economía debía ser considerada como una disciplina científica, donde las hipótesis tentativas debían ser puestas a prueba comparando las predicciones de la teoría con los resultados concretos en la realidad»<sup>404</sup>.

---

<sup>399</sup> El propio M. Friedman acepta esta denominación, no sin mostrar su desagrado, en base «al renovado énfasis en el papel que desempeña la cantidad de dinero», M. Friedman, *La economía monetarista*, Barcelona: Gedisa, 1992, p.14.

<sup>400</sup> En la *Introducción* a la obra de M. Friedman, *La economía monetarista*, Sir Alan Walters afirma que el economista norteamericano es reconocido como «el gran exponente del monetarismo», véase, M. Friedman, *La economía monetarista*, Barcelona: Gedisa, 1992, p.9.

<sup>401</sup> J.K. Galbraith, *op. cit.*, p.296.

<sup>402</sup> Sobre esta cuestión afirma A. Argandoña que «Friedman es marshalliano, y ve la teoría económica como una máquina para descubrir verdades concretas», como diferencia frente a los *nuevos clásicos* que tomaron el relevo dentro de la corriente monetarista, véase A. Argandoña, «El pensamiento económico de Milton Friedman», *IESE Business School - Universidad de Navarra*, Documento de Investigación 193, Julio 1990, p.25.

<sup>403</sup> A. Argandoña, «El pensamiento económico de Milton Friedman», *IESE Business School - Universidad de Navarra*, Documento de Investigación 193, Julio 1990, p.4.

<sup>404</sup> A. Walters, «Introducción». En M. Friedman, *La Economía Monetarista*, Barcelona: Gedisa, 1992, p.9.

La re-construcción de la ciencia económica sobre el fundamento clásico se desarrollará poniendo énfasis en cuatro aspectos fundamentales para su enfoque de la esfera económica: 1) la consideración de la actuación racional de los agentes económicos, es decir, la adopción de la hipótesis de que todos los agentes que participan en la esfera económica se comportan de acuerdo al objetivo de maximización de sus intereses; 2) el mercado como instrumento fundamental de asignación de recursos<sup>405</sup>; 3) los precios como instrumento fundamental del mercado para la transmisión de información; y 4) un equilibrio paretiano a largo plazo que reflejaba la tendencia a corregir las posibles desviaciones que se produjesen a corto plazo, que además se asumían como carentes de importancia.

En el desarrollo de este enfoque propio de la Escuela de Chicago, el punto de partida se ubica en la capacidad analítica de los primeros desarrollos que M. Friedman lleva a cabo con varios de sus colegas y una nueva perspectiva de la macroeconomía que J.M. Keynes había impulsado, y que ahora se concibe como «la adición de conductas microeconómicas en un contexto optimizador»<sup>406</sup>. Esta interpretación de la macroeconomía y la concepción de los precios como un instrumento básico en la transmisión de información dentro del mercado condujeron al autor norteamericano a una teoría neocuantitvista del dinero que devino, posteriormente en un monetarismo, es decir, en una puesta en valor de la relevancia del dinero y las limitaciones que conllevaba la política monetaria<sup>407</sup>.

En su obra, *La economía monetarista*<sup>408</sup>, el propio M. Friedman postula el monetarismo como una contrarrevolución que acaba con la revolución keynesiana que

---

<sup>405</sup> Sobre la importancia que M. Friedman atribuye al mercado en el seno de su teoría económica, A. Argandoña observa en su investigación que para el autor norteamericano, éste es «el medio más eficiente de que disponeos para la asignación de recursos, para elevar el nivel de vida de las poblaciones, para fomentar la selección, diversidad y bienestar, y para asegurar la libertad». Y más adelante afirma que «es un medio para atraer la cooperación de todos en la producción [...] es también un gran transmisor de información», e incluso que «el mercado reduce las tensiones en la estructura social», véase A. Argandoña, «El pensamiento económico de Milton Friedman», *IESE Business School - Universidad de Navarra*, Documento de Investigación 193, Julio 1990, p.20.

<sup>406</sup> A. Argandoña, *op. cit.*, p.5.

<sup>407</sup> *Ibid.*, p.5.

<sup>408</sup> Esta obra, editada por Basil Blackwell en 1991, y titulada originalmente *Monetarist Economics*, recoge artículos e intervenciones de M. Friedman en la década de 1970 -salvo un artículo que se corresponde con una revisión en dicha década y que fue originalmente publicado en 1946- y publicados por el *Institute of Economics Affairs*. Teniendo en cuenta el desarrollo conceptual de los mismos, los



había sumido en un profundo error a la ciencia económica desde la década de 1930 hasta finales de la década de 1960. El autor norteamericano se retrotrae a la consolidación de la teoría cuantitativa del dinero que había sido aceptada y desarrollada desde los comienzos de la escuela clásica, pero que queda consolidada con la ecuación cuantitativa del economista norteamericano Irving Fisher<sup>409</sup>:  $MV = PT$ . La idea fundamental que animaba la teoría cuantitativa era el establecimiento de una relación entre la cantidad de dinero existente en el sistema económico y los precios de los bienes producidos, y lo que la ecuación de I. Fisher postulaba era que «el dinero multiplicado por la velocidad es igual a los precios multiplicados por el volumen de transacciones»<sup>410</sup>. Hasta la Gran Depresión de la década de 1930, la ecuación de I. Fisher se consideró que interpretaba correctamente la realidad porque, en condiciones de velocidad más o menos estable y, por tanto, independiente del resto de variables, cualquier cambio en la cantidad de dinero «se reflejaría en los precios o en la producción»<sup>411</sup>.

La recuperación de esta teoría cuantitativa constituye la base del esquema analítico del monetarismo, puesto que impulsa la revisión de la función de consumo keynesiana que, apoyándose en la rigidez de los precios en el sistema, asumía la propensión marginal al consumo y el concepto de multiplicador, como los elementos fundamentales con los que la política fiscal puede operar para alcanzar el pleno empleo, asumido como una situación posible. La revisión que M. Friedman realiza de esta función del consumo se basa en los desarrollos ya indicados de Irving Fisher y, especialmente, en el concepto de renta permanente, por el que el consumo ya no estaría guiado por un factor psicológico que decrecería relativamente al nivel de renta, sino que estaría determinado por la expectativa de renta a obtener en el futuro y la renta ya obtenida hasta el momento, es decir, por el ingreso permanente del individuo<sup>412</sup>. Pero,

---

problemas que aborda, y su desarrollo temporal (1970-1980), en adelante lo consideraremos como un texto básico para el análisis de la aportación monetarista a la evolución de la ciencia económica.

<sup>409</sup> En este sentido, J.A. Schumpeter también reconoce la labor de I. Fisher, reflejada en su *The Purchasing Power of Money* (1911) y en su monumental *The Making of Index Numbers* (1922), impulsora de todo el *trabajo de calidad* que se realizará posteriormente en este campo, véase J.A. Schumpeter, *Historia del análisis económico*, Barcelona: Ariel, 1971, p.1185.

<sup>410</sup> M. Friedman, *La economía monetarista*, Barcelona: Gedisa, 1992, p.15.

<sup>411</sup> *Ibid.*, p.16.

<sup>412</sup> La culminación de la nueva concepción de la teoría del consumo se recoge en *A Theory of Consumption Function*, publicada en 1957. La diferencia con la teoría keynesiana se centra en que el

además de apoyarse en la concepción de I. Fisher de la renta como derivada de la riqueza, como rendimiento del capital, utiliza la teoría keynesiana de la demanda de activos, pero concibiendo los activos de una forma ampliada, para volver a la ya comentada teoría cuantitativa del dinero que desarrollara D. Hume y consolidase I. Fisher. En esta nueva visión, y dada la nueva interpretación de la función de consumo, de la renta como rendimiento del capital, y de la demanda de activos, el dinero se convierte en un elemento fundamental del sistema económico, creado para ser gastado y que, ante un incremento de su volumen, provoca un aumento de los precios<sup>413</sup>. En la ecuación que relacionaba la cantidad de dinero con los precios, el factor fundamental pasa a ser el propio dinero, puesto que su importancia ya no reside por su gasto o movimiento en las transacciones, sino por la posibilidad de no gastarlo, de atesorarlo. De esta interpretación se deriva la correlación directa que establece nuestro autor entre la cantidad de dinero en el sistema y la inflación, puesto que cualquier entrada repentina de dinero en la economía se reflejará en un incremento de los precios. No obstante, estos efectos inflacionarios a corto plazo se verían equilibrados a largo plazo, de acuerdo con la visión de estabilidad paretiana característica de la Escuela de Chicago, con movimientos en sentido contrario de la producción<sup>414</sup>. Por tanto, el comportamiento del sistema ante cualquier incremento de volumen de dinero es también un comportamiento cíclico, como el de la economía real, pero anticipado.

Por tanto, dada la importancia del dinero en el esquema teórico de la Escuela de Chicago, frente a la posición angular que ocupaba la política fiscal en el modelo keynesiano como catalizador de la demanda agregada<sup>415</sup>, «el control de la cantidad de dinero es fundamental en el esquema de Friedman»<sup>416</sup>. Y, a pesar de que inicialmente se

---

consumo se hace depender, en la lógica monetarista, de lo que se considera la renta permanente y, por tanto, se considerará independiente de las variaciones transitorias de la misma. Y esta renta permanente depende, no solo de las expectativas de renta futura, sino también de la riqueza actual que proporcionará una base fundamental de la renta futura.

<sup>413</sup> A. Argandoña, *op. cit.*, p.7.

<sup>414</sup> *Ibid.*, p.12.

<sup>415</sup> Al respecto de la revolución keynesiana, observa M. Friedman que esta se produce por los acontecimientos, que llevan a J.M. Keynes a creer, como otros muchos economistas, que la teoría cuantitativa del dinero era errónea, no porque la desechasen como tal, sino porque los precios eran muy rígidos, por lo que la velocidad debía ser altamente adaptable, véase M. Friedman, *La economía monetarista*, Barcelona: Gedisa, 1992, p.18.

<sup>416</sup> A. Argandoña, *op. cit.*, p.15.

decantase por una política monetaria contracíclica<sup>417</sup>, finalmente defenderá un sistema reglado que permitiese mantener una cantidad creciente y constante de dinero compatible con un crecimiento del producto real a largo plazo y una inflación nula<sup>418</sup>. No obstante, la política monetaria es la herramienta que se debe utilizar para una evolución controlada de los precios y para que no exista inflación, pero de ella no dependen otros factores del sistema económico, como se había desarrollado en la etapa keynesiana. De esta forma, el nivel de empleo no se hace depender de la política monetaria, sino de los factores estructurales del propio mercado de trabajo que determinarán un nivel de desempleo natural motivado por las propias relaciones laborales.

La curva que Alban William Phillips propuso en 1958, que relacionaba la inflación con desempleo de forma negativa, y que reforzaba la teoría keynesiana que permitía incrementar el nivel de empleo mediante un aumento de la demanda agregada que se reflejaba en un aumento de inflación derivada de un incremento de precios, fue desechada a la vista de los efectos de la crisis de la década de 1960<sup>419</sup>, que combinaba una elevada inflación con un incremento del desempleo, en lo que se denominó un periodo de *estanflación*. Como observa A. Argandoña, M. Friedman interpretó que la curva de Phillips se desplazaba en función de «factores estructurales en el mercado del empleo: comportamientos sindicales, salarios mínimos, crecimiento de la población, seguro de desempleo, etc.»<sup>420</sup>. Por tanto, el pleno empleo se asumía como un objetivo inalcanzable y lo que se podía esperar era a alcanzar un paro natural definido por estos factores estructurales siempre que se mantuviese una tasa de inflación constante<sup>421</sup> y

---

<sup>417</sup> M. Friedman, *op. cit.*, p.33.

<sup>418</sup> En su crítica a la revolución keynesiana y su defensa de la contrarrevolución monetarista, observa M. Friedman que lo fundamental no es la política fiscal, como había impulsado J.M. Keynes, sino la política monetaria. La defensa de esta postura se sustenta en el error keynesiano de interpretar que los precios son totalmente rígidos y hacer adaptable la velocidad de dinero, véase M. Friedman, *La economía monetarista*, Barcelona: Gedisa, 1992, pp.23-28. Asimismo, M. Friedman postula los principios básicos del monetarismo.

<sup>419</sup> Una crítica sobre la curva de A.W. Phillips y su comparativa con las observaciones de la correlación negativa entre inflación y desempleo que ya había anticipado I. Fisher en un artículo publicado en 1926, *A Statistical Relation between Unemployment and Price Changes*, puede consultarse en M. Friedman, *La economía monetarista*, Barcelona: Gedisa, 1992, pp.81-104.

<sup>420</sup> A. Argandoña, *op. cit.*, p.17.

<sup>421</sup> M. Friedman achaca la existencia de la inflación a los intereses gubernamentales para obtener una renta extra. De acuerdo con su teoría monetarista es posible alcanzar una inflación cero y este sería el

pudiendo aproximarse a cero. En conclusión, la Escuela de Chicago termina por eliminar cualquier relación entre la inflación, o evolución de los precios, y el desempleo, puesto que éste último depende exclusivamente<sup>422</sup> de factores externos a la política monetaria.

No cabe duda que el desarrollo teórico de M. Friedman en la esfera de lo económico se sustenta en el principio de que la ciencia es objetiva y que debe dejar de lado los juicios de valor y cualquier cuestión subjetiva<sup>423</sup>. Desde su punto de vista, solo los hechos son capaces de permitirnos realizar afirmaciones de índole científica y solo mediante la contrastación empírica podremos determinar si nuestras teorías se ajustan a la realidad. En otras palabras, la visión del autor norteamericano supone una separación radical de las perspectivas Positiva y Normativa de la Economía, que permite dotar de vida propia al desarrollo puramente científico de la disciplina, como desconectado de sus implicaciones sociales y basado únicamente en la construcción de teorías a partir de hipótesis y generalizaciones que demuestren ajustarse lo suficientemente bien a la realidad circundante<sup>424</sup>. El desarrollo estadístico que ya S. Kuznets había impulsado después de la Segunda Guerra Mundial, y la generación de variables agregadas como reflejo fidedigno de los comportamientos individuales, de acuerdo con la nueva visión de la macroeconomía, acude en apoyo de esta visión científica de la economía y ayuda a sustentar la consolidación de la progresiva separación de la esfera de lo económico respecto de lo social circundante.

Después de que M. Friedman abandonase la Escuela de Chicago en 1977, un nuevo grupo de economistas destacaron en la profundización del monetarismo: Robert

---

escenario ideal de un mundo de primera, véase M. Friedman, *La economía monetarista*, Barcelona: Gedisa, 1992, pp.39-40.

<sup>422</sup> De hecho, el autor norteamericano señala que el desempleo es un efecto colateral de la inflación y no puede relacionarse directamente con ella. La reducción de este efecto colateral se produciría mediante la indexación de todos los contratos, incluidos los laborales, al índice utilizado para medir la inflación, véase M. Friedman, *La economía monetarista*, Barcelona: Gedisa, 1992, p.45.

<sup>423</sup> Esta visión del economista norteamericano había sido desarrollada antes de la serie de artículos que componen su visión de *La Economía Monetarista*, en concreto en un breve "Comment" recogido en *Survey of Contemporary Economics*, vol. II, ed. B.F. Haley, Richard D. Irwin Inc., Chicago, 1952, pp.455-457, y que posteriormente es utilizado para "La metodología de la Economía Positiva", en *Ensayos sobre Economía Positiva*, Madrid: Gredos, 1967, y editado originalmente en 1953 bajo el título *Essays in Positive Economics*.

<sup>424</sup> «La economía, en cuanto ciencia positiva, es un cuerpo de generalizaciones a título experimental acerca de los fenómenos económicos, que puede usarse para predecir las consecuencias de cambios en las circunstancias», M. Friedman, *Ensayos sobre Economía Positiva*, Madrid: Gredos, 1967, p.41.

E. Lucas, Robert J. Barro, Thomas J. Sargent, Wallace o Benett T. McCallum<sup>425</sup>. Estos nuevos clásicos basan su desarrollo teórico en la obra de M. Friedman y, al igual que él, pretenden que el paradigma económico se retrotraiga a la escuela clásica o neoclásica, haciendo abstracción de las aportaciones de J.M. Keynes. Fundamentalmente, los aspectos que comparten con la Escuela de Chicago se refieren a: 1) un rechazo radical a la ilusión monetaria, es decir, apoyan la idea de que los agentes económicos basan sus decisiones en factores reales y no nominales; 2) la defensa de que el comportamiento básico de los agentes es el de la optimización continuada de sus intereses en función de la información de que disponen; y 3) la asunción de que las expectativas de los agentes económicos son racionales, es decir, que son capaces de evaluar su entorno económico sin incurrir en errores sistemáticos<sup>426</sup>.

En este sentido se pueden interpretar los modelos que promovió Robert Emerson Lucas sobre las anticipaciones adaptativas y, posteriormente, las anticipaciones racionales basadas en los modelos de racionalidad de John Fraser Muth, y que suponen que los individuos «reaccionan inmediatamente y lo hacen con una lucidez y una clarividencia totales»<sup>427</sup>. Esta potenciación de la visión racional del individuo es también explotada por Gary Becker, que considerará todo comportamiento humano como una especie de comportamiento económico, dada la escasez de los recursos y la necesidad de las elecciones racionales ante la situación. Los costos de oportunidad de cualquier decisión se convierten en el factor último que rige la actuación del individuo<sup>428</sup>.

No obstante, el desarrollo teórico de estos nuevos clásicos presenta una diferenciación fundamental con el impulsado por M. Friedman y la Escuela de Chicago, y es que su teoría se caracteriza por una estructura formal, generalista, y con altas dosis de precisión y abstracción en sus supuestos, lo que les lleva a enfatizar sus resultados en el corto plazo y no considerar tan fundamental el largo plazo como periodo necesario para la observación de los mismos.

---

<sup>425</sup> A. Argandoña, *op. cit.*, p.24.

<sup>426</sup> *Ibid.*, pp.24-25.

<sup>427</sup> R. Passet, *Las grandes representaciones del mundo y la Economía a lo largo de la historia*, Madrid: Clave Intelectual, 2013, pp.973-974.

<sup>428</sup> *Ibid.*, pp.977-978.

### 3. LA ARTICULACIÓN DE LA CIENCIA ECONÓMICA

En su obra póstuma, *Historia del Análisis Económico*, J.A. Schumpeter recoge una referencia<sup>429</sup> al intento de Nassau William Senior, desarrollado en su *An Outline of the Science of Political Economy* (1836), de construir una teoría axiomática de la ciencia económica. En su propuesta, N. W. Senior se basó en dos conceptos económicos básicos, el de riqueza y valor de cambio, y formuló cuatro principios fundamentales con los que articularía los conceptos anteriores: 1) el deseo general de riqueza que guía a todo ser humano; 2) la necesidad de disponer de bienes materiales para poder superar las limitaciones físicas del crecimiento de la población; 3) el mantenimiento de un incremento ilimitado de la riqueza mediante la reinversión de los productos obtenidos en el propio proceso económico; y 4) la tendencia de los rendimientos decrecientes en el proceso productivo<sup>430</sup>.

Desde entonces, las propuestas de construcción axiomática de la ciencia económica han sido diversas y han recogido diferentes principios fundamentales para articularlas. En un análisis de la enseñanza universitaria de la ciencia económica, Martin Kniepert se refiere a cinco principios básicos que sustentan la axiomatización neoclásica imperante: 1) la maximización del interés propio; 2) la racionalidad (instrumental); 3) la información como parte de la toma de decisiones; 4) la propiedad privada; y 5) la convexidad, es decir, la relación entre el valor de un bien y su modo de producción<sup>431</sup>. Como el propio autor alemán pone de relieve, los tres primeros axiomas tratan de configurar el modelo de *homo oeconomicus* que se sitúa en la base de esta concepción de la ciencia económica. El cuarto defiende el desarrollo del individuo mediante la defensa del concepto de propiedad privada como instrumento del mismo, y el quinto

<sup>429</sup> J.A. Schumpeter, *Historia del análisis económico*, Barcelona: Ariel, 1971, pp.640-651.

<sup>430</sup> N.W. Senior, *An Outline of the Science of Political Economy*, New York: Sentry Press, 1965, pp.22-26.

<sup>431</sup> Respecto a la convexidad de los conjuntos de producción y de consumo, R. Passet observa que suponen «una perfecta sustitución de los bienes entre sí, así como de los factores. De manera tal que entre dos extremos, siempre existe una combinación óptima. Es una condición matemática de la que muchos harán una imagen de la realidad», véase R. Passet, *Las grandes representaciones del mundo y la Economía a lo largo de la historia*, Madrid: Clave Intelectual, 2013, p.476, n.109.

facilita la abstracción del valor de un bien de su proceso de obtención<sup>432</sup>. No obstante estas u otras axiomatizaciones posibles, el objetivo fundamental que nos proponemos es reflejar la proyección de la ciencia económica como una teoría axiomática cuyo objetivo es la explicación de la realidad social y política actual, más allá de su capacidad científica de analizar las relaciones económicas, como N.W. Senior podía pretender. En otras palabras, adoptaremos una concepción de axioma como una «verdad necesaria que se manifiesta claramente» y que asumimos como obvia, frente a la concepción referente a «una proposición supuesta y no demostrable»<sup>433</sup>. Y, derivada de esta concepción, trataremos de proyectar la ciencia económica como la construcción de una teoría formal, como «un sistema de proposiciones articuladas deductivamente susceptible de un número infinito de interpretaciones llamadas modelos de la teoría»<sup>434</sup>. Más allá de proponer un modelo para interpretar la realidad económica, pretendemos profundizar en la conformación de la ciencia económica como un sistema teórico estructurado que es capaz, no solo de interpretar la realidad social, sino de monopolizarla. En cierto sentido nos hacemos eco de la advertencia del premio Nobel Gérard Debreu que cita R. Passet en su obra referente a la relación entre economía y representaciones de la historia, sobre la forma axiomática que tomaba el análisis económico por la que la teoría se separaba completamente de sus interpretaciones<sup>435</sup>.

La articulación axiomática de la ciencia económica que proponemos, en consecuencia, se sustentará en el desarrollo histórico de una serie de nociones económicas en conjunción con los axiomas ideológicos que han ido consolidándose en nuestra cultura. Estas categorías económicas fueron introducidas en los comienzos de la ciencia económica de la mano de los autores franceses del siglo XVIII, refinadas y consolidadas en la etapa clásica hasta finales del siglo XIX, sistematizadas por la escuela neoclásica a principios del siglo XX, y recuperadas en su pureza clásica en la etapa poskeynesiana hasta la actualidad, como ya hemos observado. Este proceso se ha

---

<sup>432</sup> M. Kniepert, *Die (Neue) Institutionenökonomik als Ansatz für einen erweiterten, offeneren Zugang zur Volkswirtschaftslehre*, Universität für Bodenkultur Wien Department für Wirtschafts- und Sozialwissenschaften, Diskussionspapier DP-55-2014 Institut für nachhaltige Wirtschaftsentwicklung April 2014, pp.14-15.

<sup>433</sup> Para una diferenciación en estos términos del concepto de axioma, véase I. Brunet e I. Pastor, "La axiomática de la ciencia económica convencional", *Política y Sociedad*, Madrid, 37, 2001, p.165.

<sup>434</sup> I. Brunet e I. Pastor, "La axiomática de la ciencia económica convencional", *Política y Sociedad*, Madrid, 37, 2001, p.173.

<sup>435</sup> R. Passet, *op. cit.*, p.476.

ido consolidando mediante la abstracción de la realidad física y social en la que se desenvuelve la ciencia económica, es decir, superando los valores sociales que la han ido configurando. Y el resultado de este proceso ha sido la generación de una ciencia analítica, coherente y precisa, dotada de un aparato matemático y estadístico muy complejo y potente, capaz de alcanzar su paradigma ideal reflejado en las ciencias físico-matemáticas hasta establecerse en una esfera caracterizada por su objetividad, su naturalidad y su impermeabilidad ante cualquier aportación y crítica externa, es decir, generando una segunda naturaleza, una realidad social virtual y abstracta.

Desde el punto de vista de las categorías económicas que conformarán nuestra visión axiomática de la ciencia económica, el punto de partida será una serie de conceptos económicos básicos que ya habían sido postulados por la escuela fisiocrática en los inicios de esta ciencia, y que se articularán bajo unos dogmas ideológicos que la etapa post-keynesiana vuelve a tomar de la escuela clásica. El concepto de riqueza, unido a la consideración de los objetos de acuerdo a su utilidad y escasez, las nociones de producción, trabajo, valor de cambio, crecimiento y, finalmente, la nueva noción de capital introducida en la etapa neoclásica, se revelan como el núcleo del pensamiento económico actual.

Pero estos conceptos son deudores del propio movimiento ideológico producido en la sociedad, y la asunción de la idea de progreso, la relación entre la propiedad privada y la libertad individual del neoclasicismo, el racionalismo económico o instrumental, el utilitarismo, la idea de mercado abstracto, y la pretensión de universalización de este sistema en las modernas sociedades, constituirán, por su parte, el núcleo de principios básicos que articulan los categorías anteriores para conformar nuestra visión axiomática de la ciencia económica.

### **3.1. CATEGORÍAS ECONÓMICAS**

Al abordar la construcción de los conceptos básicos sobre los que se articulará nuestra propuesta de teoría axiomática, asumiremos la importancia fundamental del concepto de riqueza social como categoría vertebradora de toda la ciencia económica. Este concepto, no cabe duda, ha sido el elemento fundamental que ha polarizado el interés de los principales economistas y que ha permitido, paralelamente, el desarrollo



de otras categorías como parte fundamental de la ciencia económica. Por consiguiente, es necesario también referirse a los conceptos de producción, trabajo y valor de cambio como elementos básicos en la fundamentación de la categoría riqueza, y como nociones que han permitido construir la realidad actual. Conjuntamente con estos conceptos, además, incluiremos las nociones de crecimiento y capital como expresiones últimas del desarrollo de la esfera económica, así como por su impulso fundamental de la actual autonomía de esta esfera respecto de las realidades social y física que la rodean.

### 3.1.1. RIQUEZA

Una de las primeras referencias a esta noción, como observa J.A. Schumpeter<sup>436</sup>, la recoge Aristóteles al referirse a los fines que posee toda actividad humana y que, en el caso de la economía, lo sitúa en la riqueza<sup>437</sup>. El análisis económico de Aristóteles, que relaciona las necesidades con su satisfacción, se articula en base al trueque a través del dinero, pero desligando radicalmente la riqueza del dinero<sup>438</sup>. El concepto de riqueza, en este caso, podría considerarse como una extensión del concepto originario de formación de propiedad, por el que diversos objetos materiales entraban en la esfera del uso colectivo y pasaban a considerarse propiedad de un cierto círculo de personas. Por ello, el concepto de riqueza se asocia más bien a la propiedad de objetos, pero siempre con moderación y subordinada a otros objetivos superiores y de raíz esencialmente religiosa<sup>439</sup>. Esta moderación en la propiedad se ve subvertida posteriormente en Roma, donde se desarrolla una concentración de la misma que da lugar a la aparición de hacendados y financieros. Esta concentración de la propiedad exige, a su vez, la generación de un aparato jurídico que le dé cobertura y la correspondiente instauración de la propiedad privada por la que «se estableció la institución que simbolizó la riqueza agraria a través de la familia pequinaque, es decir, poseedora de pecus, ovejas, y creadora de fortuna, de pecunia»<sup>440</sup>. A través de esta

---

<sup>436</sup> J.A. Schumpeter, *Síntesis de la evolución de la ciencia económica y sus métodos*, Barcelona: Oikos-Tau, 1967, p. 24, «En un pasaje de su obra (Eth. a Nic., 1094) Aristóteles define ya la economía como la ciencia de la riqueza».

<sup>437</sup> Aristóteles, *op. cit.*, p. 132.

<sup>438</sup> J.A. Schumpeter, *Historia del análisis económico*, Barcelona: Ariel, 1971, p.97.

<sup>439</sup> L. Saavedra, *Ensayo sobre la riqueza*, Madrid: Catarata, 2010, pp.26-33.

<sup>440</sup> *Ibid.*, p.36.

institucionalización se introduce el concepto de riqueza pecuniaria que permitirá, más adelante, ir desligando la riqueza de sus aspectos inmobiliarios originarios y trasladarla hacia la esfera de lo mobiliario.

Posteriormente, la escolástica volverá a trazar una línea de moderación sobre la posesión de riqueza, una visión cristiana de contención sobre la propiedad que, después de haber generado gran inestabilidad en el Imperio Romano por su desigual distribución, vuelve a ser considerada como un elemento subordinado a otros fines diferentes a los de su acumulación<sup>441</sup>. Más adelante, la corriente mercantilista desarrollará un concepto de riqueza que ya no estará ligado a la posesión de bienes inmobiliarios sino que, producto de los intercambios comerciales acrecentados durante la época se asocia a la cantidad de oro y plata disponibles para poder desarrollar estos intercambios comerciales. Pero, la riqueza no se asociaba a la cantidad de oro o plata que un país disponía de forma absoluta, sino en relación con el resto de los países, y esta relación se invertía en función de una «balanza comercial favorable»<sup>442</sup>. Por tanto, este concepto de riqueza se apoyaba en una visión de la esfera económica como un sistema comercial de suma cero, en el que si unos ganan otros tienen que perder. En los siglos XVII y XVIII, el aumento de la población, que en la Edad media se había mantenido controlada por las continuas guerras y las epidemias, reveló una situación paradójica en muchos países que, a pesar de sus posibilidades, no disponían de bienes materiales suficientes. Ante esta situación, en una parte importante de Europa surge la reflexión sobre la necesidad de aumentar la población para ser capaces de explotar adecuadamente las posibilidades existentes. De esta forma, los economistas de mitades del siglo XVIII compartían la creencia de que una población numerosa y creciente se consideraba «*síntoma* principal de la riqueza; era la *causa* principal de la riqueza; era la *riqueza* misma, el activo más sólido de una nación»<sup>443</sup>.

De forma contemporánea surge la escuela fisiocrática, en una etapa de transición entre una visión tradicional del mundo y una visión radicalmente novedosa ligada a la Revolución industrial y sus efectos sociales. La visión organicista del mundo heredada impulsa a los fisiócratas a compartir con los escolásticos la imagen del mundo

---

<sup>441</sup> *Ibid.*, pp.45-49.

<sup>442</sup> J.A. Schumpeter, *Historia del análisis económico*, Barcelona: Ariel, 1971., p.411.

<sup>443</sup> *Ibid.*, p.296.

consistente en una gran entidad biológica en la que todas las cosas estaban dotadas de vida y adquirirían su sentido en función de su pertenencia a este conjunto<sup>444</sup>. Se hereda también la idea de que el ser humano formaba parte de este conjunto y no podía ser considerado como el elemento fundamental que produjese riqueza, por lo que dicha producción, su acumulación o acrecentamiento no formaban parte de las preocupaciones fundamentales<sup>445</sup>. De hecho, «la actividad económica básica era tanto en Grecia como en Roma la agricultura, la unidad de producción era el hogar, y la fuerza de trabajo eran los esclavos»<sup>446</sup>.

En este contexto ideológico, la escuela fisiocrática se centró «sobre el aspecto interior de la corriente de bienes y su auto-renovación continua en el seno de la sociedad»<sup>447</sup>, orientando su análisis a la capacidad de las partes que forman el todo de crecer y que, a escala agregada, implicaría la continua expansión de la Tierra. Luego, la creación de riqueza y su acrecentamiento quedaría ligada de forma exclusiva al entorno físico y, más concretamente, a la Tierra, por lo que el ser humano solamente podría participar en la creación de la riqueza en la medida en que colaborase con la Tierra para impulsarla<sup>448</sup>. El concepto fisiocrático de sistema económico se sustentaría en una continua introducción de nuevos bienes primarios a partir de este «tesoro inagotable» que sería la naturaleza, y su transmisión a través de diferentes grupos económicos, hasta su consumo<sup>449</sup>. En esta interacción, y con anterioridad a la Revolución científica y su unión con la técnica que daría lugar a la Revolución industrial, la alquimia y la magia sustentarían la capacidad humana de perfeccionamiento de la materia física y de aceleración de sus frutos<sup>450</sup>.

El vínculo establecido entre riqueza y naturaleza implica la unión de la primera a los objetos inmobiliarios, dejando a los objetos mobiliarios en un plano secundario. La

---

<sup>444</sup> J.M. Naredo, *La economía en evolución*, Madrid: Siglo XXI, 2003, p.30.

<sup>445</sup> *Ibid.*, p.38.

<sup>446</sup> J.K. Galbraith, *op. cit.*, p.19.

<sup>447</sup> J.A. Schumpeter, *Síntesis de la evolución de la ciencia económica y sus métodos*, Barcelona: Oikos-Tau, 1967, p. 55.

<sup>448</sup> J.K. Galbraith, *op. cit.*, p.20, al referirse a la economía de la Grecia clásica, el autor afirma que «la gran mayoría de los bienes materiales se compraban probablemente con las rentas o las exacciones de las cuales se beneficiaban los terratenientes absentistas que vivían en las ciudades, cuyo producto se utilizaba a su vez para pagar los productos agrícolas».

<sup>449</sup> J.A. Schumpeter, *Síntesis de la evolución de la ciencia económica y sus métodos*, Barcelona: Oikos-Tau, 1967, p. 63.

<sup>450</sup> J.M. Naredo, *La economía en evolución*, Madrid: Siglo XXI, 2003, p.37.

Tierra es el factor principal en la producción de riqueza y la única capaz de generar un excedente que ponga en marcha el ciclo económico según la visión fisiocrática<sup>451</sup>. Este es el proceso que F. Quesnay describe en su *Tableau Economique*<sup>452</sup>, cuando hace referencia a que los objetos producidos en la industria se adecuan a las necesidades y comodidades de la vida humana, pero que estos objetos no pueden ser incluidos en el conjunto de riquezas de los trabajadores que los producen hasta que no sean pagados por los compradores. Y las personas que pueden comprar estos objetos no son sino aquellos que poseen riquezas para pagarlos, siendo el único origen de estas riquezas las rentas de los bienes-fondo, es decir, de la Tierra y las propiedades inmobiliarias. La interdependencia de las diferentes actividades económicas que se plantea en el ciclo económico fisiocrático es, por tanto, coherente con su visión del mundo en el que la producción de riqueza queda ligada siempre a la Tierra, lo que permite que sea siempre renaciente y renovable<sup>453</sup>. En este contexto, como afirma J.M. Naredo, es lógico que las riquezas mobiliarias o pecuniarias sean consideradas en un nivel secundario dentro del flujo global de riquezas, puesto que no son sino un medio auxiliar y circulante que posibilita el comercio al representar la riqueza real, la inmobiliaria. La riqueza pecuniaria, además, no es reproducible, como la inmobiliaria, y no es capaz de satisfacer las necesidades humanas, aunque faciliten el acceso a aquellas riquezas que sí lo son por ser una medida del valor de las mismas<sup>454</sup>.

Sin embargo, el avance de la ciencia y las implicaciones sociales de la Revolución industrial impulsaron una ruptura con esta visión del mundo, por lo que la perspectiva analítica, unida al método científico cartesiano que permitía analizar cada una de las partes con independencia de su pertenencia al todo, se impuso a la concepción organicista predominante. La posibilidad de separar cada una de las partes de la esfera económica del ciclo global para su estudio posibilitó que se desvinculase la economía de la esfera física y se operase la «ruptura epistemológica postfisiocrática»<sup>455</sup>. De esta forma, la economía como ciencia adquiere entidad de formulación teórica que

---

<sup>451</sup> J.K. Galbraith, *op. cit.*, p. 65, cuando observa que los fisiócratas afirmaban que «toda riqueza se origina en la agricultura y ninguna en otras actividades económicas, oficios u ocupaciones».

<sup>452</sup> *Ibid.*, p.68.

<sup>453</sup> J.M. Naredo, *La economía en evolución*, Madrid: Siglo XXI, 2003, p.111

<sup>454</sup> *Ibid.*, p.110.

<sup>455</sup> *Ibid.*, p.127.

puede desarrollarse de forma independiente a sus consecuencias físicas y sociales. Este proceso de abstracción de la ciencia económica respecto del entorno físico permite que la preocupación de la etapa clásica se desplace desde el crecimiento de los bienes físicos, a la producción de nuevos bienes que permitiese la expansión de la Revolución industrial y el valor de los mismos.

Esta necesidad de crecimiento de los bienes físicos es expresada por Adam Smith en la introducción de su obra fundamental para la economía clásica, cuando afirma que «the annual labour of every nation is the fund which originally supplies it with all the necessaries and conveniencies of life which it annually consumes»<sup>456</sup>. De esta forma, el autor escocés considerará que la economía política es una ciencia cuyos objetivos son proveer los bienes necesarios para la subsistencia de las personas, y asegurar que la comunidad los dispone también en cantidad suficiente para desarrollar los servicios públicos<sup>457</sup>. Y en esta búsqueda de creación de riqueza mediante la ciencia económica nuestro autor, como observa J.A. Schumpeter, se centrará en la búsqueda de una medida de la misma que «sea más de fiar que el precio expresado en dinero»<sup>458</sup>. Para ello, el autor escocés recuperó la diferenciación de dos conceptos dentro del valor de un bien, el valor de cambio y el valor de uso, dejando a un lado el segundo, y centrándose en el primero<sup>459</sup>. Por tanto, la etapa clásica se caracterizará por imponer el valor pecuniario o valor de cambio sobre lo físico y establecer, consiguientemente, una nueva jerarquía en el tipo de riquezas respecto a la propuesta por los fisiócratas. A partir de esta etapa los valores mobiliarios reemplazarán a los inmobiliarios en la cúspide de la pirámide de la riqueza social, y se generará una nueva categoría autónoma y unificada de la riqueza que se impondrá como elemento central en el desarrollo de la ciencia

---

<sup>456</sup> A. Smith, *The Wealth of Nations*, New York: Random House, 1994, p.lix.

<sup>457</sup> *Ibid.*, p.455.

<sup>458</sup> J.A. Schumpeter, *Historia del análisis económico*, Barcelona: Ariel, 1971, p.230.

<sup>459</sup> La importancia de este concepto en la etapa clásica inaugurada por A. Smith queda reflejada en su obra en el siguiente párrafo: «Every man is rich or poor according to the degree in which he can afford to enjoy the necessaries, conveniencies, and amusements of human life. But after the division of labour has once thoroughly taken place, it is but a very small part of these with which a man's own labour can supply him. The far greater part of them he must derive from the labour of other people, and he must be rich or poor according to the quantity of that labour which he can command, or which he can afford to purchase. The value of any commodity, therefore, to the person who possesses it, and who means not to use or consume it himself, but to exchange it for other commodities, is equal to the quantity of labour which it enables him to purchase or command. Labour, therefore, is the real measure of the exchangeable value of all commodities», véase A. Smith, *The Wealth of Nations*, New York: Random House, 1994, p.33.

económica<sup>460</sup>. Esta nueva categoría posibilitaba que el comercio y la industria ganasen preponderancia sobre la agricultura dentro de la esfera de las actividades económicas, constatando el cambio cultural que operaba la Revolución industrial. El valor de cambio y su expresión pecuniaria permite que los bienes producidos puedan ser desligados de su dimensión física y sean analizados, en su flujo, dentro de una esfera independiente y puramente teórica, sin necesidad del soporte de una producción material. Por tanto, la nueva categoría de riqueza permite una acumulación desligada de cualquier soporte físico, puesto que podía ser operada a nivel monetario. Es importante destacar, en este contexto, que la Reforma había provisto, a nivel cultural, de una nueva orientación en lo referente al tratamiento ético de la acumulación de riqueza, puesto que ésta dejaba de ser vista como un vicio para elevarse a la categoría de virtud<sup>461</sup>. La nueva categoría de riqueza, unida a la nueva condición ética favorable a su acumulación, permite que se pueda articular una acumulación de la misma a nivel monetario. Y este valor monetario de los bienes es asociado, por A. Smith, al trabajo necesario para su obtención mediante una de las versiones de la teoría del trabajo-valor. Esta teoría fue puesta en duda por las observaciones de Th. Malthus que, contrariamente al equilibrio económico que postulaba J.B. Say, afirmaba que la presión demográfica podía afectar a la demanda de bienes generando un desequilibrio y una alteración en los precios de los productos que se comportasen de forma independiente a la valoración del trabajo contenido en ellos.

En este contexto, el primer paso hacia la nueva categoría de riqueza construida por los autores neoclásicos lo propuso D. Ricardo en respuesta a esta problemática planteada por Th. Malthus<sup>462</sup>, rescatando la teoría del trabajo-valor de A. Smith pero con el matiz de incorporar la noción de utilidad como característica fundamental que determinará el valor de cambio de los productos. La incorporación de este matiz permitirá definir la riqueza como el conjunto de objetos materiales útiles para cubrir las necesidades del ser humano, y que le exigen un cierto esfuerzo para obtenerlos<sup>463</sup>. Por

---

<sup>460</sup> J.M. Naredo, *La economía en evolución*, Madrid: Siglo XXI, 2003, p.113.

<sup>461</sup> En este sentido se expresa L. Saavedra sobre Calvino cuando afirma que «fue así como la producción de riqueza mediante el esfuerzo racional encontró una vía de reconocimiento en el camino de la salvación, con la ayuda impagable de un concepto en extremo cruel y aniquilador de la libertad humana, pero eficaz, en grado superior, en orden a los fines lucrativos de la nueva economía: la predestinación», véase L. Saavedra, *Ensayo sobre la riqueza*, Madrid: Catarata, 2010, p.88.

<sup>462</sup> J.K. Galbraith, *op. cit.*, pp.87-102.

<sup>463</sup> J.M. Naredo, *La economía en evolución*, Madrid: Siglo XXI, 2003, p.117.

tanto, el incremento de riqueza se podía producir por dos vías diferentes: 1) ampliando la esfera de las necesidades del ser humano; 2) o ampliando la esfera de los objetos que requieren de cierto esfuerzo para obtenerlos, es decir, incorporando a esta esfera bienes que eran abundantes y fácilmente accesibles<sup>464</sup>. Pero, la confrontación del universo de lo útil con aquel de lo que tiene valor dejaba un espacio demasiado ambiguo y abierto para la definición de riqueza, espacio que debe cerrarse progresivamente con nuevas construcciones teóricas que permitan reducir la esfera de la riqueza<sup>465</sup>. La condición impuesta a un objeto de que sea necesario y útil para poder ser considerado como integrante de la categoría de riqueza planteaba el problema fundamental de la debilidad que introducía esta visión subjetiva de lo que es necesario y útil. El contexto cultural determina estas categorías, colocando a la noción de riqueza, que debe ser la pieza angular sobre la que pivota la ciencia económica, bajo la influencia de las convenciones sociales imperantes en cada época y, por tanto, lejos de la objetividad exigida por el paradigma científico.

En consecuencia, los autores neoclásicos concluirán que la diferenciación entre valor de cambio y valor de uso no había resultado satisfactoria en la determinación del precio de un bien. Por un lado, la reducción de la esfera de la riqueza en base a la utilidad de los productos resulta subjetiva para la pretensión de construir una ciencia económica y, por otro, la separación de valor de cambio y valor de uso no resulta suficiente para explicar, de forma empírica, la aplicación de precios a los bienes. Para solventar ésta problemática, como observa J.K. Galbraith, se introdujo la característica de «rareté»<sup>466</sup>, que se refería a la escasez de un bien como rasgo fundamental para poder incluirlo dentro de la categoría de riqueza. Este nuevo matiz permitirá desarrollar la teoría de la utilidad marginal para explicar la evolución del precio de los bienes y abre la puerta a la ley de la oferta y la demanda, que reforzará la ley del equilibrio económico de J.B. Say, además de tratar de conferir un halo de objetividad a la ciencia económica.

Sin embargo, la nueva noción de escasez introducida para delimitar la esfera de la riqueza, pretendidamente objetiva, resulta también subjetiva, puesto que se desliga

---

<sup>464</sup> *Ibid.*, p118.

<sup>465</sup> *Ibid.*, p.130.

<sup>466</sup> J.K. Galbraith, *op. cit.*, p.121.

del universo de lo físico y se refiere al universo de la psicología humana, es decir, resulta de enfrentar los bienes con las personas. Como apunta J.M. Naredo,

la influencia del observador sobre los enfoques adoptados se hace tan determinante a la hora de definir el grado de utilidad o de escasez de las cosas que llega a eclipsar a ese componente objetivo que Walras trata de magnificar en sus definiciones<sup>467</sup>.

Para disipar esta nueva ambigüedad introducida en la definición de riqueza, L. Walras trata de precisar aún más esta categoría introduciendo tres elementos fundamentales que la relacionan con la propiedad, el valor de cambio y la producción. De esta forma, la riqueza se construirá en base a tres propiedades: 1) los bienes deben ser apropiables, es decir, deben poder ser incorporados al patrimonio del agente económico, por lo que se hace coincidir el universo de lo útil con el de la propiedad burguesa que ya había sido avanzado por los economistas clásicos; 2) los bienes deben ser valorables e intercambiables, es decir, deben poder ser asociados a un valor de cambio que permite homogeneizarlos a nivel monetario para posibilitar su intercambio; y 3) los bienes deben ser industrialmente producibles y multiplicables<sup>468</sup>.

En este mismo sentido parece expresarse Alfred Marshall en la consolidación del concepto de riqueza cuando comienza su análisis del mismo estableciendo que la riqueza se constituye de una serie de objetos pretendidos por su capacidad de satisfacer ciertos deseos del individuo, y que estos objetos de deseo pueden ser clasificados en materiales e inmateriales. Pero la distinción establecida por el autor británico no se detiene en esta simple diferenciación, sino que avanza preparando el terreno para una concreción similar a la walrasiana al establecer entre los bienes inmateriales la posibilidad de que estos sean internos al propio individuo o externos al mismo, es decir, constituidos por sus relaciones con otras personas. Y, abundando en la clasificación y delimitación de los objetos considerados dentro de la categoría de riqueza, establece una diferencia en base a la posibilidad de que los bienes sean transferibles o intransferibles, esfera que incluye el conjunto de objetos materiales que denomina *libres*, es decir,

---

<sup>467</sup> J.M. Naredo, *La economía en evolución*, Madrid: Siglo XXI, 2003, p.204.

<sup>468</sup> *Ibid.*, pp.205-208.



proporcionados por la naturaleza sin la necesidad del concurso del esfuerzo humano. En base a estas sucesivas diferenciaciones de los objetos, A. Marshall define la riqueza de una persona como el conjunto de bienes materiales sobre los que tiene un derecho privado de propiedad y que, por tanto, son intercambiables; al que hay que añadir el conjunto de bienes inmateriales externos al propio individuo y que se revelan como medios que le permiten obtener otros bienes materiales del primer tipo. Aunque el autor británico incluyó un conjunto de bienes inmateriales, su función dentro del concepto de riqueza es proveer al individuo de más bienes materiales, que deben ser coherentes con la definición walrasiana, es decir, apropiables, valorables en dinero para su intercambio, y materiales o producibles. A partir de este concepto de riqueza individual, A. Marshall articula, como agregados, los conceptos de riqueza nacional y riqueza cosmopolita, que conduciría al concepto de riqueza social<sup>469</sup>. Por lo tanto, las construcciones posteriores del concepto de riqueza social no hacen sino apuntalar el concepto que se había establecido durante la etapa neoclásica.

Esta definición de la riqueza social, en base a consecutivas reducciones y precisiones para restringir la esfera de los bienes incluidos, es la que, desde su fijación en la etapa neoclásica, se proyectará en la actualidad, elevándola al nivel de categoría económica, es decir, a nivel de un principio primario de la teoría económica libre de cualquier tipo de crítica y asumida como concepto natural y originario<sup>470</sup>. De esta forma se ha completado la radical separación entre la esfera económica y la física postulada en la etapa clásica y se opera un desplazamiento en la esfera económica de la relación sujeto-objeto propia de la fisiocracia y de la relación entre ser humano y naturaleza, a una relación sujeto-sujeto en la que el desarrollo de lo económico dependerá de las relaciones que se establecen entre las personas. La riqueza queda delimitada en la esfera de lo escaso y resulta, por tanto, incompatible con la pretendida abundancia de medios

---

<sup>469</sup> A. Marshall, *Principles of Economics*, Hampshire: Palgrave MacMillan, 1920, Book II, Chapter 2.

<sup>470</sup> En su análisis del concepto de *riqueza*, Luis Saavedra se refiere a este hecho en estos términos, «El debate en el que nos hemos enzarzado a propósito de estas reflexiones no concierne solo como con harta banalidad sostienen no pocos, a la discusión sobre un estricto concepto económico que se sobrepone a cualquier otra contemplación, sino a un modo de gobernar la vida que se proyecta socialmente ahorrando la existencia plena de hombres y mujeres desde el comienzo mismo de la historia. Amparando su independencia, cubriendo las condiciones de su subsistencia, levantando diques de protección para preservar la autonomía personal, pero también imponiendo obstáculos insoslayables entre quienes gozan de la riqueza y quienes carecen de sus beneficios», véase L. Saavedra, *Ensayo sobre la riqueza*, Madrid: Catarata, 2010, pp.10-11.

materiales que afirma perseguir la ciencia económica. Sin embargo, no debemos obviar que la escasez postulada no resulta de una escasez física u objetiva, sino que se sigue refiriendo a una esfera subjetiva que depende de las necesidades individuales de las personas.

### 3.1.2. PRODUCCIÓN

De forma paralela a la delimitación del objeto de la ciencia económica, la riqueza social, se fue configurando la noción de producción como generación de la misma. Con anterioridad a la escuela fisiocrática y los comienzos de la ciencia económica, la actividad del ser humano se consideraba limitada a la apropiación de las riquezas naturales y su transformación en objetos necesarios y que pudiesen incorporarse al comercio. La reflexión, en este contexto, se limitaba al proceso de adquisición de riqueza, y no a su producción, puesto que el ser humano no era capaz de crear riqueza<sup>471</sup>.

La escuela fisiocrática heredó una visión del mundo que limitaba esta producción a un único factor de origen físico, la Tierra. El ser humano solamente era capaz de participar en esta producción si colaboraba con la Tierra en la generación del excedente necesario para poner en marcha todo el ciclo económico<sup>472</sup>. Por tanto, el concepto de producción introducido por la escuela fisiocrática en la ciencia económica es el que impulsa el carrusel que la conecta con el consumo y conduce al crecimiento que, teniendo en cuenta la visión organicista imperante en esta etapa, se considera ilimitado por la posibilidad de crecimiento asociada a la Tierra<sup>473</sup>. Dicho de otro modo, los fisiócratas limitaban la producción de riqueza a la Tierra, pero no desde el punto de vista de la producción de valores, sino asumiendo implícitamente que la producción física es la que producía el valor por sí mismo<sup>474</sup>.

La conexión entre la ciencia moderna y la técnica condujo al desarrollo de la industria y, consecuentemente, a la superación del concepto de producción de la etapa

---

<sup>471</sup> J.M. Naredo, *La economía en evolución*, Madrid: Siglo XXI, 2003, pp.77-78.

<sup>472</sup> *Ibid.*, p.79.

<sup>473</sup> J.K. Galbraith, *op. cit.*, p.59, el autor resalta que «Francia había conservado un fuerte interés en la agricultura, actividad a la que se continuó rindiendo un verdadero culto».

<sup>474</sup> J.A. Schumpeter, *Historia del análisis económico*, Barcelona: Ariel, 1971, p.282.

fisiocrática. La ruptura con la visión organicista y la consiguiente desvinculación de la esfera económica de la física permitió que surgiese un nuevo factor limitante en la producción de riqueza: el Trabajo. Dicho de otro modo, la reducción que A. Smith introdujo en el concepto de riqueza al asociarlo al valor de cambio de los bienes, y al postular su teoría del trabajo-valor, impulsó una nueva noción que nos conducía a la riqueza social, el trabajo humano. Este nuevo concepto permitía superar la limitación que imponía la Tierra en la producción de la riqueza, puesto que esta pasaba a incrementarse de forma ilimitada mediante la transformación humana de materiales, e independientemente de los procesos físicos<sup>475</sup>. Por eso, en la etapa clásica del desarrollo de la ciencia económica, el concepto de producción ya no se asocia a la creación de materia, a la colaboración con la Tierra para generar más bienes, sino que se centra en la producción de utilidad, que es la nueva reducción que imponen los economistas clásicos a la noción de riqueza<sup>476</sup>. La importancia que adquieren la ciencia y la técnica permite imponer el Trabajo como elemento fundamental en todo el proceso económico, reforzando el antropocentrismo que ya dominaba la época. La importancia de este concepto transforma, como ya habíamos comentado, la relación sujeto-objeto típica de la visión económica fisiocrática, en una relación sujeto-sujeto, es decir, en una relación entre personas, puesto que el valor de uso queda desplazado por el valor de cambio de los objetos, que es el resultado de la noción clásica de producción. Además, esta visión del sistema productivo era considerada realmente virtuosa, por lo que el éxito productivo se convierte en un lugar común dentro de la esfera económica<sup>477</sup>.

Como consecuencia de esta noción se establece una diferencia ilustrativa entre las actividades productivas y las no productivas. Una actividad será productiva si es capaz de transformar y dejar su marca en los objetos manipulados, posibilitando su intercambio<sup>478</sup>. De esta forma se incluyen en el grupo de las productivas actividades que en la etapa fisiocrática eran consideradas como meramente elaboradoras y menospreciadas en su resultado. Sin embargo, en la etapa clásica, este tipo de

---

<sup>475</sup> J.M. Naredo, *La economía en evolución*, Madrid: Siglo XXI, 2003, p.89.

<sup>476</sup> *Ibid.*, p.285.

<sup>477</sup> J.K. Galbraith, *op. cit.*, p.127.

<sup>478</sup> En este sentido se expresa A. Smith cuando observa que «there is one sort of labour which adds to the value of the subject upon which it is bestowed; there is another which has no such effect. The former, as it produces a value, may be called productive; the latter, unproductive labour», véase A. Smith, *The Wealth of Nations*, New York: Random House, 1994, p.360.

actividades son capaces de producir valor de cambio en los bienes sin producir ningún tipo de materia, por lo que son apreciadas. La nueva capacidad de la producción de generar un valor de cambio y la desvinculación con el entorno físico supone el primer paso hacia el aislamiento absoluto de la esfera económica de las esferas social y ambiental, es decir, se concibe la posibilidad de producir riqueza y *mover* el sistema económico sin necesidad de recibir el respaldo de un excedente físico como exigían los autores fisiocráticos<sup>479</sup>.

No obstante, durante la etapa clásica se establecieron dos críticas fundamentales a la noción de producción establecida, y que constituirán el punto de partida del proceso de transformación de este concepto que operaron los autores neoclásicos. Autores clásicos como Th. Malthus y J.S. Mill dudaron de la viabilidad de una producción ilimitada de valores de cambio o de utilidad, totalmente desligada de su característica física, y plantearon las objeciones correspondientes: 1) la de Th. Malthus se centró, principalmente, en la dudosa equivalencia establecida por la economía clásica entre valores de cambio individuales y sociales, puesto que observó que era posible incrementar esta característica en un producto con aplicación exclusivamente individual, sin que la utilidad del mismo se extendiese a nivel social, es decir, sin que significase una mejora en el bienestar social<sup>480</sup>; 2) mientras que la de J.S. Mill se centró en la imposibilidad física de mantener el incremento ilimitado establecido y la más que probable consecuencia de llegar a un estado estacionario en el que la producción perdiese su importancia en favor de la distribución de valor o utilidad<sup>481</sup>.

Ambas críticas son paralelas a las críticas que ya apuntamos referentes a la idea ilustrada de un posible progreso ilimitado y expansivo. A nivel ideológico, la respuesta ante ambas críticas fue la adopción del utilitarismo y del evolucionismo, lo que a nivel de ciencia económica se tradujo en que: 1) el utilitarismo adoptó la noción de consumo para establecer una simetría entre bienestar y consumo de bienes, de tal forma que, tanto el bienestar social, como el individual, dependen del consumo de bienes en ambas esferas. De esta forma se restablecía la equivalencia entre producción de utilidad social e individual, puesto que ambas se evaluaban en la misma esfera, la del consumo de

---

<sup>479</sup> J.M. Naredo, *La economía en evolución*, Madrid: Siglo XXI, 2003, pp.99-101.

<sup>480</sup> *Ibid.*, pp.102-104.

<sup>481</sup> J. Gray, *Anatomía de Gray*, Barcelona: Paidós, 2011, pp.79-80.

bienes, y una posibilidad en el aumento del mismo implicaba una mejora del bienestar global de la sociedad; 2) el evolucionismo aseguró que el progreso ilimitado era posible en la esfera de la ciencia económica de forma independiente a las limitaciones físicas que se quieran imponer, puesto que se desarrolla dentro del orden natural trazado por las leyes objetivas de la historia. Consiguientemente, esta solución permitió asegurar la posibilidad de mantener un incremento progresivo de la producción a expensas de sus contrapartidas físicas.

La nueva concepción de la producción se consolida con el trabajo de A. Marshall, cuyos *Principles of Economics* son adoptados como obra de referencia en el desarrollo de la ciencia económica. En el capítulo que dedica a la producción, el autor británico comienza por delimitar el concepto y eliminar la posibilidad de concebir cualquier tipo de producción material, es decir, de creación de materia, puesto que el ser humano solo puede transformar materiales que han sido creados por la naturaleza. Consecuentemente, la producción del ser humano se debe reducir a la esfera de las utilidades, fijando de esta forma el concepto de producción con el de utilidad, y trasladando un ámbito objetivo a otro ámbito puramente subjetivo. De la misma forma, y como ya hemos visto en la escuela clásica, el trabajo es considerado como aquella actividad que produce utilidad y, por tanto, toda aquella actividad que no lo hace deja de formar parte de la esfera del trabajo, es decir, de la actividad productiva<sup>482</sup>.

En conclusión, la transición del concepto de producción desde la etapa clásica a la neoclásica se realiza reforzando la idea de que es posible mantener la producción ilimitada de utilidad en nuestra sociedad, puesto que este aumento se traducirá irremediabilmente en un incremento del bienestar social, asegurando la satisfacción de las necesidades de la sociedad vía consumo de los bienes producidos, y confirmando que no genera contrapartidas físicas porque la ciencia económica es independiente del entorno físico y social. El resultado final de este desplazamiento de la noción de producción es una nueva categoría económica vaciada de materialidad, asociada a la generación de valores de cambio y utilidad, y que se extiende más allá de la simple apropiación de productos primarios hacia productos industriales y comerciales. En la configuración de la categoría de producción se escenifica, una vez más, la ruptura

---

<sup>482</sup> A. Marshall, *op. cit.*, Book II, Chapter 3.

definitiva con el mundo físico que había iniciado la etapa clásica, y contribuye a justificar objetivamente la creencia en una producción infinita de riqueza independientemente de sus efectos en las esferas social y ambiental. Como observa J.A. Schumpeter, la noción de producción se asimila a una teoría sobre el «modo como el mecanismo de la competición pura asigna los servicios de los agentes naturales, la fuerza de trabajo y los *medios de producción producidos* de todas las clases y calidades»<sup>483</sup>. Además, como esta nueva categoría supera la limitación impuesta en su definición clásica, debe superar asimismo el factor limitativo asociado en la misma, el Trabajo, y depender de otro factor que, como ella misma, se desenvuelva en una esfera independiente de sus implicaciones físicas, sin ningún tipo de materialidad, incluido en la esfera de los valores de cambio, y que se adapte a todo tipo de productos, primarios, industriales o comerciales. Y este nuevo factor limitativo que determinará en adelante el desarrollo de la ciencia económica será el Capital, que permite reducir la esfera de lo económico a un nivel teórico expresado en valores de cambio pecuniarios y sin implicaciones físicas<sup>484</sup>. Dicho de otro modo, la categoría de la producción representa la tentativa de disolución de cualquier problema físico y social en la esfera general del «intercambio de servicios y bienes»<sup>485</sup>.

### 3.1.3. TRABAJO

La categoría de Trabajo resulta de una evolución histórica asociada a las dos categorías que hemos descrito anteriormente, la de riqueza y la de producción. Siguiendo el análisis que realiza J.M. Naredo en *Raíces económicas del deterioro ecológico y social* observamos que, antes de establecerse las bases de la actual ciencia económica y consolidarse de mano de los autores clásicos, el trabajo no era una categoría capaz de estructurar las sociedades o clasificar sus actividades<sup>486</sup>. En las denominadas *sociedades primitivas*, el trabajo no estructuraba su cuerpo social en el sentido en que lo concebimos en la actualidad. La carencia de un concepto de trabajo

---

<sup>483</sup> J.A. Schumpeter, *Historia del análisis económico*, Barcelona: Ariel, 1971, p.1098.

<sup>484</sup> J.M. Naredo, *Raíces económicas del deterioro ecológico y social*, Madrid: Siglo XXI, 2010, pp.179-180.

<sup>485</sup> J.A. Schumpeter, *Historia del análisis económico*, Barcelona: Ariel, 1971, p.1099.

<sup>486</sup> J.M. Naredo, *Raíces económicas del deterioro ecológico y social*, Madrid: Siglo XXI, 2010, p.167.

similar al actual se refleja en el lenguaje de dichas sociedades, que no recoge muestras de la existencia de ningún término equiparable ni permite diferenciar entre actividades productivas y no productivas como se pudo hacer a partir de la etapa clásica. Además, las relaciones de trabajo dependientes eran consideradas indignas para las personas libres y se reservaban para esclavos<sup>487</sup>.

El cristianismo introdujo una creciente y progresiva veneración del trabajo como herramienta posibilitadora de la salvación personal<sup>488</sup>. Esta idea se reflejó de forma paradigmática en los conventos y monacatos que sirvieron de modelo para la proyección de la ascética profana de la Reforma. La nueva ética de la austeridad que desligaba la salvación con las obras terrenales estructuraba, sin embargo, la vida del ser humano en base al trabajo y la disciplina. A partir de esta época el trabajo adquiere un valor supremo en la guía de la existencia de las personas. El espíritu de la Reforma que, como hemos comentado, influyó de forma decisiva en la ideología que alentó la Revolución industrial, transfirió este concepto a los economistas clásicos, que lo consideraron como algo abstracto y homogéneo, puesto que podía medirse en unidades de tiempo comparables y lo asociaron a la actividad productiva mediante la teoría del trabajo-valor<sup>489</sup>. Dentro de la escuela fisiocrática se consideraba que el trabajo humano no era capaz de generar materia, por lo que carecía de interés para la ciencia económica<sup>490</sup>. En la etapa clásica, por su parte, A. Smith introduce la diferenciación entre trabajo productivo y trabajo improductivo. Asoció el trabajo productivo con aquel que incrementa el valor de su objeto, tomando como paradigma la actividad industrial; mientras que el improductivo es considerado aquel trabajo que no añade valor a nada, generando una clase de personas ociosas<sup>491</sup>. El ascenso de la industria impulsa una nueva visión del concepto de trabajo, que adquiere carta de naturaleza especial y se concibe como dividido en diferentes funcionalidades dentro del proceso global. Esta

---

<sup>487</sup> *Ibid.*, p.170.

<sup>488</sup> Luis Saavedra observa que «Hesiodo, siete siglos antes de Cristo abordaba la dimensión del trabajo [í ] como una gran virtud que consolida la naturaleza humana y la sitúa, mediante el esfuerzo y la dedicación, en el camino de la justicia y del beneplácito de los dioses inmortales. Es esta idea en la que se alimenta la ética cristiana de la perseverancia, del sacrificio, y de la consiguiente recompensa con que Dios premia al creyente», L. Saavedra, *Ensayo sobre la riqueza*, Madrid: Catarata, 2010, pp.54-55.

<sup>489</sup> M. Weber, *op. cit.*, pp.129-140.

<sup>490</sup> J.A. Schumpeter, *Síntesis de la evolución de la ciencia económica y sus métodos*, Barcelona: Oikos-Tau, 1967, p.66.

<sup>491</sup> J.A. Schumpeter, *Historia del análisis económico*, Barcelona: Ariel, 1971, p.698.

división del trabajo, que rompe con la visión orgánica de la sociedad en su conjunto, es considerada como un elemento positivo que ayuda a incrementar la habilidad y productividad del trabajo de cada individuo<sup>492</sup>.

En este movimiento se configuró la nueva categoría de Trabajo asociado al concepto de producción neoclásico, a una producción de riqueza, es decir, de bienes útiles y escasos que exigían esfuerzo y abnegación. De esta forma, en simetría con la escasez de la riqueza, se caracteriza el Trabajo como algo penoso que exigiría una contrapartida beneficiosa para el individuo, una determinada retribución. Por eso, la categoría actual de Trabajo denota el conjunto de esfuerzos que el ser humano realiza para obtener una remuneración expresada en la esfera del valor monetario<sup>493</sup>.

### 3.1.4. VALOR DE CAMBIO

En el análisis económico de Aristóteles observamos ya la existencia de una diferenciación entre el valor de cambio y el valor de uso de un bien, pero con la característica de que establece una relación del segundo respecto del primero<sup>494</sup>. Sin embargo, la aportación aristotélica queda huérfana de explicación sobre la forma de determinar el valor de cambio, y no establece equivalencia entre los valores de uso de los diferentes bienes.

En la época escolástica, por su parte, la riqueza y prosperidad se asociaban con la «baratura» de los bienes materiales, mientras que la carestía de los mismos implicaba el «hambre y la miseria masiva». Pero, la etapa mercantilista anticipa la inversión que se producirá más adelante, puesto que la prosperidad será asociada, desde su punto de vista lógico de comerciantes, a la carestía de los bienes, mientras que los precios bajos significarían pobreza<sup>495</sup>. Esta visión se sustentaba en la idea de un esquema del incremento de la capacidad de compra, que también compartirían los fisiócratas, por el

---

<sup>492</sup> A. Smith, *op. cit.*, p.7.

<sup>493</sup> J.M. Naredo, *Raíces económicas del deterioro ecológico y social*, Madrid: Siglo XXI, 2010, p.180.

<sup>494</sup> J.A. Schumpeter, *Historia del análisis económico*, Barcelona: Ariel, 1971, p.97.

<sup>495</sup> *Ibid.*, p.333.



que el flujo ascendente de la misma se asociaba a la prosperidad, y en el que el ahorro constituía una amenaza muy importante de paralización del ciclo económico<sup>496</sup>.

Con anterioridad a la escuela fisiocrática, los autores italianos Davanzati, Galiani y Bernoulli establecieron una relación del precio de los bienes con el elemento de utilidad. En primer lugar establecieron el término *valor* en base a una relación de «equivalencia subjetiva entre una cantidad de una mercancía y una cantidad de otra»<sup>497</sup>. Esta relación subjetiva es identificada con la utilidad y escasez del bien, teniendo en cuenta que la utilidad se asociaba con el placer o bienestar que podía generar dicho bien, mientras que la escasez era una relación entre la cantidad existente del bien y los usos que puede darle un individuo. En esta relación, Galiani se da cuenta de que el propio precio que se establece para un bien puede afectar directamente a la escasez y la utilidad del mismo, puesto que el aumento del mismo limitaría la cantidad que se podría adquirir de dicho bien, afectando a la escasez que los agentes percibirían. En este punto, el autor italiano establece un giro radical en su anticipación de la utilidad marginal del bien y asocia el valor del bien con el trabajo y no con su escasez, por lo que este factor pasaría a ser un factor limitador de la producción de bienes. Por tanto, antes de que en la etapa clásica A. Smith estableciese sus versiones de la teoría trabajo-valor, la asociación de precio y valor de un bien era subjetiva, es decir, relacionada con la satisfacción de necesidades que aseguraba el bien. En esta misma línea introduce D. Bernoulli<sup>498</sup> su visión de la utilidad marginal a principios del siglo XVIII, anticipando la posterior aportación de la revolución neoclásica<sup>499</sup>.

Pero, la escuela fisiocrática supone un alto en el desarrollo del concepto de valor de cambio. De acuerdo con su visión del proceso económico, el intercambio de bienes supone un intercambio de valores equivalentes, puesto que, en caso contrario, una de las partes se estaría beneficiando a costa de la otra parte y el intercambio carecería de sentido. De acuerdo con la interpretación de J.A. Schumpeter, podemos pensar que el

---

<sup>496</sup> *Ibid.*, p.335.

<sup>497</sup> *Ibid.*, p.350.

<sup>498</sup> En este sentido, A. Marshall observa que D. Bernoulli consideraba que la satisfacción derivada de la adquisición de un bien comenzaba una vez superado un cierto nivel de bienestar en el que las necesidades básicas habían sido resueltas, véase A. Marshall, *Principles of Economics*, Hampshire: Palgrave MacMillan, 1920, Book III, Chapter 6, 5.

<sup>499</sup> J.A. Schumpeter, *Historia del análisis económico*, Barcelona: Ariel, 1971, pp.349-352.

error de los fisiócratas se origina al considerar que la idea del valor se reducía a la expresión monetaria de la materia prima que se utilizaba en los productos, y que el *produit net*, es decir, la parte que quedaba del producto y que no era neutralizado por la compensación operada en el intercambio, revertía a los propietarios de la tierra<sup>500</sup>.

Posteriormente, la transición de la categoría de riqueza social que se produce desde los autores fisiocráticos a los economistas clásicos se sustentará en una noción de producción desligada del entorno físico que les revelaba la paradoja de que productos superfluos tuviesen mucho valor, mientras que productos básicos tuvieran muy poco valor. Al reflexionar sobre la misma, A. Smith recupera esta distinción fundamental en el concepto de valor de un bien, el valor de cambio y el valor de uso, siendo el primero el que determinará el precio del bien, independientemente de su uso, que no era contemplado. Además, el valor de cambio del bien se asocia a la mercancía trabajo, es decir, a la cantidad de trabajo que se incorpora al mismo<sup>501</sup>. Esta teoría del trabajo-valor, sin embargo, no es sino una de las tres teorías del trabajo-valor (todas ellas recogidas en diferentes capítulos de su *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*) que se le atribuyen a A. Smith<sup>502</sup>. La primera teoría se denominará del valor-cantidad de trabajo; la segunda se basa en la *desutilidad* del trabajo; mientras que la tercera sería la teoría del coste<sup>503</sup>. De acuerdo con J.A. Schumpeter, la teoría que realmente A. Smith habría considerado como fundamental es la que establece que el precio real de cualquier bien se establecerá en función de la molestia o fatiga que genere el conseguirlo, es decir, la teoría del «valor-desutilidad-del-trabajo»<sup>504</sup>. Y de aquí se sigue la interpretación de A. Smith de que las cantidades de trabajo contenidas en los bienes que se intercambian determinan de forma unívoca la relación de intercambio. A partir de este momento, como afirma J.K. Galbraith, la teoría del valor polarizará «el máximo interés»<sup>505</sup> de la teoría económica. Posteriormente, D. Ricardo asumirá que esta

---

<sup>500</sup> J.A. Schumpeter, *Síntesis de la evolución de la ciencia económica y sus métodos*, Barcelona: Oikos-Tau, 1967, pp.67-68.

<sup>501</sup> En este sentido A. Smith reafirmará que la única medida del valor de un bien es el trabajo: «labour, therefore, it appears evidently, is the only universal, as well as the only accurate measure of value, or the only standard by which we can compare the values of different commodities at all times and at all places», véase A. Smith, *The Wealth of Nations*, New York: Random House, 1994, p.41.

<sup>502</sup> J.A. Schumpeter, *Historia del análisis económico*, Barcelona: Ariel, 1971, p.231.

<sup>503</sup> *Ibid.*, p.656.

<sup>504</sup> *Ibid.*, p.359.

<sup>505</sup> J.K. Galbraith, *op. cit.*, p.16.

cantidad de trabajo que los bienes contienen es su índice de valor de cambio y que regula dicho cambio, aunque el valor monetario de la cantidad de trabajo no se pueda igualar a su valor de cambio<sup>506</sup>.

Inicialmente, D. Ricardo afirma que el valor de un objeto dependerá de la cantidad relativa de trabajo que exige su producción, pero desligándolo de la compensación que se asocia a dicho trabajo<sup>507</sup>. Más adelante el autor escocés introduce una diferenciación entre las diferentes calidades del trabajo y la dificultad de comparar los tipos de trabajo necesarios para la producción del bien en cuestión. Además, el valor del bien no solamente incluye el trabajo directamente empleado en su producción, sino que debe incluir, también, todo aquel trabajo acumulado en los medios utilizados para su producción. Sin embargo, nuestro autor observa que el valor final del bien será independiente de la evolución de los salarios, es decir, de la expresión monetaria de la cantidad de trabajo necesaria, como ya había observado J.A. Schumpeter. El valor del bien resultará de la combinación de la expresión monetaria del trabajo incorporado y del capital fijo necesario para su producción. De esta forma, el valor de cambio del bien queda desligado del valor monetario del trabajo necesario a través de la introducción en la consideración de esta relación de la influencia del capital fijo utilizado e, indirectamente, de la mayor o menor productividad del proceso. Y, aunque la utilidad no es postulada como la medida del valor del cambio del bien, es totalmente necesaria para conocerlo<sup>508</sup>. En conclusión, el valor de cambio del bien se traduce a una esfera monetaria o pecuniaria cuya determinación trasciende la simple aportación del trabajo necesario para su producción.

Este nuevo concepto, el valor de cambio, es el instrumento que permite a la ciencia económica clásica homogeneizar y unificar el concepto de riqueza y desligarla de su entorno físico, circunscribiéndolo dentro de una esfera propia e independiente. Esta esfera aislada del valor es la que permitirá mantener el carrusel introducido por los

---

<sup>506</sup> J.A. Schumpeter, *Síntesis de la evolución de la ciencia económica y sus métodos*, Barcelona: Oikos-Tau, 1967, p.125.

<sup>507</sup> D. Ricardo, *On the Principles of Political Economy and Taxation*, Chapter 1: On Value, «The value of a commodity, or the quantity of any other commodity for it will exchange, depends on the relative quantity of labour is necessary for its production, and not on the greater or less compensation which is paid for that labour».

<sup>508</sup> D. Ricardo, *op. cit.*, Chapter 1: On Value

fisiócratas de producción y consumo, sin necesidad de reparar en limitación física alguna, con el objetivo de mantener el crecimiento que asegurará el bienestar de la sociedad<sup>509</sup>. El sistema económico ya no se basa, como en la etapa fisiocrática, en la apropiación de bienes como punto de origen del flujo económico que pone en marcha el sistema. La producción clásica asocia las mercancías a su valor de cambio, es decir, a una valoración monetaria o pecuniaria que permite homogeneizarlas e intercambiarlas mediante una medida cuantitativa, a pesar de sus diferencias cualitativas. Desde el punto de vista técnico, este proceso de abstracción física de la esfera de lo económico se vio reforzada por la «técnica empresarial de la contabilidad en partida doble», que actúa sustrayendo las diferentes mercancías que intervienen en el ciclo empresarial de sus cualidades físicas y homogeneizándolas cuantitativamente en base a su valor monetario<sup>510</sup>. Este concepto se establece a partir del análisis que D. Ricardo establecería de la obra de A. Smith y que le conduciría a admitir como teoría fundamental del valor la del trabajo-valor<sup>511</sup>, estableciendo los elementos que, posteriormente, desarrollaría K. Marx en su teoría del valor. D. Ricardo establecería como condiciones de la aparición del valor de cambio de un bien dos elementos diferentes, por un lado la cantidad de trabajo que se requería para obtenerlo y, por otro, menciona la escasez del propio bien<sup>512</sup>.

Sin embargo, las objeciones referidas<sup>513</sup> de Th. Malthus a la diferencia entre valores de cambio individuales y sociales, las lógicas dificultades de asociar el valor de un bien a la cantidad de trabajo en él contenida, ligadas principalmente al lapso temporal entre la producción de los bienes y su comercialización, y la diferencia en la cualidad del trabajo incorporado, como postulaba la teoría del trabajo-valor que D. Ricardo desarrolla a partir de la obra de A. Smith, impulsaron la adopción de la utilidad como soporte principal del concepto del valor de cambio. Un concepto de utilidad que, por tanto, deja de ser una simple condición del valor de cambio, pasando a erigirse

---

<sup>509</sup> J.M. Naredo, *La economía en evolución*, Madrid: Siglo XXI, 2003, p.85.

<sup>510</sup> *Ibid.*, p.131.

<sup>511</sup> J.A. Schumpeter, *Historia del análisis económico*, Barcelona: Ariel, 1971, p.656.

<sup>512</sup> *Ibid.*, p.658. Este es el sentido que se recoge en el siguiente párrafo, «Possesing utility, commodities derive their exchangeable value from two sources: from their scarcity, and from the quantity of labour required to obtain them», véase D. Ricardo, *On the Principles of Political Economy and Taxation*, Chapter 1: On Value.

<sup>513</sup> Véase supra Capítulo I.2.1.

como «fuerza o causa del valor de cambio»<sup>514</sup>. Esta transformación, postulada inicialmente por D. Ricardo<sup>515</sup>, es recogida por los economistas neoclásicos para enunciar la teoría de la utilidad marginal. En esta transición, el valor de cambio clásico deja de ser un valor objetivo asociado al trabajo incluido en su producción y pasa a ser una noción totalmente subjetiva, dependiente de la psicología individual, de los deseos y necesidades del individuo. La esfera subjetiva en la que se sitúa el valor de un bien permite a A. Marshall afirmar que cuando se compra un bien, la satisfacción que se adquiere con la adquisición de dicho bien supera con creces el precio que se debe pagar<sup>516</sup>. Y esta diferencia entre ambos conceptos permite generar un nuevo concepto, el de *plusvalía del consumidor*, que expresa con claridad la transición que se ha producido en la evaluación del valor de un bien desde la perspectiva del productor hacia la perspectiva exclusiva del consumidor.

Por tanto, la categoría del valor de cambio adquiere la característica de una utilidad marginal que determina que el precio de un bien depende de su «escasez subjetiva»<sup>517</sup>, pero se mantiene como una esfera abstracta que permite el desarrollo del sistema económico en una escala cuantitativa de valores monetarios sin impedimentos físicos. Las necesidades y deseos humanos son considerados como fuente objetiva de información, y clasificables jerárquicamente según su importancia, siempre subjetiva. Para articular, con esta base, la nueva teoría del valor se requería la aportación de una teoría psicológica que explicase que la adquisición progresiva y creciente de un bien implica la disminución, también progresiva, de la intensidad del deseo del individuo hasta que desaparece. Dicho de otro modo, el objetivo de esta perspectiva psicológica de explicación del valor de un bien es justificar que la satisfacción que genera un bien aumenta hasta la saturación conforme aumenta su disponibilidad, es decir, en base a una «tasa de aumento decreciente». De esta forma, el valor de cambio se convierte en un «coeficiente universal de transformación, en torno a cuya construcción conceptual o

---

<sup>514</sup> J.A. Schumpeter, *Historia del análisis económico*, Barcelona: Ariel, 1971, p.666.

<sup>515</sup> En referencia a los primeros conceptos de *utilidad* como expresión del valor de un bien en detrimento del coste de producción, René Passet observa que ya autores como Jean-Baptiste Say y Frédéric Bastiat habían expresado, dentro de la escuela clásica, su desacuerdo con el valor-coste y proponían asociar dicho valor al servicio que el bien presta, véase R. Passet, *Las grandes representaciones del mundo y la Economía a lo largo de la historia*, Madrid: Clave Intelectual, 2013, p.453.

<sup>516</sup> A. Marshall, *op. cit.*, Book III, Chapter 6, 1.

<sup>517</sup> J.M. Naredo, *La economía en evolución*, Madrid: Siglo XXI, 2003, pp.79-86.

deducción gira toda la lógica de los fenómenos económicos»<sup>518</sup>. En última instancia, la teoría de la utilidad marginal trata de superar la imposibilidad que los autores clásicos creyeron ver en las teorías anteriores y que ligaba el valor de cambio del bien con su valor de uso<sup>519</sup>. Por consiguiente, todo el sistema de la economía teórica queda «unificado a la luz de un principio único, en un sentido en el que nunca lo había estado antes»<sup>520</sup>.

### 3.1.5. CRECIMIENTO

El concepto de crecimiento introducido por los autores fisiocráticos en el inicio de la ciencia económica estaba vinculado a los conceptos de producción y consumo, que eran los encargados de poner en marcha todo el sistema. Como la producción concebida por estos autores estaba ligada al entorno físico y se basaba en el incremento de la generación de productos primarios, y el consumo de los mismos posibilitaba el flujo de las rentas a través de todas las ramas del sistema y su interconexión, el crecimiento de la esfera económica era continua y dependía del abastecimiento, también continuo, de los bienes primarios. Este proceso de continua producción para asegurar la satisfacción de las necesidades de la sociedad era posible por la visión organicista del mundo que ligaba el factor fundamental de la misma, la Tierra, con la idea de su posible expansión indefinida. Por tanto, todo el concepto de crecimiento estaba basado en este factor último que lo podía limitar.

La ruptura epistemológica de la etapa post-fisiocrática abre la posibilidad de revisar el concepto de crecimiento, puesto que la imposición de una nueva visión analítica de la realidad asociada a la ciencia moderna postula la independencia de la esfera económica respecto de lo físico. De esta forma, los bienes se pueden intercambiar en base al precio que determina, no su generación a partir de la Tierra, sino el Trabajo incorporado en su transformación. Por tanto, el concepto de producción clásico, como depende del factor del Trabajo, lo introduce como nuevo factor limitativo y asocia el crecimiento a la capacidad humana de transformar más y más productos, generando

---

<sup>518</sup> J.A. Schumpeter, *Historia del análisis económico*, Barcelona: Ariel, 1971, p.994.

<sup>519</sup> *Ibid.*, pp.993-996.

<sup>520</sup> *Ibid.*, p.997.

utilidad para la sociedad. Este crecimiento se puede desarrollar, en principio, de espaldas a su soporte físico, por lo que puede mantener la característica de ilimitado. No obstante, la reflexión de diversos autores clásicos introduce la preocupación de que se produzca una limitación física a este crecimiento indefinido que limite el progreso del ser humano. La tesis del estancamiento afirmarí que el sistema económico habrí agotado sus potencialidades y que no es capaz de generar más crecimiento. En este estado estacionario no serí posible mantener el crecimiento de la esfera económica y de la riqueza asociada a la misma, por lo que el foco de atención deberí trasladarse a la distribución de la riqueza ya existente, olvidándose de la posibilidad de producir más.

Sin embargo, tanto el utilitarismo, como el evolucionismo se encargaron de mantener la confianza en el progreso ilimitado del ser humano, reforzando su dominio sobre el entorno físico y su capacidad de resolver cualquier problemática asociada con el proceso de crecimiento. Para trasladar esta idea al nivel de la ciencia económica transformaron el concepto de valor de cambio en utilidad y postularon la posibilidad de mantener una producción continua de utilidad que asegurase el crecimiento ininterrumpido de la misma y, consecuentemente, el bienestar social. El intercambio o actividad comercial, que en la época fisiocrática habí quedado relegado a un segundo plano, adquiere nuevamente capacidad de generar valor, de crear utilidad para la sociedad, por lo que se afianza la separación de la esfera económica respecto de la física.

En la etapa neoclásica se agudizaron las contradicciones del planteamiento clásico, especialmente por la ambigüedad generada por la definición del valor de cambio de los bienes en función del trabajo incorporado en los mismos, y la subjetividad de la utilidad de un bien que, en definitiva, impedían concebir de una forma objetiva la noción de riqueza. Para solventar este problema aplicaron una nueva reducción a la definición del objeto económico, de la riqueza, considerándola como todo aquello que es apropiable, valorable y producible. A partir de esta reducción del concepto de riqueza el crecimiento de la misma quedaba ligado a la continua acumulación de una serie de objetos muy delimitados, y que cumplían con las condiciones mencionadas. Además, la valoración de los mismos seguía dependiendo de la consideración subjetiva de utilidad que asignaban los individuos, por lo que la pretendida objetivación de la consideración de riqueza quedaba disuelta. No obstante, el

crecimiento podía operar sobre la base del carrusel ininterrumpido que unía producción y consumo, asegurando la creciente abundancia de todo tipo de bienes para el consumo de la sociedad, equiparando este consumo a su bienestar. De esta forma, el potencial estado estacionario postulado a finales de la etapa clásica quedaba superado, y la riqueza se podía ligar a un crecimiento indefinido de los bienes disponibles, agudizándose su independencia respecto de las consecuencias ambientales o sociales asociadas.

Esta nueva categoría de crecimiento, asociada a la disponibilidad creciente de un tipo concreto de objetos, se ha ido imponiendo como un proceso objetivo en nuestra sociedad y se ha extendido de forma vinculada al modelo de metrópoli industrial. La consolidación del concepto de valor de cambio de los objetos ha permitido una homogeneización y unificación del concepto de riqueza que, a su vez, permite cuantificar el crecimiento en base a un agregado de valores de cambio y expresado, como veremos a continuación, en otra categoría, la de Capital. El crecimiento se postula como la meta a la que debe aspirar el sistema económico, independientemente de los medios que utilice para lograrlo. Además, la vinculación establecida entre crecimiento y progreso ha permitido asociar a este último con la medida de la riqueza, el Capital. Por tanto, el carrusel fisiocrático de producción y consumo que generaba crecimiento se articula en nuestra civilización para producir un crecimiento del Capital. En conclusión, el desarrollo del concepto de crecimiento refuerza la radical separación de lo económico con el entorno social y físico, como si fuese capaz de desarrollarse de espaldas a la realidad social<sup>521</sup>.

Finalmente, siguiendo las observaciones de J.A. Schumpeter, podemos agrupar las teorías sobre el crecimiento en tres grupos fundamentales: 1) el primer grupo se puede considerar pesimista, se relaciona con las aportaciones de autores como Th. Malthus o D. Ricardo, y sus rasgos son la presión demográfica creciente, la disponibilidad decreciente de bienes naturales, y los rendimientos decrecientes de la industria, los salarios y la renta. En este mismo grupo se inserta la consideración de J.S. Mill sobre la posibilidad de un estado estacionario, pero desde un punto de vista más esperanzador que los autores anteriores, puesto que confiaba en la capacidad humana de

---

<sup>521</sup> J.M. Naredo, *Raíces económicas del deterioro ecológico y social*, Madrid: Siglo XXI, 2010, p.190.



aprendizaje de las dificultades existentes y la capacidad de la tecnología para superar las limitaciones que surgían; 2) el segundo grupo incluiría una visión optimista por su confianza en que la capacidad productiva del sistema incrementaría continuamente las posibilidades existentes para el ser humano; 3) por último, el tercer grupo de teorías sobre el desarrollo engloba únicamente la teoría de K. Marx, y se caracterizaría por su profecía sobre la creciente miseria de las masas y el ineludible cambio del propio sistema como resultado de su lógica interna<sup>522</sup>.

### 3.1.6. CAPITAL

La noción de Capital sintetiza el desplazamiento que el objeto de la ciencia económica ha sufrido, desde una caracterización física como resultado de la apropiación de los bienes primarios, hasta la expresión de los valores subjetivos de un conjunto concreto y muy reducido de objetos. Desde antes de su utilización en la ciencia económica, el término Capital había sido utilizada en el Derecho romano para definir

el õprincipalõ de un préstamo, distinguido del interés y de otras reivindicaciones accesorias del prestamista. Más adelante, y en obvia relación con ese sentido, pasó a denotar las sumas de dinero o equivalentes aportadas por los socios a una sociedad o compañía, la suma total de los activos de una empresa, etc.<sup>523</sup>.

Por eso, el término Capital se asociaba a una expresión monetaria de diversos bienes, la que posteriormente, a partir de la escuela neoclásica, volvería a recuperar.

Dentro de la escuela fisiocrática, a pesar de la asociación del sistema económico con el entorno físico, encontramos una primera teoría del capital. No debemos olvidar que la interconexión de todo el sistema económico que nos proponen se inicia en una serie de bienes adelantados que permiten iniciar el consumo y todo el aparato productivo<sup>524</sup>. Esta teoría se basaba en la definición de Capital, por parte de F.

---

<sup>522</sup> J.A. Schumpeter, *Historia del análisis económico*, Barcelona: Ariel, 1971, pp.635-638.

<sup>523</sup> *Ibíd*, p.373.

<sup>524</sup> *Ibíd.*, p.374.

Quesnay, como la masa total de bienes de una sociedad, pero que va más allá de los bienes físicos, incluyendo las capacidades y los útiles disponibles<sup>525</sup>. Además, para los economistas franceses de mitades del siglo XVIII el capital, al igual que la generación de riqueza, está asociado a la actividad agrícola, y está constituido por los «*avances foncières*», es decir, por todos los costes iniciales, y asumidos solamente una vez en toda la vida útil, necesarios para explotar un terreno; los «*avances primitives*», que incluyen los equipos e instrumental necesarios para realizar los trabajos; y los «*avances annuelles*», los gastos corrientes que anualmente demanda el trabajo<sup>526</sup>. En resumen, para los fisiócratas, el capital es «esencialmente aquella parte del producto social de los períodos económicos anteriores que alimenta la producción del período en curso; desempeña un papel temporal muy importante, en tanto que parte de la corriente de bienes»<sup>527</sup>.

La incapacidad de los economistas fisiocráticos de sustentar la gestión de los recursos económicos desde el enfoque material que propugnaban impulsó a los economistas clásicos a desligar la producción del mundo físico y la riqueza del producto de la Tierra. El mecanicismo característico de la ciencia moderna permitió transferir el factor limitador de la creación de riqueza de la Tierra al Trabajo, puesto que el valor de uso de los objetos era desplazado en importancia por el valor de cambio, homogeneizando las diferencias cualitativas entre bienes. La técnica que se desarrolló paralelamente a la ciencia moderna aportó los instrumentos necesarios para contabilizar adecuadamente estos valores de cambio y reducir toda la esfera económica al nivel monetario. En esta nueva esfera pecuniaria el sistema económico se asilaba definitivamente del entorno físico y las consecuencias que generaba su desarrollo eran soslayadas por la acumulación de la riqueza mobiliaria. En este sentido, A. Smith, siguiendo la idea inicial de F. Quesnay, concibe el capital como los bienes o el dinero con los que iniciar y desarrollar una producción, es decir, un adelanto de lo necesario para la producción, que en este caso ya no estaba ligada, exclusivamente, a la esfera agrícola. Por eso, la etapa clásica mantiene la noción de capital como una riqueza

---

<sup>525</sup> *Ibid.*, p.235.

<sup>526</sup> *Ibid.*, p.280.

<sup>527</sup> J.A. Schumpeter, *Síntesis de la evolución de la ciencia económica y sus métodos*, Barcelona: Oikos-Tau, 1967, p.65.

acumulada previamente y necesaria para el comienzo de una nueva actividad productiva y, consiguientemente, la plusvalía que en la etapa fisiocrática era generada por la Tierra permitiendo la creación de capital mediante su acumulación, es ahora trasladada al Trabajo industrial como actividad productiva principal<sup>528</sup>. En ninguno de ambos casos, es decir, ni en la etapa fisiocrática, ni en la etapa clásica, se le atribuye al capital la capacidad de generar ninguna plusvalía, es decir, de permitir generar y acumular más riqueza, puesto que ésta depende exclusivamente de los otros dos factores limitadores, la Tierra y el Trabajo<sup>529</sup>. Además, A. Smith introduce una primera diferenciación entre las diferentes categorías de bienes que forman parte del capital y que permitirían, a su vez, diferenciar entre un capital fijo y un capital circulante<sup>530</sup>.

La concepción del capital como riqueza acumulada, y la noción de un sistema económico interconectado en el que la ley de Say afirmaba que la propia producción del sistema generaba una demanda agregada que permitía mantener el sistema en equilibrio, orientó la preocupación de la escuela clásica hacia el impacto del ahorro en el proceso económico. La posibilidad de que el ahorro superase un cierto nivel podía provocar una reducción suficiente de la demanda de bienes que no absorbería la oferta creciente del sistema e interrumpiría una posterior generación y acumulación de mayor riqueza. Y de esta reflexión sobre el impacto del ahorro surge la diferenciación entre el capital como riqueza acumulada, y el capital como flujo de bienes que mantiene en funcionamiento el sistema económico. En todo caso, de la cantidad inicial de bienes que se necesitaba para comenzar una actividad productiva debían eliminarse aquellos que eran bienes de consumo y no estaban directamente implicados en la nueva actividad productiva. Dicho de otro modo, resultaba necesario adoptar un concepto unitario de capital que lo independizase de las diferencias cualitativas de los bienes<sup>531</sup>.

Pero la incapacidad de la asociación entre trabajo y valor para superar adecuadamente las objeciones propias de la época clásica impulsó el desarrollo de la

---

<sup>528</sup> Esta es la idea recogida por A. Smith en su obra, «The annual produce of the land and labour of a nation can be increased in its value by no other means, but by increasing either the number of its productive labourers or the productive powers of those labourers who had before been employed», véase A. Smith, *The Wealth of Nations*, New York: Random House, 1994, p.373.

<sup>529</sup> J.A. Schumpeter, *Historia del análisis económico*, Barcelona: Ariel, 1971, pp.281-282.

<sup>530</sup> *Ibid.*, p.375.

<sup>531</sup> *Ibid.*, pp.690-703.

solución neoclásica a través de la utilidad del bien y su escasez subjetiva, que permitían delimitar, aún más, el concepto de riqueza y adecuarlo a todo aquello que coincidía con la propiedad establecida. El nuevo concepto de capital debía de ser capaz de distinguir entre el fondo inicial de bienes, o stock de capital, y el flujo de bienes necesario para mantener en funcionamiento el proceso económico. Esta culminación en el proceso de reducción se apoya en la nueva categoría que permitía la homogeneización y la unificación del concepto de riqueza, definiendo de forma satisfactoria el valor de cambio del objeto en base a sus características fundamentales de utilidad y escasez: el Capital expresado en términos monetarios. La nueva concepción del capital lo expresa como una agregado de elementos valorados en dinero, por lo que su homogeneidad permite integrar bienes de diferentes cualidades<sup>532</sup>. El stock de bienes se convierte, por tanto, en dinero, un nuevo elemento en el inventario inicial para arrancar la actividad productiva.

En este sentido se expresa A. Marshall cuando observa que el capital de una persona constituye aquella parte de su riqueza utilizada para obtener un ingreso en forma de dinero<sup>533</sup>, es decir, el capital deja de tener una pura perspectiva material como medio de producción de más riqueza y queda reducido a un nivel monetario que permite la generación de más ingresos monetarios. El capital se reduce a dinero. Y este flujo monetario que genera el Capital y que consiste en más Capital se erige como el medio más adecuado de medir la prosperidad de una nación<sup>534</sup>.

Esta nueva categoría se postula como la nueva medida de la riqueza y la forma a la que pueden ser reducidos todos los objetos independientemente de sus cualidades. Por tanto, el Capital representa la culminación de la abstracción de la ciencia económica, tanto de la esfera física, como de la social, y del resto de ciencias. En otras palabras, el Capital es la única dimensión en la que se desarrolla la ciencia económica<sup>535</sup>, es la dimensión a la que la economía reduce toda la realidad social, puesto que permite expresar todo objeto en las mismas unidades cuantitativas,

---

<sup>532</sup> *Ibid.*, pp.981-987.

<sup>533</sup> A. Marshall, *op. cit.*, Book II, Chapter 4, 1.

<sup>534</sup> *Ibid.*, Book II, Chapter 4, 7.

<sup>535</sup> A. Marshall afirma que los conceptos de Capital y de Riqueza son utilizados como sinónimos en el lenguaje abstracto matemático propio de la ciencia económica, véase A. Marshall, *Principles of Economics*, Hampshire: Palgrave MacMillan, 1920, Book II, Chapter 4, 8.

asegurando la precisión y coherencia que el modelo científico de la mecánica clásica exigía<sup>536</sup>.

### 3.2. LOS AXIOMAS IDEOLÓGICOS

En lo referente a los axiomas ideológicos que constituirán los principios fundamentales de nuestra propuesta de teoría axiomática, y que articularán las categorías económicas postuladas, nos centraremos en aquellos principios que reflejan la construcción de la realidad social actual y que se consideran asumidos como parte fundamental de un pretendido orden natural de la sociedad, ideal de la naturaleza humana, e inmutable.

Como ya hemos observado, una de las ideas impuestas a partir del movimiento ilustrado, y aceptada acríticamente en la sociedad actual, es la de la posibilidad de un progreso ilimitado del ser humano. Por tanto, uno de los axiomas fundamentales estará asociado a esta idea de progreso y se robustecerá con el desarrollo de un positivismo social que justificará, en última instancia, la reducción de cualquier problemática social a una mera cuestión técnica. Para afrontar estas cuestiones técnicas, que generalmente se asociarán a la escasez de medios para alcanzar una serie de objetivos impuestos por alguna instancia externa a la propia sociedad, es fundamental, también, abordar la asentada idea de la racionalidad instrumental como un modelo racional de gran semejanza al comportamiento humano habitual. El rasgo fundamental del *homo oeconomicus* que sirve de base a la sociedad actual será esta racionalidad económica que perseguirá obtener la mayor eficiencia posible asumiendo la escasez subjetiva de medios impuesta como hipótesis. Otra de las ideas recogidas desde el movimiento ilustrado es la introducida por el utilitarismo, y que, posteriormente, se asimilará a la felicidad y, en las sociedades actuales, al consumo masivo de bienes como meta fundamental del individuo dentro de la sociedad. Además de este consumo de bienes, la propiedad privada también es postulada como un elemento necesario para la consecución de la libertad individual, desechando automáticamente otro tipo de propiedades como obstáculos fundamentales en este objetivo. Por último, nuestra

---

<sup>536</sup> J.M. Naredo, *Raíces económicas del deterioro ecológico y social*, Madrid: Siglo XXI, 2010, pp.38-39.

propuesta de axiomas ideológicos recogerá la idea de mercado abstracto, como contexto fundamental para la cooperación entre individuos con vistas a una prosperidad social no coordinada centralizadamente, y la idea de universalismo como transformación de la universalidad ilustrada en un instrumento de imposición y extensión de un modelo humano determinado.

### 3.2.1. PROGRESO Y POSITIVISMO

La ruptura con las proposiciones de la fe religiosa y la visión asociada a los mitos y prejuicios imperantes en la época, junto con la capacidad de la ciencia moderna para sustituir las antiguas teorías por otras nuevas de carácter inclusivo y expansivo en su capacidad explicativa, impulsaron la posibilidad de generar un conocimiento acumulativo e ilimitado. Además, la confianza radical en la razón humana que el movimiento ilustrado postula ayuda a consolidar la sustitución, ya emprendida, de las ataduras a los dogmas metafísicos heredados de la tradición por un nuevo monismo que sitúa la inteligencia humana como única generadora de conocimiento y guía en el desarrollo humano. El movimiento ilustrado, por tanto, impone una visión de futuro en la que se vislumbra una mejora progresiva de las condiciones materiales del ser humano en base a los resultados obtenidos por la ciencia moderna, pudiéndose conceptualizar esta idea de progreso como una proyección laica de las esperanzas de transformación mundial que el cristianismo ha introducido en el humanismo moderno, en base a la apertura de la salvación a todo el mundo<sup>537</sup>. La confianza en el progreso y el desarrollo del ser humano en las esferas de la ética y política no supondrán, en definitiva, sino una traslación de la idea del progreso en la ciencia y la tecnología que la Revolución científica y la Ilustración configuraron en la Revolución industrial<sup>538</sup>.

Esta idea de progreso y la capacidad acumulativa e irreversible del conocimiento confluyeron en el movimiento positivista que dominó Europa en la segunda mitad del siglo XIX, dentro del contexto de transformación industrial que se estaba operando, y que modificaba profundamente las estructuras sociales. Posteriormente, estas ideas

---

<sup>537</sup> G. Reale y D. Antiseri, *Historia del pensamiento filosófico y científico. II. Del Humanismo a Kant*, Barcelona: Herder, 2004, pp.563-569.

<sup>538</sup> Véase cap. 2.1.3.

positivistas resurgirían con fuerza en el periodo comprendido entre las dos guerras mundiales del siglo XX, de la mano del neopositivismo asociado al círculo de Viena, y que recuperará la tendencia antimetafísica que impulsa el método asociado a la ciencia natural, el fundamento básico de la matemática, y el recurso a la experimentación como vía de verificación de las nuevas proposiciones. Por tanto, los rasgos definitorios del movimiento positivista se concentraban en la defensa de la primacía de la ciencia y su método de búsqueda de leyes causales y mecánicas, que podían proyectarse a la esfera social. Por eso, es posible considerar el positivismo como la respuesta a dos cuestiones fundamentales en la época: 1) la necesidad de un sistema general de pensamiento que relevase a la metafísica; 2) la necesidad de sistematizar la expansión de la investigación y experimentación dominantes<sup>539</sup>.

El cambio en la forma de vida que provoca la revolución industrial se refleja en la preponderancia de la idea de un progreso humano y social, es decir, en la disponibilidad de instrumentos y herramientas ilimitadas para hacer frente a los problemas a los que se enfrenta la sociedad. Además, la primacía de la ciencia y su paradigma reflejado en las ciencias naturales permite trasladar este modelo al estudio de la sociedad, revelándose en la proyección de la ciencia moderna sobre la sociedad, y provocando el surgimiento de la sociología y su pretensión de solucionar los problemas en las relaciones sociales. Este nacimiento se inscribe en el optimismo impulsado por el desarrollo tecnológico que impregna toda la sociedad y promueve la visión de un progreso imparable en todos los ámbitos humanos, siempre con la meta de un bienestar generalizado.

El positivismo proyectado en la esfera social desarrolla una sociología que propondrá afrontar las crisis sociales y políticas mediante un mejor conocimiento de los hechos sociales y políticos mimetizando, a escala social, el método de la física clásica. La evolución social se convierte en uno de los principales asuntos por los que se interesa el positivismo, y el resultado de este desarrollo será la generación de leyes sociales capaces de realizar previsiones sobre el comportamiento humano. En palabras de A. Comte, la filosofía positiva debería conducir a la sociedad a «una organización nueva, a la vez más progresiva y más consistente que la que se fundamenta en la

---

<sup>539</sup> J.A. Schumpeter, *Historia del análisis económico*, Barcelona: Ariel, 1971, p.471.

filosofía teológica»<sup>540</sup>. El positivismo concibe el orden y el progreso como los dos pilares sobre los que debe desarrollarse la civilización moderna. Cualquier orden social que aspire a ser duradero debe combinarse con la idea de progreso, y cualquier pretendido progreso no será exitoso si no se consolida en un orden social correspondiente. De esta forma, la filosofía positivista nos propone una doctrina que sea por «igual progresiva y jerárquica»<sup>541</sup>, es decir, una doctrina que establezca «una exacta armonía general dentro del sistema total de las ideas sociales, al hacer resaltar espontáneamente la uniformidad fundamental de la vida humana colectiva»<sup>542</sup>. Además, como el núcleo del positivismo se basa en la capacidad empírica de verificación de las leyes, la nueva sociología apartará al ser humano de una reflexión sobre las esencias y últimas causas de los fenómenos, puesto que lo importante será la explicación de los mismos y la posibilidad de gestionarlos para que produzcan los resultados adecuados.

Dentro del programa de la filosofía positivista, A. Comte postulaba como objetivo la separación definitiva de la ciencia respecto de «toda influencia indirecta de la vieja filosofía»<sup>543</sup>. En este objetivo, las ciencias naturales constituirán el modelo que permita unificar todos los fenómenos de acuerdo con una secuencia racional de leyes, puesto que la «ciencia auténtica no tiene, en efecto, ningún otro fin general que el de establecer y fortalecer sin tregua el orden intelectual que ónunca se recordará bastante-constituye la primera base indispensable de cualquier orden verdadero»<sup>544</sup>.

Sin embargo, el impulsor fundamental del positivismo fue consciente de que, además de los fenómenos evolutivos, en la esfera social concurren otros hechos que denominó *instintos sociales*. Ambos elementos cooperaban para equilibrar la situación social y dar lugar, mediante su teoría del *progreso natural* a un «orden espontáneo de la sociedad»<sup>545</sup>. Y este orden espontáneo tendía a consolidarse mediante el «desarrollo de una prudente resignación»<sup>546</sup>. En otras palabras, el orden social derivado de la jerarquía científica era adoptado de forma espontánea imponiendo la resignación social puesto

---

<sup>540</sup> A. Comte, *La Física social*, Madrid: Aguilar, 1981, p.10.

<sup>541</sup> *Ibid.*, p.12.

<sup>542</sup> *Ibid.*, p.128.

<sup>543</sup> *Ibid.*, p.5.

<sup>544</sup> *Ibid.*, p.133.

<sup>545</sup> J.A. Schumpeter, *Historia del análisis económico*, Barcelona: Ariel, 1971, p.473.

<sup>546</sup> A. Comte, *op. cit.*, p.136.



que se derivaba de unas leyes naturales invariables que regían todos los fenómenos observables. Por tanto, los prejuicios políticos derivados de decisiones tomadas de acuerdo con la política positivista también serían aceptados con resignación a nivel social, puesto que la razón pública convergerá en la opinión de que son indispensables en el camino hacia el progreso. Y esta racionalidad pública adoptará esta posición por la objetividad derivada del paradigma científico que regirá en las relaciones sociales. De esta forma, A. Comte refuerza la idea de que

el espíritu positivo, debido a su naturaleza, sea el que fuere el asunto al que se aplique, se muestra siempre directamente progresivo, ocupándose sin tregua en acrecentar la masa de nuestros conocimientos y en perfeccionar su vínculo [...] Desde el punto de vista social, la idea racional de progreso, tal como se comienza a concebirla, es decir, la de desarrollo continuado, con tendencia inevitable y permanente hacia un fin determinado, débese atribuir, ciertamente [...] a la imprevista influencia de la filosofía positiva<sup>547</sup>.

En resumen, lo que proyecta el positivismo es una previsibilidad racional del futuro aplicado a la esfera social, es decir, una especie de apropiación racional del entorno físico y temporal que conduce al ser humano a una comprensión cada vez más profunda de las leyes naturales, un control tecnológico de la propia naturaleza (incluida la sociedad), y una libertad respecto a los prejuicios, en un proceso progresivo, e ilimitado<sup>548</sup>. El conocimiento de estas leyes sociales permitirá desarrollar un humanismo que persiga la regeneración de la sociedad, y este conocimiento se desarrollaría a través de la metodología comtiana que consistirá en observar hechos históricos y postular generalizaciones a partir de ellos. Dentro de la ciencia económica esta visión se transmite al nivel del economista profesional que, como afirma J.K. Galbraith, «no se ocupa de la justicia ni de la benignidad de la economía clásica o neoclásica; hacerlo, sería negar la motivación científica»<sup>549</sup>. Por eso es comprensible que la economía matemática que se desarrolló posteriormente asegurase una certidumbre y precisión

---

<sup>547</sup> *Ibid.*, pp.139-140.

<sup>548</sup> J.A. Schumpeter, *Historia del análisis económico*, Barcelona: Ariel, 1971, p.510.

<sup>549</sup> J.K. Galbraith, *op. cit.*, p.139.

científica que ayudase a incrementar el prestigio de los economistas universitarios, aunque el coste asociado fuese el «alejamiento de la disciplina con respecto al mundo real»<sup>550</sup>, es decir, confirmando que, dentro del positivismo, «la teoría es una construcción especulativa y no realista»<sup>551</sup>.

Este es, por tanto, el contexto en el que se desarrolla uno de los axiomas que han dominado los desarrollos ideológicos posteriores, el que nos brinda la posibilidad de una cultura intelectual y moral que asegure un progreso indefinido y sin regresión como reflejo de la evolución racional de las ciencias y la técnica, y que incluso permitiría la reducción de cualquier problema social a una simple cuestión tecnológica<sup>552</sup>. La infinitud de las ciencias y su progresiva expansión es proyectada a nivel social, e incluida dentro de la mentalidad dominante. La fe en el progreso, es decir, la posibilidad de una mejora progresiva y generalizada se convierte en una idea básica en la sociedad, y permitirá determinar si todo aquello que el ser humano crea es beneficioso en base a su contribución instrumental a este objetivo, y no por sus cualidades intrínsecas. La transformación de la humanidad y la progresiva satisfacción de sus necesidades son concebidas como un proceso lineal irreversible e intrínsecamente beneficioso. A partir del surgimiento del positivismo, la importancia de la ciencia para el progreso, la sociología como ciencia autónoma e irreductible, la unicidad del método científico y su valor cognoscitivo, son ideas fundamentales que se han anclado en el pensamiento occidental<sup>553</sup>. Además, la libertad humana verdadera exige, de acuerdo con A. Comte, la sumisión racional a las leyes de la naturaleza, de forma que se objetiviza el resultado científico y queda protegido ante cualquier posible crítica externa. En última instancia, en todo este proceso no observamos sino el reflejo del compromiso de los intelectuales con los dogmas establecidos por la economía neoclásica<sup>554</sup>.

### 3.2.2. RACIONALISMO ECONÓMICO

---

<sup>550</sup> *Ibid.*, p.284.

<sup>551</sup> J.A. Schumpeter, *Historia del análisis económico*, Barcelona: Ariel, 1971, p.473.

<sup>552</sup> L. von Mises, *Liberalismo*, Madrid: Unión Editorial, 1977, p.22.

<sup>553</sup> G. Reale y D. Antiseri, *Historia del pensamiento filosófico y científico. III. Del Romanticismo hasta hoy*, Barcelona: Herder, 2004, p.279.

<sup>554</sup> J.K. Galbraith, *op. cit.*, p.311.

La superación de los dogmas metafísicos que el movimiento ilustrado impulsó situó al ser humano en el centro del universo de nuevo, pero en este caso solamente su razón podía guiarle en la vida. Por eso, sin el soporte de los elementos metafísicos, la racionalidad adquiere una relevancia especial y se convierte en elemento fundamental del nuevo sistema social imperante. Sin embargo, el avance tecnológico, postulado como elemento fundamental del progreso y el bienestar del individuo, parece haberse convertido en una limitación para el desarrollo de la racionalidad y, consecuentemente, de la pretendida autonomía humana.

Al reflexionar sobre la racionalidad, Max Horkheimer nos propone diferenciar entre racionalidad subjetiva y racionalidad objetiva. La primera haría referencia al «funcionamiento abstracto del mecanismo de pensamiento», es decir, a la capacidad de clasificación, de inferencia y de deducción, y determinaría la adecuación de unos medios a los fines perseguidos. La segunda, por su parte, perseguiría la armonización del ser humano con la totalidad de su entorno, y no excluiría a la subjetiva, sino que la consideraría solamente una parte limitada de lo que sería una racionalidad global<sup>555</sup>.

De acuerdo con esta definición, el periodo Ilustrado, a pesar de interesarse por una armonización del ser humano con el entorno natural y social, impulsó decididamente la preeminencia del nivel subjetivo de la racionalidad respecto al nivel objetivo, es decir, la capacidad abstracta de adecuar los medios disponibles a los fines perseguidos fue la que disolvió los dogmas metafísicos heredados<sup>556</sup>. Pero, como bien observa M. Horkheimer, si aceptados una serie de fines hacia los cuales queremos avanzar mediante la optimización de los medios disponibles, estamos aceptando, de facto, que existen otros factores externos a la propia racionalidad humana que determinan dichos fines. Y, en este sentido, la racionalidad quedaría reducida a un simple instrumento que se pondrá al servicio de cualquier ideal, pero de forma acrítica al mismo, puesto que este será impuesto por instancias ajenas<sup>557</sup>. La razón objetiva, por su parte, permitiría reflexionar sobre estos fines, es decir, no dejarlos en manos de instancias ajenas, sino actuar directamente sobre ellos y ayudar a determinarlos. En este sentido, este concepto de racionalidad presupone una «estructura omniabarcadora o

---

<sup>555</sup> M. Horkheimer, *Crítica de la razón instrumental*, Madrid: Trotta, 2010, pp.45-46.

<sup>556</sup> *Ibid.*, p.56.

<sup>557</sup> *Ibid.*, p.49.

fundamental del ser» de la que se deriva su destino, es decir, un concepto de ciencia distante del analítico cartesiano, el cual permite reducirlo todo a una serie de datos inconexos que la racionalidad debe reconstruir<sup>558</sup>.

A raíz del desarrollo del utilitarismo, con sus características hedonistas e iusnaturalistas, se fue imponiendo el matiz subjetivo de la racionalidad, puesto que encajaba perfectamente con el interés egoísta impulsado. Y la aportación posterior del positivismo será el impulso de su carácter instrumental, es decir, su radical separación de los contenidos con los que opera y sobre los que ya no se pronunciará<sup>559</sup>. En este sentido, la ciencia moderna y el racionalismo instrumental que impulsa se convertirán en la única autoridad capaz de determinar el entorno. Ya no es necesario determinar si un sistema es más racional que otro, puesto que los fines que persiguen quedan fuera del análisis racional, y lo único importante es determinar adecuadamente los medios necesarios para alcanzarlos<sup>560</sup>.

En este proceso de vaciamiento de contenidos de la racionalidad se impone una construcción individualista de la sociedad que conlleva, en muchas etapas, la aceptación de que la persecución individual de un fin determinado implicará naturalmente la consecución del mismo por parte de la sociedad<sup>561</sup>. Dicho de otro modo, la racionalidad subjetiva pretende, de esta forma, haber cubierto el vacío dejado por la racionalidad objetiva y haber alcanzado la armonía social mediante la persecución egoísta de los intereses individuales.

La consecuencia de este proceso de imposición de la racionalidad instrumental ha sido la capacidad con que se ha dotado a la ciencia económica para convertirse en un elemento objetivo que domina nuestro entorno y al que debemos adaptarnos, sin capacidad de crítica, para sobrevivir. El entorno humano ha sido convertido en un conjunto de medios, naturales y humanos al servicio de un único fin, el de supervivencia. En general, cualquier sujeto se ha convertido en un simple objeto al servicio de este único fin<sup>562</sup>, y el método de decisión en cualquier ámbito se ha limitado

---

<sup>558</sup> *Ibid.*, p.52.

<sup>559</sup> *Ibid.*, p.58.

<sup>560</sup> *Ibid.*, p.67.

<sup>561</sup> J.A. Schumpeter, *Historia del análisis económico*, Barcelona: Ariel, 1971, pp.277-278.

<sup>562</sup> M. Horkheimer, *op. cit.*, p.119.

a aplicar una teoría de la racionalidad que presupone la existencia de unas preferencias y creencias del individuo y su coherencia interna. Y esta teoría de la racionalidad permite construir el *homo oeconomicus*, cuyo objetivo de acción será siempre la máxima satisfacción de dichas preferencias. Para ello, se presupone un modelo ideal de racionalidad que permitiría la construcción de una función de utilidad como valoración de las preferencias del individuo, por lo que estaríamos ante la posibilidad de crear una utilidad cardinal y una utilidad ordinal en cada caso.

En conclusión, la racionalidad económica sería un modelo de racionalidad instrumental aplicado a la esfera económica en la que se consideraría que la conducta de los individuos es intencional y que se explicaría como una maximización de la diferencia entre los costes y los beneficios asociados a la acción<sup>563</sup>. De esta forma, la utilidad asociada a cada acción quedaría establecida, tanto a nivel cardinal, como a nivel ordinal, en función de la reducción monetaria propuesta por la ciencia económica, y la decisión final del *homo oeconomicus* se establecería por la relación entre los costes y beneficios monetarios esperados de una acción determinada.

### 3.2.3. UTILITARISMO, FELICIDAD Y CONSUMO

El movimiento utilitarista de la primera mitad del siglo XIX hereda las tesis de los ilustrados y constituye la primera manifestación del positivismo social en Inglaterra. Las tesis originarias de este movimiento se localizan en el pensamiento de Jeremy Bentham, cuya filosofía política y moral partía de la premisa positivista de que las instituciones sociales podían ser diseñadas racionalmente. El principio fundamental de este movimiento determinaba que había que buscar la máxima felicidad posible para el mayor número de personas, y para ello se debía promover una legislación adecuada. Para sustentar este principio se apoyaba en que, en el ámbito de la moral, los únicos hechos realmente relevantes eran el placer y el dolor, es decir que la acción humana, desde un punto de vista moral, se orientaba a obtener placer y evitar dolor. El juicio moral, según los utilitaristas, queda reducido a un juicio acerca de la felicidad personal, puesto que el placer se asocia a la felicidad, luego es bueno, y el dolor a la maldad.

---

<sup>563</sup> J. Elster, *Tuercas y tornillos*, Barcelona: Gedisa, 2003, pp.31-38.

Cada individuo se guía por la búsqueda de la felicidad a nivel individual en cada una de sus acciones, por lo que el resultado de sus decisiones debe ser un estado de cosas que le proporcione la mayor felicidad, minimizando el dolor. La moral queda reducida a un cálculo hedonista en el que, antes de cada acción, el individuo debe determinar las características placenteras de su resultado, o las posibles consecuencias dolorosas. Este utilitarismo primario es el que, posteriormente, será adoptado por la economía clásica y se basa, principalmente, en un análisis cuantitativo y no cualitativo de la felicidad, como posteriormente postuló J.S. Mill.

No obstante, en el terreno social, el interés propio y el bien común ya habían ganado terreno hacia mitad del siglo XVIII, tornándose en principios únicos de la razón. Y este interés propio individual era orientado por la búsqueda del placer individual, definido desde un punto de vista hedonista. Además, el placer se consideraba cuantificable en una magnitud que podríamos denominar *felicidad individual*, y que, a su vez, se agregaba para dar lugar a una felicidad global de la sociedad. Este total social es lo que constituía el bien común o bienestar de la sociedad y cumple con la visión analítica que permitía descomponerlo en sus partes, las felicidades individuales<sup>564</sup>. En última instancia, la irrupción de esta teoría a nivel social se proyectaba en una consideración del comportamiento individual y social totalmente racionalista.

Los economistas clásicos, apoyándose en esta visión utilitarista cuantitativa, determinaron que el objetivo primordial de su ciencia debía ser la búsqueda de la felicidad humana, determinada mediante una vía hedonista simple que la asociaba con la capacidad de acceder al mayor número posible de mercancías. Además, la visión utilitarista encajaba perfectamente con la teoría clásica de la utilidad del bien<sup>565</sup>. Por tanto, en la escuela clásica, el utilitarismo es utilizado para asociar la consecución del bienestar por la vía del incremento del consumo de objetos producidos. Esta visión clásica permitió realizar una serie de reducciones en la noción de felicidad e identificarla con la satisfacción más básica de necesidades, de forma paralela al desplazamiento de la noción de riqueza que se operaba dentro del sistema económico<sup>566</sup>. La felicidad, por tanto, es reducida a la disponibilidad de gran abundancia de objetos de

---

<sup>564</sup> J.A. Schumpeter, *Historia del análisis económico*, Barcelona: Ariel, 1971, pp.170-171.

<sup>565</sup> *Ibid.*, p.1147.

<sup>566</sup> Véase cap. 3.1.1.

consumo, y la asociación de riqueza y utilidad permite afianzar la idea de que una mayor producción de mercancías permitirá un mayor consumo y redundará en una felicidad creciente.

Esta definición de utilidad de un bien es lo suficientemente ambigua y generalista para poder incluir cualquier bien u objeto producido, puesto que, como en la mayor parte de las sociedades no se comparte la misma concepción de los bienes considerados primarios para la vida humana, el axioma asumido en el sistema económico permite una generalización válida para cualquier sociedad. El dogmatismo utilitarista que identifica consumo con felicidad es uno de los pilares sobre los que se asienta el funcionamiento del sistema económico dominante y, de esta forma, los individuos son convertidos en consumidores y los deseos humanos son expresados en mercancías<sup>567</sup>.

La relación que se establece entre el consumo y la felicidad depende del modelo racional aplicado en el sistema económico y que adopta, como hemos comentado, las preferencias del individuo como un dato fundamental de todo el proceso. Estas preferencias son ligadas al consumo y, de esta forma, la satisfacción de las mismas mediante el consumo implica, directamente, el logro de la felicidad.

### **3.2.4. PROPIEDAD PRIVADA Y LIBERTAD INDIVIDUAL**

La contraposición que Benjamin Constant realizó entre la idea de libertad de los antiguos, como una especie de autogobierno o participación en el proceso colectivo de toma de decisiones, y naturalmente aplicada tanto a individuos como a comunidades, frente a la idea moderna de libertad, como una esfera protegida de independencia o no interferencia y regulada por la ley, supone el inicio de una tradición liberal clásica en la que la libertad individual debe quedar protegida por las instituciones de la propiedad privada y el libre mercado<sup>568</sup>. La propiedad privada se erige, en este contexto, en la representación material de la libertad individual en su forma más primordial, mientras que las libertades de mercado forman parte de las libertades básicas de la persona.

---

<sup>567</sup> C. Hamilton, *El fetiche del crecimiento*, Pamplona: Laetoli, 2006, p.29.

<sup>568</sup> D. Harvey, *Breve historia del neoliberalismo*, Madrid: Akal, 2007, p.13.

Esta tradición liberal clásica vincula la propiedad privada con la libertad individual como si la primera fuese un hecho constitutivo de la segunda y no meramente un instrumento que permita desarrollarla. De facto, la propiedad privada es concebida como un vehículo institucional que permitirá la toma de decisiones descentralizadas en la esfera social, por lo que el hipotético proceso de desplazamiento de la propiedad privada hacia una propiedad colectiva implicaría una dilución de los conocimientos prácticos de la sociedad y, consecuentemente, un obstáculo para el proceso de toma de decisiones<sup>569</sup>. La defensa de la propiedad privada, por tanto, se construye en base a su vinculación con la autonomía del individuo, e implica el desarrollo de un marco institucional liberal que proteja las libertades del individuo, de forma negativa, mientras que la propiedad privada la transformará en una dimensión positiva. La carencia de propiedad privada, o de propiedades en un nivel sustancial, dentro de la sociedad se traducirá en una reducción del grado de autonomía del individuo en cuestión, por lo que se acepta la visión kantiana de que la propiedad privada asegura la independencia personal. De acuerdo con esta idea del papel de la propiedad privada dentro de la esfera social se extiende al concepto de propiedad respaldado por el derecho del propietario al uso de los objetos poseídos, lo que constituía el instrumento jurídico que sustentaba la apropiación individual de los recursos del medio natural<sup>570</sup>.

En el fondo, el respeto a la propiedad privada derivado de la utopía liberal como base de la autonomía y la felicidad del individuo<sup>571</sup> se traduce, en el sistema económico imperante, en la aceptación de la propiedad de la riqueza que se ha ido acumulando. El derecho del propietario al uso de los objetos poseídos rompe con las relaciones de propiedad pre-existentes, y permite la privatización o la apropiación individual o colectiva de formas de propiedad tradicionales<sup>572</sup>. Por tanto, la libertad individual exaltada por el liberalismo derivado de la economía clásica ha permitido valorar positivamente la propiedad privada y considerarla como algo intrínseco a dicha libertad y, por tanto, positivamente bueno. No obstante, esta defensa de los derechos individuales a nivel social ha encubierto, en muchas ocasiones, un tipo de propiedad

---

<sup>569</sup> J. Gray, *Liberalismo*, Madrid: Alianza, 1994, cap.8.

<sup>570</sup> J.M. Naredo, *La economía en evolución*, Madrid: Siglo XXI, 2003, p.122.

<sup>571</sup> L. von Mises, *op. cit.*, p.90.

<sup>572</sup> J.M. Naredo, *La economía en evolución*, Madrid: Siglo XXI, 2003, pp.121-122.



privada asociada a organizaciones sociales jerárquicas y centralizadas que la concentran, ahogando la teórica libertad individual de la mayoría que, en teoría, debería promover. En este caso, la propiedad privada se convierte, claramente, en una fuente de tiranía y opresión que obstaculiza la libertad individual<sup>573</sup>.

### 3.2.5. MERCADO ABSTRACTO

El racionalismo económico asumido dentro del sistema imperante indica que cada individuo actúa según sus deseos y, aplicando el utilitarismo también asumido, que las acciones de cada individuo buscan la máxima satisfacción de sus necesidades, puesto que estas conducen a su felicidad y bienestar. Por tanto, el axioma resultante es la asunción de que todo ser humano obra con vistas a maximizar su felicidad, y solamente con este objetivo. Este proceso de toma de decisiones es equivalente a un egoísmo, puesto que en la evaluación de la felicidad aceptada por el utilitarismo el cálculo de utilidad se aplicará sobre el bienestar individual, sobre la felicidad que cada individuo obtiene al actuar, y que se cuantifica en función de los bienes que consume. En este aspecto, la esfera económica se considera emancipada de las reglas morales y el egoísmo es asociado, automáticamente, con el bienestar y el progreso colectivo<sup>574</sup>.

Para reforzar esta visión del beneficio que el egoísmo aporta a la comunidad, los economistas clásicos recurrieron a una expresión típica de la inversión moral que ya había sido promovida por la Reforma, y caracterizada en *La fábula de las abejas* (1714), de B. Mandeville. En esta obra se ilustraba cómo los vicios privados son capaces de operar el bien público, adoptándose esta idea como un axioma, fuera de toda crítica en la esfera económica, en cuanto A. Smith lo caracterizó con una mano invisible que aseguraba que la interacción libre de los individuos en un mercado abstracto de carácter capitalista no conduciría al caos, sino que proporcionaría resultados muy beneficiosos para el conjunto. Esta misma idea la recogía Milton Friedman cuando observaba que el individuo que persigue su propio beneficio es conducido por una mano invisible a alcanzar un fin que, inicialmente, no era parte de sus objetivos y que, por tanto, la persecución individual del propio interés promovía los intereses sociales de un

---

<sup>573</sup> *Ibid.*, p.126.

<sup>574</sup> *Ibid.* p.61.

modo más efectivo que cuando ésta intentaba perseguirlos directamente de una forma centralizada y coordinada<sup>575</sup>. De esta forma se impuso, dentro del sistema económico, la idea de que la confrontación de intereses individuales permite alcanzar un equilibrio de forma más eficiente que cualquier ley impuesta. Y esta confrontación de intereses se debía desarrollar dentro de un marco propio de relación de los agentes económicos, un mercado abstracto que permitiese esta gestión de los recursos sin necesidad de consideraciones éticas. En este mercado abstracto se desarrolla un proceso de competencia entre individuos con intereses económicos contrapuestos que siempre generará una solución óptima. La ciencia económica neoclásica, por tanto, plantea un modelo ideal de mercado libre, transparente y perfecto en el que se desarrolla, sin ningún tipo de injerencia externa, la racionalidad económica y utilitaria del individuo para determinar los intercambios que se realizan. Además, este mercado ideal ayuda a reforzar la idea de un atomismo social que concibe la realidad como un conjunto de individuos actuando de forma individual, y sin ningún tipo de relación entre ellos. De esta forma se fortalece la visión atomista y mecánica de la sociedad propia del sistema económico, asegurando su equilibrio global. La libre competencia que se establece en el mercado entre estos átomos permite maximizar la utilidad final obtenida y, mediante una simple agregación de estas utilidades individuales, obtener una utilidad social maximizada. Por otra parte, esta cooperación entre átomos aislados permite evitar la concentración del poder político y económico en una misma institución, lo que es considerado como fuente potencial de tiranía<sup>576</sup>.

La aportación fundamental que realiza la economía neoclásica sobre la noción de mercado abstracto es universalizarlo y proyectarlo como una norma de futuro, aislada del entorno físico, e imperturbable ante cualquier reflexión ética. En esta etapa se desarrollan las teorías del equilibrio general que necesitaba la construcción clásica, y éstas operan en el nivel de los valores de cambio, haciendo completa abstracción del entorno físico. Por tanto, el equilibrio económico ya no opera en un nivel físico, como pretendían los fisiócratas, sino que se reserva para el nivel monetario del mercado, sin necesidad de contabilizar las consecuencias físicas y sociales derivadas. La idea de un

---

<sup>575</sup> M. y R. Friedman, *Libertad de elegir. Hacia un nuevo liberalismo económico*, Barcelona: Grijalbo, 1980, p.16.

<sup>576</sup> *Ibid.*, p.17.

mercado abstracto encajaba perfectamente en la noción neoclásica del sistema económico, puesto que la función de éste es la asignación de unos recursos escasos con el máximo de eficiencia posible (en el nivel de los costos), dentro de una organización determinada. Esta maximización concuerda con la visión racionalista del individuo y la aplicación de la jerarquía de preferencias del utilitarismo. En este contexto, el mercado es el mecanismo adecuado para identificar las necesidades de diversos agentes y transmitir estos datos a otros agentes para que gestionen unos recursos que permitan su satisfacción de la forma más efectiva y sencilla, teniendo en cuenta la complejidad de las relaciones establecidas, y permitiendo que se cumpla un intercambio voluntario que asegure la posibilidad de la prosperidad y la libertad social<sup>577</sup>. La coordinación teórica es no invasiva ni coercitiva para ningún agente, y resulta del equilibrio que integra necesidades con actividades, es decir, el mercado resulta el paradigma de una organización social espontánea que no coarta la libertad individual, una libertad coherente con la sustentada por la propiedad individual<sup>578</sup>.

Por tanto, la idea de mercado abstracto ha sido ampliamente asumida y se ha extendido en la mayoría de los países democráticos de forma acrítica. Las libertades que este mecanismo teóricamente asegura se han considerado satisfactorias para las necesidades humanas, puesto que permite que los diferentes individuos, con intereses diferentes e incluso incompatibles, puedan intercambiar bienes de forma, teóricamente, ventajosa para todos ellos.

### 3.2.6. UNIVERSALISMO

De acuerdo con Tzvetan Todorov, el proyecto Ilustrado se caracteriza por tres ideas fundamentales: la autonomía, la finalidad humana de nuestros actos, y la universalidad. El concepto de universalidad deriva de la aplicación de la autonomía, entendida como antropocentrismo, es decir, como orientación hacia el mundo terrenal en detrimento de la promesa religiosa de un futuro mejor ultraterrenal, y que se proyecta en un humanismo que concibe a todo ser humano como un valor en sí mismo y poseedor de derechos inalienables. Estos derechos serían la proyección del derecho

---

<sup>577</sup> *Ibid.*, p.28.

<sup>578</sup> J.M. Naredo, *La economía en evolución*, Madrid: Siglo XXI, 2003, pp.121-127.

natural derivado del orden natural heredado de la tradición, y que se había desarrollado en los siglos XVII y XVIII. Por tanto, la universalidad postulada por la Ilustración se proyecta en una extensión del concepto de libertad y del derecho natural que se refleja en la igualdad de todos los seres humanos. Y esta idea de universalidad permitirá desarrollar, durante el periodo ilustrado, el interés por otras sociedades y sistemas de organización diferentes al occidental. En este sentido, desaparecen los modelos ideales, en coherencia con la superación de las tradiciones heredadas, y se impone el conocimiento libre del universo, sin que los prejuicios puedan actuar como obstáculos<sup>579</sup>.

La idea de que todo ser humano pertenece a la misma especie exige, por coherencia, considerar que todo ser humano tiene derecho a la misma dignidad. Sin embargo, el programa ilustrado que exigía la igualdad en base a su idea de universalidad no ha sido cumplimentado de forma rigurosa, sino que ha mostrado desviaciones importantes hasta la situación actual. Y estos desvíos en su pleno desarrollo provienen de la tensión entre lo particular y lo universal, que se refleja en un movimiento oscilatorio entre la tolerancia y la unificación. El movimiento ilustrado era consciente de esta tensión y perseguía alcanzar un equilibrio histórico, es decir, que pudiese redefinirse continuamente en base al reconocimiento de nuevas particularidades y la generación de nuevos valores universales. Dicho de otro modo, y siguiendo la afirmación de T. Todorov, «la universalidad no justifica el empleo de la fuerza al margen de toda ley. Pero por otra parte el respeto a todo el mundo no significa que las normas comunes no tengan razón de ser»<sup>580</sup>. Y en este mismo sentido, J.A. Schumpeter nos recuerda que J.S. Mill ya había expresado su reconocimiento sobre la imposibilidad de prácticas universalmente aplicables y la necesidad de estudiar las diversas variedades locales y temporales del comportamiento humano, lo que habría evitado, en su opinión, la maldición del hombre económico<sup>581</sup>. En conclusión, la idea fundamental de universalidad que promovía la Ilustración nos empuja hacia el reconocimiento de la

---

<sup>579</sup> T. Todorov, *El espíritu de la Ilustración*, Barcelona: Círculo de Lectores, 2008, pp.10-25.

<sup>580</sup> *Ibid.*, p.113.

<sup>581</sup> J.A. Schumpeter, *Historia del análisis económico*, Barcelona: Ariel, 1971, p.510.

pluralidad del ser humano, pero superando las limitaciones del relativismo que nos orientarían hacia la renuncia a nuestra humanidad común<sup>582</sup>.

Consiguientemente, y en este contexto de desarrollo del pensamiento Ilustrado, ¿en qué sentido se ha operado la desviación de este postulado de universalidad, transformándose en un simple universalismo? En su obra *Universalismo europeo*, Immanuel Wallerstein describe tres características fundamentales de este universalismo en base al argumento utilizado para defenderlo: 1) el universalismo de los derechos humanos y la democracia; 2) el universalismo basado en la superioridad de la civilización occidental; y 3) el universalismo que promueve las verdades científicas del mercado, y que elimina cualquier alternativa al sistema económico neoliberal<sup>583</sup>. En conjunto, el universalismo defiende la superioridad y el carácter universal de los derechos humanos, la democracia, la civilización occidental, y los mecanismos del mercado, con su sistema económico asociado.

Sin embargo, el argumento principal para la defensa de este universalismo, en cualquiera de sus vertientes, es la expansión de valores objetivamente buenos y positivos para todo ser humano, y que se basan en el crecimiento económico y el progreso que defiende la ciencia económica. Cualquier acción política, económica o militar cuyo objetivo sea la propagación de los ideales del sistema económico en aquellos lugares que no pueden *disfrutarlo* en toda su extensión, es justificable y soportada por una visión moral positiva. Como observa I. Wallerstein, poco importa en este proceso la ambigüedad asociada a estos valores pretendidamente universales y su origen en la simple convencionalidad social de un sistema dominante. En última instancia, estos valores son presentados como unos valores universales globales producto del derecho natural<sup>584</sup>.

No obstante, una de las raíces fundamentales de este universalismo europeo es el carácter de universalidad que el positivismo imprimió en la ciencia, realzando el carácter objetivo de la misma y la existencia de una serie de leyes comunes que operaban sobre los fenómenos sociales, independientemente del lugar y del tiempo. El

---

<sup>582</sup> T. Todorov, *op. cit.*, p.114.

<sup>583</sup> I. Wallerstein, *Universalismo europeo. El discurso del poder*, Madrid: Siglo XXI, 2007, p.12.

<sup>584</sup> *Ibid.*, pp.44-45.

universalismo exige la superación del subjetivismo, y la ciencia se convierte en el vehículo de objetivización fundamental, puesto que permite afianzar la noción de certeza<sup>585</sup>.

En este contexto, la ciencia económica cumple un papel fundamental en la legitimación de las estructuras políticas y sociales, gracias a su universalismo. Las verdades solamente son alcanzables de forma empírica, y los modelos económicos permiten alcanzar dichas verdades y aislar sus resultados de la esfera de la moral, puesto que los valores no forman parte de los intereses de la ciencia. En resumen, la idea de universalismo asociada a la ciencia económica la eleva a paradigma para alcanzar la verdad y organizar la sociedad, con la seguridad de que sus resultados son certeros y objetivos. Y, en este sentido, confirma la observación de I. Wallerstein de que las estructuras del saber «son un elemento esencial en el funcionamiento y la legitimación de las estructuras políticas, económicas y sociales del sistema»<sup>586</sup>.

#### **4. LA DESCONEXIÓN SOCIAL DE LA CIENCIA ECONÓMICA**

Al comenzar nuestra reflexión sobre el proceso de autonomización de la ciencia económica, su proyección como una instancia externa a la realidad social, objetiva y trascendente a cualquier proceso de reflexión colectivo, habíamos planteado la necesidad de establecer el marco ideológico sobre el que se había producido dicho proceso, de analizar la evolución de la propia ciencia económica dentro de este contexto, y de determinar los elementos fundamentales que permiten articularla científicamente en su pretendida objetividad y desconectada de la realidad social. El recorrido realizado hasta el momento nos permite establecer, ahora, las características principales que concretan dicha desconexión de la realidad social, y que suponen la base sobre la que se articula actualmente la ciencia económica que determina nuestra sociedad global.

---

<sup>585</sup> *Ibid.*, p.69.

<sup>586</sup> *Ibid.*, p.77.

La primera de estas características es la atomización que se ha ido imponiendo en todos los niveles de desarrollo de lo económico. La visión analítica de la realidad que se desarrolla en los comienzos de la ciencia económica se proyecta socialmente como una construcción de agregados, cuya débil cohesión potencia la individualización de la sociedad y el aislamiento de sus componentes, proyectando dicha debilidad hacia cualquier intento de acción colectiva que no sea impuesta desde una instancia externa al propio reconocimiento de los individuos entre sí y de sus capacidades creativas para la configuración de un interés común. La segunda característica se centra en la aceptación de la existencia de una esfera de conocimiento y verdad, la esfera económica, que no está vinculada con su entorno natural y social, es decir, que no puede ser afectada o construida desde la propia sociedad, sino que se configura de forma positiva y con exención de cualquier potencial normatividad. Por último, la tercera característica, derivada de las dos anteriores, es la construcción de un armazón teórico y abstracto capaz de funcionar como escudo protector ante cualquier posible crítica. La progresiva complejización de todo el aparato matemático, que hace las veces de lenguaje abstracto de la ciencia económica, permite generar un nivel de conocimiento accesible únicamente a los expertos, y libera al desarrollo de la ciencia económica de cualquier incómoda intromisión social.

La conjunción de estas tres características permite sustentar la autonomía que ha alcanzado la esfera económica en la actualidad y situarla fuera del campo de acción de la reflexión colectiva, alejada de cualquier tipo de acción social, y a salvo de la actividad política de la sociedad, como una esfera trascendente a la realidad social, capaz de desarrollarse de forma autónoma y dictar las pautas de desarrollo de la sociedad de una forma positiva y neutral, sin necesidad de observar las consecuencias sociales que depara su desarrollo.

#### **4.1. LA ATOMIZACIÓN SOCIAL**

La ruptura del cerco social que supone la Modernidad permite la consolidación de una visión de la realidad totalmente novedosa respecto de la visión imperante en el imaginario social anterior, y que se fragua en las etapas finales de la escolástica y con el impulso final que supone la Revolución científica. La visión de la realidad como un

todo, como un conjunto único omniabarcador en el que las partes adquieren su sentido por su pertenencia al mismo, es decir, la concepción orgánica de la realidad, es sustituida por la concepción analítica de la misma. La capacidad de dividir el *todo* en innumerables partes aisladas que pueden ser analizadas, además, de forma también aislada y sin conexión con el resto de las partes del conjunto, abre la puerta a una desconexión progresiva y a una pérdida de la significación y del sentido del conjunto.

A lo largo del recorrido que ya hemos realizado por el marco ideológico que fundamenta el desarrollo de la ciencia económica hemos observado que, en las primeras etapas de la escolástica se mantiene el concepto de los universales y, por tanto, se concibe la posibilidad de que existan conceptos amplios capaces de aglutinar características individuales, es decir, conceptos que den sentido y expliquen ciertos elementos individuales. En esta época, además, se sigue manteniendo la necesidad de proyectar el orden social a imagen y semejanza del orden celeste, por lo que no se concibe que las partes que configuran la realidad puedan tener autonomía como para adquirir un sentido propio a expensas del sentido que un orden superior otorga. La jerarquía piramidal imperante, además, implica una sumisión de las partes al todo. Sin embargo, la relación entre la fe y la razón en toda esta época va evolucionando desde la sumisión de la segunda a la primera a una progresiva relación de igualdad en planos de acción diferenciados. Paralelamente a la evolución de esta relación, la controversia de los universales también evoluciona desde el realismo extremo que admitía la existencia metafísica de los universales, es decir, de conceptos globales que daban sentido a otros conceptos individuales, hasta un nominalismo extremo que rechaza el valor de los universales, de los conceptos globales, y afirma la existencia de lo individual frente a lo universal. Y, por último, y a nivel político, la unidad del imperio se resquebraja y da paso a la creación de entidades más pequeñas de organización de la sociedad, posibilitando la admisión de la división de un todo existente y la búsqueda de sentido en instituciones políticas de menor tamaño. En conclusión, los elementos ideológicos que, a lo largo de la Escolástica, habían permitido sustentar una concepción unitaria de la sociedad pierden, progresivamente, su vigor y dan paso a una progresiva disgregación y división en las estructuras sociales que se traducirá en un mayor individualismo y una cierta interiorización de la vida espiritual. Este proceso se ve reforzado con el posterior surgimiento del mercantilismo y los nuevos órdenes sociales asociados, así como por la



aportación de una nueva visión de la religión derivada de la Reforma, y el desarrollo de la Ciencia y sus nuevos instrumentos para acercarse a la realidad.

La Iglesia y su paradigma católico-romano no son capaces de mantener la visión orgánica de la sociedad ante el empuje de un nuevo concepto de individuo dotado de derechos y obligaciones, y el desarrollo del derecho positivo. Este nuevo concepto se incorpora al imaginario social gracias al desarrollo que el Renacimiento y el Humanismo realizan de las aportaciones de Tomás de Aquino al paradigma religioso imperante. Esta transición concluye en un concepto de individuo como sujeto de derechos en oposición a la comunidad, su reconocimiento y su libertad, paralelamente al progresivo desarrollo de las ciudades y el ascenso del burgués, del ciudadano. De hecho, los cambios político-sociales que se producen durante esta época suponen la irrupción de un nuevo concepto de individualidad que ya estaba, por tanto, presente al irrumpir la Reforma religiosa, la cual termina por desarrollarlo en línea con las ideas adelantadas por el Humanismo precedente. La principal aportación del Martín Lutero al paradigma evangélico-protestante que inaugura es la fe personal en la gracia de Dios que refleja, de acuerdo con H. Küng una marcada tendencia individualista en su justificación del pecador. El individuo se revela como el único canal de contacto con la divinidad, sin necesidad de la aportación de un intermediario, y con el consiguiente desplazamiento de la acción colectiva. Este papel fundamental del individuo dentro de la Reforma religiosa se ve impulsado por la aportación del calvinismo y su concepto de la predestinación, que acentúa, aún más si cabe, la dependencia del individuo respecto de la divinidad y la separación respecto del conjunto. Además, la respuesta de la Contrarreforma católica ahonda en la misma línea de enaltecimiento de la figura del individuo y del derecho natural, puesto que propone la recuperación de las doctrinas de Tomás de Aquino y su potenciación. En este sentido, el individuo se revela ahora como el principal responsable de su vida y el depositario del origen de la certeza del mundo. En estas mismas fuentes ideológicas se sustenta el desarrollo de la Ciencia durante los siglos XVI y XVII que, partiendo de un decidido nominalismo y revalorización de lo terrenal, avanza por el camino de la experimentación sustentada en las singularidades de una realidad ya fragmentada. La culminación de este desarrollo científico se produce de la mano de la física clásica newtoniana que propone un modelo mecanicista en el que es posible el desarrollo de un análisis aislado de cada una de las partes que componen el

todo sin que éstas pierdan su significado singular, es decir, en el que se posibilita la individualización y fragmentación de la realidad. La nueva visión de la realidad que ayuda a construir la Ciencia consolida la inversión en el origen del significado que, de acuerdo con el modelo orgánico partía del *todo* hacia sus partes y que, en base al nuevo modelo analítico, se construye como una suma del significado de cada una de las partes para desembocar en el *todo*. Por último, la Ilustración y el proceso de exaltación de la Razón asociado refuerzan el individualismo como valor singular de la sociedad, un individuo capaz de dominar la naturaleza dada su centralidad dentro del universo y la capacidad ilimitada de su racionalidad.

La ciencia económica recogerá este proceso de atomización de la realidad y divisibilidad del conjunto en su desarrollo a partir de la escuela clásica. Inicialmente, los economistas franceses de comienzos de lo siglo XVIII mantienen una visión orgánica de la realidad y sustentan el desarrollo económico en un orden natural que opera sobre el todo y no, de forma individualizada, sobre las diferentes partes que conforman la realidad, en una clara proyección de los legados neotomistas. Pero el desarrollo de la Revolución industrial y la irrupción de la escuela clásica de la mano de A. Smith dentro de la economía permite poner en valor el concepto de individuo y la atomización que se proyecta de toda la realidad circundante. La división del trabajo que se impone progresivamente solamente es asumible y comprensible desde un posición que acepte la posibilidad de dividir y fragmentar la realidad social, y que asuma que el todo se construye como una agregado de las partes. No en vano, esta divisibilidad es la causa de la eficiencia de todo el proceso industrial y es la condición que asegura el avance económico y social, por lo que pasa de ser una hipótesis útil para superar ciertas contradicciones del avance social, a ser uno de los pilares de desarrollo del futuro social. El orden natural que se heredaba desde la época de apogeo de la escolástica es ahora interpretado como una necesaria armonía de los intereses particulares, es decir, de las partes que constituyen el todo<sup>587</sup>.

---

<sup>587</sup> Al respecto, observa René Passet que «el òsujetoö se sustituye entonces por el òciudadanoö [...] Y la idea de leyes naturales o de orden natural a las cuales conviene plegarse será una de las ideas fuertes del siglo XVIII», véase R. Passet, *Las grandes representaciones del mundo y la Economía a lo largo de la historia*, Madrid: Clave Intelectual, 2013, p.176.

El atomismo social<sup>588</sup> es adaptado, por tanto, a nivel científico dentro de la economía como una herramienta de desarrollo de la propia ciencia a través del desarrollo del mecanicismo clásico y su idea de la gravitación de las partes respecto a un punto de equilibrio<sup>589</sup>. En este mismo sentido, los elementos componentes de todo el esquema económico se proyectarán como un conjunto en equilibrio gravitacional. La primera sistematización de la economía toma como punto de partida el interés individual que actúa de acuerdo con un modelo de átomos dispersos interconectados a través de una fuerza gravitacional a distancia y sin contacto. Paradójicamente, esta conexión de los diferentes componentes de una realidad atomizada se realizaba como prolongación del orden natural que había introducido la escolástica en su momento de máximo apogeo y que, tras los desarrollos de Hugo Grocio y Thomas Hobbes, habían recuperado los fisiócratas en su versión del *laissez-faire*. Ante la irrealidad práctica de esta equilibrio gravitacional y las críticas que la ciencia económica recibió por la misma, una de las alternativas era potenciar la atomización del sistema y, de acuerdo a la confianza en la Razón humana que había impulsado la Ilustración, concebir a los actores del sistema, productores y consumidores, como individuos totalmente separados y aislados en cada una de sus actividades, con una capacidad racional tal que siempre perseguían su máximo beneficio, en el primer caso, y su máxima satisfacción, en el segundo. La recuperación neoclásica de las concepciones imperantes durante la etapa clásica se realiza, por tanto, ahondando en la visión de una sociedad atomizada en la que el equilibrio se sigue alcanzando mediante una oposición de fuerzas que, en este caso, se conciben como las capacidades racionales de alcanzar y agudizar el interés propio de una forma aislada y sin ningún tipo de influencia exógena sobre las decisiones del propio individuo. En este sentido, la nueva sistematización científica neoclásica profundiza en la visión individualista de la sociedad, pero concretando el orden natural que conduce a su equilibrio en la capacidad racional individual de cada uno de los átomos constitutivos del sistema. Desde el punto de vista de los bienes materiales, el

---

<sup>588</sup> Sobre atomismo e individualismo observa R. Passet que «Las dos palabras in-dividuo y á-tomo de raíces latinas y griegas, respectivamente, poseen exactamente el mismo sentido: aquello más allá de lo cual no es posible dividir», véase R. Passet, *Las grandes representaciones del mundo y la Economía a lo largo de la historia*, Madrid: Clave Intelectual, 2013, p.285.

<sup>589</sup> Sobre la relación entre el equilibrio cósmico y el equilibrio social véase R. Passet, *Las grandes representaciones del mundo y la Economía a lo largo de la historia*, Madrid: Clave Intelectual, 2013, pp.179-181.

interés del individuo se proyectaba sobre los mismos a través del concepto de utilidad asociado a cada uno de ellos, una utilidad que es, por tanto, totalmente subjetiva, y que puede variar en función de quién la evalúa. La suma de las utilidades conformaría las curvas de oferta y demanda, es decir, las evaluaciones racionales de cada individuo pueden ser agregadas para generar una evaluación racional global del sistema, por lo que se construye una utilidad total que permite indicar el punto de equilibrio del sistema en su conjunto.

La gran innovación que se produjo en la etapa keynesiana, una vez constatado durante la crisis de la década de 1930 que el equilibrio en base a intereses individuales no parecía factible, fue la traslación definitiva del nivel micro en el análisis de la ciencia económica, al nivel macro. En otras palabras, la etapa poskeynesiana consolida la visión atomista de la sociedad y la necesidad de esta visión analítica para el posterior desarrollo de la ciencia económica, puesto que desarrolla una visión de conjunto, una visión global del sistema, considerando la existencia fáctica de una serie de conceptos globales obtenidos a partir de simples agregados de sus componentes individuales. Para poder efectuar esta transición de niveles de análisis en la economía, las realidades individuales cualitativamente diferentes deben homogeneizarse en base a alguna característica que permita una fácil cuantificación, y deben computarse mediante un sistema estadístico apropiado que permita, en última instancia, objetivizar a nivel macroeconómico los mismos resultados obtenidos a nivel microeconómico. Una vez logrado este objetivo, la ciencia económica ya no actuará sobre realidades concretas e individuales, sino que actuará sobre conceptos agregados, a un nivel global, para que sus consecuencias sean, posteriormente, transmitidas al nivel individual. Sin embargo, esta nueva visión económica no supera la atomización del sistema que había impulsado la economía clásica, sino que la refuerza mediante los conceptos macro obtenidos como agregados de realidades individuales, pero sin conformar una realidad diferente a la suma de las mismas.

Además, la crisis de la década de 1970 que puso en jaque las teorías keynesianas impulsó la recuperación de los conceptos clásicos y neoclásicos de la mano del monetarismo y, en este mismo sentido, mantuvo la necesidad de considerar que los agentes económicos actúan siempre de manera racional y con el objetivo de maximizar sus intereses. El modelo del *homo oeconomicus*, por tanto, se impone como el elemento

fundamental que articula y fundamenta la visión analítica de la realidad, la de la atomización social<sup>590</sup>. El desarrollo posterior de la escuela monetarista profundiza en esta visión de la realidad y asume que la racionalidad del agente económico es una característica esencial del individuo que actúa dentro del sistema económico.

En conclusión, la evolución de la propia ciencia económica se produce alrededor de este concepto de atomización que ya había sido introducido en el imaginario social por los movimientos ideológicos anteriores a las primeras sistematizaciones de la esfera económica. Estas primeras sistematizaciones adoptan esta visión de la realidad y la convierten en un elemento recurrente de su desarrollo y, lo que es más importante, en una de las características de la sociedad que la propia ciencia económica utiliza y ayuda a consolidar. Dentro del nuevo imaginario social surgido a partir de la Modernidad, la visión de la sociedad como un agregado de intereses individuales que no es capaz de erigirse como una entidad propiamente dicha queda naturalizada por la contribución de la ciencia económica<sup>591</sup>. La inseparabilidad que se produce entre su articulación y este postulado permite que en la actualidad se asuma como un hecho fáctico y objetivo que no existen entidades colectivas con características propias e independientes de los elementos que las constituyen, es decir, que no tienen un significado independiente de los mismos, sino que éste queda constituido exclusivamente por sus componentes que son, realmente, las entidades últimas con significado. Más allá del individuo, del átomo que configura la realidad circundante, no existe nada.

#### 4.2. LA ABSTRACCIÓN DEL ENTORNO SOCIAL

---

<sup>590</sup> Al comentar la influencia del pensamiento de F. von Hayek en la etapa neoliberal, R. Passet afirma que según la visión del autor de origen austriaco, «lo colectivo se reduce a lo individual: Solo el individuo siente, piensa y actúa. En el juego del orden cataláctico, se trata, de principio a fin, de una sola lógica, la del individuo», véase R. Passet, *Las grandes representaciones del mundo y la Economía a lo largo de la historia*, Madrid: Clave Intelectual, 2013, p.942.

<sup>591</sup> En este sentido, recuperamos la visión del individuo en la sociedad de la escuela clásica, y que puede ser proyectada en la actualidad con ligeros cambios, y que desarrolla R. Passet cuando afirma que «vive, pues fuera del espacio y del tiempo, solitario en una sociedad que se cristaliza en torno a los dos valores sagrados que son la libertad y la propiedad; una sociedad homogénea compuesta de pequeñas empresas, de consumidores independientes y de actores que no se preguntan nunca si no tienen intereses solidarios que defender en común», véase R. Passet, *Las grandes representaciones del mundo y la Economía a lo largo de la historia*, Madrid: Clave Intelectual, 2013, p.286.

De forma paralela a la imposición de una visión analítica de la realidad, la ciencia económica se desarrolla en una vía divergente con la realidad física y social que le rodea. La posibilidad de dividir el todo en diferentes partes constitutivas para proceder a su análisis particular y posterior reconstrucción permite a la ciencia económica incorporar los métodos aplicados en las ciencias físicas, que actúan como modelo de desarrollo, y un lenguaje matemático puramente abstracto para expresar sus avances<sup>592</sup>. De esta forma, la ciencia económica se auto-instituye en una esfera externa a la realidad circundante, capaz de llevar a cabo su propio desarrollo sin la menor conexión con la misma, y sin necesidad de que se produzca una comunicación que conecte ambas esferas.

La denominación de la primera sistematización del sistema económico denota que esta desconexión no era algo natural ni objetivo, como podemos asumir hoy en día. De hecho, la propia visión orgánica de la realidad que habían heredado los fisiócratas ayuda a comprender la unidad entre esfera física y esfera económica que su denominación expresa. Inicialmente, por tanto, y como reacción a una época mercantilista en la que la actividad económica principal se había distanciado de los recursos físicos, y cuyo objetivo principal, la acumulación de riqueza en forma de metales preciosos, también era ajeno al imaginario social imperante, aunque en transición, la esfera de lo económico es de nuevo conectada al sustrato físico, a la Tierra en este caso como factor originario de producción y generación de riqueza. No se concibe la existencia de una esfera económica que pueda separarse de la propia actividad física del ser humano en comunión con la naturaleza, que es el origen de lo económico; y, además, los principios económicos son concebidos en paralelismo a las leyes físicas.

Pero, el desarrollo de la técnica y su conjunción con la Ciencia y sus nuevos métodos dará lugar a los cimientos de la Revolución Industrial y a la progresiva preponderancia del proceso de transformación de materiales frente a la obtención directa de los mismos en la naturaleza. En esta nueva etapa, en la que se sistematizan

---

<sup>592</sup> Una visión introductoria e interesante de este movimiento de abstracción de la Ciencia Económica se puede encontrar en el Prólogo a la Segunda Edición de la obra de J.M. Naredo, *La Economía en evolución*, más en concreto véase J.M. Naredo, *La economía en evolución. Historia y perspectivas de las categorías básicas del pensamiento económico*, Madrid: Siglo XXI, 2003, pp.XXII-XXVIII.

los conceptos económicos básicos que serán, posteriormente, actualizados de forma recurrente a lo largo del desarrollo de la ciencia económica, se produce una primera separación de la esfera de lo económico respecto de la realidad que le rodea, en este caso, de la realidad física. El nuevo factor originario de producción de riqueza se desplaza desde la Tierra al Trabajo humano y, por tanto, lo económico se concibe como una esfera que puede desarrollarse de espaldas a la esfera física y sin la participación de la misma. Además de esta primera desconexión física, en esta época se establecen los fundamentos para una posterior separación de las esferas económica y social, puesto que se asume el postulado fisiocrático, heredado de la etapa fundamental de la escolástica, del orden natural, es decir, de la existencia de una tendencia hacia la armonización de los intereses sociales más allá, o de forma independiente, a la actividad desarrollada en la esfera económica. El equilibrio gravitacional permite concebir la posibilidad de que la ciencia económica pueda desarrollarse sin necesidad de preocuparse por sus efectos sociales, ni tampoco físicos, puesto que la tendencia inherente al equilibrio del sistema asegurará un resultado social óptimo.

La progresiva separación de la ciencia económica respecto del contexto físico y social se consolida con la reducción neoclásica del objeto económico, que implica una contracción de la esfera económica a una serie de elementos que cumplan unas características determinadas, aquellos que sean útiles y escasos. Este reduccionismo sitúa la valoración de los bienes en el ámbito de la subjetividad del agente económico, productor o consumidor, por lo que la economía ya no tratará de valores objetivos y operará en un nivel virtual sin conexión física. La consecuencia de este movimiento es la situación de la ciencia económica en un nivel de abstracción tal que, además, es capaz de desconectarla de las influencias de otras ciencias. En última instancia, la principal aportación de la sistematización neoclásica será la separación de dos esferas totalmente diferentes, la esfera económica, caracterizada por la posibilidad de equilibrio y reversibilidad, y totalmente aislada del mundo físico; y la esfera física y social, siempre en desequilibrio, con un intercambio continuo con otros sistemas, y caracterizadas por una constante entropía.

La aportación de la economía poskeynesiana, tanto de corte keynesiano como monetarista, no es capaz de romper con este aislamiento de la ciencia económica, sino que profundiza en su abstracción y aislamiento. El desarrollo de la macroeconomía

keynesiana no es sino el reflejo de un intento de simplificación de la creciente complejidad social en base a unos conceptos matemáticos y estadísticos puramente abstractos. Su propuesta no es capaz de romper con el aislamiento de la ciencia económica, sino que consolida la existencia de una esfera económica totalmente desconectada de la realidad social en la que todavía es posible alcanzar el equilibrio y se caracteriza por ser reversible; la alternativa que ofrece es una forma diferente de operar con los conceptos económicos para alcanzar estos mismos objetivos por otro camino diferente. La escuela monetarista, por su parte, deja patente en sus principios que ni tan siquiera intenta volver a conectar las esferas económica y físico-social. Su objetivo se limita a ser el desarrollo una ciencia positiva sin implicaciones ni aspiraciones normativas, por lo menos de forma declarada, y con una renovada confianza en la reversibilidad del sistema y su equilibrio. La ciencia económica debe desarrollarse en su vertiente puramente científica, como una disciplina aislada del resto de disciplinas y, especialmente, de sus consecuencias sociales y ambientales<sup>593</sup>, en la que solo cuenta la construcción de teorías basadas en hipótesis y generalizaciones que se ajusten de forma precisa a la realidad circundante.

La propia articulación axiomática de la ciencia económica expresa de forma meridianamente clara la independencia que se establece entre el entorno y la propia ciencia. La categoría de Capital muestra esta desconexión al erigirse como factor fundamental de generación de riqueza, en sustitución del Trabajo y la Tierra. La abstracción que refleja la ciencia económica se concreta en la capacidad de dicha categoría para homogeneizar las diferencias cualitativas de los diferentes bienes involucrados en el sistema económico, y operar la reducción que la escuela neoclásica introdujo. Y esta abstracción es la que promueve la escuela monetarista con el objetivo de desarrollar una ciencia puramente positiva ocupada y preocupada, en exclusiva, en operar con los conceptos económicos y generar nuevas teorías con una creciente capacidad predictiva sobre la realidad económica que la propia ciencia genera y construye.

---

<sup>593</sup> A este respecto R. Passet observa que «afirmar la legitimidad de la microeconomía no justifica que se la convierta en el único nivel de análisis; es decir que los factores económicos influyen en las decisiones sociales no autoriza a reducir estas a aquellas», véase R. Passet, *Las grandes representaciones del mundo y la Economía a lo largo de la historia*, Madrid: Clave Intelectual, 2013, p.998.



### **4.3. LA DEFENSA CONTRA LAS ALTERNATIVAS CRÍTICAS**

La potenciación del atomismo social y la abstracción social en base a los cuales se ha construido la ciencia económica imperante ha permitido situarla en un nivel de conocimiento lo suficientemente complejo para que solamente sea accesible para expertos. En otras palabras, esta complejización se traduce en la autonomización de la economía, en su elevación como entidad auto-suficiente por encima de la sociedad y dependiente, en exclusiva, de un grupo elitista de expertos capaces de acceder e interactuar con ella. Por un lado, la atomización social impulsada y naturalizada por la propia ciencia económica debilita la acción colectiva y facilita que cada individuo acepte su nivel de interacción con ella, es decir, bloquea cualquier pretensión de cuestionamiento e impulsa el conformismo. Y, por otro, la abstracción de la esfera económica respecto a la social y ambiental la sitúa en un nivel de legitimación superior a cualquier otro producto de la actividad humana, fuera de la acción colectiva y naturaliza sus resultados. La ciencia económica, en su nuevo estatus de entidad natural, se convierte en un producto necesario de la actividad humana y se sitúa en un nivel inaccesible a la crítica o la reflexión, más allá de la articulación de diferentes alternativas sobre cómo operar sus conceptos para alcanzar los mismos resultados. La entidad natural no es sino una institución social autónoma que queda a salvo de la relación dialéctica con la sociedad y se convierte en una entidad accesible a un vanguardia de expertos que controlan su interacción. Además, este proceso de autonomización de la ciencia económica la defiende mediante la terapia y la aniquilación de alternativas; puesto que, todas aquellas alternativas a la ciencia económica imperante serán catalogadas como desviadas respecto a la conceptualización imperante con el objetivo de que, progresivamente, acepten la articulación axiomática dominante, o queden fuera de la misma, como una alternativa inviable o de rango inferior.

La sistematización clásica de la ciencia económica comienza por definir los conceptos básicos sobre los que se articulará el posterior desarrollo de la misma, asimilando únicamente la idea global fisiocrática de interconexión entre todas las esferas de la economía, y la existencia de un orden natural que permite equilibrar a

largo plazo el sistema. Ante las primeras críticas al sistema, especialmente las de J.B. Say y Th. Malthus, la reacción de la ciencia económica fue la de la terapia, es decir, la generación de un nuevo cuerpo de conceptos que incluiría los casos excepcionales revelados por las críticas y que permitirían soslayarlos para volver a imponer la articulación de la ciencia económica existente. De esta forma, la idea de utilidad de J.B. Say es ignorada inicialmente para ser rescatada por D. Ricardo posteriormente y finalmente introducida y desarrollada por la revisión neoclásica, una vez que se había generado el aparato conceptual necesario; y la imposibilidad del equilibrio denunciada por Th. Malthus es soslayada por la reacción de D. Ricardo y su formulación de la nueva teoría del trabajo-valor pero aplicando un reduccionismo inicial que permitiría consolidar la transición de generación de riqueza hacia la actividad humana y no desde la física. Las críticas más agudas, las de K. Marx o J.S. Mill, y la posterior de la escuela histórica son superadas, de la misma forma, por la imposición de la misma articulación axiomática existente, es decir, porque dichas críticas son incapaces de escaparse al aparato conceptual existente<sup>594</sup>. Incluso la teoría general keynesiana, considerada en muchos aspectos como una alternativa a la teoría neoclásica en boga antes de la crisis de la década de 1930, se nos revela como un reformulación de los mismos principios básicos y categorías de dicha escuela, e incapaz de superar los mismos objetivos ya impuestos y naturalizados. La respuesta posterior de la escuela monetarista, y su recuperación de los postulados clásicos y neoclásicos, pone de manifiesto que dicha reacción no supone una alternativa al aparato conceptual desarrollado por la ciencia económica imperante y que, por tanto, su destino final es quedar subsumido dentro de dicho aparato, que termina por ser aceptado sin excepción.

Pero no solamente se termina imponiendo el sistema existente, sino que cualquier otra alternativa que pretenda articular una axiomatización diferente se enfrentará al ostracismo en forma de aniquilación es decir, de tal forma que será considerada una opción de rango ontológico inferior y que, por tanto, no es capaz de

---

<sup>594</sup> Para una visión introductoria aunque muy clarificadora de la imposibilidad histórica de superar la formulación axiomática de la Ciencia Económica se puede consultar el Prólogo a la Tercera Edición de la obra de J.M. Naredo, *La Economía en evolución*, en el que se hace referencia, más concretamente, a la relación entre marxismo y liberalismo y sus consecuencias, véase J.M. Naredo, *La economía en evolución. Historia y perspectivas de las categorías básicas del pensamiento económico*, Madrid: Siglo XXI, 2003, pp.XXXVI-XXXIX.

mantener los principios generales de actuación de la ciencia dominante y las categorías ya articuladas, que son considerados como un esquema axiomático necesario y natural.

En última instancia, lo que refleja la dimensión objetiva que ha alcanzado la ciencia económica es que es capaz de operar de forma independiente y a espaldas de cualquier acción colectiva que evalúe los objetivos de la misma y sus implicaciones sociales y ambientales. Los propios principios básicos de articulación de la ciencia son los objetivos últimos de la misma y las categorías operativas son las únicas válidas para su desarrollo. La abstracción de la ciencia económica y su utilización, reforzada en la última etapa, de un lenguaje puramente matemático y también, por tanto, abstracto le permite operar en una esfera libre de críticas fundamentales que afecten a su normatividad u objetivos últimos, puesto que se considera carente de los mismos y únicamente enfocada a una positividad que le permita predecir la evolución económica de la realidad.

## **CAPÍTULO II. EL IMAGINARIO SOCIAL GLOBAL: LA HETERONOMÍA DEL PRESENTE**

La debilidad política que ha puesto de manifiesto el impacto social de la crisis financiera de carácter global del último lustro se nos ha revelado como el reverso de la naturalización de un sistema económico autónomo que impone sus consecuencias como un corolario necesario de su propio desarrollo. Este proceso de autonomización de la ciencia económica se ha sustentado, como hemos observado, en el propio proceso de construcción de la misma desde sus orígenes a mediados del siglo XVIII como derivada de un contexto ideológico determinado por una nueva ciencia de carácter mecanicista, de orientación antropocéntrica y afianzada sobre las ideas de progreso y utilitarismo; hasta una actualidad global en la que se potencia el atomismo social asociado al aislamiento del individuo y la posibilidad de un progreso indefinido, ascendente y expansivo. Como consecuencia de este proceso, la esfera económica se ha desconectado de su entorno natural y social, aislándose de influencias externas, y se ha centrado en su propia esfera teórica en la que ha ido desarrollando una serie de categorías propias y axiomas que rigen su funcionamiento.

Este proceso de debilitamiento de la acción social se ha visto agudizado por un proceso de transformación social que ha permitido configurar una realidad que acepta de forma acrítica esta autonomización y la heteronomía que de ella se deriva. La reflexión sobre esta segunda cuestión que habíamos planteado en la introducción a este trabajo, la construcción social que ha operado la ciencia económica autónoma, la abordaremos con ayuda del concepto de imaginario social como representación colectiva capaz de revelar el conjunto de significaciones que determina una época histórica y que permanece oculto detrás de lo socialmente visible. Este imaginario global que caracteriza nuestra época se apoya en el desarrollo del Estado del Bienestar posterior a la Segunda Guerra Mundial, que facilita el surgimiento de una sociedad de la abundancia capaz de superar las necesidades materiales básicas, y promueve una integración económica intensiva y extensiva. Las instituciones económicas surgidas de este capitalismo global promueven la extensión de una globalización financiera que impulsa, a su vez, una transformación de las instituciones sociales de los países

participantes en esta creciente integración económica y una homogeneización de sus características principales. Este proceso homogeneizador no ha representado sino una transformación de las significaciones sociales de nuestra época que se ha traducido en el surgimiento de un nuevo imaginario social, un imaginario global que ha permitido el reduccionismo de nuestra realidad social a un conjunto de sujetos posesivos; centrados en sus necesidades y, consecuentemente, en el consumo; presos de los nuevos sistemas de comunicación y el relativismo del lenguaje asociado a los mismos; capaces de renunciar a un concepto amplio de libertad; y que hacen dejación de sus responsabilidades sociales y asumen la sustitución del gobierno por una simple administración de los asuntos públicos.

El resultado de la consolidación de esta heteronomía social es la instauración de un Estado Homogéneo Universal como paradigma de la sociedad resultante de este imaginario global, que ha sido capaz de superar cualquier alternativa a sus fundamentos principales y que, por lo tanto, ha sido capaz de vencer cualquier enemigo considerado externo a su propia conformación. En este imaginario global, el mercado es el instrumento capaz de generar la armonía social necesaria pero que, paradójicamente, se ha convertido en una fuente de anomia social, de disgregación de los lazos sociales que fortalecen la acción social y la democracia como expresión superior de la política. Consecuentemente, el punto de llegada del desarrollo de este imaginario global es la aceptación de un nuevo dogma social, el economicista, capaz de subyugar y sustituir cualquier otro dogma histórico. La imposición de este nuevo dogma representa la exaltación de una nueva significación social que capitaliza la centralidad del nuevo imaginario social y que, sin embargo, no constituye un hecho aislado en el devenir histórico. La construcción social desde la Ilustración y la teoría de la historia asociada a esta evolución reflejan la existencia de esta tendencia a adoptar significaciones centrales que polarizan el desarrollo social. La perfectibilidad humana ha sido un argumento capaz de sustentar la normatividad derivada de la Ilustración y la construcción de un deber ser social asociado a esta significación central. En resumen, el monismo ideológico que se refleja en la adopción del dogma economicista o de la ciencia económica como significación central del imaginario global, ha sido una constante desde el periodo ilustrado y se revela como fuente principal de la heteronomía que nos subyuga.

## 1. EL IMAGINARIO SOCIAL GLOBAL: UNA APROXIMACIÓN DESDE LA CIENCIA ECONÓMICA

### 1.1. EL CONCEPTO DE IMAGINARIO SOCIAL

La reflexión sobre el orden social actual, en el que constatamos una autonomización de la esfera económica y su desconexión respecto del resto de la sociedad, nos conduce a abordar el proceso de su construcción desde una perspectiva que combina dos niveles de actuación conectados bidireccionalmente: el sustrato biológico y el nivel social<sup>1</sup>. Esta conexión entre las esferas biológica y social fundamenta nuestra convicción de que el orden social ya no puede ser asumido como un producto natural y, por tanto, determinado exclusivamente por la dimensión biológica del ser humano<sup>2</sup>, sino que debe ser interpretado como un continuo proceso de construcción histórica que conecta generaciones entre sí. En este proceso continuo e ininterrumpido adquiere relevancia el concepto de *Imaginario Social* que Juan Luís Pintos describe como «aquellas representaciones colectivas que rigen los sistemas de identificación y de integración social y que hacen visible la invisibilidad»<sup>3</sup>. Las representaciones colectivas de la sociedad, que permanecen ocultas tras lo socialmente visible, se articulan en base a una matriz que conecta la experiencia de sus individuos, sus sentimientos, imágenes y proyectos<sup>4</sup>, y proveen, asimismo, los instrumentos de los que una sociedad dispone para interpretar la realidad que le rodea y construirla en

---

<sup>1</sup> El fundamento de esta conexión es expresado por C. Castoriadis cuando afirma que «aquello que la psique da existencia no es dictado por esa realidad corporal-biológica pues en tal caso sería siempre y en todas partes lo mismo; tampoco se constituye en una "libertad absoluta" en relación con esa realidad que no puede ser ignorada ni manipulada con total arbitrariedad» y, concluye, «la elaboración psíquica no viene dictada por la organización biológica ni está tampoco en libertad absoluta respecto de ello». Y esta relación es la que remite a nuestro autor al concepto freudiano de *apoyo*: «Precisamente a esta relación original e irreductible de la psique con la realidad corporal-biológica del sujeto es a lo que apunta la idea freudiana de *apoyo* (*Anlehnung*)», véase C. Castoriadis, *La institución imaginaria de la sociedad*, Barcelona : Tusquets, 2013, p.454.

<sup>2</sup> Como observa C. Castoriadis, «El individuo no es un fruto de la naturaleza, ni siquiera tropical, sino creación e institución social», véase C. Castoriadis, *op. cit.*, pp.486-487.

<sup>3</sup> J.L. Pintos, *Los Imaginarios Sociales*, Maliaño: Sal Terrae, 1995, p.8. En esta asociación con las representaciones colectivas se pone de manifiesto la ascendencia durkheimiana del concepto de Imaginario Social.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p.11.

términos diferentes a los imperantes. Por tanto, el concepto de Imaginario Social nos provee la estructura invisible que posibilita a cualquier sociedad determinar la preponderancia de ciertos valores sociales y, consecuentemente, articular los mecanismos que los legitiman socialmente. En última instancia, ante el cuestionamiento de la realidad social existente, adoptamos la visión de una construcción histórica determinada por la actividad humana, es decir, concebimos el orden social existente como resultado de la capacidad creadora y transformadora del ser humano dentro de una empresa social en la que cada cambio en las condiciones materiales de desarrollo de dicha actividad influirá de forma decisiva en la esfera de las ideas que orienta, a su vez, la praxis humana. En este mismo sentido, al abordar dicho concepto de imaginario social y sus implicaciones en el desarrollo social, Cornelius Castoriadis parte de la visión de que no es posible la visión analítica que se ha ido imponiendo en la modernidad y es necesaria la vuelta a una perspectiva orgánica del entorno, afirmando que «no hay en la historia, aún menos que en la naturaleza ni en la vida, sustancias separadas y fijas que actúen desde afuera unas sobre otras»<sup>5</sup>. El filósofo francés nos recuerda que los valores de cada sociedad en cada momento histórico, sus motivaciones para actuar, son creaciones sociales propias de cada cultura<sup>6</sup>, y que cualquier afirmación sobre el conocimiento o posesión del «secreto de la historia pasada y presente (e incluso, hasta cierto punto, por venir) no es menos absurdo que decir que poseemos finalmente el secreto de la Naturaleza»<sup>7</sup>. Por todo ello, en la reflexión sobre el orden social actual y su generación, el punto de vista que debemos adoptar será el mismo que también nos proponen Gilbert Durand o Michel Maffesoli, el rechazo de un orden natural dado externa y eternamente, inalterable e irrebable, y la aceptación y convicción de que el mismo ha sido producto de un proceso histórico en el que la sociedad, en una doble dialéctica entre su esfera ideológica y su esfera material, ha ido construyendo y desarrollándolo. Pero este proceso dialéctico no puede ser asumido de forma simple, sistemática y, en cierto modo, determinista, sino desde el punto de vista de que la historia y el orden social consiguiente es «el terreno de la creación»<sup>8</sup>. Pero, ¿creación de qué?, ¿en qué consiste más concretamente esta capacidad creativa?, ¿cómo

---

<sup>5</sup> C. Castoriadis, *op. cit.*, p.41.

<sup>6</sup> *Ibid.*, p.42.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p.54.

<sup>8</sup> *Ibid.*, p.72.

se articula esta estructura socialmente no visible que determina de forma decisiva lo socialmente visible, la realidad que nos rodea y su ordenamiento?

En su análisis de la imaginación simbólica y su impacto sobre la conformación de nuestra realidad social, el antropólogo francés G. Durand postulaba que el dominio de lo simbólico se establecía, de una forma amplia, en el nivel de lo no-sensible, de lo inconsciente, lo metafísico, lo sobre-natural y lo sub-real. Nuestra incapacidad para representar la trascendencia nos dirigía a la necesidad de lo simbólico como vía de acceso a esta realidad abstracta a través de una representación concreta. En consecuencia, para nuestro autor, la imaginación simbólica permite una representación indirecta cuando la conciencia no puede representarse el mundo de una forma directa, es decir, cuando el objeto no se nos presenta de forma real<sup>9</sup>. En este caso, los signos utilizados, al no poder referirse a objetos concretos, deben tratar de referirse a un sentido, y la imaginación simbólica refleja su dimensión creativa. Sin embargo, la Modernidad se ha erigido como el periodo histórico propio del desprecio de esta capacidad creativa de la imaginación simbólica y su capacidad de trascendencia en aras de una mayor objetividad de lo concreto<sup>10</sup>. Y dentro de este desprecio, «la corriente científica surgida del cartesianismo»<sup>11</sup> representa la mayor desvalorización que ha sufrido la imaginación simbólica en nuestra civilización. La iconoclastia cartesiana impone el signo al símbolo y relega a la imaginación a un segundo plano. La profundidad ontológica de la realidad queda rebajada a una red de relaciones objetivas, y el conocimiento como investigación científica que impulsa el positivismo propio de la época moderna relega a la imaginación a un plano secundario, sin valor alguno. De esta forma se produce un enfrentamiento entre lo que el antropólogo francés denomina el *pensamiento directo*, asociado a la realidad objetiva, y el *pensamiento indirecto*, capaz de trascender dicha realidad hacia su ontología más profunda. El racionalismo propio de la época Moderna impone su superficialidad de forma dogmática a la capacidad creativa del ser humano, coartando su desarrollo y la posibilidad de trascendencia, de superación de la realidad circundante. Al profundizar sobre este proceso creativo social, C. Castoriadis traza un camino muy similar al propuesto por G. Durand al considerar que

---

<sup>9</sup> G. Durand, *La imaginación simbólica*, Buenos Aires: Amorrortu, 2007, p.9.

<sup>10</sup> Véase E. Morin, *¿Hacia el abismo? Globalización en el siglo XXI*, Madrid: Espasa, 2010, pp.121-122.

<sup>11</sup> G. Durand, *op. cit.*, p.26.



«todo lo que se presenta a nosotros, en el mundo histórico-social, está indisolublemente tejido a lo simbólico»<sup>12</sup>, es decir, frente al racionalismo y el instrumentalismo que rige nuestra sociedad actual, el filósofo francés se propone rescatar la aportación de lo simbólico, de la capacidad que nos permite trascender la realidad material circundante.

Ante el rechazo de la capacidad simbólica y creativa que promueve el positivismo, G. Durand destaca la aportación de las hermenéuticas reductivas y de las hermenéuticas instaurativas en la «búsqueda del sentido más o menos velado de las imágenes»<sup>13</sup>. En el campo de las hermenéuticas reductivas, el psicoanálisis y la antropología social han recuperado la importancia de lo simbólico pero reduciendo «lo simbolizado a datos científicos y del símbolo al signo»<sup>14</sup>, es decir, integrando la imaginación simbólica dentro de los sistemas científicos imperantes y eliminando la potencial trascendencia a la que dirige lo simbólico<sup>15</sup>. En el campo de las hermenéuticas instaurativas, G. Durand nos remite a las filosofías de E. Cassirer, E. Jung y G. Bachelard, como ejemplos de exaltación del simbolismo. Así como el psicoanálisis y la antropología social, en su versión funcionalista o estructuralista, pretendían reducir el inconsciente, la imaginación simbólica, al sistema imperante, las hermenéuticas instaurativas se orientan hacia el subconsciente y asumen que la iconoclastia científica propia de la Modernidad debe ser superada para la revalorización de la imaginación humana. No obstante, estos tres movimientos, el positivismo, las hermenéuticas reductivas y las hermenéuticas instaurativas constituyen, en última instancia, lo que G. Durand denomina la *triple iconoclastia occidental*<sup>16</sup>. La vía de superación de la imposición de la realidad material sobre la imaginación simbólica debe articularse siendo conscientes de que «no hay ruptura entre lo racional y lo imaginario»<sup>17</sup>, y que la imaginación no constituye un déficit sobre el racionalismo, puesto que «se revela como

---

<sup>12</sup> C. Castoriadis, *op. cit.*, p.186.

<sup>13</sup> G. Durand, *op. cit.*, p.47.

<sup>14</sup> *Ibid.*, pp.47-48.

<sup>15</sup> Para profundizar en esta interpretación determinista del psicoanálisis freudiano, en la reducción sociológica funcionalista asociada a G. Dumézil y A. Piganiol, o en el estructuralismo de C. Lévi-Strauss, véase G. Durand, *op. cit.*, pp.48-65.

<sup>16</sup> G. Durand, *op. cit.*, p.93.

<sup>17</sup> *Ibid.*, p.95.

el factor general de equilibración psicosocial»<sup>18</sup>. En este sentido podemos interpretar las palabras de G. Durand cuando afirma que

la razón y la ciencia solo vinculan a los hombres con las cosas, pero lo que une a los hombres entre sí, en el humilde nivel de las dichas y penas cotidianas de la especie humana, es esta representación afectiva por sí vivida, que constituye el reino de las imágenes<sup>19</sup>.

Es esta defensa de la imaginación simbólica una exaltación, por tanto, de la capacidad creativa del ser humano no reductible a un cientificismo propio de la Modernidad y que puede ser ejemplificado por la triple iconoclastia observada por el antropólogo francés. El conjunto de imágenes que adopta una sociedad para su representación del mundo, su imaginario, se constituye en la ligazón de la sociedad, en la red que integra al ser humano con el resto de seres humanos, en el vínculo o *arraigo* que le conecta con la sociedad. La verdad objetiva representada por la ciencia y el racionalismo queda superada por una realidad antropológica constituida en base al simbolismo que adopta la sociedad y que representa su conciencia. Por eso, concluye G. Durand, «ahora más que nunca sentimos que una ciencia sin conciencia, es decir, sin afirmación mítica de una esperanza, señalaría la decadencia definitiva de nuestras civilizaciones»<sup>20</sup>. En otras palabras, una sociedad cuyo imaginario no sea capaz de superar el determinismo de la ciencia imperante, cuyo vitalismo antropológico quede subsumido dentro de la limitación impuesta por el racionalismo de cuño moderno, ¿no se verá abocada a la decadencia, a la pérdida de su capacidad creativa capaz de romper el cerco social impuesto por el sistema imperante y trascender hacia una continua redefinición, hacia un vitalismo que le permita desarrollarse continuamente como sociedad y arraigar al individuo?

En oposición al funcionalismo racionalista, lo simbólico se nos presenta como un instrumento que permite conexiones ilimitadas entre el significante y el significado, es

---

<sup>18</sup> *Ibid.*, p.96.

<sup>19</sup> *Ibid.*, p.133.

<sup>20</sup> *Ibid.*, p.140.

decir, que puede vincular de forma inesperada y, por tanto, creativa, ciertos significantes con significados diversos. Y este elemento simbólico imprescindible en la construcción del orden social nos lleva al concepto de imaginario como expresión del deslizamiento del significado simbólico respecto del significante<sup>21</sup>, es decir, como expresión de la capacidad creativa del simbolismo, de la continua traslación de un significado desde un significante a otro. Este proceso de construcción simbólica del imaginario de la sociedad nos permite describir la significación social imaginaria a partir de «unos significantes colectivamente disponibles, pero sobre todo unos significados que no existen del modo en el que existen los significados individuales»<sup>22</sup>. En otras palabras, los imaginarios sociales no pueden construirse a partir de significados individuales, sino de una correlación simbólica entre significado y significante que se construye, se acepta y se comparte a nivel colectivo. Y de estos imaginarios sociales surge lo que denominaremos el imaginario de la sociedad de nuestra época, y que se asimila a la relación significado-significante básica que ha sido asumida como central por la sociedad, como base para articular la estructura de valores de la misma, es decir, para discriminar lo que importa de aquello que es superfluo para el colectivo. De tal forma que al interrogarse sobre qué es el mundo humano, o lo que nosotros planteábamos en términos de cómo ha surgido y qué es el orden social de nuestra época, C. Castoriadis lo define como «una respuesta racional dada en lo imaginario por medios simbólicos»<sup>23</sup>.

En un sentido similar se expresa el filósofo J.L. Pintos cuando observa que las posiciones dominantes en la visión de la realidad que nos rodea se han impuesto mediante una «separación cuantificadora de los elementos de los problemas sociológicos, suprimiendo cualquier marco (teórico o práctico) que articulara los datos entre sí y con un proyecto»<sup>24</sup>, es decir, se ha impuesto una visión analítica de la realidad social que desconecta áreas parciales del conjunto global y, especialmente, de su dimensión social. El resultado de esta imposición ha sido una visión simplificadora y única de los hechos sociales, caracterizada, fundamentalmente, por un fuerte

---

<sup>21</sup> C. Castoriadis, *op. cit.*, p.204.

<sup>22</sup> *Ibid.*, pp.233-234.

<sup>23</sup> *Ibid.*, p.222.

<sup>24</sup> J.L. Pintos, *op. cit.*, p.2.

determinismo de los procesos históricos y sociales, un *darwinismo* social que eleva cualquier proceso social al rango de ley natural, y una ruptura y desagregación de los ámbitos público y privado<sup>25</sup>. Esta misma visión analítica propia de la modernidad es la que constata el sociólogo francés Michel Maffesoli en su intento de abordar la socialidad propia de la posmodernidad desde una perspectiva holística, que él considera como la unión de la globalidad, de lo social, con sus elementos, las personas y el contexto que la constituyen<sup>26</sup>. Y esta perspectiva responde a la constatación de una transición en el orden social desde una base mecanicista propia de la Modernidad a una base organicista característica de la Posmodernidad. En la Introducción a su obra *El tiempo de las tribus*, Jesús Ibáñez observa que M. Maffesoli resalta el cambio que se produce en la sociedad desde un orden moderno estructurado en torno a la filosofía cartesiana, la reforma religiosa luterana y la revolución política francesa, es decir, desde un paradigma sólido y robusto propio de la Modernidad, hasta un paradigma débil, una socialidad constituida en forma de red y que conecta a las personas con sus diferentes roles e identidades que forman las tribus, los nodos de dicha red, sin una estructura definida, y abierta a una heterogeneidad construida en base a la intersubjetividad<sup>27</sup>. La conclusión del sociólogo francés es que, independientemente de la institución de ciertas estructuras sociales, el conjunto está dominado por la «existencia de una centralidad subterránea informal»<sup>28</sup> que asegura la cohesión social. Una conclusión muy similar a la que C. Castoriadis asociaba a la pregunta sobre el elemento que mantiene unida la sociedad y que definía como *urdimbre compleja de significaciones imaginarias* o, dicho de otra forma, el *magma de las significaciones imaginarias sociales*<sup>29</sup>, y que no se pueden reducir a una serie de cuestiones racionales propias del orden social moderno, sino que se sitúan dentro de un nuevo paradigma incomprensible desde las categorías del paradigma moderno. Prescindiendo en este punto de la interpretación que M. Maffesoli hace sobre la transición de la modernidad a la posmodernidad, fundamentada en: 1) la superación definitiva del concepto de individuo como conformador de la

---

<sup>25</sup> *Ibid.*, p.5.

<sup>26</sup> M. Maffesoli, *El tiempo de las tribus*, Barcelona: Icaria, 1990, p.23.

<sup>27</sup> J. Ibáñez, «Introducción». En Maffesoli, Michel, *El tiempo de las tribus*, Barcelona: Icaria, 1990, pp.9-16.

<sup>28</sup> M. Maffesoli, *op. cit.*, p.26.

<sup>29</sup> C. Castoriadis, *Los dominios del hombre. Las encrucijadas del laberinto*, Barcelona: Gedisa, 1998, p.68.

ordenación política de la sociedad y, por tanto, la configuración del orden social en base a nuevos conceptos que hace inservible el marco moderno de interpretación del mundo; 2) la nueva estructuración social en base a tribus, como nodos de la nueva red de relaciones que articula la sociedad; y 3) la disolución del concepto de individuo dentro del concepto de masa, un conjunto indiferenciado en el que el individuo se transforma en persona y su identidad claramente definida, en un continuo cambio de identificaciones en función del rol que debe jugar en cada momento; nos centramos en que el elemento central de su visión de la sociedad actual como una multiplicidad de tribus es la conexión y estructuración de la misma mediante una potencia subterránea, una fuerza agregativa y cohesionadora, que articula lo que nuestro autor denomina armonía conflictual<sup>30</sup>. La tesis del sociólogo francés es que se ha generado en la actualidad una multiplicidad de grupos de redes existenciales, de tribus según su concepción, en base a dos factores dominantes en nuestra socialidad, el espíritu de religión (*religare*), y el localismo (*proxemia*)<sup>31</sup>. Estos dos factores son los que permiten la cohesión de la comunidad, conforman esa ligazón fundamental que se articula en base a la potencia subterránea y que, a la vez, resaltan la paradoja de que, en un contexto en el que parece imponerse una globalización homogeneizadora de ideas y valores, las personas se orienten hacia valores locales que tienen la capacidad de ligar y re-ligar a la comunidad que los comparten. Por eso resalta M. Maffesoli la fuerza de la empatía, de compartir sentimientos, y recupera el concepto de lo divino social de E. Durkheim, pues es en esta proximidad, en la *proxemia* de lo insignificante, en la que se fundamenta la emergente socialidad posmoderna. Este es el sentido que nos interesa recuperar del análisis de la sociedad de M. Maffesoli, el que parte de que «la experiencia de lo vivo sobrepasa la lógica mercantil y cuantitativa»<sup>32</sup>, es decir, el que se abre a la posibilidad de que en la sociedad exista un vínculo imaginal, una lógica interna, que trasciende el racionalismo instrumental caracterizado por la ciencia económica que se ha ido imponiendo a nivel social. En cierto sentido, lo que reclama nuestro autor es la recuperación de una visión orgánica de la sociedad capaz de superar la parcelación de la sociedad asociada al pensamiento analítico propio de la ciencia

---

<sup>30</sup> M. Maffesoli, *op. cit.*, p.70.

<sup>31</sup> *Ibid.*, p.86.

<sup>32</sup> M. Maffesoli, «El vínculo imaginal», *Política y Sociedad*, Vol. 43 Núm. 2, 2006, p.87.

económica. Y esta visión se refleja en un ideal comunitario que aglutina el potencial subterráneo de la sociedad y que requiere, en palabras de M. Maffesoli, de «símbolos exteriores, imágenes compartidas», lo que constituiría el imaginario social<sup>33</sup>. Esta simbología necesaria para traducir el ideal comunitario se conformaría en una especie de lazo que constituirá el vínculo imaginal de la sociedad, y que se desarrolla en el nivel emocional y sentimental de la misma<sup>34</sup>.

Este es el papel fundamental que podemos atribuir a lo imaginario, el de potencia creadora del devenir histórico, del orden social a lo largo de la historia, del universo de significaciones de toda sociedad, es decir, de su interpretación de la realidad que le rodea y prisma a través del cual se desenvuelve en su entorno. En este punto, C. Castoriadis diferencia dos niveles en el concepto de imaginario: 1) el *imaginario radical*, como potencia creadora de la interpretación social del mundo; y 2) el *imaginario efectivo*, como institución de lo imaginado o constitución de las significaciones sociales<sup>35</sup>. Ambos niveles conforman el imaginario social de cada colectividad que permite, de forma vinculada, definirse ante los otros y definir el mundo de acuerdo con su propia visión. En otras palabras, ambos niveles constituyen un elemento aglutinador -el mismo que reclamaba M. Maffesoli- que unifica el significado social a través de las estructuras simbólicas. Y, como factor unificador de todos los elementos sociales que constituyen nuestra realidad no puede ser considerado como dado de una vez para siempre, sino siempre en constante cambio, articulando el orden social de formas diferentes a lo largo de la historia. Como consecuencia de esta propiedad de lo imaginario, C. Castoriadis observa que

lo social no puede ser pensado como la lógica heredada, lo que quiere decir que no podemos pensarlo como unidad de una pluralidad en el sentido habitual de estos términos, que no podemos pensarlo como conjunto determinable de elementos perfectamente distintos y bien definidos. Hemos de pensarlo como un magma, e incluso

---

<sup>33</sup> *Ibid.*, p.86.

<sup>34</sup> La pregunta fundamental es si realmente se produce esto en la posmodernidad, ¿el imaginario global nos dota, de verdad, de esta estructura social?

<sup>35</sup> C. Castoriadis, *La institución imaginaria de la sociedad*, Barcelona : Tusquets, 2013, pp.235-236.

como un magma de magmas [...] el modo de organización de una diversidad no susceptible de ser reunida en un conjunto<sup>36</sup>.

De esta forma, el filósofo francés nos introduce en el concepto de *magma social* como expresión de lo social como producto del imaginario, y como conjunto de elementos que no puede ser organizado de acuerdo a cánones conocidos.

En la construcción del orden social el primer estrato es el natural, la base sobre la que se construye la sociedad, el entorno que debe ser modificado por el ser humano y que constituye la condición de existencia de la propia sociedad. Y sobre este primer estrato es sobre el que la sociedad va instituyendo su mundo de significaciones, el conjunto de significados que le permiten interpretar el mundo y que, al contrario que el primer estrato, no se organizan mediante conjuntos, de acuerdo a una lógica conjuntista-identitaria propiamente científica, sino que resulta en un magma de significaciones<sup>37</sup>. El magma es definido por nuestro autor como «aquello de lo cual se puede extraer (o, en el cual se puede construir) organizaciones conjuntistas en cantidad indefinida, pero que jamás puede ser reconstituido (idealmente) por composición conjuntista (finita ni infinita) de esas organizaciones»<sup>38</sup>. Por tanto, este segundo estrato que representa la objetivación de la actividad humana es la base sobre la que la sociedad se instituye, es decir, sobre el que se produce la elección histórico-social de un mundo particular de significaciones que constituye el imaginario de cada sociedad<sup>39</sup>, y en el que la sociedad debe encontrar respuesta a cualquier pregunta que se plantee<sup>40</sup>. Cada sociedad, en cada momento histórico, elige un conjunto de significaciones de las muchas que constituyen el magma para confirmar su institución y determinar su imaginario propio que le permitirá interpretar y relacionarse con la realidad exterior. Puesto que toda sociedad

---

<sup>36</sup> *Ibid.*, p.293.

<sup>37</sup> Para una descripción del proceso de apertura del ser humano al primer estrato y su objetivación posterior mediante significaciones, véase P. L. Berger, y Th. Luckmann, *La construcción social de la realidad*, Madrid: H.F. Martínez Murguía, 1968, pp.67-74.

<sup>38</sup> C. Castoriadis, *La institución imaginaria de la sociedad*, Barcelona: Tusquets, 2013, p.534. En otro de sus textos, el autor francés define *magma* como «la urdimbre inmensamente compleja de significaciones que empapan, orientan y dirigen toda la vida de la sociedad considerada y a los individuos concretos que corporalmente la constituyen», véase C. Castoriadis, *Los dominios del hombre. Las encrucijadas del laberinto*, Barcelona: Gedisa, 1998, p.68.

<sup>39</sup> Para profundizar en el concepto de magma desarrollado por C. Castoriadis, véase C. Castoriadis, *Los dominios del hombre. Las encrucijadas del laberinto*, Barcelona: Gedisa, 1998, pp.199-208.

<sup>40</sup> C. Castoriadis, *El imaginario social instituyente*, Biblioteca Omegalfa, p.3.

resulta de una creación, de una elección de los elementos simbólicos, de las significaciones con las que interpretar el mundo; y este orden social, como el biológico o natural, «exhiben un cerco de organización, de información y de conocimiento»<sup>41</sup>.

Pero, ¿qué ocurre si una de estas significaciones adquiere preponderancia en la construcción del orden de la sociedad y se autonomiza del propio magma? Este es el caso que C. Castoriadis identifica con la emergencia de una «significación central que reorganiza, determina, reforma una multitud de significaciones sociales ya disponibles, a las que al mismo tiempo altera, condiciona la constitución de otras significaciones y acarrea, lateralmente, efectos análogos prácticamente sobre la totalidad de las significaciones sociales del sistema considerado»<sup>42</sup>. Este sería el caso, en nuestra sociedad, de la ciencia económica imperante. Como observa el propio filósofo francés, «el mundo moderno se presenta, superficialmente, como el que empujó, el que tiende a empujar, la racionalización hasta su límite»<sup>43</sup> y, consecuentemente, como un movimiento de desprecio e invalidación del imaginario de sociedades precedentes. Y, lógicamente, la ciencia económica imperante se nos presenta como paradigma fundamental de esta racionalidad moderna<sup>44</sup>, puesto que al haber dominado el imaginario social mediante la imposición de la significación de la racionalidad instrumental ha generado un cerco social, un modelo de organización social, que opera directamente sobre el resto de significaciones sociales rompiendo con la autonomía social, como capacidad de cuestionarse continuamente el orden social establecido, abocándonos a la heteronomía social como abandono de la propia capacidad de construcción social en favor de la nueva significación central que, de forma autónoma y externamente a la sociedad, genera y desarrolla nuevas significaciones sociales de forma externa al colectivo.

Por consiguiente, y esta es la observación fundamental, a pesar de que el racionalismo economicista ha potenciado la funcionalización de la visión del mundo de

---

<sup>41</sup> C. Castoriadis, *Los dominios del hombre. Las encrucijadas del laberinto*, Barcelona: Gedisa, 1998, p.69.

<sup>42</sup> C. Castoriadis, *La institución imaginaria de la sociedad*, Barcelona: Tusquets, 2013, p.562.

<sup>43</sup> *Ibid.*, p.251.

<sup>44</sup> El filósofo francés C. Castoriadis hace una observación similar en su análisis del imaginario social moderno, véase C. Castoriadis, *La institución imaginaria de la sociedad*, Barcelona: Tusquets, 2013, p.252.



nuestra sociedad moderna, este proceso no puede independizarse del imaginario social, puesto que su propio desarrollo funcional -el de la sociedad racionalista moderna- persigue dar solución a las necesidades que ella misma genera, es decir, pretende desarrollar su propio simbolismo<sup>45</sup>. En otras palabras, nos encontramos ante la paradoja de que la antinomia entre imaginario social y racionalidad queda disuelta en la dependencia final de la segunda bajo la primera y que, a pesar de pretender independizarse del sustrato imaginario y querer naturalizar el orden social, debe asumir que ella también opera en este nivel y genera un imaginario propio que se impone a nivel social y centraliza la creación y modificación del resto de significaciones sociales. Consecuentemente, cualquier intento de penetrar en el orden instituido por una sociedad, de interpretarla o comprenderla, tiene que tener en cuenta la necesidad de «penetrar las significaciones imaginarias sociales (o adueñarse de ellas) que mantienen unida a dicha sociedad»<sup>46</sup>, es decir, la necesidad de acercarnos lo más posible a la configuración de ese factor unificador del conjunto de significaciones sociales, de su imaginario social. Y este proceso requiere, lógicamente, determinar el cerco social que la sociedad ha instituido en la organización de sus significaciones, es decir, definir el modelo que ha seguido para organizarse.

Este es el objetivo que nos proponemos en adelante, adentrarnos en lo que consideramos se ha ido constituyendo como el cerco social propio de nuestras sociedades globales actuales. Asumida la importancia del imaginario en la constitución del orden social, se nos revela fundamental analizar el desarrollo histórico-institucional de nuestra sociedad que refleja la imposición progresiva de la economía como ley externa que ha ido configurando nuestra realidad institucional, es decir, cómo ha ido asumiendo la centralidad dentro del conjunto de los significantes sociales; para, posteriormente, analizar aquellos otros significantes fundamentales en la configuración de nuestro imaginario social que han sido modificados y alterados progresivamente por la centralidad económica.

---

<sup>45</sup> Véase al respecto, C. Castoriadis, *La institución imaginaria de la sociedad*, Barcelona : Tusquets, 2013, pp.253-257.

<sup>46</sup> C. Castoriadis, *Los dominios del hombre. Las encrucijadas del laberinto*, Barcelona: Gedisa, 1998, p.100.

## 1.2. LA CONFORMACIÓN DE LA SOCIEDAD OPULENTE: LA ECONOMÍA DEL BIENESTAR

El mercantilismo, como institución comercial que permitía la explotación de las colonias existentes en el resto del mundo, y el equilibrio geopolítico soportado en el poder militar de los imperios, emerge ante la decadencia del orden social absolutista. Paralelamente, la clase burguesa emerge con fuerza y potencia la ruptura con el imaginario social dominante, disolviéndolo a partir del siglo XIX. A finales del siglo XVIII el desarrollo industrial permite el desplazamiento de la actividad productiva en las sociedades desde el taller doméstico a las fábricas, inaugurando un nuevo modelo de sociedad asociado a la eclosión y el ascenso del Estado-nación, y que representa el inicio de la *sociedad de productores*, un nuevo orden social que impera hasta mitades del siglo XX, y que asocia los ingresos de los individuos y, por tanto, su capacidad de alcanzar cierta seguridad material para desarrollar su vida, a la productividad que sean capaces de aportar<sup>47</sup>. La nueva etapa, por tanto, se caracteriza por el surgimiento de los estados-nación como nuevos límites territoriales y de poder, y una industrialización y mecanización de la producción de los bienes materiales como reacción virulenta al corsé establecido por el mercantilismo. Una visión interesante del nuevo orden social lo aporta Immanuel Wallerstein en su análisis del Capitalismo como sistema social histórico, cuando observa que el *capitalismo histórico* se diferencia del resto de formas de capitalismo que se han dado en la historia en que en ese momento, en el momento de la constitución de la sociedad de productores y el ascenso de los Estados-nación modernos, «el capital pasó a ser usado (invertido) [...] con el objetivo o intento primordial de su autoexpansión»<sup>48</sup>. Este objetivo requería, como premisa fundamental, la mercantilización de la fuerza de trabajo y de los bienes producidos, es decir, una mercantilización general del orden social. El objetivo fundamental de la sociedad de productores era la producción de más y más bienes para permitir una acumulación incesante de capital. En este nuevo escenario, la naciente ciencia económica postula el poder del mercado como nueva herramienta de equilibrio geopolítico e instrumento

---

<sup>47</sup> Un análisis agudo de cómo se desarrolla la productividad en este tipo de sociedad y se ponen las bases para el desarrollo del siguiente estadio social lo podemos encontrar en J.K. Galbraith, *La sociedad opulenta*, Barcelona: Ariel, 2004, pp.40-57.

<sup>48</sup> I. Wallerstein, *El capitalismo histórico*, Madrid: Siglo XXI, 2012, pp.9-10.

básico de relación entre las diferentes realidades nacionales y políticas. La economía clásica se hace cargo de la creciente especialización en la producción de bienes materiales como resultado de la expansión del mercado<sup>49</sup> y postula la bondad de la división del trabajo como herramienta fundamental para una mayor eficiencia del proceso industrial. Por tanto, el nuevo elemento central del orden social pasa a ser el mercado como elemento de equilibrio de las relaciones de poder, en sustitución de una actividad comercial militarizada como expresión de los intereses particulares de los monarcas absolutos. Además de la visión heredada del mercantilismo referente a la apertura internacional del comercio, uno de los conceptos básicos de la época es la naturalización del orden social, es decir, la convicción de que existe un orden social de carácter natural y que debe existir, por tanto, una herramienta que permita articular, de acuerdo con esta ley natural, la distribución de los productos en la propia sociedad. Esta herramienta es el mercado, el instrumento de equilibrio y armonización de los intereses individuales. Por tanto, en la nueva época inaugurada a partir del siglo XIX, la expansión del mercado iniciada durante el mercantilismo debe ser consolidada como elemento de configuración social y progresiva especialización de cada estado-nación en aquellas actividades en las que, a priori, era más competitivo.

Pero, esta expansión y globalización del mercado como esfera de intercambio de mercancías y redistribución de los bienes requiere, a su vez, un instrumento que permita fluidificar dichos intercambios, un elemento que facilite las transacciones y ayude a incorporar nuevas áreas a la herramienta, trasvasando los flujos de bienes desde unas zonas a otras: el patrón oro. Como observa Jeffrey A. Frieden, «el patrón oro se convirtió en el principio organizador más poderoso del capitalismo global durante el siglo XIX»<sup>50</sup>. La economía clásica contribuye a establecer un nuevo orden social que progresivamente se establece y alcanza su apogeo a finales del siglo XIX, hasta la eclosión de la Primera Guerra Mundial<sup>51</sup>, y que se caracteriza por este intento de

---

<sup>49</sup> Véase supra Capítulo I, 2.2.

<sup>50</sup> J.A. Frieden, *Capitalismo global. El trasfondo económico de la historia del siglo XX*, Barcelona: Crítica, 2007, p.21.

<sup>51</sup> Al respecto de ésta época, D. Rodrik afirma que «la mayoría de los historiadores económicos consideran que el largo siglo que termina en 1914 fue la primera fase de la globalización. De hecho, desde muchos puntos de vista, la economía mundial no ha superado hasta hace poco los niveles de globalización de 1913 en cuanto a comercio y finanzas», véase D. Rodrik, *La paradoja de la Globalización*, Barcelona: Antoni Bosch editor, 2011, p.45.

globalización del capitalismo que opera la expansión del mercado. A partir de 1870, observa nuestro autor, la importancia de la plata como elemento de intercambio decae bruscamente en favor del oro, que es adoptado por los principales países industriales. Estos países habían heredado la primacía económica de las potencias dominantes durante el mercantilismo y detentaban un poder a nivel mundial en base a su capacidad de producción y consiguiente privilegio en las transacciones con otras áreas que carecían de industria. La *primera oleada* industrial que se consolida desde principios del siglo XIX les proporciona el dominio, no solo de la industria, sino también del transporte y las comunicaciones. En estas circunstancias, el patrón oro se revela como elemento fundamental para fijar el nivel de precios a nivel mundial de acuerdo con sus intereses, evitar su fluctuación, y potenciar su dominio y poder<sup>52</sup>. El patrón oro se convierte, en esa época, en el elemento regulador de la política financiera de los estados-nación incorporados al capitalismo global, y la excusa con la que se imponen medidas de «austeridad y reducciones salariales»<sup>53</sup>.

### ***La integración económica***

La imposición del capitalismo global en base a los preceptos de la economía clásica conduce a una creciente especialización de cada área geográfica en aquellas actividades en las que era más competitiva, es decir, en las que podía maximizar sus ingresos con unos costes decrecientes. Siguiendo el modelo de las fábricas de la primera oleada industrial que, según A. Smith, se caracterizaban por una progresiva y profunda división del trabajo, en el contexto internacional parece imponerse la *ley de las ventajas*

---

<sup>52</sup> La adopción del patrón oro y su papel como «pegamento áureo que mantenía unido al capitalismo global», sin embargo, no estuvo exenta de problemas y conflictos. Justo cuando la plata había cedido su posición a un oro predominante se produce una depresión -una fuerte caída continuada de los precios mundiales- que empuja a la adopción de protecciones frente a las importaciones para intentar proteger a los productores nacionales. La existencia de un mercado global se ve amenazada, por tanto, por una creciente insatisfacción con un instrumento que rigidizaba los precios y abocaba a la ruina a muchos productores y agricultores. Sin embargo, el último cuarto del siglo XIX coincide con el descubrimiento de nuevos yacimientos de oro que permitieron la incorporación de más *metal* al mercado, provocando una recuperación y alza de los precios que ayudaba a revertir los movimientos de descontento y potenciación de la protección frente al comercio mundial. Este alza de los precios permite consolidar el mercado global y confirmar la imposición definitiva del capitalismo global en base a los preceptos y valores -es decir, del imaginario social- establecidos por la economía clásica, y que se asocia al periodo comprendido entre 1896 y 1914.

<sup>53</sup> J.A. Frieden, *op. cit.*, p.38.

*comparativas* de D. Ricardo<sup>54</sup>. En este contexto de dominio del patrón oro, de un comercio relativamente libre entre diferentes zonas geográficas, y de desarrollo de las nuevas tecnologías del transporte y las comunicaciones, el resultado obvio tenía que ser la creación de un «mercado global cómodo, accesible y previsible»<sup>55</sup>. La progresiva transformación del orden social internacional, sin embargo, no podía realizarse libre de costes y, como nos recuerda K. Polanyi, esta transformación conllevaba la ruptura con modos de vida tradicionales, costumbres establecidas, y el desarraigo progresivo de la persona respecto de su entorno cultural y social. La responsabilidad de las instituciones sociales existentes se concentró en el mantenimiento de los pilares básicos de este nuevo orden social, de las ideas de la economía clásica respecto del patrón oro, la apertura y seguridad de los mercados, y el mantenimiento de las comunicaciones y las vías de transporte que facilitaban el fluir de los bienes intercambiados. Además, aquellas áreas más beneficiadas por la creciente integración económica global presionaban sobre otras áreas para incorporarlas al nuevo capitalismo global, con el objetivo de incrementar sus beneficios en las transacciones y aumentar su poder sobre el reciente orden global surgido. Como observa Paul Kennedy en el prólogo a la obra de J.A. Frieden, *Capitalismo global*, el intercambio económico en términos globales conlleva «manifiestos peligros junto a sus muchos beneficios», y es inevitable que cree «perdedores al mismo tiempo que triunfadores»<sup>56</sup>. Y, lógicamente, este fue el resultado del desarrollo del capitalismo global, el aumento de la riqueza y el poder de unos grupos en detrimento de otros participantes en el nuevo contexto internacional. La inquebrantable adhesión a los principios del sistema clásico, especialmente el compromiso con el patrón oro para asegurar las condiciones del comercio y el acceso a capital para el desarrollo del mismo, podía limitar la capacidad de actuación política

---

<sup>54</sup> En referencia a la idea del libre comercio, D. Rodrik hace referencia al ensayo *Considerations Upon the East-India Trade*, escrito de forma anónima por un tal Henry Martyn en 1701, como punto de partida del argumento a favor del libre comercio que lo fundamentaba en una analogía con el progreso tecnológico. Si alguien estaba a favor del progreso tecnológico debía posicionarse, igualmente, a favor del libre comercio, puesto que era también una forma de obtener una mayor eficiencia de los recursos disponibles. Este argumento lo complementó un siglo después D. Ricardo con su principio de la ventaja comparativa que establecía que el comercio no era un juego de suma cero y que lo que había que tener en cuenta era la comparativa de costes relativos y no absolutos para llegar a la conclusión de que el libre comercio es beneficioso para todas las partes involucradas, véase D. Rodrik, *La paradoja de la Globalización*, Barcelona: Antoni Bosch editor, 2011, pp.67-70.

<sup>55</sup> J.A. Frieden, *op. cit.*, p.42.

<sup>56</sup> P. Kennedy, "Prólogo". En Frieden, Jeffrey A., *Capitalismo global. El trasfondo económico de la historia del siglo XX*, Barcelona: Crítica, 2007, pp.8-9.

frente a problemas nacionales, de tal forma que el mantenimiento del orden económico global aceptado como superior se traducía, indudablemente, en la renuncia a actuar frente a sus consecuencias sociales locales. La bondad del nuevo sistema, aunque no fuera apreciable de una forma directa en un momento determinado, se consideraba libre de toda sospecha y se bastaba por sí sola para justificar las consecuencias sociales de su estricta aplicación. Como nos recuerda J.A. Frieden, la defensa del capitalismo global que desarrollaban sus partidarios a nivel mundial se establecía a partir de «poderosas conexiones económicas, políticas y sociales por encima de las fronteras y los océanos»<sup>57</sup>. En otras palabras, el propio avance de la integración económica global proporcionaba el sustento social que lo justificaba, es decir, retroalimentaba de forma decisiva la construcción y consolidación del imaginario social que justificaba dicho avance.

Sin embargo, a pesar del reforzamiento que se producía del orden social establecido, el incremento de los intercambios comerciales propició una *segunda oleada industrial*, es decir, un nuevo grupo de países que no habían participado del primer proceso de industrialización de finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX comenzaban, ahora, su propio desarrollo industrial y empezaban a superar al grupo de países que componían el primer núcleo industrial<sup>58</sup>. La presión internacional por incorporarse a un mercado de intercambio de bienes cada vez más competitivo, y la relativa facilidad para el movimiento de capitales entre diferentes áreas geográficas, propició la extensión de los procesos industriales a nuevas zonas. Este proceso, que teóricamente podría interpretarse como contradictorio respecto de la ley de las ventajas comparativas, realmente profundizaba en la misma, puesto que la producción de ciertos bienes se aproximaba a zonas en las que, por motivos de suministro de materias primas o de comunicaciones, dicha producción era más competitiva. El consumo en masa que el capitalismo global impulsaba con su desarrollo implicaba articular, paralelamente, una producción en masa capaz de satisfacer las nuevas demandas. Esta nueva y paradójica situación fue abordada por Eli Heckscher una vez que la Primera Guerra Mundial había hecho añicos el orden internacional asociado al capitalismo global. La conclusión del economista sueco se condensó en la *teoría del comercio de Heckscher-*

---

<sup>57</sup> J.A. Frieden, *op. cit.*, p.71.

<sup>58</sup> *Ibid.*, p.88.

*Ohlin* que, partiendo de la concepción clásica de la existencia de tres factores de producción fundamentales -tierra, mano de obra y capital-, afirmaba que cada país participaba en el comercio global con aquellos «productos que hacen un uso intensivo de los recursos más abundantes»<sup>59</sup>. En otras palabras, la producción de ciertos bienes que, desde la primera oleada industrial, se había centralizado en un núcleo originario de países se trasladaba ahora a aquellos países de la segunda oleada que ofrecían mayores ventajas para su obtención, bien por la mejor disponibilidad de tierra, por la mayor abundancia de mano de obra, o por su mejor acceso al capital necesario. En todo caso, lo que la teoría reflejaba era un progresivo acercamiento de los países teóricamente situados en la periferia del capitalismo global hacía la situación de aquellos que estaban en el núcleo del sistema<sup>60</sup>.

### ***Un nuevo escenario para el Capitalismo Global***

Las tensiones creadas por el propio desarrollo del capitalismo global<sup>61</sup>, tanto en el interior de cada país, como en el equilibrio geopolítico internacional, generaron una situación especialmente complicada en las relaciones entre los imperios europeos que desembocó en la Primera Guerra Mundial<sup>62</sup>. Este acontecimiento modificó radicalmente el orden económico internacional y propició que el núcleo de países que lo sustentaban y dominaban, los países europeos con Gran Bretaña a la cabeza, fuesen cediendo su preponderancia a otros países de la periferia y, especialmente, a Estados Unidos. La necesidad de productos y capitales que el esfuerzo bélico creaba no podían ser

---

<sup>59</sup> *Ibid.*, p.112.

<sup>60</sup> No obstante, este proceso de estrechamiento de la diferencia económica entre diferentes países dependía totalmente de la gestión política y económica en cada caso, y no se podía desligar de las relaciones de poder existentes entre las metrópolis y sus colonias, ni de las importantes diferencias en el desarrollo económico que determinaban las relaciones entre los países. Para una profundización sobre los fracasos en el desarrollo económico de los países véase J.A. Frieden, *Capitalismo global. El trasfondo económico de la historia del siglo XX*, Barcelona: Crítica, 2007, p.115 y *passim*.

<sup>61</sup> En referencia a las tensiones generadas durante la primera etapa de globalización económica, cabe recordar que fue la etapa de desarrollo del imperialismo, y que este se constituyó, como recuerda D. Rodrik, en un «mecanismo que sirvió para imponer reglas favorables al comercio, de tal manera que los gobiernos de los países avanzados se convirtieron en los árbitros que hacían cumplir dichas reglas», véase D. Rodrik, *La paradoja de la Globalización*, Barcelona: Antoni Bosch editor, 2011, p.46.

<sup>62</sup> Sobre el origen y las condiciones que propiciaron la Primera Guerra Mundial afirma J.A. Frieden que, independientemente de su diversidad y pluralidad, «caben pocas dudas de que parte de sus orígenes fueron económicos», véase J.A. Frieden, *Capitalismo global. El trasfondo económico de la historia del siglo XX*, Barcelona: Crítica, 2007, p.175.

aportados por economías orientadas exclusivamente a este fin, y el país más endeudado de la época dorada del capitalismo global<sup>63</sup> hizo valer su desarrollo industrial de la segunda oleada y se convirtió en uno de los mayores acreedores de los viejos imperios europeos. A partir de 1919, Estados Unidos se convertirá en el polo principal de reconstrucción del orden económico clásico perdido, y el bastión fundamental sobre el que volver a reconstruir las instituciones internacionales que sustentarán el imaginario social clásico. Uno de los esfuerzos fundamentales se centró en recuperar el patrón oro como vehículo de fluidez en el comercio mundial, una vez que el final del proceso bélico aseguraba la estabilidad en el transporte y las comunicaciones. A mitades de la década de 1920 parecía que la situación económica se aproximaba a las condiciones del capitalismo global anterior a la Primera Guerra Mundial pero, esta vez, con centro financiero en Estados Unidos en lugar de Gran Bretaña. Sin embargo, el efecto del colapso económico y financiero de la Primera Guerra Mundial sobre el orden clásico era de tal magnitud que las condiciones sociales existentes no permitían una integración económica global similar. El desarrollo de la segunda oleada industrial se traducía en una creciente complejidad de la producción industrial que ya no dependía de una mano de obra barata y no cualificada, sino que exigía fiabilidad y especialización<sup>64</sup>. Este escenario permitía un mayor poder de las estructuras productivas dentro de la esfera económica internacional y se traducía, lógicamente, en una mayor rigidez del mercado en general. A esta nueva realidad institucional de la producción en el orden económico se añadía la desidia del gobierno estadounidense en la evolución de las relaciones comerciales internacionales, puesto que, a diferencia del gobierno británico en la etapa anterior a la Primer Guerra Mundial, el gobierno del nuevo centro económico y financiero mundial ya no se involucraba en las potenciales alteraciones de las condiciones del mercado y, a cambio, se potenciaba un fluir ilimitado de capital desde

---

<sup>63</sup> La época dorada del capitalismo global la consideramos correspondiente, en este caso, al periodo 1896-1914. No obstante, Stephen Marglin y Juliet B. Schor editan en 1990 un volumen titulado *The Golden Age of Capitalism* en el que se refieren al periodo 1950-1970, puesto que en dicho periodo, como nos recuerda Vicenç Navarro, todos los países de la OCDE alcanzaron, prácticamente, el pleno empleo, véase V. Navarro, *Neoliberalismo y Estado del bienestar*, Barcelona: Ariel, 1998, p.87. En este mismo sentido se expresa D. Rodrik cuando afirma que «en términos de amplitud y profundidad del progreso económico, el régimen de Bretton Woods eclipsó todos los periodos anteriores, incluido el del patrón oro y la época del libre comercio del siglo XIX. Si alguna vez hubo una época dorada de la globalización, fue esta», véase D. Rodrik, *La paradoja de la Globalización*, Barcelona: Antoni Bosch editor, 2011, p.91.

<sup>64</sup> J.A. Frieden, *op. cit.*, p.205.



dicho centro financiero al resto de los países integrados económicamente. En otras palabras, el liviano control político de la época dorada del capitalismo global había desaparecido por completo y se había visto sustituido por el dominio de las nuevas corporaciones industriales que el desarrollo de la producción masiva había elevado a la cúspide del poder económico. Si, antes de la Primera Guerra Mundial, la regulación del comercio internacional podía considerarse escasa, el nuevo intento de recuperación del orden clásico profundizaba en la desregulación de la mano de la nueva empresa moderna y multinacional, y el ejemplo paradigmático de dicho tipo de empresa eran las multinacionales norteamericanas de la automoción. El movimiento de capitales desde Europa hacia el resto del mundo que caracterizó la época clásica se ve sustituido por un flujo que surge desde Estados Unidos y que no se limita a una financiación indirecta de proyectos industriales, sino que se materializa en inversión directa y creación de activos norteamericanos en el extranjero. Sin embargo, este proceso de modernización que recorre Europa durante la recuperación del desastre de la Primera Guerra Mundial vuelve a generar tensiones sociales importantes dentro del grupo de artesanos y pequeños empresarios nacionales, incapaces de hacer frente al imparable avance y dominio de las grandes multinacionales<sup>65</sup>.

El escenario internacional, por tanto, volvía a estar caracterizado por un creciente descontento social bajo la presión del desarrollo de un sistema económico de base clásica y parcialmente desregularizado, en manos de los intereses de las grandes corporaciones. Y, en este escenario, una crisis financiera iniciada en Estados Unidos en 1929<sup>66</sup> se propagó de forma rápida por todos los países integrados económicamente y desató un nuevo desplome financiero y económico que dinamitó la base social del sistema. Los movimientos monetarios y la respuesta política de los gobiernos nacionales

---

<sup>65</sup> *Ibid.*, p.231.

<sup>66</sup> En referencia a la Gran Depresión iniciada el 29 de Octubre de 1929 como efecto de un desplome de la bolsa de Wall Street, que había sucedido como centro financiero al Londres de antes de la Primera Guerra Mundial, J.K. Galbraith relata que este episodio no es sino la evidencia de todo un proceso de euforia financiera que se había iniciado a mediados de la década de 1920 con el boom inmobiliario de Florida. Una vez que se detuvo, definitivamente y después de dos amagos anteriores, en 1929 el flujo de compradores de terrenos, el proceso que se había desarrollado de progresiva acumulación de capital se detuvo también bruscamente y cundió el pánico al tratar de salvar parte de los capitales invertidos. La especulación financiera con terrenos en Florida había alimentado una burbuja en la bolsa que al implosionar extendió sus efectos financieros a todo el sistema económico integrado dentro del capitalismo global, véase J.K. Galbraith, *Breve historia de la euforia financiera*, Barcelona: Ariel, 1991, pp.83-96.

retroalimentaban la Gran Depresión que se alargó hasta 1934. Las teorías construidas por la economía clásica no eran capaces de volver a equilibrar el sistema, por lo que había llegado el momento de aplicar nuevas soluciones con el único objetivo de volver a poner en marcha el mecanismo de consumo-producción-crecimiento establecido en los albores de la ciencia económica. El patrón oro se reveló como un corsé rígido que impedía aplicar estímulos monetarios para volver a prender la mecha del mecanismo económico, por lo que uno de los pilares fundamentales del sistema clásico quedaba desacreditado como instrumento económico efectivo. La fórmula de reequilibrio automático del sistema mediante el ajuste de la oferta y la demanda quedaba, positivamente, descartado. Era el momento de medidas heterodoxas, de vías alternativas a la economía clásica para intentar salvar, paradójicamente, el propio sistema clásico.

A partir del acceso al poder de Estados Unidos de Franklin Delano Roosevelt en 1932, el país comienza el proceso para desvincular su moneda del patrón oro y, una vez liberada de esta rigidez, emprender medidas de estímulo económico que pasaban, toda vez que la *Ley de Say* quedaba derogada de forma fáctica, por una intervención directa del Gobierno en la economía del país. La respuesta ante las tensiones sociales generadas por el sistema clásico fue la adopción de medidas extraordinarias y heterodoxas que intentaron volver a recuperar, no obstante, la época del capitalismo global. En la nueva situación industrial dominada por las grandes corporaciones, y caracterizada por una rigidez importante de las condiciones laborales, las herramientas clásicas no eran capaces de solventar los problemas surgidos y era necesario avanzar hacia un capitalismo regulado que sofocase o rebajase el nivel de los conflictos sociales generados. La catástrofe financiera y económica del periodo 1929-1934 fue el inicio del «moderno Estado del Bienestar, entendido como aceptación general de la oferta pública de seguridad social, políticas sociales básicas y gestión macroeconómica anticíclica»<sup>67</sup>.

El foco de atención del sistema, por tanto, se traslada desde el aseguramiento de un comercio libre y fluido, a la búsqueda del pleno empleo y el bienestar del ciudadano, sin dejar de lado el crecimiento económico. Para lograr este objetivo, como observa David Harvey, el mercado ya no era el actor único que equilibraba el sistema, sino que el Estado adquiriría nuevas responsabilidades que no había querido tomar después de la

---

<sup>67</sup> J.A. Frieden, *op. cit.*, p.256.

Primera Guerra Mundial, durante el intento estadounidense de recuperación del capitalismo global. La intervención estatal podía ser, ahora, ilimitada, llegando incluso a suplantar al mercado si este no era capaz de alcanzar los objetivos<sup>68</sup>. Las políticas monetarias de nuevo cuño, bien de inspiración keynesiana o de origen sueco, buscaban, no obstante, un escenario social que permitiese, de nuevo, la recuperación del dominio de las grandes corporaciones que había sido socavado durante la Depresión. El desarrollo de estas corporaciones requería una fuerza de trabajo estable y especializada, por lo que era imprescindible una situación de paz social que eliminase las incertidumbres asociadas al capitalismo global y el peligro de desarraigo del individuo. La búsqueda estatal de la armonía social pasará a denominarse *liberalismo embridado*<sup>69</sup>, para reflejar la regulación de los procesos de mercado.

Sin embargo, este *capitalismo regulado* no se desarrolló de igual forma en todos los países, puesto que aquellas zonas que quedaban en la periferia del orden clásico, y más habían sufrido por los desastres de la Primera Guerra Mundial y la Gran Depresión, optaron por una autarquía económica, un movimiento proteccionista y rupturista con el comercio internacional, con el objetivo de volver a recuperar un equilibrio social destrozado por la presión que la etapa anterior había ejercido sobre amplias capas del artesanado y pequeño empresariado. El resultado, por tanto, de esta nueva crisis del sistema económico integrado es la escisión de un bloque de países -aquellos que se encontraban en una situación de debilidad y periferia respecto del núcleo dominante del comercio internacional- de la vía de integración económica global. Ante el reforzamiento de la apuesta por la apertura comercial y financiera que postulan las nuevas *democracias sociales* de occidente, se establece una vía autárquica de desarrollo en la Europa central, oriental, Japón y Latinoamérica, que también buscará el crecimiento económico desde otro punto de vista. La debilidad fundamental que colocaba a cada país en una u otra vía era su carácter deudor o acreedor, de tal forma que, mientras los primeros -principalmente los Estados de Europa central, oriental y meridional que optaron por la vía fascista, la Unión Soviética, Latinoamérica y Asia- optaron por una vía autárquica y nacionalista de desarrollo semi-industrial, los segundos

---

<sup>68</sup> D. Harvey, *Breve historia del Neoliberalismo*, Madrid: Akal, 2007, p.17.

<sup>69</sup> Véase al respecto D. Harvey, *op. cit.*, p.17.

mantuvieron su configuración política de base democrática, abierta a la integración económica internacional y cierta orientación social<sup>70</sup>.

En el caso de la Alemania nazi, los primeros movimientos hacia la autarquía comienzan en marzo de 1933, cuando Adolf Hitler nombra a Hjalmar Schacht responsable de la economía del país. Este reconocido economista alemán, que había perdido su confianza en la ortodoxia clásica tras la crisis de 1929, propuso medidas heterodoxas de recuperación que pasaban por un progresivo alejamiento del mercado mundial, pero coincidía con las nuevas democracias sociales en la necesidad de que el Estado se involucrase en la economía promoviendo importantes proyectos de infraestructura. La combinación de estas medidas de política económica conducía al país a una creciente autosuficiencia económica, a la autarquía que caracterizaría a gran parte de los países durante las siguientes cuatro décadas. La dinamización del carrusel fisiocrático producción-consumo-crecimiento era el objetivo de todos los países después de la Gran Depresión, y la vía autárquica consideraba que una focalización sobre la situación interna del país sería más efectiva para volver a poner en marcha la rueda del crecimiento económico y poder reducir un desempleo que ocasionaba importantes desequilibrios sociales. En líneas generales, la vía autárquica promovía una *tercera oleada industrial* en aquellos países periféricos de carácter marcadamente semi-industrial que buscaban, potenciando esta rama de su economía, combatir de forma directa el desempleo existente. Alemania lo consiguió de forma relativamente rápida, puesto que entre 1936 y 1938, H. Schacht había conseguido un desarrollo económico de tal envergadura que él mismo se hacía prescindible, y, solventada la crisis, el régimen nazi podía orientar sus esfuerzos al control social. En el caso de la Unión Soviética, su economía había comenzado una expansión industrial ya en la década de 1920, cuando el triunfo de la propia revolución bolchevique exigía relegar al campesinado y la pequeña burguesía del país a un plano secundario. Bajo la dirección de Stalin, la industrialización del país se aceleró a partir de 1928 mediante una capitalización intensiva del sector a partir de recursos extraídos de la agricultura y el propio consumo del país. La aceleración de cualquier sector y, especialmente, de la industria pesada, exigía unos recursos importantes de capital que debían ser detraídos de otras ramas de la

---

<sup>70</sup> J.A. Frieden, *op. cit.*, pp.262-263.

economía y obtenidos mediante esfuerzos en otros estratos de la sociedad<sup>71</sup>. Ambos ejemplos de desarrollo -la Unión Soviética consolidó su rápido crecimiento a finales de la década de 1930- suponían un atractivo y referente para el pensamiento de las democracias occidentales, que se sentían tentadas por estas vías para recuperar la senda del crecimiento de una forma rápida y radical, y la consiguiente solución del problema del empleo y las exigencias sociales derivadas. En el resto de los países que se orientaron hacia la autarquía, el modelo fue más bien el de un desarrollo nacionalista que, ante el derrumbe de sus ingresos por el colapso del comercio internacional, buscó una alternativa en políticas de industrialización que sustituyesen la dependencia de las importaciones. Además del efecto de la Gran Depresión de 1929, las áreas periféricas de Latinoamérica, Asia y África sufrieron el olvido derivado de los esfuerzos occidentales en la Segunda Guerra Mundial, la reconstrucción posterior y la guerra de Corea a principios de la década de 1950. En esta situación, el desarrollismo nacionalista, al igual que el fascismo y el comunismo en los casos anteriores, proporcionaba «empleo, desarrollo industrial, modernización y algo menos tangible, orgullo y cohesión nacional»<sup>72</sup>.

Como ya hemos observado, los países que constituían el núcleo duro de la integración económica después de la Primera Guerra Mundial optaron por intentar construir, por segunda vez, el capitalismo global. En este proceso de reconstrucción el primer obstáculo lo constituyó la Gran Depresión de 1929, que generó, de nuevo, una creciente tensión social durante la década de 1930, e impulsó a partidos de izquierda a asumir el gobierno en gran parte de estos países. Esta asunción del poder conllevó la conformación de la nueva visión en la construcción del capitalismo global, la democracia social, que, después de la Segunda Guerra Mundial, emprendería el moderno Estado del Bienestar<sup>73</sup>. El objetivo inicial de las democracias sociales, sin embargo, no era combatir la construcción social que podía indicar el oponente soviético, sino conseguir un nivel de desarrollo económico similar al que había emprendido la economía soviética bajo la dirección de Stalin, o la que a lo largo de la década obtendría Alemania con la política económica de H. Schacht. El punto de partida de la alternativa

---

<sup>71</sup> *Ibid.*, p.289.

<sup>72</sup> *Ibid.*, p.304.

<sup>73</sup> *Ibid.*, p.306.

socialdemócrata era el mantenimiento de la apertura comercial y financiera al resto del mundo y, especialmente, la defensa de la integración internacional que representaba el capitalismo global en oposición a la autarquía alternativa que se estaba construyendo en base a diferentes modelos.

En este sentido, la primera experiencia socialdemócrata remarcable, desarrollada en Suecia, pretendía recuperar el crecimiento económico mediante una gestión anticíclica de la demanda para mantener el empleo y reducir la incertidumbre y la inseguridad que el capitalismo global transmitía sobre la vida individual. Además de la intervención estatal en la economía para compensar los ciclos bajos de la demanda desarrollaron paralelamente una política monetaria y una política fiscal que ayudaban a mantener la actividad y la estabilidad de los precios. Para ello, el primer movimiento fue desvincular su moneda del patrón oro en 1931, como posteriormente lo haría Estados Unidos, socavando uno de los instrumentos fundamentales de la integración económica mundial hasta ese momento. Un segundo elemento heterodoxo respecto de las teorías clásicas lo constituyó la articulación de un sistema de seguridad social -con seguro de desempleo y seguro universal de enfermedad a partir de 1934- que pretendía compensar la inseguridad del sistema imperante. El último elemento reseñable fue la inclusión de las organizaciones sindicales en el sistema político a través de acuerdos conjuntos con los representantes de las corporaciones empresariales para gestionar de una forma centralizada las relaciones laborales<sup>74</sup>. La segunda experiencia, como ya hemos comentado, la inician los Estados Unidos cuando F. D. Roosevelt, una vez desvinculado el dólar del patrón oro, decide abandonar la austeridad presupuestaria asociada a la teoría clásica. El objetivo del *New Deal*, como en el caso sueco y las tendencias autárquicas de otros países, era reducir el desempleo y proporcionar seguridad a la población. Este programa estatal «forjó una nueva alianza democrática entre los trabajadores urbanos y los agricultores sureños, con algún apoyo de los republicanos del medio oeste»<sup>75</sup>. Además de estas dos experiencias, otros países como Dinamarca, Noruega, Francia, Bélgica, Suiza, Canadá o Nueva Zelanda abordaron

---

<sup>74</sup> En 1938 se firma el histórico acuerdo de Saltsjöbaden entre Empresarios y Trabajadores, que puede ser considerado el primer acuerdo para la concertación social, la centralización de las relaciones laborales a escala nacional, véase J.A. Frieden, *Capitalismo global. El trasfondo económico de la historia del siglo XX*, Barcelona: Crítica, 2007, p.309.

<sup>75</sup> J.A. Frieden, *op. cit.*, p.311.

reformas sociales sustanciales para lograr una mayor seguridad en la sociedad frente a los vaivenes de la integración económica. La progresiva construcción de una democracia social permite crear un marco adecuado para la reconstrucción de las relaciones económicas internacionales, es decir, permite abordar, nuevamente, el proceso de integración económica propia del capitalismo global. Sin embargo, el estallido de la Segunda Guerra Mundial, una vez que Alemania había recuperado un nivel industrial lo suficientemente potente para olvidar los años de crisis post-Gran Depresión, impide avanzar de forma más rápida en esta vía.

Ante este nuevo incidente bélico, los países comprometidos con la teoría clásica de la apertura comercial mundial decidieron que era necesario planificar el orden económico de posguerra bajo el mando de los Estados Unidos de América que, desde el final de la Primera Guerra Mundial, había asumido el mando del capitalismo global en detrimento del Reino Unido. El objetivo del nuevo orden económico debía ser restaurar los pilares fundamentales del capitalismo global: la estabilidad y control monetario, la libertad de comercio y la libertad de movimiento de los capitales. Mientras el ordenamiento comercial se diseña mediante la Organización Mundial del Comercio, cuyo objetivo debía ser la reducción de los aranceles y barreras comerciales, el sistema monetario y financiero internacional se aborda en reuniones celebradas a partir de 1940 entre las haciendas británicas y norteamericanas, encabezadas por J.M. Keynes y H.D. White, respectivamente<sup>76</sup>. Estas reuniones se prolongaron hasta principios de 1944 alcanzando el compromiso de una nueva estabilidad monetaria basada en una moneda referente, el dólar estadounidense, que debía asegurar su convertibilidad en oro de acuerdo a un nivel predeterminado<sup>77</sup>. El nuevo sistema monetario eliminaba la rigidez del patrón oro, puesto que el resto de monedas podían cambiarse flexiblemente respecto al dólar, pero implicaba la rigidez de esta última. Para asegurar la estabilidad del sistema se debía crear una institución que acogiera las contribuciones de oro de cada país y de sus propias monedas, para poder vincularlas al dólar con un tipo fijo, y esta institución sería el Fondo Monetario Internacional (FMI). La estabilidad se aseguraba mediante préstamos que este fondo común realizaría a cada país en caso de dificultades y la variación consiguiente del valor de su moneda. No obstante, el sistema exigía un

---

<sup>76</sup> *Ibid.*, p.339.

<sup>77</sup> La trigesimoquinta parte de una onza de oro puro.

control de los flujos de capital a corto plazo porque podían desestabilizar las monedas de forma artificial y especulativa. Pero, este control de los movimientos de capital a corto plazo no podía impedir los movimientos a largo plazo, necesarios para canalizar las inversiones productivas que ayudasen al funcionamiento del sistema global. Para asegurar que este tipo de inversiones se canalizaba adecuadamente, la propuesta fue crear un Banco Internacional para la Reconstrucción y el Desarrollo (Banco Mundial), con el respaldo del conjunto de los países, y que recibiría préstamos de inversores privados con tipos de interés bajos -estos préstamos estarían avalados por los países participantes, de ahí el tipo de interés bajo- para invertirlos en proyectos que activaran la economía y facilitasen la participación de inversiones privadas en otras áreas de la economía<sup>78</sup>, en línea con los principios fundamentales de la democracia social y su impulso de la participación del Estado en la marcha de la economía. Este tipo de inversiones privadas fueron, fundamentalmente, movimientos de corporaciones estadounidenses que establecieron centros productivos en otros países, y que llegaron a constituir «un factor de su posición económica internacional más importante que sus intercambios comerciales»<sup>79</sup>. Este sistema potenciaba el desarrollo de la productividad y la competitividad, que se revelaron instrumentos fundamentales de la transición<sup>80</sup> desde una sociedad de productores a una sociedad de consumidores, en la que el desarrollo social ya no estaba marcado y limitado por la acción productiva, sino que correspondía a la esfera de la capacidad de consumo y de la abundancia de bienes y servicios que lo posibilitan. En resumen, se ponen las bases para un nuevo modelo social en el que la abundancia material que creaba no se traduciría posteriormente en una seguridad material para el colectivo, sino que, paradójicamente, posibilitaba la escasez de bienes materiales en medio de la abundancia. El ascenso hacia el bienestar desde el final de la Segunda Guerra Mundial ha consolidado la sociedad de consumidores, pero no ha podido disipar las antiguas preocupaciones instaladas en la sociedad de productores, la desigualdad y la inseguridad<sup>81</sup>. Y, no solamente no se ha superado esta problemática, sino que se ha ido consolidando como incentivo de desarrollo del propio modelo social.

---

<sup>78</sup> J.A. Frieden, *op. cit.*, p.342.

<sup>79</sup> *Ibid.*, p.387.

<sup>80</sup> J.K. Galbraith, *op. cit.*, p.57.

<sup>81</sup> *Ibid.*, p.89.



### *El orden de los tres mundos*

El acuerdo alcanzado se ratificó a principios de julio de 1944 por más de cuarenta países reunidos en el hotel Mount Washington de Bretton Woods, en el estado de New Hampshire (Estados Unidos), y dio paso a casi tres décadas de dominio de un nuevo orden económico y construcción de un nuevo capitalismo internacional, el orden económico de Bretton Woods<sup>82</sup>. Además, la Segunda Guerra Mundial ahonda todavía más en la posición internacional de los países derivada de la Primera Guerra Mundial, y los Estados Unidos salen aún más reforzados desde el punto de vista industrial y financiero, en detrimento de los países europeos y Japón. Pero esta fortaleza, y el orden económico derivado de Bretton Woods que Estados Unidos quiere imponer y controlar, depara la división del mundo en tres bloques o *mundos*: en el *primer mundo* se engloban los países que aceptan el orden de Bretton Woods, en el *segundo mundo* los países bajo la influencia soviética y su apuesta por una autarquía basada en la planificación centralizada de la economía, y en el *tercer mundo* todos aquellos países con una industrialización débil o antiguas colonias que tratan de avanzar lo más rápidamente posible en este proceso.

El mundo de Bretton Woods apuesta por renovar el internacionalismo económico con un centro de control y poder claramente definido: Estados Unidos. El ocaso de la Segunda Guerra Mundial da paso a un período que se prolonga hasta principios de los años sesenta y que permite la expansión económica de la mayor parte de los países de este bloque. Esta expansión es de tal magnitud que ya a finales de la década de 1950 la era de la opulencia había alcanzado a ciertos países del núcleo duro del primer mundo, especialmente a Estados Unidos, que, como ya ocurriera después de la Primera Guerra Mundial, había vuelto a salir reforzado en su posición económica mundial. La posición de control del país norteamericano se debía a la prolongación que estaba logrando del sistema de integración económica iniciado en la primera etapa, anterior a la Primera Guerra Mundial, y continuado durante la segunda etapa en el

---

<sup>82</sup> Los acuerdos de Bretton Woods, sin embargo, no debieron ser fieles a las negociaciones desarrolladas por J.M. Keynes y H.D. White, dada la desilusión del primero por el diseño político final del FMI y el Banco Mundial que, bajo la dirección de los Estados Unidos, no resultaron en instituciones al servicio del nuevo orden monetario y financiero previsto.

periodo de entreguerras y obstaculizado por la Gran Depresión. La integración económica mundial que abarcaba al conjunto de países del primer mundo permitía el desarrollo a gran escala de las grandes corporaciones norteamericanas que devenían actores principales en el sistema económico, es decir, significaba la creación de lo que se denominará el «sistema de gran empresa de la posguerra»<sup>83</sup>. El nuevo sistema imperante se articulaba en base a las nuevas relaciones de poder establecidas entre: 1) el capital americano y los competidores y proveedores extranjeros; 2) las corporaciones y un importante segmento de la población trabajadora de Estados Unidos; y 3) la búsqueda de beneficios empresariales y las demandas de control social de los mismos<sup>84</sup>.

La hegemonía de dicho orden económico requería con urgencia la recuperación económica de la devastada Europa que no había caído bajo la influencia soviética, la Europa occidental, por lo que los defensores de la integración económica estadounidense tuvieron que impulsar en su país el compromiso con el liderazgo del sistema y, lo que es más importante, con la reconstrucción europea. Dicha reconstrucción debía realizarse, de acuerdo con la teoría clásica, en base a una estabilidad monetaria, comercial y financiera, por lo que el primer paso debía ser volver a conseguir unas monedas europeas fuertes y convertibles que fuesen el instrumento adecuado para la recuperación del comercio<sup>85</sup>. El segundo paso era más fácil, puesto que el comercio era necesario para ambas partes, para que Estados Unidos pudiese mantener su crecimiento y porque Europa necesitaba importar abundantes bienes materiales, por lo que también estaba interesada en producir para la exportación y compensar este flujo. Pero, el tercer paso en la recuperación era el más importante, el aspecto financiero, la inversión en infraestructuras e industria pesada que permitiese reactivar la maltrecha y devastada economía Europea. En este aspecto concreto, el elemento fundamental que reactivó la economía fue el Plan de Recuperación Económica que el secretario de estado de la *administración* Truman, George Marshall lanzó antes de finalizar la década de 1940 (Plan Marshall). La inyección financiera de este plan permitió afrontar la reparación de la infraestructura y la industria en Europa, y allanó el

---

<sup>83</sup> S. Bowles, D. M. Gordon y Th. E. Weisskopf, *La economía del despilfarro*, Madrid: Alianza Editorial, 1989, p.96.

<sup>84</sup> *Ibid.*, pp.96-97.

<sup>85</sup> J.A. Frieden, *op. cit.*, p.352.

camino para la creación de una nueva institución fundamental en el nuevo orden que se estaba construyendo desde Bretton Woods, la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), con la que Estados Unidos se aseguraba la expansión de su poder y control militar en nuevas áreas geo-estratégicas. El nuevo capitalismo global, por tanto, había generado una serie de instituciones que, controladas por Estados Unidos, aseguraban la estabilidad del sistema de integración económica en sus aspectos clave<sup>86</sup>: 1) la estabilidad monetaria se controlaba mediante el FMI; 2) la seguridad comercial era una tarea encomendada, a partir de 1947, al GATT (General Agreement on Tariffs and Trade), organismo en el que se acordaba la progresiva reducción de aranceles; 3) la circulación de capitales y la disponibilidad financiera para afrontar proyectos estratégicos para el mantenimiento del sistema eran controladas por el Banco Mundial; y 4) el control militar de todo el sistema estaba en manos de la OTAN.

El concurso de estas instituciones permitió que en el periodo comprendido entre 1945 y 1973, el periodo de influencia de Bretton Woods y denominado periodo del *capitalismo embridado* o *capitalismo regulado*, los países del primer mundo fuesen desarrollando progresivamente, y de forma convergente, estados del bienestar democráticos en los que la cooperación entre dos factores de producción, el capital y el trabajo, permitía un crecimiento constante, sin olvidarse del tercer factor en discordia, la tierra y la agricultura como sistema económico derivado. El sistema de Bretton Woods resolvía los males que habían aquejado a la integración económica anterior a la Primera Guerra Mundial y al segundo intento de la década de 1920, puesto que era capaz de generar «resultados visibles: crecimiento, bajo desempleo y precios estables»<sup>87</sup>. Pero, este éxito de la integración comercial exigía, para su mantenimiento, el progresivo desarrollo y profundización de la liberalización del comercio y de las inversiones financieras -o movimiento de capitales-, por lo que se estableció la necesidad de ir

---

<sup>86</sup> D. Rodrik se refiere al periodo de Bretton Woods como una etapa en la que se impone una globalización moderada frente a la hiperglobalización actual, y en la que los Estados Unidos aportan una visión multilateralista por la que las reglas no son impuestas por la potencia dominante de forma directa, sino a través de organizaciones internacionales que debían evitar cualquier discriminación: el FMI, el BM y el GATT, véase D. Rodrik, *La paradoja de la Globalización*, Barcelona: Antoni Bosch editor, 2011, p.90. Sin embargo, aunque el economista norteamericano destaca este multilateralismo, es decir, que las reglas del comercio y las políticas económicas debían regularse a través de estas instituciones y no ser impuestas, tal innovación no pareció funcionar tal y como pretendidamente había sido diseñada, véase supra n.38.

<sup>87</sup> J.A. Frieden, *op. cit.*, p.368.

creando asociaciones más localizadas, que permitiesen el establecimiento de un mercado más amplio para que las empresas nacionales pudiesen adquirir el volumen suficiente y competir en el marco internacional. La primera experiencia en la creación de estas unificaciones de mercado regionales se desarrolló en el marco Europeo, cuando el sustituto de George Marshall, el subsecretario Dean Acheson, promovió, en 1950, «un plan franco-alemán para unificar sus industrias del carbón y del acero, primera etapa en el camino hacia el Mercado Común»<sup>88</sup>. Este plan fue presentado por Jean Monnet, francés afincado en Estados Unidos, que creía firmemente en la necesidad de combatir la fragmentación de Europa para poder avanzar económicamente y potenciar la producción en masa. Las instituciones producto de los *Tratados de Roma* que regularon el nuevo mercado común o Comunidad Económica Europea (CEE) entraron en vigor el 1 de Enero de 1958 y se establecían respetando los principios de Bretton Woods: «comercio relativamente libre, monedas estables y altos niveles de inversión internacional»<sup>89</sup>. Este diseño de la nueva integración económica internacional permitió la progresiva y generalizada liberalización de la inversión y el comercio pero, además, exigió la participación activa del sector público en la esfera económica. Y esta participación no se limitó a la promoción de grandes obras de infraestructura, sino que, derivada de las experiencias anteriores en la construcción de esta integración, los gobiernos nacionales asumieron la necesidad de proporcionar seguridad para combatir las incertidumbres asociadas a la renovada liberalización. Por eso, la actuación pública también aprovechó el crecimiento económico y la generación de recursos materiales del sistema para construir redes de seguridad social que combatiesen el potencial desarraigo del individuo en el sistema integrado en construcción. Esta necesidad fue el origen del Estado de Bienestar, de un nuevo consenso social que permitiese ahondar en la liberalización mientras ofreciese seguridad. El Estado del Bienestar forjado en Estados Unidos<sup>90</sup> como reacción a la Gran Depresión tiene sus orígenes intelectuales en la

---

<sup>88</sup> *Ibid.*, p.353.

<sup>89</sup> *Ibid.*, p.378.

<sup>90</sup> En referencia al Estado de Bienestar, y aunque nosotros no diferenciamos los diferentes tipos a lo largo del texto, V. Navarro nos recuerda que en Europa se han dado dos tipos diferenciados: 1) en el centro y sur de Europa financiado a base de contribuciones sociales y cuyos beneficios se supeditan a estas contribuciones; y 2) en el norte de Europa, de carácter universalista, beneficiando en base a la condición de ciudadanía e independientemente de las aportaciones, y cuya financiación ha recaído en el impuesto de la renta. En el caso de Estados Unidos, el Estado de Bienestar es, por el contrario, mayoritariamente

tradición prusiana de la Alemania de Otto von Bismarck, por la que el «Estado era competente, benéfico y sumamente prestigioso»<sup>91</sup>. No obstante, debemos recordar que este movimiento de von Bismarck no era sino la reacción ante las tensiones sociales que se estaban produciendo en el establecimiento del *capitalismo global*. Los conflictos sociales derivados de esta etapa impulsaron una reforma de carácter similar en la Gran Bretaña de principios del siglo XX dominada por la ortodoxia clásica. El ministro de Hacienda, Lloyd George, adopta en 1911 una serie de leyes para crear seguros de enfermedad e invalidez oficiales, que luego se extienden al desempleo<sup>92</sup>. Con estos antecedentes y la aportación de Pigou, de su visión de la economía del bienestar desde la perspectiva de la suma total de satisfacción que el sistema genera, no es de extrañar que la economía clásica, reticente a cualquier sistema de redistribución de la renta, aceptase un cierto giro ideológico a esta nueva posibilidad, siempre y cuando mantuviese el crecimiento económico global. En Estados Unidos, los trabajos de John R. Commons en la Universidad de Wisconsin fueron el detonante de la nueva concepción del papel del Estado en la economía, volcado hacia la protección del ciudadano. Paralelamente, en el Reino Unido posterior a la Segunda Guerra Mundial, la comisión que dirigía William Beveridge promulgó el Informe Beveridge, en el que se detallaba un sistema general de seguridad social. En ésta época la nueva concepción del Estado se extiende hacia los países occidentales y se convierte, no solamente en un producto, sino también en un soporte fundamental de la democracia social del sistema de Bretton Woods. En última instancia, y como observa J.A. Frieden, el resultado de este sistema

fue una densa combinación entre mercados activos y gobiernos intervencionistas, grandes empresas y movimiento sindical, conservadores y socialistas, que permitió las tasas más altas de crecimiento económico y la estabilidad económica más duradera de la historia moderna<sup>93</sup>.

---

privado, tanto en su financiación como en los beneficios que otorga. Véase V. Navarro, *Neoliberalismo y Estado del bienestar*, Barcelona: Ariel, 1998, pp.108-109.

<sup>91</sup> J.K. Galbraith, *Historia de la Economía*, Barcelona: Ariel, 1989, p.229.

<sup>92</sup> *Ibid.*, p.230.

<sup>93</sup> J.A. Frieden, *op. cit.*, p.396.

El mundo soviético, por su parte, se construyó bajo la premisa de que para alcanzar la equidad social no era necesario un mercado internacional integrado, sino que las naciones debían de controlar y planificar su economía de forma aislada para poder asegurar un crecimiento económico que generase estabilidad social y pudiese equilibrar las desigualdades y limitar las tensiones y conflictos potenciales. Aunque, inicialmente, el sistema ideado para los países acogidos bajo el paraguas soviético era el equivalente a una *democracia popular*, como contrapunto a las democracias sociales de la parte occidental, pronto estos sistemas viraron hacia una planificación centralizada como la desarrollada por Stalin en la URSS<sup>94</sup>. En el mismo sentido que Estados Unidos había propuesto un Plan Marshall para la reindustrialización de Europa Occidental, la Unión Soviética impulsó el desarrollo de la industria pesada como base para el posterior desarrollo autónomo de otras industrias y la potenciación del crecimiento económico. El control de estas políticas se puso en manos también de una institución creada a tal efecto, el Consejo de Ayuda Económica Mutua (Comecon), creado en 1949, poco después de la aprobación del Plan Marshall, y el control militar en una institución simétrica de la occidental. En cierto sentido, observamos que en ambos bloques, en el primer mundo y en el *segundo mundo*, se genera una burocracia institucional similar para el control de ambas situaciones, lo que en términos acuñados por C. Castoriadis equivaldría a una *burocracia fragmentada* en el primero, y una *burocracia totalitaria* en el segundo. El objetivo de ambas estructuras burocráticas nos remite a la reflexión de John Kenneth Galbraith en su obra *La sociedad opulenta*, en la que observa que el elemento central del éxito de nuestra civilización es la producción de bienes y servicios<sup>95</sup>, y el Producto Interior Bruto como medida económica de su desarrollo. Y, este objetivo ha adquirido tanta centralidad en la actualidad, que no se puede considerar una sociedad como exitosa si no ha sido capaz de extender lo máximo posible las satisfacciones materiales a la totalidad de la población hasta el extremo de alcanzar una situación de consumo en masa<sup>96</sup>. Este es, y era en los bloques de posguerra, el objetivo de cualquier política económica, alcanzar el estadio de una sociedad opulenta que, más allá de proporcionar una seguridad material de bienes y servicios para desarrollar la vida

---

<sup>94</sup> *Ibid.*, p.362.

<sup>95</sup> J.K. Galbraith, *La sociedad opulenta*, Barcelona: Ariel, 2004, p.8.

<sup>96</sup> F. Estapé, 'Introducción'. En Galbraith, John K., *La sociedad opulenta*, Barcelona: Ariel, 2004, p.15.

social, se marca como objetivo inundar de bienes materiales las vidas individuales hasta convertirse en el elemento fundamental de desarrollo personal. No en vano, el incremento exponencial de la producción de bienes y servicios se ha instituido como una alternativa a la redistribución de la riqueza social y, consiguientemente, como una solución efectiva ante las tensiones que la preocupación por la inseguridad puede generar<sup>97</sup>. Por tanto, la ciencia económica imperante, la *sabiduría convencional* según el término utilizado por J.K. Galbraith, ha ido imponiendo un objetivo que se considera más allá de toda posible crítica y que emerge con fuerza como elemento director de la acción política: la expansión continua e ilimitada de la producción material.

El bloque soviético partía de una situación económica dominada, fundamentalmente, por el sector agrícola, por lo que los esfuerzos para la industrialización fueron importantes y necesitaron un férreo control que obligó a la centralización y la adopción de sistemas de corte estalinista para el control de los países. Sin embargo, la muerte de J. Stalin en marzo de 1953 abrió nuevas posibilidades al rumbo del segundo mundo, impulsadas, básicamente, por la insatisfacción popular que había generado el régimen estalinista. El *reformismo comunista* -ejemplificado por Gomulka en Polonia y Kádár en Hungría- intentó amortiguar el descontento social y corregir las tensiones generadas por el impulso de la industria pesada en detrimento de otras industrias ligeras orientadas hacia los bienes de consumo y la agricultura. Se abrió una época dominada por lo que se conoció como el «comunismo del gulash»<sup>98</sup>, por la reorientación de recursos hacia las industrias de bienes de consumo, la construcción de viviendas y el aumento de los salarios. Cuando el régimen del binomio Brezhnev-Kosiguin sustituyó al de Nikita Jruschov, que había dirigido los destinos de la URSS en el período 1956-1964, los dirigentes soviéticos eran conscientes de que el principal problema de su sistema económico era la «excesiva centralización y la falta de incentivos»<sup>99</sup>. El crecimiento económico extensivo, mediante la potenciación de la producción en masa, había llegado a su fin y era hora de emprender un crecimiento intensivo, de mejora de las productividades de las industrias existentes. Sin embargo, y de forma paralela, el país con mayor población dentro del segundo mundo, China, optó

---

<sup>97</sup> J.K. Galbraith, *La sociedad opulenta*, Barcelona: Ariel, 2004, p.103.

<sup>98</sup> J.A. Frieden, *op. cit.*, pp.427-428.

<sup>99</sup> *Ibid.*, p.430.

por repetir el sistema de desarrollo soviético, incidiendo en una rápida industrialización sustitutiva de la predominante agricultura para conseguir una modernización inmediata. El período del Gran Salto Adelante, iniciado en 1958, se prolongó hasta 1966, fecha en la que Mao Zedong intentó reformar la política económica, consciente, como era, de las tensiones creadas por la industrialización acelerada. Se inicia, de esta forma, y paralelamente a la época soviética de renovación, la Revolución Cultural que, dadas las tensiones sociales que generó, devino en una línea más moderada y de mayor apertura. El crecimiento económico que pretendían los dirigentes chinos, al igual que el resto de los mundos de esta etapa histórica, incrementaba «las desigualdades entre regiones, grupos y clases, que chocaban con los objetivos comunistas y con los intereses de algunos de sus principales apoyos»<sup>100</sup>. En el resto de países de influencia soviética, el proceso fue muy similar, en el sentido de que la pretensión principal era el rápido desarrollo industrial que modernizase el país y permitiese combatir la pobreza y reequilibrar las desigualdades. Este proceso no era posible sin una rígida centralización de la economía, como el ejemplo cubano de la década de 1960, que posteriormente se modificaba y se moderaba para adaptarse a la situación concreta de cada país. En cierto sentido, después de una primera fase de fuertes tensiones para generar una base industrial fuerte y solvente, el sistema volvía a reorientarse hacia la mejora de las condiciones sociales.

Por último, el *tercer mundo* englobaba a las ex-colonias que habían alcanzado la independencia y los países latinoamericanos que habían quedado aislados y marginados durante la etapa de entreguerras. Este bloque también optó por una cierta autarquía, como la del segundo mundo, pero de corte nacionalista y, por supuesto, como los otros dos mundos, desarrollista. El objetivo, como no, era una rápida industrialización para diversificar su economía, que dependía fundamentalmente de productos agrícolas o minerales que exportaban a las metrópoli, y consolidarla para un desarrollo posterior de industrias más finas. El primer paso para alcanzar este objetivo era cortar su dependencia respecto de los productos industriales de las antiguas metrópoli, por lo que se hizo imprescindible cerrarse al comercio exterior y sustituir estos productos por bienes fabricados domésticamente, es decir, el impulso de un proceso de

---

<sup>100</sup> *Ibid.*, p.439.



*industrialización sustitutiva de importaciones*<sup>101</sup>. De todas formas, este proceso no fue sino la intensificación de un movimiento que ya se había iniciado, por necesidad, en los 20 años de entreguerras, dado el aislamiento respecto del comercio internacional de la mayor parte de estos países. Por ello, el desarrollo industrial necesitaba ser potenciado de forma artificial, en el sentido de proteger su mercado doméstico respecto de las importaciones más competitivas a través de aranceles y barreras comerciales. Asimismo, en este tercer mundo también se produjo una alternativa a la industrialización sustitutiva de importaciones que se denominaría *industrialización orientada a las exportaciones* (IOE)<sup>102</sup>, y que fue desarrollada por una serie de países del oriente asiático y que luego serían denominados los *tigres asiáticos*: Corea del Sur, Taiwán, Hong-Kong y Singapur. En este caso, el desarrollo industrial tuvo que formularse en un nivel más avanzado tecnológicamente por la necesidad de competir en mercados internacionales, pero en todos ellos la situación geopolítica obligaba a impulsar este desarrollo particular.

### ***El "carácter" del capitalismo regulado***

El término *carácter* es definido por el sociólogo norteamericano Richard Sennet como «el valor ético que atribuimos a nuestros deseos y nuestras relaciones con los demás»<sup>103</sup>. Desde este punto de vista, nuestro autor aborda la vida del individuo protagonista del capitalismo regulado y su visión de la misma como una acumulación de experiencia, tanto material como psíquica, que la dotaba de sentido completo y permitía su comprensión de una forma lineal<sup>104</sup>. El carácter del individuo que protagonizó el capitalismo regulado estaba determinado, por tanto, por una visión a largo plazo en el que la experiencia se acumulaba de una forma lineal y conseguía cohesionar la comunidad dentro de un contexto estable conducido por el Estado de Bienestar, por la seguridad y estabilidad del sistema económico-político. Esta estabilidad fundamentaba el compromiso del individuo con su comunidad y la red de contención que ésta era

---

<sup>101</sup> *Ibid.*, p.398.

<sup>102</sup> *Ibid.*, pp.420-421.

<sup>103</sup> R. Sennett, *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*, Barcelona: Anagrama, 2009, p.10.

<sup>104</sup> *Ibid.*, p.14.

capaz de construir ante cualquier eventualidad socio-económica y, por tanto, proporcionaba también una jerarquía definida y conocida de valores al individuo.

El carácter de nuestro individuo respondía a la jerarquización propia del capitalismo clásico, en el que la progresiva división del trabajo había comenzado con la clara y distintiva separación de la casa y el trabajo, o de una esfera privada y una esfera pública. Esta separación era posible, también, por la rutina asociada a las actividades del trabajo y que contribuían a la estabilidad del mundo propio del capitalismo regulado. Este es el papel que jugaba la rutina en esta época, puesto que, como observa nuestro autor, aunque puede ser degradante y destructiva, en este caso la rutina se revelaba como un elemento positivo porque contribuía a proteger y componer la vida del individuo<sup>105</sup>. En otras palabras, la programación del tiempo de trabajo y la linealidad de la narrativa vital asociada al compromiso y el largo plazo permiten consolidar la cohesión social, crear una comunidad en la que las relaciones humanas sean estables y se proyecten en el futuro. En la época del capitalismo regulado se construye una ética del trabajo de origen clásico y asociada a la interpretación weberiana del espíritu protestante: la postergación de la recompensa, es decir, es necesario «trabajar duro y esperar»<sup>106</sup>. Sin embargo, tal y como observa J.K. Galbraith, nuestras actuales sociedades opulentas se encuentran ante la paradoja de que cualquier intento de reducir -no ya eliminar- la inseguridad material en la sociedad, deviene en un fortalecimiento y perfeccionamiento del propio modelo<sup>107</sup> que incrementa la desigualdad y la inseguridad, es decir, nos encontramos dentro de un bucle del que nos es imposible salir. Y esta paradoja se resume en la fórmula que expresa el economista canadiense: «un alto nivel de seguridad económica es esencial para una producción máxima, pero un alto nivel de producción es también esencial para alcanzar la seguridad económica»<sup>108</sup>. Por tanto, cualquier preocupación de la sociedad de productores se ha transformado y ha quedado disuelta en el objetivo básico de la sociedad de consumidores: la producción y la productividad. En otras palabras, el propio desarrollo del sistema regulado y la

---

<sup>105</sup> *Ibid.*, p.44.

<sup>106</sup> *Ibid.*, p.104.

<sup>107</sup> J.K. Galbraith, *La sociedad opulenta*, Barcelona: Ariel, 2004, p.117.

<sup>108</sup> *Ibid.*, p.119.

construcción de una seguridad material para el individuo ha ido minando las redes sociales de contención.

Por tanto, la *modernidad sólida* que Zygmunt Bauman caracteriza por delimitar de forma precisa y fehaciente las fronteras de la soberanía y la diferenciación, y que se había ido construyendo a partir de la construcción de los Estados-nación, deviene, progresivamente, en una *modernidad líquida*, en la que estas fronteras se han vuelto borrosas y en la que la diferenciación no es tan marcada<sup>109</sup>. Esta transición se constata también a nivel conceptual mediante la transformación de conceptos sólidos, como sistema, estructura, comunidad, en otros que denotan la fluidez de las relaciones sociales, como red<sup>110</sup>, *enjambre*, o el *neotribalismo* de M. Maffesoli. La licuación de la modernidad se sustenta, según Z. Bauman, en la dificultad de reconciliar dos valores humanos fundamentales, el de la libertad y el de la seguridad. La pretendida búsqueda moderna de seguridad mediante una mayor libertad del individuo se ha visto transformada en una inseguridad constante, afianzada por la focalización de la sociedad de productores en el objetivo de la producción, y una libertad únicamente al alcance de aquellos que se encuentran en una posición social dominante. Este proceso de transformación no es sino una constatación del desarraigo que K. Polanyi achacaba al desarrollo del capitalismo y la mercantilización de las personas y la tierra, es decir, una creciente inseguridad reforzada por la disolución de las redes de soporte social, a cambio de una pretendida libertad al alcance de unas pocas personas<sup>111</sup>. En última instancia nos encontramos ante las consecuencias provocadas por la transición desde una sociedad de productores a una sociedad de consumidores, de una solidez orientada hacia la eternidad, a una liquidez sin objetivo ni meta más allá de la fugacidad<sup>112</sup>.

### 1.3. MONETARISMO Y GLOBALIZACIÓN FINANCIERA

---

<sup>109</sup> Z. Bauman, *Mundo consumo*, Madrid: Paidós, 2010, p.19.

<sup>110</sup> *Ibid.*, p.25.

<sup>111</sup> En este sentido se puede interpretar la afirmación de Z. Bauman en referencia a que «solo los jugadores con recursos y ambición son bien recibidos en el juego del consumismo», véase Z. Bauman, *Vida de Consumo*, Madrid: FCE, 2007, p.16.

<sup>112</sup> Z. Bauman, *op. cit.*, p.308.

En las dos décadas siguientes al final de la Segunda Guerra Mundial, las décadas de 1950 y 1960, los tres mundos fueron capaces de cumplir con sus objetivos de una forma más o menos satisfactoria: el régimen de Bretton Woods había conseguido la integración económica de los Estados del Bienestar occidentales; el mundo bajo control soviético había crecido industrial y económicamente y, además, de forma relativamente equitativa en lo referente a los ingresos; y el tercer mundo, mediante la protección frente a las injerencias económicas de países extranjeros, había conseguido una rápida industrialización. A comienzos de la década de 1970 la última oleada industrial parecía haberse completado, expandiéndose por todo el mundo, y permitiendo que el conjunto de países creciese de una forma continua.

### *El declive del orden de los tres mundos*

Sin embargo, la situación en cada uno de estos bloques no era tan estable como parecía desprenderse del desarrollo que habían alcanzado, y desde principios de dicha década comenzaron las turbulencias. En el primer mundo, el propio desarrollo del sistema de Bretton Woods, con su estabilidad monetaria, potenciación del comercio y libertad de movimientos de los capitales, había generado una situación paradójica que conduciría a su propia disolución. El Estado del Bienestar surgido después de la Segunda Guerra Mundial suponía una «revisión socialdemócrata de la tradición marxista clásica»<sup>113</sup>, y reflejaba un pacto entre trabajo y capital que permitía una mejora gradual y consolidada en las condiciones del primero sin afectar de forma importante el proceso de acumulación del segundo. Este pacto se centralizaba en el Estado, que operaba como elemento distribuidor de estos objetivos. Sin embargo, la construcción de este acuerdo no resulta de una presión ideológica externa, sino que forma parte del propio proceso de acumulación del capital, es decir, es el resultado de la evolución de un sistema en el que la estructura del proceso de acumulación, como resultado de la Gran Depresión y la posterior Guerra Mundial, había quedado limitado<sup>114</sup>. La única alternativa viable en el sistema económico imperante ante la falta de este acuerdo es la lógica del juego de *suma cero* y, consecuentemente, el «restablecimiento de los

---

<sup>113</sup> S. Bowles, D. M. Gordon y Th. E. Weiskopf, *op. cit.*, p.21.

<sup>114</sup> *Ibid.*, p.22.

beneficios y del crecimiento económico mediante la elevación de la tasa de explotación»<sup>115</sup>. En las condiciones de este acuerdo que se prolonga durante dos décadas largas, la expansión y el progreso social alcanzado no tiene comparación con ningún otro período histórico, por lo menos en el núcleo principal del primer mundo, y esta situación se refleja en el imaginario colectivo en la naturalización de la expansión material y la armonía social.

Aunque, inicialmente, el sistema se había creado con la premisa de defenderse de las inversiones a corto plazo o especulativas, que no aportaban nada al desarrollo industrial, la necesidad de retirar barreras a los movimientos de capitales para facilitar las inversiones privadas en el conjunto de la economía integrada permitió que el dinero se moviese libremente y aprovecharse las situaciones particulares de cada país para obtener la rentabilidad deseada. Y una de las oportunidades fundamentales que se generaban en el sistema era el movimiento para maximizar las ganancias ante situaciones monetarias inestables<sup>116</sup>. De esta forma, las actuaciones políticas de los gobiernos estatales resultaban mediatizadas por presiones externas que, sin necesidad de actuar en el terreno de la política, determinaban las decisiones en la esfera de lo político y conducían las decisiones económicas del estado en cuestión. Y, lo que es más importante, a principios de la década de 1970, una de las monedas que sufrió el acoso de los especuladores para aprovechar la situación monetaria en el país fue la de Estados Unidos. La estabilidad monetaria del sistema estaba basada en un cambio flexible del resto de monedas respecto al dólar que ejercía de referencia con una convertibilidad fija respecto al oro. Pero, el mantenimiento de esta convertibilidad ocasionaba que el dólar se fortalecía respecto al resto de las monedas y, en 1971, por primera vez en mucho tiempo, los Estados Unidos entraron en un déficit comercial debido a que la fortaleza de su moneda permitía comprar barato en el exterior y hacía poco competitivos los productos producidos en el país. El problema de fondo era que el carrusel fisiocrático producción-consumo-crecimiento se había desarrollado de tal manera que cualquier movimiento para controlar la inflación del país suponía frenarlo en seco, es decir, cualquier subida de tipos de interés y políticas de austeridad presupuestaria se traduciría en una reducción de salarios y de beneficios que frenarían el carrusel económico y

---

<sup>115</sup> *Ibid.*, pp.22-23.

<sup>116</sup> J.A. Frieden, *op. cit.*, p.450.

generarían tensiones sociales importantes. Y, ante la primera situación importante en la que el sistema ponía en jaque la política económica doméstica, los Estados Unidos decidieron que los compromisos nacionales eran más importantes que los internacionales, y que la única vía para controlar la inflación sin detener el crecimiento económico era romper con la convertibilidad del dólar y eliminar uno de los pilares del sistema de Bretton Woods. El 15 de agosto de 1971, el presidente Richard Nixon decidió desvincular al dólar del oro<sup>117</sup> y, consecuentemente, provocó una depreciación de la moneda agravada por las barreras que impuso sobre las importaciones, con el claro objetivo de recuperar competitividad y una balanza comercial positiva. Este proceso continuó hasta 1973, cuando la administración Nixon volvió a provocar otra devaluación que consolidó la posición competitiva en el exterior, reactivó la economía y se recuperaron niveles de empleo. El sistema de Bretton Woods había pasado a la historia y las condiciones de paz social que se le asociaban y permitieron el crecimiento el Estado del Bienestar dieron paso a nuevas tensiones entre capital y trabajo, y una nueva redefinición del orden internacional en el primer mundo.

En el segundo mundo las dificultades para el desarrollo del sistema económico centralizado que se había impuesto también crecían de forma notable. Las reformas iniciadas por N. Jruschov a finales de la década de 1950 permitían que el sistema avanzase hacia una cierta descentralización y se abriese ligeramente al mercado. Pero, la nueva situación también generaba ciertos riesgos, especialmente relacionados con el equilibrio social. Además, la irrupción de nuevas tecnologías en la década de 1960 produjo una creciente obsolescencia en la industria soviética y el sistema se vio incapaz de seguir el ritmo de las innovaciones tecnológicas. En cierto sentido, en el segundo mundo el resultado se asimilaba al del primer mundo, puesto que el desarrollo del sistema impuesto a partir del final de la Segunda Guerra Mundial parecía haber sentado las bases de su propio derrumbe.

Finalmente, el tercer mundo no era ajeno a esta situación de crisis, puesto que cada vez parecía más dudoso que la política de sustitución de importaciones estuviese dando los resultados esperados. Aunque era una realidad la rápida industrialización inicial, el propio desarrollo de la industria exigía que los países se abriesen al exterior

---

<sup>117</sup> *Ibid.*, p.448.

para poder incorporar nueva y más eficiente tecnología que permitiese la continuación de este proceso, lo que significaba una intensificación de las importaciones<sup>118</sup> y la consiguiente necesidad de incrementar las exportaciones, es decir, una paradoja del sistema. La década de 1960 fue testigo de los efectos de esta paradoja y muchos países se vieron atrapados «en un círculo vicioso de déficit en la balanza de pagos, déficit presupuestario, inflación y recesión»<sup>119</sup>. Los efectos fundamentales de este problema se reflejaron, obviamente, en la esfera social, y las tensiones derivadas empujaron a muchos países a la adopción de sistemas dictatoriales y autoritarios.

Por tanto, en el año 1973, con la ruptura de los compromisos de Bretton Woods y la desaparición del sistema instituido para la construcción del capitalismo global, se da comienzo a una etapa que abarcará hasta finales de la década de 1980, en el que el orden internacional posterior al final de la Segunda Guerra Mundial queda totalmente alterado y se produce una convergencia de los tres mundos hacia un nuevo orden que pasaremos a denominar *globalización*. El punto de inflexión de la ruptura con el orden anterior fue, una vez más, la tensión social que produjo el frenazo de la economía<sup>120</sup> que había generado un bienestar y una abundancia material desconocida hasta entonces. En este contexto, como ya había sucedido en las crisis anteriores, la salida de la misma determinó las condiciones en las que se construyó el orden mundial posterior.

### *Los cimientos de la globalización*

El control estadounidense del sistema de integración económica mundial posterior a la Segunda Guerra Mundial abarcaba la esfera económica y la militar, y se apoyaba para desarrollar sus relaciones de poder en las instituciones creadas en Bretton Woods y que controlaba desde el inicio, el FMI y el Banco Mundial. Esta posición de control le permite inyectar en el primer mundo una ingente cantidad de dólares -la nueva moneda de referencia mundial- a través de su inversión internacional y ayudas exteriores canalizadas a través del Banco Mundial, que revertían de nuevo al país a través de la demanda externa de bienes producidos en Estados Unidos. Por tanto, la

---

<sup>118</sup> *Ibid.*, p.461.

<sup>119</sup> *Ibid.*, p.462.

<sup>120</sup> Sobre las causas y consecuencias de estos movimientos económicos véase J.A. Frieden, *Capitalismo global. El trasfondo económico de la historia del siglo XX*, Barcelona: Crítica, 2007, pp.478-482.

intervención estadounidense a escala mundial no podía desarrollarse exclusivamente a nivel económico, sino que necesitaba la participación del Estado como actor principal involucrado en el establecimiento de nuevas relaciones de poder militares y actuaciones de inversión en gran infraestructura en aquellos países que podían generar una importante demanda de productos americanos. El sistema de *gran empresa* exige el establecimiento de la *pax americana*, de un control económico y militar de Estados Unidos en todas aquellas áreas estratégicas para el capital de las corporaciones nacionales<sup>121</sup>. Por otra parte, además del control de los mercados internacionales y el suministro de materias primas a un coste controlado, las grandes corporaciones americanas necesitaban para consolidar su expansión un acuerdo tácito con la población trabajadora nacional para no poner en tela de juicio dicho proceso de expansión y contribuir, mediante una elevada productividad, a su consecución. En otras palabras, las corporaciones debían acordar con los sindicatos, como representantes de la mayor parte de la población trabajadora, unas condiciones que permitiesen que, a cambio de un incremento notable del bienestar material, el carrusel económico mantuviese un elevado ritmo. La contrapartida de esta *pax social* era la participación en cierta medida en los beneficios obtenidos por el incremento de la productividad. Sin embargo, al igual que el control económico y militar mundial implicó un coste creciente en el gasto militar y la intervención en otros países, el control del factor trabajo también implicó el rápido aumento de los costes internos de las empresas en los sistemas de supervisión de la productividad, y de los propios costes salariales<sup>122</sup>. Por último, la expansión de la economía de mercado implicaba, de forma paralela, la expansión de los beneficios de las corporaciones, que se instituirían en la guía fundamental de la acción política. Para evitar la tensión que podía provocar el abandono de la acción social a la libre determinación de los beneficios empresariales, el Estado se vio obligado a actuar como redistribuidor de parte de estos beneficios y armonizador de los intereses de ambas partes. El objetivo fundamental era «moderar y guiar el ciclo, no eliminarlo, en aras de

---

<sup>121</sup> A este respecto, S. Bowles y sus colegas afirman que «valiéndose de una variada caja de herramientas, el gobierno de Estados Unidos construyó la maquinaria militar, económica y política para vigilar una gran parte del mundo», véase S. Bowles, D. M. Gordon y Th. E. Weisskopf, *La economía del despilfarro*, Madrid: Alianza Editorial, 1989, p.104.

<sup>122</sup> S. Bowles, D. M. Gordon y Th. E. Weisskopf, *op. cit.*, p.110.



la estabilidad política y la rentabilidad»<sup>123</sup>. De esta forma, aunque la aparente armonización de interés entre los diversos grupos sociales no era capaz de construir una etapa histórica libre de desequilibrios sociales derivados de las desigualdades económicas, sí que generaba, por el contrario, la sensación compartida en el bloque del primer mundo de que la máquina económica funcionaba y que se estaba registrando un crecimiento económico que se traducía en un mayor bienestar para la mayoría de la población de estos países.

Sin embargo, desde mediados de la década de 1960, los problemas sociales se incrementaron y permitieron atisbar los inicios de un estancamiento económico de largo alcance que, no obstante, no se reflejaba en ningún indicador estadístico. El propio desarrollo del sistema de gran empresa generaba nuevas fuerzas económicas a nivel mundial que minaban progresivamente el poder de las grandes empresas norteamericanas y desplazaban el equilibrio alcanzado inicialmente<sup>124</sup>. La consecuencia de este desequilibrio se refleja en el incremento de los costes de las materias primas, del trabajo asalariado y la desaceleración de la productividad que implicaba la reducción paulatina de la rentabilidad del gran capital americano. El coste de las materias primas se incrementa por el propio desarrollo de la integración económica mundial, que permitía el desarrollo industrial de otras áreas y una menor demanda de productos estadounidenses, así como una mayor competitividad de las importaciones de productos. A este hecho hay que añadir el enorme gasto militar que suponía el mantenimiento de la *pax americana* y el lastre que suponía para todo el sistema económico en su globalidad, especialmente a partir de mediados de la década de 1960. Por otra parte, el desarrollo de los acuerdos con la población trabajadora generó una situación de seguridad material que permitió acelerar el desarrollo de nuevas demandas sobre condiciones de seguridad en el trabajo y de reducción de la mecanicidad en el mismo. Además, la amenaza del paro no era tan efectiva para mantener el control sobre

---

<sup>123</sup> *Ibid.*, p.113.

<sup>124</sup> Sobre el proceso de ruptura del orden de Bretton Woods, D. Rodrik afirma que «el éxito del régimen de Bretton Woods contenía las semillas de su destrucción. A medida que el comercio y las finanzas mundiales se expandían, el espacio político con el que contaban los controles existentes se encogía y las exigencias exteriores empezaban a desempeñar un papel cada vez más importante», y que «la actitud estadounidense hacia la liberalización financiera se había formado también con la expectativa de que un sistema financiero internacional más abierto ayudaría a financiar los déficit de Estados Unidos», véase D. Rodrik, *La paradoja de la Globalización*, Barcelona: Antoni Bosch editor, 2011, pp.121-122.

esta población, por lo que los costes asociados a la *pax social* también se incrementaron de forma notable a lo largo de la década de 1960. Por último, la rentabilidad empresarial comenzó su declive como consecuencia del alza de los costes del trabajo y de las materias primas, iniciando, de este modo, una espiral depresiva en la productividad de la economía que rompía la premisa de la rentabilidad como guía de las actuaciones del sistema.

El declive de la estructura de gran empresa generado después de la Segunda Guerra Mundial comienza, por tanto, antes de que pueda reflejarse en los indicadores económicos de la época. Tradicionalmente, el origen de la crisis económica es situado en la década de 1970 y se intenta asociar a un único factor, permitiendo la construcción de cinco teorías alternativas según el factor escogido como desencadenante del declive de los indicadores: 1) la actuación concertada de los países miembros de la OPEP que provoca el incremento continuado del coste de la energía a lo largo de la década; 2) la excesiva actuación del Estado en la economía; 3) el incremento de los salarios por encima del incremento de la productividad; 4) el exceso de los beneficios de las grandes empresas; y 5) el incremento del monopolio y de la inflación<sup>125</sup>. Y, en base a estas causas, se pretendieron desarrollar diferentes estrategias para superar el período de crisis. Sin embargo, ninguna de estas causas son capaces, de forma aislada, de explicar la génesis del declive económico. Este es el aspecto fundamental que revelan, en su análisis de la crisis económica que puso fin al Estado del Bienestar creado en la posguerra mundial, S. Bowles, David M. Gordon y Thomas E. Weisskopf. Según los autores norteamericanos, «no existe ningún indicador estadístico que pueda reflejar satisfactoriamente las consecuencias personales reales de la mayor inseguridad, la ansiedad personal y las tensiones sociales que provoca el declive económico»<sup>126</sup>. Por todo ello, en contra de lo comúnmente asumido, la crisis del Estado del Bienestar no se genera en la década de 1970, sino más bien a mediados de la década anterior, cuando todavía el crecimiento económico parecía indicar que el sistema de posguerra funcionaba correctamente, pero a nivel social se observaba que cada vez costaba más esfuerzo poder mantener el mismo nivel de bienestar. En conclusión, el análisis de los autores norteamericanos destaca que dicha crisis se debe, fundamentalmente, a «efectos

---

<sup>125</sup> S. Bowles, D. M. Gordon y Th. E. Weisskopf, *op. cit.*, p.64.

<sup>126</sup> *Ibid.*, p.53.

estructurales de los fundamentos del sistema de gran empresa de la posguerra»<sup>127</sup>, es decir, a que el desarrollo del propio sistema de gran empresa pone los cimientos para su propio derrumbe dos décadas después.

Sin embargo, las políticas económicas adoptadas desde la última parte de la década de 1960 hasta principios de la década de 1980 están basadas en la errónea percepción de que hay un único factor desencadenante de la crisis económica. Este período de reacción ante la nueva situación de paralización del carrusel económico puede dividirse, a su vez, en tres etapas diferentes, en función del análisis predominante y las medidas adoptadas. Inicialmente, hasta principios de la década de 1970, se prolonga una situación en la que las grandes corporaciones estaban deseosas de que se generase una recesión, un enfriamiento generalizado de la economía que permitiese atajar los crecientes costes unitarios, especialmente los del trabajo. Sin embargo, los ligeros enfriamientos coyunturales de la economía hasta principios de la década de 1970 no son suficientes para desplazar el poder de negociación hacia las corporaciones, por lo que la ruptura del sistema asociado a Bretton Woods que propicia la administración Nixon en 1971 inaugura el período denominado de la *Gran Represión*, en el que se programa un estancamiento de la economía, incluso antes de que Paul Volcker provoque una paralización completa. El resultado de este *baño de agua fría* es un incremento importante del desempleo que permite desplazar, de nuevo, el poder de negociación hacia las grandes corporaciones. Pero, a pesar del incremento del desempleo y la paralización de la economía se produce un hecho no contemplado en ese contexto, un continuado incremento de la inflación, lo que da pie, a finales de la década de 1970, a una nueva etapa denominada *estanflación*. Y ante este problema, el de la inflación, la única alternativa posible era una congelación total de la economía mediante una rígida restricción de la oferta monetaria, y esta se produce de la mano de Paul Volcker a partir de 1979, y se profundiza a principios de la década de 1980 con la administración Reagan que impulsa, al mismo tiempo, una creciente remilitarización. La base de todo este desarrollo de la política económica en Estados Unidos y, por ende, en el conjunto del bloque del primer mundo, es la errónea percepción de que la crisis había sido generada por una escasez en la formación de capital que había provocado una

---

<sup>127</sup> *Ibid.*, p.46.

reducción de la oferta y la inversión y que, por tanto, la única solución era una reducción inmediata del gasto público y una devaluación de los salarios que redujese, paralelamente, el consumo. La reducción de ambos factores permitiría redistribuir las ganancias hacia el capital y fortalecer su tasa de generación para poder invertir de nuevo a futuro.

El primer movimiento profundo hacia el enfriamiento económico se produjo, como ya hemos comentado, en Estados Unidos, cuando en agosto de 1979 el presidente Jimmy Carter designó a Paul Volcker como nuevo responsable de la Reserva Federal, es decir, volvió a situar en el puesto más decisivo de la política económica del país a un firme defensor de la integración económica en su visión del libre movimiento de mercancías y, sobre todo, de capitales. Para P. Volcker, el objetivo principal debía ser el mantenimiento de la economía financiera globalizada que se había desarrollado a lo largo del período de Bretton Woods, y que había adquirido un volumen muy importante a principios de la década de 1970. Y, si ese mantenimiento exigía sacrificios sociales asociados al control de la inflación mediante la austeridad presupuestaria y la subida de tipos de interés a corto plazo que frenarían la inversión y el carrusel económico por un tiempo indeterminado provocando un importante incremento del desempleo, ese esfuerzo debía ser asumido con la vista puesta en las compensaciones futuras de incremento de la abundancia<sup>128</sup>. La *terapia de choque* de P. Volcker -un manual monetarista<sup>129</sup> de manejo de la política económica- detuvo el desarrollo de la economía real asociada a la industria y la agricultura y permitió que los inversores financieros volviesen a recuperar las tasas de acumulación previas a la crisis de principios de la década. El nuevo orden mundial que se empezaba a dibujar a principios de la década de 1980 permitía vislumbrar que el capitalismo global de carácter industrial que se había intentado construir en tres ocasiones desde finales del siglo XIX dejaba paso a un nuevo capitalismo financiero en el que el factor de producción, de generación de riqueza, era el capital en su acepción de riqueza acumulada en forma de dinero, y no en la de instrumento de producción de nuevos bienes materiales. El dominio de la gran corporación norteamericana durante la década de 1950 y 1960 se basó en el control de

---

<sup>128</sup> J.A. Frieden, *op. cit.*, p.489.

<sup>129</sup> Para interpretar los parámetros en los que estas medidas encajaban con la teoría monetarista de M. Friedman que iba adquiriendo preponderancia en la ciencia económica véase supra Capítulo I, 3.5.

sus relaciones con los trabajadores, los ciudadanos norteamericanos y el resto del primer mundo. Pero el desarrollo de estas relaciones generaron las consiguientes reacciones de resistencia que provocaron la disminución de la eficacia del sistema<sup>130</sup>. Los costes generados por el sistema de gran empresa suponían el inicio de su propio declive. Y, la respuesta desarrollada durante la década de 1970 y consolidada a principios de 1980 fue el intento de volver a consolidar la estructura de gran empresa, aunque este intento no provocó sino un incremento de estos costes a nivel social. El intento de volver a reforzar la estructura de gran empresa se basa en el concepto de la *economía de suma cero*, cuya lógica implica que un recorte del consumo, del gasto público y los salarios se traduce en un incremento de la tasa de reproducción del capital. Y, de acuerdo con esta lógica, la producción de las grandes empresas determina el consumo de los ciudadanos, que serían incapaces de romper este cerco de dominio.

### ***Globalización y monetarismo***

La primera reacción para intentar restituir el poder de la gran empresa fue el desarrollo de la *economía de la oferta*, que identificaba la intervención del Estado como el factor decisivo en la crisis económica. Por tanto, la reacción parecía simple, la aceleración del crecimiento económico y la recuperación del bienestar material requería la liberalización de la economía, es decir, la retirada de la intervención estatal en la economía que daría vía libre a la iniciativa privada al desarrollo de esas actividades y volvería a reactivar el carrusel. Además, este proceso debía verse acompañado de una reducción de los impuestos<sup>131</sup> que permitiese aumentar la tasa de formación de capital, es decir, volver a generar una nueva *estructura social de acumulación* que pusiese en funcionamiento el carrusel económico al ritmo de las décadas anteriores. Sin embargo, esta política no consiguió reanimar la economía del primer mundo y hubo que buscar alternativas que corrigiesen los desequilibrios económicos generados. Y, las dos alternativas que se fueron imponiendo durante la década de 1980 han generado el nuevo sistema de integración económica imperante a nivel mundial desde la década de 1990. Por un lado, el *monetarismo* impuso sus *shocks* sociales en diferentes áreas de todo el

---

<sup>130</sup> S. Bowles, D. M. Gordon y Th. E. Weiskopf, *op. cit.*, p.195.

<sup>131</sup> *Ibid.*, pp.235-236.

mundo y, por otro, el *corporatismo* impulsó la utilización del Estado, de nuevo, para potenciar el poder de las grandes corporaciones.

En 1981, Ronald Reagan asume la presidencia de Estados Unidos y el monetarismo se asocia con el conservadurismo político, encontrando el apoyo e impulso para su expansión global en el gobierno británico que presidía Margaret Thatcher desde 1979. La base del monetarismo es el control de la contracción sobre la producción y el empleo, de tal forma que se pueda dirigir la balanza de poder hacia las grandes corporaciones. Cuando los costes de producción se elevan de forma que dañan la tasa de reproducción del capital, el único control efectivo posible de los mismos es la restricción de la política monetaria, que provoque una deflación de la economía y un reequilibrio en favor de la rentabilidad de las grandes empresas. Esta deflación potencia el papel del consumidor en detrimento del productor y, por tanto, ayuda a consolidar la sociedad de consumidores propia del último cuarto del siglo XX. La consecuencia derivada de este desplazamiento de poder que fomenta la oferta en detrimento de la demanda es el debilitamiento del poder económico del factor trabajo y de los proveedores de materias primas, lo que redundará en una reducción de los costes de producción<sup>132</sup>. De este planteamiento global se desprende que «la política monetarista pretende claramente redistribuir el poder y la renta del trabajo al capital»<sup>133</sup>. El crecimiento económico, especialmente el crecimiento de la economía real se detuvo, con las perniciosas consecuencias sociales asociadas, y el problema económico se trasladó a los países del tercer mundo que, dada su intensificación de importaciones para desarrollar su propia industria, y la carencia de apertura al exterior mediante exportaciones para adquirir divisas con las que pagar estas importaciones, se endeudaron en exceso. La subida de tipos de interés a corto plazo en Estados Unidos disparó los tipos de interés de los préstamos de estos países y provocó sucesivas crisis de deuda en todos ellos, hasta el punto de que la década de 1980 se considerará la *década perdida* en el caso de Latinoamérica<sup>134</sup>. El mismo objetivo pretende el planteamiento corporatista, puesto que parte de la premisa de que el beneficio de las grandes empresas refleja el bienestar de la sociedad y cualquier acción del Estado se

---

<sup>132</sup> *Ibid.*, p.256.

<sup>133</sup> *Ibid.*, p.257.

<sup>134</sup> J.A. Frieden, *op. cit.*, p.493.

debe supeditar a proteger estos beneficios<sup>135</sup>, incluso manteniendo las decisiones económicas fuera del control de la ciudadanía. En última instancia la propuesta corporatista es reconstruir los pilares sobre los que se había basado la estructura de gran empresa, pero con ciertos matices: 1) utilizar el Estado y su capacidad militar para volver a asegurar el dominio de Estados Unidos sobre el resto del mundo; 2) supeditar los intereses de la población trabajadora a los del capital de las grandes corporaciones; y 3) adaptar las políticas sociales a las necesidades de la rentabilidad privada de la gran empresa. En otras palabras, el objetivo primordial es el debilitamiento de las formas democráticas de gobierno y la centralización del control de la economía<sup>136</sup> en una élite privada que se guía por su propio beneficio.

Dispuestas las bases del nuevo orden mundial era necesario articular las instituciones que permitiesen mantenerlo y controlarlo. Y, para ello, las instituciones heredadas de Bretton Woods, y que nunca llegaron a desarrollar su tarea inicialmente definida por el control que Estados Unidos había ejercido sobre el sistema, fueron las instituciones elegidas como ejecutoras de este nuevo orden. El FMI se convirtió en un instrumento para determinar de forma externa la política económica de los países que necesitaban ayuda financiera y, por tanto, certificó la dependencia externa de todas las decisiones nacionales sobre asuntos económicos internos que define nuestro actual orden globalizado. La insoportable presión de la deuda en los países del tercer mundo provocó una rápida reorientación de sus políticas desde la industrialización sustitutiva de importaciones -causa de este endeudamiento- a la aceptación y asunción de un nuevo rol dentro de la integración económica mundial. La OMC<sup>137</sup> actuaba en la misma línea que el FMI y facilitaba la liberalización de los mercados de estos países, mientras el BM facilitaba la ejecución de las inversiones oportunas en infraestructuras para asegurar la plena incorporación del país en dificultades dentro del nuevo orden globalizado. El colapso del segundo mundo a partir de 1989, y su certificación en 1991 con la

---

<sup>135</sup> S. Bowles, D. M. Gordon y Th. E. Weiskopf, *op. cit.*, p.267.

<sup>136</sup> *Ibid.*, p.300.

<sup>137</sup> La OMC surge en la década de 1990 como heredera del GATT y, al contrario que esta institución creada en el orden de Bretton Woods, la OMC marca una nueva clase de globalización, una hiperglobalización que liberaba completamente los mercados. El objetivo de esta institución es la integración total de los mercados de bienes y capital, confirmando que el GATT, la auténtica institución multilateral, había sido víctima de su propio éxito, como afirma D. Rodrik, véase D. Rodrik, *La paradoja de la Globalización*, Barcelona: Antoni Bosch editor, 2011, p.96.

disolución de la URSS, permitió que este nuevo sistema global penetrará también en nuevos países e hiciese converger a los tres mundos de la época de la posguerra al único orden mundial que se imponía desde comienzos de la década de 1980. Incluso las dos economías asiáticas que no abandonaron el sistema centralizado, China y Vietnam, se incorporaron de forma indirecta al mismo orden mundial al liberalizar sus mercados para poder re-incorporarse al nuevo carrusel económico global que se había puesto en marcha y que prometía un impulso renovado al crecimiento de la riqueza.

En el nuevo orden internacional del capitalismo global neoliberal y financiarizado<sup>138</sup>, en el que el conjunto de los países del mundo quedaban integrados en un mismo sistema económico que aseguraba un nuevo mercado mundial para bienes materiales y capitales, la financiación externa en los denominados mercados financieros se facilitó en extremo, lo que retroalimentó la expansión de la financiarización del nuevo capitalismo global. La facilidad con que los países, las empresas e individuos podían acceder a la financiación externa permitió desarrollar el mercado financiero como un instrumento generador de riqueza, y la decisiva aplicación de una política económica monetarista en el que el objetivo era mantener bajo control la inflación y utilizar la política fiscal activa para impulsar el crecimiento de la economía del país. De esta forma, los Estados Unidos se enfrentaron en la década de 1980 a la paradoja de que un gobierno conservador que defendía la limitación del tamaño del Estado, se lanzaba a generar un elevado déficit por sus gastos militares y reducciones de impuestos, que era compensado mediante endeudamiento. Los mercados financieros, los inversores privados, se convirtieron en los beneficiarios de que el conjunto de la ciudadanía tuviese que asumir el coste que suponía el desequilibrio presupuestario, y en 1988 los Estados Unidos, por primera vez desde que alcanzase una posición dominante en la economía y las finanzas mundiales tras la Primera Guerra Mundial, «se convirtió en un deudor neto hacia el resto del mundo»<sup>139</sup>. Los inversores privados eran los principales acreedores del país y los más interesados en el paradójico desarrollo de Estado norteamericano. En el resto de países, la afluencia de capitales extranjeros supuso una importante posibilidad de inversión y crecimiento económico que fue facilitada con la progresiva eliminación de las barreras al flujo de capitales. Paralelamente, en el terreno comercial, y al igual

---

<sup>138</sup> Adoptando los términos empleados por Bernat Riutort.

<sup>139</sup> J.A. Frieden, *op. cit.*, p.501.



que había ocurrido con la Europa de posguerra al tener que integrarse económicamente con el resto del mundo y que sus empresas compitiesen a nivel global en los mercados, se observó que era primordial la creación de un mercado regional que ayudase a que estas empresas ganasen tamaño y competitividad, y el resto de países fueron conscientes de la necesidad de extender este tipo de construcciones. De esta forma, en las décadas de 1980 y 1990 se potenció y aceleró la integración europea en la Unión; el 1 de enero de 1994 entra en vigor el Acuerdo de Libre comercio de América del Norte (NAFTA), que agrupaba a Canadá, Estados Unidos y México; entre 1985 y 1990 Brasil y Argentina impulsan Mercosur, que posteriormente incluirá a Uruguay, Paraguay y Bolivia<sup>140</sup>; y en 1989 se pone en marcha la asociación para la cooperación en Asia-Pacífico (APEC). En última instancia, el resultado de la crisis de los tres mundos se concretaba en un «único sistema financiero global que incluía a todos los países desarrollados y a muchos de los subdesarrollados y antiguos países comunistas»<sup>141</sup>. Después de un siglo de movimientos en diferentes sentidos, la situación volvía a ser la de la construcción de una integración económica global que ahora ya no solamente había eliminado las barreras al libre movimiento de las mercancías potenciando el desarrollo industrial y las ventajas comparativas asociadas a la división del trabajo internacional, sino que había puesto las bases para la construcción de un carácter diferente del capitalismo histórico que ahora se desarrollaba, principalmente, en el nivel financiero. Este hecho se vio reforzado por las innovaciones técnicas de final de siglo, que redujeron notablemente los costes del transporte y aceleraron los procesos de comunicación. La rapidez de las telecomunicaciones incrementó el movimiento del dinero por todo el mundo y dificultó su control por parte de los reguladores nacionales<sup>142</sup>. Y esta potenciación de las transacciones económico-financieras a nivel mundial no solo dificultó el proteccionismo dentro de los países, sino que condujo a cuestionar la participación estatal en la economía, que se había generalizado en la época del capitalismo regulado. El monetarismo que se empezaba a imponer en la política económica mundial potenciaba la desregulación y la privatización, centrándose en la

---

<sup>140</sup> *Ibid.*, pp.503-505.

<sup>141</sup> *Ibid.*, p.506.

<sup>142</sup> *Ibid.*, p.519.

contención de la inflación para poder impulsar de nuevo el crecimiento económico, y que se reflejó en lo que se denominó el *Consenso de Washington*<sup>143</sup>.

#### 1.4. LA FUNCIÓN DE LA DEMOCRACIA LIBERAL OCCIDENTAL

El Consenso de Washington se refiere a un documento de trabajo del economista británico John Williamson en el que pretendía determinar las pautas liberalizadoras que se debían aplicar en las economías de los países emergentes. Sin embargo, desde un punto de vista histórico, este documento ha simbolizado el triunfo de las tesis neoliberales, poniendo en marcha un proceso globalizador de la economía a escala mundial que potencia el libre mercado no regulado y que se despliega en la década de 1990<sup>144</sup>. Los tres pilares fundamentales en los que se basan las diez recomendaciones en materia de política económica de John Williamson son: 1) la superioridad de la eficiencia de la gestión privada sobre la pública, lo que deriva en un impulso de la reducción del Estado hasta su mínima expresión; 2) la ventaja que supone la internacionalización de la economía, es decir, la bondad de una integración económica global; y 3) la extensión a todos los sectores de la sociedad, también a los más pobres, del flujo de riqueza generado por este impulso de la actividad privada y la internacionalización<sup>145</sup>. El Consenso de Washington, por tanto, se traduce en políticas de ajuste económico y la introducción de reformas estructurales en las democracias liberales con el objetivo de superar los efectos de las sucesivas crisis generadas en la década de 1970 y que se habían extendido a la década siguiente. El objetivo de estas políticas era la conversión de las estructuras organizativas de los países bajo economía planificada centralizada, y las exigencias se centraron en potenciar la globalización comercial y financiera, retirando cualquier tipo de regulación en los dos ámbitos, proceso impulsado por el FMI en la segunda mitad de la década.

En este contexto, en el que el nuevo capitalismo global financiarizado se había impuesto a la planificación centralizada y al aislacionismo desarrollista de carácter nacionalista, se impulsó de nuevo una creciente división del trabajo que se tradujo en la

---

<sup>143</sup> *Ibid.*, pp.524-525.

<sup>144</sup> J. Burgaya, *El Estado de bienestar y sus detractores*, Barcelona: Octaedro, 2013, p.112.

<sup>145</sup> *Ibid.*, pp.112-113.

especialización industrial de los países y una mayor complejidad de movimiento de bienes industriales para la reducción de costes de los bienes de consumo. En otras palabras, se produce una nueva ola de industrialización que trasladó industrias más básicas de los países desarrollados a los menos desarrollados económicamente. Pero, este proceso de movimiento de capitales que se basaba en la institucionalización derivada del capitalismo regulado exigía, también, una nueva estructura política nacional que asumiese la incapacidad de regular los poderes financieros externos y contribuyese a la creación de nuevas estructuras políticas que consolidasen el nuevo orden mundial. Y el paradigma de la nueva estructura política internacional será la democracia liberal occidental, en el que la política y las decisiones domésticas quedan subsumidas bajo el control de las instituciones financieras internacionales, aplicando un rígido monetarismo que desintegra la cohesión social y la capacidad de crítica ante la nueva situación. La irrupción del neoliberalismo de la mano del monetarismo y sus alianzas con el conservadurismo, no supone, solamente, la imposición de un modo de pensamiento en el ámbito económico, sino que extiende sus influencias hacia el ámbito político en una especie de determinismo económico que nos aboca hacia una crisis de gobernabilidad irreparable. Sin embargo, la problemática asociada a la gobernabilidad no se interpreta como efecto directo de esta imposición del determinismo económico, sino que se considera producto de una expansión excesiva del Estado del bienestar de las décadas anteriores. Esta expansión implica una democratización demasiado extensa<sup>146</sup> que las élites conservadoras no están dispuestas a asumir y, además, se considera al Estado como un obstáculo para el desarrollo económico y social. La nueva situación supone una reacción encubierta ante la preocupación que se extendió, especialmente en Estados Unidos, en la década de 1970 ante la expansión del Estado del bienestar. Esta expansión suponía la extensión, paralelamente, de la democracia y la capacidad de decisión de los propios Estados, ante la autoridad de la esfera económica, la autoridad externa que permitía controlar a los Estados. La reacción, consecuentemente, buscaba enfatizar «la importancia del discurso económico, considerado fijado dentro de una dinámica globalizadora que diluye e incluso elimina lo político»<sup>147</sup>. Por todo ello, la globalización supone, según observa V. Navarro, que las

---

<sup>146</sup> V. Navarro, *Neoliberalismo y Estado del bienestar*, Barcelona: Ariel, 1998, p.35.

<sup>147</sup> *Ibid.*, p.151.

pautas de los comportamientos políticos y económicos de los Estados quedan determinadas por las fuerzas internacionales globalizadoras, reduciendo, de esta forma, «el espacio y la importancia de lo político: los gobiernos aparecen presos de las fuerzas económicas internacionales que configuran el marco de lo posible dentro de cada estado»<sup>148</sup>.

En el contexto del capitalismo regulado los acuerdos capital-trabajo permitían desarrollar un imaginario social de carácter democrático y socialmente inclusivo, en el que el Estado «ocupa un lugar central en la regulación de los procesos económicos y sociales de su respectiva sociedad»<sup>149</sup>. La progresiva imposición del pensamiento neoliberal, sin embargo, se traduce en un cambio del papel del Estado dentro de la sociedad, puesto que sus funciones se limitarán a construir un marco de condiciones que permita asegurar el derecho a la propiedad privada, el funcionamiento de un mercado libre, y la libertad de comercio<sup>150</sup>. La democracia liberal occidental es la forma que reviste este Estado neoliberal, es la coartada democrática de un sistema que pretende desplazar el poder hacia el capital financiero, y que debe desembridar el liberalismo construido después de la Segunda Guerra Mundial. Y, la base fundamental de este cambio son los valores de una nueva sociedad entre los que destacan «el individualismo propietario, la mercantilización de las relaciones sociales y el neodarwinismo social elitista»<sup>151</sup>. Ante esta ofensiva neoliberal y financiera, la democracia liberal occidental hace dejadez de su autoridad de base democrática y queda bajo el dominio de un «capital autonomizado y redimensionado que crece y se transnacionaliza cada vez más»<sup>152</sup>. En otras palabras, y como expresa Bernat Riutort, «la democracia representativa reduce su función a un mecanismo de sustitución entre élites gestoras que compiten para realizar el mismo programa. Es un proyecto posdemocrático»<sup>153</sup>. Por eso, David Harvey considera que la neoliberalización puede ser entendida como un «proyecto *político* para restablecer las condiciones para la acumulación de capital y

---

<sup>148</sup> *Ibid.*, p.203.

<sup>149</sup> B. Riutort, *La gran ofensiva. Crisis global y crisis de la Unión Europea*, Barcelona: Icaria, 2014, p.10.

<sup>150</sup> D. Harvey, *op. cit.*, p.6.

<sup>151</sup> B. Riutort, *op. cit.*, pp.12-13.

<sup>152</sup> *Ibid.*, p.13.

<sup>153</sup> *Ibid.*, pp.22-23.

restaurar el poder de las élites económicas»<sup>154</sup>. La nueva organización política de la sociedad impulsa la disolución de la solidaridad social y potencia, en su lugar, la propiedad privada y la responsabilidad personal<sup>155</sup>. El poder del Estado neoliberal, de la nueva democracia liberal occidental, queda suspendido en manos de los poderes internacionales que obligan a los poderes nacionales a aplicar medidas económicas que implican costes sociales difíciles de asumir. En otras palabras, «la neoliberalización ha significado la financiarización de todo»<sup>156</sup>, es decir, el capital financiero se ha adueñado del poder y determina la política en la democracia liberal occidental.

El área asiática es una de las primeras en aceptar la nueva situación de integración económica mundial y asumir la necesidad de transformar las estructuras políticas. La política de industrialización orientada a las exportaciones que habían aplicado Corea del Sur, Taiwan, Hong-Kong y Singapur era una antesala de la nueva ola de industrialización derivada del nuevo sistema, puesto que se convirtieron en países muy atractivos para la *deslocalización* de muchos procesos industriales del núcleo del nuevo capitalismo global. Pero, para emprender este movimiento industrial y asegurar un marco estable y controlable en el que las grandes corporaciones pudiesen invertir sus capitales, los países destino tenían que adoptar una nueva estructura política, dado que, en muchos casos, se trataba de países del tercer mundo que durante su aislamiento e industrialización precedente, o durante el período de transición de la década de 1970 y debido a las tensiones sociales, se habían convertido en dictaduras o gobiernos autoritarios. Esta nueva estructura debía de tomar la forma de una democracia liberal occidental, en el que formalmente se permitía el multipartidismo y que, además, se comprometía con la libertad comercial y de movimiento de capitales, y aceptaba las instituciones internacionales y sus planes de estabilización llegado el caso. Las nuevas estructuras políticas permitían a los países abrirse a la integración económica mundial, «extrayendo de ella inversiones y préstamos extranjeros y produciendo para el mercado exterior»<sup>157</sup>. El desarrollo y la apertura económica y financiera de estos cuatro países, los cuatro tigres asiáticos, funcionó como elemento tractor para un desarrollo similar de

---

<sup>154</sup> D. Harvey, *op. cit.*, pp.24-25.

<sup>155</sup> *Ibid.*, p.29.

<sup>156</sup> *Ibid.*, p.40.

<sup>157</sup> J.A. Frieden, *op. cit.*, p.555.

otros países de la zona como Tailandia, Malasia, Filipinas e Indonesia. El desarrollo industrial de los primeros provocó la necesidad de apertura de otros países en los que se instalasen aquellas industrias que, por ser tan básicas e intensivas en mano de obra, ya no eran rentables en los primeros. En estos países los gobiernos eran capaces de gestionar la política económica de acuerdo con los preceptos del nuevo capitalismo global y, además, controlaban cualquier tipo de tensión social<sup>158</sup> inicialmente, aunque para la década de 1990, todos ellos ya eran una democracia participativa al estilo de las liberales occidentales, o estaban en proceso de consolidarse como tales. China y Vietnam constituyen las dos excepciones a este proceso democratizador a pesar de haberse desarrollado como ningún otro país en la zona. Sin embargo, aunque no puede hablarse de democracias participativas y multipartitas, en ambos casos los gobiernos existentes aseguran la apertura al mercado mundial de mercancías y, sobre todo, de capitales. En el mismo sentido se movió el sistema económico en India que, en 1990 comenzó la liberalización de la economía y se abrió a las inversiones extranjeras. En el área latinoamericana la integración económica en el capitalismo global comenzó con la Chile de Pinochet que, abierta al comercio internacional, adopta la ortodoxia monetarista a partir de 1985 y la forma de una democracia liberal a partir de 1988. En la década de 1990 la mayoría de los países latinoamericanos habían adoptado la misma vía y habían consolidado o habían puesto las bases de sus propias democracias liberales. La Europa oriental emprende también el mismo camino en la misma época, la década de 1990, después de la caída del muro de Berlín en 1989 y la desaparición de la URSS en 1991. La transformación de estos países es aún más rápida por la posición geopolítica estratégica que ocupaban y la necesidad de incorporarlos a la Unión Europea. En estos países, como observa J.A. Frieden, en los inicios fue la izquierda política la que se «reconvirtió en garante socialdemócrata del capitalismo con rostro humano y llevó adelante la privatización y otros aspectos de la transición al mercado»<sup>159</sup>.

La apropiación del poder por parte de la democracia liberal se cimenta sobre el consentimiento social de la nueva institución de gobierno que se basa, a su vez, en la aceptación programática de avanzar en la conquista de libertades individuales, un

---

<sup>158</sup> *Ibid.*, p.556.

<sup>159</sup> *Ibid.*, p.565.

objetivo que aseguraba el apoyo de una gran mayoría de personas<sup>160</sup>. En este sentido se expresa D. Harvey cuando afirma que «la neoliberalización requería tanto política como económicamente la construcción de una cultura populista neoliberal basada en un mercado de consumismo diferenciado y en el libertarismo individual»<sup>161</sup>, y en este objetivo se alía con la posmodernidad. El camino para crear este contexto que facilitase la aceptación acrítica del nuevo orden social impulsaba también la creación de un *sistema del bienestar corporativo* en sustitución del *sistema de bienestar social* creado después de la Segunda Guerra Mundial, es decir, se transmitía a la población la idea de que el bienestar de las grandes empresas y, especialmente, del capital financiero, aseguraba e implicaba el bienestar de la sociedad que, de otra forma habría entrado en crisis. Las diversas crisis de la década de 1980 impusieron la nueva vía de superación de las crisis del futuro, para las entidades financieras los beneficios de los titulares de bonos<sup>162</sup> se imponían sobre el bienestar de los ciudadanos. Y, para cumplir con esta premisa, las instituciones *no democráticas* creadas por el sistema de Bretton Woods y, especialmente, el FMI, se imponen sobre las instituciones democráticas de cada país. Los instrumentos que se potenciaban desde estas instancias ajenas al poder nacional fueron, básicamente, las políticas de austeridad que promovían continuos recortes presupuestarios, y la desregulación de los mercados, especialmente de los financieros. El resultado de este ataque sobre el imaginario social de la época del liberalismo embrizado fue la potenciación de la idea y el deseo de la propiedad privada, el individualismo y el consumo.

Sin embargo, la pretendida bondad de la integración económica mundial y la liberalización del flujo de mercancías y capitales no se tradujo en una mejora del bienestar material de las personas en todas las áreas, ni en todos los países. La adopción de democracias liberales que hacían dejación de su responsabilidad sobre las decisiones domésticas y aceptaban las decisiones económicas externas de instituciones internacionales, más interesadas en el mantenimiento del crecimiento económico ejemplificado en las ganancias del capital financiero, que en el bienestar de los ciudadanos, reflejaba la apuesta por un incremento de la libertad en detrimento de la

---

<sup>160</sup> D. Harvey, *op. cit.*, p.48.

<sup>161</sup> *Ibid.*, p.50.

<sup>162</sup> *Ibid.*, p.56.

seguridad. La integración en el capitalismo global financiero se traducía en un incremento del riesgo ante la creciente amenaza de la pobreza, es decir, del desarraigo del individuo ante la falta de redes de contención sociales, a las que se renunciaba en aras del desarrollo del propio mercado que, paradójicamente, se debía transformar en crecimiento y riqueza para todos. En última instancia, las democracias liberales de corte occidental suponían la renuncia a la construcción de una red de contención que permitiese la cohesión social aun en el caso de un frenazo del carrusel económico, puesto que el objetivo fundamental debía ser la reproducción del capital financiero en las mejores condiciones posibles. Los países africanos, especialmente los del África subsahariana, son el paradigma de que en el capitalismo global existen ganadores y perdedores, y que lo único que dirige el proceso de integración económica es el aseguramiento del incremento del capital financiero. Pero, la movilidad necesaria del capital para asegurar su rentabilidad entraba en colisión con la independencia nacional en las decisiones monetarias o, en su defecto, con la estabilidad de su tipo de cambio y, por tanto, la estabilidad social en el propio país. En otras palabras, la integración económica en el nuevo capitalismo global financiarizado conllevaba la aceptación de que los países ya no eran soberanos en su política económica si querían participar en el mercado global de capitales y, además, asegurar un tipo de cambio estable de su moneda que evitase situaciones económicas inestables que condujesen a recesiones y desempleo<sup>163</sup>.

El Estado neoliberal, la democracia liberal occidental, se desarrolla fomentado la propiedad privada individual, el imperio de la ley, el libre mercado de todo tipo de mercancías, y el libre comercio. El desarrollo económico de la sociedad y el consiguiente bienestar de la misma son asociados al cumplimiento de estos preceptos. Pero, y aquí radica la paradoja, el cumplimiento de los mismos no es asociado al libre desarrollo de la democracia, que es vista como una amenaza para dichos preceptos, y el gobierno debe ser desarrollado «por élites y por expertos»<sup>164</sup>. En una configuración política que parece pretender la búsqueda del máximo desarrollo y profundización de

---

<sup>163</sup> Esta situación queda descrita y recogida en "la trinidad imposible" de Mundell o el modelo de Mundell-Fleming, véase J.A. Frieden, *Capitalismo global. El trasfondo económico de la historia del siglo XX*, Barcelona: Crítica, 2007, p.603-604.

<sup>164</sup> D. Harvey, *op. cit.*, p.75.



las libertades individuales se recurre con demasiada frecuencia al autoritarismo y la disciplina impuesta por elementos externos a la propia configuración socio-política, con el único objetivo de mantener el proceso de acumulación del capital financiero. Este es el aspecto fundamental que marca la transición del gobierno a la *gobernanza*, de una democracia activa sobre el devenir de la sociedad a un dominio del poder corporativo que prima sus intereses privados sobre los intereses de la sociedad. En última instancia, el Estado neoliberal se convierte en la institución que confirma la alienación social, la heteronomía de la sociedad actual. Esta evolución de la democracia liberal occidental es la que acerca este tipo de gobierno político al autoritarismo y la centralización de otro tipo de regímenes que también han sido capaces de articular su economía como un sistema de mercado. En última instancia, y a nivel de gobernanza, los sistemas establecidos aseguran, en ambos casos, la rigidez, el control y la disciplina del desarrollo social ante las exigencias de los intereses corporativos.

## 2. REDUCCIONISMO SOCIAL

A lo largo de este desarrollo histórico-institucional, el magma de significaciones que sustenta el imaginario de nuestras sociedades ha ido modificándose desde los albores del capitalismo global hasta la globalización actual. Dos autores tan contrapuestos en sus visiones sociales como Daniel Bell y John K. Galbraith coinciden en su diagnóstico sobre la mutación de estos valores sociales en el surgimiento de la sociedad moderna, la sociedad de la opulencia y el bienestar. El primero de ellos afirma, en su análisis de la sociedad moderna en el ámbito tecnoeconómico, que «lo que define a la sociedad burguesa no son las necesidades, sino los deseos. Los deseos son psicológicos, no biológicos, y son también limitados»<sup>165</sup>. Mientras que el segundo reafirma esta visión cuando observa que ésta es la premisa básica que sustenta la conformación de nuestras sociedades opulentas: al contrario de lo que pregona la ciencia económica en relación a la soberanía del consumidor y su papel preponderante en la determinación de los bienes y servicios a producir, los deseos individuales han

---

<sup>165</sup> D. Bell, *Las contradicciones culturales del capitalismo*, Madrid: Alianza, 1977, p.34.

dejado de ser evidentes y han pasado a ser «sintetizados, elaborados y nutridos por la publicidad y la técnica de ventas»<sup>166</sup>. Esta característica contradice una de las premisas de la *teoría de la demanda del consumidor*, aquella que afirma que las necesidades del consumidor son creadas por su propia personalidad y, por lo tanto, son datos inalterables para el mercado. Y es que, según D. Bell, en la sociedad moderna se ha construido el imperio del deseo psicológico ilimitado, una carrera desenfrenada por la consecución de un estatus social identificado con el nivel de consumo que puede alcanzar el individuo.

Esta presión psicológica la expresa J.K. Galbraith mediante la paradoja de que en una sociedad de consumidores la satisfacción progresiva de necesidades no disminuye la urgencia con que se perciben las mismas, es decir, que, en cierto sentido, la satisfacción de necesidades no calmaría la ansiedad del consumidor, sino que ésta se mantendría inalterable<sup>167</sup>. Aunque esta incapacidad para saturar las necesidades del consumidor no parece que pueda afirmarse de manera absoluta, puesto que la experiencia diaria nos confirma que sí que hay necesidades cuya urgencia disminuye conforme se colman, y en las que la *teoría de la utilidad marginal* podría ser de aplicación; sin embargo, y esta es la paradoja fundamental en la sociedad opulenta, tenemos que dejar la puerta abierta a la existencia de necesidades no saturables, ¿por qué? ¿cuáles? El economista canadiense observa acertadamente que son todas aquellas inducidas externamente sobre el consumidor<sup>168</sup>, es decir, aquellas que el propio sistema productivo debe generar en el demandante para mantener el sistema en funcionamiento. En ello radica el motor de nuestra sociedad, en que la producción, el elemento central que la domina -a la sociedad de consumidores- es la encargada de crear la propia necesidad de sus productos, es la inductora de la dependencia social del incremento ilimitado de sí misma. El sistema de valores que configura nuestro imaginario social contribuye a consolidar este proceso al valorar la posesión y el consumo creciente de bienes y servicios de una forma desmedida, y penalizando cualquier actitud contraria a esta tendencia. En cierto sentido, podríamos decir que la opulencia genera necesidad de

---

<sup>166</sup> J.K. Galbraith, *La sociedad opulenta*, Barcelona: Ariel, 2004, p.24.

<sup>167</sup> La formulación de estas dos premisas puede consultarse en J.K. Galbraith, *La sociedad opulenta*, Barcelona: Ariel, 2004, p.143.

<sup>168</sup> J.K. Galbraith, *La sociedad opulenta*, Barcelona: Ariel, 2004, p.152.

opulencia, pero sin resolver problemas sociales de carencia. Y, en este punto es en el que se produce la separación entre el concepto de bienestar de la sociedad y la condición de la opulencia. No es de extrañar, por tanto, que ante esta situación, J.K. Galbraith concluyese que esta visión productivista se había constituido como «uno de los fenómenos más parecidos a la alquimia que jamás se haya visto en el campo de la política»<sup>169</sup>, puesto que su creciente aceleración era asumida como el antídoto a cualquier problema social que pudiese acechar la actualidad.

En este contexto de deseo ilimitado y necesidad material irrefrenable, D. Bell concluye que es difícil encajar estos deseos ilimitados dentro de un mundo de recursos limitados y que, consecuentemente, éste fenómeno ha implicado que, en la segunda mitad del siglo XX -aunque D. Bell se refiere únicamente al último cuarto del siglo, parece que, realmente, proyecta en dicho último cuarto la situación que se estaba viviendo después de la Segunda Guerra Mundial- la administración de la sociedad recaiga, fundamentalmente, en el Estado. La administración estatal, según la visión del autor norteamericano, ha supuesto «el aumento de las exigencias sociales en gran escala»<sup>170</sup>, es decir, una organización social producto del Estado del Bienestar que se caracteriza por una lucha continua por aumentar la capacidad de decidir sobre el presupuesto estatal o, en otras palabras, en la presión social por obtener un porcentaje mayor de los recursos administrados por el Estado para los intereses particulares de ciertos grupos de población. Y esta situación es la que D. Bell denomina *sociología fiscal*, haciéndose eco de un término utilizado por J.A. Schumpeter. Ante esta compleja situación, y la constatación de que la posibilidad tecnológica de satisfacer todo deseo limitado es una quimera, nuestro autor desarrolla el concepto de *hogar público* como esfera que abarca la economía doméstica y la economía de mercado y que no significa sino el desarrollo de ésta última limitada por ciertos objetivos sociales<sup>171</sup>.

Profundizando en su análisis de la sociedad moderna, y trasladándonos desde el orden tecnoeconómico al ámbito cultural, el autor norteamericano introduce el concepto de *conducta social discrecional* como símil del concepto económico de renta discrecional. Si este concepto económico nos remite a aquella renta que ha superado lo

---

<sup>169</sup> *Ibid.*, p.166.

<sup>170</sup> D. Bell, *op. cit.*, p.36.

<sup>171</sup> *Ibid.*, p.37.

necesario para satisfacer las necesidades básicas, y ha permitido la configuración de un estilo de consumo propio del individuo, el concepto sociológico expresará la traslación que en nuestras sociedades se ha producido desde una identidad rígida en base a clases sociales, hacia una identificación fluida y variable en función de gustos culturales y estilos de vida<sup>172</sup>. Esta ruptura con la rigidez de los vínculos grupales tradicionales ya había sido considerada por la *teoría de la sociedad de masas*, que vislumbraba la sustitución de dichos órdenes tradicionales por la *masa*, un agregado en el que cada «persona vive de manera atomista o anómica»<sup>173</sup>. La transformación del orden cultural que se ha producido impulsa a nuestro autor a incidir en el postulado de la separación entre el orden social, de carácter tecnoeconómico, y el ámbito cultural. Mientras que el primero se sustenta todavía en la visión racionalista y pragmática característica de una sociedad burguesa del siglo XIX, a partir de la década de 1960 la esfera cultural se ve afectada por el surgimiento de la corriente posmodernista que desarrolla el modernismo hasta sus últimas consecuencias, valorando el impulso y el placer como polos de desarrollo vital<sup>174</sup>.

En el ámbito cultural, por lo tanto, se opera una contradicción típica en el capitalismo que conduce desde el dominio de la ética protestante, cuyo rígido y respetado código moral ensalzaba el trabajo y la sobriedad, a un posmodernismo que el autor norteamericano califica de *contra-cultura*, y que supone un desafío a esta visión y moralidad modernista de la sociedad. El origen de esta ruptura de los valores sociales asociados al capitalismo es situado, por D. Bell, en la evolución del propio sistema económico y su mercado asociado, hasta el punto de que no duda en afirmar que «ésta es la fuente de la contradicción del capitalismo en la vida norteamericana»<sup>175</sup>. El puritanismo asociado a los inicios de la sociedad capitalista permitía desarrollar un sistema de control social basado en un rígido código moral que, no solamente aseguraba el comportamiento individual, sino que se aseguraba la estabilidad de la comunidad, un arraigo del individuo dentro de una identidad bien definida y estructurada que protegía frente al cambio y la incertidumbre existente fuera de su comunidad. Pero, el desarrollo

---

<sup>172</sup> *Ibid.*, p.49.

<sup>173</sup> *Ibid.*, p.53.

<sup>174</sup> *Ibid.*, p.61.

<sup>175</sup> *Ibid.*, p.64.

de la economía global del primer cuarto del siglo XX permitió trascender y rebasar los límites de la propia comunidad y orientarse hacia una visión cosmopolita que reflejase las posibilidades de cambio y dinamismo de la nueva sociedad global<sup>176</sup>, y que, posteriormente, dadas las posibilidades económicas del nuevo orden global, supondría los cimientos de una ética del consumo<sup>177</sup> característica de nuestra sociedad actual.

Una *corrosión del carácter* similar observa el sociólogo norteamericano Richard Sennet en la evolución desde la época del capitalismo regulado hacia la globalización actual. Si bien el individuo del capitalismo regulado asume, en sus inicios, que su vida es una progresión lineal en la que acumula experiencia material y psíquica, y que ésta acumulación permitía su integración en la comunidad y generaba una narrativa sólida y robusta de su trayectoria vital, la fluidez -en términos de Z. Bauman- de nuestras sociedades globalizadas diluye ésta seguridad y jerarquía, y permite una progresiva evolución hacia unos valores volátiles, un desarraigo individual que hace sucumbir a la comunidad y la cohesión social.

Pero, paradójicamente, el sociólogo francés M. Maffesoli nos propone que el elemento fundamental de esta transición desde la modernidad a la posmodernidad es la transformación de la base del orden social correspondiente desde la analiticidad propia del mecanicismo, a un intento de recuperación de la visión orgánica imperante antes de la modernidad, es decir, es un intento de recuperación de los elementos fundamentales de configuración del orden social existentes antes de la innovación moderna. El programa social moderno, sólido y robusto, deja paso a un paradigma débil, la sociedad moderna se transforma en una socialidad entendida como una red de relaciones entre diferentes tribus, es decir, entre grupos de personas que se identifican con un mismo rol en ese momento, y que conforman los nodos de dicha red, que no tiene estructura

---

<sup>176</sup> Al referirse a este hecho, D. Bell afirma que «el principal ataque contra el puritanismo se produjo en la primera década y media del siglo XX; provino del ámbito de la cultura, de los jóvenes intelectuales, un grupo de Harvard College del que formaban parte Walter Lippmann, Van Wick Brooks, John Reed y Harold Stearns. [...] Para que América llegara a la mayoría de edad, su cultura debía ser más cosmopolita y reflejar la vitalidad de la sociedad.», véase D. Bell, *Las contradicciones culturales del capitalismo*, Madrid: Alianza, 1977, p.69.

<sup>177</sup> Para una relación entre el movimiento de los jóvenes intelectuales en Norteamérica, el vitalismo de Henri Bergson y la ética de consumo, véase D. Bell, *Las contradicciones culturales del capitalismo*, Madrid: Alianza, 1977, pp.69-71.

definida y está abierta a la heterogeneidad propia de la intersubjetividad<sup>178</sup>. En nuestras sociedades actuales, paradójica y contrariamente a las preocupaciones propias de la modernidad sólida, «la mayoría de los sufrimientos humanos tienden a desarrollarse hoy a partir de un exceso de posibilidades, más que de una profusión de prohibiciones»<sup>179</sup>. El consumo, como acto humano fundamental, queda desplazado por el consumismo entendido como la aceptación de que la sociedad debe ser guiada e impulsada por los deseos del ser humano<sup>180</sup>. Frente a una escasez material que debía ser compensada mediante la producción de nuevos bienes, en la sociedad opulenta de la modernidad líquida el problema surge de la constante y activa acción de las herramientas publicitarias que generan el deber de consumir, de elegir entre una multitud de mercancías disponibles. De esta forma se construye una dependencia mutua a nivel global que articula la solidaridad social. Pero esta solidaridad no se traduce en la construcción de categorías sólidas, sino en un intento de «uniformidad de la mismidad»<sup>181</sup> que se proyecta en un «agregado de redes locales incapaces de autorreproducirse de forma eficaz»<sup>182</sup>. Un nuevo modelo de socialidad que se construye sobre la base del desplazamiento de la felicidad individual desde la dependencia de la esfera supraindividual de la Política, de la acción conjunta de la sociedad, hacia la esfera de la propia individualidad preocupada en gestionar los propios recursos<sup>183</sup>, de forma aislada, asegurando un nivel de consumo creciente que satisfaga las necesidades actuales y futuras. Esta progresiva individualización acentúa el debilitamiento de las redes sociales de soporte<sup>184</sup> y, consecuentemente, incrementa la sensación de incertidumbre e inseguridad vital.

En última instancia, el progresivo desarrollo del imaginario global da paso a una nueva concepción del individuo que se convierte en un sujeto posesivo preocupado por

---

<sup>178</sup> J. Ibáñez, «Introducción». En Maffesoli, Michel, *El tiempo de las tribus*, Barcelona: Icaria, 1990, pp.9-16.

<sup>179</sup> Z. Bauman, *op. cit.*, p.78.

<sup>180</sup> Z. Bauman, *Vida de Consumo*, Madrid: FCE, 2007, p.47.

<sup>181</sup> Z. Bauman, *Mundo consumo*, Madrid: Paidós, 2010, p.152.

<sup>182</sup> *Ibid.*, p.150.

<sup>183</sup> *Ibid.*, p.169.

<sup>184</sup> Afirma de forma certera Z. Bauman que «una economía orientada al consumo promueve activamente la desafección, socava la confianza y profundiza la sensación de inseguridad, hasta convertirse ella misma en una fuente de ese miedo ambiente que prometía curar o ahuyentar, ese miedo que satura la vida líquida moderna es la causa principal del tipo de infelicidad propio de esta época», Z. Bauman, *Vida de Consumo*, Madrid: FCE, 2007, p.70.

el consumo y el estatus social derivado del mismo; un consumo que ya no está ligado a la necesidad, sino que ésta es creada por el propio consumo, en una especie de ansiedad social por la búsqueda de la continua novedad; una debilitación de la comunicación y del lenguaje que implica el relativismo social; la reducción del concepto de libertad al simple aseguramiento de la propiedad privada; y, finalmente, la dejación de la capacidad de una sociedad de gobernarse y la asunción acrítica de la simple administración de asuntos económicos y políticos. Estas son las características que consideraremos fundamentales y fundamentadoras de la matriz de significaciones que ha constituido el cerco social de nuestra sociedad actual, es decir, la caracterización del imaginario que se ha proyectado como heteronomía del presente.

### 2.1. DEL INDIVIDUO AL SUJETO POSESIVO

En la Grecia homérica, la corrección moral de las acciones de las personas se enjuiciaba de acuerdo a la adecuación de las mismas respecto a la función particular que cada persona cumplía dentro de la comunidad. Esta concepción de la sociedad refleja una jerarquía funcional asumida que impide considerar un concepto de igualdad entre las personas, como luego será característico de la época moderna con la consolidación del concepto de individuo. Sin embargo, el derrumbe de la sociedad homérica jerarquizada introduce la posibilidad de realizar juicios valorativos sobre las acciones de los individuos de forma independiente a su posición social, que ya no era considerada como un producto directo del orden natural. Este proceso abre la posibilidad de interrogarse sobre las cualidades morales, en este caso sobre las virtudes, que serían deseables en el ser humano<sup>185</sup>. Posteriormente, los sofistas introducirán la distinción entre lo que considerarán el hombre natural y presocial, y el hombre convencional; el primero constituye el rasgo común a cualquier comunidad, es el ser humano conceptual, mientras el segundo se refiere a la configuración del ser humano en su adaptación a la sociedad<sup>186</sup>. No obstante, ni en la época de los sofistas, ni posteriormente bajo la influencia de Platón y Aristóteles, el ser humano natural adquiere sentido por sí mismo,

---

<sup>185</sup> A. MacIntyre, *Historia de la ética*, Barcelona: Paidós, 2006, pp.19-20.

<sup>186</sup> *Ibid.*, p.27.

es decir, fuera del orden social<sup>187</sup>. En este mismo sentido se expresa Alasdair MacIntyre cuando afirma que «la descripción del llamado hombre natural se constituye a través de un vocabulario tomado de la vida social, y resulta que lo supuestamente presocial presupone la existencia de un orden social»<sup>188</sup>. Platón y Aristóteles continúan el desarrollo socrático que liga la formación del individuo dentro del orden social existente, es decir, necesitan de un orden social capaz de generar un ser humano convencional que supere al natural. En este sentido, A. MacIntyre observa que en la *República*, Platón pretende un reconocimiento del interés propio como rasgo social, es decir, como dado al individuo desde una instancia externa, y no como propio del hombre natural<sup>189</sup>. Y Aristóteles también incorporará al individuo a un tipo particular de prácticas y de organización social. En resumen, en la Grecia clásica la formación del individuo se realiza dentro de una organización social establecida y de forma externa, sin espacio para concebir un individuo independiente de la misma, un individuo capaz de guiarse a sí mismo en la vida. La vida social de la polis griega se nos revela, en última instancia, como la guía fundamental para la vida del individuo.

El periodo helenístico posterior, con el desarrollo de diversas escuelas filosóficas, fundamentalmente del estoicismo, suponen una discontinuidad fundamental en esta concepción de un ser humano moldeado por la sociedad<sup>190</sup>. En un periodo marcado por el derrumbe de la polis griega y la aparición del Estado a gran escala, se pone de relieve la antítesis establecida entre el individuo y el Estado. El nuevo espacio en el que el individuo se desarrollará no será un determinado espacio social organizado, sino el universo en su amplitud. La necesidad de independencia respecto de las cambiantes convenciones sociales que amenazaban la vida de la polis griega obliga a buscar un nuevo ámbito en el que el ser humano pueda desarrollarse, un espacio libre de cualquier tipo de convención particularista<sup>191</sup>. Los estoicos introducirán el concepto de Logos divino, de ley divina que actuará como una ley de la naturaleza que se plasma en

---

<sup>187</sup> L. Dumont, *Ensayos sobre el individualismo*, Madrid: Alianza, 1987, p.39.

<sup>188</sup> A. MacIntyre, *op. cit.*, p.29.

<sup>189</sup> *Ibid.*, p.48.

<sup>190</sup> L. Dumont, *op. cit.*, p.39.

<sup>191</sup> A. MacIntyre, *op. cit.*, p.114.



la razón humana, y que predeterminará el desarrollo del ser humano<sup>192</sup>. El individuo se ha independizado de la comunidad local y se proyecta en un contexto cosmopolita.

La influencia estoica respecto al concepto de individuo y su nueva ubicación es recogida por el cristianismo, que será la etapa en la que se prefiguren los rasgos fundamentales del individuo moderno<sup>193</sup>. El individuo estoico abandona la *polis* de la Grecia clásica y se abre al mundo, al cosmos como un espacio en el que una única naturaleza divina es la que marca la conducta apropiada a seguir. Esta ley natural estoica se convierte en un instrumento racional adecuado para acomodar los valores extramundanos a la ética mundana y, de esta forma, el individuo podía situarse, como nuevo valor, fuera del mundo, en contraste al individuo concebido dentro del mundo helénico<sup>194</sup>. Y en este mismo sentido se comprenderá que los escolásticos asuman una naturaleza humana común a todos los seres humanos, es decir, acepten el concepto de individuo como un valor que sitúa a todas las personas en condiciones de igualdad y trascendiendo la jerarquía social de las sociedades helénicas. Consecuentemente, la búsqueda de la felicidad ya no formará parte de las responsabilidades de la comunidad humana, sino que se convertirá en una exigencia individual<sup>195</sup>. Las aportaciones de Guillermo de Ockham y de Tomás de Aquino al concepto de individuo impulsarán su transformación desde una primera forma dentro del cristianismo, hasta un concepto de individuo marcadamente moderno.

El inicio de la ruptura con esta visión cristiana de individuo se produce a raíz de la Reforma luterana, que impulsó el derrumbe del orden propio de la sociedad medieval. La libertad de conciencia es asociada al individuo por oposición al orden establecido, por lo que éste concepto, el individuo, adquiere un papel fundamental dentro del movimiento de reforma religiosa, y la libertad de conciencia se convierte, de esta forma, en la fuerza motriz de la búsqueda del resto de libertades para el individuo. La aportación de Calvino y su teocracia basada en la predestinación vuelven a colocar al individuo en el mundo, lo vuelven a colocar en un nivel terrestre, pero manteniendo su

---

<sup>192</sup> Marco Aurelio, *Meditaciones*, Barcelona: Gredos, 2008, pp.70-72.

<sup>193</sup> L. Dumont, *op. cit.*, p.36.

<sup>194</sup> *Ibid.*, pp.63-64.

<sup>195</sup> A. MacIntyre, *op. cit.*, p.132.

categoría de valor por encima de la sociedad<sup>196</sup>. Y este valor es el que será capaz, en opinión de Maquiavelo, de transformar y moldear la sociedad de acuerdo con sus deseos, invirtiendo, de esta forma, el pensamiento clásico que consideraba al ser humano como un producto social<sup>197</sup>.

La culminación de este proceso de transición hacia una visión individualista moderna, precursora del liberalismo, la expone Th. Hobbes, que considera al individuo como la última unidad social<sup>198</sup>. En esta visión, por tanto, se expone un individualismo intransigente que ahonda en la ruptura respecto a la filosofía social legada por Platón y Aristóteles a la cristiandad medieval y, especialmente, a la escolástica. La visión hobbesiana de la condición humana le lleva a negar la existencia de un bien o fin supremo de la vida humana, reemplazándolo por una condena del ser humano a la búsqueda incesante de la satisfacción de sus cambiantes deseos<sup>199</sup>. El estado de naturaleza postulado por Th. Hobbes impone la existencia de una serie de derechos individuales por encima de cualquier tipo de deber social, y estos derechos individuales surgen de la concepción de una naturaleza humana de carácter prepolítico, presocial e intemporal, que configura el orden social cambiante<sup>200</sup>.

Desde este punto, y para llegar hasta la visión liberal moderna del individuo, observamos la importancia de la aportación de Spinoza, que atribuyó al individuo, no la agresividad y la búsqueda permanente de la satisfacción de los deseos personales, característicos de la visión hobbesiana, sino el interés por alcanzar la paz y la libertad, es decir, la armonía dentro del cuerpo social. Al concepto de igualdad introducido ya por los estoicos, se une el concepto de libertad del individuo, libertad de pensamiento, expresión y asociación<sup>201</sup>. Por tanto, la concepción individualista liberal argumentará que el individuo es anterior a la sociedad, y que: 1) la filosofía política consiste en asignar derechos, deberes y responsabilidades a los individuos, una especie de legislación ideal; 2) la libertad y la igualdad de los individuos son fundamentales, por lo que la tarea de la filosofía política es la protección de los mismos; 3) a nivel social la

---

<sup>196</sup> L. Dumont, *op. cit.*, pp.65-71.

<sup>197</sup> A. MacIntyre, *op. cit.*, p.142.

<sup>198</sup> *Ibid.*, p.144.

<sup>199</sup> J. Gray, *Liberalismo*, Madrid: Alianza, 1994.

<sup>200</sup> A. MacIntyre, *op. cit.*, p.144.

<sup>201</sup> J. Gray, *op. cit.*, p.27.

justicia es prioritaria ante cualquier otro rasgo de la misma; y 4) toda ley ideal de la sociedad es producto de las acciones de los individuos<sup>202</sup>. De esta forma observamos que el individualismo moderno está asociado a los valores de igualdad y libertad. La igualdad como producto del derrumbamiento de la jerarquía social que permite concebir la comunidad como una asociación de individuos a un mismo nivel que llegan a constituir el cuerpo social como resultado de un acuerdo consentido por todos ellos<sup>203</sup>. La libertad, por su parte, como resultado de la persecución de la libertad de conciencia religiosa que derivará en la transformación de la realidad política. Pero, ¿qué queda de esta visión del individuo moderno? ¿qué permanece de utopía liberal en nuestras sociedades actuales?

La ciencia económica ha generado un sistema que, no solamente ha sido capaz de aislar la esfera de lo económico de la social, sino que, además, ha proyectado una estructura similar en la sociedad, como el concepto de *Mercado Abstracto* en el que operan una serie de agentes económicos egoístas guiados exclusivamente por su racionalidad instrumental, es decir, por la búsqueda de la máxima eficiencia posible en sus acciones, maximizando su capacidad de consumo y reduciendo su libertad a la posesión de riqueza. Este marco conceptual, trasladado a la esfera social, se proyecta en una sociedad compuesta por una serie de átomos aislados, egoístas, en búsqueda permanente de su bienestar particular, y asociando este bienestar con una tendencia marcadamente hedonista y posesiva. La configuración moderna de la noción de individuo permite a la ciencia económica disponer del elemento fundamental en su construcción de la realidad social, de la base sobre la que construir su modelo, pero para ello, las pretensiones de libertad e igualdad derivadas de la modernidad deben ser sustituidas por un creciente consumo que reduzca la libertad a simple disponibilidad de riqueza, y por un sistema de relaciones sociales que, mediante la resignación y la anomia, reduzca el ámbito político a simple conformismo con la protección de la esfera privada y la indiferencia para con la comunidad. La consagración de un concepto reducido de riqueza como piedra angular del edificio económico, y su pretendido crecimiento en su versión de capital, aboca al individuo a reducir también sus necesidades y sus deseos a la esfera de los productos económicos.

---

<sup>202</sup> J. Wolff, *Filosofía Política*, Barcelona: Ariel, 2009, p.215.

<sup>203</sup> L. Dumont, *op. cit.*, p.90.

La concepción del individuo moderno muta, con el impulso de la ciencia económica, hacia un sujeto posesivo cuya esfera de actividad se reducirá a la búsqueda egoísta de su bienestar material dentro de un mercado globalizado. En otras palabras, el individuo que se construye en base a la libertad y la igualdad queda reducido a un sucedáneo, a un sujeto que actúa dentro de la sociedad de mercado, una sociedad de mercado que, como observa Fernando Quesada, «exige, estipula y configura tanto un tipo de sujeto antropológico como impone e instituye una forma de vida social y una práctica política que difieren sustantivamente de la concepción democrática mantenida hasta el momento»<sup>204</sup>. El nuevo individuo posmoderno se construye en base a un exacerbado consumo y una relativización de los valores sociales y vaciamiento de la comunicación y el lenguaje. Como afirma G. Lipovetsky, «el ideal moderno de subordinación de lo individual a las reglas racionales colectivas ha sido pulverizado, el proceso de personalización ha promovido y encarnado masivamente un valor fundamental, el de la realización personal, el respeto de la singularidad subjetiva»<sup>205</sup>. La transformación fundamental del individuo ha sido desarrollada de la mano de la transformación de los estilos de vida y la revolución del consumo, que han puesto en valor el desarrollo de los derechos y deseos del individuo, modificando los valores individualistas de la modernidad, es decir, que «el individualismo hedonista y personalizado se ha vuelto legítimo y ya no encuentra oposición»<sup>206</sup>. En este mismo sentido se expresa Ulrich Beck en su análisis de la *sociedad del riesgo* o *segunda modernidad*, puesto que constata que nuestra sociedad es claramente individualista y está determinada por los valores de la autorrealización y el logro individual, lo que conlleva a que cualquier intento de generar una cierta cohesión de la misma tenga que asumir este principio de individualización como concepto estructural, es decir, asumir la paradoja de que nuestro individualismo institucionalizado haya configurado un estilo colectivo de vida<sup>207</sup>.

## 2.2. NECESIDAD Y CONSUMO

---

<sup>204</sup> F. Quesada, *Sendas de democracia. Entre la violencia y la globalización*, Madrid: Trotta, 2008, p.70.

<sup>205</sup> G. Lipovetsky, *La era del vacío*, Barcelona: Anagrama, 2000, p.7.

<sup>206</sup> *Ibid.*, pp.8-9.

<sup>207</sup> U. Beck, *La sociedad del riesgo global*, Madrid: Siglo XXI, 2006, pp.13-14.

La evolución del sistema económico imperante, con su exaltación del libre mercado y la racionalidad instrumental, impulsa, por tanto, un cambio radical en los valores sociales, que pasan de basarse en la moderación, el ahorro y el trabajo abnegado, a trasladarse a una exaltación del yo y el placer en la etapa posmoderna, es decir, en un individuo, además de posesivo, hedonista<sup>208</sup>. Por eso, la sociedad actual se puede caracterizar por representar la culminación del consumo de bienes materiales. La diversificación de las posibilidades de elección ha posibilitado el desarrollo hasta el extremo del proceso de personalización del individuo, es decir, el mismo concepto de individuo, que en la modernidad constituyó el vehículo fundamental del desarrollo de la ciencia económica, se ha erigido en la actualidad en el valor fundamental de la sociedad posmoderna, por lo que su auto-realización se postula como el proceso fundamental que debe perseguir la sociedad, a expensas de otros fines. La moral puritana del individuo moderno deja paso a los valores hedonistas posmodernos que invitan a ceder a los impulsos, fomentando el consumo, el tiempo libre y el placer<sup>209</sup>. La transición inicial hacia el individuo moderno fue analizada a principios de siglo por Werner Sombart en su desarrollo de *El Burgués*, como un intento de abordar la historia espiritual del hombre económico moderno. El sociólogo alemán asume que el inicio de toda actividad económica está determinado por las necesidades humanas, y que todo intento de satisfacer estas necesidades debe ser contextualizado dentro de lo que él denomina *economía de gasto*, es decir, toda actividad preburguesa cuyo objetivo fundamental es la subsistencia del individuo<sup>210</sup>. Sin embargo, la modernidad genera un nuevo contexto en el que la economía del gasto se ve sustituida por la *economía del ingreso*. La abundancia de bienes materiales que se desarrolla a partir de principios del siglo XX permite trasladar la preocupación desde la supervivencia al ahorro como paradigma de una buena administración, no solo de los bienes privados, sino también del propio tiempo y resto de recursos de que dispone el individuo<sup>211</sup>. Esta transición es paralela a la imposición del *homo oeconomicus* como paradigma de comportamiento individual y, por tanto, a la preponderancia social del concepto de excedente como reflejo del éxito

---

<sup>208</sup> G. Lipovetsky, *op. cit.*, p.83.

<sup>209</sup> *Ibid.*, p.84.

<sup>210</sup> W. Sombart, *El burgués. Introducción a la historia espiritual del hombre económico moderno*, Madrid: Alianza, 1979, pp.20-23.

<sup>211</sup> *Ibid.*, pp.118-121.

individual. Y, en la base de esta imposición nuestro autor sitúa el *anhelo de infinitud*, es decir, la confianza ciega en el progreso indefinido<sup>212</sup>. El mercado debe expandirse de forma ilimitada y, para ello, es necesario generar nuevas necesidades en la sociedad, inducir un deseo de consumo ilimitado en el individuo.

El desarrollo del sistema económico nos sitúa, por tanto, en la paradoja de tener que abandonar el concepto de individuo moderno que había sido el fundamento del desarrollo del propio sistema y que ha mutado hasta convertirse en un sujeto posesivo cuyo principio fundamental ya no es la búsqueda de la libertad y la igualdad en el sentido moderno, sino el desarrollo del hedonismo. El nuevo objetivo social será la búsqueda del bienestar material y el placer del consumo. Por tanto, la evolución de la ciencia económica como una esfera autónoma e independiente ha fomentado la imposición de una visión utilitarista de la sociedad que tiende a realzar la importancia del placer como elemento fundamental de la felicidad del individuo. El nuevo sujeto posesivo que conforma la sociedad, fruto de la racionalización económica y el mecanismo de mercado, supone la culminación de la asociación entre felicidad y consumo que guiaba la conformación de la ciencia económica, y que se ha proyectado socialmente en la etapa posmoderna imponiendo el cálculo hedonista como factor de decisión en la racionalidad individual. La felicidad queda reducida a un simple cálculo cuantitativo que, dejando a un lado la perspectiva cualitativa, se lanza al consumo masivo de bienes y a la posesión ilimitada de riqueza económica. La idea de que la felicidad individual es un elemento agregable a nivel social para determinar el grado de felicidad de la sociedad en conjunto, impulsa de forma decidida la emancipación de la perspectiva individualista en la sociedad y nos guía hacia un sujeto que únicamente se preocupará por su bienestar y auto-realización. Por tanto, el utilitarismo que sirvió de base para el desarrollo de la economía neoclásica hasta configurar el sistema actual, ya no persigue maximizar utilidades individuales o colectivas, sino que se reduce a asociar bienes y servicios con la satisfacción individual<sup>213</sup>.

Pero, ¿cómo se articula el concepto de necesidad que orientará las preferencias individuales y que se asociarán con el consumo de mercancías? De acuerdo con J.M.

---

<sup>212</sup> *Ibid.*, pp.182.

<sup>213</sup> C. Hamilton, *El fetiche del crecimiento*, Pamplona: Laetoli, 2006, p.29.

Naredo podríamos afirmar que la noción de necesidad que sirve de nexo de unión entre consumo y bienestar, justificando el desarrollo del sistema económico, es una noción manifiestamente ideológica<sup>214</sup>. Dicho de otro modo, la asociación directa que se establece entre las preferencias o deseos del individuo y sus necesidades puede estar distorsionada por la convención social, es decir, por la construcción de un entramado ideológico que inducirá las necesidades individuales de acuerdo con las propias necesidades del sistema económico para asegurar su mantenimiento. La teoría económica ha sido capaz de poner al alcance del individuo un amplia gama de posibilidades de consumo asociando esta capacidad ilimitada de elección con la mejora de por sí del bienestar, puesto que cada individuo, es decir, cada consumidor, será capaz de adaptar exactamente la elección de la mercancía a su gusto personal. Pero es difícil abstraernos de la capacidad del propio sistema económico para crear, influir y reforzar las preferencias del consumidor<sup>215</sup>.

En este sentido, J.M. Naredo afirma la necesidad de «desmitificar» nociones asociadas a la noción de necesidad, como sería el caso de la producción, considerado por nuestro autor como reverso de la noción de consumo, y que nos guiaría hacia la necesidad al ligar consumo al bienestar y felicidad de los individuos<sup>216</sup>. Este papel de la producción en la generación de nuevas necesidades ha sido analizado por Jean Baudrillard en su obra *El espejo de la producción*, en la que afirma que las necesidades del individuo han perdido toda autonomía, y que el consumo es una institución de control y socialización -del que moda y publicidad son sus reflejos especulares-subordinada completamente a una finalidad absoluta, la de la producción<sup>217</sup>. El propio campo de la producción, dada su capacidad neutralizadora, es capaz de eliminar cualquier tipo de contradicción interna y, por tanto, de crítica externa, demostrando su capacidad para homogeneizar y racionalizar, según sus modelos, necesidades inicialmente heterogéneas<sup>218</sup>. Un sentido similar transmite Clive Hamilton cuando observa que el individuo ha dejado de ser un ciudadano y se ha convertido en un mero

---

<sup>214</sup> J.M. Naredo, *La economía en evolución*, Madrid: Siglo XXI, 2003, p.53.

<sup>215</sup> C. Hamilton, *op. cit.*, p.81.

<sup>216</sup> J.M. Naredo, *op. cit.*, p.55.

<sup>217</sup> J., Baudrillard, *El espejo de la producción (o la ilusión crítica del materialismo histórico)*, Barcelona: Gedisa, 1980, pp.135-138.

<sup>218</sup> *Ibid.*, p.157.

consumidor<sup>219</sup> cuyo poder solo puede ser desarrollado dentro del marco de un mercado abstracto como el que impone el sistema económico imperante. Y, en este contexto, el autor australiano no duda en que se ha producido una redefinición de la noción de felicidad en nuestra sociedad. Este concepto queda sujeto, como el de necesidad, a una convención social, a un producto de la organización social, que se enfocaría hacia las necesidades propias, dejando en un plano secundario las ajenas. Además, el marco económico del mecanismo de mercado proyectado socialmente implica una búsqueda competitiva de la felicidad, asociada a la riqueza y los bienes materiales<sup>220</sup>.

Consecuentemente, el sujeto posesivo hedonista nos sitúa ante la reducción del concepto de felicidad, que ya no se asocia a una serie de necesidades de amplio espectro, sino que se relaciona con el incremento del poder de consumo y acumulación de riqueza, asegurando, al mismo tiempo, que el mismo concepto posmoderno de felicidad quede a salvo de cualquier tipo de crítica radical que pueda retrotraerlo a su origen y formulación premoderna. Cualquier deseo o necesidad humana puede ser reducida a su expresión cuantitativa de consumo de mercancías y, como observa Gilles Lipovetsky,

el consumo es un proceso que funciona por la seducción, los individuos adoptan sin dudarlos los objetos, las modas, las fórmulas de ocio elaboradas por las organizaciones especializadas pero a su aire, aceptando eso pero no eso otro, combinando libremente los elementos programados<sup>221</sup>.

En este mismo sentido se manifiesta David Harvey cuando afirma que «la neoliberalización requería tanto política como económicamente la construcción de una cultura populista neoliberal basada en un mercado de consumismo diferenciado y en el libertarismo individual. En este sentido, se demostró más que compatible con el impulso cultural llamado «posmodernidad»<sup>222</sup>.

---

<sup>219</sup> C. Hamilton, *op. cit.*, p.37.

<sup>220</sup> *Ibid.*, pp.54-61.

<sup>221</sup> G. Lipovetsky, *op. cit.*, p.107.

<sup>222</sup> D. Harvey, *op. cit.*, p.50.



El desarrollo de la sociedad posmoderna en función del sistema económico ha potenciado un

individualismo intensamente posesivo [...], un mundo que se caracteriza cada vez más por una cultura hedonista del exceso de consumo. [...] El resultado es un aumento del aislamiento individualista, la ansiedad, el cortoplacismo y las neurosis pese a estar rodeados por uno de los mayores logros materiales urbanos jamás construidos en la historia humana<sup>223</sup>.

No obstante, D. Harvey también nos advierte sobre las contradicciones que se establecen en el desarrollo de este sujeto posesivo superador del individuo moderno, puesto que, frente a un «atractivo individualismo posesivo pero alienador», se nos podría plantear la demanda de una «vida colectiva significativa»<sup>224</sup>. El consumo se nos presenta como un proceso que rompe la dependencia social del individuo intensificando su aislamiento, y universalizando los modos de vida paralelamente al fomento de la singularización individual<sup>225</sup>.

En resumen, como afirma D. Harvey, «la máxima òcompro, luego existo sumada al individualismo posesivo, cimienta un mundo de pseudosatisfacciones, excitante en lo superficial pero hueco en su interior»<sup>226</sup>. Dicho de otro modo, la era posmoderna supone la consolidación del desarrollo del sistema económico que, partiendo de un individuo que persigue la libertad y la igualdad, arriba a una reducción del mismo, a una concepción posesiva y hedonista del ser humano que representaría la culminación del desarrollo de las sociedades modernas democrático-individualistas<sup>227</sup>.

### 2.3. RELATIVISMO, LENGUAJE Y COMUNICACIÓN

---

<sup>223</sup> D. Harvey, *El enigma del capital*, Madrid: Akal, 2012, p.148.

<sup>224</sup> D. Harvey, *Breve historia del neoliberalismo*, Madrid: Akal, 2007, p.78.

<sup>225</sup> G. Lipovetsky, *op. cit.*, p.112.

<sup>226</sup> D. Harvey, *Breve historia del Neoliberalismo*, Madrid: Akal, 2007, p.187.

<sup>227</sup> G. Lipovetsky, *op. cit.*, p.114.

En la década de 1960, Guy Debord publica *La Sociedad del Espectáculo* y nos introduce en el concepto de lo que, posteriormente, ha sido denominado *sociedad posindustrial*. La emergencia de esta nueva sociedad estaba caracterizada, según el autor francés, por la traslación de la alienación del individuo en el ámbito del tiempo de trabajo hacia el del tiempo de ocio. De forma paralela al desarrollo de un sujeto predominantemente posesivo y hedonista, determinado por el consumo como paradigma de felicidad, y controlado por el desarrollo de la producción, la sociedad industrial de la primera modernidad comienza a trasladar la generación de plusvalías desde este nivel industrial hacia el nivel de los servicios asociados al ocio<sup>228</sup>, es decir, al consumo creciente del sujeto posesivo. La *sociedad del espectáculo* refleja, por tanto, esta transformación social en la que el individuo se nos presenta como un sujeto pasivo, como un espectador, preparado para consumir indiscriminadamente cualquier producto. Esta visión social había sido reforzada por el concepto de *aldea global* desarrollado por el sociólogo canadiense Marshall McLuhan, y su concepto derivado de *globalización*. De acuerdo con la visión del autor canadiense, el desarrollo tecnológico asociado a la electrónica permitiría una homogeneización a escala mundial y un futuro robótico que exigían, para su interpretación, un nuevo marco de referencia basado en los conceptos de *espacio visual*, *espacio acústico* y *tétrade*. Este último elemento, el *tétrade*, era el instrumento que permitía articular la transición desde una sociedad determinada por el *espacio visual*, una visión cuantitativa y rígida, hacia una sociedad típicamente regida por el *espacio acústico*, de carácter cualitativo y flexible<sup>229</sup>. La nueva emergencia de una sociedad *neo-acústica* enfatiza, teóricamente, la diversidad, la inexistencia de una referencia central, y permite que la información se erija como nuevo elemento productivamente relevante. El espacio acústico no focaliza nuestro interés sobre la figura sino sobre el fondo, es decir, sobre el contexto en el que se desarrolla nuestra vida y permite, con la emergencia de las comunicaciones electrónicas, la sobrecarga de información<sup>230</sup> característica en nuestra sociedad actual y la pérdida de importancia del mensaje transmitido en favor del fondo en el que es transmitido. La tesis del autor canadiense refleja la importancia que adquiere el medio en la transmisión de un

---

<sup>228</sup> G. Debord, *La sociedad del espectáculo*, Valencia: Pre-Textos, 2010, p.12.

<sup>229</sup> M. MacLuhan y B.R. Powers, *La aldea global*, Barcelona: Gedisa, 1993, pp.22-28.

<sup>230</sup> *Ibid.*, p.36.

mensaje, por encima del propio mensaje, y la transformación consecuente de una «sociedad de fabricación a una sociedad de marketing»<sup>231</sup>. La nueva configuración social es consecuente con la visión neo-tribalista que posteriormente desarrollaría M. Maffesoli y que propone, igualmente, la importancia de la red social como medio de interconectar los diferentes átomos individuales que la constituyen. Lo que, en principio, supondría una carencia de cohesión social, un impulso del individualismo y el aislamiento, es transformado por la tesis de nuestro autor en una nueva construcción social caracterizada por una identidad cambiante y una conexión reticular en la que el marketing determina las aspiraciones individuales, y las aspiraciones sociales son interpretadas como producto de la *información* intercambiada. Asistimos, por tanto, a una nueva etapa de la modernidad, la *sociedad de la información*.

Esta visión apologética de la sociedad del espectáculo es criticada por G. Debord por su ingenuidad y su aceptación acrítica del nuevo modo de producción existente, que eleva el mismo espectáculo a «modelo actual de vida socialmente dominante»<sup>232</sup>. El espectáculo no es sino la transición del modo de producción desde la modernidad industrial a una nueva etapa en la que la información se nos revela como un instrumento más eficaz para generar nuevos elementos de consumo y satisfacer las necesidades del sujeto posesivo, del individuo posmoderno. La nueva estructura social, como ya había desarrollado M. MacLuhan, no posee ni persigue ningún fin, su único objetivo es el desarrollo del medio, del espectáculo, que es el reflejo de «la economía que se desarrolla por sí sola»<sup>233</sup>. Y, el desarrollo tecnológico que el autor canadiense determinaba como medio de expansión de la nueva sociedad permite que la teórica diversidad quede conectada en red y se transforme en homogeneidad. En esta misma línea crítica, Frederic Jameson observa que «la publicidad en su nueva dimensión lo invade todo, al tiempo que desaparece el espacio público»<sup>234</sup>, es decir, que todas las funciones sociales han sido delimitadas a una sola dimensión, la de la comunicación. Esta es la característica fundamental de una etapa, o *concepto periodizador* según el término utilizado por F. Jameson, que correlaciona la emergencia de «nuevos rasgos

---

<sup>231</sup> *Ibid.*, p.95.

<sup>232</sup> G. Debord, *op. cit.*, p.39.

<sup>233</sup> *Ibid.*, 2010, p.42.

<sup>234</sup> F. Jameson, «Posmodernismo y sociedad de consumo». En *La Posmodernidad*, Ed. Hal Foster, Barcelona: Kairós, 2006, p.192.

formales en la cultura con la emergencia de un nuevo tipo de vida social y un nuevo orden económico»<sup>235</sup>, para el que además de sociedad del espectáculo, globalización, o sociedad posindustrial, se emplean otros términos como *sociedad de consumo*, *sociedad de los medios de comunicación*, o *capitalismo multinacional*.

No obstante, como bien describe Ulrich Beck, la distinción entre ambas etapas, que el autor alemán denomina primera y segunda modernidad, se condensa en la diferenciación entre una sociedad basada en el concepto político del estado-nación, cuya sociedad se relaciona con una territorialidad determinada, y una sociedad dominada por la «globalización, la individualización, la revolución de los géneros, el subempleo y los riesgos globales»<sup>236</sup>. Y, lo que es más importante, la segunda modernidad no constituye sino la victoria de la primera modernidad, su desarrollo radical, que nos aboca a una situación de incertidumbre y falta de seguridad, conceptos totalmente contrarios a las pretensiones y objetivos de la primera. El nuevo espacio político, y en cierto modo público, deja de ser la calle y pasa a ser la televisión<sup>237</sup>. Los medios de comunicación permiten abrir la *jaula de hierro* weberiana propia de la modernidad y nos abocan hacia la paradoja identificada por Edgar Morin: una oposición entre una pretensión de homogeneización total y una tendencia paralela de rechazo de esta imposición occidental<sup>238</sup>, la característica propia de nuestra época actual para la que añade otro término: *modernidad tardía*<sup>239</sup>, o *posmodernidad*.

En el contexto de desarrollo de esta sociedad de la información, el movimiento posmoderno se caracteriza por envolver los argumentos teóricos en retórica literaria, lo que permite abrir el discurso a todo tipo de interpretaciones<sup>240</sup>. En este sentido, la posmodernidad ha supuesto, consecuentemente, la desmitificación de la ciencia como autoridad en el camino hacia la verdad, generando un relativismo que permite trascender los valores puritanos asociados a la economía clásica. De acuerdo con esta visión, el escepticismo sería la característica principal que deberíamos aplicar sobre la narrativa científica, además de sobre otras explicaciones totalizadoras de la realidad,

---

<sup>235</sup> *Ibid.*, p.167.

<sup>236</sup> U. Beck, *op. cit.*, p.2.

<sup>237</sup> *Ibid.*, p.69.

<sup>238</sup> E. Morin, *op. cit.*, p.19.

<sup>239</sup> *Ibid.*, p.26.

<sup>240</sup> Ch. Butler, *Postmodernism*, New York: Oxford University Press, 2002, p.11.

puesto que debemos rechazar la posibilidad de un consenso sobre su discurso. Este es el sentido de la afirmación de Jean-François Lyotard sobre la indeterminación de reglas comunes a todos los discursos, que nos conduciría a la imposibilidad de un consenso que abarque la totalidad de las proposiciones que articulan una colectividad. De esta forma quedaría desactivada la posibilidad de llegar a un acuerdo sobre reglas universalmente válidas para los juegos del lenguaje, y cualquier posibilidad de un referente absoluto, común y universal queda sustituida por un relativismo de las diferentes proposiciones, todas ellas potencialmente válidas<sup>241</sup>. En otras palabras, el posmodernismo nos guía hacia la inconmensurabilidad cultural, la imposibilidad de una verdad universal y el relativismo<sup>242</sup>. Y este relativismo hace depender la verdad del sistema de representación en la forma en que se formule y, consecuentemente, servirá para desautorizar cualquier juicio sobre la totalidad que tendiese a destacar la inviabilidad de cualquier sistema, en este caso el económico, ya impuesto<sup>243</sup>.

En el contexto de la actual sociedad del consumo, la perspectiva posmoderna deslegitimadora de la ciencia económica afectaría también a nuestra visión de la estructura social. La visión posmoderna nos conduce a atacar la objetividad de la ciencia mediante el rechazo de la capacidad científica para: 1) describir y analizar de forma objetiva la realidad circundante; y 2) que su investigación sea una búsqueda desinteresada y culturalmente independiente de verdades sobre la realidad<sup>244</sup>. Luego, para abordar las condiciones del conocimiento en las sociedades posmodernas, J.F. Lyotard nos propone una vía alternativa basada en la incredulidad posmoderna ante la meta-narrativa creada por el desarrollo de la ciencia. Dicho de otro modo, nos situaría ante la paradoja de que el desarrollo de la propia ciencia económica pondría en jaque la meta-narrativa por ella generada, es decir, debilitaría uno de los cimientos sobre los que se construye la sociedad actual.

La perspectiva que adopta J.F. Lyotard es la conversión de la relación entre los productores y consumidores de conocimiento, dentro de la sociedad posmoderna, en una relación similar a la establecida entre productores y consumidores de bienes de

---

<sup>241</sup> J.F. Lyotard, *The Postmodern Condition*, Minneapolis: University of Minnesota Press, 1984, pp.60-66.

<sup>242</sup> Ch. Butler, *op. cit.*, p.16.

<sup>243</sup> J.M. Naredo, *Raíces económicas del deterioro ecológico y social*, Madrid: Siglo XXI, 2010, p.142.

<sup>244</sup> Ch. Butler, *op. cit.*, pp.37-38.

consumo. El objetivo final de esta relación será el intercambio, puesto que el conocimiento en sí deja de ser un fin y se convierte en un valor de cambio<sup>245</sup>. De esta forma, el conocimiento se revela como la principal fuerza de producción en las sociedades actuales y, lógicamente, en un objeto de comercialización. Este mercado potencial se construye sobre la idea de que la verdad siempre es relativa al punto de vista adoptado y que, por tanto, la relación entre el lenguaje y la realidad no está fijada y no es fiable, puesto que todo lenguaje es resultado de una construcción cultural<sup>246</sup>. Por eso, J.F. Lyotard observa que en las sociedades posmodernas se desarrollan lo que denominará juegos del lenguaje, que asocia a los diferentes modos de discursos, y que cada discurso podrá ser definido en base a unas reglas que especifican sus propiedades y usos: 1) las reglas no contienen en sí mismas su legitimación; 2) sin reglas no hay juego; y 3) cada frase es un movimiento en el juego. Las relaciones sociales, de esta forma, quedan compuestas por movimientos del lenguaje con los que las personas luchan por ganar<sup>247</sup>.

En consecuencia, la sociedad posmoderna se caracteriza por una auto-referencia del individuo que nos lleva a la disolución de la cohesión social y a la aparición de una masa de átomos individuales. Pero, J.F. Lyotard contra-argumenta que los individuos existen cuando fabrican relaciones, y esto se produce mediante la comunicación, por lo que las relaciones sociales implican juegos de lenguaje que estructuran la sociedad. Por tanto, el lenguaje reconstruye la cohesión social que el desarrollo del sistema económico tiende a disgregar. Los átomos quedan conectados mediante redes de comunicación no burocratizadas ni sistematizadas<sup>248</sup>. Dicho de otro modo, la cohesión social se genera por la intersección de un número indeterminado de juegos de lenguaje, cada uno de los cuales obedece a sus propias reglas<sup>249</sup>. Pero, este marco de conexión se abre a la obsesión por la información y la expresión, puesto que se potencia el proceso de comunicación por sí mismo, en detrimento de los contenidos comunicados. La necesidad que se establece por comunicarse para reconstruir la cohesión social se impone al mensaje comunicado, y se genera una comunicación por el simple placer de

---

<sup>245</sup> J.F. Lyotard, *op. cit.*, p.4.

<sup>246</sup> Ch. Butler, *op. cit.*, p.17.

<sup>247</sup> J.F. Lyotard, *op. cit.*, pp.10-11.

<sup>248</sup> *Ibid.*, pp.15-17.

<sup>249</sup> *Ibid.*, p.40.

comunicarse, un vaciamiento del contenido de la comunicación en aras de una potenciación del propio proceso de comunicación<sup>250</sup>. En otras palabras, la situación actual nos revela la industrialización de la información y del conocimiento, y excluye posibilidades comunicativas alternativas, como la sociedad de la comunicación ideal que postula Jürgen Habermas, y que es criticada por ser considerada un remanente de la visión hegeliana de la ciencia, es decir, una posibilidad de totalizar el saber.

La comunicación se independiza de los códigos preestablecidos y de cualquier lenguaje común, permitiendo, como observa J.M. Naredo, ocultar las contradicciones que genera el sistema económico, y convertirse en un instrumento del poder articulado mediante organizaciones centralizadas y jerárquicas para controlar la sociedad<sup>251</sup>. Estas organizaciones que estructuran la sociedad actual permiten sesgar la información a la que tienen acceso los individuos, por lo que ponen en tela de juicio la afirmación postulada por el neoliberalismo de que el sistema de información es perfecto dentro del mecanismo de mercado, y de que éste, en consecuencia, conforma un espacio equilibrado para que se desarrolle la competencia entre los agentes<sup>252</sup>. La sociedad de consumo en la que nos encontramos inmersos no solamente se puede asociar con la generación de necesidades y el hedonismo, sino que es inseparable de la presión mediática, el exceso de información y la demanda de comunicación<sup>253</sup>. Pero, el poder y el conocimiento interactúan de tal forma que el propio discurso del poder genera las identidades subordinadas de aquellos que no participan en él, es decir, crean *el otro*, el excluido<sup>254</sup>.

El proceso de control de la comunicación que se ejerce en la sociedad permite orientarla en aquella dirección que interesa al mantenimiento del sistema económico y, como observa D. Harvey, permite «condicionar y manipular las creencias, necesidades y deseos de las poblaciones humanas y asegurar un mercado potencial», para lo que se ha creado un potente sector publicitario que crea las condiciones de vida adecuadas para

---

<sup>250</sup> G. Lipovetsky, *op. cit.*, pp.14-15.

<sup>251</sup> J.M. Naredo, *Raíces económicas del deterioro ecológico y social*, Madrid: Siglo XXI, 2010, pp.156-157.

<sup>252</sup> D. Harvey, *El enigma del capital*, Madrid: Akal, 2012, pp.77-78.

<sup>253</sup> G. Lipovetsky, *op. cit.*, p.110.

<sup>254</sup> Ch. Butler, *op. cit.*, p.46.

fomentar el consumo de bienes que sostengan el sistema<sup>255</sup>. El individuo ha sido incorporado al flujo de la moda y la obsolescencia mediante la publicidad y los medios de comunicación, potenciando su aislamiento y su vaciamiento<sup>256</sup>. Por eso, la utilidad de las mercancías queda en un segundo plano a la hora de decidir su consumo, siendo su posición dominante ocupada por el significado simbólico que transmiten al resto de la sociedad. El objetivo del consumo en el sujeto posesivo y hedonista ya no es la satisfacción de una simple necesidad material, sino que pretende conformar una identidad que proyectar al resto de la sociedad, es decir, busca el reconocimiento de los demás. La tendencia posmoderna a la construcción de una individualidad propia exige compartir con los demás dicha identidad, es decir, completar las redes de comunicación establecidas a nivel social con la imagen que el individuo desea que se tenga de él. Y, en este proceso de auto-creación, el marketing, paradigma del control y orientación de la comunicación, aporta la asociación simbólica entre productos y estados psicológicos de los consumidores<sup>257</sup>. El control de la comunicación, por tanto, se nos revela como un elemento fundamental en la fabricación de las identidades a través del consumo de productos y, por tanto, en última instancia, como un factor clave en el sostenimiento y potenciación del proceso económico que reduce al individuo a un mero sujeto posesivo y hedonista. La identidad del individuo se revela como una construcción ficticia y en continuo cambio derivado de una intersección plural de discursos, es decir, una especie de producto de las relaciones establecidas entre los diferentes discursos en función de nuestro posicionamiento en el proceso de consumo. La ausencia de posiciones de referencia y el continuo movimiento del sujeto a diferenciarse del resto de sujetos potencia las políticas de la diferencia y, paralelamente, debilita cualquier intento de acción política colectiva en la sociedad.

En resumen, el desarrollo de la esfera económica y su proyección en la realidad social ha introducido un creciente escepticismo respecto de la capacidad de la ciencia para acceder a la verdad y, por tanto, la posibilidad de construir un referente universal. Este relativismo impulsado en la era posmoderna nos ha llevado a resaltar la importancia del lenguaje en nuestra sociedad, y su función como cohesionador de la

---

<sup>255</sup> D. Harvey, *Breve historia del Neoliberalismo*, Madrid: Akal, 2007, p.93.

<sup>256</sup> G. Lipovetsky, *op. cit.*, p.107.

<sup>257</sup> C. Hamilton, *op. cit.*, pp.83-110.



misma ha permitido impulsar el control y la orientación de la comunicación con el objetivo de seguir reforzando este proceso. Por tanto, a pesar del debilitamiento de la propia posición de la ciencia económica como referente en el desarrollo social, el sistema económico ha sido capaz de compensarlo con el dominio del proceso comunicativo.

#### **2.4. REDUCCIONISMO DE LA LIBERTAD**

La Inglaterra del siglo XVII, en la que John Locke desarrolla su pensamiento, se caracteriza por el impacto sobre la sociedad de la Reforma religiosa y de la desaparición de las instituciones feudales, y el florecimiento de las instituciones políticas modernas. La educación recibida por nuestro autor, en el seno de una familia calvinista, puede ser considerada un factor importante en la preponderancia que brinda a la revelación como fundamento de la sociedad, y a la predestinación como medio de resaltar al individuo dentro del cuerpo social. Y, en este mismo sentido, la libertad de conciencia del individuo se erige en un factor básico que analizará en su obra *Ensayo sobre la tolerancia*. El análisis de la libertad de conciencia en el amplio espectro de los límites extremos, desde la obediencia absoluta hasta la libertad universal, le sirve a J. Locke para introducir la tensión existente entre el poder del individuo y el poder del colectivo. Y es que la libertad de conciencia del individuo se le revela como un derecho individual insoslayable que exige una tolerancia ilimitada, es decir, la postula como una cuestión fuera del alcance de cualquier acción política de la sociedad. Aunque, dentro de su obra, el individuo se incorpora al escenario de la política, su presencia no relega a un segundo plano al bien común, puesto que este constituye el punto de referencia para las acciones del hombre. Sin embargo, el bien público no abarca la totalidad de las acciones del individuo, y todas aquellas que no quedan circunscritas en esta esfera constituyen una esfera privada entre el ser humano y Dios<sup>258</sup>. Y esta relación se sustenta en el antropocentrismo derivado de la Reforma religiosa que coloca al ser humano como criatura elegida por Dios por encima de otras criaturas y con capacidades especiales. Esta elección obliga al ser humano a la obediencia a la ley divina que es aprehendida

---

<sup>258</sup> J. Locke, *Ensayo sobre la tolerancia y otros escritos sobre ética y obediencia civil*, Madrid: Biblioteca Nueva, 2011, pp.80-92.

mediante la razón en forma de ley natural, es decir, en forma de una serie de normas que Dios impone<sup>259</sup>. Esta obediencia es fundamental en el desarrollo del iusnaturalismo y, consecuentemente, en la construcción de una esfera de libertades humanas protegida de cualquier interferencia humana arbitraria. Por tanto, a partir de la defensa de la libertad religiosa, J. Locke es capaz de legarnos la generación de una esfera de libertades individuales que serán fundamentales en la configuración del liberalismo moderno y, consiguientemente, en la caracterización del individuo moderno. Este individualismo moderno impulsado por J. Locke, sin embargo, no encaja perfectamente con el sujeto atomizado de las actuales sociedades posmodernas, es decir, no es un individualismo psicológico, sino que es un individualismo basado en la relación con Dios, en la teología puritana base de su educación y, en última instancia, en la construcción social del bien común. De esta forma, J. Locke nos plantea una sociedad formada por hombres libres, iguales ante la ley, sin un propósito común consciente, pero que comparten el respeto por los demás, es decir, que actúan teniendo en cuenta el bien común<sup>260</sup>.

A partir de este desarrollo de una esfera privada de libertades, los autores liberales clásicos expondrán su concepción negativa de la libertad. Esta concepción negativa fue desarrollada por Baruch Spinoza e Immanuel Kant como una posibilidad de autonomía del individuo, profundizando, por tanto, en la tolerancia del individuo autónomo<sup>261</sup>. La autonomía del individuo se nos revela, de esta forma, como un valor central del liberalismo de la época, y nos conduce a un individuo crítico hacia las normas de la sociedad, es decir, un individuo activo y participante dentro de la vida social. Esta concepción negativa de la libertad alcanzó su definición más completa cuando, en 1819, Benjamin Constant expuso *La libertad de los antiguos comparada con la de los modernos*, en la que diferenciaba dos conceptos de libertad, uno como esfera de independencia personal, y otro como derecho de participar en el gobierno<sup>262</sup>. La libertad del individuo moderno queda, por tanto, asociada a un espacio protegido en la que no se produce ninguna interferencia y que depende de la ley, y se enfrenta al concepto asociado a la Grecia clásica de derecho a tener voz en el proceso colectivo de

---

<sup>259</sup> *Ibid.*, pp.145-146.

<sup>260</sup> J. Gray, *op. cit.*, p.29.

<sup>261</sup> *Ibid.*, p.93.

<sup>262</sup> *Ibid.*, pp.41-42.

toma de decisiones. Esta delimitación del concepto de libertad expresa, consiguientemente, el rechazo del concepto positivo como posibilidad de autorrealización del individuo, puesto que este se asocia a un proceso colectivo en el que se deben equiparar los valores de libertad e igualdad. La concepción negativa, sin embargo, no asocia libertad para actuar con poder para actuar, es decir, asume que el poder se distribuye de una forma desigual, por lo que la igualdad siempre será un valor sometido al de libertad.

En el caso de John Stuart Mill y Alexis de Tocqueville observamos una preocupación similar sobre la tensión entre la libertad del individuo y la libertad del colectivo<sup>263</sup>. Ambas posiciones extremas, la visión anarquista y la visión hobbesiana, son analizadas por J.S. Mill para determinar qué alternativas intermedias pueden existir y ser viables en una organización social<sup>264</sup>, es decir, cuál debe ser el equilibrio entre la libertad y la autoridad. No obstante, el concepto de libertad que articulan está referenciado, de forma inequívoca, al conjunto social, puesto que el valor de la libertad del individuo reside en su capacidad para progresar moralmente a nivel social, y es importante únicamente si la sociedad ha madurado lo suficiente como para alcanzar este estadio<sup>265</sup>. La libertad del individuo, por tanto, no se limita en esta concepción a una esfera privada y desconectada de la sociedad, sino que, al contrario, soporta y ayuda a integrar al individuo dentro del colectivo asegurando su libertad de pensamiento y discusión con el objetivo de participar en la sociedad<sup>266</sup>. La libertad de opinión y la libertad de su expresión es, en la opinión de J.S. Mill, un elemento fundamental para el progreso de la humanidad y su felicidad<sup>267</sup>. En este sentido, la propuesta de J.S. Mill difiere de la defensa que J. Locke realiza de la libertad como derivada de la ley natural, y la que I. Kant realiza al considerarla un corolario del imperativo categórico, puesto que la base de defensa de la libertad del primero será el utilitarismo, si bien debemos observar un utilitarismo indirecto para una comprensión adecuada de su teoría. Sin

---

<sup>263</sup> J.S. Mill, *On Liberty and other writings*, Cambridge: Cambridge University Press, 2005, p.5.

<sup>264</sup> J. Wolff, *op. cit.*, p.131.

<sup>265</sup> J.S. Mill, *op. cit.*, pp.15-16 y J. Wolff, *op. cit.*, p.134. Puede encontrarse una idea similar en E. Guisán, *Una ética de libertad y solidaridad: J.S. Mill*, Barcelona: Anthropos, 2008, p.56.

<sup>266</sup> J. Habermas y J. Rawls, *Debate sobre el liberalismo político*, Barcelona: Paidós, 1998, pp.118-119, en referencia al potencial conflicto entre la autonomía privada y la pública, J. Rawls se propone argumentar que en doctrinas liberales que se remontan hasta J. Locke ambas son «cooriginarias y de igual peso, y ninguna se impone a la otra».

<sup>267</sup> J. Wolff, *op. cit.*, p.137 y E. Guisán, *op. cit.*, p.57.

embargo, aun teniendo en cuenta la diferencia en la argumentación de las tres teorías sobre la libertad del individuo, todas ellas mantienen una perspectiva social en el sentido de que, aunque reconocen una esfera privada de intereses individuales en la que no se puede interferir, consideran que el individuo debe participar en una esfera social que será regulada, en cada caso, por un principio diferente. Esta visión de la libertad es una prolongación lógica del axioma del progreso social que asocia cualquier acción individual con la mejora en la situación social de una forma directa.

En el caso de A. de Tocqueville, su concepción de la libertad también es negativa porque se basa en la independencia del individuo, en su capacidad para la elección del propio destino, y porque no la delimita<sup>268</sup>. No obstante, el autor francés sí que complementa esta esfera negativa de la libertad con la libertad política, es decir, la de participar en los asuntos públicos<sup>269</sup>. En este sentido, y de acuerdo con Raymond Aron, A. de Tocqueville anticipa la posibilidad de que esta libertad se vea reducida y degrade al ciudadano a un simple sujeto, convertido en un consumidor que solamente se preocupa por su bienestar y deja en un segundo plano los asuntos públicos<sup>270</sup>. La tensión generada por las limitaciones de la libertad del individuo en contraposición con la libertad del colectivo nos aboca a la confrontación que R. Aron sitúa entre las libertades formales y las libertades reales, es decir, ¿en qué grado el aseguramiento de una serie de libertades reales nos conduce a renunciar a importantes libertades formales?, ¿en qué medida el desarrollo de la tecnología y la propia ciencia económica que nos orienta, en su carrusel sin fin, hacia el crecimiento económico pueden impedir conjugar las libertades personales con la participación ciudadana?<sup>271</sup>

En 1927, Ludwig von Mises se había anticipado a esta disyuntiva en su obra *Liberalismo*, en la que reducía la preocupación de esta corriente ideológica al bienestar material de los humanos, a su progreso externo, y no a la satisfacción de sus necesidades metafísicas, espirituales o internas<sup>272</sup>. El liberalismo, de acuerdo con su visión, se proponía aplicar el racionalismo instrumental a la esfera de la política social, por lo que el consumo y la propiedad, derivados de la noción de riqueza impuesta por el

---

<sup>268</sup> R. Aron, *Ensayo sobre las libertades*, Madrid: Alianza, 2007, p.20.

<sup>269</sup> A. de Tocqueville, *La democracia en América*, Madrid: Alianza, 1980, p.32 y R. Aron, *op. cit.*, p.22.

<sup>270</sup> R. Aron, *op. cit.*, p.24.

<sup>271</sup> *Ibid.*, p.81.

<sup>272</sup> L. von Mises, *Liberalismo*, Madrid: Unión Editorial, 1977, p.18.

sistema económico, se erigían en elementos fundamentales que permitían sustentar la libertad del individuo, puesto que a través de ellos se alcanzaban los objetivos del individuo dentro de la sociedad. De acuerdo con esta perspectiva, la libertad del individuo se circunscribe a su capacidad de posesión y consumo, es decir, la esfera de la libertad posmoderna se ve reducida al nivel de la propiedad como única base de la misma. La actuación colectiva debe tener como objetivo la defensa de esta libertad individual reducida, puesto que en el marco del mercado, un individuo capaz de perseguir por sí mismo sus intereses económicos es la mejor garantía de bienestar colectivo<sup>273</sup>.

En 1944, Friedrich A. Hayek ahonda en esta visión de la libertad individual y política ligada a la libertad económica, en su *The Road to Serfdom*. En su visión del liberalismo, el autor austríaco rechaza la asociación que John Dewey realizaba entre la libertad y la necesidad de poder hacer aquello que se quiere, puesto que la libertad se transformaría en la demanda de una igual distribución del bienestar que nos guiaría hacia el socialismo, es decir, hacia la servidumbre<sup>274</sup>. El núcleo de su liberalismo es un individualismo que niega la posibilidad de que exista un bien común o fin social que trascienda la simple coincidencia de los intereses individuales<sup>275</sup>. Desde este punto de vista, el mecanismo de mercado imperante en la esfera económica se revela efectivo en el plano social, puesto que la búsqueda egoísta del interés individual permitirá que parte de estos diversos intereses confluyan, de una forma automática, en un mismo objetivo. Por tanto, la actividad económica es el paradigma de la reconciliación de los intereses divergentes<sup>276</sup>, y la base de este sistema será la protección de la libertad individual de cualquier injerencia externa para que el individuo pueda perseguir su interés particular en beneficio de la sociedad.

Una perspectiva similar adoptará posteriormente, a punto de iniciarse la década de 1980, Milton Friedman al advertir en el prefacio de su obra, *Libertad de elegir. Hacia un nuevo liberalismo económico*, que aplicará al sistema político el mismo principio de mercado que asume para el sistema económico, es decir, que la sociedad se

---

<sup>273</sup> *Ibid.*, p.40.

<sup>274</sup> F.A. Hayek, *The Road to Serfdom*, Chicago: The University of Chicago Press, 2007, p.78.

<sup>275</sup> *Ibid.*, p.102.

<sup>276</sup> *Ibid.*, p.107.

articulará también como un mercado en el que los individuos interaccionan entre sí en el curso de la persecución de sus propios intereses individuales<sup>277</sup>. Por tanto, lo que nos propone el autor norteamericano es reducir el concepto de libertad y circunscribir la libertad política a la esfera de la libertad económica, es decir, a la libertad de elección de gasto de los ingresos individuales.

La evolución de la ciencia económica y la gestación del sistema imperante nos han conducido, por tanto, a restringir la noción de libertad, incluso respecto de la posición inicialmente asociada al liberalismo. Como afirma J.M. Naredo, la experiencia práctica nos conduce a negar la pretendida objetividad del axioma del *Mercado abstracto*, puesto que éste no conducirá a la promoción de la libertad del individuo en una visión extensa, sino más bien a una reducción de la misma. El mecanismo que se pretende aplicar a la sociedad como mecanismo regulador de la misma encubre, bajo la pretendida consecución de una serie de libertades reales, la renuncia a libertades formales que formarían parte del ideal de individuo moderno derivado de la Ilustración. Las libertades formales que asegura el sistema económico solo pueden ser realizadas por aquellos que disponen de la capacidad económica suficiente, es decir, para los mejor situados en la sociedad, mientras que desaparecen o son inalcanzables para el resto de personas<sup>278</sup>. La mayor autonomía y libertad de acción del individuo pueden ser vistas como una virtud en las sociedades actuales, pero encubren un servilismo a nivel político y una dejación de responsabilidades respecto al resto de la sociedad<sup>279</sup>. La participación social se ve limitada al aseguramiento de los derechos de propiedad y no interferencia en los asuntos privados, sin necesidad de recoger ningún objetivo común a nivel social. De esta forma, la actuación social queda restringida a la acción de gobierno y, como en el fondo no es sino una libertad formal que no está al alcance de todas las personas, reduce el control de la sociedad a un grupo de expertos y una élite económica.

En resumen, el desarrollo de las libertades individuales reducidas que nos propone el sistema económico genera una especie de autoritarismo a nivel de otras libertades formales que también debería exigir el individuo y provoca una contradicción

---

<sup>277</sup> M. y R. Friedman, *Libertad de elegir. Hacia un nuevo liberalismo económico*, Barcelona: Grijalbo, 1980, p.10.

<sup>278</sup> J.M. Naredo, *Raíces económicas del deterioro ecológico y social*, Madrid: Siglo XXI, 2010, p.45.

<sup>279</sup> D. Harvey, *Breve historia del Neoliberalismo*, Madrid: Akal, 2007, p.62.

de principio con el liberalismo. El desarrollo de las propias fuerzas económicas nos sitúa en la contradicción de no asegurar un amplio espectro de libertades personales, sino de reducirlo a una serie de libertades reales que abarcan un mínimo del concepto moderno de libertad individual. Los derechos y libertades del individuo se han visto reducidos a la esfera de la propiedad privada, el consumo y la obtención de beneficios<sup>280</sup>. En su análisis sobre la libertad en las sociedades complejas, Karl Polanyi ya nos advertía de que las nuevas sociedades deberían decidir si su objetivo era alcanzar la paz y la libertad, o era el afianzamiento del mecanismo de mercado, puesto que esta segunda vía es la que llevó a la desintegración de la sociedad del siglo XIX y que condujo, en el siglo XX, a la aparición del fascismo que, como movimiento político, se decantó por el rechazo del postulado de la libertad<sup>281</sup>. En la sociedad actual, el capitalismo autoritario parece haber intercambiado la seguridad por la libertad para viajar, vivir más o menos como se desea, acumular y gastar dinero, por las libertades políticas y, en última instancia, por la democracia<sup>282</sup>.

## 2.5. DEL GOBIERNO A LA ADMINISTRACIÓN

En la primera mitad del siglo XIX, A. de Tocqueville analizaba la democracia en América concibiéndola como un orden social en el que los privilegios han desaparecido y se tiende a la igualdad<sup>283</sup>, es decir, considerando que la democracia es la unión de dos valores fundamentales: igualdad y libertad. Por tanto, la idea moderna de democracia une la igualdad de condiciones con la libertad individual, rechazando cualquier separación entre ambas instancias. Aunque su concepción de democracia es básicamente representativa, considera que este sistema de organización de la sociedad permite el mayor bienestar para los ciudadanos porque permite su participación<sup>284</sup>. De esta forma, reintroduce un conflicto fundamental en la sociedad moderna, el conflicto que se establece entre la igualdad y la libertad, puesto que un balance favorable al valor de la igualdad podría derivar, advierte el autor francés, en una tiranía de la mayoría.

---

<sup>280</sup> *Ibid.*, p.199.

<sup>281</sup> K. Polanyi, *La gran transformación*, Buenos Aires: FCE, 1992, pp.309-321.

<sup>282</sup> J. Kampfner, *Libertad en venta ¿Por qué vendemos democracia a cambio de seguridad?*, Barcelona: Ariel, 2011, p.xxvi.

<sup>283</sup> A. de Tocqueville, *op. cit.*, pp.10-31

<sup>284</sup> J. Abellán, *Democracia. Conceptos políticos fundamentales*, Madrid: Alianza, 2011, pp.198-199.

Esta tensión, sin embargo, puede ser rastreada en la evolución del concepto de democracia desde su nacimiento en la Grecia clásica. Al analizar la constitución del primer imaginario político-democrático, F. Quesada se refiere a la igualdad como «el principio que está en la base de esta nueva epistemología laica»<sup>285</sup>. Y esta igualdad se traducirá en dos conceptos fundamentales de este primer imaginario: isegoría e isonomía. Por tanto, ya desde la primera concepción de la democracia, observamos que la igualdad es un valor clave que reorganiza la sociedad rechazando que el poder, y su jerarquía asociada, sean impuestos externamente, puesto que emergen de la asociación y participación activa de todos los ciudadanos, a los que se debe asegurar una posición similar dentro de la sociedad y la misma capacidad para intervenir en los asuntos públicos. La transición que se producirá desde este primer imaginario político al segundo imaginario político asociado a la democracia moderna, es paralela a la conversión de la concepción de la sociedad de un modo orgánico a un modo analítico. La emergencia del individuo moderno derivado del movimiento ilustrado como el nuevo elemento constitutivo de la sociedad implica añadir un nuevo fundamento a la democracia, que ya no significará únicamente igualdad, sino que se relacionará también con libertad y, particularmente, con la dimensión moderna de la libertad.

En referencia a esta tensión entre igualdad y libertad, Norberto Bobbio observará que, mientras la libertad puede ser considerada como una cualidad o propiedad de la persona, la igualdad hace referencia a un tipo de relación formal que admite diversos contenidos. Dicho de otro modo, la libertad es un valor para la persona como individuo, y la igualdad es un valor para la persona en cuanto ser humano<sup>286</sup>. En este sentido, la democracia moderna se nos presenta como una forma de organización social en la que se articula entre las personas una igualdad en la libertad. No obstante, el autor italiano es consciente de la ambigüedad de ambos términos, es decir, de la necesidad de delimitar qué concepto de libertad asumimos para articular la igualdad de las personas en esa dimensión. Por eso, N. Bobbio no elude la tarea de delimitar el concepto de libertad en base a las nuevas categorías instituidas a partir de las definiciones de Isaiah Berlin, partiendo de la premisa de que la libertad negativa se define como libertad de acción en ausencia de cualquier impedimento, y que la libertad positiva se define como

---

<sup>285</sup> F. Quesada, *op. cit.*, p.170.

<sup>286</sup> N. Bobbio, *Igualdad y libertad*, Barcelona: Paidós, 1993, p.55.



la posibilidad del individuo de orientar su voluntad hacia un objetivo, libre de la voluntad de otros, es decir, como autonomía del individuo<sup>287</sup>. Pero, esta misma definición de las dos esferas de la libertad, se le revela a nuestro autor como radicalmente compatible, puesto que la libertad negativa a nivel individual puede unirse a la libertad positiva de la colectividad para articular la libertad positiva del conjunto, que puede denominarse libertad política<sup>288</sup>. Dicho de otro modo, la libertad de voluntad del individuo (libertad positiva) y la libertad de acción del individuo (libertad negativa) se complementarían para permitir la acción política de la colectividad (libertad política). En resumen, N. Bobbio concluye que ambas libertades no solo no son incompatibles, sino que se refuerzan la una a la otra<sup>289</sup> y, quizá, sobre esta base deberíamos entender el imaginario político de la democracia liberal. Pero, si esta podría ser una forma de entender este segundo imaginario político, ¿por qué la experiencia nos ha demostrado que no se cumple esta asociación entre ambas libertades y, consecuentemente, se ha dejado la igualdad en un segundo plano?

El desarrollo de la ciencia económica, como hemos observado, se realiza apoyándose en diversos dogmas ideológicos entre los que destaca el positivismo social. El aura de objetividad que el paradigma científico alcanza en la sociedad moderna permite proyectar un modelo científico mecanicista y clásico a la esfera social, concibiendo el orden y el progreso ilimitado de la sociedad como pilares fundamentales de su organización. El orden social que el positivismo postula no implica sino la asunción de una jerarquía social derivada de su propio desarrollo, es decir, un debilitamiento científico del valor de la igualdad. Además, este orden, postulado como espontáneo por ser resultado de la libre concurrencia de las fuerzas sociales, debe ser aceptado con resignación, es decir, renunciando a cualquier tipo de aspiración social con el único objetivo de asegurar el progreso de todo el colectivo. Por tanto, el sistema económico neoclásico impone, sin ningún lugar a dudas, un debilitamiento radical de uno de los fundamentos del segundo imaginario político, minando su evolución desde el origen de su concepción. Pero, además de debilitar y relegar a un segundo plano la

---

<sup>287</sup> *Ibid.*, p.100

<sup>288</sup> *Ibid.*, pp.104-105.

<sup>289</sup> *Ibid.*, p.107.

igualdad a favor del valor de libertad<sup>290</sup>, la propia reducción del concepto de libertad ha terminado de dinamitar la política en la sociedad actual. La autonomía del individuo ha sido sacrificada por un aumento en la libertad para obrar, es decir, la potenciación de una racionalidad instrumental que impulsa el interés individual, articulada en un mecanismo abstracto como el mercado que nos conduciría de forma mágica a una armonización social, nos lleva a elevar el sujeto posesivo y hedonista como paradigma del individuo que constituye la sociedad actual, y el universalismo de estos dogmas ideológicos refuerza la limitación en la pluralidad social. En resumen, la renuncia a la libertad positiva impide que la sociedad actual pueda complementar la libertad negativa, y ello se refleja en una reducción de la libertad política del colectivo, es decir, como individuos posmodernos hemos decidido desvincularnos del proceso político mientras se nos asegure el bienestar y la comodidad material<sup>291</sup>.

En esta situación, el ejercicio de la función política del colectivo social ha sido transferido directamente al mercado. Y esta transferencia se realiza a través de los Estados, lo que le lleva a N. Bobbio a afirmar que la estatalización de la economía nos guía hacia una visión moderna del despotismo que conjuga el poder político y el económico<sup>292</sup>. Y, en esta situación, no es de extrañar que la función del gobierno, la participación ciudadana en la esfera pública y su organización a través de la política, haya sido suplantada por la simple administración de los asuntos económicos y, consecuentemente, de los asuntos sociales. La misma racionalidad instrumental adoptada en la ciencia económica se impone a nivel social, por lo que la acción política se limitará a una maximización de la eficiencia de los recursos disponibles, en un marco de actuación competitivo en línea con el paradigma del mercado, y con el único objetivo de asegurar el nivel de consumo y de propiedad privada del individuo. Por ello, y en este contexto, parece lógico que el proceso democrático sea considerado, más bien, un obstáculo para el desarrollo del progreso social y el crecimiento económico. La democracia ha renunciado a los dos pilares fundamentales que sustentaban su imaginario moderno, y se ha convertido en la mera administración del derecho individual a participar del bienestar material del colectivo.

---

<sup>290</sup> C. Hamilton, *op. cit.*, p.151.

<sup>291</sup> *Ibid.*, pp.37-38.

<sup>292</sup> N. Bobbio, *op. cit.*, p.140.

En este mismo sentido define G. Lipovetsky la visión posmoderna de la legitimidad democrática asociada al «pluralismo de partidos, sus elecciones, su derecho a la oposición y a la información», y que la acerca a la «sociedad del auto-servicio, del test y de la libertad combinatoria»<sup>293</sup>. Esta visión de la democracia se caracteriza por un «abandono emocional de los grandes referentes ideológicos»<sup>294</sup>, y una flexibilización del concepto de igualdad que se relativizará a diferentes indicadores económicos. En definitiva, la tendencia posmoderna se orienta a «privilegiar la libertad antes que el igualitarismo uniforme, pero también a responsabilizar al individuo y a las empresas obligándoles a una mayor movilidad, innovación, y elección»<sup>295</sup>. Pero, esta renuncia a la democracia en favor de mantener el carrusel del crecimiento económico que asegure el bienestar material recuerda al análisis del cambio social en el siglo XX como respuesta a la necesidad de reformar la economía de mercado, que K. Polanyi realizó en su *La gran transformación*. En aquella ocasión, el fascismo se erigió en el movimiento ideológico capaz de extirpar las instituciones democráticas, separar al individuo de la esfera política, para seguir asegurando un crecimiento de la riqueza social<sup>296</sup>. En la actualidad, el sistema económico neoclásico ha sido capaz de anticiparse a esta alternativa y, proyectando la abstracción de la esfera económica respecto de la social, ha articulado un vaciamiento fundamental del proceso democrático que hemos aceptado a cambio de seguridad material. Como observaba J. Habermas, el estado técnico ha sido capaz de disolver el dominio político en administración científicamente dirigida<sup>297</sup>.

### 3. LA CONSOLIDACIÓN DE LA HETERONOMÍA SOCIAL

En el imaginario social global característico de nuestra época, la matriz de significaciones sociales derivada del desarrollo histórico-institucional ha impulsado el ascenso de una significación central, la ciencia económica, capaz de generar un cerco social irrebable, es decir, capaz de determinar una serie de categorías

---

<sup>293</sup> G. Lipovetsky, *op. cit.*, pp.129-130.

<sup>294</sup> *Ibid.*, p.130.

<sup>295</sup> *Ibid.*, p.134.

<sup>296</sup> K. Polanyi, *op. cit.*, pp.297-307.

<sup>297</sup> J. Habermas, *Teoría y praxis*, Madrid: Tecnos, 2008, p.325.

sociales naturalizadas que reflejan el reduccionismo social al que nos hemos referido. Este reduccionismo, caracterizado por un sujeto posesivo centrado en sus propias necesidades y la satisfacción de sus anhelos consumistas, envuelto en el relativismo de una sociedad de la comunicación hiperdesarrollada, que acepta la reducción de su propia libertad, hasta el límite de hacer dejación de sus responsabilidades sociales y aceptar la simple y pura administración de los asuntos públicos, ha propiciado la consolidación de la heteronomía social. Esta pérdida de la autonomía social se ha ido reflejando progresivamente en la aceptación de que la globalización nos debería conducir a una homogeneidad social de carácter universal en la que el mercado se erija en el instrumento fundamental para la generación de la armonía social y, consecuentemente, la solución de cualquier problema de índole pública y, en definitiva, en el creciente afianzamiento de la imposición ideológica del dogma economicista y la consolidación de la heteronomía social.

### **3.1. EL ESTADO HOMOGÉNEO UNIVERSAL: PARADIGMA DE LA GLOBALIZACIÓN**

El colapso del sistema soviético a finales de 1991 supone el espaldarazo definitivo que la democracia liberal necesitaba para imponerse de forma global<sup>298</sup>. Dos años antes, en el verano de 1989, Francis Fukuyama publicaba su ya célebre "The End of History?" en *The National Interest*, artículo en el que observaba que la confianza de principios del siglo XX en la imposición global de la democracia liberal occidental, en el triunfo del capitalismo global de la época dorada, se confirmaba a finales del mismo siglo, después de la violencia ideológica generada en la batalla del liberalismo «primero, con los remanentes del absolutismo, luego, con el bolchevismo y el fascismo, y, finalmente, con un marxismo actualizado que amenazaba conducir al Apocalipsis definitivo de la guerra nuclear»<sup>299</sup>. En la última década del siglo XX, la caída del Muro de Berlín nos abocaba al triunfo y la imposición del liberalismo económico y político. En el nivel de las ideas, el autor norteamericano afirmaba el triunfo del liberalismo

---

<sup>298</sup> Afirma Giovanni Sartori que «el símbolo del fin del Estado revolucionario por antonomasia fue la caída del muro de Berlín: sucedió el 9 de noviembre de 1989. Y la disolución del comunismo nos deja frente a un vencedor absoluto: la democracia liberal», véase G. Sartori, *La democracia después del comunismo*, Madrid: Alianza, 1993, p.16.

<sup>299</sup> F. Fukuyama, "¿El final de la Historia?", *Estudios Públicos*, nº37, 1990, p.6.

occidental por la inviabilidad de cualquier alternativa desarrollada a lo largo del siglo, pero a nivel material observaba que este triunfo no era todavía completo. La evolución ideológica de la sociedad parecía haberse detenido en el punto final de la Historia, pero todavía quedaba trabajo por hacer para expandir el modelo de consumo occidental, para extender el imaginario social globalizado que se fundamenta en la aparición de un nuevo individuo guiado por las necesidades que el mismo consumo genera en el contexto de una sociedad caracterizada por la abundancia de bienes; dentro de un marco social en el que la comunicación queda determinada por los juegos del lenguaje y el relativismo propios de la posmodernidad; para el que la libertad queda totalmente disociada de las aspiraciones de igualdad social y se liga, de forma inequívoca, a la propiedad privada y a la posibilidad de satisfacer en la mayor medida posible las necesidades que genera el nuevo contexto; y que abandona la esfera de la política y renuncia a la participación en el gobierno de la comunidad favoreciendo el desarrollo de una administración técnica.

Pero, como el individuo global no es solamente producto de la configuración del imaginario de nuestra época, sino que es, a su vez, el actor principal de la creación de este sistema de organización social, sin ser capaz de superar el cerco social establecido, la expansión del liberalismo económico exige la participación de la democracia liberal occidental como paradigma de sistema político global en el que los propios pilares fundamentales del nuevo imaginario social pueden desarrollarse y perfeccionarse<sup>300</sup>. Esta dependencia del individuo respecto del entorno histórico y social es reafirmada por F. Fukuyama en su interpretación de la victoria de la democracia liberal occidental, y se retrotrae a Georg W.F. Hegel, y a la posterior interpretación no materialista de su pensamiento por parte de Alexandre Kojève, para fundamentarla.

Cuando, en 1806, Hegel observa en su *Fenomenología del Espíritu* que el triunfo de los ideales de la Revolución francesa, como consecuencia de la derrota de la

---

<sup>300</sup> Posteriormente a la publicación de su artículo, F. Fukuyama publica en 1992 el libro *El Fin de la Historia y el Último hombre* con la intención de concretar con más precisión ciertos aspectos que él consideraba habían sido malinterpretados en su artículo. En referencia a su afirmación fundamental sobre el final de la Historia, el autor norteamericano especifica que «significaba, más bien, que no habría nuevos progresos en el desarrollo de los principios e instituciones subyacentes, porque todos los problemas realmente cruciales habrían sido resueltos», y más adelante, que «la democracia liberal es la única aspiración política coherente que abarca las diferentes culturas y regiones del planeta», véase F. Fukuyama, *El fin de la Historia y el último hombre*, Barcelona: Planeta, 1992, pp.12-14.

monarquía prusiana por Napoleón en la batalla de Jena, nos dirigía a la universalización del Estado que incorporaba los principios de libertad e igualdad, A. Kojève interpreta que este proceso nos conduce a la aparición del Estado Homogéneo Universal, capaz de conciliar las contradicciones históricas anteriores mediante el reconocimiento universal de los derechos de los individuos y la homogeneización de todos ellos<sup>301</sup>. En última instancia, la idea de Estado Homogéneo Universal que A. Kojève nos propone no es sino la confirmación de que en la actual sociedad todas las contradicciones anteriores están resueltas y «todas las necesidades humanas se satisfacen»<sup>302</sup>, no dejando lugar a más conflictos, y simplificando la evolución social a mera actividad económica<sup>303</sup>. Esta interpretación de la evolución histórica se fundamenta, sin embargo, en un desarrollo ideológico de la conciencia humana, en la capacidad del ser humano de moldear su entorno en base al desarrollo autónomo de su conciencia, influenciada por motivos culturales, religiosos o de cualquier índole moral. En otras palabras, la visión del final de la Historia ideológica no tiene en cuenta la importancia de un imaginario social producto de la interacción entre las esferas material y espiritual y, lo que es más importante, la capacidad creativa del ser humano para, haciéndose cargo de la situación en que vive, del contexto social que le rodea, generar nuevas alternativas políticas, nuevos instrumentos de organización social capaces de ayudarlo a superar los nuevos retos planteados.

La pretensión de F. Fukuyama de trascender el sesgo materialista que identifica, no solo en la visión marxista de la sociedad, sino también en la visión del *homo oeconomicus* como paradigma de actor de la sociedad actual, le lleva a buscar la conexión entre el liberalismo económico y el liberalismo político en una dimensión ideológica autónoma que se eleva por encima del individuo y fuera del alcance del mismo. La victoria de la democracia liberal occidental se debe fundamentar en la conexión de ambas esferas, la económica y la política, y esta conexión no se realiza mediante un fortalecimiento de la segunda en detrimento de la primera, sino mediante la

---

<sup>301</sup> F. Fukuyama, *El fin de la Historia y el último hombre*, Barcelona: Planeta, 1992, pp.108-110.

<sup>302</sup> F. Fukuyama, "¿El final de la Historia?", *Estudios Públicos*, n°37, 1990, p.9.

<sup>303</sup> La gran falla de esta interpretación puede ser que en aquella época la economía no existía como rama independiente de la sociedad, los primeros pasos de la ciencia económica se dan en la primera mitad del siglo XVIII y la economía clásica surge a finales del mismo siglo, por lo que apenas se había desarrollado y, por supuesto, todavía no se había emancipado de las relaciones con la tierra y la sociedad.

constatación de que las contradicciones ideológicas han desaparecido y con ellas la necesidad de la política, por lo que toda acción social debe resignarse a una simple gestión económica de los recursos. Y, para ello, como afirma el autor norteamericano, «no es necesario que todos los países se transformen en sociedades liberales exitosas, sólo basta que abandonen sus pretensiones ideológicas de representar formas diferentes y más elevadas de sociedad humana»<sup>304</sup>.

El Estado Homogéneo Universal encarnado en la democracia liberal occidental se nos revela como el estadio último que la política no puede rebasar, y en el que la sociedad debe conformarse con centrarse en la esfera económica. El imaginario social global nos proporciona la base sobre la que se fundamenta la expansión de este Estado, y delimita la esfera de acción social, una base caracterizada por la pérdida de centralidad de la política y la creciente importancia del libre mercado como paradigma de sistema político. El único vínculo que el autor norteamericano establece entre ambas esferas es el *deseo de reconocimiento* que A. Kojève consideraba satisfecho en las democracias liberales. La oposición inicial hegeliana entre señor y siervo quedaba resuelta en las modernas sociedades de la abundancia de bienes asociadas a las democracias liberales en la que se establecía un reconocimiento universal e igual<sup>305</sup>, dado que, «el Estado democrático liberal moderno que nació después de la Revolución francesa fue, simplemente, la realización del ideal cristiano de libertad y de igualdad universal humana en el aquí y el ahora»<sup>306</sup>. De acuerdo con esta interpretación las democracias liberales de la actualidad constituyen un Estado Homogéneo y Universal porque constituyen sociedades sin clases, sin antagonismos señor-siervo, y porque reconocen a todos los ciudadanos en su calidad de seres humanos. Estos son, por tanto, los dos pilares básicos de la visión de F. Fukuyama, la economía y el reconocimiento, pero sin reconocer que el segundo hecho se basa en el desarrollo del primero, por lo que la esfera política queda subsumida dentro de la económica y, consecuentemente, dentro del desarrollo de la ciencia moderna. Aunque considera que cualquier interpretación puramente económica de la historia, como el marxismo, es incompleta por no

---

<sup>304</sup> F. Fukuyama, "¿El final de la Historia?", *Estudios Públicos*, nº37, 1990, p.23.

<sup>305</sup> F. Fukuyama, *El fin de la Historia y el último hombre*, Barcelona: Planeta, 1992, p.23.

<sup>306</sup> *Ibid.*, p.276.

contemplar la parte *thymotica* del alma<sup>307</sup>, que él considera revelada en la lucha por el reconocimiento, su visión también queda reducida a una perspectiva puramente económica en la medida en que acepta que la superación de la relación siervo-señor se produce gracias al propio desarrollo económico de la sociedad. Y esta paradoja queda recogida en su aceptación del hecho de que el propio desarrollo de industrialización moderno ha supuesto una homogeneización de la humanidad y, consecuentemente, una destrucción de culturas tradicionales<sup>308</sup>. Esta misma contradicción ha sido observada por U. Beck cuando describe el juego de poder establecido entre actores políticos territorialmente fijos y asociados a la primera modernidad -sindicatos, gobierno y parlamento-, y actores económicos no territoriales, propios de la segunda modernidad -representantes del capital, las finanzas y el comercio<sup>309</sup>. En conclusión, nos hallamos ante la tesitura de tener que aceptar la imposición de un modelo político con pretensión homogeneizadora y universal, la democracia liberal, en un contexto de acentuadas contradicciones sociales.

### 3.2. EL FRACASO DE LOS ENEMIGOS EXTERNOS

El siglo XX, por tanto, ha asistido a un largo periplo desde sus inicios, a través del cual hemos constatado una vuelta a sus orígenes con el triunfo del capitalismo global y la democracia liberal<sup>310</sup>. Al igual que F. Fukuyama, Tzvetan Todorov observa que «hoy en día ningún modelo de sociedad no democrática se presenta como rival de la democracia»<sup>311</sup>. No hay duda de que siguen produciéndose elementos de fricción entre diversos sistemas y visiones del mundo, hasta el punto de que ciertos pensadores han querido ver un futuro *choque de civilizaciones*<sup>312</sup>, pero ya no existe un enemigo global

<sup>307</sup> *Ibid.*, p.282.

<sup>308</sup> *Ibid.*, p.321.

<sup>309</sup> U. Beck, *op. cit.*, p.17.

<sup>310</sup> En este mismo sentido se expresa G. Sartori cuando observa que «la democracia ha vencido, y la democracia que ha vencido es la única democracia ñrealö que se haya realizado jamás sobre la tierra: la democracia liberal», véase G. Sartori, *La democracia después del comunismo*, Madrid: Alianza, 1993, p.16.

<sup>311</sup> T. Todorov, *Los enemigos íntimos de la democracia*, Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2012, p.9.

<sup>312</sup> En referencia al choque de civilizaciones y la necesidad de reforzar la construcción de los Estados, véase el comentario de F. Fukuyama sobre la cuestión fundamental de nuestras democracias liberales, si las «instituciones y valores del Occidente liberal son verdaderamente universales o, si por el contrario, como mantenía Samuel Huntington, representan únicamente el resultado de la evolución de unos hábitos culturales», véase F. Fukuyama, *La construcción del Estado. Hacia un nuevo orden mundial en el siglo*



como los que se desarrollaron a lo largo del pasado siglo. El enemigo real de la democracia liberal se encuentra dentro del propio sistema y se alimenta del desarrollo del mismo en los parámetros actuales, puesto que, como afirmaba G. Sartori, la pérdida del enemigo externo «destapa la caja de Pandora de los problemas internos»<sup>313</sup>. El filósofo francés J. Baudrillard apuntalaba esta idea en su análisis de *América* cuando afirmaba la existencia de un *cuarto mundo* que acogía a «sectores enteros de nuestras modernas sociedades y países enteros del Tercer mundo»<sup>314</sup>. En otras palabras, la transición desde el orden de los tres mundos, producto del final de la Segunda Guerra Mundial y los acuerdos de Bretton Woods, no se encamina hacia la desaparición de esta división geo-económica, sino, más bien, a su acentuación con la aparición de un cuarto nivel dentro del orden social y que no se agota geográficamente en una geografía concreta, sino que se produce, también, dentro de sectores concretos de nuestras democracias liberales. La pérdida del interés político y, por tanto, de la preocupación social sobre la situación global conlleva la generación de una desintegración social y expulsión de ciertos grupos del conjunto social. El agotamiento de las alternativas e ideologías opuestas permite que el modelo se expanda por todo el mundo, englobando a países claramente no-democráticos. Esta desintegración social genera, según Edgar Morin, la destrucción de la solidaridad tradicional y tristeza<sup>315</sup>, por lo que la seguridad atribuida a la sociedad industrial se torna en capacidad para generar nuevos riesgos. Una generación de riesgos analizada por Ulrich Beck, y que concluye en que el desarrollo de la primera modernidad conlleva la aparición de nuevas características sociales centradas en la globalización, individualización, reclamaciones de los géneros, subempleo y riesgos globales<sup>316</sup>. Nos hallaríamos, por tanto, en una situación de cambio desde un mundo externo de enemigos, a un mundo interno centrado en los peligros y riesgos.

La democracia, como observa T. Todorov, se debe basar en dos principios fundamentales: 1) la pertenencia del poder al pueblo; y 2) la libertad de los individuos. Sin embargo, las democracias liberales se han centrado en el desarrollo del segundo de

---

XXI, Barcelona: Ediciones B, 2004, p.17. Además, sobre este tema puede consultarse, S. P. Huntington, *El choque de civilizaciones*, Barcelona: Paidós, 1997.

<sup>313</sup> G. Sartori, *La democracia después del comunismo*, Madrid: Alianza, 1993, p.16.

<sup>314</sup> J. Baudrillard, *América*, Barcelona: Anagrama, 1987, p.152.

<sup>315</sup> Edgar, Morin, *op. cit.*, p.25.

<sup>316</sup> U., Beck, *op. cit.*, p.2.

estos principios, asumiendo el primero como un elemento ya existente en nuestras sociedades. Y, para poder desarrollar este segundo aspecto, la soberanía del pueblo debe ser limitada por la propia autonomía del individuo. El autor francés de origen búlgaro observa que el peligro principal de las democracias liberales en la actualidad es la desmesura, el desequilibrio que se puede establecer en el vínculo que debe unir al pueblo y al individuo. La limitación mutua que debe establecerse entre ambos elementos constituyentes puede ser rota por la *hybris* humana, por la tendencia a romper el pluralismo social y erigir a uno de los elementos como principio único del sistema democrático y, como consecuencia, poder degenerar en populismo si predomina la acción de la soberanía popular, ultraliberalismo en el caso de que el individuo sea el centro de desarrollo social, o mesianismo si el progreso se impone a los dos anteriores<sup>317</sup>. En todo caso, la desmesura que desequilibra la democracia liberal y que amenaza su desarrollo desde su interior constituye una simplificación, una reducción de lo plural a lo único -en términos utilizados por nuestro autor- y, por tanto, el predominio de una significación central dentro de nuestro imaginario social que domina el desarrollo de la propia creatividad social y que pone al resto de elementos sociales a su propio servicio. En otras palabras, «la heteronomía, o sumisión a la ley externa, vence a la autonomía, la ley que nos damos a nosotros mismos»<sup>318</sup>.

El elemento fundamental que cimienta la posibilidad de esta reducción de la pluralidad es la creencia en la ilimitada capacidad del ser humano para conseguir todo aquello que se propone, la creencia *pelagiana* de que todo debe ir a mejor y la confianza de Condorcet en un progreso ilimitado hacia mejores situaciones. Este elemento es la base de la superación de la política como vía de reconciliación de intereses sociales divergentes y método para alcanzar compromisos razonables. La seguridad *pelagiana* en la capacidad individual de perfeccionamiento es desarrollada por Condorcet a nivel colectivo y proyectada como posibilidad de satisfacción y felicidad futura de todas las personas. A esta transición se añade, a finales del siglo XVIII, la liberación de este potencial futuro respecto de la dominación religiosa, lo que permite radicalizar el proyecto *pelagiano*<sup>319</sup> y convertirlo en una especie de religión política que promete

---

<sup>317</sup> T. Todorov, *op. cit.*, pp.13-14.

<sup>318</sup> *Ibid.*, p.27.

<sup>319</sup> *Ibid.*, p.36-37.

acabar con cualquier injusticia y desigualdad en el mundo actual y transformarlo en el reino de la felicidad. En última instancia, el objetivo del mesianismo es alcanzar una armonización de todos los intereses sociales y, en la actualidad, este logro se asocia a la expansión de la democracia liberal occidental, una expansión que G. Sartori liga al avance de la modernización<sup>320</sup>.

El fracaso de los enemigos externos de la democracia liberal occidental a lo largo del siglo XX ha permitido erigir este sistema como paradigma de la armonía y la felicidad universal, expandiéndolo a lo largo y ancho del mundo, en un intento de transportar, paralelamente, un imaginario social desarrollado en torno a una significación central, el sistema económico imperante, que se nos revela, de esta forma, como el elemento sobre el que pivota la verdadera solución armonizadora y el desarrollo del resto de significados sociales. Además, el avance hacia esta armonía que nos propone el sistema económico es un reflejo del desarrollo natural de la sociedad hacia un cierto bien supremo, es decir, es interpretado como el cumplimiento de una especie de ley natural que prescribe el sometimiento a este imaginario social como antesala de la felicidad humana. En este punto observa T. Todorov que se tambalean los fundamentos de la democracia moderna y, por tanto, de la acción política, puesto que la evolución del liberalismo de principios de siglo XX a través del neoliberalismo de las décadas de 1950-1970, ha dado paso a un ultraliberalismo, en la última parte del siglo y comienzos del siglo XXI, que coloca a la economía en el lugar central del desarrollo social como encarnación de los intereses individuales que se imponen, de forma irremediable, sobre los intereses colectivos de la sociedad<sup>321</sup>. Desde esta perspectiva ultraliberal, la sociedad queda reducida a una masa indiferenciada de individuos que quedan representados, únicamente, por sus intereses económicos. Como afirma T. Todorov con cierto pesimismo,

la democracia está enferma de desmesura, la libertad pasa a ser tiranía, el pueblo se transforma en masa manipulable, y el deseo de defender el progreso se convierte en

---

<sup>320</sup> G. Sartori, *op. cit.*, p.18.

<sup>321</sup> T. Todorov, *op. cit.*, p.98.

espíritu de cruzada. La economía, el Estado y el derecho dejan de ser los medios para el desarrollo de todos y forman parte ahora de un proceso de deshumanización<sup>322</sup>.

El peligro para el sistema democrático en la actualidad es la desmesura que le amenaza desde dentro, la problemática asociada a que uno de sus elementos fundamentales adquiera un protagonismo excesivo y se convierta en la centralidad alrededor de la cual se construye todo el sistema. En otras palabras, el fracaso de los enemigos externos ha puesto de manifiesto que el mayor problema de la sociedad actual ha sido el desequilibrio de su propio desarrollo, y la importancia que ha ido capitalizando el sistema económico imperante como elemento de construcción social que conlleva la constitución de un nuevo cerco social solamente superable mediante una transformación del imaginario social. Y el aspecto fundamental en esta construcción de un nuevo imaginario es la aceptación de la pluralidad del pensamiento humano en la consecución de la autonomía social, la necesidad de tener que combinar diferentes visiones y consensuarlas como alternativa a la visión única del sistema económico.

### 3.3. LA DEMOCRACIA COMO OBSTÁCULO: MERCADO Y ANOMIA SOCIAL

En la introducción a su obra *Libertad en venta ¿Por qué vendemos democracia a cambio de seguridad?*, John Kampfner observaba que el Consenso de Washington había permitido consolidar la relación de reafirmación mutua entre la democracia liberal y el libre mercado. La crisis financiera que se desata a mediados de 2007 y se escenifica con la quiebra de Lehman-Brothers en 2008, ha permitido poner de manifiesto la estructura del sistema político y económico occidental que se basaba en la desvinculación del individuo respecto del proceso político en busca de la comodidad, anestesiado por una riqueza imaginaria y un consumismo sin límite<sup>323</sup>. En este contexto, y desde un punto de vista liberal, la concepción de la democracia moderna como un elemento de conformación de la autonomía social colisiona de forma frontal con la preponderancia que el concepto de *mercado* ha ido adquiriendo en nuestra sociedad actual a través del desarrollo del sistema económico imperante, de la *hybris* humana asociada al progreso y

---

<sup>322</sup> *Ibid.*, p.186.

<sup>323</sup> Véase J. Kampfner, *op. cit.*, pp.xxxv-xxxvi.

a la confianza ciega en este libre mercado como instrumento generador de un orden social espontáneo.

Desde un punto de vista neoconservador, y partiendo de una reflexión sobre las estructuras de los Estados a principios del siglo XXI, F. Fukuyama también critica el Consenso de Washington por haber promovido una liberalización extrema de la economía y, consecuentemente, haber impulsado un orden social que debilitaba las instituciones sociales<sup>324</sup>. En cierto sentido, lo que el autor norteamericano critica es que la eficiencia económica había impuesto una reducción del alcance del Estado en ciertas áreas geográficas en las que, por la seguridad del resto de países, quizá era necesario mantener un Estado más extenso en su alcance, e intenso en su actividad. Por todo ello, la visión crítica neoconservadora del Consenso de Washington como impulsor del dominio social de la ciencia económica se centra en la necesidad de mantener Estados fuertes que contrarresten cualquier tipo de apertura o movimiento democrático que pueda desestabilizar ciertos regímenes políticos y que afecten a otros países. En otras palabras, el neoconservadurismo cree necesario reforzar el *capital social* en las sociedades posmodernas con el objetivo de minimizar la diversidad de identidades que el individuo puede adoptar, y que conducen al surgimiento de diferentes grupos que debilitan las relaciones sociales<sup>325</sup>. Y este capital social puede ser impulsado de forma externa a un país determinado potenciando aquellos organismos e instituciones del país que puedan asegurar la construcción deseada del orden social. La democracia, según ya había considerado el autor norteamericano en una obra anterior, quedará determinada por un simple procedimiento formal por el que los ciudadanos de un país pueden elegir su «gobierno mediante elecciones periódicas, en votación secreta y con multiplicidad de partidos, por medio del sufragio adulto universal e igual»<sup>326</sup>.

Ambos puntos de vista, centrados sobre las consecuencias del avance del mercado sobre el orden social, nos retrotraen al análisis sobre la especialización de la sociedad y las consecuencias de la generación de una nueva solidaridad en base a los roles sociales asumidos por los individuos en la sociedad moderna, que ya había sido

---

<sup>324</sup> F. Fukuyama, *La construcción del Estado. Hacia un nuevo orden mundial en el siglo XXI*, Barcelona: Ediciones B, 2004, p.36.

<sup>325</sup> *Ibid.*, pp.102-103.

<sup>326</sup> F. Fukuyama, *El fin de la Historia y el último hombre*, Barcelona: Planeta, 1992, pp.79-80

desarrollado por Émile Durkheim en *La división del trabajo social*. La transición desde la *sociedad mecánica*, una sociedad sin distinción entre lo público y lo privado, que genera una masa social homogénea, a la *sociedad orgánica*, una sociedad basada en los diferentes roles que el individuo desarrolla y que genera redes de cooperación y heterogeneidad social, implica la interposición de grupos secundarios entre el individuo y la sociedad para asegurar la integración social. Estos grupos se organizan en base a las diferentes tareas o roles del individuo y generan normas autónomas de comportamiento y disciplina que permiten generar lo colectivo a partir de lo individual y su desarrollo autónomo<sup>327</sup>. Mientras en la sociedad mecánica la solidaridad surge de la reglamentación de la conciencia colectiva, en la sociedad orgánica la solidaridad es producto del solapamiento de las diversas reglamentaciones propias de los diferentes grupos a los que el individuo pertenece. La diferenciación que establece la división del trabajo social en nuestras sociedades actuales provoca la tensión con la influencia mecánica de la sociedad sobre el individuo y, como consecuencia, la descomposición de la vida social, la ruptura del equilibrio entre individuo y colectivo, y el consiguiente vacío que el individuo siente ante la falta de normas sociales claras que reglamenten su vida. La autoridad moral que constituye la sociedad es disuelta por los diferentes roles que el individuo debe desarrollar y se genera el vacío, la anomia social, la falta de normas y reglas claras de desarrollo individual y, lo que es más importante, la ausencia de interacción social, de creatividad social para generar nuevas normas y poder integrar de nuevo al individuo. Como el propio E. Durkheim afirma, «la división el trabajo no puede llevarse demasiado lejos sin que devenga una fuente de desintegración»<sup>328</sup>. En esta situación, los sentimientos colectivos no son capaces de contener las fuerzas centrífugas que fomentan la desintegración social del individuo, y la solidaridad orgánica debe moderar esta tendencia a la desintegración. El estado de anomia refleja la falta de esta solidaridad y la ausencia de reglamentación social<sup>329</sup>.

El sociólogo francés no es ajeno a la determinación económica sobre la división del trabajo social y el surgimiento del *mercado* como órgano central capaz de generar la

---

<sup>327</sup> Véase Luis R. Zúñiga, "Introducción". En Durkheim, Emile, *La división del trabajo social*, Madrid: Akal, 1982, pp.XXVI-XXIX.

<sup>328</sup> E. Durkheim, *La división del trabajo social*, Madrid: Akal, 1982, p.420.

<sup>329</sup> *Ibid.*, p.432.

solidaridad orgánica que la sociedad necesita. Sin embargo, la falta de reglas que determinen la adecuación de la producción al consumo no permite alcanzar la armonía desde un principio, sino que es fruto de un proceso en el que las alteraciones del equilibrio y las perturbaciones de larga duración son comunes. Ante esta situación, en la que el sistema económico imperante sitúa al mercado abstracto como garante y generador de la armonía y solidaridad social, la anomia social es el producto lógico. Una década después, en el análisis que realizó sobre el socialismo en Estados Unidos a principios del siglo XX, el sociólogo alemán Werner Sombart argumentaba que la carencia de implicación política que primaba en la sociedad estadounidense de la época se debía a las posibilidades individuales que existían para ascender socialmente. De acuerdo con esta tesis, la de la movilidad vertical, en cuyo desarrollo se ha observado que no está suficientemente argumentada<sup>330</sup>, el desarrollo de la visión económica individualista en la modernidad, cuyo elemento central de armonización ha sido el mercado, ha conducido a una cierta anomia social, a una pérdida de los lazos y relaciones sociales, que se complementa con el efecto de la movilidad horizontal o geográfica, que también contribuye a debilitar los lazos de reciprocidad y confianza que sustentan la acción colectiva, no solo de la clase obrera de aquella época, sino de la sociedad en su conjunto.

En la década de 1970, D. Bell retoma el análisis del orden social en las sociedades modernas y su transición a la sociedad posindustrial o posmoderna. Nuestra sociedad contemporánea se conforma, de acuerdo con el autor norteamericano, mediante ámbitos diferenciados, cada uno de los cuales dispone de un principio axial en base al cual se desarrolla. La propuesta analítica del autor norteamericano se construye en base a una estructura tecnoeconómica, una política y una tercera cultural, claramente diferenciadas y que se desarrollan de forma autónoma. En el ámbito tecnoeconómico se impone la racionalidad funcional y el economicismo como principio axial, desarrollados en base a la burocracia y la jerarquía derivadas de la especialización y la funcionalización asociada a los diferentes roles sociales. En el orden político, por su parte, el principio axial es la legitimidad que, en el caso de la democracia moderna, se fundamenta en la igualdad para poder alcanzar el consenso, la existencia de grupos

---

<sup>330</sup> J. Karabel, "Revisión del fracaso del Socialismo Americano". En Sombart, Werner, *¿Por qué no hay socialismo en los Estados Unidos?*, Palencia: Capitán Swing, 2009, p.210.

sociales que permitan la participación y la representación de los diferentes intereses particulares de la sociedad. La confrontación de los dos ámbitos, el tecnoeconómico y el político, de una estructura social burocrática y jerárquica, frente a un orden que implica la igualdad y la participación, es el origen de los conflictos sociales<sup>331</sup>, y nos revela el papel de la democracia moderna como obstáculo para el desarrollo del mercado. Daniel Bell también es consciente de la preponderancia de la economía en la sociedad actual y su influencia sobre su estructura cuando afirma que «el crecimiento económico se ha convertido en la religión secular de las sociedades industriales avanzadas: la fuente de las motivaciones individuales, la base de la solidaridad política, el fundamento de la movilización de la sociedad para un propósito común»<sup>332</sup>. Y esta confianza en el sistema económico y la tendencia a su desarrollo ilimitado nos sitúan ante el dilema de tener que responder a una exigencia creciente de necesidades materiales mediante un instrumento, el mercado, que no puede hacerles frente de una forma armónica y que se ve abocado a un vacío normativo, a un aislamiento del individuo, y una insatisfacción generalizada y crónica, que desembocará en una anomia social ya analizada a principios de siglo.

El Estado de anomia social que caracteriza a nuestras sociedades también es abordado por F. Fukuyama a partir de los conceptos de *Gemeinschaft* y *Gessellschaft* de Ferdinand Tönnies, y que pueden ser interpretados en un cierto paralelismo con los conceptos de *sociedad mecánica* y *sociedad orgánica* de E. Durkheim que ya hemos mencionado<sup>333</sup>. En este caso, F. Fukuyama sitúa el momento de desintegración social en la *Gran Ruptura* que supone el paso de una sociedad industrial a una sociedad posindustrial, o sociedad de la información<sup>334</sup>. Las regulaciones y normas de la sociedad industrial son disueltas por el poder que el individuo alcanza en la economía del conocimiento, en la que la información ocupa el lugar central en detrimento de la producción industrial. La consecuencia obvia de esta disolución es la pérdida de integración social del individuo, es decir, su aislamiento y sensación de pérdida de lazos

---

<sup>331</sup> D. Bell, *op. cit.*, pp.23-27.

<sup>332</sup> *Ibid.*, p.225.

<sup>333</sup> Sobre este paralelismo conceptual y otras posibles semejanzas conceptuales con las obras de otros autores véase Luis R. Zúñiga, "Introducción". En Durkheim, Emile, *La división del trabajo social*, Madrid: Akal, 1982.

<sup>334</sup> Véase F. Fukuyama, *La Gran Ruptura*, Barcelona: Ediciones B, 2000.



sociales y valores comunes que permitían su integración anterior<sup>335</sup>. En este mismo sentido podemos interpretar la aportación de Z. Bauman en su reflexión sobre la *Comunidad* cuando afirma que en nuestras sociedades actuales se nos plantea la disyuntiva entre seguridad y libertad, es decir, entre la visión colectiva que genera seguridad y descarga de responsabilidad al individuo sobre sus decisiones, y una visión individualista que promociona la libertad del propio individuo a expensas de los lazos sociales que cohesionan a la comunidad. En palabras de nuestro autor, «se han acabado la mayoría de los puntos de referencia constantes y sólidamente establecidos que sugerían un entorno social más duradero, más seguro y más digno de confianza que el tiempo que duraba una vida individual»<sup>336</sup>. El estado de anomia social que describía E. Durkheim se erige, en este caso, como consecuencia lógica de la imposición de un sistema económico que, en su desarrollo, prima la sustitución de un modo de producción material a una producción inmaterial que permita su propio despliegue. El desorden social que F. Tönnies observaba en la transición del siglo XVIII al siglo XIX debido a la Revolución industrial se repite en la actualidad con la transición económica de la materialidad a la inmaterialidad. La comunidad, la sociedad mecánica que determinaba al individuo, se ve sustituida por la sociedad, por una sociedad orgánica en la que los diferentes roles del individuo contribuyen a construir la colectividad, y que permite el reconocimiento de la existencia del propio individuo. En referencia a estas posiciones neoconservadoras y su interpretación de las relaciones entre la modernidad y la posmodernidad, J. Habermas observa que éstos, los neoconservadores, atribuyen el orden social posmoderno, caracterizado por el hedonismo, la anomia social y la preponderancia del individualismo, al papel de la cultura, sin relación alguna con el desarrollo de la economía y la correspondiente construcción social<sup>337</sup>. El desarrollo de la modernidad y la interpretación que nos propone D. Bell de un orden distribuido en tres esferas independientes y autónomas, la económica, la política y la cultural, propician esta visión neoconservadora y atribuye a los expertos en cada una de ellas el desarrollo de las mismas. El filósofo alemán, por tanto, argumenta que el desarrollo incompleto de la modernidad nos sitúa en una

---

<sup>335</sup> *Ibid.*, p.17.

<sup>336</sup> Z. Bauman, *Comunidad*, Madrid: Siglo XXI, 2006, p.41.

<sup>337</sup> J. Habermas, "La modernidad, un proyecto incompleto". En *La Posmodernidad*, Ed. Hal Foster, Barcelona: Kairós, 2006, p.25.

posmodernidad administrada por élites de expertos<sup>338</sup> que propiciarían, de acuerdo con la visión neoconservadora, la falta de identificación social y la retirada del individuo de esta esfera social, facilitando una situación anómica.

Sin embargo, de acuerdo con nuestra interpretación, este estado de anomia social que diversos autores describen en el desarrollo de la sociedad moderna tiene una descripción más concreta en *La Gran Transformación* que K. Polanyi escribió a mediados de la década de 1940, y en la que el autor austríaco reflejaba que el desmoronamiento moral de la sociedad se debía a que, en una situación en la que el desarrollo económico imponía la ruptura de la solidaridad social y la pérdida de la integración social del individuo, la sociedad había recurrido al mercado como «herramienta de coordinación espontánea que descarga a las sociedades de masas de la obligación de alcanzar consensos acerca de sus ideales de vida buena»<sup>339</sup>. El mercado se erige como sustituto de la propia acción social en la construcción de nuevas normas de cooperación y desarrollo ante las perturbaciones y alteraciones sociales. No obstante, ya en un artículo publicado en 1933, nuestro autor observaba acertadamente que «solo las perturbaciones que quedan confinadas en el ámbito restringido de la economía son susceptibles de vivir un restablecimiento económico espontáneo»<sup>340</sup>, es decir, que el mercado no puede ser un instrumento adecuado para intentar armonizar desequilibrios sociales, a pesar de que estos hayan sido generados desde el campo económico. Y, ante esta situación de anomia social, ante la «fosa que separa a la economía y la democracia», la tarea de la educación política debería ser «conducir a la democracia hasta la mayoría de edad mediante el conocimiento y el sentido de la responsabilidad»<sup>341</sup>. Sin embargo, la economía se ha impuesto como esfera autónoma sobre la política y, mediante el poder armonizador del mercado, se ha independizado del control social generando, justamente, el efecto contrario, que el mercado es el que

---

<sup>338</sup> En este sentido se pronuncia Kenneth Frampton cuando afirma que «la emergencia de la vanguardia es inseparable de la modernización de la sociedad», véase K. Frampton, "Hacia un regionalismo crítico: seis puntos para una arquitectura de resistencia". En *La Posmodernidad*, Ed. Hal Foster, Barcelona: Kairós, 2006, p.40.

<sup>339</sup> Véase César Rendueles, "Karl Polanyi. Más allá de la mentalidad de mercado". En Polanyi, Karl, *Los límites del mercado. Reflexiones sobre economía, antropología y democracia*, Madrid: Capitán Swing, 2014, p.11.

<sup>340</sup> K. Polanyi, *Los límites del mercado. Reflexiones sobre economía, antropología y democracia*, Madrid: Capitán Swing, 2014, p.36.

<sup>341</sup> *Ibid.*, p.57.

regula la vida social. En una sociedad en la que el crecimiento económico es la nueva pauta de desarrollo, todos los elementos de la sociedad deben ser dispuestos en favor de conseguir este objetivo y, para ello, el mercado, y sus reglas, deben extenderse a todos los factores productivos, especialmente a la tierra y el trabajo, como no cesa de recordarnos K. Polanyi. La sociedad moderna es una sociedad que asume que solamente necesita de bienes materiales para su existencia<sup>342</sup> y, consecuentemente, acepta la anomia social como corolario de esta premisa.

La situación, por tanto, parece resultar diáfana en este punto, puesto que la asunción del crecimiento económico como pilar fundamental del desarrollo social exige privilegiar el mercado como instrumento armonizador de las tensiones sociales y herramienta de re-equilibrio y compensación social. Pero, el desarrollo del mercado hasta sus últimas consecuencias, hasta el punto de incluir todos los aspectos de la vida social en aras del desarrollo económico, provoca el aislamiento del individuo que había surgido conjuntamente con la sociedad orgánica, y que era actor principal de su desarrollo. Los lazos sociales se ven disueltos por la acción del mercado y la antigua comunidad da paso a una sociedad insolidaria, incapaz de integrar al individuo. La única alternativa para recomponer esta situación anómica y establecer un marco para el relanzamiento de la creatividad social pasa, como observa K. Polanyi, por la restricción del mercado. Y aquí surge la paradoja, puesto que la restricción del mercado supone la restricción del desarrollo económico de acuerdo con los supuestos de la ciencia económica imperante y esto solo se puede hacer, afirma el autor austriaco, a través del poder político con bases democráticas, o a través de formas autoritarias en una sociedad totalitaria<sup>343</sup>. La integración social, la creación de nuevos lazos sociales, de redes de solidaridad, de un espacio en el que el individuo pueda, de nuevo, sentirse creador de una comunidad, solo puede realizarse subordinando la esfera económica a la esfera política allí donde las bases democráticas son lo suficientemente robustas y, en ausencia de las mismas, mediante los estados totalitarios de los que nuestro autor fue testigo a partir de la década de 1930.

---

<sup>342</sup> *Ibid.*, p.322.

<sup>343</sup> *Ibid.*, p.323.

Ante esta misma situación, D. Bell también observa que la complejidad de la sociedad moderna se traduce en una demanda de participación que supere la tecnocracia que se ha ido desarrollando en la transición hacia una etapa postindustrial. Y esta participación se desarrolla, fundamentalmente, mediante una democracia participativa que vuelva a colocar al individuo como dueño de la construcción social y a la economía como instrumento subordinado<sup>344</sup>. Pero este modelo implica la tensión creada por la contraposición de diferentes intereses, ya no solo individuales, sino también grupales. El autor norteamericano es bastante negativo respecto de la capacidad de una sociedad de construirse autónomamente y prevé que el aumento de las exigencias sociales en gran escala produzca tensiones entre diferentes sectores capaces de auto-organizarse para influir directamente sobre el funcionamiento del Estado. ¿Cómo alcanzar un equilibrio social en estas circunstancias? La democracia queda descartada por D. Bell por utópica, por lo que la única opción es la adopción de una administración estatal basada en el concepto de hogar público como instrumento capaz de equilibrar las «pretensiones de las personas como miembros de grupos»<sup>345</sup>. Y este instrumento requiere de una nueva élite política capaz de generar la legitimidad necesaria para el nuevo sistema político, una «fuente de autoridad moral y sabiduría política»<sup>346</sup>. La renuncia a una democracia capaz de articular la vida política de la sociedad se produce, además, por la asunción de que el sistema económico ha rebasado los límites de cualquier gobierno nacional y se extiende de una forma global. Ante esta pérdida de autonomía política, la cuestión a resolver es la posibilidad de crear una cooperación social capaz de maximizar la relación medios-fines generando la menor fricción social posible, pero siempre bajo la guía de la élite política.

La propuesta de F. Fukuyama, por su parte, frente a lo que denomina ausencia de normas, es la recuperación de un capital social, no solo como un conjunto de normas que permiten la cooperación entre las personas, sino también por su valor económico para la sociedad, por su capacidad de generar riqueza<sup>347</sup>. La Gran Ruptura acaecida en la transición desde la sociedad industrial a la postindustrial es interpretada, por nuestro

---

<sup>344</sup> D. Bell, *op. cit.*, p.194.

<sup>345</sup> *Ibid.*, p.37.

<sup>346</sup> *Ibid.*, pp.191-192.

<sup>347</sup> F. Fukuyama, *La Gran Ruptura*, Barcelona: Ediciones B, 2000, p.27.

autor, como la pérdida del capital social o los valores tradicionales que cohesionaban la sociedad y este hecho, obviamente, se traduce en la necesidad de recuperar estos valores, de revitalizar el capital social perdido. El neotribalismo que M. Maffesoli utilizaba para describir la sociedad actual supone, para F. Fukuyama, un intento de reconciliar la contradicción que se establece entre la necesidad de autonomía del individuo y la pertenencia a una comunidad. Y, en este contexto, el autor norteamericano concluye que la única vía posible para recuperar el orden social, conforme las sociedades se desarrollan económicamente, es un «orden político liberal y democrático»<sup>348</sup>. Pero, cualquier orden liberal no es adecuado, puesto que una excesiva liberalización puede conllevar una debilidad excesiva del Estado y, consiguientemente, un mayor peligro de desorden social<sup>349</sup>. El ámbito de la administración pública es la esfera en la que se desarrolla la solución a la construcción de un Estado fuerte, pero siempre bajo la premisa de que «a medida que una economía pasa de ser industrial a convertirse en postindustrial y depende cada vez más de la información y las aptitudes del trabajador, el grado de capacidad decisoria que se delega debe aumentar»<sup>350</sup>. Y esta delegación de capacidad decisoria se agrava ante la situación de debilidad que permite que los problemas generados por un Estado repercutan sobre la situación de otros Estados y, éstos, como medida preventiva, intenten intervenir sobre los Estados débiles, contra su voluntad, para solucionar el problema<sup>351</sup>. La base de esta visión del sistema internacional es que la «la legitimidad de las acciones de una democracia no reside, en definitiva, en la corrección de los procedimientos democráticos, sino en derechos y normas previos que provienen de un terreno moral más elevado que el orden legal»<sup>352</sup>. En conclusión, ante el problema de la anomia social generada por la expansión del mercado a todos los niveles de la sociedad, la solución no parece basarse en la

---

<sup>348</sup> *Ibid.*, p.347.

<sup>349</sup> En una obra posterior a su análisis de la evolución social hacia el postindustrialismo, F. Fukuyama reflexiona sobre la construcción de los Estados actuales y reacciona ante lo que considera un excesivo liberalismo y su consiguiente reducción del Estado y de su autoridad, que puede conllevar una debilidad excesiva y una proliferación de problemas sociales, véase F. Fukuyama, *La construcción del Estado. Hacia un nuevo orden mundial en el siglo XXI*, Barcelona: Ediciones B, 2004, pp.36-42.

<sup>350</sup> F. Fukuyama, *La construcción del Estado. Hacia un nuevo orden mundial en el siglo XXI*, Barcelona: Ediciones B, 2004, pp.107-108.

<sup>351</sup> *Ibid.*, p.144.

<sup>352</sup> *Ibid.*, p.169.

potenciación de la democracia, sino que ésta se convierte en un obstáculo que hay que salvar a través de organismos internacionales.

Este cambio de rol de la democracia a partir de la década de 1980 es destacada por Bernat Riutort en su análisis de la transición desde el capitalismo regulado posterior a la Segunda Guerra Mundial, que había generado una dinámica social desarrollista e inclusiva, al capitalismo global financiarizado, que transforma la estructura política internacional y, especialmente, la función del Estado que en la etapa anterior ocupaba «un lugar central en la regulación de los procesos económicos y sociales de su respectiva sociedad»<sup>353</sup>. La nueva estructura social de acumulación impone la autonomía del capital respecto del Estado y su poder regulador, reduciendo, paralelamente, el poder de la democracia, que se ve superada por la dimensión internacional que adquiere el desarrollo del sistema económico. En la conformación de la segunda modernidad -la sociedad del riesgo en términos de Ulrich Beck- las primeras víctimas, según el autor alemán, son «las instituciones republicanas y la vitalidad de la cultura democrática»<sup>354</sup>. La globalización asociada impulsada en esta segunda modernidad se traduce en la debilidad de las estructuras del estado y su autonomía que, en lugar de hacia una democracia más intensa y extensa, nos conduce hacia una sociedad mundial tecnocrática pospolítica<sup>355</sup>.

Paradójicamente, la posición neoconservadora que trataba de reaccionar ante la anomia social asociada al desarrollo del mercado, desemboca en una potenciación de la democracia liberal occidental que, lejos de configurarse como una democracia deliberativa y participativa, se articula en base a una democracia representativa que, realmente, solo funciona como un marco de actuación de élites gestoras -élites políticas en términos acuñados por D. Bell, o expertos en administración pública según F. Fukuyama- que pretenden desarrollar un programa muy similar, y de carácter marcadamente económico. Por ello, nuestro autor concluye que estamos ante un «proyecto posdemocrático»<sup>356</sup>, un sistema en el que el Estado ya no es el elemento central capaz de articular un consenso entre diferentes visiones económicas y sociales,

---

<sup>353</sup> B. Riutort, *La gran ofensiva. Crisis global y crisis de la Unión Europea*, Barcelona: Icaria, 2014, p.10.

<sup>354</sup> U. Beck, *op. cit.*, p.19.

<sup>355</sup> *Ibid.*, p.24.

<sup>356</sup> B. Riutort, *op. cit.*, p.23.

sino que estas son determinadas por instancias externas que presionan para asegurar el sistema económico que permite desarrollar el estado social de acumulación establecido. La gobernanza posdemocrática impulsada por el neoliberalismo y el neoconservadurismo persigue la reconstrucción de un orden social que, realmente, permita mantener el sistema económico y relega a un segundo plano la potenciación del *demos* del Estado como base fundamental de la democracia. El sistema impulsado, basado en el concepto de la democracia liberal occidental, se concentra en el desarrollo económico y la recuperación de las condiciones que aseguren a futuro su reproducción, pero no aborda directamente una recuperación de la cohesión social en base a la política como fundamento de la construcción de una nueva visión social. En otras palabras, el sistema implantado como resultado de la *Tercera Ola de democratización*<sup>357</sup> hace abstracción del proceso democrático deliberativo y asegura el poder transnacional de los capitales. La gobernanza internacional de base económica se erige como un instrumento dirigido por una nueva élite de expertos capaces de gestionar sistemas complejos, y que, como afirma Z. Bauman, es «extraterritorial»<sup>358</sup>, es decir, puede desarrollarse como una élite global con independencia de cualquier comunidad, de cualquier lazo social que implique cohesión y acción política.

### **3.4. EL PUNTO FINAL IDEOLÓGICO: EL DOGMA ECONOMICISTA DE LA SOCIEDAD GLOBAL**

En su reflexión sobre el *final de la historia*, F. Fukuyama observaba que la caída del muro de Berlín en 1989 suponía la victoria definitiva de la democracia liberal occidental, pero a nivel ideológico, puesto que a nivel material todavía debería transcurrir tiempo para su expansión global. El fin de la Historia es planteado por F. Fukuyama a raíz de la debilidad económica del sistema soviético<sup>359</sup>, la última alternativa a la democracia liberal. En cierto sentido, el autor norteamericano nos plantea el dominio que la ciencia económica adquiriría en nuestras sociedades contemporáneas y su imposición frente a otras cuestiones de índole social. La

---

<sup>357</sup> Véase, S. Huntington, *La Tercera Ola. La democratización a finales del siglo XX*, Barcelona: Paidós, 1994.

<sup>358</sup> Z. Bauman, *Comunidad*, Madrid: Siglo XXI, 2006, p.49.

<sup>359</sup> F. Fukuyama, *El fin de la Historia y el último hombre*, Barcelona: Planeta, 1992, pp.60-61.

dimensión utilizada para medir lo que un sistema político era capaz de generar para una sociedad quedaba reducida a la economía, a la capacidad del sistema de generar una productividad mayor que otros sistemas<sup>360</sup>. El sistema vencedor es aquel capaz de guiarse por un mundo dinámico y productivo orientado por el *mercado* hacia el crecimiento económico y que se impone a nivel global, como afirma F. Fukuyama al invitar a «reconocer que ha surgido en los últimos siglos algo así como una cultura realmente global, centrada en el crecimiento económico fomentado por la tecnología y en las relaciones sociales capitalistas necesarias para producirla y sostenerla»<sup>361</sup>. Una observación similar realizaba el filósofo italiano Giovanni Sartori al reflexionar sobre el desarrollo de la democracia después del comunismo, dado que la caída de la dictadura comunista soviética no suponía el final de las dictaduras a nivel global, pero sí que significaba «la victoria del mercado sobre la planificación»<sup>362</sup>, a la que añadía la imposibilidad de retorno. Lo que el autor italiano quería destacar era que lo fundamental de este suceso no era el triunfo de la democracia liberal en la esfera política, sino su triunfo en el nivel económico. Y este triunfo económico es el que traccionaría de la democracia como una demanda insoslayable de la sociedad global, un argumento con cierta similaridad al utilizado por F. Fukuyama en *La Gran Ruptura* o Samuel P. Huntington en *La Tercera Ola*.

La crítica marxista de la economía política clásica se centraba, fundamentalmente, en la explotación de la fuerza de trabajo como factor productivo, pero, en la actualidad, la extensión que ha alcanzado la ciencia económica nos muestra que su verdadera fuerza y origen no radicaba en este aspecto, como observa Jean Baudrillard, sino en su capacidad para construir un nuevo dogma que controla al resto de las ideologías, un «código general de abstracción racional»<sup>363</sup>. La economía se ha revelado como un instrumento de control social que ha alcanzado su propia autonomía y su estatus ideológico independientemente del sistema económico imperante. Esta independencia es paradójica en el hecho observado por el autor francés por el que la crítica materialista de la ideología, que pone su énfasis en la autonomización de los

---

<sup>360</sup> *Ibid.*, pp.64-65.

<sup>361</sup> *Ibid.*, p.183.

<sup>362</sup> G. Sartori, *op. cit.*, p.24.

<sup>363</sup> J. Baudrillard, *El espejo de la producción (o la ilusión crítica del materialismo histórico)*, Barcelona: Gedisa, 1980, p.139.



valores de conciencia y cultura, se vuelve en su contra, es decir, contra el materialismo en el momento en que lo económico, lo material, es de nuevo elemento determinante de lo social<sup>364</sup>. En su análisis de la sociedad postindustrial que adquiriría forma a finales de la década de 1960, Guy Debord observaba que la economía se imponía como ciencia dominante en la construcción social, y que se traduciría en un proceso interminable de satisfacción de pseudo-necesidades del individuo<sup>365</sup>. Ante este dominio de la economía, el filósofo alemán Jürgen Habermas enfatizaba la necesidad de que la sociedad cree una serie de instituciones capaces de limitar este dominio de lo económico, como reconocimiento de que la imposición de la ciencia económica se ha traducido en la actualidad en una pérdida de implicación en los aspectos comunes de la sociedad, en la política<sup>366</sup>. En este mismo sentido se pronuncia Edgar Morin cuando afirma que «los avances de la ciencia, la técnica, la industria y la economía, que a partir de ahora propulsan la nave espacial Tierra, no están regulados por la política, la ética ni el pensamiento»<sup>367</sup>. No obstante, el autor francés expresa su confianza en que la creatividad social será capaz de superar el dogmatismo económico<sup>368</sup> y generar las instituciones sociales que J. Habermas demanda. La economía, según el autor francés, se ha revelado como una ciencia matemáticamente avanzada pero socialmente muy atrasada que, habiendo fragmentado la complejidad social, ha proyectado una realidad unidimensional a partir de lo multidimensional<sup>369</sup>. El dogmatismo económico se refleja en su dejación de todo aquello que no sea calculable ni mensurable, en su abandono de toda dimensión social que no esté recogida en la producción y el crecimiento, para concluir que «es este tipo de pensamiento el que ha invadido la política»<sup>370</sup>. En otras palabras, estamos ante lo que Ulrich Beck ha denominado *democracia truncada*, puesto que cualquier cuestión relacionada con el cambio tecnológico-social queda fuera del ámbito de la decisión político-parlamentaria<sup>371</sup>.

---

<sup>364</sup> *Ibid.*, pp.160-161.

<sup>365</sup> G. Debord, *op. cit.*, pp.54-60.

<sup>366</sup> J. Habermas, "La modernidad, un proyecto incompleto". En *La Posmodernidad*, Ed. Hal Foster, Barcelona: Kairós, 2006, p.34.

<sup>367</sup> E. Morin, *op. cit.*, p.9.

<sup>368</sup> *Ibid.*, p.24.

<sup>369</sup> *Ibid.*, pp.49-50.

<sup>370</sup> *Ibid.*, p.128.

<sup>371</sup> U. Beck, *op. cit.*, pp.109-110.

La sociedad global se ha construido, por tanto, en base a un imaginario social en el que el concepto de progreso ha estructurado la sociedad apoyándose en el dogma economicista. En este sentido se pronuncia Samir Amin cuando observa que las ideas generales que gobiernan el mundo liberal actual se refieren a una eficacia social confundida con la eficacia económica y la rentabilidad financiera del capital que se le asocia<sup>372</sup>. No es de extrañar, por tanto, que todo el pensamiento social quede atrofiado y reducido al enfoque economicista imperante y el desarrollo de un mercado libre que la democracia liberal occidental sustenta e impulsa. El pensamiento económico se impone sobre la realidad política, subyuga la esfera de la acción social y la doblega imponiendo su criterio de eficiencia. En este contexto, la ciencia económica, como ya hemos comentado, genera un principio de racionalidad superior y externo a la sociedad, que permite reducir la democracia como sistema político a un conjunto de procedimientos formales vacíos de cualquier contenido normativo. El mercado libre se erige como principio ideológico fundamental dentro de la construcción social, y el paradigma de este sistema democrático, de la *democracia de baja intensidad* según la denominación utilizada por S. Amin, es la democracia estadounidense, en la que se vislumbra con claridad la «total separación entre la gestión de la vida política, fundada en la práctica de la democracia electoral, y la vida económica, condenada a seguir las leyes de la acumulación del capital»<sup>373</sup>. Una pérdida de interés del pueblo estadounidense en participar en la esfera política que ya había observado Werner Sombart a principios del siglo XX<sup>374</sup>.

El imaginario social global ha impuesto una pérdida de la cohesión social, de la solidez de la comunidad tradicional, impulsando una situación de incertidumbre para el individuo que podemos asociar con la vida líquida moderna de Z. Bauman. En este nuevo escenario, la acción redentora<sup>375</sup> de la acción social, la esfera política, queda arrinconada en favor del dogma economicista que alimenta dicha incertidumbre y que reproduce las condiciones de liquidez de la sociedad global. La política ha sido vaciada

---

<sup>372</sup> S. Amin, *El virus liberal. La guerra permanente y la norteamericanización del mundo*, Barcelona: Hacer, 2007, p.11.

<sup>373</sup> *Ibid.*, p.62.

<sup>374</sup> W. Sombart, *¿Por qué no hay socialismo en los Estados Unidos?*, Palencia: Capitán Swing, 2009, p.230.

<sup>375</sup> Z. Bauman, *Comunidad*, Madrid: Siglo XXI, 2006, p.83.

de sus contenidos tradicionales y suplantada por la economía<sup>376</sup> a partir de la década de 1990, coincidiendo con la desregulación absoluta del sistema financiero global.

#### **4. EL MONISMO IDEOLÓGICO DESDE LA ILUSTRACIÓN**

La consolidación de la heteronomía social que ha propiciado el ascenso de la ciencia económica a la categoría de significación social central dentro de nuestro imaginario social global, no solamente ha sido propiciado por la imposición del dogma economicista a nivel ideológico, y apoyado en el desarrollo institucional de nuestras sociedades, sino que representa un ejemplo del monismo ideológico que ha caracterizado el desarrollo social desde la época ilustrada. El desarrollo de la filosofía de la historia ha permitido la posibilidad de afianzar la idea de una potencial direccionalidad en la transformación social, guiada por una pretendida perfectibilidad del ser humano que progresa, indefectiblemente, hacia el bien, y que se traduce en una normatividad social y un determinismo histórico que, posteriormente, por efecto del mismo monismo ideológico, se transforma en determinismo económico.

##### **4.1. HISTORIA Y CONFIGURACIÓN DE LA SOCIEDAD**

El final del siglo XVIII fue testigo de dos acontecimientos que determinaron el desarrollo de la sociedad europea, la Revolución francesa y las guerras napoleónicas derivadas de la misma que sacudieron toda Europa hasta la certificación de la derrota de Napoleón en el Congreso de Viena celebrado en 1815, y el surgimiento de la reaccionaria Santa Alianza. Con anterioridad a estos sucesos, en la segunda mitad del siglo XVIII, se había ido gestando el proceso de emancipación de la Razón humana, la reflexión sobre la Historia, y el progresivo desplazamiento de la Providencia como elemento de articulación de la misma. En ese siglo se produce una recuperación de la Historia como ciencia, una visión positivista de la misma que persigue en cada hecho

---

<sup>376</sup> En el Prólogo de su obra *Sendas de democracia*, F. Quesada realiza un certero análisis de la democracia liberal a partir la caída del Muro de Berlín y la suplantación económica de los contenidos de la Política, véase F. Quesada, *Sendas de democracia*, Madrid: Trotta, 2008.

histórico conexiones que permitan generar certezas. La ciencia histórica así concebida se orienta hacia la búsqueda de un sentido al devenir histórico, del hilo conductor que liga los diferentes hechos históricos y permite concebir la Historia como un sistema<sup>377</sup>. Este desarrollo conduce a las formulaciones de Turgot y Adam Smith, que suponen una anticipación de la concepción *comteana* de la historia y que asumen como ley del desarrollo histórico la evolución intelectual a través de tres estadios hasta llegar a la situación actual.

En la década de 1750 se formula por primera vez esta teoría de la Historia en cuatro estadios, que no corresponde a una Historia universal, sino más bien a la división de la misma en cuatro fases en función del modo de subsistencia típico de cada una de ellas<sup>378</sup>. En esta primera visión materialista de la historia humana, desarrollada en paralelo por Turgot y A. Smith, la idea de progreso pasa a dominar el pensamiento sobre la sociedad y la orienta hacia un fin. El hecho de que la humanidad comparta una naturaleza idéntica ya había permitido la concepción de una historia universal y la búsqueda de las leyes o causas universales que la determinan. El mecanismo de causa-efecto se había erigido en elemento fundamental de transformación de la sociedad, como consecuencia del método empírico y analítico que Montesquieu había impulsado para el estudio de la misma<sup>379</sup>. La recopilación de datos para la búsqueda de regularidades permite construir la idea de que existe una racionalidad subterránea que vertebra la diversidad social y que, consecuentemente, es posible reducir la diversidad y pluralidad social a un número limitado de tipos<sup>380</sup>. Pero la teoría de la historia que subyace bajo el modelo social analítico de Montesquieu contempla la posibilidad de que, además de avances, se produzcan retrocesos en la evolución social, es decir, evita un optimismo exacerbado en la capacidad humana de transformar la sociedad siempre en formas superiores de organización, y asume el cambio en diversas direcciones. La concepción de la historia que construyen Turgot y A. Smith, como anticipo de la posterior ley de los tres estadios de Auguste Comte, supera la carencia de optimismo en la teoría de Montesquieu, y asume la evolución de la historia como un proceso

---

<sup>377</sup> A. Torres del Moral, "Estudio Preliminar". En Condorcet, *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*, Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2004, p.LXX.

<sup>378</sup> S. Juliá y A. Martínez, *Teoría e Historia de los Sistemas Sociales*, Madrid: UNED, 1997, p.129.

<sup>379</sup> *Ibid.*, p.146.

<sup>380</sup> *Ibid.*, p.147.

acumulativo en etapas. El progreso de la humanidad no depende de la voluntad humana, y se separa también de la influencia de la providencia divina, pasando a depender, exclusivamente, de una ley universal, la de los cuatro estadios. No obstante, frente a este optimismo de Turgot se sitúa otro pensador ilustrado, Rousseau, que, ante la teleología de la historia que imprime jerarquía y orden, y cuya cima se alcanza en el hombre europeo civilizado, rechaza la visión de la historia como un espejo de la naturaleza y la consiguiente validez de los principios de la segunda en la primera.

En el contexto de estos desarrollos ideológicos, Immanuel Kant da forma a su pensamiento centrado en el rasgo emancipador de la razón humana y su capacidad para reflexionar sobre el hecho histórico. La Razón es una y común para todos los hombres, éstos comparten, igualmente, una única naturaleza humana que permite establecer leyes generales con validez universal y, de esta forma, adquiere sentido la búsqueda de ciertas regularidades en el acontecer histórico y de la acción humana en su conjunto<sup>381</sup>. En otras palabras, de acuerdo con el pensamiento de I. Kant, la historia está regida por una serie de leyes naturales fijas que determinan unas normas para el acontecer histórico, aunque admitiendo la posibilidad de la libertad del ser humano para poder actuar como decida ante este acontecer histórico. El sujeto de la historia universal kantiana no son ni los individuos ni los pueblos, sino la humanidad en su conjunto como especie sujeta a estas leyes naturales históricas. Todos estos elementos particulares de la historia, realmente, cooperan en la conformación de la Historia Universal. De acuerdo con este concepto, la humanidad se dirige a un estado de plena racionalidad según el desarrollo de una ley universal y justa, que se impone naturalmente, y que asegura la armonía perpetua. En este sentido, dado que el desarrollo Natural de la Historia tiende siempre a lo mejor, cualquier atisbo de retroceso histórico es contradictorio y absurdo. La Historia Universal es un proceso continuo e ininterrumpido de carácter ascendente hacia la mejora y la perfección de la situación del ser humano, hacia una plena racionalidad que asegure la armonía. El proceso histórico es lento y, según una visión parcial de la Historia, puede parecer un retroceso, pero la visión amplia kantiana asegura que avanza hacia el fin inevitable que ha dispuesto el Creador. La Historia Universal kantiana tiene,

---

<sup>381</sup> *Ibid.*, p.103.

por tanto, un carácter providencialista, y el ser humano puede coadyuvar en la aceleración hacia este fin, o puede dedicarse a poner obstáculos.

Georg Wilhelm Hegel compartía este sentido racional de la historia, pero el fin de la misma ya no venía impuesto por la providencia sino que se había alcanzado con la Revolución francesa y Napoleón, que personalizaba la racionalidad histórica. El principio fundamental de Hegel es también la Razón, principio viviente y creador, que se desenvuelve según un esquema dialéctico: afirmación, negación, y negación de la negación, momento en el que integra y trasciende los dos momentos anteriores. El nuevo punto de llegada supone un enriquecimiento respecto a los estadios anteriores de la Razón, por lo que el avance de la misma es un movimiento de crecimiento constante. La historia para Hegel también es historia universal, pero en el sentido de narrar el «desarrollo en el tiempo de la Razón»<sup>382</sup>. La Razón ocupa en Hegel el lugar de la providencia y se constituye como la materia y forma de toda vida, es la realidad en su conjunto. El universo es la producción de la Razón y el sujeto de la historia, que es su transcurrir en el tiempo. A diferencia, por tanto, de la providencia, la Razón es el único sujeto, nada tiene existencia fuera de ella y, por tanto, la historia no puede narrar los hechos de los hombres como realidad externa a la providencia, sino solamente la historia del transcurrir en el tiempo de la propia Razón. De acuerdo con estas premisas, el devenir histórico determina el alejamiento de la humanidad respecto de la Naturaleza y sus leyes para alcanzar el reino de la racionalidad pura. La Historia Universal hegeliana es el devenir de la conciencia colectiva, del espíritu de los pueblos en este avance hacia la racionalidad. Por ello, el ser humano se erige como medio a través del cual lo divino se convierte en acción histórica. En este sentido, la historia nunca puede retroceder ni detenerse, puesto que la Razón no puede hacerlo, y representará el avance a través de diferentes estados hasta la absoluta libertad, identificada con la completa racionalidad. El dolor, el sufrimiento y la lucha son algo necesario y están representados en el elemento negativo que actúa como dinamizador de la historia, como catalizador del proceso dialéctico.

La *Fenomenología del espíritu* de G.W.F. Hegel aparece en 1807 como la primera parte de un sistema que se debía completar con otras obras, y que aspiraba a

---

<sup>382</sup> *Ibid.*, p.107.

constituir una historia científica de la conciencia que trazase su devenir<sup>383</sup>, que aglutinase toda la experiencia humana y nos hiciese conscientes de la misma, es decir, nos revelase dicha experiencia. En el origen de este proceso Hegel coloca la contradicción que se establece entre el amo y el esclavo, y cómo este último debe, progresivamente, adquirir conciencia del carácter liberador del trabajo a través de tres etapas o actitudes: 1) la actitud estoica; 2) la actitud escéptica; y 3) la actitud cristiana, que se traducían en la asunción de que cualquier amo se sitúa en plano de igualdad con el esclavo ante Dios. Ante este proceso cuya culminación es la solución de cualquier problema mundano en la trascendencia cristiana, la izquierda hegeliana observó que la actitud cristiana era sinónimo de alienación, es decir, de «evasión ante los problemas mundanos y confianza inane en un Dios omnirresolutor que supliría el esfuerzo humano»<sup>384</sup>. Esta visión se contraponía, en principio, a la hegeliana, que postulaba la liberación del esclavo que, consciente de las libertades ilusorias, se esforzará por transformar su existencia e imponerse al amo, alcanzando la pretendida autoconciencia cognoscitiva. Este postulado hegeliano se transforma en una condena de cualquier tentativa individual que pretenda alcanzar la salvación, que solo es posible mediante un esfuerzo colectivo y que se ejemplifica en la experiencia de la especie humana, en la vida ética de los pueblos. Y la historicidad de estas experiencias, su conexión interna, la dialéctica que se establece entre los diferentes estadios históricos, y su sucesión lógico-metodológica constituye la *Fenomenología*<sup>385</sup>.

En este sentido, el Estado prusiano que determina su época es considerado por Hegel como «nacimiento y transición a un nuevo periodo»<sup>386</sup>, un proceso de ruptura con el mundo anterior y de movimiento progresivo hacia la verdad, puesto que el autoconocimiento del espíritu, su fenomenología, no es otra cosa que el propio producto de una transformación de múltiples formas de cultura. Este proceso de autoconocimiento es un camino que el individuo particular debe recorrer de acuerdo a la

---

<sup>383</sup> C. Díaz, "Dossier informativo". En Hegel, G.W.F., *Fenomenología del Espíritu*, Madrid: Alhambra, 1986, pp.35-37.

<sup>384</sup> *Ibid.*, p.46.

<sup>385</sup> La insistencia en el devenir y la necesidad de tener en cuenta el conjunto del proceso y no solamente el resultado final se expresa en su reflexión sobre la verdad como sistema científico, en la que afirma: «Porque la cosa no se agota en su finalidad, sino en su desarrollo, ni el resultado es el todo real, sino el resultado junto con su devenir», véase G.W.F. Hegel, *Fenomenología del Espíritu*, Madrid: Alhambra, 1986, p.67.

<sup>386</sup> G.W.F. Hegel, *Fenomenología del Espíritu*, Madrid: Alhambra, 1986, p.72.

transformación determinada por el espíritu universal, que ya ha marcado dicho camino en base a épocas anteriores, a experiencias o patrimonio pretérito<sup>387</sup>. Y, además, la dialéctica de esta autoconciencia está guiada por el progreso, por un tránsito incontenible que no permite encontrar satisfacción en ninguna estación anterior<sup>388</sup>.

El análisis retrospectivo del pensamiento europeo sobre esta cuestión conduce a François Flahault a constatar que el desarrollo de la Historia del mundo se ha relacionado de forma continuada con el papel de la Providencia que, a partir de la modernidad, como hemos observado, se asocia a la creencia secularizada en el Progreso<sup>389</sup>. Este elemento es recuperado también por Edgar Morin cuando, al situar en el comienzo de la Modernidad el despliegue de la razón de una forma crítica y constructiva, desautorizando los mitos y las religiones imperantes en la etapa premoderna, criticaba dicho despliegue, que calificaba de miope<sup>390</sup>, por haber derrumbado una serie de mitos sin tener en cuenta el contenido humano de los mismos y, consiguientemente, haber vuelto a generar tres nuevos grandes mitos: 1) el mito del dominio del universo; 2) el mito del progreso; y 3) el mito de la felicidad. Y, de estos tres mitos, es el mito del progreso el que guía a la sociedad en la transición a la posmodernidad y configura el orden social imperante como si fuese una ley ineluctable de la historia en la formulación ya trazada por Condorcet. La base de la explicación de este desarrollo de la Historia como despliegue del principio del Progreso es identificada por F. Flahault en la expansión del imperio de la causalidad asociado al desarrollo de las matemáticas. Esta extensión, que creaba una tensión insuperable con el papel de la Providencia, se resuelve, por tanto, en la secularización de ésta última, es decir, en la secularización de la idea cristiana de la historia universal como un «plan global que abarca desde la Creación hasta el fin del mundo»<sup>391</sup>.

La formulación más influyente de esta teoría secularizada del papel de la Providencia en el desarrollo de la Historia, de entre las que hemos descrito, es la dialéctica hegeliana de principios del siglo XIX. De acuerdo con la interpretación de F.

---

<sup>387</sup> *Ibid.*, pp.86-87.

<sup>388</sup> *Ibid.*, p.131.

<sup>389</sup> F. Flahault, *El crepúsculo de Prometeo. Contribución a una historia de la desmesura humana*, Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2013, p.60.

<sup>390</sup> E. Morin, *op. cit.*, p.32.

<sup>391</sup> F. Flahault, *op. cit.*, p.62.



Fukuyama, el autor alemán colocaba a las pasiones humanas como motor de la historia, puesto que las tensiones surgidas de la interacción de las mismas desembocaba en los conflictos, las revoluciones y las guerras. El avance de la historia se resume en un conflicto continuo entre diferentes sistemas de pensamiento del que surgen nuevos sistemas menos contradictorios y, por lo tanto, más elevados<sup>392</sup>. La dialéctica se revela, asimismo, como una herramienta que socava el área de la incertidumbre y la transforma en dominio<sup>393</sup>, es decir, constata la existencia de una ley natural que elimina lo desconocido y lo transforma en seguridad. El progreso se erige como un instrumento determinista de nuestra sociedad, el prisma bajo el que todo es concebido, y el elemento que configura el nuevo mesianismo moderno. Y este concepto armonizador que configura la nueva realidad social moderna se proyecta, no cabe duda, en la ciencia económica clásica a través de la mano invisible del mercado, capaz de reconciliar tensiones insuperables. El marxismo, en su intento de suministrar una alternativa a la economía clásica, asumió esta condición mesiánica del progreso, de la racionalidad elevada a la máxima expresión, tomando «de la dialéctica y las *leyes de la historia* la seguridad de que la armonía acabaría llegando»<sup>394</sup>. Y, por ese mismo motivo, en opinión de Jean Baudrillard, dejó de suministrar una alternativa real al capitalismo cuando asumió el postulado clásico de que la producción de la riqueza social estaba asociada exclusivamente al trabajo y la producción<sup>395</sup>, y que, por tanto, la liberación del hombre se reducía a la liberación de las fuerzas de producción. El marxismo no ha sido consciente de la inexistencia de un modo de producción anterior al de nuestras sociedades modernas, de que la dialéctica es un instrumento que solamente se puede aplicar a nuestras sociedades y que, por tanto, el *código de la producción* -aplicando el término utilizado por J. Baudrillard- ha sido el encargado de reescribir la historia<sup>396</sup>. El materialismo histórico ha sido incapaz de abrirse a otros modos de comprensión de la realidad social, ha primado un acercamiento racionalista a la realidad circundante y, consecuentemente, ha abdicado de cualquier pretensión universal de acercarse a la verdad. Un objetivo que Guy Debord sitúa en la propia realización de la Historia, que se

---

<sup>392</sup> F. Fukuyama, *El fin de la Historia y el último hombre*, Barcelona: Planeta, 1992, p.100.

<sup>393</sup> F. Flahault, *op. cit.*, p.63.

<sup>394</sup> *Ibid.*, p.63.

<sup>395</sup> J. Baudrillard, *El espejo de la producción (o la ilusión crítica del materialismo histórico)*, Barcelona: Gedisa, 1980, p.25.

<sup>396</sup> *Ibid.*, p.73.

concretaría en que todos los hombres fuesen «protagonistas y dueños de su historia»<sup>397</sup>, es decir, sean capaces de hacer Historia. Sin embargo, la modernidad se autonomiza<sup>398</sup> de la mano del progreso racionalista y transita desde una etapa industrial a lo que Ulrich Beck denomina una *sociedad del riesgo*, una segunda modernidad en la que, de forma inconsciente, afloran las consecuencias imprevistas de esta racionalidad hiperdesarrollada. El propio desarrollo de la racionalidad moderna envuelve cualquier alternativa que se pueda construir y, en su carácter determinista, no da opción en la esfera política a una construcción diferente a la sociedad del riesgo.

Pero, ¿se puede vislumbrar un final de este desarrollo? ¿Existe algún límite al Progreso? A este respecto, al plantear su tesis sobre el *fin de la Historia*, observaba F. Fukuyama que la secularización armonizadora de la Providencia que había iniciado Hegel y había retomado Marx se traducía en una evolución finita de la sociedad humana, un desarrollo social que finalizaría cuando su orden «satisficiera sus anhelos más profundos y fundamentales»<sup>399</sup>. En este contexto, el concepto de progreso surgido en la modernidad nos ha conducido a la imposición de la esfera de la economía en la construcción del orden social como resultado de una pretendida ley natural. Nos encontramos, por tanto, ante la tesis defendida por F. Fukuyama de que tiene sentido hablar de una historia direccional, orientada y coherente, que es la que nos conduce a la democracia liberal, y que se basa en dos pilares fundamentales, la evolución de la economía y la satisfacción que esta evolución consigue de los anhelos de reconocimiento del individuo<sup>400</sup>. No importa si en este proceso direccional se producen retrocesos puntuales que conducen a empeorar ciertas situaciones sociales, puesto que, a largo plazo, se impondrá la ley del progreso y la armonía de la democracia liberal.

A la luz de esta tesis, cualquier circunstancia social debe ser comprendida dentro del contexto del proceso histórico, es decir, se convierte en una etapa insoslayable del progreso de la historia. Y, por tanto, el fin de la Historia, en este caso el advenimiento y desarrollo de la democracia liberal, hace inteligible cada suceso histórico<sup>401</sup>, que constituye un paso progresivo hacia la elevación «del hombre a la plena racionalidad y a

---

<sup>397</sup> G. Debord, *op. cit.*, p.23.

<sup>398</sup> U. Beck, *op. cit.*, p.114.

<sup>399</sup> F. Fukuyama, *El fin de la Historia y el último hombre*, Barcelona: Planeta, 1992, p.12.

<sup>400</sup> *Ibid.*, p.13.

<sup>401</sup> *Ibid.*, p.95.

la percepción de cómo esta racionalidad se expresa en el autogobierno liberal»<sup>402</sup>. La democracia liberal se sustenta, por tanto, en la combinación de dos elementos fundamentales, por un lado el desarrollo económico, la imposición del dogma economicista en la sociedad y, por otro, la consecución del reconocimiento individual que, realmente, queda subsumido dentro del primero, puesto que F. Fukuyama afirma que es la esfera económica la que ha posibilitado la realización de este reconocimiento individual y la armonización de todo potencial conflicto. El apoyo que el autor norteamericano busca en Alexandre Kojève nos remite nuevamente a la esfera económica, en la que se pueden conciliar los contrapuestos intereses derivados de la lucha por el reconocimiento. A pesar de la pretendida escapatoria del materialismo económico que F. Fukuyama cree encontrar en el concepto desarrollado por A. Kojève, la riqueza de esta interpretación no supera, como pretende, la versión marxista. El propio autor norteamericano lo confirma cuando se refiere al futuro de la humanidad como dividido en dos áreas diferentes, una poshistórica, en la que la democracia liberal se ha instaurado plenamente, y otra aferrada a la historia en su versión pre-democracia liberal. El mundo poshistórico es descrito como un territorio en el que la soberanía de los estados queda erosionada por la imposición de la racionalidad económica<sup>403</sup>, es decir, por el dominio de un dogma economicista que es el que realmente permite armonizar, en última instancia, la sociedad. La globalización de los mercados permite avanzar en esta dirección poshistórica frente a una realidad histórica en la que prevalecen los conflictos de índole ideológica, nacionalista o religiosa. En última instancia, en el fin de la Historia, la sociedad quedará elevada por encima de cualquier cuestionamiento moral, puesto que la única preocupación del individuo será su salud y su seguridad personal<sup>404</sup>. Cualquier otra preocupación será origen de controversia social, elemento que ha debido de quedar superado con la instauración de la democracia liberal como garante del dogma economicista.

#### **4.2. EL IDEAL PROMETEICO: EN BUSCA DE LA PERFECTIBILIDAD HUMANA**

---

<sup>402</sup> *Ibid.*, p.100.

<sup>403</sup> *Ibid.*, p.374.

<sup>404</sup> *Ibid.*, p.409.

Conjuntamente con el mito del progreso, Edgar Morin observaba que la modernidad nos había legado, con su miope desarrollo de la racionalidad, el mito del dominio del universo. La figura de Prometeo refleja este mito, puesto que no solo expresa, según François Flahault, «el deseo de emancipación, de grandeza y de poder, sino que constituye también un modelo, un estímulo y una justificación»<sup>405</sup>. Así pues, de la mano de la ciencia como sustituta de la teología premoderna, el ser humano se lanza a la conquista del universo, ya no mediante el progreso solamente, sino traduciendo este progreso en crecimiento tecnológico. La raíz científica de este espíritu prometeico permite que sea compartido por ideologías diametralmente opuestas, como el marxismo-leninismo, el no intervencionismo de la derecha estadounidense, el nazismo y la democracia liberal<sup>406</sup>. El ser humano se erige ahora como creador y su herramienta, dentro de la sociedad postindustrial o sociedad de la información, es el conocimiento. El poseedor de conocimiento se nos revela, por tanto, como dueño del Mundo y la conformación del individuo como sujeto cognoscente le permite alejarse de su contexto vital, de la sociedad, siendo el reflejo de este sujeto cognoscente, según el autor francés, el *homo oeconomicus*<sup>407</sup>.

Los orígenes de esta tendencia hacia el ideal prometeico los debemos rastrear en la ruptura renacentista con el orden teocéntrico característico de la Edad Media, que genera un viraje hacia el individualismo de corte antropocentrista y sitúa al ser humano en una situación de incertidumbre y soledad ante circunstancias desconocidas. De forma paralela a este antropocentrismo se elimina la dependencia que el hecho social arrastraba respecto a una instancia divina, y se asocia con la participación de la naturaleza humana. Esta naturaleza humana se conceptualiza en base a dos características fundamentales: 1) su presencia por igual en todo ser humano, es decir, su vertiente como nexo de unión de la humanidad; y 2) la posibilidad de su progreso, su avance hacia una cima que representaría la lógica conclusión de dicho progreso. Este contexto conceptual nos remite a la idea de Condorcet sobre la existencia de una naturaleza humana única y común, es decir, de una serie de derechos naturales que todo ser humano posee, sin excepción, y que permite conceptualizar la existencia de un

---

<sup>405</sup> F. Flahault, *op. cit.*, p.9.

<sup>406</sup> *Ibid.*, p.15.

<sup>407</sup> *Ibid.*, p.69.

espíritu humano que progresa de forma conjunta y unitaria hacia el futuro. El devenir histórico de dicho espíritu pasa a fundamentarse en la razón humana y se rige por las leyes e instituciones que determinan cada época histórica. La teoría biológica de las especies se convierte en la imagen especular del concepto de progreso, puesto que la generación de nuevas leyes se interpreta como un avance social progresivo que debe ser complementado por la educación que permita seguir este proceso legislativo. En cierto sentido, la idea de progreso de Condorcet adquiere el status de normatividad social que exige una pedagogía revolucionaria generadora de ciudadanos<sup>408</sup>.

En su introducción al *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*, Condorcet destaca dos ideas fundamentales que van a desarrollarse a lo largo de toda la obra, por un lado dibuja la semejanza entre el desarrollo histórico y el natural y, por tanto, la existencia de unas leyes naturales que rigen el devenir histórico a semejanza del devenir natural; y, por otro, destaca que la perfectibilidad del ser humano, resultado de la idea del progreso, es infinita<sup>409</sup>. En su argumentación hacia estas conclusiones parte de un primer momento en el que se produce una unión de los hombres en las primeras sociedades, producto de las disputas que surgían entre ellos, es decir, de la necesidad de justicia y armonía para conducir adecuadamente las relaciones humanas. La necesidad de esta cohesión da lugar a las primeras instituciones políticas capaces de articular dichos conceptos, y que suponen los pilares del desarrollo posterior del progreso del espíritu humano. Sin embargo, observa también nuestro autor que, de forma paralela, surgen instituciones sociales que supondrán un obstáculo a dicho progreso e, incluso, en muchos momentos significarán un retroceso importante, puesto que otra institución social que se genera es la asociada a la creencia, a los dogmas de fe que dividen la especie humana en dos clases: «una destinada a enseñar, y la otra hecha

---

<sup>408</sup> A. Torres del Moral, *op. cit.*, p.LXXXVIII.

<sup>409</sup> Estas ideas se recogen en la introducción de la obra cuando el autor afirma, por un lado, que «este progreso está sometido a las mismas leyes generales que se observan en el desarrollo individual de nuestras facultades, puesto que es el resultado de ese desarrollo, considerado simultáneamente en un gran número de individuos reunidos en sociedades. Pero el resultado que cada instante presenta depende del que ofrecían los instantes precedentes e influye sobre el de los instantes que han de seguirle.» y, por otro, que «este es el objeto de la obra que he emprendido y cuyo resultado será el de demostrar, mediante los hechos y el razonamiento, que la naturaleza no ha puesto límite alguno al perfeccionamiento de las facultades humanas; que la perfectibilidad del hombre es realmente infinita», véase Condorcet, *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*, Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2004, p.4.

para creer»<sup>410</sup>. Por ello, podemos afirmar que nuestro autor es consciente de que el progreso del espíritu humano no siempre ha evolucionado de forma paralela al desarrollo de la felicidad y la virtud en la sociedad, y de que han existido elementos que han frenado coyunturalmente este avance<sup>411</sup>. El surgimiento de estas castas que alumbraron el dogmatismo y abrazaron la fe, la creencia como instrumento social básico, se tradujo en una desviación del progreso del espíritu humano hacia la igualdad y la libertad en el sentido de haber pervertido la educación, la desviaron de su objetivo de instrucción del ser humano para poder alcanzar estos objetivos y la dominaron para apuntalar sus propios objetivos, generando una especie de tiranía que pone de manifiesto que el control de la educación proporciona poder social<sup>412</sup>. La importancia de la educación es abordada, de nuevo, al tratar sobre la Grecia clásica, en la que ésta institución se desarrolla libremente, formando a ciudadanos, y permitiendo avanzar en el concepto básico del progreso del espíritu humano de nuestro autor, la reducción de toda la naturaleza a un solo principio y de los fenómenos del universo a una sola ley. En este sentido, Condorcet expresa de forma rotunda su confianza en el progreso del espíritu, en la progresiva imposición de la razón humana sobre todo tipo de obstáculos, al afirmar que

así, veremos cómo la razón triunfa de esos vanos esfuerzos; en esta guerra, siempre renaciente y muchas veces cruel, la veremos triunfar de la violencia y de la astucia; afrontar las hogueras y resistir a la seducción, aplastando bajo su mano omnipotente, una tras otra, la hipocresía fanática que exige una adoración sincera para sus dogmas, y la hipocresía política que, de rodillas, suplica que los pueblos padezcan su tranquilo aprovechamiento de los errores, en los que, según afirma, los pueblos encuentran tanta utilidad como ella misma en seguir sumergidos<sup>413</sup>.

Esta confianza en la razón humana fundamenta una confianza paralela en que el espíritu humano progresa hacia su perfeccionamiento, hacia la verdad y la felicidad de

---

<sup>410</sup> Condorcet, *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*, Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2004, p.16.

<sup>411</sup> *Ibid.*, p.22.

<sup>412</sup> *Ibid.*, pp.29-36.

<sup>413</sup> *Ibid.*, p.94.

la humanidad, y que encuentra su reflejo en la elevación de la concepción de la Historia de Turgot a «doctrina de la indefinida perfectibilidad de la especie humana»<sup>414</sup>. Este desarrollo del espíritu humano es paralelo al desarrollo de la ciencia y el descubrimiento de leyes generales de la naturaleza, puesto que nuestro autor se congratula de las aportaciones de Newton al progreso del espíritu humano en su vertiente de descubrimiento de las leyes necesarias del universo y que mantienen el equilibrio, creando y conservando la regularidad en el movimiento<sup>415</sup>. Las leyes científicas sirven a modo de ejemplo de la capacidad del ser humano de determinar también las leyes históricas que rigen el devenir del espíritu humano. Por todo ello, afirma nuestro autor,

encontraremos en la experiencia del pasado, en la observación de los progresos hasta ahora realizados por las ciencias y por la civilización, en el análisis de la marcha del espíritu humano y del desarrollo de sus facultades, los motivos más sólidos para creer que la naturaleza no ha puesto término alguno a nuestras esperanzas<sup>416</sup>.

Sin embargo, el optimismo de Condorcet colisiona frontalmente con el sujeto moderno, el Prometeo que conforma nuestra sociedad, que se caracteriza por su desmesura, por su *hybris*, por un deseo irreprímible de ser reconocido, en un sentido próximo al que F. Fukuyama nos plantea cuando recoge la idea de Alexander Kojève de la *lucha por el reconocimiento* como motor de la historia. La ciencia natural moderna pretende, de acuerdo con el autor norteamericano, el dominio de la naturaleza y asigna a esta tendencia un carácter indiscutiblemente *thymótico*<sup>417</sup>, es decir, lo circunscribe dentro del ámbito conflictivo que genera el choque de las pasiones humanas por el reconocimiento. La desmesura de esta necesidad de reconocimiento se alcanza cuando se constata que es un deseo ilimitado que afecta a la vida social<sup>418</sup>. Este deseo se convierte en una tendencia al dominio absoluto del universo a través de la ciencia y el consiguiente surgimiento de un nuevo orden social, la sociedad del riesgo de Ulrich

---

<sup>414</sup> *Ibid.*, p.129.

<sup>415</sup> *Ibid.*, p.136.

<sup>416</sup> *Ibid.*, pp.158-159.

<sup>417</sup> F. Fukuyama, *El fin de la Historia y el último hombre*, Barcelona: Planeta, 1992, p.422.

<sup>418</sup> F. Flahault, *op. cit.*, p.84.

Beck. Una sociedad que no asume que los peligros generados por el desarrollo del racionalismo moderno son controlables solamente de forma muy limitada<sup>419</sup>. El dogma economicista que domina el desarrollo social genera esta *hybris* individual que tiende a colocar al ser humano fuera de la naturaleza, por encima de ella, en una situación de dominio.

El mito prometeico es identificado, en el caso de Jean Baudrillard, con el desarrollo de las fuerzas productivas, y la consiguiente capacidad del ser humano de generar riqueza social a través del trabajo<sup>420</sup>. Un mito que se concentra dentro de los límites de la economía política, de forma irrebasable, dentro el concepto de que el hombre está separado de la naturaleza y se sitúa por encima de la misma en una relación de dominio. Como ya afirmaba Werner Sombart, este espíritu prometeico de expansión sin límites es intrínseco a toda economía capitalista y se traduce en egoísmo<sup>421</sup>, aunque deberíamos extender esta observación a cualquier alternativa al capitalismo, puesto que hemos observado cómo el desarrollo de la ciencia económica se ha traducido en un profundización de este espíritu. La economía adolece en su desarrollo de la misma problemática que Edgar Morin observaba en la ciencia y la técnica, que es ciega y es incapaz de superar su reduccionismo y su fragmentación<sup>422</sup>. Esta tendencia permite dar forma a la idea de que la incertidumbre que nos rodea puede ser controlada y puesta bajo el yugo del conocimiento humano, que es posible avanzar sin obstáculos hacia la perfectibilidad del ser humano como ser creador de todo lo que le rodea, pues no tiene en cuenta que la realidad que nos rodea es compleja y siempre generará elementos de incertidumbre.

La tradición utópica ilustrada que preside los siglos XIX y XX se refleja, según John Gray, en los movimientos de la izquierda: anarquismo y comunismo, que, en base a su confianza en la naturaleza humana y su capacidad de superar las ataduras sociales a la tradición, pretendían trascender las instituciones sociales existentes. Este utopismo se sustentaba en el reflejo social de la evolución natural y científica, característica criticada

---

<sup>419</sup> U. Beck, *op. cit.*, 2006, p.9.

<sup>420</sup> J. Baudrillard, *El espejo de la producción (o la ilusión crítica del materialismo histórico)*, Barcelona: Gedisa, 1980, p.61.

<sup>421</sup> W. Sombart, *¿Por qué no hay socialismo en los Estados Unidos?*, Palencia: Capitán Swing, 2009, p.46.

<sup>422</sup> E. Morin, *op. cit.*, p.36.



por el filósofo británico, que establece una clara distinción entre ambos ámbitos para negar la seguridad del progreso social. En el ámbito de la ciencia y la tecnología, afirma nuestro autor, sí que ha existido una especie de progreso en el sentido de que se ha producido un avance acumulativo, es decir, se han alcanzado nuevos estadios de desarrollo sobre la base de estadios alcanzados anteriormente<sup>423</sup>. En el ámbito social, en el marco de la ética y la política, sin embargo, el progreso en el sentido indicado de avance acumulativo es un mito, en opinión de nuestro autor, puesto que los valores sociales de estadios anteriores no constituyen ninguna base que permita la incorporación de nuevos valores y, bien al contrario, suele suceder, en ciertos momentos históricos, que los nuevos valores se instauran en una sustitución completa de los anteriores.

El problema fundamental que J. Gray observa en el predominio de este concepto de progreso en el ámbito social es que encubre los males pretéritos que nos pueden acechar nuevamente, es decir, y en cierta similitud con la reflexión de E. Morin sobre la barbarie humana de nuestra civilización, supone un velo que oculta las fuentes de la barbarie humana y los peligros que amenazan nuestra sociedad. La Ilustración asumía la especularidad entre la situación social y el desarrollo del conocimiento, de tal forma que cualquier avance acumulativo en este plano debía reflejarse en el primero de igual manera<sup>424</sup>. Además, la capacidad emancipatoria que se le asociaba al conocimiento se alcanzaría también a nivel social. Sin embargo, el conocimiento humano, o la ciencia como tal, ha demostrado una carencia total de carácter emancipador en las últimas décadas y ha puesto de manifiesto su carácter ambiguo en el sentido de ser capaz, por un lado, de proveer todo tipo de soluciones a los problemas de la sociedad, como por otro, de generar todo tipo de peligros y amenazas como se vislumbra en la sociedad del riesgo de U. Beck. Sin embargo, y en este punto nos asalta la paradoja que resalta nuestro autor, el utopismo ilustrado ha virado su capacidad de influencia y, en la actualidad, es la derecha su mayor defensora<sup>425</sup>, y la que ha sido capaz de trasladar su posibilidad al plano social de la mano de la ciencia económica.

---

<sup>423</sup> J. Gray, *Tecnología, progreso y el impacto humano sobre la Tierra*, Buenos Aires: Katz, 2008, pp.12-13.

<sup>424</sup> *Ibid.*, p.22.

<sup>425</sup> *Ibid.*, p.10.

Esta defensa se sustenta, como observa Susan McKinnon, en la psicología evolucionista, que nos propone una visión de la condición humana como un «programa determinado genéticamente hace millones de años»<sup>426</sup>. El evolucionismo reduce las relaciones sociales a un mero reflejo de la «automaximización genética guiada por las fuerzas de la selección natural»<sup>427</sup>, lo que realmente supone una naturalización de los valores neoliberales, es decir, del imaginario social global. La antropóloga norteamericana contrapone a esta visión de la psicología evolucionista que reduce todo tipo de ideas y valores culturales a fenómenos periféricos, dependientes y reductibles a los determinantes genéticos del comportamiento, la teoría de la mente defendida por una gran mayoría de antropólogos culturales para los que el cerebro es una herramienta flexible que actúa mediante mecanismos generales y no pre-determinados. La psicología evolucionista, por tanto, se sitúa en la línea de las narrativas que naturalizan las categorías sociales y las hacen depender de un elemento externo que las determina, mientras que la antropología cultural recupera una tendencia desnaturalizadora de la construcción social. De acuerdo con la perspectiva evolucionista, el mecanismo de *selección natural* que actúa en base a una realidad biológica fundamental es el que determina la superestructura cultural de la sociedad. En otras palabras, lo que permite este relato evolucionista es racionalizar cualquier comportamiento humano al proveerle de una base biológica fundamentada en una lógica específica de elección racional o automaximización genética. Por ello, nuestra autora afirma que «se piensa que la mano invisible de la selección natural funciona en biología en gran medida tal como lo hace, presuntamente, la mano invisible del mercado en economía»<sup>428</sup>. En este sentido, si se acepta esta narrativa de la elección racional genética que asegura el determinismo biológico evolucionista, debe aceptarse, paralelamente, que la competencia, el proceso de automaximización genética individual, es el motor fundamental del comportamiento humano y la base de las relaciones sociales<sup>429</sup>.

---

<sup>426</sup> M. Lamas, «Prólogo». En McKinnon, Susan, *Genética Neoliberal. Mitos y moralejas de la psicología evolucionista*, Mexico D.F.: FCE, 2012, p.10.

<sup>427</sup> S. McKinnon, *Genética Neoliberal. Mitos y moralejas de la psicología evolucionista*, Mexico D.F.: FCE, 2012, p.17.

<sup>428</sup> *Ibid.*, p.51.

<sup>429</sup> *Ibid.*, p.56.

### 4.3. LA NORMATIVIDAD DE LAS REVOLUCIONES ILUSTRADAS: EL DEBER SER SOCIAL

El origen de esta creencia en la perfectibilidad humana y, consiguientemente, del espíritu prometeico de creación y dominio del universo se puede rastrear en la ruptura que la Ilustración certifica con respecto al pesimismo de la antropología agustiniana<sup>430</sup> dominante en la escolástica, y que asumía un ser humano completamente egoísta e incapaz de desarrollar una vida social armónica. Esta ruptura, por tanto, abre la puerta a que se imponga una nueva visión del ser humano, un individuo racional, capaz de controlar sus deseos y conducir sus relaciones con los demás. Y esta nueva vía de pensamiento inaugurada por la Ilustración permite confiar en la capacidad del ser humano para generar sus propias normas a expensas de cualquier autoridad externa. El ser humano se emancipa de las cadenas de la tradición y abre la puerta al dominio del conocimiento como generador de un nuevo orden social. Un reflejo de la normatividad de las revoluciones ilustradas lo constituyen la Constitución y la Declaración de Independencia de Estados Unidos que determinan, no solamente una norma política para el propio país, sino que, en palabras de F. Fukuyama, «simbolizan unos valores y tienen una significación para el género humano que va mucho más allá de las fronteras estadounidenses»<sup>431</sup>. De acuerdo a esta normatividad, la legitimidad de las acciones de cualquier democracia no residirá en la corrección de los procesos bajo los cuales se toman las decisiones políticas, sino que se basará en unos derechos y normas previos cuyo nivel moral es superior al orden legal<sup>432</sup>.

En el Renacimiento del siglo XVII tiene lugar la gestación del humanismo europeo, un movimiento social caracterizado por dos elementos contrapuestos: la dominación y la confraternización. Por un lado, el Renacimiento da comienzo al desplazamiento de Dios de la centralidad social en favor del ser humano como único sujeto del universo, lo que provoca el desarrollo de una tendencia conquistadora sobre el mundo que le rodea. En este sentido se puede interpretar el impulso prometeico que Descartes proporciona a la ciencia de la época, y que se desarrolla hasta nuestros

---

<sup>430</sup> F. Flahault, *op. cit.*, p.73.

<sup>431</sup> F. Fukuyama, *La construcción del Estado. Hacia un nuevo orden mundial en el siglo XXI*, Barcelona: Ediciones B, 2004, p.167.

<sup>432</sup> *Ibid.*, p.169.

días<sup>433</sup>. Pero, por otro lado, este movimiento social desarrolla la idea de que existe una naturaleza humana universal, compartida por todos los seres independientemente de su origen, y que anima los desarrollos ideológicos de los pensadores ilustrados. La dialéctica de ambos elementos ha presidido el desarrollo histórico de nuestra sociedad desde entonces, y está en la base del desarrollo de nuestra civilización e, igualmente, de nuestra barbarie. Nos encontramos, por tanto, ante una característica que muestra dos rostros bien distintos, uno capaz de generar civilización o, en otras palabras, simbiosis y diálogo, y otra que alimenta el enfrentamiento, la desmesura y el afán de dominación.

Consecuentemente, el desarrollo del siglo XX y sus consecuencias sociales abren la puerta a la reflexión sobre la validez de la creencia en la perfectibilidad humana y el progreso en el orden social, es decir, en la imposición del elemento fraternal del humanismo renacentista, frente a su tendencia a la desmesura y la dominación. En este marco reflexivo, E. Morin observa que las ideas de *Homo sapiens*, *Homo faber* y *Homo oeconomicus* como configuradoras de la naturaleza humana en los ámbitos racional, productivo y material han resultado insuficientes por su carencia en la previsión de existencia de derivaciones en cada uno de los mismos hacia el delirio, la creación de innumerables mitos y el derroche y gasto sin sentido. En el marco de la racionalidad, la naturaleza humana capaz de producir un elevado grado de racionalidad ha sido capaz, igualmente, de generar odio, desmesura, *hybris*; en el marco de la instrumentalidad y la ciencia, las mismas creaciones capaces de facilitar las condiciones de vida humana son, igualmente, generadoras de enormes peligros; y, finalmente, en el ámbito de la gestión de los recursos, la exaltación del interés económico conduce al egoísmo y el aislamiento social<sup>434</sup>. En otras palabras, la naturaleza humana, que en la etapa ilustrada era idealizada como perfectible y progresiva, se nos revela, después de los efectos del siglo XX, como fuente de barbarie en los diferentes ámbitos sociales, es decir, nos impulsa a rescatar la capacidad de generar barbarie asociada a las sociedades arcaicas y que, actualmente, debe ser asumida también en nuestra civilización. Esta capacidad de generar barbarie se asocia a la *hybris* humana que ya destacaba F. Flahault en la caracterización del ser humano moderno, al carácter prometeico que persigue el poder y el dominio sobre lo circundante. Por ello, al autor francés no puede sino concluir que la

---

<sup>433</sup> E. Morin, *Breve historia de la barbarie en Occidente*, Barcelona: Paidós, 2009, p.41.

<sup>434</sup> *Ibid.*, pp.13-14.

barbarie que hemos sufrido durante el siglo XX y que nos acecha es «una barbarie que toma forma y se desencadena con la civilización»<sup>435</sup>. En consecuencia, el análisis de la barbarie y sus causas nos conduce al análisis de la propia civilización que integra dicha barbarie, que engloba y promueve la conquista y la dominación.

En su análisis, nuestro autor observa que un aporte inicial y fundamental al desarrollo de la barbarie humana fue el desarrollo del monoteísmo judío, y posteriormente cristiano, que exaltaban el monopolio de la verdad de su revelación<sup>436</sup>. Sin embargo, este monopolio encubre realmente una forma de monismo ideológico, de imposición de una significación central en el imaginario social que desplaza al resto de significaciones sociales y las pervierte en su desarrollo. Un proceso de exaltación que, una vez que la sociedad posilustrada se liberó de las cadenas religiosas, se trasladó al concepto de nación y su purificación étnica como prolongación de la purificación religiosa anterior<sup>437</sup>. El siglo XX significa, para E. Morin, la eclosión de la barbarie que se había gestado en la sociedad europea en los siglos anteriores, barbarie que había conocido las etapas de las conquistas, la colonización y la servidumbre. Al concepto central de nación le suceden los sistemas totalitarios que desarrollan un control hipertrófico del Estado a través de partidos, élites o vanguardias que se arrojan la capacidad de interpretar el designio histórico global. Y el derrumbe de estos sistemas totalitarios ha dado paso a una globalización tecno-económica que, como observa E. Morin, también impide «una mundialización ciudadana y humanista»<sup>438</sup>. La reflexión del autor francés sobre la barbarie que ha presidido el desarrollo de nuestra sociedad conduce a la reivindicación de un nuevo humanismo, de una regeneración democrática permanente<sup>439</sup> capaz de superar y contener la desmesura de nuestra civilización.

En una serie de ensayos de la década de 1960 y principios de 1970, el filósofo Odo Marquard reflexiona sobre la ambigüedad de la filosofía de la historia: ¿mito o forma de ilustración?, que se vislumbra en su concepción de la misma como

---

<sup>435</sup> *Ibid.*, p.17.

<sup>436</sup> *Ibid.*, p.21.

<sup>437</sup> *Ibid.*, p.23.

<sup>438</sup> *Ibid.*, p.66.

<sup>439</sup> *Ibid.*, p.94.

una formación datable: aquella que proclama la existencia de una historia universal única, con un designio y un fin únicos, la libertad de todos, aquella pues que porfía contra la supuesta fatalidad de que los hombres viven del sufrimiento de otros hombres; aquella que ve y quiere el progreso y somete a crítica la realidad existente mediante la distinción entre aquello que alienta ese progreso y aquello que no lo alienta, y que además cuenta con una crisis final y con su solución definitiva; en pocas palabras es aquella formación que exhorta a los seres humanos a salir de la minoría de edad de la que ellos mismos son culpables, a liberarse de heteronomías y a volverse ellos mismos, de modo autónomo, dueños de su mundo<sup>440</sup>.

La filosofía de la historia, típico producto de la Ilustración, asume una interpretación de la historia como emancipación, es decir, como producción de autonomía humana<sup>441</sup>. En este sentido, el concepto de *historia universal* habría perpetuado el carácter de juicio final que había adquirido dentro de la teología, en el tránsito de la teodicea ilustrada, hasta la crítica posilustrada del propio ser humano. En esta transición, Dios es expulsado de la posición central, del papel como sujeto de la historia, y en su lugar ha sido el ser humano quien ocupa dicha posición, puesto que la pretensión de autonomía debe traducirse en que el propio ser humano construya su propio mundo.

La respuesta del filósofo alemán ante el interrogante planteado es meridianamente clara cuando pretende prepararle un adiós por ser el contexto en el que la modernidad se malogra, por ser la antimodernidad<sup>442</sup>. Esta antimodernidad se refleja en su papel de elemento emancipador de la humanidad, que no constituye sino un mito ilustrado que realmente no representa tal emancipación. Este mito ilustrado toma forma en la figura del positivismo de la teoría del progreso que pretende una intención revolucionaria y no admite más progreso que el de las ciencias y la tecnología, lo que se traduce en considerar que la «transformación es eo ipso mejora»<sup>443</sup>. En este sentido aprecia nuestro autor que la filosofía de la historia puede resultar irracional, puesto que el resultado que alcanza es contradictorio con lo que demanda, la pretendida autonomía se convierte finalmente en heteronomía. Esta pretensión de autonomía se traduce en dos

---

<sup>440</sup> O. Marquard, *Las dificultades con la Filosofía de la Historia*, Valencia: Pre-textos, 2007, p.20.

<sup>441</sup> *Ibid.*, p.77.

<sup>442</sup> *Ibid.*, pp.22-23.

<sup>443</sup> *Ibid.*, p.38.

posiciones extremas dentro de la filosofía de la historia: 1) la posición hegeliana, que asume la tesis de que el fin de la emancipación, la autonomía humana, se ha alcanzado por principio; o 2) la marxista, que agrava la situación afirmando que dicho fin no se ha alcanzado por principio por lo que es necesario obtenerlo de un modo definitivo mediante la revolución<sup>444</sup>. En el primer caso es el espíritu universal el que permite trasladar del ser humano su responsabilidad como sujeto de la historia, mientras que en el segundo caso dicho elemento lo constituye la clase social. En otras palabras, las alternativas en la filosofía de la historia como búsqueda ilustrada de la autonomía trasladan la responsabilidad del ser humano como actor principal de la historia a otro autor<sup>445</sup>, a una coartada que le permita soportar sus propias atrocidades. Esta búsqueda de otro autor es la que nos devuelve, nuevamente, al punto de partida de la búsqueda de la autonomía, puesto que no hay mejor sustituto que Dios, es decir, nos devuelve a la Teología previa a la teodicea ilustrada. Y esta necesidad de coartada significa la aceptación de la heteronomía, justamente el resultado opuesto que se pretendía alcanzar.

En su análisis de *Los Fines de la Historia*, Perry Anderson nos propone profundizar en la transformación que se produjo de las teorías optimistas sobre la historia, marcadas por un progreso evolucionista y una voluntad colectiva, en teorías determinadas por un pesimismo cultural elitista propio de las posteridades de la Segunda Guerra Mundial. Ante esta transformación surge la recuperación de la visión optimista por parte de F. Fukuyama y la confirmación de que la humanidad progresa hacia la libertad, aunque las vías de este tránsito se han reducido a una sola, la de la democracia liberal<sup>446</sup>.

La fuente primaria de la idea de una historia universal se sitúa en Kant y su visión teleológica del progreso humano. Sin embargo, dicha teleología no se alcanzaba en un pretendido final de la historia, sino en un propósito final, en un objetivo hacia el cual avanzaba la historia. En este sentido se comprende la crítica que se hace de la tesis de F. Fukuyama cuando se afirma que parte de una interpretación equivocada de Hegel, puesto que el propósito final de la historia que toma de Kant no se identifica con un fin

---

<sup>444</sup> *Ibid.*, pp.80-81

<sup>445</sup> *Ibid.*, p.85.

<sup>446</sup> Sobre el planteamiento de la obra de P. Anderson, véase P. Anderson, *Los fines de la historia*, Barcelona: Anagrama, 2002, pp.7-18.

de la historia como tal. Además, la relación que se establece entre la democracia liberal y este punto final de la historia tampoco parece acertada, puesto que el liberalismo de Hegel era típicamente contemporáneo de su época, y muy alejado de la democracia liberal finales de siglo XX. La afirmación de F. Fukuyama de que la revolución de Julio en Francia permitía construir la nueva época que rompía con la etapa del estado prusiano no parece acertada, puesto que el liberalismo que se impulsaba con esta revolución era justamente el que él deploraba, la atomización individualista de la sociedad que deja de estar regida por un Estado que representa la configuración común de la nación, la comunidad de valores.

El autor británico nos orienta hacia Cournot como el filósofo capaz de desarrollar un primer concepto coherente sobre el final de la historia en su pretensión de unificar filosofía del conocimiento y filosofía de la historia<sup>447</sup>. La primacía de la razón científica y su concatenación de ideas que caracterizan las ciencias debe ser el espejo en el que se mire la Historia para determinar el desarrollo de la civilización asegurando el progreso de la mente humana. En Cournot encontramos también un desarrollo de la especie humana en tres fases, en cierto paralelismo con las teorías de Turgot y A. Smith, pero asociadas, no al medio de subsistencia en cada etapa, sino al desarrollo de la razón. El estadio final de esta historia se alcanza cuando «la necesidad triunfa sobre el azar»<sup>448</sup>, es decir, cuando los principios racionales se imponen sobre los impulsos vitales espontáneos.

No obstante, la forma acabada de este concepto de final de la historia la formula A. Kojève, que proyecta una interpretación de la filosofía de Hegel en la que la contradicción que se establece en el individuo en la búsqueda de su propio reconocimiento permite vislumbrar un punto final para el devenir histórico. La paradoja de esta interpretación de Kojève es que, aunque, inicialmente, plantea el punto final de la historia en el estado homogéneo y universal encarnado en el estado soviético, el desarrollo histórico le obliga a construir una alternativa para la consecución de su tesis y trasladar la representación de este estado hacia la democracia liberal y el mercado.

---

<sup>447</sup> P. Anderson, *Los fines de la historia*, Barcelona: Anagrama, 2002, pp.36-37.

<sup>448</sup> *Ibid.*, p.44.



#### 4.4. EL AFIANZAMIENTO DEL MONISMO IDEOLÓGICO

Afirma Mario Vargas-Llosa en su prólogo a la obra de Isaiah Berlin, *El erizo y la zorra*, que el filósofo inglés de origen ruso diferenciaba dos clases de pensadores y seres humanos en general,

aquellos que poseen una visión central, sistematizada, de la vida, un principio ordenador en función del cual tiene sentido y se ensamblan los acontecimientos históricos y los menudos sucesos individuales, la persona y la sociedad, y aquellos que tienen una visión dispersa y múltiple de la realidad y de los hombres, que no integran lo que existe en una explicación u orden coherente pues perciben el mundo como una compleja diversidad en la que, aunque los hechos o fenómenos particulares gocen de sentido y coherencia, el todo es tumultuoso, contradictorio, inapresable<sup>449</sup>.

La visión centrípeta de la historia del erizo esconde un fanático, mientras que la visión centrífuga de la zorra oculta un escéptico.

Un fragmento del poeta griego Arquíloco, «la zorra sabe muchas cosas, pero el erizo sabe una importante», sirve a I. Berlin como punto de partida en su reflexión sobre las formas que el ser humano tiene de enfrentarse a la realidad. Aquellos que defienden una visión central o un principio universal y organizador capaz de dotar de significado a toda la realidad que nos rodea, frente a los que persiguen muchos fines diversos que pueden llegar a ser, incluso, inconexos y contradictorios. Aunque las clasificaciones tienden a ser rígidas, nuestro autor reconoce que en muchos casos las personas pueden participar en ambos grupos y destaca la paradoja de L.N. Tolstoi que, a pesar de creer ser un erizo, se proyectaba como zorra en su visión de la Historia. El enfoque de Tolstoi sobre la historia es típicamente positivista, ligado al empirismo, a la posibilidad de verificar los hechos concretos en el tiempo y el espacio de hombres y mujeres reales, mostrando una total desconfianza hacia lo abstracto, hacia la metafísica del romanticismo. La historia era, para el escritor ruso, el elemento clave en el que se encontraba la «misteriosa razón según la cual las cosas sucedían como sucedían y no de

---

<sup>449</sup> M. Vargas Llosa, "Prólogo: un filósofo discreto". En Berlin, Isaiah, *El erizo y la zorra*, Barcelona: Península, 2009, p.22.

otro modo»<sup>450</sup>. Pero esta visión es más compleja de lo que aparenta, puesto que no acepta tampoco situar a la historia en un lugar que no le corresponde, es decir, Tolstoi no aceptaba que la historia pudiera elevarse a la categoría de ciencia capaz de alcanzar soluciones sobre los hechos que acontecían, no era el elemento que armonizaba los anhelos de explicación total de la realidad circundante ofreciéndonos sus causas.

En el siglo XIX, la corriente que pretendía asociar la historia con una especie de ciencia capaz de explicar la realidad humana alcanza su punto álgido a través de Saint-Simon y A. Comte, que pretendería convertir la historia en sociología. En esta misma línea, el propio K. Marx, al asociar la historia con la ciencia, vio la posibilidad de determinar una serie de leyes históricas capaces de determinar el devenir de la humanidad. Esta formulación de la historia se centra, fundamentalmente, en las cuestiones políticas, del dominio público, y oculta todo factor espiritual de la historia, es decir, los sucesos que pertenecen a un ámbito más íntimo. En esta antinomia se centra la paradoja de la que Tolstoi es consciente, que es una ilusión la pretensión de dominar racionalmente los acontecimientos, en otras palabras, que los individuos no pueden aspirar a «entender y controlar el curso de los acontecimientos»<sup>451</sup>. La pretensión de convertir la historia en ciencia, en sociología, es un esfuerzo inútil, como también lo es pretender que la historia venga determinada por la acción dominante de grandes hombres o grandes ideas. El recorrido del escritor ruso, que parte desde una perspectiva empírica sobre la historia, finaliza en el rechazo a cualquier pretendida idea o fuerza central que domine el devenir de la historia. La pretensión de la sociología, de la ciencia histórica, de descubrir las leyes inmanentes de la historia capaces de predecir su evolución es completamente estéril, puesto que «la cantidad de causas de las cuales dependen los acontecimientos es demasiado grande para la capacidad de conocimiento y cálculo del ser humano»<sup>452</sup>. La gran paradoja del escritor ruso es la contraposición entre esta visión de incapacidad humana de aprehender la ley de la historia, conformándose con la ilusión que crea el pretendido libre albedrío de los grandes hombres y grandes ideas para trazar la historia, y la aceptación de la existencia de un determinismo histórico inexorable, de una ley natural que guía la historia del ser humano como

---

<sup>450</sup> I. Berlin, *El erizo y la zorra*, Barcelona: Península, 2009, p.51.

<sup>451</sup> *Ibid.*, p.58.

<sup>452</sup> *Ibid.*, p.65.

también de la naturaleza. La pretendida libertad del ser humano para actuar de forma independiente a la sociedad queda disuelta en el lazo oculto que une todos sus actos con la globalidad del devenir social. En este sentido se expresa I. Berlin cuando afirma que, pese a que L. Tolstoi trata de transmitir una visión típicamente centrípeta sobre a historia, de una simplicidad que relegaría toda multiplicidad a una causa única universal, realmente reconoce que ésta es centrífuga. El *erizo* trata, de forma infructuosa, de ocultar a la *zorra*. En última instancia, como observa I. Berlin, «somos parte de una confabulación de cosas más amplia de lo que podemos entender»<sup>453</sup>.

En un cierto paralelismo, y en una obra que nace en el invierno de 1919, *La miseria del historicismo*, Karl Popper defiende que la «creencia en un destino histórico es pura superstición y que no puede haber predicción del curso de la historia humana por métodos científicos o cualquier otra clase de método racional»<sup>454</sup>. Para argumentar su tesis, el filósofo británico de origen austriaco afirma que: 1) la historia humana está influenciada por el continuo crecimiento del conocimiento humano; 2) el crecimiento futuro de dicho conocimiento no puede ser predicho por métodos racionales; 3) consecuentemente, no es posible predecir la historia humana a futuro; 4) lógicamente, debemos rechazar la posibilidad de una historia teórica, es decir, la existencia de una ciencia histórica a imagen y semejanza del resto de las ciencias; y 5) como conclusión, el objetivo de los métodos historicistas carece de base y el historicismo, por tanto, no se sustenta<sup>455</sup>. Sin embargo, nuestro autor observa que su tesis no rechaza la posibilidad de algún tipo de predicción social, afirmando incluso que ciertas teorías económicas pueden ser puestas a prueba en su predicción de hechos sociales bajo ciertas circunstancias, pero niega que se puedan predecir hechos históricos como resultado del crecimiento de nuestros conocimientos. Por tanto, el trabajo del filósofo austriaco se orienta hacia el rechazo del historicismo, es decir, de lo que en sus propias palabras se puede expresar como

un punto de vista sobre las ciencias sociales que supone que la predicción histórica es el fin principal de éstas, y que supone que este fin es alcanzable por medio del

---

<sup>453</sup> *Ibid.*, p.117.

<sup>454</sup> K.R. Popper, *La miseria del historicismo*, Madrid: Alianza, 2014, p.11.

<sup>455</sup> *Ibid.*, p.14.

descubrimiento de los ritmos o los modelos, de las leyes o las tendencias que yacen bajo la evolución de la historia<sup>456</sup>.

En el desarrollo de su tesis, K. R. Popper comienza analizando los argumentos que sustentan el historicismo y, especialmente, aquellas doctrinas que lo hacen desde puntos de vista contradictorios en lo referente al naturalismo. Las doctrinas antinaturalistas son aquellas que defienden una diferencia radical entre las leyes de las ciencias sociales y aquellas que operan en las ciencias físicas, es decir, una separación de las leyes que rigen el devenir de la sociedad de las leyes naturales que determinan el mundo físico. Esta diferenciación nos conduce al situacionismo histórico, es decir, a la afirmación de que las leyes sociales dependerán del lugar y el tiempo concreto en que se apliquen, y no pueden ser generalizadas como las leyes físicas, puesto que estas responden a un ámbito natural que permite aplicarlas independientemente de otras variables. Además, la objetividad y el ideal de búsqueda de la verdad características de las leyes naturales no puede aplicarse al entorno social por la mutua interacción e influencia que ejercen entre sí sujeto y objeto<sup>457</sup>. Por último, este tipo de doctrinas se sustentan en una concepción holística de la sociedad por la que ésta, en su conjunto, es más que la suma de sus partes individuales. Las doctrinas pronaturalistas, por su parte, admiten ciertas relaciones entre las ciencias físicas y las sociales, y asumen que la sociología queda relegada a la posición de historia teórica. En este sentido, y al contrario del situacionismo propio de la posición antinaturalista, las doctrinas pronaturalistas admiten la existencia de unas leyes históricas o leyes universalmente válidas y, en consecuencia, son también deudoras de cierto fatalismo que se cuestiona sobre la validez de cualquier acción que trate de revertir el curso de la historia.

Ante las doctrinas antinaturalistas, nuestro autor rechaza la noción de *cientifismo* en el sentido en que F.A. Hayek utiliza el término, es decir, el naturalismo metodológico dogmático<sup>458</sup>. Nuestro autor asocia esta noción a lo que denomina *ingeniería social*, y que se liga al holismo de estas posiciones antinaturalistas, una acción social utópica que pretende remodelar el conjunto de la sociedad de acuerdo a un

---

<sup>456</sup> *Ibid.*, p.19.

<sup>457</sup> *Ibid.*, pp.34-35.

<sup>458</sup> *Ibid.*, p.88.

plan pre-establecido<sup>459</sup>. Esta actitud es rechazada por imposible, por ser incompatible con una actitud realmente científica<sup>460</sup>, y ser característica de una situación más bien pre-científica. En el caso de las doctrinas naturalistas, K.R. Popper afirma que el holismo que comparten con las doctrinas antinaturalistas y la conexión que asumen entre ciencias naturales y sociales les lleva a la búsqueda de una idea central en el movimiento de la sociedad, en su evolución histórica<sup>461</sup>. Ante el holismo característico de las doctrinas historicistas, el filósofo de origen austriaco apuesta por un análisis de los movimientos sociales en clave de individualismo metodológico que permita focalizar el interés histórico en ciertos hechos concretos, pero sin pretender confundir estas interpretaciones históricas con teorías<sup>462</sup>. El objetivo de nuestro autor es generar una teoría del progreso científico e industrial que quede desligado del progreso de la naturaleza humana en el sentido que A. Comte o J.S. Mill habían postulado.

En 1960, el sociólogo norteamericano Daniel Bell expone en *El fin de las ideologías* que las controversias mantenidas en este ámbito hasta la Segunda Guerra Mundial habían quedado superadas por la aceptación tácita de una política pragmática «tendente a encontrar soluciones concretas a los problemas concretos»<sup>463</sup>. En la introducción de su obra, nuestro autor observaba que las ideologías decimonónicas se habían agotado en la década de 1950, especialmente el marxismo, puesto que ya no podían reclamar la verdad para sus concepciones del mundo. La ideología, camino hacia la acción, es un término muerto<sup>464</sup>. El concepto de ideología es asociado con una concepción del mundo o un sistema de creencias que un grupo social detenta y justifica como correcto. En este sentido, es un concepto holístico, un sistema de la realidad global, una especie de religión secular<sup>465</sup> que trata de convertir ideas en acción social. El agotamiento de las ideologías se observa en la transformación que se ha producido en sus fuerzas impulsoras, que han pasado de ser la igualdad social y la libertad a convertirse en el desarrollo económico y el poder nacional. El crecimiento económico

---

<sup>459</sup> *Ibid.*, p.97.

<sup>460</sup> *Ibid.*, p.101.

<sup>461</sup> *Ibid.*, pp.154-155.

<sup>462</sup> *Ibid.*, p.201.

<sup>463</sup> J. Abellán, "Presentación de esta edición". En Bell, Daniel, *El Fin de las Ideologías*, Madrid: Centro de Publicaciones Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1992, p.10.

<sup>464</sup> D. Bell, *El Fin de las Ideologías*, Madrid: Centro de Publicaciones Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1992, p.440.

<sup>465</sup> *Ibid.*, p.446.

es el nuevo motor de la acción social y la política ha perdido su capacidad de atractivo para el conjunto de la sociedad.

En cierto sentido, el autor norteamericano expone la vacuidad de los sistemas holísticos y globales en su pretensión de abarcar el absoluto, y en la incapacidad de asumir que la imposibilidad de alcanzar la promesa realizada redundaba en su propia autodestrucción. A partir de esta concepción de la ideología aborda el papel de las ideologías de izquierda, especialmente el marxismo, que fracasa en su pretensión holística o total de la realidad, pero también el de las ideologías de derecha y, especialmente, la teoría de masas desarrollada a lo largo de la primera mitad del siglo XX. El desarrollo industrial y económico de este periodo impone una serie de cambios sociales, y la reacción a este hecho habría venido por parte del neoconservadurismo y del nuevo empirismo, por su temor a las masas y a cualquier forma de acción social. La teoría de las masas observaba que la pérdida de vínculos sociales que se generaba en la sociedad contemporánea creaba un vacío social que preparaba una situación ideal para la «aparición de un líder carismático, de un mesías secular, que, presentándose ante todos con la apariencia de la gracia necesaria y de una fuerte personalidad, ofrece algo con que sustituir la vieja creencia unificadora que la sociedad ha destruido»<sup>466</sup>. Pero, la visión de D. Bell es divergente respecto a la posibilidad de que se produzca esta anomia social que pudiese generar un movimiento de masas, puesto que la transformación social y cultural de la sociedad americana de la que él es testigo le parece mayor y más rápida que en cualquier otra zona sin visos de que se pueda producir esta situación de anomia social. El corolario de esta situación parece más bien referirse a la generación de nuevas formas sociales que implican nuevas y más complejas relaciones vitales<sup>467</sup>. En este sentido, descarta nuestro autor la teoría de masas por ser una ideología de protesta romántica y conservadora contra la sociedad contemporánea. En este contexto interpretamos la paradoja a la que se enfrenta la miseria del historicismo popperiano, en el sentido de que, a la vez que rechaza una visión holística de la sociedad y la posibilidad de aceptar la existencia de una autoridad superior y única que dirija el devenir social, en este caso la historia, acepta de forma acrítica la propuesta que ya había postulado F.A. Hayek de que existe otra instancia externa capaz de cumplir esta

---

<sup>466</sup> *Ibid.*, p.24.

<sup>467</sup> *Ibid.*, p.44.

función, la ciencia económica imperante que se basa en el mercado como instrumento generador de un orden social espontáneo. El *fin de las ideologías* que analiza D. Bell parte de esta premisa, de la aceptación del nuevo rol otorgado a la ciencia económica y su ascenso al nivel de armonizador social.

En su análisis del proceso de globalización en el que estamos inmersos, Edgar Morin observaba que el ser humano es capaz de crear, de generar nuevos órdenes sociales diferentes al actual, de superarlo en base a nuevas ideas y conceptos. Pero, este potencial creador está inhibido por la especialización de la que ha sido objeto el individuo, por la normalización y burocratización a la que se le ha sometido<sup>468</sup>. El modelo de desarrollo de nuestras sociedades contemporáneas impone un límite que se sitúa en la auto-reflexión sobre las consecuencias del propio desarrollo, es decir, genera una sociedad que acepta como principios fundamentales: el crecimiento económico, el pleno empleo, la seguridad social y la alternancia en el poder entre partidos<sup>469</sup>. El propio juego político que se establece en nuestras sociedades contemporáneas tiene como objetivo el mantenimiento de las reglas establecidas por la democracia liberal, sin intentar rebasarlas hacia un nuevo modelo que supere esta situación. En este mismo sentido, en el *Fin de la Historia*, F. Fukuyama afirmaba que a partir del último cuarto del siglo XX el autoritarismo y la planificación centralizada socialista habían dejado de ser competidores de la única ideología con valor universal: la democracia liberal, que combinaba libertad individual y soberanía popular<sup>470</sup>. La alternativa marxista había generado, en última instancia, una abstracción tal de la economía política que producción y trabajo se habían convertido en dos categorías económicas al servicio del valor. La nueva categoría central de la economía marxista imponía el espejo de la producción como sistema paralelo a la metafísica occidental<sup>471</sup>, es decir, como nuevo cerco social irrebasable. La crítica marxista ha asumido lo económico como modelo, por lo que su pretendida alternativa queda subsumida en los mismos parámetros que la democracia liberal. En otras palabras, y como afirmaba J. Baudrillard, «el materialismo histórico, al no haber subvertido los fundamentos de la economía política, solo termina

---

<sup>468</sup> E. Morin, *¿Hacia el abismo? Globalización en el siglo XXI*, Madrid: Espasa, 2010, p.138.

<sup>469</sup> U. Beck, *op. cit.*, p.145.

<sup>470</sup> F. Fukuyama, *El fin de la Historia y el último hombre*, Barcelona: Planeta, 1992, p.78.

<sup>471</sup> J. Baudrillard, *El espejo de la producción (o la ilusión crítica del materialismo histórico)*, Barcelona: Gedisa, 1980, p.45.

reactivando el modelo a escala mundial»<sup>472</sup>. En este mismo sentido se pronunciaba Guy Debord al identificar el determinismo científico del marxismo como falla que lo transforma en una ideología. La economía y el cientificismo asociado a ella se imponen en el desarrollo social y quedan protegidos de toda crítica alternativa. En conclusión, las alternativas a la democracia liberal devienen en una construcción unitaria del pensamiento, un monismo ideológico, que asegura que el orden social se mantiene dentro del desarrollo social ya alcanzado<sup>473</sup>.

De esta forma, la única posibilidad de constituir un orden social lo determina la ciencia natural moderna por su capacidad de acumulación de conocimiento, lo que permite a la economía elevarse a la categoría de principio ideológico director de nuestras sociedades contemporáneas. La ciencia y, por ende, la ciencia económica, se erigen en un elemento universal que vertebra la unificación global de la humanidad. Pero, este cientificismo, como ya observa F. Flahault, nos devuelve a empresas prometeicas, y la economía es el adalid de estas nuevas empresas<sup>474</sup>.

---

<sup>472</sup> *Ibid.*, p.95.

<sup>473</sup> G. Debord, *op. cit.*, p.119.

<sup>474</sup> F. Flahault, *op. cit.*, p.64.



### **CAPÍTULO III. FILOSOFÍA POLÍTICA Y AUTONOMÍA SOCIAL**

La reflexión sobre la derivada social de la crisis financiera desatada al finalizar la primera década del siglo en curso nos conducía a observar la debilidad de la acción política, de la capacidad de la acción social en el objetivo de construcción de un espacio común. La ciencia económica ha generado un espacio autónomo de desarrollo capaz de proyectar sus vectores directores sobre la propia evolución social y potenciar su heteronomía, por lo que cualquier intento de superar dicha situación y volver a recuperar la autonomía social, es decir, romper con la subordinación social a la economía, debe interrogarse, inicialmente, sobre la raíz y las consecuencias del determinismo económico impuesto sobre el desarrollo social.

En el primer capítulo hemos abordado la base sobre la que se ha sustentado la autonomización de la esfera económica, es decir, el desarrollo de la ley externa que ha dominado el ámbito social y ha constituido un horizonte insuperable para la acción política. La raíz de este proceso de autonomización nos ha llevado, inicialmente, al proceso de construcción social de la realidad y su articulación en base a la relación establecida entre un determinismo biológico y una creatividad social propiamente humana, que elimina cualquier posibilidad de naturalización de la propia realidad social, pues ésta queda delimitada por la praxis humana. Este proceso, consecuentemente, debe ser concebido como un producto histórico-social, como un corolario del establecimiento de un universo simbólico en el que, en este caso, la ciencia económica se ha impuesto como una significación central y ha constituido un cerco social que impide la incorporación de significaciones imaginarias novedosas. Una centralidad, la del sistema económico, que se ha ido configurando a través del propio desarrollo histórico de la ciencia económica, desde la época fisiocrática hasta el monetarismo, en base a una serie de categorías económicas articuladas por los correspondientes axiomas ideológicos, y al proceso de desconexión respecto de la realidad social que ha permitido la configuración de dicho cerco social.

En el segundo capítulo hemos profundizado sobre la constitución de la realidad social actual y el imaginario social global que se ha revelado como proyección a nivel social de la centralidad de la ciencia económica. Este imaginario se ha impuesto en base

a un reduccionismo social que ha permitido consolidar y extender la heteronomía social a través del paradigma de un Estado Homogéneo Universal, socavando la legitimidad de la democracia en aras de la imposición del mercado como dogma economicista, enraizado en la tendencia a un monismo ideológico que se deriva de la Ilustración.

En este tercer capítulo, nuestro objetivo es la reflexión sobre la posibilidad de superar la heteronomía que caracteriza nuestro presente y la recuperación de la autonomía colectiva, es decir, plantaremos la posibilidad de superar la necesidad de cualquier ley extra-social que determine nuestra realidad y nos permita avanzar hacia la autonomía social. Esta reflexión abordará, inicialmente, la situación actual derivada de la crisis económica en la que estamos inmersos y su relación con la explicación asociada a los ciclos económicos y las estructuras de acumulación, que se han asumido como herramientas capaces de mantener el orden social, potenciando la heteronomía imperante. Las nuevas configuraciones sociales que resultan de las crisis económicas constituyen un intento racionalizador de las irracionalidades del sistema económico imperante, y persiguen volver a recuperar las condiciones óptimas para que el ciclo económico pueda restablecerse. Sin embargo, la puesta en marcha de un nuevo ciclo económico no asegura una reconfiguración social profunda de los elementos que determinan la pérdida de la autonomía, puesto que la ciencia económica sigue siendo administrada por una élite de expertos que terminan dominando el imaginario político imperante. Por ello, el análisis de dicho imaginario, los sistemas burocráticos que lo sustentan y el ideal mesiánico que conducen a la quiebra de los pilares de nuestros sistemas democráticos se imponen como paso previo a la configuración de un nuevo imaginario político que parta de la base de la autonomía social. Cualquier alternativa al imaginario político actual debe romper con el círculo vicioso que refuerza la debilidad de la acción política y la jerarquía social del presente, y que ha abandonado los ideales ilustrados. La Filosofía Política se nos revela como una herramienta válida para abordar la construcción de este nuevo imaginario político capaz de transitar desde la autonomía individual hacia la autonomía colectiva, es decir, de conectar la pluralidad social mediante una recuperación de la visión ilustrada. La normatividad política centrada en el concepto de igualdad permite una participación activa y extensa en la acción social, que facilitará el camino hacia la autonomía social. Ante la tendencia a la imposición de un monismo ideológico en el ámbito político, que hemos detectado en el desarrollo

social del presente desde la Ilustración, consideramos necesario reclamar un pluralismo capaz de conjugar los diferentes valores humanos, conscientes de que ello no será posible sin fricción alguna, y que debería ser abordado dentro de la esfera política. Por tanto, y finalmente, profundizaremos en este recorrido que nos lleva desde el individuo hacia el colectivo, desde una concepción antropológica del ser humano que descarta la existencia de un bien único, pone en valor la igualdad y la pluralidad, la capacidad de auto-transformación dentro del contexto social, y permite la creación social desde una potencial *base mínima universal*.

## **1. DEFINIENDO EL PRESENTE: CICLO ECONÓMICO Y CRISIS SOCIAL**

### **1.1. LA CRISIS ECONÓMICA**

En su reflexión sobre las crisis financieras a lo largo de la historia, John K. Galbraith afirmaba que «la especulación se construye a sí misma y se proporciona su propio impulso»<sup>1</sup>, puesto que cada vez que se produce una crisis y la economía se ve abocada a un proceso de ajuste, la nueva situación resultante genera un ciclo renovado de rendimientos y valores que vuelven a aumentar indefinidamente. En otras palabras, las crisis económicas, que suponen el final de un ciclo de acumulación por cualquier circunstancia, por nimia que parezca, generan nuevas condiciones para que el carrusel económico se ponga nuevamente en marcha. En este nuevo ciclo económico, los afortunados que ven incrementar su riqueza consideran que esta situación es el premio adecuado para sus esfuerzos personales, y no consideran la posibilidad de que un elemento externo y despreciable para la economía en su conjunto pueda poner freno a dicho ciclo expansivo. El propio sistema económico alimenta esta tendencia al haber creado una ciencia inalcanzable para los legos en la materia, es decir, un nivel de desarrollo de sus herramientas que impide el acceso a los no expertos y que, consecuentemente, aniquila cualquier opinión crítica que pueda alzarse en su contra. La auto-protección que la ciencia económica ha creado para su propia esfera de desarrollo

---

<sup>1</sup> J.K. Galbraith, *Breve historia de la euforia financiera*, Barcelona: Ariel, 1991, p.16.

protege, a su vez, el efecto especulativo que genera el sistema imperante y eleva a una nueva categoría a los beneficiados por su efecto.

Sin embargo, como ya advierte el autor norteamericano, la esfera económica es tremendamente frágil<sup>2</sup> y susceptible de desequilibrios debido a la configuración del sistema económico propio de la globalización. Esta fragilidad se traduce en la asunción de que hay personas capaces de adelantarse al resto en el descubrimiento de algo nuevo en la esfera económica, de un instrumento financiero, totalmente innovador, capaz de incrementar la riqueza de aquellos que quieren beneficiarse del mismo<sup>3</sup>. La base de esta fragilidad reside en el propio proceso de construcción de la categoría económica de riqueza<sup>4</sup>, en su completa separación respecto de la esfera física, y su conceptualización en base a tres propiedades: apropiabilidad, valorabilidad y productibilidad. La esfera de la riqueza ha quedado limitada y reducida a todos aquellos objetos que pueden formar parte de la propiedad privada de un individuo, se pueden valorar monetariamente para homogeneizarlos con otros productos, y pueden multiplicarse de alguna forma. Esta conformación del concepto de riqueza se realiza a partir de la exaltación del valor de cambio como propiedad principal de todo objeto y, por tanto, la capacidad de producir riqueza a través de operaciones en el sistema económico sin necesidad de que dichas operaciones obtengan el respaldo de un excedente físico. Como corolario de esta transición, el trabajo, o la actividad humana, deja de ser un factor limitante de la capacidad de generación de riqueza, puesto que el nuevo factor debe formar parte de la propia esfera abstracta generada por la ciencia económica y en la que el elemento homogeneizador es el valor de cambio del objeto, por lo que este nuevo factor será el Capital. Esta categoría económica, el Capital, sintetiza el desplazamiento de la esfera económica desde la esfera física hacia la abstracción de una esfera subjetiva expresada en el valor de cambio pecuniario de una serie limitada de objetos. Si bien en su origen es asociada con el conjunto de bienes físicos e inmateriales necesarios para iniciar un proceso productivo, el propio desarrollo de la ciencia económica impulsa la necesidad de una categoría capaz de homogeneizar el concepto de riqueza en base al valor de cambio subjetivo de los objetos, su utilidad y escasez, pero ya no expresada como

---

<sup>2</sup> *Ibid.*, p.27.

<sup>3</sup> *Ibid.*, p.33.

<sup>4</sup> ver *supra*, Capítulo I, 3.1.

conjunto de bienes materiales e inmateriales, sino en términos monetarios, lo que permite invertir a todos los objetos de homogeneidad. El Capital adquiere, de esta forma, la capacidad de reflejar el concepto de riqueza, puesto que asegura sus tres propiedades fundamentales: la posibilidad de apropiación privada, la homogeneización pecuniaria de todos los objetos, y la reproductibilidad de la misma.

En este contexto, el cambio de milenio tuvo lugar, como afirma Joaquín Estefanía, bajo el influjo de un optimismo generalizado que, en base a un manifiesto crecimiento, permitía augurar la posibilidad de un ciclo económico de largo crecimiento<sup>5</sup>. Este era el espíritu que animaba el nuevo sistema económico hegemónico desde la caída del muro de Berlín: el capitalismo global. Una globalización del sistema económico que, como ya hemos observado, se basa en una progresiva financiarización de la economía<sup>6</sup> que relega a lo industrial a un segundo plano, impulsada por una desregulación completa del movimiento de capitales, en contraposición con las restricciones al movimiento de mercancías y de personas<sup>7</sup>. En este sentido, como afirma nuestro autor, lo real deja paso a lo virtual, y la información se convierte en el nuevo motor del desarrollo económico. Pero, y aquí la paradoja de nuestra época, las crisis económicas siguen siendo imprevisibles, y «nadie puede decir con sensatez aquí no puede ocurrir»<sup>8</sup>. La obsesión con el crecimiento económico ha llevado al absurdo de creer que éste puede realizarse al margen de cualquier tipo de control político y que, no solo es independiente, sino que puede desarrollarse de espaldas a la sociedad. La aplicación de los principios derivados del Consenso de Washington parecía asegurar que los ciclos económicos pasarían a formar parte del pasado y se abriría la larga etapa de crecimiento que se vislumbraba a comienzos del siglo XXI. Y que esta etapa debía de caracterizarse por la perfección en la economía: «crecimiento sostenido y sustancial, sin tensiones en los precios, sin paro, equilibrado frente al exterior y armónico»<sup>9</sup>.

---

<sup>5</sup> J. Estefanía, *Aquí no puede ocurrir. El nuevo espíritu del capitalismo*, Madrid: Taurus, 2002, p.9.

<sup>6</sup> Un interesante análisis sobre la progresiva financiarización de la economía se puede consultar en un artículo de Carlos Berzosa sobre la hegemonía del aspecto financiero en la economía actual, véase C. Berzosa, "La hegemonía de las finanzas en la situación económica mundial", *Revista de Economía Mundial*, n.23, 2009, pp.53-66.

<sup>7</sup> J. Estefanía, *op. cit.*, p.14.

<sup>8</sup> *Ibid.*, p.15.

<sup>9</sup> *Ibid.*, p.278.

Sin embargo, si en la última década del milenio pasado ya se habían producido una serie de crisis económicas recurrentes: 1) en Europa en 1992, por la debilidad del Sistema Monetario Europeo; 2) en México en 1994, que supone un frenazo en la modernización del país y su apertura económica; 3) en Asia en 1997, que provoca la caída del mito de los tigres asiáticos; 4) en Rusia en 1998, por el traslado de la crisis asiática hacia un país con debilidad en su moneda; y 5) en América Latina en 1999, como etapa final de la crisis financiera iniciada en Asia; el comienzo del nuevo milenio nos depara nuevas crisis: 1) en Argentina en 2001, que provoca su bancarrota y suspensión de pagos; 2) en Estados Unidos en 2002, debido al fallo de los organismos reguladores incapaces de controlar la contabilidad de muchas empresas creativas<sup>10</sup>; y 3) en todo el mundo a partir de 2008.

En este último caso, la creación de innovadores instrumentos de cobertura del riesgo financiero parece haber cumplido el papel de elemento novedoso y nuevo descubrimiento capaz de incrementar indefinidamente la riqueza. En la actividad de las entidades financieras, los riesgos<sup>11</sup> derivados de las operaciones que realizan se distribuyen en tres categorías: de crédito, de tipo de interés, y de liquidez. La innovación financiera gestada desde finales de siglo XX se fundamenta en la creación de vehículos e instrumentos de teórica cobertura y diversificación de estos riesgos dentro de las entidades financieras. Esta innovación se denomina *titulación* o *securitización*, y permite que dichas entidades financieras puedan descargarse de sus activos, es decir, puedan reducir su exposición a los riesgos principales asociados a su actividad mediante la emisión de una serie de títulos que pueden vender a otros inversores<sup>12</sup>. Este proceso de titulación de los riesgos que ha contraído una entidad financiera no se realiza directamente, sino que para ello la desregulación financiera impulsada en el último cuarto del siglo XX permitió que estas entidades creasen filiales, denominadas genéricamente SPV (Special purpose vehicle), que procedían a la comercialización de los riesgos contraídos por su entidad matriz, y que se denominan

---

<sup>10</sup> J. Estefanía, *La cara oculta de la prosperidad. Economía para todos*, Madrid: Taurus, 2003, p.170.

<sup>11</sup> En un artículo sobre la crisis actual y su relación con las interpretaciones clásicas, Robert Boyer aborda la cuestión de los riesgos desde esta visión, véase R. Boyer, "La crisis actual a la luz de los grandes autores de la economía política", *Economía: Teoría y Práctica*, Nueva Época n.33, julio-diciembre, 2010, pp.11-58.

<sup>12</sup> R. Astarita, *El Capitalismo Roto. Anatomía de la crisis económica*, Madrid: La Linterna Sorda, 2009, p.26.

genéricamente ABS (Asset-backed securities). Este entramado de instrumentos financieros relacionados con la cobertura de los riesgos derivados de las operaciones financieras incluye todo tipo de innovaciones como los CDS (Credit default swaps), que son coberturas de los riesgos derivados del impago de un crédito concedido; los *forwards* o *futuros*, que suponen coberturas frente a variaciones futuras de los tipos de interés; y las opciones de compra o venta (*call* o *put*) de ciertos activos a futuro, que cubren los riesgos relacionados con la liquidez de dichos activos<sup>13</sup>. En resumen, los nuevos instrumentos financieros impulsan la actividad de la esfera financiera en total desconexión con el entorno físico y social, en un ámbito totalmente abstracto en el que el Capital se confirma como único elemento limitante de la producción de riqueza, convirtiéndose en un «autómata que se valoriza por sí solo»<sup>14</sup>. Y los instrumentos de cobertura de riesgo financiero se nos revelan como los elementos innovadores, palanca de generación de una riqueza ficticia que, al carecer de cualquier respaldo físico, en el momento que se activa la necesidad de concretar dicha contraprestación provocan un inmediato colapso del proceso de acumulación y dan paso a un proceso de ajuste. La pretendida desaparición o, al menos, diversificación del riesgo resulta una quimera, puesto que el riesgo sigue existiendo, pero se ha trasladado y extendido, por lo que las pérdidas derivadas de la exigencia de una contraprestación física de la ficticia riqueza financiera también se extienden.

Consecuentemente, el elemento innovador que desequilibra la esfera de lo económico, y que resaltábamos anteriormente como creador mágico de riqueza, es cualquier instrumento que permita incrementarla dentro de la esfera abstracta que sintetiza el Capital, es decir, que permita hacer crecer la propiedad privada en términos monetarios y sin necesidad de sustentarse en ninguna contrapartida física, pudiendo operarse en una esfera inmaterial. Esta capacidad es perfectamente impulsada por estos nuevos instrumentos financieros de cobertura de riesgo que se proyectan en la deuda, tanto pública como privada, y que permiten desarrollar la riqueza entendida como una apropiación en términos monetarios. Esta teórica riqueza financiera, no obstante, se ve

---

<sup>13</sup> Una pedagógica introducción de este conjunto de instrumentos financieros puede consultarse en R. Astarita, *El Capitalismo Roto. Anatomía de la crisis económica*, Madrid: La Linterna Sorda, 2009, pp.28-38.

<sup>14</sup> R. Astarita, *op. cit.*, pp.42-43.

limitada, paradójicamente, por su falta de respaldo en bienes tangibles, puesto que su crecimiento se interrumpe en el momento que éstos son exigidos como contrapartida y deben ser buscados entre los bienes que posee la comunidad, es decir, el Estado. Este desarrollo inmaterial de la riqueza es el que permite los episodios de especulación, los ciclos de crecimiento que provocan, posteriormente, duros procesos de decrecimiento y ajuste. Como observa J.K. Galbraith, «los ciclos especulativos terminan siempre con una crisis económica, que posteriormente ha pasado a denominarse, de una forma menos alarmante, depresión, recesión, o ajuste del crecimiento, conceptos que no buscan sino *edulcorar* las secuelas económico-sociales de dicho ciclo»<sup>15</sup>.

Cronológicamente, el factor que desencadena la actual crisis se configura a lo largo del año que transcurre entre septiembre de 2007 y septiembre de 2008. La generalizada comercialización de instrumentos financieros de cobertura de riesgo de entidades bancarias, fundamentalmente de cobertura de riesgo de crédito, unida a una dudosa calificación de dichos riesgos, genera una burbuja financiera que comienza a vislumbrarse cuando se empiezan a solicitar las contraprestaciones físicas a tal riqueza ficticia. Este proceso de convertibilidad se traduce en problemas de liquidez en las entidades financieras que no son capaces de facilitar dicho respaldo físico. El 13 de septiembre de 2007 el Northern Rock, un banco británico, lanza la primera señal al mercado sobre los problemas de liquidez que pueden sufrir todas aquellas entidades expuestas a los instrumentos de cobertura de créditos hipotecarios que se habían comercializado desde Estados Unidos. Ante esta señal, los Bancos Centrales, reguladores del mercado monetario, responden con inyecciones de liquidez directas al mercado, un préstamo de urgencia el británico, y una bajada de tipos de interés la Reserva Federal de Estados Unidos, que se formaliza el 18 de Septiembre. Durante el mes de octubre se extiende la sombra de la duda sobre la capacidad de las entidades que habían acudido a la cobertura de este tipo de créditos de realizarla de forma real, es decir, de ser capaces de aportar el respaldo físico en el caso de que los deudores de dichos créditos no fuesen capaces de hacer frente a los mismos. El final de 2007 supone un continuo intento de la Reserva Federal por intentar inyectar liquidez al mercado mediante progresivas reducciones de los tipos de interés oficiales. La situación, sin

---

<sup>15</sup> J.K. Galbraith, *op. cit.*, p.117.



embargo, no revierte a lo largo del primer semestre de 2008 puesto que, lejos de disiparse la tensión en el mercado financiero, ésta se profundiza y, consecuentemente, comienza a reflejarse en el mercado inmobiliario y en la tasa de empleo en Estados Unidos. El tercer trimestre de 2008 representa la confirmación de la profundidad de la crisis que se había estado gestando durante la primera década del siglo XXI, puesto que los problemas de liquidez y las quiebras no solamente afectan a las entidades directamente activas en las coberturas de deuda privada y pública, sino que se traslada directamente a las entidades financieras tradicionales, en las que recae directamente la necesidad de financiación de la actividad industrial y productiva. Las continuas inyecciones de liquidez de la Reserva Federal y los rescates directos de ciertas entidades financieras no consiguen satisfacer las inmensas necesidades de dinero a corto plazo y, por tanto, respaldar los compromisos a los que las entidades financieras habían llegado. El 15 de septiembre de 2008, la Reserva Federal decide no ayudar al banco de inversión Lehman Brothers, como había hecho con otras entidades, y los problemas de liquidez que padecía le abocan a una quiebra que deja un reguero de deudas no cubiertas que trasladan la crisis de liquidez a todo el mercado financiero mundial. La avidez de liquidez para hacer frente a los compromisos individuales dispara las necesidades a corto plazo que no pueden ser cubiertas con nuevas inyecciones por parte de los reguladores correspondientes y se produce una contracción inmediata de la actividad industrial. Como observa Rolando Astarita, el proceso que abarca el año anterior a la crisis de Lehman Brothers ejemplifica cómo la esfera financiera «adquiere una dinámica propia, en el sentido de que hasta cierto punto se independiza de la marcha de la economía real, esto es, del circuito del capital productivo»<sup>16</sup>. No obstante, la crisis de finales de la primera década de este siglo no es sino el paradigma del desarrollo de la esfera financiera, en el que las categorías que la rigen se autonomizan y se abstraen del desarrollo del entorno físico y social estableciendo una dinámica propia que asocia riqueza con Capital monetario, y a éste con deuda creciente. En la base de este proceso de independización deberíamos situar la generación de dinero bancario, es decir, de un Capital ficticio que no surge como canalización o centralización del ahorro del sistema para su empleo en actividades productivas, sino que se genera en las propias entidades

---

<sup>16</sup> R. Astarita, *op. cit.*, p.144.

bancarias y en las grandes empresas transnacionales a partir de sistemas de captación de deuda para potenciales operaciones industriales futuras.

A estas alturas, transcurridos ya unos años desde la eclosión de la última crisis económica de finales de la primera década de este siglo, parece obvio que la situación actual se deriva de lo acontecido en las esferas económica y política en el último cuarto del siglo pasado. Como afirma Josep Burgaya, «ha habido una actitud acrítica hacia un racionalismo científicista que ha descansado en un lenguaje oculto e inabarcable para la mayoría, las matemáticas y la estadística»<sup>17</sup>. La imposición de la ciencia económica se ha reforzado en este último periodo de desregulación neoliberal mediante tres conceptos fundamentales para las políticas económicas que se han venido imponiendo en esta etapa: 1) la teoría de las expectativas racionales de John Muth y Robert Lucas; 2) la teoría del ciclo económico real de Finn K. Kydland y Edward C. Prescott; y 3) la teoría del mercado eficiente de Eugene F. Fama<sup>18</sup>. La conclusión de este proceso, según el propio autor catalán, ha sido una progresiva imposición de los derivados como productos financieros, apoyados en el desarrollo de estas herramientas matemáticas y estadísticas y, por tanto, la consolidación de una economía financiera paralela y desligada de la economía física y social, es decir, la confirmación de la progresiva desconexión social de la ciencia económica.

## **1.2. EL CICLO ECONÓMICO: LA MODIFICACIÓN DE UNA ESTRUCTURA SOCIAL DE ACUMULACIÓN**

La actividad económica no tiene una evolución lineal, sino que fluctúa generando periodos de prosperidad, de estancamiento y de depresión de las diferentes variables que intervienen en el sistema. Por tanto, y con una base empírica y estadística, se puede afirmar que, a nivel global, la economía queda determinada por una serie de ciclos que se suceden ininterrumpidamente y que afectarán a la evolución de la producción, los ingresos y el empleo. Y, como afirmaba Nikolai Kondratieff, estos ciclos pueden definirse en base a diferentes etapas: expansión, crisis, recesión, y recuperación de los indicadores macroeconómicos hacia una nueva fase de expansión

---

<sup>17</sup> J. Burgaya, *El Estado de bienestar y sus detractores*, Barcelona: Octaedro, 2013, p.189.

<sup>18</sup> *Ibid.*, p.191.

que determine el comienzo de un nuevo ciclo económico. El análisis de los ciclos económicos, no obstante, se ha desarrollado desde perspectivas diferentes, fundamentalmente atendiendo a factores endógenos y a factores exógenos a la propia economía, dando lugar a una serie de teorías fundamentales que agruparemos de la siguiente forma: 1) la teoría clásica del equilibrio natural; 2) la teoría marxista de la sobreacumulación de capital; 3) la teoría keynesiana del subconsumo; 4) la teoría monetarista de la excesiva liquidez; 5) la neoclásica o de la economía de la oferta, centrada en las expectativas racionales; y 6) la teoría de la escuela austríaca, referida a causas endógenas y efectos estructurales.

En referencia a la teoría clásica, y como ya hemos observado en nuestro análisis del proceso de autonomización de la ciencia económica, a lo largo del siglo XVIII se asumía la posibilidad de un proceso de crecimiento económico continuo en un horizonte de largo plazo. Esta premisa se basaba en el carrusel de producción-consumo-crecimiento con el que los fisiócratas franceses habían dotado a la ciencia económica, y que significaba el impulso inicial para la elaboración de diferentes teorías del crecimiento económico, siempre bajo la premisa de la existencia de un excedente económico que debía distribuirse. La acumulación de capital generada por la actividad industrial permitía que este proceso productivo se incrementase continuamente, y de acuerdo con la *Ley de Say* se podía esperar un equilibrio económico en base a dicho incremento de la producción, a pesar de que pudiesen producirse desequilibrios económicos coyunturales. Sin embargo, las repetidas crisis a lo largo del siglo XIX pusieron en duda esta visión optimista de la ciencia económica de la época y abrieron la puerta para que se desarrollasen diferentes críticas al proceso. En este sentido debemos interpretar la aportación de Th. Malthus que, basándose en el crecimiento demográfico, postuló un desequilibrio del sistema por su afección sobre el nivel salarial. Esta influencia produciría un desequilibrio entre oferta y demanda que ya no sería coyuntural, sino totalmente estructural, y que provocaría la ruptura del equilibrio económico clásico basado en la *Ley de Say*. La visión de Malthus anticipaba las dos teorías fundamentales sobre la aparición de las diversas crisis a lo largo de la historia, puesto que el desequilibrio que amenazaba el sistema económico generaba un desajuste entre la oferta y la demanda, es decir, provocaba, o bien que la oferta era demasiado escasa para la demanda, que se atribuirá a una carencia de formación de capital en el

sistema; o bien que la demanda era demasiado escasa para la oferta existente, que se asociará con una crisis por subconsumo. El primer caso se relaciona con la *ley de rendimientos decrecientes*, que en ese periodo clásico fue establecida casi al unísono por diversos autores, entre ellos D. Ricardo, mientras el segundo se asociará a una carencia en la redistribución de las ganancias hacia la masa salarial. No obstante, ante la amenaza de un potencial estado estacionario, que posteriormente también sería defendido por J.S. Mill, el autor más importante de la época, D. Ricardo, articuló una defensa de la *Ley de Say* y, por tanto, del equilibrio económico, al volver a defender que los ingresos obtenidos en la producción de bienes materiales permiten alimentar la demanda de los mismos. En otras palabras, hasta el último cuarto del siglo XIX, y a pesar de las diversas experiencias de crisis económicas acaecidas a lo largo del mismo, la escuela clásica se resistía a aceptar la posibilidad de que el sistema económico no podía mantener un ciclo ascendente indefinido, y los desajustes en el mismo eran interpretados como desviaciones coyunturales de una tendencia robusta a largo plazo. La premisa básica de la escuela clásica es la consideración de las leyes económicas como proyecciones de las leyes naturales y, por tanto, la asunción de que el sistema económico es capaz de auto-regularse y corregir de forma autónoma los posibles desequilibrios que sufra en ciertos periodos, que no dejan de ser desviaciones coyunturales. La actividad económica es regulada por la información aportada por los precios de mercado, que fluctúan constantemente alrededor de los precios naturales, reflejo de la capacidad auto-regulatoria de la actividad económica. Por tanto, el ciclo económico no deja de ser una desviación temporal que se reconducirá por el propio desarrollo del sistema económico.

En lo que respecta al enfoque marxista<sup>19</sup>, la crítica de K. Marx a la economía clásica impulsa el estudio de las crisis repetitivas que acechaban al capitalismo y su origen en base a los dos fenómenos ya comentados: la sobreacumulación de capital y el subconsumo. En la década de 1920, y bajo la influencia de dicha crítica, el economista ruso Nikolai D. Kondratieff publica diversos trabajos en los que configura su *Teoría de*

---

<sup>19</sup> En referencia a las teorías marxistas de los ciclos económicos cabe recordar que se suele admitir la inexistencia de una teoría propia de K. Marx sobre este tema, por lo que las teorías marxistas son desarrollos posteriores a partir del material que K. Marx desarrolló en *El Capital*, véase B. Dupont, "Les cycles d'accumulation du capital dans la théorie marxiste", *Cahiers d'Économie Politique*, nº66, 2014, p.121, y R. Aron, *El marxismo de Marx*, Madrid: Siglo XXI, 2010, p.463.

*los Ciclos Económicos Largos*, es decir, estudios que postulaban la existencia de fluctuaciones económicas largas, regulares y recurrentes. En estos estudios, publicados entre 1925 y 1928, el autor ruso identifica una dinámica sincronizada de transición desde la prosperidad a la depresión en países industrializados y capitalistas como Inglaterra, Francia, Estados Unidos y Alemania. Nuestro autor parte de la premisa de que las crisis económicas son producto de la escasez de capital, y esta se debe a que su reemplazo, el de los bienes de capital, no es continuo, sino que se produce en forma escalonada, generando ciclos económicos largos. En períodos depresivos de la economía, los precios de los bienes materiales caen y existen grupos de población que aprovechan esta circunstancia para incrementar su ahorro. Cuando este capital ahorrado intenta buscar una utilidad se produce tal presión en el mercado que las tasas de interés del mismo caen bruscamente. En ese momento, en el que las tasas de interés se desploman, se toman las decisiones de grandes inversiones en bienes de capital y se impulsa un periodo expansivo. La escasez en este tipo de fondos conforme el proceso de expansión se desarrolla es la causa de que se inicie, nuevamente, un proceso depresivo en el que los precios de los bienes se desploman y crean las condiciones para que se vuelva a iniciar el ciclo económico. Este proceso continuo constata que, como ya había advertido Marx basándose en el pensamiento de los economistas clásicos, las crisis son inherentes al sistema capitalista<sup>20</sup>, puesto que éste es un sistema dinámico cuya propia evolución determina su carencia de estabilidad. Por tanto, y de forma periódica, las crisis económicas se producen dentro del sistema completando un ciclo entero: auge, crisis y depresión. El economista ruso identifica que el periodo de este movimiento completo de un ciclo de crisis se extiende a 60 años. Para determinar esta duración del ciclo, nuestro autor analiza los movimientos cíclicos de diferentes variables, como el nivel promedio de los precios de las mercancías, las tasas de interés, los salarios, el comercio internacional, las tasas de producción y el consumo energético -en este caso el consumo de carbón-, encontrando en todos ellos una sincronización de ciclos de ascenso y descenso que encajarían en estos periodos de desarrollo del ciclo económico. No obstante, dentro de estos ciclos largos de la economía se distinguen distintos ciclos intermedios que determinan las fases de auge, crisis y depresión, y que actúan como

---

<sup>20</sup> N.D. Kondratieff, *Los ciclos económicos largos*, Cheshunt: GDP, 1995, p.3.

«correas de transmisión de las ondas largas»<sup>21</sup>. Estos ciclos intermedios son relacionados con la teoría postulada por Marx de que estas crisis periódicas estaban determinadas por el proceso de acumulación de capital -por lo que eran inherentes al propio sistema- y, más concretamente, por el desgaste y consiguiente sustitución de los medios productivos. En el caso de las ondas largas, los periodos de crisis hacen referencia a la misma sustitución, pero de equipos productivos que necesitan un mayor periodo de amortización<sup>22</sup>. En el momento en que se produce esta sustitución se da comienzo a la fase de auge del ciclo económico, que tiene lugar después de un proceso de acumulación de capital continuo y con una tasa superior a la de inversión corriente.

En la misma época, la década de 1920, otro autor ruso, Pavel Maksakovsky, desarrolla, en paralelo, su *Teoría del Ciclo Capitalista*<sup>23</sup>, con la que también persigue como objetivo demostrar que las crisis son una necesidad objetiva del capitalismo resultado de su expansión desproporcionada<sup>24</sup> y las contradicciones en que incurre, por lo que utiliza la dialéctica marxista entre el todo y las partes para constatar que la existencia de estas contradicciones y sus penosas consecuencias nos orientan hacia la revolución y una planificación social. La diferencia fundamental de ambos enfoques es que, mientras N. Kondratieff planteaba sus ciclos largos como momentos de equilibrio que se desplazaban a lo largo de la historia, por lo que era acusado de adoptar una perspectiva burguesa en su análisis, P. Maksakovsky recuperaba la perspectiva dinámica del análisis de Marx, negaba cualquier tipo de equilibrio o visión estática, y postulaba los ciclos económicos como estadios económicos sucesivos producto de revoluciones tecnológicas, pero en progresivo avance en una dirección superior: la planificación social. En otras palabras, cada crisis de un ciclo económico supone una base de aprendizaje para desarrollar un nuevo estadio tecnológico que permita el desarrollo de un nuevo ciclo, en un continuo movimiento hacia el colapso final que permitirá la revolución.

---

<sup>21</sup> *Ibid.*, p.55.

<sup>22</sup> *Ibid.*, p.69.

<sup>23</sup> De acuerdo con Richard B. Day, en 1929 se publica la obra *The Capitalist Cycle: An Essay on the Marxist Theory of the Cycle*, del autor ruso Pavel V. Maksakovsky, resultado del seminario que tuvo lugar en otoño de 1927 en el Institute of Red Professors, aunque se realiza de forma póstuma, puesto que el autor fallece el 2 de Noviembre de 1928, véase Richard B. Day, "Pavel V. Maksakovsky: The Marxist Theory of the Cycle", *Historical Materialism*, volúmen 10:3, Leiden, 2002, pp.115ó131.

<sup>24</sup> Richard B. Day, "Pavel V. Maksakovsky: The Marxist Theory of the Cycle", *Historical Materialism*, volúmen 10:3, Leiden, 2002, pp.121.

A finales de la década en la que ambos autores rusos postularon sus teorías sobre los ciclos económicos se produce la Gran Depresión, que debilita desde la raíz la defensa de la teoría del equilibrio clásica que enunciaba la ley de Say, por la que el sistema encontraría el equilibrio en el pleno empleo mediante el soporte de la demanda<sup>25</sup>. La situación del sistema económico mostraba que éste había llegado a un equilibrio duradero en una situación de subempleo, es decir, la demanda era débil y no traccionaba de la producción de bienes para permitir la optimización del factor capital que los neoclásicos postulaban. Como J.M. Keynes observaba, la causa principal de los problemas sociales de ésta época era el subconsumo, producto de una determinada distribución de la riqueza que empujaba a utilizar el sistema productivo por debajo de su nivel óptimo, y que debía volver a regenerarse, quizá no tanto vía un consumo individual, sino más bien mediante una inversión social que dinamizase de nuevo el sistema, compensando la menor cantidad de renta dedicada a dicho consumo. Desde este enfoque de análisis, el ciclo económico se relaciona con la evolución de la eficiencia marginal o productividad del capital en relación con la tasa de interés<sup>26</sup>. Nos encontramos, por tanto, ante una crisis que en la etapa clásica se hubiese denominado de subconsumo por una excesiva fortaleza del Capital frente al Trabajo, puesto que el injusto reparto de las ganancias que se había producido en las dos décadas anteriores había debilitado este último factor y había desacelerado, consecuentemente, el consumo. Por todo ello, la década de 1930 se interpretaría como un periodo de depresión dentro del esquema de Kondratieff, en el que se deben de poner las bases para un nuevo periodo de auge del ciclo económico. La propuesta de Keynes para la reactivación del ciclo económico pasaba por desechar las herramientas de la tradición clásica y, especialmente, su mecanismo de corrección automática del mercado, dada su incapacidad demostrada empíricamente en situaciones de profunda depresión. El carrusel de producción-consumo que produjese de nuevo un crecimiento debía de ser traccionado por la acción estatal mediante un incremento de la demanda de inversión que compensase la debilidad de la demanda privada, elevase la

---

<sup>25</sup> Sobre la teoría keynesiana véase A. Dornean y V. Isan, "A Critical Perspective on the Doctrinal Approaches Regarding the Economic Crises", *The 7th Edition of the International Conference - European Integration. Realities and Perspectives*, 2012, pp.460-471.

<sup>26</sup> A. Dornean y V. Isan, "A Critical Perspective on the Doctrinal Approaches Regarding the Economic Crises", *The 7th Edition of the International Conference - European Integration. Realities and Perspectives*, 2012, p.463.

ocupación, generase más ingresos para el factor trabajo, y se elevase de nuevo el consumo que permitiese estabilizar el nivel de inversión para promover un crecimiento continuo. Pero, una nueva crisis, la acaecida durante la década de 1970, vuelve a debilitar la visión en boga hasta ese momento e impulsa visiones alternativas sobre el ciclo económico: la monetarista, la de la economía de la oferta y la de la escuela austriaca.

El enfoque monetarista se enfrenta a la ortodoxia keynesiana de la época y defiende una visión del ciclo económico centrada en la evolución del crédito, es decir, postula que los ciclos económicos son un fenómeno puramente monetario y que dependen de las decisiones tomadas por las autoridades monetarias<sup>27</sup>. En cierto sentido, se podría afirmar que el monetarismo también asume la tesis de una crisis por escasez de capital, pero asociando esta escasez a la debilidad de su poder frente al factor trabajo. En otras palabras, la excesiva cantidad de dinero existente, y la inflación asociada, elimina cualquier incentivo a la inversión productiva y la solución hacia un crecimiento sólido proviene de una política restrictiva en materia monetaria que permita que los tipos de interés vuelvan a incrementarse y faciliten que la inversión productiva vuelva a ser atractiva. Este crecimiento debe ser lento para que la oferta de bienes materiales vuelva a ser superior a su demanda y, de esta forma, se reduzca la presión de los costes sobre los precios<sup>28</sup>. En resumen, el objetivo final de la visión monetarista se centra en una redistribución del poder desde el trabajo hacia el capital.

En este mismo contexto creado por el monetarismo, en la década de 1970, economistas norteamericanos como Robert Lucas, Thomas Sargent y Robert Barro, impulsaron una visión general del sistema económico que se podría denominar *economía de la oferta*, y cuya premisa era la recuperación de los principios clásicos referidos a la flexibilidad de precios y salarios, y la capacidad del mercado de auto-regulase. La innovación de esta escuela de pensamiento económico, y que fundamenta su visión del ciclo económico, es la hipótesis de las *expectativas racionales*, es decir, la consideración de que todos los agentes económicos son racionales y capaces, por tanto, de anticiparse en sus decisiones a la situación del mercado, gracias a las señales que

---

<sup>27</sup> *Ibid.*, p.464.

<sup>28</sup> S. Bowles, D. M. Gordon y Th. E. Weiskopf, *La economía del despilfarro*, Madrid: Alianza Editorial, 1989, p.256.



reciben del mismo. En este sentido, cualquier desequilibrio económico, es decir, cualquier crisis que signifique el cambio de un ciclo económico a otro viene determinada de forma externa al propio sistema y es producto de decisiones irracionales de los agentes económicos. Una de las diferencias fundamentales entre este enfoque y el del monetarismo hace referencia a la metodología para atacar la inflación. Mientras que en el primero la inflación debe ser atenuada por un incremento rápido de la cantidad de bienes disponibles, en el segundo el control debe hacerse rápida y directamente sobre la raíz del problema. Esta acción directa y a base de imposiciones se reveló como la única alternativa a la economía de la oferta que se había estado aplicando a lo largo de toda la década de 1970 y cuya solución parecía inalcanzable ya a principios de la década de 1980. Los *shocks terapéuticos* dirigidos contra el equilibrio del poder existente y propuestos por esta doctrina persiguen, igualmente, un incremento rápido del poder del capital, debilitado por las políticas económicas de posguerra, para poder volver a potenciar la inversión productiva. Sin embargo, sus efectos inmediatos son el desplazamiento de los sacrificios sociales a un grupo mayoritario de ciudadanos menos protegidos.

La línea fundamental de este enfoque la determina, como hemos comentado, la tesis del economista norteamericano Robert E. Lucas Jr., que se alinea con la visión imperante de la ciencia económica en la que deben primar las valoraciones cuantitativas para que sus propuestas sean realizables. De esta forma, cualquier política en materia económica debe basarse, en última instancia, en modelos<sup>29</sup>, es decir, en inferencias sobre el comportamiento futuro de diversas variables macroeconómicas en función de observaciones no experimentales de comportamientos pasados y ciertos supuestos alternativos. Y la complejidad de estas inferencias reside en la cantidad de agentes que pueden actuar sobre la realidad económica. En este sentido, nuestro autor critica los modelos keynesianos utilizados en política económica en el periodo comprendido entre la Segunda Guerra Mundial y comienzos de la década de 1970. Estos modelos se basan en ecuaciones que describen las reglas de decisión de los agentes en lo referente al consumo, la inversión y la demanda de dinero, según su situación<sup>30</sup>. Pero estas ecuaciones no son lo suficientemente dinámicas, es decir, no contemplan la posibilidad

---

<sup>29</sup> R.E. Lucas, *Modelos de ciclos económicos*, Madrid: Alianza, 1988, p.21.

<sup>30</sup> *Ibid.*, p.29.

de que las decisiones de los agentes varíen de acuerdo a la variación de su propia situación. Ante esta carencia, el economista estadounidense reclama la perspectiva de las *expectativas racionales* como medio para adecuar los modelos de política económica a la realidad. La teoría de las expectativas racionales trata de construir modelos en los que se consideren las características específicas de los ciclos económicos, para lo que contempla la situación de los agentes económicos dentro del sistema, la tecnología de la que disponen y la forma en que interactúan entre ellos<sup>31</sup>. El objetivo de dicho análisis normativo, según nuestro autor, es, exclusivamente, el bienestar del agente. No obstante, la cuestión fundamental de este enfoque es que el bienestar que se pretende alcanzar con la aplicación de estos modelos en las políticas económicas se relaciona con el flujo de consumo individual. En otras palabras, el agente económico es contemplado fundamentalmente desde el ángulo de consumidor dentro del sistema, y su bienestar dependerá de cómo sea capaz de ejecutar esta tarea. Por tanto, y desde una perspectiva agregada, el bienestar de la sociedad se alcanzará cuando se maximice la suma de consumos individuales.

El punto de partida de su teoría será el modelo de ciclo económico desarrollado por Kydland y Prescott<sup>32</sup>. En este modelo, los ciclos económicos son abordados desde el análisis de la volatilidad en el empleo y en la producción real, contrariamente al enfoque orientado hacia los episodios de desempleo generalizado que adoptan otros modelos<sup>33</sup>. Y esta perspectiva de análisis se basa en una visión diferente del concepto *desempleo involuntario*. Robert E. Lucas afirma que los modelos keynesianos que se centran en los episodios de desempleo tratan de soslayar la idea de equilibrio walrasiano mediante este concepto, como expresión de que no siempre se produce un equilibrio entre la oferta y la demanda de empleo. Sin embargo, este concepto no contempla realmente la situación de las personas desempleadas, su comportamiento ante la situación que acontece, y las opciones que se les presentan. Por todo ello, lo que nuestro autor propone es un cambio

---

<sup>31</sup> *Ibid.*, p.35.

<sup>32</sup> Una aproximación al fundamento de estos modelos y su aplicación en el periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial con el objeto de afianzar su tesis se puede consultar en R. J. Hodrick y E. C. Prescott, "Postwar U.S. business cycles: An empirical investigation", *Journal of Money, Credit, and Banking*, vol. 29, n.1, Febrero 1997, pp.1-16.

<sup>33</sup> R.E. Lucas, *op. cit.*, p.65.

de enfoque en este concepto de desempleo para pasar a considerarlo voluntario<sup>34</sup>, es decir, para, paradójicamente, poder analizar con seriedad las opciones que estas personas tienen ante sí y cómo poder alcanzar situaciones alternativas y menos dolorosas socialmente. En otras palabras, el análisis de los ciclos económicos que nos propone cambia radicalmente de enfoque al considerar que sus consecuencias sociales no tienen por qué ser involuntarias, sino que pueden depender de la voluntaria decisión de los propios agentes económicos, por lo que la responsabilidad de su situación social recae íntegramente sobre ellos mismos.

Por tanto, desde la perspectiva de la economía de la oferta, la crisis se puede interpretar como la interrupción de un ciclo de acumulación cuyos fundamentos se habían desarrollado en el periodo de posguerra en base a un acuerdo entre el Capital y el Trabajo. La respuesta por parte de la economía de la oferta se fundamenta en su visión de que la clave fundamental del desarrollo económico es la inversión en maquinaria, es decir, el aumento progresivo de la capacidad de producción u oferta de bienes materiales. Y esta respuesta se basa, a su vez, en la apreciación de que la crisis de la década de 1970 se produce por una escasez de capital, es decir, que es una crisis de oferta producida porque el progresivo debilitamiento del Capital debido a que la reducción de la tasa de ganancia ha frenado el proceso de inversión y debilitado la estructura productiva. La solución, por tanto, pasa porque aquellos individuos capaces de invertir dispongan de una mayor cantidad de recursos para que puedan desarrollar esta base productiva. Desde este punto de vista, por tanto, la tasa de formación de capital y el progreso técnico marcan la pauta del desarrollo económico, y olvida que la economía la determinan las personas y las relaciones personales. La promesa de este enfoque era la consecución de una rápida aceleración del crecimiento económico y, consecuentemente, del nivel de vida de la población, mediante la desaparición de la intervención del Estado, que provocaría un nuevo impulso al ahorro, el emprendimiento, el trabajo, la productividad y los niveles de producción<sup>35</sup>. Para alcanzar este resultado tan atractivo y poder volver a incrementar el nivel de inversión y, por tanto, la oferta de bienes materiales, la economía de la oferta prescribe esfuerzos a corto plazo en el nivel de vida de las personas con el objetivo de liberar recursos que

---

<sup>34</sup> *Ibid.*, pp.79-80.

<sup>35</sup> S. Bowles, D. M. Gordon y Th. E. Weisskopf, *op. cit.*, pp.235-236.

permitan elevar, de nuevo, los niveles de inversión<sup>36</sup>. Sin embargo, este punto de vista no aborda el despilfarro en los recursos productivos, es decir, asume la lógica del juego de suma cero y que todos los recursos productivos se utilizan de forma optimizada. Desde este tipo de enfoques se suele recurrir a la metáfora del *goteo*<sup>37</sup> para asegurar que la recuperación económica se volverá a producir una vez que los esfuerzos económicos a corto plazo de la población tengan la continuidad suficiente para generar, de nuevo, un contexto apropiado para la inversión productiva. Estos esfuerzos incluyen una reducción del consumo de las personas que permita un incremento del ahorro, es decir, un incremento del capital privado que pueda ser posteriormente invertido en actividades productivas; una reducción del gasto público que permita liberar recursos para invertirlos en infraestructuras que impulsen la capacidad productiva de la sociedad; y unos mayores incentivos al ahorro y a la inversión para acelerar este proceso.

De esta forma, la economía de la oferta se caracteriza por ofrecer los siguientes argumentos en defensa de su enfoque: 1) la reducción de impuestos a empresas y particulares para fomentar el ahorro; 2) liberalización de amplios sectores de la economía para fomentar la competencia y, en consecuencia, la actividad emprendedora; y 3) despreocupación por el déficit en que se incurre con estas políticas y la inflación derivada, puesto que el incremento de la capacidad productiva compensará, de acuerdo a la curva de Laffer, estos desequilibrios iniciales<sup>38</sup>. Sin embargo, la realidad de sus efectos resultó ser, durante la década de 1970, bastante divergente con la idealidad prevista, puesto que la reducción de impuestos no facilitó un ahorro orientado a la inversión productiva, sino inmobiliaria; la liberalización de ciertos mercados no fomentó aquellos sectores más importantes desde el punto de vista social, sino aquellos que potenciaban los beneficios privados; y, por último, las previsiones de la curva de Laffer quedaron sin efecto en el momento en que la reducción de impuestos también se reflejó en una devaluación salarial y el consiguiente incremento de la jornada laboral para compensar este efecto<sup>39</sup>.

---

<sup>36</sup> *Ibid.*, p.33.

<sup>37</sup> *Ibid.*, p.63.

<sup>38</sup> *Ibid.*, p.243.

<sup>39</sup> *Ibid.*, pp.246-250.

Ante el fracaso del enfoque impulsado por la economía de la oferta y los discutibles resultados del monetarismo, la escuela austriaca recuperó parte del potencial que había quedado latente durante las décadas de 1970 y 1980 ante el empuje de las visiones precedentes, y volvió, con fuerza, a defender su visión del sistema económico. La premisa fundamental de esta escuela es su teoría de las causas endógenas de las crisis económicas, es decir, que los ciclos económicos vienen determinados por la acción de aquellas instituciones implicadas en el propio sistema económico. Sobre la base de las teorías de Ludwig von Mises, Friedrich Hayek y Murray Rothbard, el enfoque de la escuela austriaca retoma la explicación de los ciclos económicos fundamentada en un fenómeno monetario y financiero, en paralelo con el monetarismo, y achaca esta causa a la distorsión que las instituciones estatales de control del mercado monetario introducen en las tasas de interés<sup>40</sup>, alejadas de la tasa natural de la situación económica concreta, y que impide que el sistema se auto-regule. Las políticas expansionistas en materia monetaria, como ya habían advertido los monetaristas, modifican de forma artificial el tipo de interés, por debajo de la tasa natural, y empujan a los agentes económicos a un consumo desmedido y un incremento desmesurado de las inversiones<sup>41</sup> por encima de la tasa de ahorro, que torna este esfuerzo inversor, a futuro, en inviable por su baja rentabilidad<sup>42</sup>. Por tanto, la visión de la escuela austriaca coincide con la línea implementada por la economía de la oferta y el monetarismo en su confrontación con la ortodoxia keynesiana, y niega que la crisis sea causada por subconsumo, es decir, por escasez de demanda, sino que la causa real hay que buscarla en la expansión de dicho consumo que se produce en el periodo anterior a la crisis, y que distorsiona la estructura productiva para poder hacer frente al incremento desproporcionado del consumo. Consecuentemente, la receta que este enfoque propone

---

<sup>40</sup> En este mismo sentido, «We began by identifying the business cycle as caused by aggressive manipulation of the monetary system and interest rates, carried out in a state of ignorance of society's true resources, and institutional aggression in the form of fractional reserve banking-this causes inflation and the consequent interference with the market price system, which alone can transmit accurate signals to market participants as to the configuration and utilisation of resources.», véase R. Harte-Bunting, "The Mises-Hayek Business Cycle Theory", *Procesos de Mercado: Revista Europea de Economía Política*, Vol. IX, n.º 2, Otoño 2012, p.130.

<sup>41</sup> El concepto utilizado dentro de este enfoque para este tipo de inversiones que en condiciones normales -no distorsionadas del tipo de interés- no serían rentables es *malinvestments*.

<sup>42</sup> A. Dornean y V. Isan, *op. cit.*, p.466.

para volver a impulsar un ciclo económico es la reducción de este nivel de consumo para generar un nivel de ahorro que permita racionalizar el proceso de inversión<sup>43</sup>.

Sin embargo, la insatisfacción con las explicaciones neoliberales sobre los ciclos económicos, y la desviación empírica de sus soluciones, impulsan un nuevo planteamiento teórico que recupera la visión de N. Kondratieff y J.A. Schumpeter en sus análisis de los ciclos largos, y asume las depresiones como una etapa más del desarrollo económico<sup>44</sup>. Su origen se sitúa en una corriente de economistas marxistas<sup>45</sup> norteamericanos en la década de 1980 que pretendían responder a las crisis periódicas de onda larga. En su libro publicado en 1982, *Segmented Work, Divided Workers*, David Gordon, Richard Edwards y Michael Reich elaboraron la primera y más influyente configuración de la teoría de la Estructura Social de Acumulación. En su análisis del ciclo de realización del capital se fijaron en el soporte que aportan las instituciones, y su capacidad de crear un contexto apropiado para promover decisiones de inversiones productivas que permiten la acumulación del capital, y denominaron a esta estructura institucional, Estructura Social de Acumulación<sup>46</sup>. Una estructura institucional que, obviamente, no depende de las decisiones de un agente particular, sino que son producto de la acción común, de la actividad social para su surgimiento y mantenimiento. La premisa de partida es la carencia, en las teorías desarrolladas hasta ese momento - incluyendo las desarrolladas bajo la influencia marxista-, del concepto de *estructuras institucionales capitalistas*<sup>47</sup>, es decir, en el plano teórico no se ha llegado a asumir que el capitalismo se ha desarrollado a lo largo de la historia bajo diversas formas

---

<sup>43</sup> Al respecto de la relación entre consumo y ahorro dentro de la ABCT -Austrian Business Cycle Theory- Robyn Harte-Bunting observa que «The very first thing essential to understanding ABCT is to begin with an understanding of the role of savings. This is defined as goods which are not consumed.», véase R. Harte-Bunting, "The Mises-Hayek Business Cycle Theory", *Procesos de Mercado: Revista Europea de Economía Política*, Vol. IX, n.º 2, Otoño 2012, p.86.

<sup>44</sup> M. Keany, "Financialization and Social Structure of Accumulation Theory", *World Review of Political Economy* Vol. 5, No. 1, Primavera 2014, p.47.

<sup>45</sup> En referencia a las raíces marxistas de esta teoría, Terrence MacDonough observa que sus orígenes se relacionan con los trabajos de Hilferding y Bujarin sobre el capital financiero, así como con la interpretación de Lenin de la teoría del imperialismo, el estadio superior del capitalismo. El análisis fue mantenido por Paul Sweezy y su escuela económica, hasta que con David Gordon en primera instancia, y con la ayuda de Edwards y Reich posteriormente, el enfoque adoptado adquiere rango de teoría general de los estadios del capitalismo, véase T. McDonough, "Social Structures of Accumulation Theory: The State of the Art", *Review of Radical Political Economics*, Vol. 40, No. 2, Primavera 2008, p.161.

<sup>46</sup> M.H. Wolfson y D.M. Kotz, "A reconceptualization of social structure of accumulation theory", *World Review of Political Economy*, 2010, p.214.

<sup>47</sup> D.M. Kotz, "Economic Crisis in the United States: A Crisis of Over-investment", *Review of Radical Political Economics*, vol. 45, n.3, 2013, p.285.

institucionales. Estas estructuras institucionales de cada etapa histórica -instituciones económicas, políticas y culturales- impulsan la generación de beneficios y la acumulación de capital durante el periodo en el que las contradicciones que surgen dentro de estas estructuras lo permiten. Cuando las contradicciones debilitan el proceso de acumulación y este no puede recuperar su nivel de forma automática surge el periodo de crisis que solamente puede ser superado mediante una reestructuración institucional profunda que ponga las bases para generar un nuevo periodo de acumulación, es decir, una nueva estructura social de acumulación<sup>48</sup>.

### 1.3. EL ÑVELOÖ ECONÓMICO O EL MANTENIMIENTO DEL ORDEN SOCIAL

Una Estructura Social de Acumulación<sup>49</sup> es el conjunto de instituciones que permiten y facilitan un periodo prolongado de acumulación rentable y ordenada del capital<sup>50</sup>, y surge en un periodo de crisis como continuación de una fase de incertidumbre y transición desde una etapa de depresión hacia otra de estabilidad y consolidación del sistema económico. Esta nueva etapa de acumulación se fundamenta en una armonización de los intereses de los diferentes grupos sociales, que le dota de estabilidad, homogeneidad y coherencia en sus objetivos<sup>51</sup> e, inicialmente, se asume como un periodo de rápida acumulación y crecimiento económico<sup>52</sup>. Por tanto, la Estructura Social de Acumulación se refiere a todas aquellas instituciones que pueden tener impacto sobre el propio proceso de acumulación y, cada una de estas estructuras corresponde a una determinada etapa del desarrollo del capitalismo. La reducción de la

---

<sup>48</sup> Como observa B. Riutort, las condiciones del entorno, los procesos y las disputas que surgen en su desarrollo producen un conflicto insalvable por la dinámica de la acumulación, lo que se traduce en una crisis por sobreacumulación. La única solución es una reestructuración de las condiciones sociales que permita articular, de nuevo, un proceso de acumulación. Véase B. Riutort, "Globalización y cambio de las categorías Filosófico-políticas". En Quesada, Fernando, ed., *Ciudad y ciudadanía. Senderos contemporáneos de la Filosofía Política*, Madrid: Trotta, 2008, p. 121.

<sup>49</sup> El concepto que en la literatura anglosajona es denominado como *Social Structures of Accumulation* (SSA) lo traduciremos al concepto Estructura Social de Acumulación (ESA)

<sup>50</sup> De acuerdo con B. Riutort podríamos definir una Estructura Social de Acumulación como «el entorno social, institucional, valorativo, político organizativo, natural y tecnológico que posibilita que las *condiciones de asociación* del capital y la fuerza de trabajo se combinen durante un largo período en un espacio, de tal manera que facilite los procesos de *reproducción ampliada del capital* un ciclo productivo tras otro», véase B. Riutort, "Globalización y cambio de las categorías Filosófico-políticas". En Quesada, Fernando, ed., *Ciudad y ciudadanía. Senderos contemporáneos de la Filosofía Política*, Madrid: Trotta, 2008, p. 121.

<sup>51</sup> M. Keany, *op. cit.*, p.45.

<sup>52</sup> M.H. Wolfson y D.M. Kotz, *op. cit.*, p.209.

capacidad de acumulación es interpretada como una crisis de la ESA y una señal de la necesidad de cambiar las estructuras correspondientes, impulsando una reestructuración institucional que promueva un nuevo contexto social que permita recuperar un cierto ritmo de acumulación. Sin embargo, en la definición original de esta teoría se introdujo un elemento cuantitativo al relacionar el buen funcionamiento de la estructura social con el incremento de la ratio de acumulación del capital, que estará determinado, en última instancia, por la estabilidad que la estructura institucional sea capaz de generar y el equilibrio de poder entre los factores del Capital y del Trabajo que sea capaz de establecer.

La cuestión que se nos plantea durante la década de 1970 es si realmente asistimos al surgimiento de una nueva Estructura Social de Acumulación, es decir, si la crisis que se había iniciado en la segunda mitad de la década de 1960 había provocado una serie de transformaciones institucionales de tal dimensión que pueden caracterizar una nueva configuración institucional que nos conduce a nuevas condiciones de acumulación del capital. La globalización de la economía y su financiarización parecen indicar que, efectivamente, el cambio institucional determina un nuevo patrón de acumulación. Este proceso, como hemos observado, provoca un fortalecimiento del capital respecto del trabajo a partir de una etapa en la que su debilidad había provocado una crisis. El término empleado para este nuevo estado de acumulación depende de los autores, pero podría denominarse globalización en su forma más simple, o neoliberalismo global<sup>53</sup>. Sin embargo, esta constitución del nuevo estado de acumulación se ha sustentado sobre tal dominación del capital que el factor demanda se ha debilitado al mismo tiempo que la competencia asociada al desarrollo de la nueva estructura económica ha impulsado una sobrecapacidad productiva. El resultado, obviamente, no puede ser un estado de acumulación estable y rentable, sino más bien una estructura institucional que se caracteriza por la anarquía de una competencia sin límites y la incapacidad de mantener un crecimiento económico y social estable. En este sentido, Martin Wolfson y David Kotz afirman que el neoliberalismo surgido en la década de 1970 no es una simple continuación de la Estructura Social de Acumulación

---

<sup>53</sup> T. McDonough, "Social Structures of Accumulation Theory: The State of the Art", *Review of Radical Political Economics*, Vol. 40, No. 2, Primavera 2008, p.166.



posterior a la Segunda Guerra Mundial, sino que constituye, en sí mismo, una nueva estructura institucional desde principios de la década de 1980<sup>54</sup>.

Sin embargo, esta nueva Estructura nos aboca a la paradoja de, aun representando una nueva estructura institucional, no haber sido capaz de impulsar un crecimiento de la ratio de acumulación que alcanzase los niveles del periodo anterior. Por ello, D. Kotz y M. Wolfson consideran que la teoría de la Estructura Social de Acumulación debe ser reformulada para incluir a cualquier estructura institucional sólida que impulse un capitalismo rentable y que promueva un marco adecuado para la acumulación de capital, sin necesidad de que se produzca de una forma rápida, es decir, a un ritmo elevado. A esta nueva característica introducida en la teoría debe añadirse la capacidad que debe tener la estructura institucional para impulsar un equilibrio estable en la contradicción más importante dentro del capitalismo, la que se produce entre los factores del Capital y del Trabajo. Desde esta nueva perspectiva, Martin Wolfson afirma que la Estructura Social de Acumulación de la etapa posterior a la Segunda Guerra Mundial ha sido reemplazada por una nueva estructura institucional determinada por un modelo de libre mercado, de débiles estructuras reguladoras y que promueve la movilidad del capital, y denomina a este modelo, ahora globalmente dominante, neoliberalismo<sup>55</sup>. Nuestro autor se pronuncia a favor de considerar el neoliberalismo como una nueva ESA, puesto que interpreta que en esta nueva etapa se han reformulado las condiciones bajo las que los actores económicos se relacionan y se comportan, por lo que se puede interpretar que se ha construido una nueva estructura institucional que genera un nuevo contexto para el desarrollo de la actividad económica. No obstante, la dificultad de aplicar la teoría de la Estructura Social de Acumulación a un periodo en el que el ritmo de acumulación de capital no ha sido, precisamente, elevado y ha estado muy alejado de los niveles alcanzados en la Estructura de Acumulación anterior, conlleva a reafirmarse en la necesidad de desechar la conexión original de la teoría entre la Estructura Social de Acumulación y el crecimiento económico rápido.

La reflexión sobre el surgimiento de una nueva ESA, sus características, y su adecuación a la teoría inicial impulsa a D. Kotz a postular la posibilidad de contemplar

---

<sup>54</sup> M.H. Wolfson y D.M. Kotz, *op. cit.*, p.210.

<sup>55</sup> M.H. Wolfson, "Neoliberalism and the Social Structure of Accumulation", *Review of Radical Political Economics*, Vol. 35, No. 3, Verano 2003, p.255.

la existencia de dos tipos de estructura institucional<sup>56</sup> que permiten el estado de acumulación: 1) una estructura institucional liberal (LIS), que se caracteriza por limitar la regulación estatal en la economía, por promover la preeminencia del factor capital sobre el factor trabajo, impulsar una competitividad sin límites, y asumir la ideología del libre mercado; y 2) una estructura institucional regulacionista (RIS), caracterizada, por su parte, por defender el intervencionismo del estado, la cooperación y el compromiso entre capital y trabajo, y el reconocimiento de un rol positivo de las instituciones no mercantiles. En este contexto, el economista norteamericano observa que solamente la segunda estructura institucional, la regulacionista, promueve la acumulación y el crecimiento de una forma ordenada y estable, y puede ser considerada, realmente, una Estructura Social de Acumulación. El corolario de esta teoría es que los ciclos económicos no son producto de las crisis del propio proceso de acumulación, sino que son el reflejo de las transiciones entre Estados de Acumulación Liberales, que no promueven la acumulación sostenible, y Regulacionistas, que sí la promueven. En otras palabras, la estabilización de esta relación entre factores productivos solamente se puede alcanzar de dos formas, o situando al capital en una posición de dominio y de autoridad sobre el trabajo, o dotando al trabajo de las herramientas necesarias para tener poder suficiente sobre el capital para orientar su proceso de acumulación. En el primero de los casos estaríamos ante lo que nuestros economistas denominan una Estructura Social de Acumulación Liberal, mientras que el segundo se corresponde con una Estructura Social de Acumulación Regulada. Y en esta relación entre factores la institución fundamental es el Estado. Por último, una característica derivada de la nueva reformulación de la teoría de la ESA, es la relación que se establece entre el capital financiero y el capital industrial, puesto que en el caso de una ESA liberal el capital financiero se independizará del industrial y buscará por sus propios medios la acumulación, mientras que en el regulado dependerá del industrial y se tendrá que apoyar en éste para poder promover la acumulación<sup>57</sup>. Los autores norteamericanos creen ver en el trabajo de K. Polanyi, *La gran transformación*, una visión histórica de las transiciones que se producen entre ambos tipos de Estados Sociales de Acumulación, y una posibilidad de asociar los ciclos económicos de onda larga con la transición entre

---

<sup>56</sup> T. McDonough, *op. cit.*, pp.167-168.

<sup>57</sup> M.H. Wolfson y D.M. Kotz, *op. cit.*, p.219.

los mismos, en el que el liberal no promovería una fase de acumulación estable y provocaría crisis de sobrecapacidad o carencia de demanda agregada, mientras el regulado si lo haría y se caracterizaría por periodos de crisis determinadas por una tendencia a la disminución del beneficio del capital.

Consecuentemente, el neoliberalismo será conceptualizado como un ESA liberal, puesto que en este caso el crecimiento económico es menor que en el caso de un ESA regulado<sup>58</sup>. Además, para poder interpretar esta nueva era, la neoliberal, bajo el enfoque de la teoría de la ESA, se hacen necesarias una serie de modificaciones en ésta última. La primera de estas modificaciones hace referencia a las contradicciones de clase, es decir, a la interpretación de la relación entre capital y trabajo. La estabilidad en esta relación es la que debe determinar la base del nuevo ESA. La segunda modificación hace referencia al concepto que Karl Polanyi denominó como *doble movimiento*, y que refleja la reacción social que se produce ante la expansión del libre mercado. La desintegración social que se deriva de la mercantilización de la sociedad, es decir, el desarraigo que genera es contestado por un contra-movimiento que pretendería fortalecer los lazos sociales y volver a reactivar el debilitado arraigo del individuo dentro de la sociedad<sup>59</sup>. Por último, la tercera modificación de la teoría se refiere al propio ciclo económico dentro del capitalismo y el surgimiento de los periodos de crisis, puesto que nuestro autor observa que al final de una etapa dominada por el libre mercado se produce un sub-consumo impulsado por el poder que el capital ha ganado respecto del trabajo, mientras que al final de una etapa regulada la crisis se caracteriza por un falta de realización del capital, es decir, de una débil tasa de ganancia del capital.

Ante estas modificaciones, la conclusión de M. Wolfson es que la etapa neoliberal no puede ser considerada una ESA sostenible a largo plazo, puesto que no confiere estabilidad a la acumulación, y que la única posibilidad de constituir una nueva ESA de futuro es mediante una estructura institucional regulada, por lo que la introducción de nuevas medidas reguladoras de las instituciones sociales debe ser un objetivo de la agenda de la política económica de cualquier país que pretenda constituir una nueva ESA. En este mismo sentido se expresa el economista Anthony Philip O'Hara

---

<sup>58</sup> *Ibid.*, p.211.

<sup>59</sup> M.H. Wolfson, *op. cit.*, p.258.

al recuperar el concepto de MOR -Mode of Regulation- entendido como un sistema de producción-distribución que genera una productividad sostenible y una demanda efectiva que estimulan el incremento del PIB durante un largo periodo<sup>60</sup>. A este sistema se le debe añadir un conjunto de instituciones que permiten su estabilidad, cooperación y gobernanza. El modo de regulación de la etapa neoliberal ha conducido, finalmente, a la imposición de la esfera financiera de la economía, frente a una esfera industrial en franco declive. Por tanto, la conclusión es la necesidad de una nueva estructura institucional que impulse la productividad y la demanda efectiva. La supervivencia del capitalismo, observa David M. Kotz, depende un proceso de acumulación de capital suficientemente vigoroso, y este proceso de acumulación no se refiere, únicamente, al crecimiento económico, sino que aglutina, también, al progreso técnico<sup>61</sup>. Desde este punto de vista, nuestro autor concluye que el neoliberalismo no ha sido capaz de dar este impulso vigoroso a la acumulación de capital, puesto que parece haber desarrollado tres problemas fundamentales: 1) una escasez de demanda agregada a largo plazo; 2) inestabilidad a nivel macroeconómico; y 3) un enconamiento del conflicto de clase.

Al abordar la crisis financiera global de 2008 bajo este prisma de la teoría reformulada, esta crisis se revela como una típica crisis de sobreinversión y sobrecapacidad productiva, y puede ser considerada como la transición desde una Estructura Social de Acumulación liberal hacia una nueva ESA que podría ser regulada. David M. Kotz afirma que la crisis actual responde al modelo de una crisis de sobreinversión que genera una burbuja de activos, y representa una verdadera crisis estructural del neoliberalismo que se ha ido imponiendo desde la década de 1980. El autor observa que la perspectiva de la crisis actual como un caso particular de sobreinversión corresponde con una perspectiva marxista de la crisis. Dentro de la corriente marxista de análisis de los ciclos económicos destacan tres elementos fundamentales: el sub-consumo, la composición orgánica del capital, y la reducción de la tasa de ganancia. La habilidad de la estructura neoliberal derivada de la crisis de 1970 ha consistido en evitar el sub-consumo durante todo este periodo, es decir, a pesar de fortalecer el Capital respecto del Trabajo, ha sido capaz de evitar una drástica reducción de la

---

<sup>60</sup> Ph. A. O'Hara, "After Neoliberalism: A Social Structure of Accumulation or Mode of Regulation for Global or Regional Performance?", *Journal of Economic issues*, vol. XLIV No. 2, June 2010, p.370.

<sup>61</sup> D.M. Kotz, "Globalization and neoliberalism", *Rethinking marxism*, Vol. 14, No.2, verano 2002, p.66.

demanda agregada apoyándose en una actividad crediticia expansiva. Por eso, nuestro autor interpreta que la crisis actual se corresponde con el modelo de la sobre-inversión, es decir, con una creación excesiva de capital fijo respecto del nivel de demanda alcanzado<sup>62</sup>. Cuando la demanda, artificialmente alimentada por encima de su nivel natural, vuelve a alcanzar dicho nivel, el capital fijo creado se revela excesivo para su mantenimiento a largo plazo. La lógica consecuencia de este exceso es una crisis de realización del ciclo del capital. En otras palabras, la etapa del neoliberalismo ha generado una burbuja de activos, es decir, un nivel de activos muy por encima del necesario para mantener el nivel de demanda real existente, que, a medio plazo, supone una brusca caída de su tasa de rentabilidad y, por tanto, de su ciclo de realización. Esta es la causa de la sobre-inversión, de un nivel de inversión muy superior al teórico nivel necesario para sustentar la demanda agregada existente<sup>63</sup>. La duración de la crisis, por tanto, se alargará en el tiempo, puesto que es necesario reconstruir la estructura institucional que pueda dar lugar a un nuevo contexto que vuelva a permitir la acumulación, es decir, hay que crear, de nuevo, una Estructura Social de Acumulación. La salida a la misma, según nuestro autor, parece orientarse hacia la superación de la estructura neoliberal, y el impulso del papel del Estado en la expansión económica, puesto que no ha hecho sino revelar la gran desigualdad y explotación<sup>64</sup> que genera el sistema económico en su versión imperante. En el contexto de la estructura neoliberal, el economista Michael Keaney observa que la financiarización del proceso de acumulación de capital característico de la globalización se ha sustentado sobre la base de una acumulación insostenible de la deuda, y una sucesiva creación de burbujas de activos que han intensificado la tasa de ganancia del capital vía su vertiente financiera<sup>65</sup>. El resultado final de la estructura neoliberal ha sido la aceleración de la concentración en la acumulación de capital en lugar de su reproducción.

Esta teoría nos permite superar la configuración de la realidad social en base a la ilusión de que es posible una prosperidad y un enriquecimiento individual ilimitados, generando un espacio de competencia individual estimulada por la desigualdad, y en la

---

<sup>62</sup> D. M. Kotz, "The Current Economic Crisis in the United States: A Crisis of Over-investment", *Review of Radical Political Economics*, vol. 45, No.3, 2013, p.288.

<sup>63</sup> *Ibid.*, p.291.

<sup>64</sup> *Ibid.*, p.293.

<sup>65</sup> M. Keaney, *op. cit.*, p.56.

que ya no hay espacio para ninguna acción colectiva. La preponderancia de las interpretaciones monetarista, neoclásica y austríaca, difundiendo políticas de austeridad y desequilibrio fiscal para potenciar la inversión, no han hecho sino fomentar el velo económico de una posible prosperidad sin límites en base a esfuerzos sociales en el corto y medio plazo. En última instancia, este velo económico potencia el mantenimiento de un orden social que permite seguir generando una acumulación privativa y que no contempla las necesidades sociales. La perspectiva de la ESA abre la posibilidad de replantearse una transformación de las estructuras institucionales para que el proceso de acumulación tenga una orientación social, puesto que se basa en la posibilidad de una acción colectiva.

#### **1.4. REFORZANDO LA HETERONOMÍA: LA POTENCIACIÓN DEL CICLO ECONÓMICO**

La heteronomía que caracteriza nuestra sociedad se ha construido mediante el impulso de una visión economicista de la misma, para la que la salida a la crisis se establece, única y exclusivamente, en dicha esfera económica. El objetivo fundamental de esta unidimensionalidad económica de la sociedad se ha centrado en la recuperación del ciclo económico, es decir, en una nueva potenciación de la acumulación a través de medidas exclusivamente económicas, sin la más mínima reflexión sobre las estructuras sociales necesarias para que el nuevo ciclo ayude al desarrollo social. Nos encontramos ante la paradoja que el proceso de autonomización de la economía ha suscitado al articular nuestra realidad social, puesto que, aun siendo conscientes de esta situación, en lugar de centrarnos en nuestra propia realidad social, en una reconstrucción de la misma que nos permita soslayar la heteronomía que nos impone la ciencia económica, seguimos centrados en operar sobre la propia esfera económica, sobre una potenciación de la acumulación a través del ciclo económico con la pretensión de modificar la estructura social. En otras palabras, en lugar de proponernos la autonomía social como objetivo, nos orientamos hacia una acumulación renovada con la esperanza, y la dudosa certidumbre, de que la recuperación de este escenario permitirá renovar también las instituciones sociales, es decir, superar el cerco que delimita nuestro imaginario social.

Las diferentes tendencias dentro de la ciencia económica han pretendido implementar diferentes medidas alternativas para asegurar que el carrusel económico volvía a ponerse en marcha, y que la producción y el consumo volvieran a generar crecimiento. En función de su teórico posicionamiento político han sido agrupadas en: 1) el grupo de derechas, liderada por el monetarismo y prolongada en la economía de la oferta y sus expectativas racionales, y la escuela austríaca; 2) la economía centrista, de marcado carácter keynesiano, y en la que destaca una orientación neokeynesiana, más cercana a las tesis neoliberales, y otra orientación poskeynesiana, más escorada hacia la izquierda; y 3) la economía de izquierdas, de raíz marxista y crítica con la ciencia económica imperante, pero incapaz de superar sus categorías y los axiomas que las articulan.

En el caso de la economía de derechas, el mercado es el elemento fundamental que permite la eficiencia y racionalidad en las decisiones económicas, puesto que la acción social se liga a la ineficacia y al despilfarro. Ante la crisis económica, las soluciones propuestas por la visión neoclásica, una amalgama de austeridad, de restricción monetaria y de potenciación del mercado y su competitividad mediante privatización de servicios públicos, es decir, el conjunto de recetas propuestas por el monetarismo, la economía de la oferta y la escuela austríaca, no parecen haber sido efectivas en la superación de la etapa depresiva y el impulso de un nuevo ciclo económico.

Desde una perspectiva keynesiana, la recuperación de los ratios macroeconómicos del sistema exige la participación del Estado para corregir aquellos elementos del mercado que no funcionan correctamente e impiden la reactivación del ciclo económico. Si bien, desde una posición neokeynesiana esta participación no deja de ser testimonial para no interferir en las premisas neoclásicas fundamentales, la corriente poskeynesiana, por el contrario, aboga por una participación más directa involucrándose en una recuperación de la demanda agregada que vuelva a poner en marcha el carrusel económico. El elemento fundamental para conseguir este objetivo es la deuda pública, es decir, la captación por parte del Estado de financiación privada para promover inversiones que traccionen del sistema económico en su conjunto. En cierto modo, la visión poskeynesiana invierte las teorías neoclásicas e impulsa la emisión monetaria como potencial fuente de financiación, además de rechazar la austeridad y

fomentar el endeudamiento. El Estado es la única institución capaz de operar en este sentido<sup>66</sup>. Sin embargo, la paradoja del enfoque poskeynesiano es que el endeudamiento orientado a la creación de una demanda artificial genera, paralelamente, desajustes macroeconómicos que solamente pueden compensarse mediante programas de austeridad del gasto público. En otras palabras, el intento de superar las recetas neoclásicas nos conduce de nuevo a ellas, puesto que, en estas condiciones, el incremento del endeudamiento se consigue a costa de una devaluación generalizada que profundiza el problema de demanda agregada que exige, en última instancia, un periodo de ajuste del gasto.

Por último, los economistas de izquierda son críticos con la visión económica imperante y destacan las contradicciones del sistema capitalista, especialmente la tendencia decreciente de la tasa de ganancia que refleja la contradicción fundamental entre capital y trabajo<sup>67</sup>. El enfoque marxista pone el acento sobre la necesidad de que se recupere el nivel de inversión, y éste solamente puede impulsarse nuevamente asegurando que la rentabilidad del capital aumenta, es decir, un nuevo ciclo de acumulación debe sustentarse sobre la acumulación, y ésta solo puede lograrse a costa del salario<sup>68</sup>. En otras palabras, la premisa fundamental es la base de la concepción marxista de la economía capitalista, la contradicción básica entre Capital y Trabajo, por la que el incremento del primero debe hacerse en detrimento del segundo, y viceversa. El paradigma de este enfoque se concreta en la afirmación de que «nunca el capitalismo salió de sus crisis mejorado o siquiera manteniendo los niveles de vida y las condiciones de trabajo de los asalariados»<sup>69</sup>.

A pesar de la diversidad de enfoques que abarcan las teorías económicas expuestas, todas ellas tienen, como ya hemos observado, un denominador común fundamental, y es el reforzamiento de la heteronomía social que proyectan sus visiones. El conjunto de la acción común, de la política, queda reducida a la adopción de una

---

<sup>66</sup> J.A. Tapia y R. Astarita, *La Gran Recesión y el capitalismo del siglo XXI*, Madrid: Los libros de la Catarata, 2011, p.69.

<sup>67</sup> Para una exposición más detallada sobre las características de estas corrientes económicas véase J.A. Tapia y R. Astarita, *La Gran Recesión y el capitalismo del siglo XXI*, Madrid: Los libros de la Catarata, 2011, pp.23-27.

<sup>68</sup> J.A. Tapia y R. Astarita, *op. cit.*, p.82.

<sup>69</sup> *Ibid.*, p.127.



serie de premisas en materia económica que aseguran la superación de cualquier periodo de crisis, no ya solo económica, sino también social. Ninguna de estas visiones pone en duda la posibilidad de alcanzar tal armonía económica que evite la necesidad de afrontar la existencia de ciclos económicos. Los ciclos económicos son interpretados, como ya hemos comentado, como el lógico corolario de una serie de decisiones en materia económica, sin plantear la posibilidad de que el contexto institucional propio del desarrollo de la sociedad contemporánea determine, de forma muy directa, el desarrollo del propio ciclo de acumulación. De hecho, la escasez de capital que se establece como causa de la crisis económica en todos estos enfoques no se refiere a la falta de bienes de capital, es decir, de inversiones productivas ya realizadas y capaces de generar nueva actividad, sino que se centra en los recursos disponibles para llevar a cabo este tipo de inversiones. Desde este punto de vista, una posible interpretación de la Estructura Social de Acumulación apuntaría a que la falla fundamental de estas interpretaciones es la cronología, puesto que la carencia de capacidad inversora disponible no es la causa de la atonía económica, sino una de sus consecuencias. En otras palabras, la estructura productiva de la sociedad dispone de bienes de capital capaces de generar nuevos recursos para seguir con la actividad inversora, pero la atonía económica implica que estos bienes de capital no generen los nuevos recursos, es decir, se achaca el problema de interrupción del proceso de inversión productiva a una consecuencia de una carencia del propio sistema económico<sup>70</sup>. Los recursos invertibles existen en la sociedad actual, pero no en cambio los incentivos para que estos se apliquen a la actividad productiva, provocando que la economía funcione por debajo de sus posibilidades, es decir, el despilfarro provocado por el mantenimiento del sistema es de tal magnitud que reduce drásticamente la productividad del sistema en su conjunto. Desde este punto de vista, y como afirman S. Bowles, D. Gordon y Th. Weisskopf en el prefacio a la edición española de su obra *La Economía del Despilfarro*, la universalización de los intereses de los trabajadores debe tener como objetivo un «modelo alternativo de racionalidad económica, comunidad y democracia que permita marchar hacia él»<sup>71</sup>. La ausencia de este objetivo conduce: 1) a que se imponga la lógica del juego de suma cero que primará los intereses de los trabajadores a costa de otros

---

<sup>70</sup> S. Bowles, D. M. Gordon y Th. E. Weisskopf, *op. cit.*, pp.89-90.

<sup>71</sup> *Ibid.*, p.22.

grupos menos protegidos; 2) a que se restablezca un modelo de crecimiento económico mediante el progresivo incremento de la tasa de explotación; y 3) a no atajar los enormes costes del mantenimiento del sistema, y que han acabado lastrando la economía.

Ante la interpretación fundamental de la crisis propuesta por el sistema económico imperante, y las alternativas propuestas desde enfoques económicos cercanos a la ortodoxia keynesiana o marxista, una visión novedosa sería la interpretación de la desaceleración económica como un fenómeno paralelo a la desaceleración de la productividad del sistema provocada por el incremento de los costes de mantenimiento de la estructura institucional durante la globalización financiera. La clave de esta interpretación se sitúa en la comprensión de la influencia de las personas de diferentes niveles en el proceso productivo global, más allá de las herramientas tecnológicas de que dispongan, es decir, en el modelo social de la productividad<sup>72</sup>. Y la actuación de las personas dentro de este modelo social estará determinada por factores como la intensidad del trabajo, la presión por la innovación y la respuesta social ante el desarrollo de las grandes compañías y su poder. El primero de estos factores, la intensidad del trabajo, estará determinada por un complejo sistema de motivaciones que dependerá a su vez de la relación que se establezca entre las organizaciones de trabajadores y las organizaciones empresariales, el grado de desarrollo de la negociación entre ambas partes, el nivel de confianza que alcancen e, incluso, la capacidad que tengan de representar realmente a ambos colectivos. El segundo de los factores identificados, la presión competitiva sobre las empresas, se relaciona con el dinamismo que tengan estas últimas de introducir todo tipo de herramientas innovadoras que permitan mejorar su eficiencia productiva. La resistencia de cualquier grupo social a la introducción de elementos innovadores, no solo técnicos, sino también organizativos, puede mermar de forma importante la capacidad social para incrementar la productividad<sup>73</sup>. El tercero de los factores, la respuesta social ante el desarrollo de las grandes empresas, hace referencia a un elemento fundamental, el elevado coste social del poder alcanzado por dichas empresas. El mantenimiento de la burocracia necesaria para la gestión de dicho poder termina lastrando la eficiencia de las

---

<sup>72</sup> *Ibid.*, p.168.

<sup>73</sup> *Ibid.*, pp.179-180.

grandes empresas y supone una rémora para la productividad del sistema en su conjunto.

El enfoque alternativo que los autores norteamericanos proponían para interpretar las causas de la crisis de 1970 e intentar corregir sus consecuencias, y que puede ser utilizado en el caso actual, se basaba en un análisis de regresión multivariante en el que intervendrían variables relacionadas con el modelo de productividad social anteriormente analizado, como la intensidad del trabajo y la intensidad del capital, y que se relacionarían con la variable fundamental, la productividad, que depende de todas las anteriores. En otras palabras, siendo, según su interpretación, la productividad social el factor fundamental sobre el que hay que actuar para mejorar la eficiencia del sistema, es fundamental actuar sobre todas las variables de las que depende. Y esta visión del problema se fundamenta en la superación del enfoque de la economía como un juego de suma cero, en el que la liberación de ciertos recursos se basa en la reducción de consumo, costes salariales o gastos públicos, y en el que no se contempla la posibilidad real de que se esté produciendo un despilfarro de los recursos existentes y de que éstos se puedan utilizar de una forma más optimizada. El funcionamiento del sistema económico asociado a nuestro modelo de productividad social se evaluaría mediante un índice de eficacia económica capaz de valorar, por un lado, la calidad de la producción de bienes materiales y servicios de la sociedad, y no solo sus cantidades y, por otro, la cantidad de trabajo utilizada respecto del total disponible, y no solo el realmente utilizado<sup>74</sup>.

En la introducción a su reflexión sobre la crisis económica y el pretendido cambio de paradigma, J.M. Naredo resalta una gran contradicción, «aquella que enfrenta los anhelos de cambio y movilización social» derivados de la crisis, «con los patrones de continuidad que imponen la ideología dominante y las prácticas represivas habituales»<sup>75</sup>. La dimensión de la crisis económica y su extensión a los ámbitos sociales y ecológicos han impulsado diversos intentos en busca de un cambio del paradigma social, pero no parecen haber sido capaces de romper con los modelos del dogma economicista y con el orden social que éste ha impuesto. El pretendido horizonte de

---

<sup>74</sup> *Ibid.*, p.200.

<sup>75</sup> J.M. Naredo, *Economía, poder y política. Crisis y cambio de paradigma*, Madrid: Díaz&Pons Editores, 2013, p.1.

progreso imparabile que nos depara la historia termina difuminándose ante la incapacidad del ser humano para resolver positivamente los nuevos retos que se presentan. El cerco social que imponen las instituciones existentes se revela como una barrera insuperable en el camino hacia dicho cambio de paradigma.

La autonomía individual impulsada por la crítica ilustrada hacia el poder y las instituciones existentes desembocó en el humanismo y las ideas del derecho natural<sup>76</sup>. Pero, como observa nuestro autor, las posibilidades que se abrieron con el surgimiento de este nuevo imaginario social de la Ilustración, sus esperanzas y sus propósitos positivos, han ido mutando, progresivamente, en «proyectos meramente conservadores»<sup>77</sup>, es decir, nuevas significaciones centrales han ido adquiriendo preeminencia dentro del imaginario y han capitalizado el desarrollo de la sociedad imponiendo un nuevo cerco social que ha devenido en muro insoslayable para nuevos imaginarios. En otras palabras, a partir de los paradigmas ya existentes es muy complicado impulsar construcciones sociales alternativas.

En este contexto, el movimiento romántico constituyó la única crítica que realmente rompía con los moldes establecidos y podía mantener el imaginario ilustrado abierto a nuevas aportaciones y a un cambio continuo. Este movimiento crítico centraba sus esfuerzos en atacar la mera posibilidad de la emergencia de una significación central, es decir, en atajar de raíz la idea de una potencial armonía social sustentada en la capacidad humana de conocer absolutamente todo lo que le rodea y, a su vez, proponer soluciones que fuesen compatibles con los múltiples intereses que podían surgir. La crítica romántica se abrió a los principios que guiaron el surgimiento de la Ilustración, a la visión de la sociedad como un ente en continua evolución y cambio<sup>78</sup>, construcción y deconstrucción; a la temporalidad de cualquier marco institucional y forma de poder, y a su dependencia del desarrollo comunitario y la implicación individual en los asuntos comunitarios; a un movimiento de fortalecimiento de las relaciones sociales capaz de contrarrestar la propia degradación entrópica de la sociedad. Sin embargo, esta prometedora vía crítica fue abandonada y, en la actualidad, como bien observa J.M. Naredo, «tanto los críticos del actual sistema capitalista, como

---

<sup>76</sup> *Ibid.*, p.15.

<sup>77</sup> *Ibid.*, p.17.

<sup>78</sup> *Ibid.*, pp.24-25.

sus defensores, han seguido y siguen generalmente atrapados en las redes ideológicas del pensamiento ilustrado»<sup>79</sup>, no pueden superar la separación entre individuo y sociedad, es decir, la analiticidad derivada del desarrollo de la ciencia y la preeminencia del primer elemento sobre el segundo, o viceversa. Esta tendencia fortalece el despotismo de las significaciones centrales y abre la puerta a que, bajo el ropaje de una pretendida democracia formal, el poder político y, actualmente, el económico, se fundan en un mismo poder y dominio social.

La consolidación de una idea de sistema económico sobre la base unidimensional del dinero como expresión de riqueza y de la capacidad del ser humano de producir y acrecentar esta riqueza, constituye el fundamento de la situación actual<sup>80</sup>. Esta unidimensionalidad posee su propia unidad de medida, el Producto o Renta nacional (PIB)<sup>81</sup>, cuyo crecimiento es asumido como deseable en sí mismo, independientemente de las consecuencias y servidumbres que impone a la sociedad y al medio físico. Consecuencias que son eliminadas de cualquier potencial crítica mediante una estructura política que arrincona cualquier tipo de institución social que pretenda impulsar una reflexión sobre estos efectos. El corolario de esta situación es el establecimiento de dos sistemas paralelos y complementarios, una democracia formal que gestiona la esfera de lo político, y una economía mercantil que se centra en la riqueza. En base a estos dos sistemas se articula la burocracia fragmentaria que caracterizaba nuestra sociedad actual en opinión de C. Castoriadis. Esta burocracia se fundamentaba en organizaciones jerárquicas, centralizadas y disciplinarias que, en el primer caso se representan mediante partidos políticos, y en el segundo mediante empresas<sup>82</sup>. En última instancia, nos encontramos ante un orden social burocrático que se retroalimenta y que fortalece un sistema mediante el apoyo y el desarrollo del otro sistema, es decir, que potencia el poder político por el desarrollo del económico, y este segundo mediante el desarrollo del primero.

---

<sup>79</sup> *Ibid.*, p.26.

<sup>80</sup> *Ibid.*, p.46.

<sup>81</sup> Un interesante análisis sobre la falta de adecuación de la medida de PIB a una idea real de riqueza en un país se puede consultar en el informe conjunto que elaboraron de J.E. Stiglitz, Amartya Sen y Jean-Paul Fitoussi, *Medir nuestras vidas. Las limitaciones del PIB como indicador del progreso*, Barcelona: RBA Libros, 2013.

<sup>82</sup> J.M. Naredo, *op. citam*, p.60.

La ruptura de este cerco social que impone la significación central del sistema económico imperante solo se puede producir mediante una transformación radical de la fragmentación que imponen los sistemas económico y político en boga. En el ámbito del sistema político, la democracia formal que gestiona la esfera de lo político a través de las élites debe abrirse hacia una participación ciudadana más activa que permita potenciar las relaciones sociales y constituya un verdadero impulso de la reflexión sobre la propia sociedad y las posibilidades de construir un nuevo imaginario social que incluya otros valores más allá de los impuestos por el dogma economicista. La democracia participativa, sin embargo, es un «instrumento frágil»<sup>83</sup> que requiere de una continua implicación ciudadana que asuma como tarea principal la continua evolución del imaginario social, su progresiva construcción y su permanente apertura a nuevas significaciones. El ámbito económico, por su parte, debe constituir una esfera dependiente de la política, es decir, debe asumir una serie nueva de valores que le impulsen a contemplar las necesidades sociales y del entorno físico como premisa fundamental de su desarrollo. En este sentido interpretamos la teoría de la Estructura Social de Acumulación como una posible reflexión continua sobre los propios condicionantes económicos de la sociedad y sus modificaciones para adaptarse a la propia evolución de la sociedad, superando la capacidad que se le atribuye, en la actualidad, para determinar la acción social. En otras palabras, nos planteamos la necesidad de una inversión en el rol que juegan actualmente la economía y la estructura social, transitando desde nuestra situación social, en la que la primera determina la segunda, a un nuevo *imaginario social* que permita que la reflexión sobre la segunda sea la que determine la primera. En lugar de admitir que la autónoma ciencia económica determine nuestra realidad social, debemos recuperar nuestra autonomía en la reflexión sobre el imaginario social que permita transformar las estructuras e instituciones que determinan el desarrollo en la esfera económica. De acuerdo con esta interpretación de la teoría de la ESA, la economía deja de ser una significación central dentro del conjunto de nuestras significaciones sociales, y la reflexión y constitución de una Estructura Social concreta, que responda a las necesidades sociales expresadas en el ámbito de la acción social, de la Política, será la que determine la Acumulación. Esta

---

<sup>83</sup> *Ibid.*, p.132.

inversión en la determinación de la realidad social por la economía permite avanzar en el camino de superación de la heteronomía social, del cerco social que atenaza y evita el cambio social y la transformación. Esta recuperación de la autonomía, por tanto, solo es posible en el ámbito de la Política, mediante la recuperación de la importancia de la acción social como elemento que determine el imaginario social en cada época histórica.

## 2. LA QUIEBRA DE LOS PILARES DE LA DEMOCRACIA LIBERAL

### 2.1. LOS IMAGINARIOS POLÍTICOS

En el contexto de su análisis del concepto de imaginario social, Cornelius Castoriadis afirmaba que «uno mismo y los demás no pueden pensarse seriamente ni un solo momento si están radicalmente divorciados del campo histórico social en el cual y por el cual únicamente son posibles»<sup>84</sup>. Y este hacer social, esta capacidad creadora de las personas que se proyecta en el pensamiento, se plasmará, como veremos, en la política, en la acción social proyectada a partir de los individuos.

El ser humano y su existencia no pueden reducirse a la dimensión biológica, a la pura materialidad del mundo, sino que toman sentido en y por la sociedad, un constructo histórico y singular de cada época. De esta forma, la organización de la sociedad y su unidad, y el surgimiento de nuevos y diferentes tipos de sociedad se revelan como las cuestiones fundamentales en el transcurso histórico<sup>85</sup>. Al abordar la cuestión del imaginario social<sup>86</sup> observábamos que la institución de una sociedad, su organización y unidad se fundamentan en un conjunto de múltiples instituciones particulares -normas, valores, herramientas, lenguaje y métodos de hacer las cosas- que constituyen un todo coherente. En otras palabras, la institución de una sociedad refleja la urdimbre o el magma de significaciones sociales imaginarias que trascienden la esfera de lo racional y proyectan el conjunto de creencias y valores de dicha sociedad. Y

---

<sup>84</sup> C. Castoriadis, *Los dominios del hombre. Las encrucijadas del laberinto*, Barcelona: Gedisa, 1998, p.14.

<sup>85</sup> *Ibid.*, p.66.

<sup>86</sup> Véase supra, Capítulo II, 1.1.

este conjunto, esta institución, es la construcción o creación de un mundo propio y coherente para esta sociedad, es su propia identidad y la forma de interpretar el contexto en el que se desarrolla su existencia. Una construcción que debe tener lugar a lo largo del tiempo histórico y que, por tanto, dará lugar a diferentes tipos de constructos sociales a lo largo de la historia, por lo que, como observaba C. Castoriadis, «la sociedad es autocreación que se despliega como historia»<sup>87</sup>. Esta es la base para abordar la segunda cuestión que nos habíamos planteado, es decir, si la determinación de una urdimbre determinada de significaciones sociales imaginarias produce una sociedad, una construcción social coherente e histórica, la formación de nuevos tipos de sociedad debe realizarse a través de esta tarea creativa o, en otras palabras, mediante la elección de un nuevo conjunto de significaciones sociales.

Este proceso de creación de las diferentes sociedades históricas, esta tarea de construcción social y colectiva, es la que determinará la autonomía de la propia sociedad resultante. El nacimiento de un nuevo tipo de sociedad se liga al surgimiento de nuevas significaciones imaginarias, y la capacidad de éstas de activar el propio proceso creativo para generar nuevas significaciones, o la influencia que pueden ejercer para cercar el proceso creativo y limitarlo a su propio producto, es lo que determinará la autonomía o heteronomía<sup>88</sup> de la sociedad resultante. Desde este punto de vista, C. Castoriadis observa el surgimiento de dos creaciones históricas que suponen dos rupturas con el cerco social constituido por una significación social dominante, y la apertura al surgimiento de nuevas y diferentes significaciones: 1) la polis en la antigua Grecia y 2) las revoluciones Ilustradas en la Europa Occidental como punto final de la Edad Media. En ambos casos, la característica común que permite romper con el *cerco* impuesto por una significación dominante es el cuestionamiento de su propio orden, la capacidad para interrogarse por la adecuación de la ley que determina la existencia de dicha sociedad. La base de este cuestionamiento y la apertura implícita a la autonomía las describe muy oportunamente C. Castoriadis cuando afirma que

---

<sup>87</sup> C. Castoriadis, *Los dominios del hombre. Las encrucijadas del laberinto*, Barcelona: Gedisa, 1998, p.73.

<sup>88</sup> Cornelius Castoriadis se refiere al concepto de heteronomía en los siguientes términos, «heteronomía en el dominio humano e histórico-social: el estado en que son dados de una vez por todas los principios, los valores, las leyes, las normas y las significaciones y en que la sociedad, o el individuo según los casos, no tiene ninguna posibilidad de obrar sobre ellos», véase C. Castoriadis, *Los dominios del hombre. Las encrucijadas del laberinto*, Barcelona: Gedisa, 1998, p.76.



todo esto está evidentemente implícito en la creación de la democracia y de la filosofía que rompen el cerco de la sociedad instituida que prevalecía hasta entonces y abren un espacio en el que las actividades del pensamiento y de la política llevan a poner en tela de juicio una y otra vez, no solo la forma dada de la institución social y de la representación social del mundo, sino los posibles fundamentos de cualquier forma de este tipo. La autonomía toma aquí el sentido de una autoinstitución de la sociedad<sup>89</sup>.

Pero, la ruptura social del cerco imperante no se limita a una dimensión colectiva, sino que se fundamenta y exige también la creación de un nuevo tipo de individuo, de un ser también histórico a nivel individual y que, paralelamente, se caracteriza por su autonomía, por su capacidad para cuestionarse sus propias creaciones, así como las creaciones sociales. En este surgimiento, en el del individuo autónomo como base y fundamento de la sociedad autónoma, es donde constatamos la necesidad de la Política, del espacio para la acción social, como elemento indispensable para poder articular nuevas creaciones histórico-sociales<sup>90</sup>. El proyecto de autonomía para una sociedad exige un espacio de acción común en el que los individuos sean capaces de participar en dicha acción social, desde su propia autonomía. El autor francés de origen griego basa su concepto de autonomía social e individual en tres ideas: libertad, igualdad y justicia; pero estas ideas no son formas acabadas<sup>91</sup>, determinadas y que se puedan determinar, sino que se sitúan en el origen, en la apertura del proceso de creación histórico-social, en el comienzo del propio proceso creativo que supera la heteronomía y avanza hacia la autonomía. Además, esta transformación de la sociedad no es una acción externa a la propia sociedad, sino que debe acontecer desde dentro de

---

<sup>89</sup> C. Castoriadis, *Los dominios del hombre. Las encrucijadas del laberinto*, Barcelona: Gedisa, 1998, p.77.

<sup>90</sup> En referencia a la Filosofía Política, afirma F. Quesada que «está inextricablemente ligada a los procesos de quiebra, de dimensiones civilizatorias, de un orden social instituido; se incardina en el momento creativo de relevos sociales y políticos, ligados a grupos y movimientos emergentes que luchan por crear nuevas forma de vida y de simetría sociales y políticas, con instituciones jurídicas que las sancione», véase F. Quesada, "Ética y política: sobre la relación entre filosofía moral y filosofía política. Una aproximación histórico-conceptual". En *La aventura de la moralidad. Paradigmas, fronteras y problemas de la ética*, Eds. Carlos Gómez y Javier Muguerza, Madrid: Alianza, 2012, pp.224-277, p.227.

<sup>91</sup> C. Castoriadis, *Los dominios del hombre. Las encrucijadas del laberinto*, Barcelona: Gedisa, 1998, p.91.

la misma, deben ser los individuos que participan en dicha sociedad los que, auto-transformándose, consigan cambiar la sociedad y provoquen que este movimiento histórico-social se mantenga en la búsqueda de las condiciones materiales que aseguren libertad, igualdad y justicia y, por tanto, aseguren que el centro del desarrollo social será el propio ser humano.

Esta ha sido la singularidad de Europa, la capacidad del mundo greco-occidental para abrirse mediante un cuestionamiento crítico de su propia tradición a una universalidad que no descansa en ninguna ley concreta que determine la evolución de la humanidad, sino que reconoce que es el movimiento mismo de la historia y la propia actividad del ser humano, su capacidad creativa, la que conforma las diferentes formas sociales. La tentación de creer en una instancia o ley externa a la propia sociedad capaz de determinar la evolución de la misma genera un misticismo<sup>92</sup> demasiado atractivo que conduce a una radical heteronomía social. Solamente el reconocimiento de la creación histórico-social, de la creatividad del ser humano, permite soslayar la limitación que impone una significación social central y avanzar hacia la autonomía. En este punto, planteadas las bases que nos conducen hacia la autonomía social como superación de la heteronomía surgida por el dominio de una significación imaginaria social concreta, y asumida la esfera de la Política como espacio para ejercer la autonomía individual<sup>93</sup>, base y fundamento para la acción y autonomía social, orientamos nuestro análisis hacia los dos momentos históricos<sup>94</sup> en los que hemos interpretado que se produjeron, con anterioridad, las rupturas del cerco social imperante. La ruptura acaecida en la Grecia antigua significa la instauración de la democracia, que se acompaña del nacimiento de

---

<sup>92</sup> *Ibid.*, p.86.

<sup>93</sup> Concepto de Política entendido según lo expresa F. Quesada, «La política se presenta, [...] como el efecto de una reflexión de segundo orden, que, asumiendo las disonancias sociales, esto es, las tensiones y luchas sociales, y cognitivas, religiosas y políticas, de un momento histórico determinado, elabora una nueva perspectiva para el otorgamiento de sentido a la realidad humana por parte de un grupo o ciudad», véase F. Quesada, "Ética y política: sobre la relación entre filosofía moral y filosofía política. Una aproximación histórico-conceptual". En *La aventura de la moralidad. Paradigmas, fronteras y problemas de la ética*, Eds. Carlos Gómez y Javier Muguerza, Madrid: Alianza, 2012, pp. 224-277, p.230.

<sup>94</sup> Como observa F. Quesada, «ha habido, hasta el momento, dos grandes imaginarios sociopolíticos: el primero sería el configurado en Grecia, a partir, especialmente, del siglo VII a.C. y que tuvo su época de asentamiento y esplendor en tiempos de Pericles. El segundo imaginario sociopolítico vendría constituido por las dos grandes revoluciones de la modernidad: la Revolución norteamericana y la Revolución francesa», véase F. Quesada, "Ética y política: sobre la relación entre filosofía moral y filosofía política. Una aproximación histórico-conceptual". En *La aventura de la moralidad. Paradigmas, fronteras y problemas de la ética*, Eds. Carlos Gómez y Javier Muguerza, Madrid: Alianza, 2012, pp. 224-277, p.228.

la filosofía<sup>95</sup>; mientras que el movimiento colectivo del siglo XVIII, especialmente en la Revolución francesa, regenera esta Filosofía Política, recupera su capacidad crítica y liberadora. En opinión de C. Castoriadis, esta recuperación alcanza su punto álgido en el movimiento obrero capaz de ir más allá que el movimiento griego, criticando las condiciones de la existencia social y universalizándose a todas las sociedades. Sin embargo, este movimiento de superación del cerco social imperante no es completo y, bajo la influencia preponderante del marxismo, retoma las significaciones imaginarias sociales instituidas por el capitalismo y las desarrolla hasta su límite, elevando la economía a elemento central capaz de asegurar el progreso y racionalizando la acción social<sup>96</sup>.

En referencia al primer imaginario político, el surgimiento en la Grecia antigua de la Filosofía y la Democracia supone el cuestionamiento de una visión central de interpretación del mundo que había imperado en las diferentes sociedades hasta ese momento. Este movimiento reflexivo implica el impulso de la crítica sobre las propias instituciones y la capacidad de modificarlas para adaptarlas a las nuevas necesidades sociales. No cabe duda, por tanto, de que, en este primer imaginario político, capaz de romper con el imaginario social dominante y articular nuevas posibilidades de desarrollo social, se encuentra el origen y la base de potenciales imaginarios políticos posteriores. En este sentido, el imaginario político griego no sería un modelo más a imitar o reproducir, sino el germen<sup>97</sup> de desarrollo de un nuevo imaginario político capaz de abrir nuestra sociedad hacia la superación de su heteronomía. Una de las características fundamentales de este imaginario político, y que implica el desarrollo de posteriores imaginarios, es la capacidad de juzgar y el decidir o elegir<sup>98</sup>, es decir, la deliberación como procedimiento de adopción de nuevas y modificación de antiguas

---

<sup>95</sup> Debemos aquí recordar cómo se refiere F. Quesada a la filosofía, «ejercicio crítico autorreflexivo, conocimiento de segundo grado, significa la posibilidad de poner en crisis lo recibido, ya sea un hecho o una doctrina, en cuanto cifran su verdad o su valor en el simple dato de su aceptación transmitida por la tradición o la autoridad de quien lo formula», véase F. Quesada, "¿Un nuevo imaginario político?", *Revista Internacional de Filosofía Política*, nº17, 2001, p.7.

<sup>96</sup> C. Castoriadis, *Los dominios del hombre. Las encrucijadas del laberinto*, Barcelona: Gedisa, 1998, pp.90-91, asimismo se ratifica la idea de que el marxismo prolonga hasta el límite el carrusel económico de producción-consumo-crecimiento en su obra "Una sociedad a la deriva", véase C. Castoriadis, *Una sociedad a la deriva. Entrevistas y debates (1974-1977)*, Buenos Aires: Katz, 2006, p.25 y p.272.

<sup>97</sup> C. Castoriadis, *Los dominios del hombre. Las encrucijadas del laberinto*, Barcelona: Gedisa, 1998, p.99.

<sup>98</sup> *Ibid.*, p.113.

leyes. El proceso deliberativo, el juicio y la decisión, surgen de la indeterminación del universo, es decir, de las múltiples opciones existentes para su ordenamiento y, por tanto, de la asunción de la inexistencia, tanto de un sistema de saber único y definitivo, como de un caos puro y simple<sup>99</sup>. Esta capacidad deliberativa conlleva, implícitamente, otro principio fundamental en el surgimiento de la política, la igual capacidad de todos los individuos para alcanzar un juicio y proyectar una decisión válida y correcta sobre las cuestiones sociales. En el momento del proceso histórico-social en el que se postula la existencia de un orden total y racional establecido por alguna ley externa, es decir, en el momento en que la heteronomía social toma carta de naturaleza, la creación humana deja de tener sentido y se vacía la esfera de la política. En este sentido, el primer imaginario autoinstituyente, es decir, el primer imaginario que asumió la autonomía como objetivo, establece la igualdad política como principio. Esta igualdad es, por una parte, igualdad ante la ley -*isonomía*- pero, además, es igualdad activa, igualdad en la participación en los asuntos comunes. Una capacidad de participación que se incluye como parte de las reglas que rigen la polis griega, y que se materializa en la *ekklesia* o asamblea del pueblo. Por tanto, la igualdad no solamente será pasiva, referente al ámbito de la ley, sino también activa en el sentido de tomar la palabra -*isegoria*-, de que todos los votos tengan el mismo peso - *isopsephia*-, y de que todos hablen con franqueza -*parrhesia*-<sup>100</sup>. En este concepto de igualdad se basa otra característica fundamental de este primer imaginario<sup>101</sup>, y que hace referencia al concepto de democracia directa, sustentado en que no puede haber representación o delegación de una actividad que corresponde al colectivo, a los individuos que conforman la sociedad; no existen, por tanto, expertos en materia política, puesto que todos los individuos pueden emitir un juicio correcto; y el ámbito en el que opera la política es el de la comunidad, no el del Estado como ente separado y distinto<sup>102</sup>. En otras palabras, la

---

<sup>99</sup> *Ibid.*, p.115.

<sup>100</sup> *Ibid.*, p.117.

<sup>101</sup> En referencia al concepto de *igualdad política*, F. Quesada lo expresa como «el principio que está en la base de esta nueva epistemología laica. La isegoría ó igual derecho a la interlocución- y la isonomía ó igualdad ante la ley- traducen esa posición del centro frente al cual cada uno es equidistante», véase F. Quesada, "Ética y política: sobre la relación entre filosofía moral y filosofía política. Una aproximación histórico-conceptual". En *La aventura de la moralidad. Paradigmas, fronteras y problemas de la ética*, Eds. Carlos Gómez y Javier Muguerza, Madrid: Alianza, 2012, pp.224-277, p.233.

<sup>102</sup> C. Castoriadis, *Los dominios del hombre. Las encrucijadas del laberinto*, Barcelona: Gedisa, 1998, pp.119-120.

igualdad requiere un espacio público que permita su desarrollo con vistas a la construcción de una sociedad autónoma que sitúa el poder y su legitimación como resultado de la participación activa de todos los individuos, resultando en una co-implicación de igualdad política y ciudadanía<sup>103</sup>. Sin embargo, este primer imaginario cedió bajo el peso de la *hybris*, de la inexistencia de normas fijas o puntos de referencia en los que desarrollar el proyecto de autonomía. El propio proceso de auto-institución de normas requiere dotarse de un marco normativo en el que desarrollarlo y cuyo carácter también será histórico, y su ausencia pervierte el proceso.

La política, entendida como en la Grecia antigua, es decir, como esfera de cuestionamiento de la institución social y actividad que persigue la autonomía individual y social, renace en Europa Occidental como conclusión de la Edad Media, en lo que podríamos denominar el *segundo imaginario político*. La destrucción del primer imaginario como efecto de la *hybris* que se impuso en la polis griega dio lugar a un nuevo imaginario social fuertemente constituido alrededor de una nueva significación social central que establecía un orden social religiosamente instituido. La ruptura de este orden social y el surgimiento de un segundo imaginario político se produce, a partir del germen griego, por el cuestionamiento de dicha institución social, por la crítica hacia las significaciones sociales surgidas a partir de la misma, y la apertura de este cerco social hacia nuevas representaciones y conformaciones sociales. En última instancia, esta segunda ruptura implica el ascenso, nuevamente, de un impulso democrático e igualitario que anima la esfera de la *política* en los siglos XVII y XVIII<sup>104</sup>. En cierto sentido, este proceso recuperaba la esencia de la autonomía individual y colectiva, y su inseparabilidad, propias del primer imaginario. Se abre, por tanto, un periodo en el que, como afirmaba C. Castoriadis, se pretende alcanzar una idea de igualdad social y política de los individuos que no es un dogma, sino que es «una significación imaginaria social y, más precisamente, una idea y una voluntad política, una idea que corresponde a la institución de la sociedad como comunidad política. Ella misma es

---

<sup>103</sup> F. Quesada, "Ética y política: sobre la relación entre filosofía moral y filosofía política. Una aproximación histórico-conceptual". En *La aventura de la moralidad. Paradigmas, fronteras y problemas de la ética*, Eds. Carlos Gómez y Javier Muguerza, Madrid: Alianza, 2012, pp.224-277, p.235.

<sup>104</sup> C. Castoriadis, *Los dominios del hombre. Las encrucijadas del laberinto*, Barcelona: Gedisa, 1998, p.136.

creación histórica y una creación, si cabe decirlo así, extremadamente inverosímil»<sup>105</sup>. Sin embargo, esta pretensión sucumbió también a la tentación de la sencillez de alcanzar una solución final y definitiva mediante una ley externa, en lugar de iniciar un proceso interminable de creación histórico-social y construcción de la autonomía social. El liberalismo y el marxismo cayeron en las redes de la ciencia económica como instancia superior capaz de proporcionar una solución al concepto de igualdad y a la autonomías social e individual. La posibilidad de una armonía social capaz de resolver definitivamente estas cuestiones se reveló como una idea mistificadora capaz de impulsar una nueva heteronomía social insuperable hasta el momento, y que se concretó en la sociedad burocrática, tanto de carácter totalitario, como fragmentario.

## 2.2. LA SOCIEDAD BUROCRÁTICA

Si los dos imaginarios políticos que hemos identificado a lo largo de la historia suponían la posibilidad de una apertura del cerco social establecido por significaciones imaginarias dominantes, que impedía que la capacidad creativa del individuo, la autonomía individual, se proyectase en la acción social y fundamentase la autonomía social, la transformación de los mismos supuso la heteronomía social que ha caracterizado la mayor parte de la historia. Esta situación surge como consecuencia de una estructura social instituida que anula la posibilidad de desarrollo de la autonomía y provoca un efecto alienante de dimensión social. El corolario de la misma es la jerarquización de la sociedad como movimiento contrario a la necesaria igualdad que exige la autonomía, y que se proyecta en el ejercicio del poder de una parte de la sociedad sobre otra. La institución de esta estructura social se realiza a partir de una significación social dominante que se autonomiza y desarrolla su propia lógica<sup>106</sup>, eliminando cualquier capacidad individual de resistencia. Automáticamente, el individuo está aceptando que una instancia externa, una ley que no es su propia creación, determine su contexto vital.

En nuestra etapa histórico-social la ciencia económica ha detentado este papel de ley externa capaz de instituir la sociedad en base a una estructura que es aceptada

---

<sup>105</sup> *Ibid.*, p.140.

<sup>106</sup> C. Castoriadis, *La institución imaginaria de la sociedad*, Barcelona: Tusquets, 2013, pp.175-176.

acríticamente. El imaginario actual acepta la economía como significación central que define nuestra realidad social y la autonomía individual resulta, de esta manera, subyugada por una instancia externa que se ha autonomizado y ha determinado la estructura social de la actualidad. De ahí la desintegración del imaginario social moderno, dado que hemos renunciado a la comprensión del otro, a la aceptación de su discurso y a la integración del mismo en el marco de la esfera política, expresión suprema de la autonomía individual y, consecuentemente, social. La tensión que la autonomía establece entre la sociedad instituyente, es decir, la esfera de la política en la que cada individuo aporta su visión, y la sociedad instituida, el producto histórico-social de la acción creadora de la sociedad, queda anulada por la imposición de la segunda sobre la primera. En otras palabras, la estructura social existente, la historia ya creada y proyectada en la realidad, encorseta la actividad propia de una historia todavía por hacer, cercenando la posibilidad de modificar esta estructura y abrirla a otras posibilidades. Dicha estructura es asumida como el único resultado posible de la acción social y, como tal, es considerada una especie de saber absoluto que se ha alcanzado por imperativo del propio devenir histórico.

Al reflexionar sobre el imaginario que caracteriza nuestra sociedad actual, C. Castoriadis incidía sobre esta determinación de la estructura social de nuestra época y sobre la incapacidad de las diferentes alternativas propuestas de trascender y soslayar la ciencia económica como significación imaginaria central. La sociedad así instituida, en torno al desarrollo de la ciencia económica, sus categorías y axiomas, queda asumida como el único resultado histórico posible y determina cualquier producto de la sociedad instituyente. El dilema que se ha planteado en el último siglo, entre una visión capitalista y otra comunista, queda de esta forma retratado como ilusorio<sup>107</sup> por la asunción, en ambos casos, de una visión similar de la ciencia económica en la que cualquier problema puede ser resuelto en la dimensión de la producción y el consumo que garantice un crecimiento progresivo. En ambos casos, la respuesta a la necesidad de confrontación de visiones sociales diferentes ha sido el vaciamiento de la esfera de la política, la renuncia a la autonomía individual como fundamentadora de la autonomía social, en favor de la potenciación de la heteronomía derivada de la aceptación de la

---

<sup>107</sup> C. Castoriadis, *Los dominios del hombre. Las encrucijadas del laberinto*, Barcelona: Gedisa, 1998, p.22.

existencia de un saber absoluto capaz de generar la armonía social. El resultado, también en ambos casos, es la constitución de una estructura, una burocracia social, que domina y cercena la posibilidad de cualquier movimiento alternativo. Una burocracia que, como afirmaba Hannah Arendt, significaba el gobierno de nadie, un gobierno sin responsabilidad en el que «el elemento personal del mandar ha desaparecido»<sup>108</sup>. Si en el caso del régimen social de la Rusia soviética y sus países satélite se podía hablar de un capitalismo burocrático total, en el caso de los países occidentales nos enfrentamos a un capitalismo burocrático fragmentado<sup>109</sup>. En ambos casos, no obstante, el individuo ha renunciado a su papel de ciudadano capaz de transformar la sociedad y se ha convertido en un simple engranaje de la maquinaria social traccionada, en un caso por la estructura del estado y, en el otro, por la estructura del mercado.

En el caso del comunismo que se desarrolló a lo largo del siglo XX, y que hoy todavía permanece oficialmente vigente en algunos países como alternativa al capitalismo de mercado, afirma C. Castoriadis que se caracteriza por mantener solamente el esquema metafísico y determinista del pensamiento de K. Marx<sup>110</sup>. En este contexto, la capacidad del socialismo para postularse como un proyecto histórico instituyente de una sociedad auto-gobernada por las personas, gestoras de sus propios asuntos, queda reducida a la unidimensionalidad económica y, consecuentemente, al impulso de un capitalismo de estado solamente capaz de potenciar la planificación burocrática de la sociedad. Nos encontramos ante una burocracia centralizada que jerarquiza desde esta posición central la sociedad en su totalidad, es decir, ante una burocracia totalitaria<sup>111</sup>. El capitalismo, por su parte, con su impulso descentralizado del

---

<sup>108</sup> H. Arendt, *Karl Marx y la tradición del pensamiento político occidental*, Madrid: Encuentro, 2007, p.52.

<sup>109</sup> C. Castoriadis, *Los dominios del hombre. Las encrucijadas del laberinto*, Barcelona: Gedisa, 1998, p.38.

<sup>110</sup> *Ibid.*, p.39.

<sup>111</sup> En un profundo análisis sobre las relaciones de producción en el bloque soviético, C. Castoriadis llegaba a postular que «la planificación estalinista es la más perfecta realización del ideal capitalista: hacer trabajar al máximo y pagar a los trabajadores un mínimo», y más adelante puntualiza las características de este régimen, «¿Cuál es el significado histórico de ese régimen? Puede decirse que representa la última etapa del modo de producción capitalista, en la medida en que la concentración del capital, factor esencial del desarrollo del capitalismo, alcanza su último límite, puesto que todos los medios de producción están a la disposición de un poder central y son dirigidos por éste, que expresa los intereses de la clase explotadora. Podemos pues definirle como el régimen del capitalismo burocrático», véase C. Castoriadis, *La sociedad burocrática vol. II. La revolución contra la burocracia*, Barcelona: Tusquets, 1976, p.14.



carrusel producción-consumo-crecimiento potencia la organización del individuo en su rol de productor dentro de grandes empresas jerarquizadas cuya actividad se orienta a un mercado constituido por el propio individuo en su rol de consumidor y seguidor de las pautas que el marketing determina. Es el reflejo de un sistema burocrático impuesto de una forma descentralizada y con carácter fragmentario.

En este aspecto, por tanto, ambos planteamientos convergen en una burocracia moderna que se nos revela como el punto álgido de desarrollo del sistema económico<sup>112</sup>. La creciente potenciación del avance tecnológico, el impulso del sistema productivo más allá de las necesidades reales de la sociedad, provoca la privatización del espacio público<sup>113</sup>, la desaparición del ciudadano y la conversión del individuo en una simple pieza de la estructura burocrática que, de una u otra forma, organiza la sociedad sin su participación directa. En última instancia, la convergencia entre ambos planteamientos se produce a nivel de las significaciones sociales imaginarias, puesto que este magma de significaciones se estructura en torno a una racionalidad de fundamento claramente económico, para la que el crecimiento, el desarrollo físico, la creciente presencia de tecnología, se convierte en un horizonte indiscutible<sup>114</sup> hacia el que la sociedad, quiera o no, debe avanzar aunque, paradójicamente, esta pretensión de una racionalidad social creciente se transforme en irracionalidad<sup>115</sup>.

### 2.3. EL MESIANISMO POLÍTICO

---

<sup>112</sup> La extensión de la visión economicista se resume en la afirmación de que «la planificación burocrática no es más que la extensión al conjunto de la economía de los métodos creados y aplicados por el capitalismo en la dirección racional de las grandes unidades de producción», véase C. Castoriadis, *La sociedad burocrática vol. II. La revolución contra la burocracia*, Barcelona: Tusquets, 1976, pp.221-222.

<sup>113</sup> C. Castoriadis, *Los dominios del hombre. Las encrucijadas del laberinto*, Barcelona: Gedisa, 1998, p.45.

<sup>114</sup> El cerco social que se establece en la sociedad burocrática queda descrito en la afirmación de que «desde el momento en que la sociedad se ve despojada de la dirección de sus actividades y que ésta se convierte en la prerrogativa de un cuerpo específico, el partido y las instituciones oficiales están condenadas a esa petrificación que hace que la vida real se desarrolle a su margen y que solo puedan captarla imperfectamente. [í ] lo que caracteriza la crisis de las sociedades de explotación contemporáneas es la inadecuación esencial del control que pueden ejercer aquéllas sobre ésta», véase C. Castoriadis, *La sociedad burocrática vol. II. La revolución contra la burocracia*, Barcelona: Tusquets, 1976, p.281.

<sup>115</sup> C. Castoriadis, *Los dominios del hombre. Las encrucijadas del laberinto*, Barcelona: Gedisa, 1998, p.46.

La construcción de una sociedad burocrática responde, por tanto, a la asunción de un ley externa capaz de eliminar la autonomía individual y su creatividad en la construcción de la propia sociedad. La pérdida de esta autonomía a nivel social impulsa, así mismo, la imposición a nivel político de una ideología central que determina cualquier movimiento en la acción social que se establece en la esfera política. Este dominio centralizado, que parecía evidente en la alternativa comunista, queda, sin embargo, en cierta forma oculto en las democracias liberales de la actualidad. En este contexto, el autor francés de origen búlgaro Tzvetan Todorov, en su análisis de las amenazas que se ciernen hoy en día sobre dichas democracias, y una vez que se ha desechado la posibilidad de que exista una alternativa factible encarnada en la burocracia totalitaria del comunismo, afirma que éstas emanan de la propia democracia, del desarrollo de sus elementos y de la potencial desmesura que provoca la imposición de uno de ellos sobre el resto<sup>116</sup>. El pluralismo propio de la democracia y la correcta articulación y equilibrio de los poderes que ejercen el pueblo, la libertad y el progreso, determinarán su futuro. Sin embargo, este equilibrio es el que está hoy en día en la base de la crisis de la democracia liberal, puesto que el progreso se ha impuesto como un dogma por encima de los otros dos elementos, y conduce a la sociedad a una especie de mesianismo político, a la preponderancia de una ideología centrípeta sobre la que giran los diferentes movimientos en la esfera de la acción social.

En el fundamento de este mesianismo político nuestro autor sitúa la controversia que se establece entre dos personajes históricos y las ideas asociadas a los mismos. Por un lado, Pelagio y su defensa de la voluntad humana como instrumento de superación de cualquier obstáculo, su capacidad de deliberación y elección que lo sitúa por encima de cualquier poder externo, incluido el divino; y, por otro, Agustín, que ataca esta capacidad de la voluntad humana como auto-creadora de su propio contexto de desarrollo, re-situando nuevamente al ser humano bajo el yugo de la voluntad divina y la fe en la misma. La imposición de las ideas de Agustín sobre las de Pelagio en diferentes épocas históricas determina la heteronomía social, es decir, el sacrificio de la

---

<sup>116</sup> T. Todorov, *Los enemigos íntimos de la democracia*, Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2012, p.13.

autonomía en favor de una ley externa, divina en este caso, que se impone sobre cualquier ley que la propia sociedad sea capaz de dotarse<sup>117</sup>.

La Ilustración representa la recuperación de las ideas de Pelagio y su proyección en la Revolución francesa, siendo Condorcet el mayor entusiasta de esta posibilidad de progreso ilimitado, no ya individual, sino colectivo. El legado pelagiano se radicaliza en su extensión al ámbito colectivo y su ruptura con los lazos religiosos originales<sup>118</sup>. La voluntad humana es el instrumento fundamental para alcanzar la armonía social, para transformar el entorno social, para adaptarlo a sus aspiraciones y alcanzar la perfección. Como afirma T. Todorov, «el objetivo es conseguir una sociedad nueva y un hombre nuevo»<sup>119</sup>. Pero, de esta forma, lo que se consigue es volver a implantar un bien supremo por encima de cualquier crítica, es decir, un mesianismo político que impone una visión social única y excluyente. Si en el periodo posterior a la Revolución francesa el colonialismo fue la vía de exportación de este mesianismo, el proyecto comunista y la democracia liberal han sido su continuación.

En ambos casos, la aportación del positivismo<sup>120</sup>, con su defensa de los logros de la ciencia y su relación con la economía, resulta fundamental para contextualizar el objetivo social perseguido. La ciencia económica abre la posibilidad a un potencial conocimiento íntegro del mundo, del desarrollo de la historia y, por consiguiente, de la sociedad. Y esta posibilidad se concreta en la determinación de una direccionalidad inmutable de la historia que legitima su propio devenir. En última instancia, esta especie de mesianismo político permite justificar los instrumentos que conducen a la pretendida armonía social por el solo hecho de la bondad de dicho objetivo. Paradójicamente, la confianza *pelagiana* en la voluntad humana resulta soslayada por la actuación de una ley externa fuera de su alcance, es decir, la autonomía de la persona que serviría como base de la autonomía social es sometida por una heteronomía social que determina su desarrollo<sup>121</sup>. En el caso del comunismo, esta suplantación de la autonomía deviene en una estructura totalitaria que pretende imponer al conjunto social su propia percepción del bien común; mientras que en el caso de la democracia liberal la estructura resulta

---

<sup>117</sup> *Ibid.*, p.27.

<sup>118</sup> *Ibid.*, pp.36-37.

<sup>119</sup> *Ibid.*, p.37.

<sup>120</sup> *Ibid.*, p.93.

<sup>121</sup> *Ibid.*, p.46.

fragmentaria porque no persigue una imposición sobre el conjunto, sino de forma compuesta a partir de la propia iniciativa individual. Si la violencia totalitaria sucede a la violencia colonialista, la violencia ejercida a nivel global por las democracias modernas, con su tendencia a la imposición de un sistema social y político pretendidamente superior y generador de mayor bienestar, representa la culminación de los diferentes mesianismos políticos. En todo caso nos encontramos ante una propuesta cuyo origen se remonta al siglo XIX, y que concibe la historia como científica, admitiendo, consecuentemente la posibilidad de anticipar el devenir futuro.

Frente al desencanto que ofrecen los hechos históricos, incapaces de revelar ningún fundamento misterioso que nos guíe en el futuro, el mesianismo político asume la posibilidad encontrar este patrón que nos indique por qué las cosas suceden como suceden. En otras palabras, el mesianismo confía en que la historia resuelva las grandes incógnitas que han atormentado a las personas durante generaciones, y no es capaz de asumir que «la historia no revela causas, solo ofrece la sucesión de acontecimientos sin explicarlos»<sup>122</sup>. En opinión de Isaiah Berlin, esta tendencia a asumir la existencia de leyes históricas ciertas asimilables a leyes naturales y, por tanto, visiones únicas del desarrollo social, se puede interpretar como la posición de un *erizo*, de una persona que se aferra a significaciones centrales alrededor de las cuales se construye el contexto social; frente a la posición de una *zorra*, capaz de abrirse a una pluralidad de visiones inconmensurables que ayudan a construir históricamente la sociedad.

El mesianismo político, por tanto, asume la visión de un *erizo* y concibe la posibilidad de conceptualizar la historia como una ciencia, sin aceptar que «no hay teoría capaz de abarcar la enorme variedad de conductas humanas, la vasta multiplicidad de minúsculas causas y efectos imposibles de descubrir, la esencia de la interacción entre los hombres y la naturaleza, que la historia pretende registrar»<sup>123</sup>. En otras palabras, el mesianismo defiende la posibilidad de que el ser humano controle el devenir histórico en base a un conocimiento científico de las leyes que rigen la historia, a pesar de las innumerables causas de las que dependen los acontecimientos históricos y la limitación de la capacidad humana de conocimiento y cálculo. Ante el postulado del *erizo*, la *zorra*

---

<sup>122</sup> I. Berlin, *El erizo y la zorra*, Barcelona: Península, 2009, p.52.

<sup>123</sup> *Ibid.*, p.58.

se posiciona contra el racionalismo científico que impulsa el progreso y la ingeniería social. Este planteamiento no es aceptable para el mesianismo político, que no puede renunciar a un principio de explicación universal, una finalidad única, y una unidad en el desarrollo del contexto social. Esta visión se ve reforzada por el hecho de que «cuanto más completo sea nuestro conocimiento de los hechos y de sus conexiones, más difícil será concebir alternativas»<sup>124</sup>, por lo que cualquier sistema que construya el mesianismo se verá libre de alternativas críticas. El universo armónico que pretende el mesianismo político, sin embargo, no es alcanzable y los acontecimientos históricos se empeñan en demostrarlo.

#### 2.4. EL OCASO DE LA DEMOCRACIA LIBERAL

En el prefacio de su análisis de la democracia después del comunismo, Giovanni Sartori observa que la caída del muro de Berlín en 1989 y los sucesos posteriores hasta la desaparición de la Unión Soviética en 1991, no solamente suponen la revancha y la confirmación de la teoría liberal de la democracia, sino que cierran un ciclo histórico y nos sitúan ante una nueva época, la de la democracia liberal<sup>125</sup>. Esta teoría sobrevivió al marxismo como alternativa ideológica y, ahora, se impone definitivamente, pero en ella, el autor italiano no atisba un futuro lleno de certezas, sino un camino lleno de incógnitas. Al igual que T. Todorov, nuestro autor anticipa el surgimiento de innumerables problemas internos una vez que el 9 de noviembre de 1989, con la caída del muro de Berlín, comienza la disolución del comunismo y, por tanto, la desaparición del enemigo externo<sup>126</sup>. La desaparición de legitimidades alternativas a la democracia liberal deja el camino expedito a esta última para su extensión global pero, como el mismo G. Sartori reconoce, la desaparición de la dictadura comunista no elimina la posibilidad de nuevas dictaduras<sup>127</sup> y, asumiendo que lo que realmente se extiende con mayor celeridad es el mercado frente a la planificación centralizada, cualquier sistema que únicamente centre su desarrollo en el propio desarrollo de la esfera económica validará la aparición de una nueva dictadura que, en base a este elemento central,

---

<sup>124</sup> *Ibid.*, p.120.

<sup>125</sup> G. Sartori, *La democracia después del comunismo*, Madrid: Alianza, 1993, p.11.

<sup>126</sup> *Ibid.*, p.16.

<sup>127</sup> *Ibid.*, p.24.

promoverá una serie de valores democráticos ficticios. Y quizá este sea el aspecto que no contemplamos en el desarrollo de la democracia liberal, que, si bien el marxismo ha sido la ideología máxima por su pretensión de finalidad, explicación de toda la historia anterior, previsión de futuro y promesa de la sociedad perfecta<sup>128</sup>, la democracia liberal también se apoya en un instrumento, la ciencia económica imperante, cuyas promesas son sistemáticamente incumplidas, limita la explicación del desarrollo de la sociedad a la unidimensionalidad económica, y asume una potencial armonización de la misma a través del mercado.

Paradójicamente, la aparente superación del ideologismo por parte de la democracia liberal, es decir, la liberación de la agresión y el silenciamiento violento del pensamiento ajeno que se producía en el totalitarismo soviético, se transforma en una nueva modalidad, más sutil, eso sí, y con métodos diferentes, de potenciación del *opio de la mente* -en términos de G. Sartori- que mediante una concepción mercantilista de la política promueve una visión absoluta de la realidad que oculta y silencia cualquier intento de construcción de una legitimidad alternativa<sup>129</sup>. En última instancia, la democracia liberal acepta la división social en dos esferas, una económica, que se centra en la producción de riqueza, y otra política, que se ocupa y preocupa exclusivamente del modo de distribución de dicha riqueza. Por todo ello, el gran atractivo actual de las democracias occidentales se fundamenta en su vertiente económica, por lo que el objetivo que se pretende alcanzar se reduce al bienestar material de la sociedad que se convierte, de esta forma, en el fin fundamental, olvidando que realmente debe ser un medio, un instrumento para otros fines. No obstante, la capacidad mediática existente hoy en día para orientar los fines sociales, permite que la democracia, la capacidad social de deliberar y participar en la determinación de sus fines, quede sustituida por un cierto populismo que, por encima de la diversidad de intereses y el largo plazo, impone satisfacciones inmediatas de carácter económico<sup>130</sup>.

---

<sup>128</sup> *Ibid.*, p.28.

<sup>129</sup> En este sentido, nos encontramos en la situación que el propio autor italiano describe de la siguiente forma: «La pregunta era: ¿somos verdaderamente libres de pensar libremente? La respuesta es: no, todavía no. La verdad de derechas y la verdad de izquierdas siguen acompañándonos», véase G. Sartori, *La democracia después del comunismo*, Madrid: Alianza, 1993, p.63.

<sup>130</sup> T. Todorov, *op. cit.*, p.184.

En otras palabras, la democracia liberal está realmente enferma de desmesura, lo que traduce la libertad en la tiranía de un pretendido progreso económico capaz de imponerse aun a costa de la pérdida de la cohesión social. Como afirma T. Todorov, la democracia «carcomida por sus enemigos íntimos, que ella misma engendra, ya no está a la altura de sus promesas»<sup>131</sup>. Esta tiranía se traduce en una apatía del individuo respecto a la cuestión pública y su rechazo ante la posibilidad de cualquier conflicto verdadero a nivel social, a cualquier conflicto de valores. Como afirmaba C. Castoriadis, «los conflictos sociales se han vuelto puramente corporativistas»<sup>132</sup>, puesto que la privatización del individuo que se ha impuesto en la sociedad actual reduce su interés al simple goce particular sin proyecto alguno para la colectividad, es decir, a una especie de onanismo consumista y televisivo. En este sentido planteamos que la democracia liberal, además de alimentar una visión similar a la del totalitarismo por su defensa del pensamiento racional y científico, ha transformado el concepto de democracia al hacer dejación de su característica principal, la reflexividad y la deliberación pública, e incumplir sus promesas.

En 1984, el filósofo italiano Norberto Bobbio publicaba un artículo cuyo título era revelador de esta circunstancia "Le promesse non mantenute della democrazia"<sup>133</sup>. En dicho artículo, nuestro autor afirma que el origen del concepto de democracia, tal y como hemos planteado al analizar los dos imaginarios políticos, es una concepción individualista de la sociedad, capaz de superar a la visión organicista dominante en etapas anteriores, por la que la esfera política se erige en producto de la voluntad de los individuos. De esta forma, al individuo se le concede la capacidad soberana de poder pactar con otros individuos -autonomía- en condiciones de igualdad, formando una comunidad política que consagra el principio fundamental: un hombre, un voto. La transformación del concepto de democracia tiene lugar, por tanto, en la misma base que lo fundamental, es decir, en la ruptura de este principio original que implica la creación de nuevos sujetos políticos que ya no aseguran la autonomía del individuo para poder construir, conjuntamente con otros individuos autónomos, una sociedad que,

---

<sup>131</sup> *Ibid.*, p.187.

<sup>132</sup> C. Castoriadis, *Una sociedad a la deriva. Entrevistas y debates (1974-1977)*, Buenos Aires: Katz, 2006, p.220.

<sup>133</sup> N. Bobbio, "Las promesas incumplidas de la democracia", *Zona Erógena*, N° 14, 1993.

obviamente, será igualmente autónoma. La democracia, consecuentemente, queda subyugada bajo los intereses de diferentes grupos de poder que soslayan la capacidad soberana del individuo y que centrifugan el poder que emana de un pacto en condiciones de igualdad, hacia diferentes centros de poder ligados a los diferentes grupos de interés. La nueva democracia liberal, como ha afirmado Robert Dahl, se convierte en una sociedad poliárquica<sup>134</sup>.

Sobre la base de este análisis de la transformación del principio fundante de la democracia, N. Bobbio analiza los diferentes elementos que la democracia prometía desarrollar y que, sin embargo, han quedado soslayados por el nuevo concepto de democracia liberal. En primer lugar, nuestro autor destaca la imposición de un modelo de democracia representativa de intereses por encima de la representación política, es decir, el desarrollo de diferentes grupos de interés ha generado un modelo social corporativista que ya no tiene como horizonte de reflexión el interés de la sociedad en su conjunto, sino que, propiciado por la diversidad de intereses de los grupos que se erigen en representantes de la sociedad, enfoca su actividad a la defensa de estos intereses particulares. En segundo lugar, la pretendida derrota del poder oligárquico resulta un fracaso sin paliativos al ser incapaz de soslayar el poder de los grupos de interés. Si la democracia persigue la autonomía individual y social entendida como el desarrollo sin limitaciones de la capacidad de dotarse de leyes a sí mismos sin aceptar la imposición de leyes externas, la representatividad de los intereses en nuestras democracias corporatistas cercena de raíz dicha pretensión y nos aboca a la aceptación de la heteronomía. Además, si el modelo de democracia liberal ha sido incapaz de superar la tiranía de los intereses y la organización de la esfera de lo político en base a élites que luchan por conquistar el voto, la promesa de extender la democracia a todo el espectro social y, por tanto, desarrollar la esfera política como elemento de construcción social no puede sino incumplirse de forma sistemática. Consecuentemente, si la democracia no se ha extendido a toda la esfera social, el poder invisible sigue existiendo como forma de control social, y operando más allá de la esfera de lo político, consolidando un espacio opaco de decisión. Por último, y como se desprende de todas

---

<sup>134</sup> El concepto de poliarquía, desarrollado por R. Dahl en su obra de 1971, *La Poliarquía*, lo utiliza el autor norteamericano para referirse a la democracia de nuestros días, «caracterizada por el gobierno representativo y el sufragio universal», véase R.A. Dahl, *La democracia*, Barcelona: Ariel, 2012, p.XII.



las promesas anteriores que han quedado incumplidas, la pretensión de la extensión de la ciudadanía, el aprendizaje de todo individuo a desenvolverse como un ciudadano, activo en la esfera política, también ha resultado un fracaso. En última instancia, se ha implantado en nuestras sociedades la apatía política, la indiferencia hacia los asuntos comunes, por lo que el voto de cada ciudadano se ha transformado en un voto de intercambio, en una especie de consolidación y confirmación del clientelismo propio de nuestra sociedad<sup>135</sup>.

En esta misma línea se desarrolla el análisis que Paolo Flores d'Arcais nos propone sobre el actual concepto de democracia ante la constatación de que las democracias occidentales sufren, como afirma Josep Ramoneda, un proceso de degradación progresiva, y que la crisis económica ha permitido poner de relieve<sup>136</sup>. El sometimiento del poder político, de la acción social, al poder económico se ha convertido en el instrumento legitimador de esta degradación. La unidimensionalidad económica ha erigido un cerco social que limita la diversidad en el desarrollo social y, lo que es más importante, cualquier posible reflexión y crítica sobre el modelo dominante.

El escenario de partida de este análisis es, también, la escenificación, con motivo de la caída del totalitarismo soviético, del fracaso de una democracia popular que se oponía a la democracia liberal con la pretensión de representar un modelo político más avanzado<sup>137</sup>. Este sistema, sin embargo, se caracterizaba por sacrificar las libertades más elementales en el altar del progresismo, y la consecuencia de su fracaso es la

---

<sup>135</sup> En referencia a las promesas que la teoría liberal había adquirido en la defensa de su versión de democracia, y recogidas en dicho trabajo de N. Bobbio, *Las promesas incumplidas de la democracia*, F. Quesada las comenta agrupándolas en seis áreas fundamentales: 1) la pretendida concepción individualista de la sociedad ha sido suplantada por el poder de grandes grupos ideológicos, principalmente de carácter económico, que impiden dicho desarrollo del individuo; 2) la representatividad de los intereses de la nación defendida por la democracia de los modernos frente a la de los antiguos, ha devenido en la defensa de intereses particulares o de grupo sin ningún tipo de representatividad democrática; 3) se ha conformado una nueva élite que pugna por los votos de los ciudadanos y que consagra los poderes oligárquicos; 4) no se ha producido una extensión real de la democracia a nivel social, sino que ésta expansión se encuentra limitada por aparatos empresariales y administrativos; 5) el Estado ha renunciado a hacer más transparente el ejercicio del poder y, por el contrario, aumenta su pretensión de control sobre el ciudadano; y 6) no se ha promovido una formación y educación democrática de los ciudadanos y, por tanto, se ha limitado la deliberación y participación social en la esfera política, véase F. Quesada, *Sendas de democracia*, Madrid: Trotta, 2008, pp.75-76.

<sup>136</sup> J. Ramoneda, "Prólogo: ¿Qué es la democracia? Una teoría crítica de la democracia real". En Flores d'Arcais, Paolo, *¡Democracia!*, Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2013, p.9.

<sup>137</sup> P. Flores d'Arcais, *¡Democracia!*, Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2013, p.18.

globalización del modelo liberal, el sistema que pugnaba con el totalitarismo soviético, como paradigma de la democracia moderna. Pero, este proceso de expansión se traduce en la imposición de otro simulacro de sistema que promete alcanzar la armonía social en el desarrollo de la esfera económica. El modelo que se impone a nivel global asume el dogma de la razón económica como ámbito de solución de los problemas y conflictos sociales, así como instrumento de creación de bienestar. Ante el contexto acrítico que se ha ido imponiendo en las últimas décadas, la crisis económica puede ser interpretada como el acontecimiento fundamental que permite poner de manifiesto el cerco social que hemos naturalizado, así como una reflexión<sup>138</sup> centrada en la tensión que se establece entre el concepto normativo y el concepto empírico de democracia. La cuestión fundamental a la que nos enfrentamos, por lo tanto, es la capacidad que tenemos como individuos y sociedad de transformar la democracia realmente existente de acuerdo a modelos normativos capaces de superar la heteronomía que impone la ciencia económica para volver a conquistar nuestra autonomía.

En su análisis de la democracia como este «horizonte político ineludible de la autonomía humana»<sup>139</sup>, Paolo Flores d'Arcais se centra en las antinomias que genera el propio concepto de democracia y, especialmente, la que se suscita entre poder y libertad, es decir, la necesidad de conjugar la autonomía del individuo con la autonomía de la comunidad. En su reflexión, el autor italiano concluye que esta antinomia solo puede soslayarse mediante una Constitución capaz de asumir los derechos esenciales del individuo, a la vez que represente un vehículo de unión de la comunidad y que, por tanto, debe regirse por el «contenido procedimental mínimo de la democracia: una cabeza, un voto»<sup>140</sup>. A partir de esta premisa básica, ya asumida por N. Bobbio en su trabajo, el análisis de las democracias reales, del reflejo empírico del modelo normativo liberal, nos proporciona aquellos elementos que debilitan el modelo de democracia occidental y que lo hacen merecedor de una profunda re-construcción.

Una de las carencias fundamentales de las actuales democracias liberales es el respeto a la legalidad, es decir, el respeto a la capacidad de aquellos que no ostentan el poder de poder defenderse de las instituciones que sí lo ostentan y que se condensa en la

---

<sup>138</sup> *Ibid.*, p.20.

<sup>139</sup> *Ibid.*, p.21.

<sup>140</sup> *Ibid.*, pp.31-32.

acción arbitraria del Estado. El consenso y las mayorías políticas, que no son ajenas a la corrupción y su arbitrariedad derivada, no pueden imponerse a la imparcial legalidad. En el mismo orden de amenaza sobre el procedimiento básico de la democracia nos encontramos con la capacidad de acceder a una información veraz sobre lo que ocurre a nuestro alrededor. Como afirma el autor italiano, no es ajena a la democracia liberal existente la amenaza que surge de la desinformación, bien sea por falta de veracidad, bien por su sustitución por puros espectáculos de entretenimiento. La transparencia en la vida pública constituye uno de los pilares de la autonomía, pues en su ausencia, el sistema democrático avanza por la derivada totalitaria<sup>141</sup>. En la actualidad el marketing político constituye el paradigma de este proceso destructivo de la autonomía ciudadana. En este camino de fortalecimiento de la autonomía social no se puede soslayar el retroceso que supone atacar ciertas leyes externas por sus nefastas consecuencias al crear un cerco social insuperable que nos conduce a nuevas heteronomías, mientras asumimos como natural la acción de otras, como la religión, por su tradicionalidad. De una forma radical, P. Flores d'Arcais afirma al respecto que «la democracia es laica o no es»<sup>142</sup>. En otras palabras, si la ciencia económica constituye una instancia externa que aprisiona el desarrollo de nuestra autonomía social, la imposición de otras instancias externas, en base al valor de la palabra de Dios, opera de la misma forma sobre el conjunto de la sociedad.

Estas tres amenazas, la ruptura de la legalidad, la desinformación y la religiosidad social, están en la base de los movimientos populistas que, lejos de aceptar la realidad social como un conjunto plural de intereses contrapuestos, y espacio de conflictividad ética, pretenden homogeneizarla en base a pretendidas amenazas de desintegración. El movimiento de masas tiende a soslayar la capacidad del diálogo como fuente de compromiso social, e impone un discurso único sobre la base del miedo y el prejuicio alimentado por la existencia de un pretendido enemigo. Ese enemigo que, como nos recordaba T. Todorov, ya no está fuera de la democracia liberal, puesto que su victoria sobre las alternativas históricas lo ha hecho desaparecer, integrándolo en sus propias carencias reflejadas en las promesas que ha incumplido. La incapacidad de desarrollar los pilares fundamentales que deben sustentar la democracia ha conducido a

---

<sup>141</sup> *Ibid.*, p.46.

<sup>142</sup> *Ibid.*, p.55.

nuestras sociedades occidentales a la creación de enemigos externos, de ficticios choques de civilizaciones que ocultan la carencia de una instrucción cívica, la inexistencia de una ciudadanía capaz de desarrollar su propia autonomía. El recurso al enemigo externo, y la ocultación de la inexistencia y falta de potenciación de una virtud cívica, ponen de manifiesto que una de las consecuencias fundamentales de la centralidad de la ciencia económica y, consecuentemente, del crecimiento y desarrollo económico en nuestras democracias liberales es el incremento de la desigualdad que cercena, de raíz, la base del procedimiento democrático. La imposición del crecimiento económico como fin último de toda acción social sacrifica las condiciones necesarias para el fortalecimiento de la democracia y la autonomía social. De esta forma nos enfrentamos a los conceptos básicos de los imaginarios políticos a lo largo de la historia, *isegoría* e *isonomía* o, de otra forma, la tensión que se establece entre libertad e igualdad.

Este análisis de la quiebra de los pilares que sustentaban la idea de democracia liberal nos sitúa frente a la paradoja que se establece en las democracias modernas occidentales, la pretendida alternativa a la burocracia totalitaria desarrollada por el enemigo externo se ha convertido en una burocracia fragmentaria, tal y como afirmaba C. Castoriadis, en la que se ha establecido un sistema de administración del poder bajo el dominio de un gobierno de los técnicos que cercena de raíz cualquier posible acción individual que conduzca a una democracia deliberativa o participativa<sup>143</sup>. La victoria de la democracia liberal, por tanto, se ha traducido en una paralización real de cualquier construcción alternativa al imaginario político dominante desde la Ilustración. El triunfo del capitalismo occidental sobre el comunismo real escenificado en la caída del Muro de Berlín no solamente ha reflejado la desaparición de la alternativa que existía, sino que ha potenciado un formalismo democrático que controla y limita el ejercicio del poder. Si el totalitarismo nos había sumido en la progresiva barbarie de una burocracia que asumía la naturalización de una visión de la sociedad sin responsables a los que pedir cuentas por sus consecuencias, la democracia liberal se ha apoyado en la violencia ejercida por un sistema económico que también impone una visión sin alternativas posibles y sin responsables últimos más allá de la capacidad del mercado de armonizar

---

<sup>143</sup> F. Quesada, *Sendas de democracia*, Madrid: Trotta, 2008, p.77.

la sociedad. En este caso, la burocracia fragmentaria también asume el bien como algo dado, soslayando el pluralismo de intereses y valores, e imponiendo un deber ser social que se traduce en una abstracción de la democracia empírica en favor de una democracia normativa dominada por la esfera económica. En este contexto, tal y como afirma F. Quesada, observamos que «la barbarie no se reduce al s. XX, sino que se arrastra desde los procesos civilizatorios de democratización del s. XVIII»<sup>144</sup>. Y la superación de esta situación de falta de alternativas al sistema imperante debe buscarse, más allá de cualquier revolución política o tecnológica, en la recuperación de una mentalidad que permita recuperar el sentido del proyecto democrático y equilibrar sus elementos. En otras palabras, solamente la ruptura del cerco social imperante y dominante desde la Ilustración puede dar lugar a un nuevo imaginario social capaz de soslayar la dominación de una significación social central y abrirse a una pluralidad de significaciones inconmensurables.

### **3. LA NECESIDAD DE UN NUEVO IMAGINARIO POLÍTICO Y LA AUTONOMÍA SOCIAL**

#### **3.1. LA FUNCIÓN DE LA FILOSOFÍA POLÍTICA**

En el surgimiento de los dos imaginarios políticos característicos de nuestra herencia greco-occidental, C. Castoriadis observaba que su fundamento estaba asociado a la creación de la filosofía y de la democracia, que establecían las herramientas sociales para abrir un espacio a la reflexión, al pensamiento, a la deliberación sobre las propias cuestiones de la sociedad, en otras palabras, a la Política como instancia de análisis y crítica de la representación social del mundo y su transformación, posibilitando la autonomía social desde la base individual. En este contexto, el surgimiento de un nuevo tipo de individuo autónomo, capaz de reflexionar sobre sus propias creaciones, permitía la construcción de una sociedad autónoma que exige la Política como esfera en la que desarrollar la acción social y generar nuevas creaciones histórico-sociales, es decir, nuevos imaginarios caracterizados por nuevas significaciones sociales. De esta forma, la esfera política se nos revela como el espacio en el que la acción común de la sociedad

---

<sup>144</sup> *Ibid.*, pp.78-79.

puede desarrollarse y dar lugar a nuevas expresiones institucionales para una sociedad autónoma. En otras palabras, la autonomía individual se desplegará en la Política como punto de partida en el camino de construcción de una sociedad autónoma.

El primero de estos imaginarios políticos, el griego, constituye, en opinión del filósofo francés, el paradigma fundamental para la generación de nuevos y posteriores imaginarios políticos, es decir, se revela como elemento germinal de nuevas superaciones de imaginarios instituidos que no reproduzcan de forma sistemática sus características principales, sino que se apoyen en ellas para construir nuevas potencialidades. La característica principal que introdujo esta ruptura histórica con el cerco social instituido de su época fue la capacidad deliberativa, es decir, la posibilidad de juzgar y elegir entre diferentes opciones con el objetivo de sustituir instituciones sociales existentes por otras nuevas. El punto de partida de esta capacidad deliberativa es la aceptación de la indeterminación del universo, de la inexistencia de una ley externa a la propia sociedad capaz de dictaminar el modo de funcionamiento del universo y, consecuentemente, de la propia sociedad. Por tanto, la posibilidad de que todos los individuos reflexionen sobre la situación social realmente existente, planteen diferentes alternativas para modificarla y decidan sobre estas alternativas genera el espacio de la política. Un espacio que se caracteriza, básicamente, por la igualdad de todas las personas en su capacidad para participar de la reflexión, la proposición y la decisión de alternativas en la construcción social. En este primer imaginario queda establecido que la esfera de la política se alimenta de la autonomía del individuo y se constituye en base al concepto de *igualdad*. Y este concepto, el de *igualdad política*, se construye, a su vez, en base a diferentes aspectos que se complementan para generar un concepto más complejo: 1) *isonomía* o igualdad ante la ley, que queda establecido como un principio de igualdad pasiva y debe ser complementado con otros aspectos que fomenten una igualdad activa; 2) *isegoría* o igualdad a la hora de tomar la palabra, que destaca este elemento de igualdad activa y que se materializa en la *ekklesía* o asamblea del pueblo; 3) *isopsephia* o igualdad en el peso de todas las opiniones, y que evita desigualdades en la actividad política; y 4) *parrhesia* o deber de hablar con franqueza.

Este primer imaginario queda destruido por la imposición de una significación central de orden religioso capaz de estructurar la sociedad de acuerdo a sus parámetros, hasta que a finales de la Edad Media vuelve a abrirse la posibilidad de cuestionar dicho

imaginario instituido y generar un segundo imaginario político dentro de la tradición greco-occidental. Este segundo imaginario se construye a partir del germen establecido por el primer imaginario, la re-instauración de un impulso democrático e igualitario que vuelve a establecer la posibilidad de un espacio público para la acción social, para el desarrollo de la política. La esencia germinal de la autonomía individual como base para la consecución de una autonomía social en base a condiciones de igualdad política abre las puertas a la configuración de una nueva comunidad política capaz adueñarse de su propia situación y generar los nuevos elementos políticos que determinen la convivencia social, sin caer en la tentación de adoptar principios externos a la propia decisión de la comunidad.

No obstante esta segunda ruptura del cerco social instituido y su impulso de una nueva comunidad auto-instituyente, la amenaza que acechaba la nueva construcción histórico-social era similar a la que se surgió en la Grecia clásica: la *hybris* o desmesura de la propia sociedad. En ambos imaginarios la ausencia de normas fijas o puntos de referencia para el desarrollo de la autonomía social, la ausencia de un marco normativo de carácter también histórico en su constitución, pervierte el proceso de construcción social y permite el ascenso de nuevas ideas centrales que terminan desembocando en un mesianismo de carácter político y social. Si en el primer caso hacíamos referencia a la centralidad de la religión como nuevo elemento para dotar a la sociedad de las normas básicas de su funcionamiento, en el segundo caso nos debemos referir a la progresiva imposición de la ciencia económica como instancia de orden superior a la propia sociedad, desarrollada en una esfera autónoma, y capaz de determinar aquellos elementos que asegurarán la armonía social que soslaya cualquier conflicto, bien en su vertiente marxista, bien en su orientación neoliberal.

En este marco de amenaza sobre la función de la Filosofía Política no está de más recordar que, ya a comienzos de la década de 1960, I. Berlin se interrogaba sobre su existencia, sobre la posibilidad de que todavía se pudiese realizar una reflexión de segundo orden sobre la realidad política de su época. Y el origen de este interrogante se situaba en la constatación de que la sociedad buscaba soluciones claras y definidas frente a los problemas que se le planteaban, y solo había dos tipos de problemas para los que se habían obtenido dicho tipo de soluciones: 1) aquellos cuya solución se alcanzaba mediante la observación y la deducción a partir de los datos observados; y 2) aquellos

problemas formales para los que existen unos axiomas y unas reglas que permiten deducir la solución a partir de los mismos<sup>145</sup>. En otras palabras, el dominio de la ciencia sobre el desarrollo social era de tal calibre que cualquier reflexión que escapase fuera de los límites de dicha ciencia formal y empírica carecía de sentido e importancia. No cabe duda, por tanto, que el interrogante que planteaba nuestro autor era de todo punto pertinente en el intento de restaurar la legitimidad y actualidad de la Filosofía Política, la necesidad de reflexionar y deliberar sobre cuestiones tales como la igualdad, los derechos, las leyes, y todas aquellas cuestiones que conciernen a la construcción social. En otras palabras, I. Berlin defendía la necesidad de reflexionar sobre los fines últimos de la sociedad y rechazaba, por tanto, la posibilidad de que cualquier instancia externa a la sociedad, como la ciencia, impusiese un fin único y último sobre el que articular el desarrollo de la colectividad.

La existencia de la Filosofía Política exige, por tanto, una sociedad pluralista abierta a una continua crítica de los fines últimos, y rechaza que éstos puedan ser impuestos, sin mediación de ninguna reflexión, de una vez para siempre. La pertinencia y actualidad de la Filosofía Política que defiende nuestro autor se fundamenta en que sus cuestiones no se relacionan con hechos específicos, sino con diferentes formas de entenderlos, tantas como individuos, y, por tanto, no utiliza proposiciones de primer orden sobre el mundo, sino que «son aseveraciones de segundo orden, o de orden superior, acerca de clases enteras de descripciones del mundo y de las actividades del hombre en el mismo, o de respuestas a la realidad»<sup>146</sup>. La existencia de la Teoría Política queda así ligada a la curiosidad racional, a la pretensión de argumentación y razonamiento más allá de la mera causalidad o correlación funcional. Y si I. Berlin observaba que hace medio siglo la existencia de diferentes ideologías, sus colisiones y combinaciones, indicaban la potencialidad del desarrollo de esta reflexión de segundo orden, la situación actual, que engloba a la humanidad entera en un contexto en el que es imprescindible la reflexión sobre los fines últimos y los diferentes valores en conflicto, acentúa su pervivencia y exige su revitalización.

---

<sup>145</sup> I. Berlin, "¿Existe aún la teoría política?". En Berlin, Isaiah, *El estudio adecuado de la humanidad*, Madrid: Fondo de Cultura Económica, 2009, p.70.

<sup>146</sup> *Ibid.*, p.99.



En este contexto, la función de la Filosofía Política se desarrolla en la esfera de reflexión capaz de dilucidar qué marco normativo básico nos permitirá asentar un nuevo imaginario político -un *tercer imaginario político* de acuerdo con F. Quesada- capaz de soslayar la amenaza de la *hybris* social que, como hemos visto, acecha a todo proyecto de autonomía social. Este es el sentido de la concepción de la Filosofía Política por parte de John Rawls que, según nos recuerda F. Quesada, se articula en base a tres instancias fundamentales: 1) abstracción que responde a profundos conflictos políticos en ciertos momentos históricos; 2) conformación del conjunto más apropiado de instituciones que asegure a todos la situación de ciudadanos libres e iguales, superando particularidades; y 3) defensa de la idea de justicia como equidad como base común aceptable para todos<sup>147</sup>. El resultado de esta idea de Filosofía Política sería una especie de constructivismo político al que se le puede achacar la falta de determinación de la especificidad del campo político y, consecuentemente, cuáles serían los criterios de validación racional de su resultado normativo.

Ante esta carencia, Fernando Quesada nos propone una reconstrucción de la democracia desde el ámbito de la Filosofía Política que supere la perspectiva ético-democrática por la que la ética pasa a cumplir una especie de rol normativo en nuestra sociedad, y que es identificada con una forma de vida particular caracterizada por el liberalismo como horizonte irrebasable. En este contexto, la democracia se reduciría a delimitar un «ámbito simbólico-social que configura la idea de poder»<sup>148</sup> y, de la mano del posmodernismo renunciaría, en base a la aceptación de cierto concepto de pluralismo, a la posibilidad de recuperar una universalidad normativa capaz de impulsar la emancipación individual y social contenida en el proyecto de autonomía y característica de los dos imaginarios políticos de nuestra tradición greco-occidental. Este concepto de democracia ha sido vaciado de cualquier referencia de validez normativa basada en la interrelación entre las personas, puesto que ésta se ha reducido a un intento de asegurar el interés y el beneficio privado, legitimando cualquier procedimiento para su consecución. Por todo ello, la tarea de la Filosofía Política, como afirmaba J. Rawls, debe fundamentarse en su capacidad de abstracción de los conflictos derivados de las relaciones sociales y la adopción de una serie de instituciones que

---

<sup>147</sup> F. Quesada, *Sendas de democracia*, Madrid: Trotta, 2008, p.38.

<sup>148</sup> *Ibid.*, p.45.

garanticen que estos conflictos pueden ser abordados en una situación de radical igualdad, como ya postulaba el primer imaginario político, para permitir una acción colectiva, una construcción social capaz de soslayar cualquier intento de imposición de soluciones externas y absolutas en base a cualquier simbolismo que se considere por encima de la propia sociedad. Como nos recuerda F. Quesada, nuestra sociedad actual acepta el pluralismo como una de sus características básicas, por lo que la Filosofía Política debería proporcionarnos las herramientas con las que, a partir del germen establecido en el primer imaginario, poder establecer condiciones de igualdad para que estas visiones plurales puedan participar en la construcción social. Esta condición de igualdad, concebida como el conjunto que engloba sus aspectos pasivos y activos - isonomía e isegoría- es la base normativa del proyecto democrático, y la que evita su vaciamiento de contenido y su utilización como simple instrumento al servicio de la heteronomía social, en nuestro caso determinada por la ciencia económica.

En este sentido, ante la situación de crisis actual y la constatación de que el orden social instituido no responde a las necesidades y exigencias de la sociedad, la Filosofía Política debe recuperar su centralidad en el proceso creativo de un nuevo momento o imaginario político<sup>149</sup> capaz de permitir la articulación de las diferentes y plurales visiones sobre los problemas, y la generación continua e ininterrumpida de potenciales soluciones que no queden fijadas en base a un principio normativo externo al propio ejercicio de la acción común. En otras palabras, la Filosofía Política debe establecer las condiciones necesarias para la creación de un nuevo imaginario sociopolítico instituyente de una nueva realidad histórico-social. Nos adentraríamos, de esta forma, en una

reflexión de segundo orden que, asumiendo las disonancias sociales, esto es, las tensiones y luchas sociales, y cognitivas, religiosas y políticas, de un momento histórico determinado, elabora una nueva perspectiva para el otorgamiento de sentido a la realidad humana por parte de un grupo<sup>150</sup>,

---

<sup>149</sup> F. Quesada, "Ética y política: sobre la relación entre filosofía moral y filosofía política. Una aproximación histórico-conceptual". En *La aventura de la moralidad. Paradigmas, fronteras y problemas de la ética*, Eds. Carlos Gómez y Javier Muguerza, Madrid: Alianza, 2012, pp.224-277, p.227.

<sup>150</sup> *Ibid.*, p.230.

recuperando el modelo del primer imaginario que imponía como instancia normativa la igualdad, y como base del mismo la reflexión crítica respecto de su propio contexto, de la realidad instituida y del imaginario instituyente.

### 3.2. LA NORMATIVIDAD POLÍTICA

El mundo es el marco en el que nuestras acciones recaen sobre una red de relaciones y referencias ya dadas, es decir, el marco que ya estaba antes de nuestra existencia y que continuará después de nuestra aportación, aquello que media entre las personas, las separa y las une. Al actuar dentro de este marco, cada uno de nosotros está participando de este espacio y está añadiendo algo propio, por lo que la característica central del mismo, de acuerdo a la interpretación de H. Arendt, será la pluralidad, elemento constitutivo de la condición humana<sup>151</sup>, y que muestra a la vez, la alteridad y la diferencia entre las personas. La esfera pública se revela como el contexto en el que la acción humana adquiere su visibilidad, en la que la pluralidad se convierte en la condición indispensable de la política. La libertad es consustancial a la propia acción, es decir, a la capacidad de la persona de adquirir visibilidad en el espacio público. El problema de la modernidad es la sustitución que se ha producido de lo político por lo social, que ha convertido la historia humana en una historia universal que reduce la pluralidad de acciones individuales a la acción de la humanidad como sujeto. De esta forma, la pluralidad, el elemento irreductible que fundamenta la política, queda eliminada y con ella la libertad, y sustituida por la historia.

La política, por tanto, consiste en la relación entre los diversos<sup>152</sup>, en su organización en diferentes comunidades, y esta pluralidad en las diferencias es su fundamento. El espacio público que comparten las personas es el ámbito en el que surge y sirve de medio de relación entre las mismas. Pero la modernidad nos plantea la transformación de la política en historia a través del concepto de historia universal, que diluye la pluralidad de las personas en un individuo humano concreto que se

---

<sup>151</sup> F. Birulés, "Introducción. ¿Por qué debe haber alguien y no nadie?". En Arendt, Hannah, *¿Qué es la política?*, Barcelona: Paidós, 1997, p.20.

<sup>152</sup> H. Arendt, *¿Qué es la política?*, Barcelona: Paidós, 1997, p.45.

denominará humanidad. Y la necesidad de la historia cercenará la libertad asociada a la política, a la acción visible de la persona dentro del espacio público.

A pesar de dicha pluralidad, de la diferencia entre las personas, la política organiza «de antemano a los absolutamente diversos en consideración a una igualdad relativa y para diferenciarlos de los relativamente diversos»<sup>153</sup>. En opinión de nuestra autora, sin embargo, la liberación de las fuerzas históricas pretende eliminar a la persona activa, al ciudadano que, de esta forma, debería renunciar a su libertad de participar en la configuración de su sociedad y someterse de forma acrítica a estas pretendidas fuerzas superiores contenidas en la historia. En este caso, los prejuicios se erigen en los nuevos factores determinantes de la configuración social, puesto que, dada la preeminencia de la historia, los juicios anclados en el pasado sustituyen en su legitimidad a los juicios políticos. Y la centralidad que adquieren descentra la esfera política, puesto que antepone al ser humano frente al mundo, al espacio intersubjetivo en el que las personas interactúan, y, como dice, H. Arendt, «el punto central de la política es siempre la preocupación por el mundo y no por el hombre»<sup>154</sup>.

Como observa F. Quesada, el criterio de normatividad de la política también ha sido solapado por una pretendida normatividad universal de la moral a lo largo de la historia<sup>155</sup>. Este solapamiento nos conduce a asumir que la Política es co-extensiva a todas las culturas a lo largo de la historia, sin un proceso de nacimiento concreto, sin una ligazón al desarrollo de una capacidad reflexiva sobre las condiciones sociales y las alternativas para manejarse ante sus tensiones derivadas. En otras palabras, la normatividad de la universalidad moral ocultaría la razón de ser de la política como reflexión crítica respecto del entorno y constitución de un imaginario, y cercenaría la creación histórico-social.

En el primero de estos imaginarios, la política se constituye como el horizonte último del ejercicio de la libertad, el reflejo de una pluralidad que permite instituir de sentido la creación histórico-social de dicha época. En este contexto, las normas de la

---

<sup>153</sup> *Ibid.*, p.47.

<sup>154</sup> *Ibid.*, p.57.

<sup>155</sup> F. Quesada, "Ética y política: sobre la relación entre filosofía moral y filosofía política. Una aproximación histórico-conceptual". En *La aventura de la moralidad. Paradigmas, fronteras y problemas de la ética*, Eds. Carlos Gómez y Javier Muguerza, Madrid: Alianza, 2012, pp.224-277, p.233.

vida pública se erigen en el marco fundamental de libertad al que aspira la comunidad<sup>156</sup> y, consecuentemente, la ética queda constituida y ligada al modo en que se realiza este grado de libertad en el grupo, subsumido en la política como horizonte irrebalsable de autonomía social. El imaginario político surgido en la modernidad, sin embargo, disuelve este nexo de dependencia de la ética respecto de la esfera política y, de la mano de Immanuel Kant, la moral «toma en nosotros la forma coercitiva de un imperativo inapelable»<sup>157</sup>. La esfera ética y la política quedan, de esta forma, independizadas, sin mediación alguna en su desarrollo. Para articular ambas esferas, I. Kant retoma el concepto del contrato social de Rousseau, que permite alcanzar, de nuevo, la igualdad por medio de la convención y el derecho<sup>158</sup>.

En este sentido, el imaginario político de la modernidad asume, a partir de Kant, la normatividad de una ética universal que afirma que los miembros de la comunidad poseen unos derechos previos a su propia configuración jurídica, es decir, unos derechos pre-políticos basados en la ley natural. De esta forma, la normatividad de la política basada en la igualdad de los ciudadanos queda debilitada por la imposición de una normatividad ética de carácter universal que consagra la situación existente y previa al surgimiento de la comunidad política, cercenando de forma radical la igualdad de los ciudadanos, y consolidando el acriticismo respecto de la situación social efectivamente existente.

El sistema hegeliano vuelve a recuperar, para el imaginario político moderno, la idea de la necesidad de una normatividad política como instancia superior del desenvolvimiento de las actuaciones individuales, que ya se había plasmado en el primer imaginario. El Estado hegeliano deja de ser una simple constitución producto de un contrato, y vuelve a recuperar su papel como marco generador de vida común, de política<sup>159</sup>, es decir, como horizonte irrebalsable en el que fundamentar la libertad individual mediante la práctica de la ciudadanía. Con este nuevo giro conceptual, la política vuelve a erigirse en el criterio normativo de la sociedad, soslayando la mistificación que generaba la ética kantiana al situar el horizonte de análisis de las

---

<sup>156</sup> *Ibid.*, p.249.

<sup>157</sup> *Ibid.*, p.254.

<sup>158</sup> *Ibid.*, pp.256-257.

<sup>159</sup> *Ibid.*, p.269.

situaciones sociales particulares en el universalismo racional. El sujeto hegeliano vuelve a apoyarse en la interrelación en condiciones de igualdad, en las normas sociales, para afrontar los problemas de su existencia social, abandonando una teórica independencia basada en una ética universal que simplemente mistifica cualquier decisión en dicha esfera social. Como concluye F. Quesada, «afirmamos que tiene que haber una instancia superior a las estrategias individuales que asuma el interés general»<sup>160</sup>, es decir, constatamos la normatividad política como esfera en la que abordar los problemas particulares de nuestras sociedades dentro, por tanto, de un proceso de creación histórico-social en el que los individuos puedan participar en condiciones de igualdad y ajenos a una determinación externa basada en una supuesta universalidad ética.

De esta forma, frente a otras instancias externas a la política que pretenden imponer su propia normatividad, debemos insistir en la necesidad de recuperar la normatividad propia de la política, del ejercicio de la libertad de la persona, del desarrollo de su reflexión propia y de la exposición de sus juicios, sin coacciones, en un plano de igualdad, no solamente pasiva o legal, sino también activa, participativa. En este sentido, H. Arendt recupera los conceptos de *isonomía* e *isegoría*, a los que ya nos hemos referido anteriormente, y los sitúa en el ámbito de la igualdad en el ámbito de la toma de palabra dentro de un grupo que, posteriormente, serían agrupadas en la Grecia clásica bajo la denominación de *isología*<sup>161</sup>. De este modo se plantea la unión indisoluble entre libertad y política, puesto que el desarrollo de la misma exige la libertad de participar en un plano de igualdad en los asuntos comunes, y de esta ligazón surge la fuerza normativa de la política, de su base en el ejercicio de la libertad, que ya no se contempla como un fin de la propia política, sino como la base de desarrollo de dicha esfera. De hecho, nuestra autora nos recuerda que en la Grecia clásica la política surge en el *ágora*, un lugar de discusión de hombres libres e iguales en la que las únicas armas eran la fuerza de la convicción y la persuasión, libre de cualquier violencia o coacción, que eran medios apolíticos de comportamiento<sup>162</sup>. La política, por tanto, adquiere su normatividad de la propia construcción de un espacio intersubjetivo que impulsa sobre la base del ejercicio de la libertad del individuo.

---

<sup>160</sup> *Ibid.*, p.274.

<sup>161</sup> H. Arendt, *¿Qué es la política?*, Barcelona: Paidós, 1997, p.70.

<sup>162</sup> *Ibid.*, pp.108-109.

La democracia, argumenta F. Quesada, «se configura como la forma más radical de la política»<sup>163</sup>, una categoría central dentro de la Filosofía Política que tiene en la igualdad su pilar fundamental. Pero esta *isonomía* de los ciudadanos es el reflejo de la dimensión pública del proceso de reflexión crítica y el elemento que permite introducir el concepto de pluralidad en nuestras sociedades. La pluralidad garantiza la visibilidad de todos los ciudadanos y su accesibilidad al proceso de reflexión y argumentación política, es decir, el reconocimiento de la individualidad en base a la cual construye su libertad respecto a cualquier determinismo externo.

En su reflexión sobre la democracia, Robert Dahl comienza afirmando que no existe un modelo de democracia único, sino que ésta puede ser inventada y re-inventada en lugares diferentes y de forma independiente, siempre que se den las condiciones adecuadas, puesto que resulta de una creación social. Y estas condiciones se sustentan en la lógica de la igualdad<sup>164</sup>, puesto que, siendo la democracia un ideal cargado de valores, el valor normativo supremo de la misma es la igualdad. Por tanto, y este es un hecho fundamental en nuestra aproximación a la democracia, debemos distinguir, de acuerdo con nuestro autor, dos naturalezas diferentes en dicho concepto: la normativa y la empírica<sup>165</sup>. Esta diferenciación nos permite comprender el desfase que se existe entre la democracia real, como sistema político imperante en muchos países, y la democracia ideal.

En su análisis de la democracia liberal una vez que el muro de Berlín se derrumbó, G. Sartori insistía en la necesidad de un proceso de crítica social, de reflexión sobre la propia realidad circundante, que fuese más allá de la facilidad de destrucción de lo existente como meta última y que se comprometiese en la construcción de una nueva realidad social<sup>166</sup>. Y esta crítica debería centrarse en un objetivo fundamental, la generación de una visión de la democracia que sea, al mismo tiempo, prescriptiva y descriptiva, que permita, por tanto, la interacción entre deber ser y ser, o que, en última

---

<sup>163</sup> F. Quesada, "Ética y política: sobre la relación entre filosofía moral y filosofía política. Una aproximación histórico-conceptual". En *La aventura de la moralidad. Paradigmas, fronteras y problemas de la ética*, Eds. Carlos Gómez y Javier Muguerza, Madrid: Alianza, 2012, pp.224-277, p.235.

<sup>164</sup> R. A. Dahl, *La democracia*, Barcelona: Ariel, 2012, p.12.

<sup>165</sup> Afirma Robert Dahl que la democracia «se refiere tanto a un ideal como a una realidad», véase R. A. Dahl, *La democracia*, Barcelona: Ariel, 2012, p.31.

<sup>166</sup> G. Sartori, *op. cit.*, p.66.

instancia, diferencie entre una esfera normativa en la democracia, y una esfera empírica de la misma. En este sentido, la normatividad debe partir de una reflexión de lo existente a nivel social, y gestionar adecuadamente la aplicabilidad de los diferentes ideales.

En la dimensión empírica, R. Dahl destaca que en la actualidad no encontramos sistemas políticos que encajen con la idea de democracia, sino más bien sistemas que combinan un gobierno representativo y el sufragio universal, y que denomina *poliarquías*. Frente a la poliarquía actual, la democracia ideal se sustenta, como afirmaba F. Quesada, en la igualdad de los ciudadanos para participar en el proceso de toma de decisiones. Para asegurar esta igualdad, R. Dahl identifica una serie de criterios que se deberían cumplir, y que se refieren a: la participación efectiva en el proceso, la igualdad de voto, la igualdad efectiva y de oportunidades en la instrucción de las personas, control de la agenda política, e inclusión de las personas adultas<sup>167</sup>. La normatividad política, por tanto, debe ayudarnos a establecer en qué marco normativo pueden cumplirse las condiciones que hemos establecido para el desarrollo de la autonomía social, para la construcción un nuevo imaginario político-social que supere las condiciones de la heteronomía actual. Y en la base de estos condicionantes, como ya hemos comentado, se encuentra la igualdad entendida como instrumento necesario para soslayar la tutela política, es decir, para no aceptar una mayor cualificación para adoptar decisiones políticas o una dependencia extrema, más allá del mero asesoramiento, de los expertos en diferentes materias. En última instancia, esta igualdad debe superar el nivel pasivo y abarcar una esfera activa que se sustenta en la educación cívica como formación específica en la discusión, deliberación, debate, controversia pública y disponibilidad efectiva de información fiable<sup>168</sup>.

### 3.3. UNA ACTITUD CRÍTICA: LA RECUPERACIÓN DE LA VISIÓN ILUSTRADA

En el análisis de los dos imaginarios políticos de nuestra herencia greco-occidental observábamos que su fundamento era la apertura a la reflexión y la deliberación sobre la sociedad, pero desde la base de una autonomía individual. El

---

<sup>167</sup> R. A. Dahl, *La democracia*, Barcelona: Ariel, 2012, pp.43-44.

<sup>168</sup> *Ibid.*, p.92.



individuo autónomo y reflexivo sobre sus propias creaciones era, en la Grecia clásica, la base de una sociedad autónoma y constituye, igualmente, el paradigma sobre el que el segundo imaginario asociado a la modernidad se desarrolló. La modernidad ilustrada, por tanto, germina alrededor de esta autonomía individual, del impulso igualitario que conforma un nuevo espacio público pendiente de ser construido a partir de la ruptura con un mundo cuyas estructuras eran inmutables. El periodo ilustrado, por tanto, ha sido siempre reconocido por la emancipación del individuo que impulsó frente al oscurantismo y la superstición propias de la Edad Media, que habían empezado a debilitarse durante el Renacimiento. La Ilustración representa un «modelo ético de oposición a estructuras de poder opresivas que requieren ser reinterpretados para responder a unas condiciones nuevas»<sup>169</sup>. El radicalismo del movimiento ilustrado se orienta contra los privilegios sociales existentes mediante una postura reflexiva y crítica que fomenta, a su vez, la experiencia individual como componente básico de la colectividad. La autonomía, la tolerancia y la razón fundamentan un impulso progresista a nivel social.

Este rasgo positivo de la Ilustración es apreciado por I. Berlin como fundamento básico de la defensa del surgimiento y la necesidad de una esfera individual protegida frente a la acción de elementos externos, en la que el individuo puede desarrollar su autonomía. Sin embargo, el autor británico destaca también la excesiva preponderancia que la Ilustración concede a la razón, hasta alcanzar un dominio absoluto<sup>170</sup>, en detrimento de la experiencia humana<sup>171</sup>. Esta crítica le orienta a nuestro autor hacia autores contrailustrados o románticos en su pretensión de rescatar la importancia de la particularidad y la singularidad frente a la generalidad, de la heterogeneidad frente a la homogeneidad, es decir, de recuperar una visión plural del mundo y la sociedad frente a la pretensión monista de la imposición de una gran Idea abstracta. En este sentido, I.

---

<sup>169</sup> S. Bronner, *Reivindicación de la Ilustración*, Pamplona: Laetoli, 2007, p.11.

<sup>170</sup> En un sentido similar se expresarían M. Horkheimer y Th. Adorno, según Stephen Bronner, al observar que, aunque en origen el método científico de la Ilustración pretendiera fomentar la liberación humana atacando el dogma religioso, finalmente esta razón científica se dirigió contra toda idea metafísica y, consecuentemente, contra la conciencia y la libertad, véase S. Bronner, *Reivindicación de la Ilustración*, Pamplona: Laetoli, 2007, p.21.

<sup>171</sup> P. Badillo O'Farrell, «Pluralismo, libertad, decencia». En *Isaiah Berlin. La mirada despierta de la historia*, Eds. Pablo Badillo O'Farrell y Enrique Bocardo Crespo, Madrid : Tecnos, 1999, p.175.

Berlin pretende conjugar una idea abstracta de Humanidad con las particularidades de todos los seres humanos<sup>172</sup>, siendo el objetivo el logro de una vida humana decente.

Frente a este ideal racionalista de la Ilustración que termina dominando el desarrollo social, I. Berlin propone el concepto de experiencia como la capacidad para afrontar problemas, esclarecerlos y alcanzar soluciones objetivas públicamente aceptadas<sup>173</sup>. La experiencia humana es la capacidad que permite a los individuos manejarse en las áreas de conflictividad, en las que cada individuo propone sus propios valores e intercambia sus opiniones en aras de un consenso social. Este concepto de experiencia deriva de la recuperación de la visión de Johann G. Hamman sobre las «condensaciones simbólicas con las que los hombres organizan su vida, viendo en todas ellas la actividad de seres inteligentes capaces de actuar y elegir»<sup>174</sup>. Esta definición del concepto de experiencia recuerda al imaginario social que definía C. Castoriadis y que permitiría, al igual que en la visión de I. Berlin, superar la heteronomía de una visión central y abrirse a la autonomía individual y colectiva. Ante estos universos simbólicos, la racionalidad derivada de la Ilustración ha reaccionado, habitualmente, tachándolos de irracionales y disolviendo sus contenidos, renunciando de esta forma a la acumulación de conocimiento de dicha experiencia humana.

En definitiva, el autor británico nos alerta en su análisis de la *hybris* que supone una teoría racionalista ilustrada en el que la voluntad humana depende, exclusivamente, de expertos racionalistas, que nos condena a la heteronomía del ideal racional. Ante este racionalismo I. Berlin contrapone su imaginación reconstructora o la fantasía de Giambattista Vico, a las que nosotros añadiríamos el imaginario radical y constituyente de C. Castoriadis. Ante la racionalidad formal se elevan la imaginación, la emocionalidad y la voluntad<sup>175</sup>.

No obstante esta crítica del racionalismo derivado de la Ilustración, existen otros componentes del imaginario social derivado de este periodo histórico-social que pueden servir como modelo de nuevos imaginarios sociales y políticos, como el concepto de

---

<sup>172</sup> *Ibid.*, p.178.

<sup>173</sup> J. Bosco Díaz-Urmeneta, «Los límites de la Ilustración: una aproximación al concepto de experiencia en Isaiah Berlin». En *Isaiah Berlin. La mirada despierta de la historia*, Eds. Pablo Badillo O'Farrell y Enrique Bocardó Crespo, Madrid : Tecnos, 1999, p.257.

<sup>174</sup> *Ibid.*, p.258.

<sup>175</sup> *Ibid.*, p.278.

*progreso* que Stephen Bronner identifica, en su versión positiva, como «una tendencia antropológica que exige el sacrificio de la subjetividad y el deseo, el dominio de la naturaleza interior y exterior»<sup>176</sup>. Este concepto se inspiraba en el fomento del bien público y la autonomía individual que exigía la crítica constante de todo, y se dirige hacia la emancipación del individuo. Por tanto, el progreso ilustrado significa un impulso de la actitud crítica, de la reflexión y la deliberación. Este componente se plasmó en el liberalismo como expresión filosófica que se identifica con la utilización crítica de la razón, la expansión de la libertad y la mejora de las condiciones de la sociedad<sup>177</sup>. Se establece, de esta forma, una meridiana distinción entre una esfera privada y otra pública en la que la política hace confluir los intereses individuales hacia el consenso, pero siempre en un contexto en el que se cuestiona de forma indefectible el orden político y religioso existente, y que fomenta la solidaridad.

En definitiva, el imaginario moderno asociado a la Ilustración contiene una significación de razón alejado, en esta interpretación, del racionalismo científico que ha devenido en significación central del imaginario de nuestra sociedad. Esta significación se asociaba, por el contrario, con la nueva significación de individuo, inexistente en el imaginario precedente, y con la de autonomía, germen ya existente en el imaginario político clásico. Además, los autores ilustrados eran conscientes de que el impulso de dicha autonomía exigía unos recursos materiales mínimos, escapando de una concepción meramente formal y orientándose hacia una concepción verdaderamente práctica. Esta concepción práctica sustenta la recuperación del concepto de igualdad, de la igual capacidad de todos los individuos a la reflexión y la deliberación y, por tanto, la participación en la esfera pública. En opinión de Hannah Arendt, Karl Marx es el pensador capaz de conectar la tradición política clásica con la modernidad, haciendo realidad la pretensión platónica de someter «la acción política a los rigurosos principios del pensamiento filosófico»<sup>178</sup>. Esta continuidad se tradujo en la extensión de la categoría de igualdad política a las clases trabajadoras, en un intento de lograr su emancipación. El enraizamiento de K. Marx en la tradición política se nos revela en su

---

<sup>176</sup> S. Bronner, *op. cit.*, p.44.

<sup>177</sup> *Ibid.*, p.65.

<sup>178</sup> H. Arendt, *Karl Marx y la tradición del pensamiento político occidental*, Madrid: Encuentro, 2007, p.14.

comprensión de que la esfera de la política comenzaba allí donde el ámbito privado se terminaba, y que esta transición solo era posible si las necesidades individuales eran soslayadas por un mundo común capaz de conectar a los seres humanos, liberándoles de su actividad diaria de la labor. La emancipación de la clase obrera, la extensión del concepto de igualdad, constituye la recuperación por parte de la modernidad de la categoría fundamental de la política clásica y, de esta forma, la extensión de la visión aristotélica de la política como un medio para un fin y carente, por sí misma, de ningún fin<sup>179</sup>. Esta es la principal conclusión que, en opinión de H. Arendt, K. Marx obtiene de la filosofía hegeliana, que la política es la única actividad inherentemente filosófica<sup>180</sup>.

El concepto de progreso que contenía el imaginario moderno, sin embargo, no se hace realidad, y la autonomía individual y colectiva queda lejos del alcance de la sociedad. La reflexión y la deliberación, germen del imaginario clásico, quedan atezadas por la burocracia social, y limitadas por el dominio de la razón instrumental. El individuo moderno, al no aceptar la existencia de ningún ser superior, de ningún más allá del propio círculo conformado por sus semejantes, se ve acechado por una doble amenaza: 1) el individualismo; y 2) el materialismo. En otras palabras, al mismo tiempo que el *yo* se convierte en el elemento central del individuo moderno, éste pierde el interés por la comunidad, por valores que trasciendan su propia individualidad.

En este contexto se sitúa la interpretación de T. Todorov de la aceptación inconsciente por parte del individuo ilustrado de un pacto con el diablo que le impone las contraprestaciones de su recuperación del privilegio, el de la autonomía individual, en la creencia de que será producto, exclusivamente, de sus esfuerzos. Este metafórico pacto implica que el fundamento de la Ilustración reflejado en las revoluciones americana y francesa, por el que la instancia superior que rige las relaciones humana es la propia voluntad humana, la voluntad de los individuos, conlleva como contrapartida para el individuo moderno una triple separación: 1) de Dios; 2) del prójimo; y 3) de uno mismo<sup>181</sup>. El conocimiento de las consecuencias que la autonomía ilustrada conlleva, prosigue nuestro autor, genera la división de la modernidad en cuatro familias a lo largo

---

<sup>179</sup> *Ibid.*, p.61.

<sup>180</sup> *Ibid.*, p.66.

<sup>181</sup> T. Todorov, *El jardín imperfecto. Luces y sombras del pensamiento humanista*, Barcelona: Paidós, 2008, pp.15-16.

de la segunda mitad del siglo XVIII: 1) la de los conservadores; 2) la de los científicos; 3) la de los individualistas; y 4) la de los humanistas<sup>182</sup>.

Los conservadores dan la razón al diablo al confirmar que el acceso a la libertad individual sacrifica a Dios, a la sociedad y al *yo*, por lo que es preferible renunciar a dicha libertad y recuperar los valores antiguos para aplicarlos en el mundo moderno. La familia conservadora, al renunciar a la libertad individual, privilegia lo social, la construcción de una comunidad a la que el individuo debe obediencia, y cuyos valores absolutos tienen su fundamento en Dios o en el orden natural<sup>183</sup>. En última instancia, la posición conservadora sacrifica la autonomía individual, la libertad del individuo, a la obediencia a la comunidad.

Los científicos aceptan el advenimiento de la modernidad, pero rechazan frontalmente las amenazas del diablo argumentando que no son en absoluto creíbles, y se encomiendan a la ciencia para penetrar en los secretos de la naturaleza y la historia. La ciencia y su derivada, la técnica, nos permiten acceder a las leyes del mundo y, de esta forma, transformarlo. La autonomía derivada de esta postura es, sin embargo, muy limitada, puesto que las leyes biológicas e históricas imponen un férreo determinismo que dan forma a los valores de esta postura vital. Por tanto, la visión científicista es determinista y se basará en tres grandes formas de causalidad de base científica: 1) una causalidad social o histórica, que considera a los individuos como producto derivado de las condiciones sociales o las circunstancias históricas; 2) una causalidad biológica, por la que el individuo es determinado genéticamente; y 3) una causalidad psíquica<sup>184</sup>. La derivada lógica de esta visión es muy similar a la de los conservadores, puesto que la autonomía individual, la libertad del individuo, queda subyugada por una instancia externa fuera del alcance de la voluntad humana, cual si resultara una vana ilusión. El autor francés de origen búlgaro observa que una variante de este científicismo fue la que condujo a los totalitarismos de la primera mitad del siglo XX que conjugan, paradójicamente, el efecto de un voluntarismo individual ilimitado orientado por un

---

<sup>182</sup> Para una análisis esquemático de las familias modernas véase T. Todorov, *El jardín imperfecto. Luces y sombras del pensamiento humanista*, Barcelona: Paidós, 2008, pp.13-20.

<sup>183</sup> T. Todorov, *El jardín imperfecto. Luces y sombras del pensamiento humanista*, Barcelona: Paidós, 2008, p.28.

<sup>184</sup> *Ibid.*, p.37.

determinismo sistemático<sup>185</sup>. Sin embargo, no hay que olvidar que en las democracias de la segunda mitad del mismo siglo la visión científicista ha proseguido su dominio al vaciar de contenido la política y situar los fines sociales como derivada del desarrollo científico, por lo que los expertos se convierten en las únicas personas capaces de iluminar dichos fines y el acceso a los mismos.

Los individualistas, que también aceptan la modernidad, no sufren por la pérdida de Dios, la sociedad y el *yo*, puesto que lo consideran una liberación suplementaria a la adquisición de la propia autonomía, de la constatación de la autosuficiencia humana. La pérdida de los valores comunes, los lazos sociales y la propia definición de un *yo* coherente no son asumidos como una contraprestación al acceso a la libertad individual, sino que son efectos deseados, puesto que se consideran meras ficciones inexistentes en la realidad. En esta visión prima el relativismo de los valores, cuya determinación es puramente individual y debe verse libre de cualquier coacción social, de cualquier traba a la propia realización del individuo. En última instancia, el individualista impulsa un utilitarismo radical que únicamente tenga en cuenta el goce individual en la determinación de cualquier elemento común.

Los humanistas, que al igual que los científicistas y los individualistas aceptan la modernidad, puesto que valoran ante todo la autonomía individual, no están, sin embargo, dispuestos a renunciar a los valores compartidos, a la vida en sociedad, ni tampoco al individuo responsable y creador de valores. En otras palabras, pretenden la autonomía individual pero sin contraprestaciones a su consecución, porque el ser humano es el punto de partida y el punto de llegada de sus propias acciones, aunque no sea un ser humano perfecto y sean conscientes de sus imperfecciones. En este sentido, T. Todorov expresa estos tres objetivos que caracterizan a la familia humanista con la fórmula: autonomía del *yo*, finalidad del *tú* y universalidad de los *ellos*<sup>186</sup>. Desde el punto de vista de la institución política que mejor representa este objetivo, nuestro autor observa que el régimen político más adecuado es el de la democracia liberal que se ha ido constituyendo en los últimos dos siglos, puesto que adopta la idea de autonomía colectiva, autonomía individual y universalidad, es decir, soberanía del pueblo, libertad

---

<sup>185</sup> *Ibid.*, p.39.

<sup>186</sup> *Ibid.*, p.46.

del individuo, e igualdad de derechos para todos los ciudadanos. No obstante, la distancia existente entre las democracias reales y el ideal humanista resulta ser, no cabe duda, importante. Y, consecuentemente, observamos que lo que realmente predomina es una amalgama del resto de familias modernas que permiten conjugar, en un mismo régimen político tendencias a la determinación externa del individuo y, por tanto, erosiones de la autonomía individual, negación de la autonomía colectiva en aras a entidades superiores, y una importante carencia de igualdad entre los individuos como consecuencia de leyes naturales caracterizadas por factores económicos, históricos o biológicos.

Por todo ello, no podemos sino intentar recuperar este espíritu humanista que florecía paralelamente al movimiento ilustrado y que situaba la autonomía individual como elemento clave para colocar al *tú* como fin en sí mismo, e impulsar la universalidad de estos fines. El humanismo defiende un pluralismo de factores que interaccionan para configurar al ser humano y, derivadamente, a la sociedad, frente al monismo característico del resto de familias. Frente a la esencialidad conservadora, el humanismo considera que el ser humano es potencialidad, es decir, está abierto a configurarse autónomamente; frente al determinismo de los científicos, el humanismo defiende la autonomía de los valores por su independencia de los hechos; y frente al atomismo de los individualistas, el humanismo defiende la capacidad del individuo para configurar la identidad de la sociedad y su correspondiente intersubjetividad. Pero estas características no implican la aceptación de la omnipotencia del ser humano, sino solamente su independencia de cualquier ley externa, sea ésta Dios, la naturaleza, o la ciencia. En este sentido, T. Todorov recuerda que ya el primer impulsor del humanismo, Montaigne, consideraba que la naturaleza humana era imperfecta<sup>187</sup>, aunque confiaba en la capacidad de la educación para ayudar al individuo a alcanzar una mayor autonomía.

En definitiva, la apuesta por el humanismo, por el espíritu ilustrado, es la confirmación de que la sociedad moderna ha transitado desde una organización y jerarquía determinada por una ley externa a la propia sociedad, a una situación en la que se impone el principio de igualdad ya característico de la Grecia clásica. Esta transición supone el fortalecimiento de la esfera política como espacio de reflexión y debate sobre

---

<sup>187</sup> *Ibid.*, p.55.

los fines sociales, soslayando el dominio de los medios y la instrumentalidad. El impulso de la política se traduciría en un progresivo debilitamiento de la burocracia de los modernos sistemas políticos que se apoya en la tecnocracia económica. La economía ha determinado de una forma heterónoma los fines de la sociedad orientándolos hacia el consumo y fomentando la pérdida de la igualdad de los ciudadanos, al promover su pasividad en la esfera política. La recuperación del espíritu ilustrado significa la apertura hacia una vía que permita combatir esta burocracia y reaccionar ante los proyectos conservadores o totalitarios.

### 3.4. LA AUTONOMÍA SOCIAL

El concepto de autonomía social lo interpretaremos como aquel en el que confluyen las tres características principales del movimiento humanista derivado de la Ilustración: la autonomía del individuo, la finalidad del otro, y la universalidad de los ellos. La libertad o autonomía individual constituirá, por tanto, la base sobre la que el individuo es capaz de conceptualizar la sociedad como espacio que surge de la propia intersubjetividad, y en el que pretenderá proyectar una serie de valores que la regirán. Esta proyección social de la autonomía individual surge como reacción a la amenaza del atomismo de los individualistas, a la visión de que una autonomía exacerbada impone la disolución de los lazos sociales, la pérdida de un concepto de comunidad que nos impulsará hacia la soledad individual basada en una supuesta autosuficiencia individual.

La visión humanista se rebela contra la aceptación de un pretendido estado natural del ser humano en el que éste se encuentre en soledad y fuera de una sociedad, como base para la posterior construcción de la misma. La oposición entre un estado de naturaleza original y un estado de sociedad posterior no se puede constituir sin un instrumento de análisis totalmente alejado de una supuesta realidad histórica<sup>188</sup>. Por todo ello, la propia condición humana se deriva de la intersubjetividad, momento en el que surge la moral, es decir, la distinción entre el bien y el mal que presupone la propia

---

<sup>188</sup> En este sentido se pronuncia T. Todorov al hacer referencia a la visión de J.J. Rousseau como partidario de esta oposición, y afirma que «la noción de estado de naturaleza no es más que una construcción del espíritu, una ficción destinada a facilitarnos la comprensión de los hechos reales, y no un hecho comparable a los demás», véase T. Todorov, *El jardín imperfecto. Luces y sombras del pensamiento humanista*, Barcelona: Paidós, 2008, pp.107-108.



libertad individual<sup>189</sup>: autonomía, moral y sociedad son términos inseparables. La autonomía, por tanto, no implica autosuficiencia del individuo, sino que conlleva la aceptación de su insuficiencia y, por tanto, la necesidad de abrirse a los demás en busca de su complementariedad. La sociabilidad del ser humano se sustenta en su propia imperfección, que conduce a la necesidad de los demás, es decir, que la sociabilidad no soslaya la autonomía individual, sino que ésta es la base de la autonomía social, es su elemento constitutivo.

La autonomía social, por tanto, al quedar ligada a la libertad individual y a la moral, se orienta hacia la determinación de unos valores comunes que constituyan la sociedad, pero soslayando el yugo de cualquier ley externa a la propia sociedad. Y en este surgimiento de la ética común es fundamental la integración de las visiones opuestas, la adopción de una pluralidad desde una posición de igualdad, y el progresivo acercamiento de lo real hacia una idealidad. El individualismo, por tanto, es el punto de partida hacia el socialismo, hacia la construcción de una comunidad asumiendo la capacidad del individuo de distinguir entre el bien y el mal de forma autónoma, sin la necesidad de ningún elemento trascendente<sup>190</sup>. Sin embargo, se debe resaltar la amenaza que esta autonomía social impone también sobre la propia autonomía individual, como ya alertaba B. Constant, es decir, que el desarrollo de la propia autonomía social no suponga un obstáculo para el continuo desarrollo de la autonomía individual sobre la que se sustenta y, por tanto, a medio plazo, suponga una parálisis de dicha autonomía colectiva. En última instancia, nos enfrentamos a una potencial parálisis de la esfera privada por el efecto de la esfera pública, implicando la pérdida de solidaridad entre las dos formas de autonomía<sup>191</sup>. Por tanto, la autonomía social debe ser interpretada como una esfera de construcción en base a una autonomía individual que, en todo caso, debe ser respetada continuamente para poder seguir alimentando esta esfera colectiva.

---

<sup>189</sup> T. Todorov, *El jardín imperfecto. Luces y sombras del pensamiento humanista*, Barcelona: Paidós, 2008, pp.109-110.

<sup>190</sup> Al analizar la defensa que J.J. Rousseau realiza de la moral, T. Todorov insiste en esta idea al afirmar que «el ideal de la *humanidad* solo es aceptable si no olvidamos que está constituida por todos los hombres tomados de uno en uno», véase T. Todorov, *El jardín imperfecto. Luces y sombras del pensamiento humanista*, Barcelona: Paidós, 2008, p.229.

<sup>191</sup> T. Todorov, *El jardín imperfecto. Luces y sombras del pensamiento humanista*, Barcelona: Paidós, 2008, p.98.

En este sentido, el proyecto de autonomía colectiva es definido por C. Castoriadis como la construcción de una sociedad en la que todos los ciudadanos tengan la posibilidad efectiva de participar en la legislación, el gobierno y la jurisdicción, es decir, en la propia institución de la sociedad. En otras palabras, la autonomía colectiva supone la recuperación del germen fundamental de los dos imaginarios políticos greco-occidentales, la igualdad activa de todos los ciudadanos. Esto implica que la autonomía individual y la autonomía colectiva están ligadas, indisolublemente unidas; y el desarrollo de ambas autonomías supone un proyecto revolucionario<sup>192</sup> y depende, única y exclusivamente de la capacidad creativa de los individuos y, como dirían los humanistas, de su voluntad.

Sin embargo, la situación actual es muy diferente de lo que podríamos denominar autonomía colectiva, puesto que el imaginario capitalista que domina nuestra sociedad y que basa su fundamento en los preceptos de la economía ha impulsado la privatización de la misma, el recogimiento del individuo de la esfera política a la dimensión privada dominada por los axiomas de dicha ciencia económica. La dislocación que se produce en la sociedad moderna entre la autonomía individual y la colectiva, la ruptura en la transición de la una a la otra genera, como observaría nuestro autor, una sociedad a la deriva. El proyecto revolucionario de la autonomía social, por tanto, precisa un cambio radical de las instituciones sociales que permita desarrollar esta igualdad activa. Pero, este proceso de construcción colectiva exige la base de una revolución a nivel individual, es decir, un cambio radical en el nivel individual que sea capaz de impulsar la autonomía individual sobre la que se apoya, y a la que va unida, la social. El individuo, afirma C. Castoriadis, es «casi la sociedad entera, en la medida en que refleja todo este entretejido de significaciones imaginarias»<sup>193</sup>, es decir, es una parte total de la sociedad, una parte que puede reflejar el total y que permite, a la vez, que el conjunto se encuentre en cada individuo. Este cambio en la actitud del individuo consistente en aceptar su autonomía individual se traduce en la apertura del individuo hacia la cosa pública, la aceptación de que la condición humana se alcanza, como

---

<sup>192</sup> En estos términos se pronuncia C. Castoriadis al explicar por qué no considera que el proyecto de autonomía sea una utopía, véase C. Castoriadis, *Una sociedad a la deriva. Entrevistas y debates (1974-1977)*, Buenos Aires: Katz, 2006, p.19.

<sup>193</sup> C. Castoriadis, *Una sociedad a la deriva. Entrevistas y debates (1974-1977)*, Buenos Aires: Katz, 2006, p.79.

observaban los humanistas, en la dimensión social y que, por tanto, es necesario romper con las cadenas que imponen las posiciones conservadora, científicista e individualista, y que impiden el desarrollo de la potencialidad del individuo. En cierto sentido, la radicalidad del cambio individual debe tener en cuenta que el ser humano es una mónada psíquica que se encierra sobre sí misma, aislándose de la realidad. Pero esta mónada, para poder sobrevivir, debe romper su aislamiento y abrirse a la realidad social circundante asegurando su socialización, es decir, su transformación en un individuo social, que se produce al ir incorporando a la mónada psíquica diferentes capas de socialización.

El proceso de construcción de la autonomía social se proyecta en la esfera política, en el espacio público abierto a la participación de todos los ciudadanos en el que se adoptan decisiones que se aplican a todos ellos. Esta esfera política debe diferenciarse, sin embargo, y de forma clara y rotunda, de las otras dos esferas que constituyen la vida social: la esfera privada, constituida por la vida personal de cada individuo; y la esfera público-privada en la que, aunque abierta a todos, el poder político ejercido por la colectividad no debe intervenir<sup>194</sup>, puesto que se constituye por la relación entre los individuos. Estas esferas sociales, derivadas de la Grecia clásica, son asociadas, por C. Castoriadis, con los términos de *oikos* (la casa, la esfera privada), la *ekklesia* (la asamblea del pueblo, la esfera pública) y el *agorá* (el *mercado* y el lugar de encuentro, la esfera público-privada). El dominio institucional del totalitarismo asociado a visiones conservadoras o científicistas genera una completa confusión de las tres esferas que no respeta su separación y no *deja* espacio al desarrollo de las autonomías individual y social. En nuestras actuales sociedades, por su parte, la esfera pública queda subsumida por el desarrollo de la público-privada asociada a la economía y el *mercado*, y el ciudadano se recoge sobre su esfera privada al quedar eliminado el espacio público. La correcta articulación de las tres esferas exige una igualdad política que permita la constitución de la autonomía individual y su articulación en una autonomía social que permita el desarrollo independiente de las tres esferas sociales.

El proyecto de autonomía, por tanto, pese a tener su punto de partida en la autonomía individual, debe ser construido por la sociedad, por la aceptación de los

---

<sup>194</sup> *Ibid.*, p.21.

ciudadanos de la necesidad de esta autonomía individual. Y esta aceptación, teniendo en cuenta el reduccionismo social derivado de la heteronomía imperante, implica una transformación antropológica del individuo, una educación en valores humanistas que impulsen verdaderamente su libertad, que transforme sus actitudes y sus intereses para lograr la finalidad del tú, y la universalidad del ellos. La carencia de esta transformación se proyecta en una creciente apatía política y una galopante privatización que perpetúan el conformismo característico de nuestra época. El imaginario capitalista introduce la idea de progreso, de una perpetua mejora en todos los ámbitos, no solamente en el científico y tecnológico, sino también en el social, que asegura, por sí mismo, un futuro mejor sin necesidad de implicarse en los asuntos públicos, por lo que acentúa la privatización imperante y el vaciamiento de contenido de la esfera política.

#### **4. DEL INDIVIDUO AL COLECTIVO**

La caída del Muro de Berlín en 1989 da lugar, en la última parte del siglo XX, al desmoronamiento de una burocracia totalitaria derivada del imaginario economicista que se traducía en la existencia de un aparato estatal que, con su dinámica propia y aislado de la sociedad, imponía sobre la misma sus criterios y la estructuraba cual ley externa naturalizada, es decir, aceptada sin reparos y fuera de toda crítica. En otras palabras, la burocracia totalitaria reflejaba la existencia de una clase, élite o vanguardia que domina y explota al resto de la sociedad, rompiendo de raíz con la idea esencial del socialismo como vía de supresión de la opresión y la explotación, es decir, como superación de la existencia de un grupo social dominante, y de revolución en el ámbito social al poner en duda las instituciones existentes y las relaciones sociales derivadas. La burocracia, por tanto, se establece de forma paralela al establecimiento de un grupo político dominante que utiliza el imaginario social imperante para someter al resto de la sociedad y bloquear su capacidad crítica. Por tanto, un movimiento que, inicialmente, perseguía la autonomía individual y colectiva, e impulsaba un cambio radical del imaginario social imperante, deviene en la aceptación de dicho imaginario, de sus significaciones principales, y adopta las categorías dominantes para prolongar la heteronomía dominante. En última instancia, el socialismo «debe adoptar como axioma

teórico lo que es la mira práctica del capitalismo suponiéndola íntegramente realizada: la transformación del obrero en puro objeto pasivo»<sup>195</sup>. Esta aceptación refleja de forma clara la paradoja ante la que se encuentra este movimiento hacia la autonomía, mientras que por una parte ésta exigía la participación del individuo de forma activa, como muestra de su autonomía individual, por otra, la aceptación del imaginario imperante, la no ruptura con las significaciones que dominaban la sociedad, imponía la exclusión del individuo de las decisiones que afectaban al colectivo, es decir, una mera participación pasiva. En otras palabras, la autogestión queda encubierta bajo la sabia gestión de la vanguardia social.

El gran atractivo de esta solución residía, no en una pretendida revolución social, sino en que volvía a poner al alcance del individuo una simplificación esquemática de la organización social que se reflejaba en una «visión aparentemente clara, simple y completa del mundo y de lo que hay que hacer o no hacer»<sup>196</sup>, es decir, encarnaba, nuevamente, un cómodo monismo ideológico. El proyecto socialista, entendido como creación de una nueva estructura de la colectividad, como resultado histórico de la autonomía individual y apertura a la creación social, no puede resultar como consecuencia lógica y necesaria de la historia, como corolario científico de la evolución histórico-social. En otras palabras, el monismo ideológico que se traduce en la burocracia totalitaria no es el resultado de un socialismo, puesto que éste, como impulsor de la autonomía, debe abrirse al pluralismo, al libre concurrir de las diferentes visiones sociales, a la participación de normas y valores sociales no determinados por la consecuencia lógica de ninguna ley externa. Por tanto, el socialismo había caído dentro de la racionalista ideología capitalista, orientada hacia la científicidad como elemento central del imaginario social.

Esta desaparición de la burocracia totalitaria, sin embargo, deja el camino expedito para la imposición global de otra burocracia, en este caso de carácter fragmentado, que también deriva, en última instancia, del imaginario economicista imperante. En este caso, el poder del grupo social dominante no se extiende, solamente, desde el aparato del estado a toda la sociedad, sino que lo hace en fragmentos de la

---

<sup>195</sup> *Ibid.*, p.157.

<sup>196</sup> *Ibid.*, p.160.

misma y desde ciertas cúpulas económicas. Y decimos solamente porque la burocratización fragmentaria de nuestras sociedades también se apoya en la extensión de las funciones del estado en la sociedad, y va más allá de la simple regulación de la economía<sup>197</sup>.

Ante la heteronomía dominante, bien en su versión totalitaria, o bien en su versión fragmentaria, solamente se puede contraponer la autonomía. Y esta autonomía solamente puede implicar la supresión de los grupos dominantes y las instituciones sociales que les dan cobertura. La desaparición de los grupos dominantes pondría en primer plano de nuevo a la sociedad en su conjunto y su capacidad de auto-organización. A lo largo de la historia ha habido diferentes movimientos que encaminan la sociedad hacia su auto-institución, pero solamente dos de ellos son capaces de constituir un imaginario político-social. En ambos casos se rompió definitivamente, no solamente con la tradición heredada, sino también con la tendencia a aceptar acríticamente cualquier influjo externo. Y esta ruptura dependía exclusivamente de la voluntad de los individuos, de la aceptación de su responsabilidad, y de asumir el desengaño que puede suponer pensar que la Historia, las Leyes, el Gobierno, el Partido, el Sindicato o la Patria, trabajan para ellos y para la sociedad.

#### **4.1. LA PERSPECTIVA ANTROPOLÓGICA DEL SER HUMANO**

En nuestra reflexión sobre el proceso de construcción social de la realidad partíamos de una visión de la esfera humana conformada por dos niveles relacionados: un primer nivel cerrado, de estructuras prefijadas y determinado por el capital biológico, nuestra dimensión animal; y un segundo nivel abierto y en creación, indeterminado, nuestra dimensión humana o social. El primer nivel determina la apertura del ser humano al mundo y fija los límites exteriores a la actividad humana, mientras que el segundo nivel, el social, posibilita la intersubjetividad y configura a la persona mediante su auto-construcción. En otras palabras, si la dimensión biológica permite al ser humano su interacción con otros seres humanos, la dimensión social contextualiza la formación del individuo en el sentido de permitir su proceso de auto-creación, que no puede ser ni

---

<sup>197</sup> *Ibid.*, p.153.

aislada ni solitaria, sino que debe resultar de un proceso colectivo. En un primer momento, por lo tanto, se produce un proceso de externalización del sujeto por el que éste se abre al mundo a través de su determinación biológica. En un segundo momento se produce una etapa de objetivación del resultado de esta apertura y se fija un orden social que, a su vez, influye sobre la externalización y da lugar a un tercer momento, el de la internalización de esta experiencia.

En este proceso de construcción social se condensa nuestra perspectiva antropológica del ser humano en su necesidad de abrirse al mundo para soslayar la determinación biológica y emprender la construcción de un orden social que será internalizado y permitirá la auto-construcción progresiva e ininterrumpida del individuo. En este sentido, no cabe duda de que, como afirmaba K. Marx, la conciencia resulta ser un producto social y las circunstancias influyen en los individuos de igual forma que éstos inciden en aquellas. Sin embargo, como puntualiza Victoria Camps de forma muy oportuna, «la conciencia tal vez sea una construcción social, pero tiene una entidad personal intransferible, capaz de distanciarse de lo social para criticarlo y valorarlo»<sup>198</sup>. En este sentido, aunque la dimensión colectiva y social es fundamental en el desarrollo del ser humano, no puede soslayarse la importancia del individualismo, el valor del individuo ante el colectivo. El desarrollo del concepto de igualdad como base de la modernidad y enlace con el germen de la esfera política de la Grecia clásica se proyecta a nivel civil en los regímenes democráticos potenciando el concepto de individualismo. No obstante, V. Camps destaca el sentido paradójico del mismo, puesto que, al mismo tiempo que es una consecuencia lógica de la extensión de la igualdad civil y política en nuestras sociedades democráticas, puede resultar, también, un obstáculo importante en su desarrollo<sup>199</sup>. La paradoja se fundamenta en que el elemento que amenaza la posibilidad de surgimiento de un interés común en un colectivo es, al mismo tiempo, un importante progreso para la humanidad.

Nos encontramos, por tanto, ante una visión antropológica del ser humano que debe combinar sus dos tendencias, debe complementar la esfera individual del ser humano con su esfera social, la auto-afirmación y auto-construcción individual, con su

---

<sup>198</sup> V. Camps, *Paradojas del individualismo*, Barcelona: Crítica, 1999, p.13.

<sup>199</sup> *Ibid.*, p.9.

apertura al colectivo, su compromiso social y su aportación al proyecto común que, paralelamente, contextualizará la esfera individual. La recuperación del germen deliberativo y reflexivo del primer imaginario político exige la participación del individuo desde su propia esfera, con su capacidad crítica y su conciencia personal, pero asumiendo su responsabilidad social en la construcción social y el desarrollo de la esfera política. En otras palabras, la recuperación de la esfera política supone la combinación de la autonomía individual con la social. En este sentido, V. Camps afirma que la autonomía es la base de la ética, de la capacidad del individuo para generar, libremente, sus normas de conducta. Y desde esta ética individual el sujeto puede adentrarse en la esfera política con el objetivo de aportar su propia visión de la sociedad. Una visión que impulsará un imaginario social a partir de principios universales y alejándose de cualquier tipo de relativismo.

El proyecto de autonomía individual requiere un ser humano responsable y lúcido, es decir, un individuo que, sintiéndose responsable de sus actos, reflexiona sobre lo que hace y actúa en consecuencia<sup>200</sup>. Este sería el modelo antropológico, en opinión de C. Castoriadis, capaz de iniciar una transición de la sociedad desde la heteronomía hacia la autonomía, por lo que la cuestión principal se centra en saber si es posible este tipo antropológico, si el individuo es capaz de realizar primeramente su transición hacia la autonomía individual para, posteriormente, poder guiar el proceso social. La sociedad autónoma, consecuentemente, sería, por reflejo, una colectividad lúcida y reflexiva, en permanente deliberación sobre sus propias instituciones, pero libre respecto de ellas y, por tanto, capaz de transformarlas y crear nuevas instituciones.

La autonomía individual, la libertad de los hombres modernos, consiste en su elección a partir de sí mismos de sus sentimientos, razonamiento y querer<sup>201</sup>. Desde el punto de vista del humanismo ilustrado, esta libertad se proyecta, fundamentalmente, y al igual que en la Grecia clásica, sobre la esfera política y su actividad en la misma, es decir, no se limita a la pasividad de la igualdad de derechos para actuar, sino que reclama la igualdad activa para participar en las decisiones comunes. Por tanto, la

---

<sup>200</sup> C. Castoriadis, *Una sociedad a la deriva. Entrevistas y debates (1974-1977)*, Buenos Aires: Katz, 2006, pp.306-307.

<sup>201</sup> T. Todorov, *El jardín imperfecto. Luces y sombras del pensamiento humanista*, Barcelona: Paidós, 2008, p.67.



modernidad recupera el elemento fundante de la esfera política del primer imaginario a través del concepto de libertad o autonomía individual. Esta autonomía se despliega en Montaigne a través de la elección de la comunidad de vida por encima de la imposición de la costumbre<sup>202</sup>, es decir, un modo de gestionar la propia vida individual a través de la superación del yugo de la tradición. Esta transición hacia la autonomía, sin embargo, no supone una visión idílica sobre las capacidades del ser humano, que deben ser adecuadamente desarrolladas a través de la educación.

Por otra parte, la autonomía individual no obliga al ser humano a aislarse sobre sí mismo, sino que, como ya hemos comentado, supone un elemento fundamental en la construcción social. En otras palabras, el individuo se construye también en su interacción social, por medio de la intersubjetividad de la comunidad. Estos múltiples contactos con otros individuos, y las diferentes posiciones que ocupa respecto a los demás, implican la diversidad del propio individuo<sup>203</sup>. El ser humano, desde la perspectiva humanista es potencialidad y no esencialidad, por lo que su naturaleza no puede ser dada de una vez por todas, sino que resulta moldeada en el espacio creado por la intersubjetividad. La autonomía individual, por tanto, se encuentra detrás de la configuración del individuo dentro de la sociedad, pero no de una forma aislada e independiente, sino que asume su posición dentro de un marco cultural e histórico determinado. De este proceso de conformación se deriva la unicidad e irrepetibilidad de cada ser humano, un ser único que, sin embargo, constituye el punto de partida para el conocimiento del resto de individuos. La autonomía individual queda, por lo tanto, limitada al contexto socio-histórico en el que nos desarrollamos, al marco social en el que vivimos. Este marco es el que propicia el desarrollo de una individualidad posicional<sup>204</sup> asociada a la potencialidad antropológica del ser humano, y que no puede ser alcanzada por el concepto de esencialidad. A partir de este concepto se desarrolla la idea de universalidad del ser humano, a partir de la unicidad del individuo y el desarrollo de su propia autonomía dentro del marco histórico-social en el que vive.

El individuo autónomo o libre no puede serlo, sin embargo, respecto a su contexto histórico-social, al marco cultural en el que se desarrolla, es decir, no puede ser

---

<sup>202</sup> *Ibid.*, p.68.

<sup>203</sup> *Ibid.*, p.172.

<sup>204</sup> *Ibid.*, p.193.

concebido como un individuo libre en sentido metafísico<sup>205</sup>. Su conformación está abierta a la dialéctica que se establece entre la individualidad y la socialidad, la constante influencia mutua de ambas esferas que se retroalimentan en su construcción. No obstante, nuestro individuo autónomo es aquel que es capaz de mantener cierta distancia respecto de su marco histórico-social, que desarrolla la capacidad de someter dicho marco a crítica y, por tanto, que delibera sobre el desarrollo de la sociedad y lo que ésta le aporta a nivel individual. Y, en este sentido, la autonomía es una carga perpetua, es decir, una actividad que debe estar en constante desarrollo para no devenir en su contrario, en la heteronomía.

En ambos casos, el individual y el colectivo, el proyecto de autonomía se debe desarrollar en la esfera política, pues éste es su objetivo. Y el elemento tractor de este proyecto será la voluntad del individuo, considerada por C. Castoriadis como un deseo sublimado<sup>206</sup>, es decir, un deseo tamizado por la reflexión y la deliberación. Estos deseos surgen de la imaginación radical del individuo, de su capacidad creativa orientada a generar nuevas significaciones que, posteriormente, una vez tamizadas por la reflexión, pueden constituir un nuevo imaginario social. La construcción de este imaginario no está carente de conflicto, puesto que en él deben de confluir significaciones muy diversas dadas las diferentes voluntades individuales. La pluralidad, por tanto, no es tanto una característica individual, como colectiva, puesto que el individuo no posee una voluntad plural sino que participa de forma abierta en una colectividad en la que sí contienen voluntades diversas, dando lugar a una pluralidad de valores. La apertura del individuo permitiría ser permeable a esta pluralidad de valores, asumirla como parte de su contexto histórico-social y pronunciarse sobre la misma una vez deliberada cuál debe ser el posicionamiento adecuado.

Consecuentemente, desde un punto de vista humanista, el ser humano posee un rasgo distintivo, la conciencia, que le permite separar el bien y el mal. Pero esta característica humana también es individual, es decir, consiste en una posesión individual que no existe más que a nivel particular y no puede trasladarse a conjuntos

---

<sup>205</sup> C. Castoriadis, *Una sociedad a la deriva. Entrevistas y debates (1974-1977)*, Buenos Aires: Katz, 2006, pp.307-308.

<sup>206</sup> *Ibid.*, p.309.

abstractos de personas<sup>207</sup>. El individuo es, por tanto, la única vía de acceso hacia la conciencia. En resumen, la antropología humanista destaca los tres rasgos fundamentales del ser humano: 1) la pertenencia de todos los seres humanos, y ellos solamente, a una misma especie biológica; 2) su dependencia mutua; y 3) la indeterminación de la historia colectiva y la capacidad del ser humano para elegir su desarrollo<sup>208</sup>.

#### 4.2. MÁS ALLÁ DEL BIEN ÚNICO

La autonomía individual parte de la base de la inexistencia de una ciencia que determine lo que es bueno para uno mismo, es decir, la no aceptación de una ley externa que determine lo que debemos hacer y, por extensión, lo que es bueno para la humanidad. La autonomía colectiva, por tanto, se basa en el rechazo a esta tiranía y la defensa de una organización democrática de la sociedad en la que lo que prime sea la *doxa*, es decir, el intercambio de opiniones bien consideradas<sup>209</sup> sobre asuntos cualitativos en los que no cabe una argumentación de orden técnico. Con este fundamento, por tanto, no podemos sino rechazar la posibilidad de la existencia de un bien único cuyo conocimiento sea accesible mediante algún medio privilegiado, y defender la validez de una estructura social caracterizada por la pluralidad de los individuos y la consiguiente pluralidad de bienes o valores. La existencia de esta pluralidad, por tanto, obliga al conjunto de la sociedad a participar activamente en su propia configuración con el objetivo de influir en la misma.

En nuestra sociedad actual asumimos, como herencia ilustrada, que el método científico es la única vía posible para generar conocimiento y que, consecuentemente, ésta es la herramienta fundamental para alcanzar una solución a cualquier tipo de problema social, especialmente en su versión aplicada a la economía. La tesis que fundamenta esta visión de la economía como herramienta universal para alcanzar soluciones, es aquella que asume que «todas las cuestiones verdaderas deben de tener

---

<sup>207</sup> T. Todorov, *El jardín imperfecto. Luces y sombras del pensamiento humanista*, Barcelona: Paidós, 2008, p.237.

<sup>208</sup> *Ibid.*, p.277.

<sup>209</sup> C. Castoriadis, *Una sociedad a la deriva. Entrevistas y debates (1974-1977)*, Buenos Aires: Katz, 2006, pp.177-178.

una genuina y única respuesta y que las demás son falsas, porque de otra manera las cuestiones dejarían de ser auténticas cuestiones»<sup>210</sup>. En otras palabras, en la actualidad asumimos un monismo ideológico que nos asegura que las leyes que gobiernan el desarrollo histórico ya han sido descubiertas y que, por tanto, las cuestiones de índole social, sobre la vida, la moral, la organización política y social, son susceptibles de recibir una respuesta única, clara y verdadera.

El monismo ideológico se opone, consecuentemente, a la visión de la historia como espacio de creación humana, en la que cada sociedad ha sido capaz de aportar soluciones diferentes, visiones contrapuestas y valores en conflicto. La existencia de una naturaleza humana común se ha confundido, a menudo, con la necesidad o el determinismo de la existencia de una visión también común a lo largo de la historia, y esta confusión ha sido impulsada desde la posición ilustrada hasta la actualidad. Únicamente el Romanticismo, recuperando la influencia de Giambattista Vico, fue capaz de percatarse de la inexistencia de verdades universales. Observa I. Berlin que J.G. Hamman en un inicio, y J.G. Herder como su continuación, fueron los autores románticos que pusieron en cuarentena esta creencia en las verdades incuestionables y válidas universal y eternamente<sup>211</sup>. La idea de una verdad universal fue atacada desde la constatación de la existencia de diferentes culturas poseedoras, cada una de ellas, de visiones diferentes, y en algunos aspectos contrapuestas, de la realidad externa. La inexistencia de un punto de referencia absoluto desde el que evaluar dicha realidad abría la puerta al reconocimiento de la validez de las diversas culturas, y al consiguiente desarrollo del nacionalismo cultural. Esta apertura a la diversidad, sin embargo, no se apoyaba en ningún relativismo ético, puesto que el movimiento romántico seguía defendiendo la existencia de unos valores más deseables y unas pautas de comportamiento preferibles.

La consecuencia principal de esta ruptura con el monismo dominante es la constatación de que los valores ya no eran transcendentales y revelados por algún elemento externo a la sociedad, sino que formaban parte del conjunto de creaciones de las que la propia sociedad era responsable, es decir, no se producía un descubrimiento

---

<sup>210</sup> I. Berlin, "Tres originales y una réplica". En *Isaiah Berlin. La mirada despierta de la historia*, Eds. Pablo Badillo O'Farrell y Enrique Bocardo Crespo, Madrid : Tecnos, 1999, p.60.

<sup>211</sup> *Ibid.*, p.63.

de los valores, sino que estos se hacían. Y en la tarea creadora el romanticismo impulsó la idea de singularidad asociada al individuo, es decir, la capacidad del individuo de trascender a la homogeneización social y aportar su originalidad a la colectividad. La negación de unos valores universales y del monismo ideológico asociado abre la sociedad una nueva situación, la del pluralismo de valores y su confrontación. La humanidad, afirmaba I. Berlin en cierto paralelismo con C. Castoriadis, «no es un objeto sino un sujeto un espíritu que está siempre en movimiento, autocreándose y motivándose a sí mismo»<sup>212</sup>.

El producto histórico-social es, por tanto, el espacio en el que el pluralismo de valores se realiza. Las diferentes ideas se confrontan provocando un continuo movimiento social que no avanza irremediamente hacia un bien único y determinado, en una especie de progreso imparable, sino que zigzaguea en una continua auto-institución social, auto-creación colectiva, en la que cada individuo puede y debe aportar sus propios valores desde su autonomía, es decir, desde su propia reflexión y deliberación sobre la situación histórica y social en la que se desenvuelve. El pluralismo de valores e ideas es paralelo al pluralismo de culturas, al continuo devenir de los imaginarios sociales y su auto-transformación en nuevos imaginarios. Pero este movimiento continuo, esta perpetua generación de nuevas significaciones cuando el imaginario social es capaz de desembarazarse de una significación central que lo clausura e impone una especie de cerco social, no se hace sobre el vacío impuesto por un relativismo que otorga igual validez a cualquier valor o ideal, sino que se desarrolla sobre la base de unos valores que aseguran la condición humana, la realización de la autonomía individual en la autonomía social, en la colectividad en la que, y por la que, el individuo adquiere dicha condición. El pluralismo de valores soslaya la pretensión monista de una armonía de valores y verdades hacia la que la sociedad debe avanzar. Y, de forma paralela, el pluralismo permite que la sociedad se desembarace del cerco social que vanguardias o élites sociales pretenden imponer con la excusa de conocer en exclusiva esta armonía final<sup>213</sup>.

---

<sup>212</sup> *Ibid.*, p.67.

<sup>213</sup> En este sentido, I. Berlin afirma que «en el monismo se encuentra la raíz de todo extremismo», véase I. Berlin, "Tres originales y una réplica". En *Isaiah Berlin. La mirada despierta de la historia*, Eds. Pablo Badillo O'Farrell y Enrique Bocardo Crespo, Madrid : Tecnos, 1999, p.71.

La existencia de este pluralismo de valores implica, por tanto, la imposibilidad de que los valores o fines últimos de los individuos puedan coexistir de forma pacífica y, asimismo, la inexistencia de un criterio racional con el que enfrentarse a este conflicto<sup>214</sup>. No hay, consecuentemente, una jerarquía de valores que pueda ser asumida como fundamento de la construcción social a nivel universal. La autonomía individual del imaginario moderno se enfrenta a la paradoja del propio desarrollo ilustrado, puesto que la pretensión de una armonía final de valores implicaría la inexistencia de dicha autonomía individual. El equilibrio entre los diferentes valores exige la participación de todos los individuos en condiciones de igualdad, es decir, el surgimiento de una esfera política a la que poder acceder en dichas condiciones para poder defender las propias visiones sociales. Este es el punto de partida de la política en un imaginario social que pretenda acceder a la autonomía, la asunción de que vivimos «en un mundo desencantado y desmagificado, en el que no es posible encontrar una orientación o guía objetiva fiable, en el que los individuos tendrán que sacarlo todo de sí mismos»<sup>215</sup>. Y, en este contexto, J. Abellán observa, acertadamente, que la ciencia, y en nuestro caso la ciencia económica, no puede auto-constituirse como fundamento de la jerarquía social de valores, no puede disolver el conflicto bajo la premisa de una verdad universal, accesible mediante dicha ciencia.

La esfera política, por tanto, concentra la elección, la decisión en el marco del conflicto de valores. Esta reflexión y decisión sobre valores inconmensurables no supone, en todo caso, la apertura a la aceptación de un relativismo de ningún tipo, ni a la imposición de un valor central respecto al cual se organice la sociedad. La visión que defendía I. Berlin de la libertad humana en dos esferas diferentes, la negativa y la positiva, no representa, en cierto modo, sino la tensión que se establece entre la autonomía individual y la colectiva. Si bien la esfera negativa o individual es necesaria para establecer de una forma autónoma una serie de valores y una visión propia de la sociedad, la esfera positiva o colectiva es el ámbito en el que estas visiones deben confrontarse para constituir la autonomía social.

---

<sup>214</sup> J. Abellán, Isaiah Berlin y Max Weber: más allá del liberalismo. En *Isaiah Berlin. La mirada despierta de la historia*, Eds. Pablo Badillo O'Farrell y Enrique Bocardó Crespo, Madrid: Tecnos, 1999, p.135.

<sup>215</sup> *Ibid.*, p.139.

El pluralismo de valores defendido por I. Berlin, como ya hemos observado, dista mucho de ser un simple relativismo, sino que es, más bien, el rechazo de la existencia de una potencial jerarquía valorativa. Como afirma Pablo Badillo O'Farrell basándose en un análisis de Steven Lukes, se pueden establecer tres elementos que diferencian el pluralismo y el relativismo: 1) mientras los pluralistas ven la elección de valores determinada por categorías morales fundamentales, los relativistas asume estas perspectivas globales como resultado de fuerzas de las que no somos conscientes; 2) de acuerdo a la visión pluralista, las diferencias culturales son superables, mientras que en una visión relativista, estas diferencias serían insuperables; y 3) los valores que diferencian culturas y grupos son característicamente objetivos en opinión de los pluralistas, mientras que los relativistas consideran estas diferencias como subjetivas<sup>216</sup>.

Y esta es, quizá, la distinción más importante en que I. Berlin se basó para defender su pluralismo de valores respecto de una visión relativista, la existencia de unos valores objetivos que «delimitan el ámbito de lo humano y son los artífices de la comunicación y el entendimiento entre diferentes modos de vida»<sup>217</sup>. En otras palabras, el pluralismo de valores acepta la posibilidad de comprender la visión del mundo que ostentan otros grupos o culturas, aunque no estemos dispuestos a aceptarla y defendamos nuestra visión, elemento que choca frontalmente con un relativismo que defiende la incapacidad de comprensión de la alteridad en los valores<sup>218</sup>. Y este mínimo común es lo que podríamos denominar, según Elena García Guitián, los derechos humanos.

#### 4.3. IGUALDAD Y PLURALIDAD: LA INDIVIDUALIDAD PLURAL

La pluralidad de valores, sin embargo, no destruye la igualdad entre los individuos, puesto que la igualdad no puede ser confundida con la identidad. La

---

<sup>216</sup> P. Badillo O'Farrell, *op. cit.*, p.172.

<sup>217</sup> E. García Guitián, «El pluralismo liberal de I. Berlin». En *Isaiah Berlin. La mirada despierta de la historia*, Eds. Pablo Badillo O'Farrell y Enrique Bocado Crespo, Madrid : Tecnos, 1999, p.297.

<sup>218</sup> En referencia a la distinción entre pluralismo y relativismo en el imaginario moderno, S. Bronner afirmaba que «el primero requería un marco institucional con el que constreñir el poder, mientras que el segundo era tan solo la otra cara del absolutismo: servía a los intereses de los poderosos e incapacitaría a la crítica para dar prioridad a la libertad frente a la intolerancia», véase S. Bronner, *Reivindicación de la Ilustración*, Pamplona: Laetoli, 2007, p.104.

igualdad positiva y activa, más allá de la legal o pasiva, significa que todos los individuos tengan las mismas posibilidades efectivas de participar en el poder, lo que, obviamente, no puede confundirse con que todos los individuos tengan que ser idénticos. El desarrollo de la esfera política en base a una organización democrática implica la participación de todos los ciudadanos en el intercambio de opiniones, pero esta interacción no se puede utilizar para reducir todas las opiniones a la igualdad. En este sentido afirmamos la posibilidad de combinar la igualdad y la pluralidad y que, por tanto, la característica de un tercer imaginario político superador de la heteronomía economicista sea la individualidad plural, la constatación de que, la igualdad activa de todos los individuos, no solamente respeta, sino que también potencia su diversidad y la pluralidad efectiva de los valores que contienen en la colectividad.

El resultado obvio de esta afirmación, de la existencia de una individualidad plural, es el conflicto de opiniones<sup>219</sup>, la aceptación de que toda democracia verdaderamente efectiva en su desarrollo debe asumir la inconmensurabilidad de diferentes valores y el conflicto que se pueda establecer entre ellos como parte fundamental de su desarrollo. Las instituciones sociales, por tanto, serán un reflejo de lo que los individuos construyan y, en este caso, la existencia efectiva de diversos valores en contradicción se proyectará en una situación conflictiva a nivel social. El reto del tercer imaginario, por tanto, es retomar el germen del primer imaginario y, en el contexto actual, ser capaz de generar un espacio para la política, una esfera de emancipación social en la que los ciudadanos puedan participar en pie de igualdad, pero desde su singularidad, en otras palabras, desde la autonomía individual, hacia la autonomía colectiva. Un reto que se proyecta hacia el ámbito cultural, puesto que para abordarlo es necesaria la introducción de nuevas significaciones imaginarias en la sociedad que generen una nueva cultura que pueda reflejarse, igualmente, en sus instituciones.

#### **4.4. LA AUTO-TRANSFORMACIÓN Y EL CONTEXTO CULTURAL**

---

<sup>219</sup> C. Castoriadis, *Una sociedad a la deriva. Entrevistas y debates (1974-1977)*, Buenos Aires: Katz, 2006, pp.181-182.



La burocracia fragmentaría característica de la sociedad actual, al igual que hacía la burocracia totalitaria, impone una serie de estructuras jerárquicas que terminan por debilitar, e incluso destruir, las solidaridades existentes y la visión orgánica de la sociedad. Estas estructuras se traducen, a su vez, en la configuración de una cultura que impulsa la privatización del individuo, su aislamiento de la cuestión pública y la colectividad, focalizando su interés exclusivamente en sus intereses particulares y generando una sensación de amenaza constante sobre dichos intereses ante cualquier tentativa de abrir su esfera hacia la colectividad.

En este contexto, la crisis que atenaza la sociedad actual no puede ser superada más que a través de una revolución<sup>220</sup>, de una transformación radical de su estructura, de su cultura. La heteronomía imperante se apoya sobre la significación imaginaria de la ciencia económica como solución única de cualquier problema social, de tal forma que solamente a través del crecimiento y la acumulación de lo que, en términos económicos, se ha denominado riqueza puede solventar cualquier dificultad y ayudar a superar cualquier obstáculo para un desarrollo social que es aceptado como invariablemente progresivo e ilimitado, fiel reflejo de la visión tecnocientífica propia de nuestra sociedad. La única forma de superar esta limitación que nos impone la significación central alrededor de la cual se ha desarrollado el imaginario economicista es transformar radicalmente al individuo contemporáneo, transformar su cultura para poder soslayar este imaginario e introducir otras significaciones imaginarias que permitan reflexionar sobre los fines de la vida humana y confrontar los diferentes valores existentes<sup>221</sup>.

Esta confrontación de valores no es sino la Política, y la apuesta por la misma no implica sino una revolución social que transmute las significaciones sociales principales. Pero, como afirma C. Castoriadis, «Revolución no significa ni guerra civil ni efusión de sangre. La revolución es un cambio de algunas instituciones centrales de la sociedad por la actividad de la sociedad misma: la autotransformación explícita de la

---

<sup>220</sup> *Ibid.*, p.194.

<sup>221</sup> En este sentido I. Berlin afirmaba que «los grandes momentos son aquellos en los que muere un mundo y otro le sucede. Esto se distingue por un cambio en el modelo central», véase I. Berlin, "Un punto de inflexión en el pensamiento político". En *Isaiah Berlin. La mirada despierta de la historia*, Eds. Pablo Badillo O'Farrell y Enrique Bocardó Crespo, Madrid : Tecnos, 1999, p.67.

sociedad, condensada en un tiempo breve»<sup>222</sup>. Consecuentemente, la transformación por la que la sociedad debería transitar exigiría la recuperación del sentido de comunidad y la capacidad del individuo para instituir esta comunidad, para generar las instituciones que la transformen de forma continua y con plena autonomía, sin caer en las determinaciones externas de cualquier índole, religiosa, científica, nacionalista o comunitarista. Paralelamente a esta recuperación se debe producir el cambio en diversas dimensiones sociales que estructuran nuestra cultura y que permiten el autogobierno. En última instancia nos referimos a la recuperación del germen democrático de la Grecia clásica que, por tanto, nunca dejará de estar amenazado por la *hybris* social, por las tendencias radicales que puedan derivarse de la confrontación de valores. Además, la tendencia a la perpetuación de la burocracia en su modelo fragmentado se acentúa cada vez más con la potenciación de la atomización social y la privatización del individuo, por lo que solamente una transformación radical del propio individuo y la apertura de su esfera a la colectividad puede permitir una transformación social y la transición hacia un nuevo imaginario social. Una transformación que, en la actualidad, ya no requiere de vanguardias ni de clases privilegiadas, puesto que «no hay portador privilegiado del proyecto de autonomía»<sup>223</sup>, pues a todos nos compete asumir nuestras responsabilidades.

#### 4.5. LA AUTO-CREACIÓN SOCIAL

Como hemos venido desarrollando, la sociedad es un conjunto humano que queda definido por la existencia de una institución global de la misma que se refleja en el imaginario social<sup>224</sup>, elemento que cohesiona la sociedad y permite que los individuos se sientan identificados con la misma. El imaginario social constituye el mundo propio de cada sociedad que queda delimitado por tres componentes fundamentales que forman parte, a su vez, de la psique individual: representativo, cognitivo y afectivo. El contenido de este imaginario resulta ser un producto histórico arbitrario de la propia sociedad que genera su nosotros asumiendo como parte de su historia aquellos

---

<sup>222</sup> C. Castoriadis, *Una sociedad a la deriva. Entrevistas y debates (1974-1977)*, Buenos Aires: Katz, 2006, p.201.

<sup>223</sup> *Ibid.*, pp.207-208.

<sup>224</sup> *Ibid.*, p.129.

elementos que considera positivos y eliminando los elementos concebidos como ofensivos. Por todo ello, la memoria colectiva constituye un principio fundamental en la construcción arbitraria de la historia de cada sociedad y la generación de la identidad colectiva que define a cada sociedad, y esta construcción arbitraria se fundamenta en la creación de los individuos que queda reflejada en su indeterminación psíquica. No hay trascendencia alguna en la sociedad y su institución, sino que su ley de construcción emana de la propia sociedad. Y al reflexionar sobre este proceso de creación social, C. Castoriadis plantea dos cuestiones centrales: 1) ¿qué es lo que hace que los hombres permanezcan juntos para constituir sociedades?; y 2) ¿qué es lo que hace que estas sociedades evolucionen, que emerjan nuevas formas?

Para contestar a la primera de estas cuestiones, nuestro autor hacía referencia a dos elementos constituyentes del ser humano: el elemento animal y el elemento social. Mientras el elemento social es el origen de la condición humana, el elemento animal comprende un sustrato biológico y un sustrato psíquico, insondable y a-social, que es «fuente de un flujo perpetuo de representaciones que no obedecen a la lógica ordinaria»<sup>225</sup>. Este flujo de representaciones debe ser puesto en razón, es decir, debe ser apropiado por el propio individuo mediante herramientas. En esta apropiación de las representaciones sitúa nuestro autor el origen de las comunidades sociales, en su institución mediante un conjunto de herramientas: lenguaje, maneras de hacer, normas y valores<sup>226</sup>. La unidad de estas herramientas deriva del conjunto de significaciones imaginarias sociales, del conjunto de significaciones que caracterizan la vida social y la ordenan. Este tejido de significaciones es el que dota de cohesión a la sociedad y se caracteriza por ser específico de cada una de ellas, de cada momento histórico-social. Las significaciones imaginarias no son racionales, ni tienen tampoco un reflejo en la realidad, sino que derivan del imaginario social. Un imaginario derivado de las propias instituciones de la sociedad, de su estructura y organización. Pero, esta estructura no es fija, ni está indefinidamente determinada, sino que su movimiento consiste en definir lo que es una información relevante para la propia sociedad y lo que es totalmente irrelevante, es decir, lo que forma parte de su mundo y lo que queda completamente fuera del mismo. El imaginario social refleja la estructura de la sociedad y ésta

---

<sup>225</sup> *Ibid.*, p.75.

<sup>226</sup> *Ibid.*, p.77.

constituye una interpretación del mundo. Pero, además de la dimensión imaginaria de la sociedad, de la esfera asociada al mito, no podemos dejar de lado la segunda de las dimensiones que expresa la estructura social, la dimensión de la aritmética, la conjuntista-identitaria. Ambas dimensiones se despliegan históricamente para dar lugar a una estructura social dinámica, es decir, una creación ontológica de carácter histórico-social.

La segunda cuestión que plantea el filósofo francés de origen griego está estrechamente relacionada con el proceso de auto-creación social, con la evolución de estas creaciones histórico-sociales y la aparición de nuevas formas sociales. Aunque cada creación tiende a establecerse como una estructura definitiva y cerrada frente a influencias externas, se puede establecer un proceso comunicativo a partir de las significaciones imaginarias que permita su progresiva modificación. Pero esta evolución histórico-social no puede asemejarse a un esquema neodarwiniano de la evolución<sup>227</sup>, ni es el reflejo de una ley del progreso social. La colectividad como sujeto político es la significación imaginaria característica de los dos primeros imaginarios políticos y la significación que, recreada, permite la auto-creación social. La autonomía como desarrollo del mundo histórico-social frente a la heteronomía característica del mundo biológico, de la ley externa que determina el desarrollo social. En otras palabras, la autonomía como apertura de las instituciones sociales a su propio cuestionamiento, como reflexión sobre la ley que determina su existencia y que posibilita, por tanto, su cambio, su transformación en nuevas instituciones a lo largo de la historia. Esta transformación exige el replanteamiento de las ideas de verdad y realidad<sup>228</sup> que dominan en la sociedad en cada momento histórico y, por tanto, la reflexión sobre las instituciones imperantes que estructuran la realidad social.

El proceso de auto-creación social es, consecuentemente, paralelo al surgimiento de la autonomía, al cuestionamiento de las instituciones sociales, sus representaciones del mundo y las significaciones imaginarias que la sustentan y, como afirma C. Castoriadis, equivalente al surgimiento de la filosofía y la democracia. La auto-creación social exige, consecuentemente, la activación de la esfera de la política, de un espacio

---

<sup>227</sup> *Ibid.*, p.88.

<sup>228</sup> *Ibid.*, p.92.

de discusión teórica para la definición de nuevas instituciones sociales que rompa radicalmente con la heteronomía imperante. Las significaciones sociales heredadas deben ser cuestionadas tal como sucedió en la Grecia clásica o en la Modernidad. Pero, esta transformación de la sociedad no tiene como fin el logro de la propia autonomía, sino que ésta constituye una herramienta, un medio, para alcanzar otros fines que se concretarán en unos nuevos valores sociales, nuevas normas para organizar la sociedad y dar sentido a la realidad circundante. El surgimiento de estos nuevos valores sociales es un reflejo del carácter colectivo del movimiento hacia la autonomía, de cómo la autonomía individual supone la base de un proceso que no se limita al terreno privado, al espacio de la existencia individual sin preocupaciones que la superen, sino que se orienta hacia la existencia colectiva, hacia un espacio común que incluya los intereses del otro y tenga un carácter universal.

En la actualidad el conflicto en el espacio común entre diversos valores prácticamente ha desaparecido. El imaginario economicista ha impuesto una significación central que ha expulsado a la autonomía individual y colectiva del imaginario social. Y el arrinconamiento de la autonomía se traduce en la pérdida de sentido de colectividad, de aislamiento en la esfera privada como única esfera sobre la que nos es permitido tener voluntad. La esfera política ha quedado vetada en las democracias liberales y al individuo solamente le queda una esfera más reducida, la de la ética. Pero la ética se alimenta de las reflexiones políticas, de las respuestas a las preguntas planteadas en esta esfera<sup>229</sup>, puesto que la apertura del individuo a la sociedad implica la influencia de ésta en aquel, por lo que el movimiento de transformación en ambas esferas es paralelo y se retroalimenta. En última instancia, el sentido de nuestra vida depende de nosotros, y no de un elemento externo con acceso a un conocimiento del que nosotros no disponemos.

Este es el reto de nuestra sociedad actual, impulsar un cambio social a partir de un cambio radical en el individuo que, a su vez, permita una modificación en su socialización. El argumento de base de estas transformaciones es la aceptación y reivindicación de nuestra intransferible capacidad de crear y dotarnos de las leyes que organizan y estructuran la sociedad, la vida en común, y su constante apertura al cambio

---

<sup>229</sup> *Ibid.*, p.285.

y la modificación. La condición humana se deriva de la aceptación de esta responsabilidad sobre la evolución de la sociedad, de la autonomía individual que se proyecta, indefectiblemente, en una autonomía social. La preferencia por una sociedad autónoma frente a las múltiples heteronomías históricas y, actualmente, frente a la heteronomía derivada del imaginario economicista no puede, sin embargo, imponerse de forma violenta, puesto que incurriría en una contradicción en los términos<sup>230</sup>. El valor de la autonomía, de la libertad individual y colectiva, de la apertura social a la crítica y la reflexión sobre la propia situación como medio para alcanzar ciertos fines, impone el razonamiento como vía de convencimiento del otro de su bondad. Este valor adquiere sentido, únicamente, si lo intentamos desplegar en todo su significado y lo antepone como principio fundante de la identidad colectiva por el que el individuo se socializa e impulsa un imaginario que contenga el proyecto de la autonomía individual y social.

#### 4.6. ¿UNA BASE MÍNIMA UNIVERSAL?

Nuestra visión antropológica del ser humano destacaba la tensión existente entre su dimensión individual y su dimensión social, la apertura del ser humano desde sus diferencias constitutivas a la colectividad como espacio en el que compartir una serie de características universales. En otras palabras, esta visión destacaba la transición desde lo singular hacia lo universal en una tensión continua que permitía que este marco universal actuase, también, en la singularidad en una relación bidireccional. Por tanto, la aceptación de la singularidad del individuo no provoca el abandono de una serie de principios universales que configuren la sociedad, sino que los exige para seguir conformando y asegurando la propia singularidad. Este trayecto desde la singularidad hacia la universalidad, con continuas vueltas hacia la singularidad, solo es posible mediante una actitud responsable del individuo que sea capaz de abstraerse de sus particularidades y se comprometa con un interés común en el que su interés propio se encuentre representado. Al situarnos más allá de un bien único abrimos la sociedad a una situación que trascendía el monismo ideológico imperante, a un pluralismo de valores e ideales. Este pluralismo de valores, sin embargo no se fundamenta en un

---

<sup>230</sup> *Ibid.*, p.141.

relativismo que acepta cualquier valor como valor propiamente humano, sino que destaca la existencia de una serie de valores básicos por los que el individuo mantiene su condición humana en la diferencia. Esta relación de valores, no necesariamente hostiles entre sí, permite que el pluralismo sea compatible con la ausencia de relativismo, es decir, confirma que estos valores son compatibles con el pluralismo y su posibilidad de existencia.

En este sentido, V. Camps observa que la ética persigue este proceso de destacar la «común y diversa humanidad»<sup>231</sup>, desde un nivel individual a través de una razón colectiva generada por el diálogo. Al asumir nuestra imperfección y nuestra limitación, el impulso ético individual se abre a la esfera política como espacio de puesta en común de las diferentes visiones con el objetivo de generar una cohesión social que defienda, a su vez, esta individualidad. En este proceso se condensa el acceso a la condición humana, en la apertura a la universalidad a partir de la individualidad. Por ello es importante avanzar más allá de un bien único y aceptar el pluralismo como un bien, como el lógico resultado de aceptar la universalidad. Pero, esta apertura al pluralismo se debe hacer desde una posición de igualdad, tanto pasiva como activa, es decir, asegurando lo que I. Berlin denominaba libertad negativa y libertad positiva.

El germen de la autonomía dentro del desarrollo histórico-social de Europa se encuentra en su capacidad de ponerse en cuestión a sí misma, de reflexionar y deliberar sobre su propia construcción. Y esta capacidad de auto-cuestionamiento es la que posibilita la esfera de la política, radicalmente separada de lo político, es decir, de «lo que concierne al poder en una sociedad»<sup>232</sup>. La política como una actividad colectiva de reflexión y consciencia que cuestiona las instituciones sociales es la gran aportación de Europa. Una esfera en la que se sitúa la capacidad creativa de la sociedad para generar continuamente nuevas instituciones que sustituyan a las antiguas, nuevas significaciones que constituyan diversos imaginarios sociales. Y una capacidad que rechaza cualquier tipo de jerarquización u ordenamiento que determine la evolución histórico-social. Esta esfera es, por tanto, la que sustenta el proyecto de autonomía que desde el individuo se eleva a nivel colectivo, un proyecto que representa la universalización de unos valores,

---

<sup>231</sup> V. Camps, *op. cit.*, p.41.

<sup>232</sup> C. Castoriadis, *Democracia y relativismo. Debate con el MAUSS*, Madrid: Trotta, 2007, p.32.

la ejemplaridad que revoluciona las sociedades en aras a lograr sus propias democracias. La universalidad de este germen ataca de forma radical la pretensión de cualquier heteronomía.

Sin embargo, la orientación universal de estos valores se ha visto debilitada en la actualidad ante el empuje de dichas heteronomías, y este debilitamiento se ve reforzado por la incapacidad de asumir que el proyecto de autonomía es una construcción histórico-social, es decir, que es una creación del ser humano y no una etapa más del desarrollo de nuestras sociedades que se sustente en algún determinismo externo. La privatización del individuo, su ensimismamiento en una esfera individual aislada del resto de la sociedad, es el mayor ataque contra la expansión de estos valores universales. La tendencia humana a la trascendencia permite soslayar el esfuerzo que supone no aceptar la heteronomía y dedicarse a la construcción de un proyecto autónomo. Un proyecto que deviene en la democracia como auto-institución, es decir, como un marco constituido por instituciones que permiten el desarrollo de este imaginario instituyente. La democracia va más allá de un simple procedimiento<sup>233</sup> y exige la formación del ciudadano que le permita participar con conocimiento de causa, una participación capaz de impulsar la alteración de una institución social en cualquier momento.

Pero esta extensión de los valores universales asociados a la autonomía individual y social no asegura, ni mucho menos, el paraíso, o una especie de sociedad perfecta liberada de cualquier tipo de conflicto. Más bien al contrario. El proyecto de autonomía concibe el conflicto continuo entre diferentes fines últimos como un elemento fundamental del desarrollo social.

La autonomía individual sustentada en la igualdad política se revela como el elemento fundamental de esta base mínima universal. Sin embargo, la igualdad política no tiene por qué entrar en conflicto con la libertad individual, puesto que ésta, la autonomía, tiene una doble dimensión, la que hace referencia a su aspecto negativo y la referente al ámbito positivo. Sin libertad positiva no existe, en realidad, autonomía del individuo<sup>234</sup>. El que la libertad positiva haya sido desvirtuada históricamente por

---

<sup>233</sup> *Ibid.*, p.69.

<sup>234</sup> V. Camps, *op. cit.*, p.47.



significaciones sociales centrales no elimina la importancia de la misma, sino que reafirma la necesidad de superar estas heteronomías en aras a poder alcanzar la autonomía individual que constituya, a su vez, la social. El desarrollo de la igualdad política conduce a superar estas heteronomías y permite abrirnos al pluralismo desde el convencimiento de que no se va a alcanzar una armonía de valores, sino que la sociedad debe realizar elecciones en base a un proceso reflexivo que tenga en cuenta la diversidad de valores existentes, en un continuo proceso de construcción social que, como advertía I. Berlin, no puede realizarse exento de conflictos.

La base mínima universal que pretendemos construir no se constituye, por tanto, en base a una serie de valores determinados, ni responde a una construcción histórico-social concreta, sino que consiste en la recuperación del germen del primer imaginario político, el clásico, que ya fue recuperado en un segundo imaginario, el moderno, y que responde al proceso deliberativo y reflexivo social, resultado de una igualdad activa de los individuos que la constituyen. De forma derivada, esta base mínima comprenderá todos aquellos valores que permitan constituir esta igualdad política y que serán, de esta forma, resultado histórico de todas aquellas sociedades capaces de desembarazarse de las heteronomías. Este aspecto determina la imposibilidad del relativismo en esta visión social, a pesar de aceptar el pluralismo y la diversidad. En última instancia, la base mínima universal debe asegurar la dignidad humana, y ésta solo se alcanza mediante la autonomía. Como afirma V. Camps, «la autonomía es, sin duda, condición de humanidad»<sup>235</sup>.

La igualdad política universal, por tanto, genera una base mínima universal de valores que permite agregar a los individuos en torno a ideales comunes, es decir, impulsa la construcción social. Los conflictos de valores producto de la diversidad de visiones individuales sobre la realidad que nos rodea no genera ni relativismo, ni erradica la posibilidad de que surja un ideal común, sino que sirve de acicate para generar un imaginario político más robusto que conduzca a la autonomía social. Una autonomía social que, al constituirse en base a la autonomía individual, se construye sobre la base de la dignidad humana. En última instancia nos encontramos ante la

---

<sup>235</sup> *Ibid.*, p.56.

defensa de una base mínima universal que comprende los conceptos de individualidad, autonomía, humanidad y pluralidad.

## CONCLUSIONES

En la década de 1940, Karl Polanyi analizaba los acontecimientos económicos y sociales derivados de la Gran Depresión de 1929 como el corolario de la tensión que había surgido entre el individuo moderno y la nueva sociedad que se estaba pretendiendo construir en el renovado intento de globalización de la economía. Esta tensión se traducía en un desarraigo del individuo respecto de su sociedad, en una pérdida de valores y jerarquías referentes para su desarrollo vital, que le impulsaban a buscarlos en alternativas a la construcción social imperante, sacrificando sus libertades individuales, activas y pasivas, en favor de un pretendido bienestar colectivo. En otras palabras, ante una situación de incertidumbre y desasosiego que la crisis económica proyectaba sobre el individuo, la alternativa con mayor poder de atracción era aquella que prometía una seguridad vital y una referencia identitaria, aunque éstas sacrificasen la autonomía individual y social, desembocando en el fascismo y el nacionalsocialismo, como regímenes opuestos al comunismo que había triunfado apenas una década antes. Esta tendencia hacia los colectivismos y el sacrificio de la autonomía individual generó, paralelamente, la reacción de otros autores, como F.A. Hayek, que pusieron de relieve la necesidad de soslayar la autoridad de la Historia como instancia externa que dirigía el devenir social. En su lugar, el autor austríaco postulaba la ciencia económica como la herramienta capaz de desempeñar la actividad de guía del desarrollo social, en la confianza de que el mecanismo de mercado fuese adecuado para generar un orden social espontáneo y, por tanto, no dirigido. El impulso de la centralidad social de la ciencia económica que se impone progresivamente desde el final de la Segunda Guerra Mundial y, definitivamente, desde la caída del Muro de Berlín en 1989, refleja el fortalecimiento y la imposición de la heteronomía del presente que atenaza nuestra sociedad actual y debilita su acción política.

En la actualidad, por tanto, nos encontramos ante la paradójica situación que nos revela la crisis financiera desatada por la ciega confianza en la potencial alternativa de la ciencia económica sobre la Historia como elemento central del desarrollo social. Las consecuencias financieras y sociales de la crisis de la economía global generada a finales de la primera década de este siglo revela, de nuevo, un desarraigo del individuo no menos profundo, no menos complejo, y no menos preocupante que el derivado de la crisis financiera

de la década de 1930. La referencia a la reflexión de K. Polanyi nos muestra que la crisis económica, en la que nos encontramos sumergidos y cuyas consecuencias todavía estamos padeciendo, no genera realmente una merma de disponibilidad de bienes materiales en nuestra sociedad, sino que se traduce, en la práctica, en una creciente dificultad de acceso a dichos bienes por parte de aquellas capas sociales que partían de una situación de inferioridad económica, y que se ahonda por el daño causado sobre las instituciones que conforman nuestra sociedad. La debilidad institucional se traduce en tendencias centrífugas en la construcción de cualquier entidad colectiva y la consiguiente apuesta por espacios de exclusión y construcciones comunitarias aisladas e intolerantes que se asemejan a las tendencias totalitarias que había identificado K. Polanyi como corolario de una profunda crisis financiera anterior. Las políticas de austeridad que se han adoptado, primando el fortalecimiento de un sistema económico maltrecho en lugar de una sociedad necesitada de cohesión ante la manifiesta debilidad institucional, han provocado, paradójicamente, que se propaguen a escala global diferentes movimientos que potencian aún más esta debilidad institucional, y no una mayor integración y una recuperación de la esfera política como ámbito de construcción de lo común.

En este último lustro, Europa ha sido testigo privilegiado de este tipo de movimientos que proyectan una Unión Europea «cada vez más desigual, insolidaria y deslegitimada, paralizada en lo social y cuestionable en lo moral y en lo político, convertida en un régimen posdemocrático de gobernanza»<sup>1</sup>. La objetividad de un sistema económico naturalizado ha dictaminado que la recuperación del carrusel económico es prioritario al fortalecimiento de una construcción europea más democrática e integradora, puesto que este proceso de construcción de un proyecto común ha sido identificado como origen de la incertidumbre que amenaza al individuo, buscando como alternativa una supuesta seguridad en legitimaciones parciales que atacan este proceso de construcción y, en última instancia, los derechos democrático-sociales que han caracterizado los estados sociales del bienestar posteriores a la Segunda Guerra Mundial, y que, como afirma Bernat Riutort, se habían convertido en «distintivos de la cultura cívico-política europea»<sup>2</sup>. En otras palabras, una consecuencia de la

---

<sup>1</sup> B. Riutort, «Autoridad post-democrática: La Unión Europea», *Sin permiso*, Junio 2016, p.8. [Consulta: 19 de Junio de 2016] Disponible en web: <http://www.sinpermiso.info/textos/autoridad-post-democratica-la-union-europea>

<sup>2</sup> *Ibid.*, p.1.

gran crisis económico-financiera de finales de la primera década de este siglo XXI ha sido la crisis de legitimidad del proyecto de Europa que, como consecuencia de las políticas de austeridad, ha impulsado dinámicas centrífugas cada vez más fuertes, y dinámicas centrípetas cada vez más débiles, traducándose en claras apuestas por espacios de exclusión y construcciones aisladas que recuerdan a las tendencias totalitarias y populistas de décadas atrás.

La reflexión sobre la situación actual y los peligros que nos acechan nos debería servir para evitar repetir aquellos errores que potenciaron el sacrificio de las libertades individuales en favor de una pretendida seguridad que, a raíz del fracaso de los movimientos totalitarios, se trasladó a un sistema político-social que confiaba ciegamente en una significación central, la ciencia económica, capaz de dictar el desarrollo social sin posibilidad de crítica. El elemento central para la superación del dominio de esta significación central en la construcción social debe ser la constatación de que el resultado final de dicho movimiento es un completo vaciamiento de la esfera política en aras de un nivel cerrado de estructuras predeterminadas que se imponen sobre el nivel abierto, indeterminado y creativo, de la construcción social que acompaña a dicha esfera política. Si una suerte de ley externa impone una estructura institucional determinada y coarta nuestra capacidad creativa para el desarrollo histórico-social, la superación de dicha ley externa exige la recuperación de la dimensión imaginativa y creativa de nuestra sociedad y, por tanto, de la Política como ámbito de desarrollo de las libertades individuales y colectivas. Ante la centralización que la esfera económica impulsa sobre nuestro imaginario social, es necesaria la recuperación de la creatividad asociada a la autonomía individual y social que permita superar la facticidad inerte y no humana que impone progresivamente su naturalización. Una autonomía que se traduce en el cuestionamiento del orden social existente y su reconversión mediante la superación del cerco social impuesto por la heteronomía económica. Esta superación de la centralidad de lo económico en la sociedad actual, y las consecuencias de su autonomía respecto de nuestra acción colectiva, es la pretensión de este trabajo de investigación, que se ha planteado en tres ámbitos: el propiamente económico, a través de un análisis del proceso que ha permitido que la economía haya devenido en una ciencia autónoma respecto de la

---

realidad física y social; el sociológico, dilucidando la base sobre la que se sustenta el imaginario social global que caracteriza nuestra sociedad actual; y el de la Filosofía Política, al intentar plantear vías de superación de la heteronomía economicista actual con el objetivo de recuperar la autonomía colectiva.

### **La esfera económica**

El desarrollo histórico de la ciencia económica se ha producido en una esfera propia que refleja su completa desconexión de la realidad social, y se proyecta en un progresivo atomismo social, una meridiana abstracción del entorno físico y social, y un blindaje activo contra cualquier tipo de alternativa. El atomismo social que impulsa la ciencia económica imperante se asocia a la transición que se ha operado en la concepción orgánica de la realidad hacia una concepción claramente analítica, que permite la disgregación social y el impulso de un individualismo que desplaza la acción colectiva a un lugar secundario. En esta fragmentación de la realidad social, el ser humano recupera su centralidad y se potencia el concepto de orden natural como armonía de intereses particulares, como una especie de equilibrio entre opuestos. De esta forma, la esfera económica queda caracterizada por el equilibrio y la reversibilidad de sus procesos, mientras que la realidad física y social muestran su desequilibrio y la constante amenaza de la entropía. Y, consecuentemente, la ciencia económica queda relegada a la función de generar predicciones sobre una realidad que ella misma genera. Pero, al abstraerse de las esferas física y social que le rodean, la ciencia económica también consigue protegerse contra cualquier alternativa crítica que se le pueda enfrentar. El conocimiento económico deviene un constructo complejo que únicamente es accesible a un grupo elitista de expertos, profundizando en la debilidad de la acción colectiva e impulsando el conformismo con la situación existente. Ante esta estructura protectora, cualquier alternativa que se postule queda aniquilada al representar una opción de rango ontológico inferior.

Esta esfera propiamente económica la hemos analizado como una teoría axiomática que persigue la explicación de la realidad social como una verdad necesaria, mediante una monopolización de dicha realidad sobre la que proyecta una segunda naturaleza, una realidad social virtual y abstracta. En la base de esta construcción axiomática situamos una serie de categorías económicas cuyo significado se ha ido transformando de forma paralela y

potenciándose mutuamente. La categoría central de riqueza como fin primordial de la economía ha ido adquiriendo un paulatino carácter pecuniario y se ha asociado a los valores mobiliarios que cumplen tres características fundamentales: que pueden formar parte de la propiedad privada de un agente económico, que pueden ser valorados de forma homogénea para garantizar su intercambiabilidad, y que pueden ser producibles y multiplicables. De esta forma, la categoría de riqueza queda ligada a otras categorías económicas fundamentales en la construcción axiomática de la ciencia económica, como la de Producción, que ha pasado de depender del factor Tierra al factor Trabajo y, finalmente, al factor Capital como paradigma básico de la riqueza pecuniaria, y que, por tanto, queda desligada de la materialidad y se desarrolla en una esfera virtual y abstracta; la de Trabajo, que se ha convertido en una categoría también abstracta y homogénea en función de la valoración pecuniaria de los bienes que forman parte de la riqueza; la de Valor de cambio como expresión monetaria de la homogeneización de los bienes que forman parte de la riqueza y que aseguran su unidad; la de Crecimiento que, asociado al utilitarismo y al evolucionismo, proyecta una esfera ilimitada para la ciencia económica; y, finalmente, la categoría de Capital, que sintetiza la abstracción de la economía que se ha ido desarrollando, al constituir una medida subjetiva del valor de los bienes. Esta categoría permite, en última instancia, agregar elementos valorados en dinero y homogeneizarlos para construir la categoría de riqueza.

Paralelamente a la necesidad de una serie de categorías económicas, una construcción axiomática de la ciencia económica como la que hemos expuesto exige una serie de principios ideológicos fundamentales que reflejen el orden natural inmutable que debe caracterizar a la sociedad. Estos axiomas comprenden, en nuestro análisis, el *positivismo*, como expresión de la posibilidad de un conocimiento acumulativo e ilimitado basado en la razón humana, y que se apoya en un monismo ideológico cuyo paradigma es la posibilidad de prever el futuro; un *racionalismo económico* sustentado en una racionalidad subjetiva alimentada por la posibilidad de un progreso ilimitado derivado del positivismo, y en el que el modelo de agente económico es un individuo que únicamente valora sus preferencias en función de su utilidad; un *utilitarismo* que asocia *felicidad* y *consumo*, reduciendo el análisis de las preferencias individuales a una esfera hedonista y cuantitativa; una concepción de la *libertad individual* asociada a la *propiedad privada* como expresión material de la misma y participación en la riqueza social; la existencia de un *mercado abstracto*, herramienta capaz de incrementar la felicidad del individuo al aumentar la disponibilidad de bienes materiales; y

un *universalismo* que permite extender este modelo de ciencia económica, imponiéndose sobre la tensión existente entre lo particular y lo universal, el relativismo y el pluralismo.

Esta construcción axiomática de la ciencia económica permite consolidar la visión social que proyecta el neoliberalismo en la actualidad, y que culmina un largo trayecto que se inicia en un contexto ideológico caracterizado por la reforma religiosa del paradigma evangélico-protestante, y la contrarreforma propia del paradigma católico-romano; la revolución científica con su concepción mecanicista de la realidad y su visión analítica de la sociedad; y la Ilustración liberadora de la razón de las cadenas del dogmatismo de la fe. Este contexto impulsa una primera sistematización de la economía que, lógicamente, representa una reacción a las tensiones sociales que se estaban produciendo en ese periodo histórico de la primera mitad del siglo XVIII. La fisiocracia introduce una serie de conceptos clave dentro de la estructura económica que, a pesar de las diferentes etapas en su desarrollo, se mantendrán como base fundamental hasta la etapa actual: la posibilidad de alcanzar la armonía entre los intereses sociales, el *laissez-faire* como expresión de la libertad económica y aceptación del orden social existente, la necesidad de la libre competencia, y la interdependencia entre todas las etapas del ciclo económico a través del carrusel producción-consumo-crecimiento. La posterior etapa clásica de la economía, considerada la sistematización por antonomasia de la ciencia económica, utiliza estos conceptos para potenciar la expansión del mercado, profundizar en el individualismo, el mecanicismo social y el fomento de la idea de un progreso ilimitado, en el que la riqueza ya no depende del factor Tierra, sino del factor Trabajo, y en el que es posible alcanzar un equilibrio entre producción y consumo de una forma natural, sin injerencia externa al propio desarrollo económico. Las tensiones sociales derivadas de esta visión idílica del desarrollo económico, y las críticas derivadas a su aparato conceptual, tratan de buscar una alternativa a la dependencia de la riqueza del factor Trabajo y, paradójicamente, en esta pretensión de superar la subjetividad que introducía esta asociación y avanzar hacia una mayor objetividad, el resultado obtenido es una, todavía, mayor subjetividad centrada, en este caso, en la adopción de un nuevo factor, el Capital. Sin embargo, este nuevo factor, al seguir siendo totalmente subjetivo, provoca nuevos desequilibrios que son paliados, temporalmente, por la heterodoxa perspectiva del keynesianismo, que impulsa cierta regresión en el *laissez-faire* y la libre competencia originales en favor de una recuperación acelerada del carrusel económico. El objetivo de esta etapa de la ciencia económica, no obstante, resulta fallido, puesto que la recuperación a



cualquier precio del carrusel económico vuelve a provocar nuevos desajustes y desequilibrios que se proyectan sobre la sociedad generando una vuelta a la ortodoxia. Esta ortodoxia es la que queda representada por el neoliberalismo que actualmente domina la ciencia económica y que proyecta sobre la construcción social un racionalismo de origen económico, para el que la riqueza reducida a una serie de bienes concretos es el objetivo fundamental, y que construye una esfera económica autónoma e independiente de las relaciones sociales en la que cualquier decisión es posible al quedar desligada de cualquier implicación social.

### **El imaginario social global**

El neoliberalismo económico ha ido consolidando un nuevo imaginario social de carácter global al que nos hemos intentado aproximar en la segunda parte de este trabajo. Un imaginario social que refleja el reverso de la naturalización del sistema económico, su impacto social y las consecuencias de una crisis financiera. El debilitamiento global de la acción social, que acepta de forma acrítica esta autonomización de la economía, representa la heteronomía de nuestra sociedad actual. Su imaginario social, de carácter global, adquiere importancia como representación colectiva, paralelamente al proceso de globalización financiera que trasforma el Estado del Bienestar, y que potencia una creciente abundancia de bienes materiales que sobrepasan las necesidades básicas, mediante una integración económica intensiva y extensiva que transforma las instituciones sociales y las homogeneiza a nivel global. Por ello, el imaginario social global supone un reduccionismo de la realidad social conforme a los principios de la visión axiomática de la ciencia económica que ya hemos expuesto.

El origen del nuevo imaginario social que se impone de forma progresiva en las últimas tres décadas se sitúa en el proceso de transformación de la sociedad del bienestar que se había constituido en la etapa posterior a la Segunda Guerra Mundial, como reflejo de la transición de una sociedad de productores a una sociedad de consumidores. El desarrollo industrial de finales del siglo XVIII configura la sociedad de productores e impulsa el desarrollo de un capitalismo histórico que presiona para expandir y globalizar un mercado de bienes, cuyos intercambios se facilitan por la adopción del patrón oro como instrumento de homogeneización de sus valores. El último cuarto del siglo XIX constituye el desarrollo más elaborado de este primer intento de globalizar el capitalismo, puesto que los países que

ostentaban la primacía comercial asociada a la etapa del mercantilismo dominaban el transporte y las comunicaciones gracias a la primera oleada industrial, y podían imponer un mercado abstracto que, no obstante, generaba tensiones sociales al situar el poder social en ciertos grupos elitistas y limitar la capacidad de actuación política. La Primera Guerra Mundial es, en parte, el reflejo de estas tensiones sociales, del desarraigo de la persona respecto de su entorno cultural y social, y representó el fracaso del primer intento de capitalismo global, trasladando el centro de esta globalización a los países incorporados en la segunda oleada industrial, especialmente a los Estados Unidos, que se había convertido en el principal acreedor de los países europeos. Los Estados Unidos son los impulsores del segundo intento de capitalismo global desarrollado en el periodo de entreguerras, y que se caracterizaba por una producción industrial cada vez más compleja, que exigía mayor fiabilidad y especialización, lo que se traducían en una mayor rigidez del mercado. Pero, este segundo intento seguía unido a una sociedad de productores en la que dominaban las grandes corporaciones, cuyos intereses chocaban frontalmente con los pequeños empresarios nacionales, traduciéndose en una profunda crisis económico-financiera en la década de 1930, que dinamitó de nuevo la base social del sistema y constató, positivamente, las fallas de la visión clásica de la economía y su potencial equilibrio. A partir de esta crisis, y de los efectos de la Segunda Guerra Mundial, que reflejaba, una vez más, las tensiones sociales derivadas del segundo intento de globalización del capitalismo, se impulsó un tercer intento de globalizar el capitalismo, pero sobre la base de una economía regulada por las instituciones sociales, rebajando las tensiones derivadas y sustituyendo el patrón oro, instrumento fundamental para el intercambio, por el dólar norteamericano, en el intento de controlar las consecuencias sociales de este movimiento. Este tercer intento, caracterizado por la intervención de los Estados en la economía, marca la transición de la sociedad de productores que caracterizaba los dos anteriores, a la sociedad de consumidores, que se desarrolla en una economía de la abundancia que necesita de una paz social y un nuevo dominio de las grandes corporaciones. Nos situamos, por tanto, después de la Segunda Guerra Mundial, en un liberalismo embridado, o capitalismo regulado, que da pie al desarrollo del Estado del Bienestar, pero que divide a los países en tres grupos diferentes en función de su participación en esta nueva globalización del capitalismo. Si en el primer mundo se encuadraban los países que participaban de la integración económica mundial, el segundo mundo se componía de

países semi-industrializados que optaron por una autarquía de carácter totalitario, y el tercer mundo de países débilmente industrializados y cuya autarquía era de corte nacionalista.

El Estado del Bienestar característico de la sociedad de consumidores se consolida mediante las instituciones creadas por el acuerdo de Bretton Woods de 1944: el Fondo Monetario Internacional, cuyo objetivo era el control monetario y la estabilidad de las finanzas de los países; el Banco Mundial, que aseguraba el libre movimiento de capitales; la Organización Mundial del Comercio óinicialmente el GATT-, y que aseguraba un comercio fluido entre países y áreas geográficas; y la OTAN, garante del control militar del sistema por parte de Estados Unidos. El nuevo sistema resultante, que se denomina *pax americana*, asegura la hegemonía de los Estados Unidos sobre el sistema económico mundial y fomenta una economía de la opulencia que, aparentemente, construye una serie de equilibrios básicos que eliminan las tensiones tradicionales: entre el capital americano y los competidores y proveedores extranjeros; entre las grandes corporaciones y los trabajadores; y entre los beneficios empresariales y su control social. En este contexto, el imaginario social del Estado del Bienestar dota de un sentido completo y lineal a la vida del individuo, que acumula experiencia en su visión de la vida a largo plazo, cohesionando la comunidad gracias a la red de contención que construye el propio Estado, que garantiza la seguridad y la estabilidad social en base a una jerarquía definida y una serie de valores asociados a dicha construcción social. Sin embargo, esta es la base de una paradoja que termina desembocando en la transformación del imaginario social. El intento de reducir la inseguridad material fortalece un modelo económico que, por el contrario, incrementa la desigualdad y la propia inseguridad. En otras palabras, el desarrollo del capitalismo regulado conduce, paradójicamente, a un debilitamiento de las redes sociales de contención, a una transición desde una modernidad sólida a una segunda modernidad líquida que transforma cierto concepto de libertad para avanzar en la seguridad, y que deviene en el desarrollo de un nuevo imaginario, el imaginario social global.

La transición se produce a partir de la década de 1970, al finalizar la tercera oleada industrial y entrar en crisis el Estado del Bienestar. La tensión entre capital y trabajo vuelve a dinamitar el tercer intento de integración económica global, poniendo las bases para un nuevo intento. El fundamento de esta reconstrucción del capitalismo global es la convergencia de tres visiones diferentes de la ciencia económica: la economía de la oferta, con su objetivo de liberalizar totalmente la economía y restringir la acción del Estado; el monetarismo, centrado

en la restricción monetaria y la reducción de la capacidad de consumo; y el corporatismo, que pretende potenciar la recuperación del poder de las grandes corporaciones reintroduciendo, paradójicamente, el Estado en la economía. El nuevo proceso de integración global del capitalismo necesita, paralelamente, una serie de instituciones sociales que consoliden y expandan el imaginario social asociado, y las instituciones heredadas de Bretton Woods cumplen, perfectamente, con este papel. El nuevo objetivo que deben cumplir estas instituciones viene determinado por el Consenso de Washington, un conjunto de pautas liberalizadoras que extienden e intensifican la interacción económica defendiendo: la superioridad de la gestión privada sobre la pública, la ventaja de la internacionalización de la economía, y su capacidad para extender el flujo de riqueza.

El imaginario social global, consecuentemente, proyecta un reduccionismo social paralelo al reduccionismo de la esfera económica. La construcción social se fundamenta en un paradigma débil constituido por redes de relaciones sin estructura definida, abierta a la heterogeneidad de la propia intersubjetividad. Este imaginario proyecta una idea de individuo como sujeto posesivo preocupado por el consumo y el estatus social, que no se liga a una necesidad básica, sino a la ansiedad social motivada por la novedad; una comunicación debilitada en aras de un lenguaje que proyecta cierto relativismo social; una marcada reducción del concepto de libertad, circunscrito a la propiedad privada; y una dejación sobre la responsabilidad de gobierno que se conforma con una mera administración de los asuntos comunes. La sociedad ha renunciado a la libertad y la igualdad, pilares fundamentales del imaginario moderno, confirmando el vaciamiento del proceso democrático en aras de una mayor seguridad.

El avance del nuevo imaginario social se refuerza con el colapso del segundo mundo a finales de 1991, que supone la extensión de la democracia liberal occidental como paradigma de un sistema político global definitivo, y que es considerado como un Estado Homogéneo Universal que significa el punto final del desarrollo ideológico. El nuevo sistema político concilia las contradicciones históricas y promueve el reconocimiento universal de los derechos individuales, homogeneizando y simplificando la evolución social como mera actividad económica. La superposición de la esfera económica sobre la política hace desaparecer las contradicciones ideológicas, provocando que toda acción social se reduzca a simple gestión económica en la que el mercado genera la armonía social necesaria. Y, ante el vaciamiento de la Política, nos enfrentamos a tres posibles desequilibrios: si la soberanía

popular se impone sobre la deliberación individual nos amenaza el populismo; si es la deliberación individual la que impide cualquier tipo de construcción social, nos encontraremos frente al ultraliberalismo; y si es el concepto de progreso el que se impone a cualquier tipo de deliberación, se impondrá el mesianismo, la creencia de que todo debe ir a mejor de una forma natural e ilimitada, proyectando el Estado Homogéneo Universal como paradigma de la armonía social y la felicidad. La consecuencia del nuevo imaginario social global es que la democracia se convierte en un formalismo procedimental que desintegra cualquier intento de solidaridad orgánica. El crecimiento económico se convierte en el fin último social, y la ciencia económica, lógicamente, en el nuevo dogma social que debe privilegiar el mercado como herramienta armonizadora de tensiones sociales. El pensamiento social queda reducido al enfoque economicista y la política es suplantada por la economía, que se erige en un nuevo monismo ideológico potenciador de la heteronomía social, y determinante del desarrollo social.

### **La centralidad de la Política**

La imposición de este nuevo imaginario social global conduce, por tanto, a una heteronomía social, a la aceptación de una ley externa, la ciencia económica, que suplanta cualquier tipo de deliberación social e individual a través de la gestión económica de las cuestiones sociales. El pluralismo social, la existencia de diferentes valores inconmensurables, es sustituido por una instancia externa e independiente a la sociedad que la homogeneiza. En estas circunstancias nos surge la cuestión de si es posible superar esta heteronomía y recuperar la autonomía colectiva. Y, cualquier intento de volver a poner en valor la creatividad social y superar la heteronomía del presente nos conduce a la recuperación de la Política como espacio de encuentro del pluralismo de valores.

### ***Hacia una nueva Estructura Social de Acumulación***

En este proceso de recuperación de la esfera Política, el punto de partida que proponemos es la interpretación de la crisis económica como el final de un ciclo de acumulación que exige nuevas condiciones institucionales para que el carrusel económico se ponga, nuevamente, en marcha. La crisis financiera deriva de la introducción de instrumentos innovadores que permiten acumular riqueza de una forma extraordinariamente rápida y que,

en el contexto actual, se relacionan con la reducción del concepto de riqueza y la posibilidad de generarla sin necesidad de una contraprestación física. Los instrumentos de cobertura del riesgo financiero -de crédito, tipo de interés y de liquidez- generan una riqueza ficticia cuya problemática se activa cuando se quiere concretar dicha riqueza en un nivel físico, puesto que se genera un colapso inmediato del proceso de acumulación, y el correspondiente proceso de ajuste. Tradicionalmente, los ciclos económicos se han interpretado desde visiones asociadas al desarrollo de la propia ciencia económica: la perspectiva clásica del equilibrio natural; la marxista de la sobreacumulación de capital; la keynesiana del subconsumo; la monetarista de la excesiva liquidez; la neoclásica de las expectativas racionales; y la austriaca de las causas endógenas y efectos estructurales. Estas visiones se engloban dentro de tres tendencias fundamentales a la hora de hacer frente a la actual crisis financiera: la del grupo de derechas, liderada por el monetarismo, la economía de la oferta y la escuela austriaca; la centrista, asociada al nekeynesianismo de corte más neoliberal, y poskeynesiansimo más cercano a la izquierda; y la del grupo de izquierdas, de raíz marxista. Sin embargo, las tres tendencias son deudoras de las mismas categorías y axiomas de la ciencia económica imperante, y son incapaces de superar la ortodoxia que ha potenciado el fenómeno monetario, distorsionado por las instituciones estatales, y que se traduce en una excesiva liquidez asociada con un consumo desmesurado y el correspondiente excesivo desarrollo de la estructura productiva.

Ante estas interpretaciones adoptamos la teoría de la Estructura Social de Acumulación como alternativa para superar la visión axiomática de la ciencia económica, y volver a situar la economía como esfera dependiente de la Política. El elemento fundamental de esta alternativa es el papel de las instituciones sociales como creadoras del contexto adecuado para que se active un nivel de inversión productiva que asegure la acumulación del capital. Y estas estructuras sociales son producto de la acción común, de la actividad social, por lo que, ante un periodo de debilidad del proceso de acumulación, se impone una reestructuración institucional profunda. En este sentido, la Estructura Social de Acumulación se define como el conjunto de instituciones que permiten y facilitan un periodo prolongado de acumulación rentable y ordenada del capital, procediendo desde una etapa de depresión hacia otra de estabilidad y consolidación. La reducción del proceso de acumulación de capital supondría, por tanto, una crisis de la Estructura Social que hace necesario un cambio institucional que fomente un nuevo patrón de acumulación. Además, la cronología que se utiliza para explicar las crisis financieras no es correcta, pues la carencia de capacidad

inversora disponible no es la causa de la atonía económica, sino una de sus consecuencias, es decir, los recursos invertibles existen, pero no en cambio los incentivos, por lo que la economía funciona por debajo de sus posibilidades, puesto que el mantenimiento del sistema provoca un despilfarro enorme que reduce la productividad del mismo. La construcción de una nueva Estructura Social de Acumulación puede tener características diferentes: puede ser una estructura institucional liberal, caracterizada por limitar la regulación estatal y defender la preeminencia del factor capital en una competitividad sin límites dentro del libre mercado; una estructura institucional regulacionista, que defiende el intervencionismo del estado, la cooperación, el compromiso entre capital y trabajo, y el rol positivo de las instituciones no mercantiles.

Al interpretar la crisis económica a través de la teoría de la Estructura Social de Acumulación observamos que la desaceleración económica es paralela a la desaceleración de la productividad por el incremento de los costes de mantenimiento de la estructura institucional que soportaba el patrón de acumulación de capital propio del neoliberalismo global y financiarizado. Por tanto, concluimos que el modelo de productividad social asociado a dicho patrón no ha sido capaz de generar una acumulación estable y ordenada del capital, por lo que se impone una revisión de dicho modelo social de productividad en base a la intensidad del trabajo, la presión por la innovación, y la respuesta social ante el desarrollo de las grandes compañías y su poder, de tal forma que se pueda superar el enfoque de la economía como juego de suma cero.

### ***Hacia un nuevo imaginario político***

El segundo aspecto que consideramos importante a la hora de recuperar la centralidad de la Política en la construcción social es la constatación de la necesidad de generar un nuevo imaginario político capaz de superar la burocratización de la sociedad actual, en la que la esfera de lo político, caracterizada por una democracia formal, queda subyugada por la esfera económica. La construcción de un nuevo imaginario político exige revertir esta relación entre ambas esferas para que el ámbito económico vuelva a depender de la política y atienda a las necesidades sociales y del entorno físico. Este nuevo imaginario requiere un nuevo conjunto de significaciones sociales que recuperen la autonomía social a través del cuestionamiento del orden social, no solamente a nivel colectivo, sino también a nivel individual. El individuo

autónomo, por tanto, se revela fundamental en la construcción de la Política como espacio para la acción social a través de la recuperación de los tres pilares fundamentales del proceso creativo social: la libertad, la igualdad y la justicia.

Esta es la singularidad de Europa, del mundo greco-occidental, la capacidad de cuestionar críticamente su propia tradición y, de esta forma, la recuperación de su capacidad creativa. La ruptura del cerco social que impide la transformación de los imaginarios políticos imperantes se ha producido en dos momentos históricos diferentes. En la Grecia antigua, la capacidad de juzgar y deliberar del individuo fue la base del primer imaginario político, y germen de los potenciales imaginarios posteriores. La base de dicho imaginario era la igualdad, la igual capacidad de todos los individuos para deliberar y alcanzar un juicio, es decir, la igualdad política. Y, esta igualdad, no es solamente pasiva, igualdad ante la ley ó *isonomía*-, sino que es también activa, igualdad en la capacidad de participación, en la toma de palabra ó *ísegoría*-, en el peso de todos los votos ó *ísepséphia*-, y en la de hablar con franqueza ó *íparresía*-. El segundo imaginario político, propio del proyecto ilustrado, surge a partir del germen griego, y supone la universalización del impulso igualitario del primer imaginario. Un tercer imaginario político supondría recuperar este impulso igualitario del germen griego para poder superar la jerarquización que impone la burocratización fragmentaria imperante. La centralidad de la economía refleja una heteronomía social que se proyecta en la renuncia a la autonomía individual a favor de un saber absoluto que pretende asegurar la armonía social. El capitalismo burocrático fragmentado significa la renuncia del individuo a su papel de ciudadano capaz de transformar la sociedad, por lo que la superación de la situación actual exige superar el mesianismo político que impone la concepción mercantilista de la realidad y la apatía del individuo respecto a la cuestión pública, para que la democracia no quede subyugada bajo los intereses de grupos elitistas que luchan por la conquista del voto y el poder.

### ***Hacia la autonomía***

El tercer aspecto que postulamos para la recuperación de la centralidad de la Política se deriva de esta exigencia de construir un tercer imaginario político, y se refiere a la relación que se establece entre la autonomía social y la autonomía individual. Si el elemento germinal griego para el impulso del tercer imaginario postula la igualdad política como base



fundamental, ésta exige un marco normativo básico que permita alcanzar esta radical igualdad que se complemente con una educación cívica específica en la discusión, deliberación, debate, controversia pública y disponibilidad efectiva de información fiable. El concepto humanista de autonomía individual fortalece la esfera política como espacio de reflexión para combatir los proyectos conservadores, totalitarios y populistas. El marco normativo básico debe ser una Constitución que recoja los derechos esenciales del individuo y que asegure: el respeto a la legalidad, la posibilidad de acceso a una información veraz, y la superación de cualquier ley externa, como la religión. Estos tres aspectos permiten superar las amenazas de los proyectos populistas que, lejos de aceptar la realidad social como espacio de conflictividad ética, pretenden homogeneizarla en base a distintas amenazas de desintegración, soslayando la capacidad de diálogo y el compromiso social.

En última instancia, el objetivo es recuperar una esfera Política capaz de analizar y criticar la representación social del mundo, y que construirá la autonomía social desde la base individual. Por ello, es importante destacar la actualidad de la Filosofía Política como ámbito de reflexión y deliberación sobre la igualdad, los derechos y las leyes, sobre los fines últimos de la construcción social. Este marco normativo básico que impulsa la recuperación de la autonomía permite la abstracción de los conflictos sociales mediante la creación de instituciones que aseguren una radical igualdad. Y en su construcción es importante concebir la autonomía como aceptación de la insuficiencia individual y la necesidad de abrirse a los demás en busca de complementariedad. La autonomía individual está ligada a la libertad individual y asegura una pluralidad desde una posición de igualdad. Consecuentemente, el proyecto de autonomía colectiva en la sociedad debe promover la posibilidad efectiva de participar en la legislación, el gobierno y la jurisdicción, es decir, en la institución de la sociedad. La interdependencia de ambas autonomías, la individual y la social, permite articular la esfera política con las otras dos esferas vitales, la privada y la público-privada. En otras palabras, es necesaria una transformación antropológica del individuo que se oriente de acuerdo a los valores humanistas centrados en la autonomía individual para lograr la finalidad del *tú* y la universalidad del *ellos*. Un individuo que, responsable de sus actos, reflexiona y delibera sobre la cuestión social, que desarrolla su autonomía individual para proyectarse hacia el proceso de construcción social. Sin embargo, debemos ser conscientes que esta responsabilidad que genera la autonomía individual se convierte en una carga perpetua que nos obliga a una continua apertura hacia la pluralidad de valores, sin relativismo ético, puesto

que ya no hay valores trascendentales y revelados, sino que todos son producto de la creación social. Asumiendo, paralelamente, que se produce una inconmensurabilidad entre diferentes valores, por lo que la esfera Política se revela como el espacio de elección en este conflicto de valores. La pluralidad de valores no destruye la igualdad, puesto que ésta no significa identidad y puede combinarse con la pluralidad en la construcción de un tercer imaginario político, si promovemos una igualdad activa que potencie la diversidad y pluralidad efectiva de valores.

En conclusión, ante la crisis que atenaza la sociedad actual, el intento de configurar un nuevo imaginario político debe asumir la necesidad de una revolución, es decir, de una transformación radical de la estructura social que debe partir de la transformación radical del individuo contemporáneo. La esfera Política debe condensar una revolución social que transmute las significaciones sociales principales exigiendo la recuperación del sentido de comunidad y capacidad del individuo para instituir esta comunidad sin caer en las determinaciones externas de cualquier índole, religiosa, científica, nacionalista o comunitarista; el cambio de diversas dimensiones sociales que estructuran nuestra cultura y que permiten el autogobierno; y la transformación radical del propio individuo y la apertura de su esfera a la colectividad que ya no requiere de vanguardias ni de clases privilegiadas. La igualdad política radical sustenta una base mínima universal de valores que permite unir a los individuos en torno a ideales comunes que comprenden los conceptos de individualidad, autonomía, humanidad y pluralidad.

**BIBLIOGRAFÍA**

- Abellán, Joaquín, *Democracia. Conceptos políticos fundamentales*, Madrid: Alianza, 2011.
- , "Presentación de esta edición". En Bell, Daniel, *El Fin de las Ideologías*, Madrid: Centro de Publicaciones Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1992.
- , "Isaiah Berlin y Max Weber: más allá del liberalismo". En *Isaiah Berlin. La mirada despierta de la historia*, Eds. Pablo Badillo O'Farrell y Enrique Bocado Crespo, Madrid: Tecnos, 1999.
- Amin, Samir, *El virus liberal. La guerra permanente y la norteamericanización del mundo*, Barcelona: Hacer, 2007.
- Anderson, Perry, *Los fines de la historia*, Barcelona: Anagrama, 2002.
- Arendt, Hannah, *Karl Marx y la tradición del pensamiento político occidental*, Madrid: Encuentro, 2007.
- , *¿Qué es la política?* Barcelona: Paidós, 1997.
- Argandoña, A., "El pensamiento económico de Milton Friedman", *IESE Business School - Universidad de Navarra*, Documento de Investigación 193, Julio 1990.
- Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, Madrid: Gredos, 1985.
- , *Política*, Madrid: Tecnos, 2004.
- Aron, Raymond, *El marxismo de Marx*, Madrid: Siglo XXI, 2010.
- , *Ensayo sobre las libertades*, Madrid: Alianza, 2007.
- Astarita, Rolando, *El Capitalismo Roto. Anatomía de la crisis económica*, Madrid: La Linterna Sorda, 2009.
- Badillo O'Farrell, Pablo, "Pluralismo, libertad, decencia". En *Berlin, Isaiah, La mirada despierta de la historia*, Eds. Pablo Badillo O'Farrell y Enrique Bocado Crespo, Madrid: Tecnos, 1999.
- Baqués Quesada, Josep, *Friedrich Hayek. En la encrucijada liberal-conservadora*, Madrid: Tecnos, 2005.
- Barber, William J., *Historia del pensamiento económico*, Madrid: Alianza, 1974.
- Baudrillard, Jean, *América*, Barcelona: Anagrama, 1987.

- , *El espejo de la producción (o la ilusión crítica del materialismo histórico)*, Barcelona: Gedisa, 1980.
- Bauman, Zygmunt, *Comunidad*, Madrid: Siglo XXI, 2006.
- , *Mundo consumo*, Madrid: Paidós, 2010.
- , *Vida de Consumo*, Madrid: FCE, 2007.
- Beck, Ulrich, *La sociedad del riesgo global*, Madrid: Siglo XXI, 2006.
- Bell, Daniel, *El Fin de las Ideologías*, Madrid: Centro de Publicaciones Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1992.
- , *Las contradicciones culturales del capitalismo*, Madrid: Alianza, 1977.
- Berger, Peter L., y Thomas Luckmann, *La construcción social de la realidad*, Madrid: H.F. Martínez Murguía, 1968.
- Berlin, Isaiah, "Does Political Theory Still Exist?". En *Concepts and Categories*, London: Pimlico, 1999.
- , *El erizo y la zorra. Tolstoi y su visión de la historia*, Barcelona: Ediciones Península, 2009.
- , "¿Existe aún la teoría política?". En Berlin, Isaiah, *El estudio adecuado de la humanidad*, Madrid: Fondo de Cultura Económica, 2009.
- , "Tres originales y una réplica". En *Isaiah Berlin. La mirada despierta de la historia*, Eds. Pablo Badillo O'Farrell y Enrique Bocado Crespo, Madrid: Tecnos, 1999.
- , "Un punto de inflexión en el pensamiento político". En *Isaiah Berlin. La mirada despierta de la historia*, Eds. Pablo Badillo O'Farrell y Enrique Bocado Crespo, Madrid: Tecnos, 1999.
- Berzosa, Carlos, "La hegemonía de las finanzas en la situación económica mundial", *Revista de Economía Mundial*, n.23, 2009.
- Birulés, Fina, "Introducción. ¿Por qué debe haber alguien y no nadie?". En Arendt, Hannah, *¿Qué es la política?*, Barcelona: Paidós, 1997.
- Block, F., "Introducción". En Polanyi, Karl, *La Gran Transformación*, Buenos Aires: FCE, 2007.
- Bobbio, Norberto, *Igualdad y libertad*, Barcelona: Paidós, 1993.
- , "Las promesas incumplidas de la democracia", *Zona Erógena*, N° 14, 1993.

- Bosco Díaz-Urmeneta, Juan, "Los límites de la Ilustración: una aproximación al concepto de experiencia en Isaiah Berlin". En *Isaiah, Berlin. La mirada despierta de la historia*, Ed. Pablo Badillo O'Farrell y Enrique Bocado Crespo, Madrid: Tecnos, 1999.
- Bowles, Samuel, David M. Gordon y Thomas E. Weisskopf, *La economía del despilfarro*, Madrid: Alianza Editorial, 1989.
- Boyer, Robert, "La crisis actual a la luz de los grandes autores de la economía política", *Economía: Teoría y Práctica*, Nueva Época n.33, julio-diciembre, 2010.
- Braudel, Fernand, *La dinámica del capitalismo*, Madrid: Alianza, 1985.
- , *Las civilizaciones actuales. Estudio de historia económica y social*, Madrid: Tecnos, 1978.
- Bronner, Stephen, *Reivindicación de la Ilustración*, Pamplona: Laetoli, 2007.
- Brunet, Ignacio, e Ignacio Pastor, "La axiomática de la ciencia económica convencional", *Política y Sociedad*, Madrid, 37, 2001.
- Burgaya, Josep, *El Estado de bienestar y sus detractores*, Barcelona: Octaedro, 2013.
- Butler, Christopher *Postmodernism*, New York: Oxford University Press, 2002.
- Camps, Victoria, *Paradojas del individualismo*, Barcelona: Crítica, 1999.
- Castoriadis, Cornelius, *Democracia y relativismo. Debate con el MAUSS*, Madrid: Trotta, 2007.
- , *El imaginario social instituyente*, Biblioteca Omegalfa, en Internet.
- , *La institución imaginaria de la sociedad*, Barcelona: Tusquets, 2013.
- , *La sociedad burocrática vol. II. La revolución contra la burocracia*, Barcelona: Tusquets, 1976.
- , *Los dominios del hombre. Las encrucijadas del laberinto*, Barcelona: Gedisa, 1998.
- , *Una sociedad a la deriva. Entrevistas y debates (1974-1977)*, Buenos Aires: Katz, 2006.
- Comte, Auguste, *La Física social*, Madrid: Aguilar, 1981.
- Condorcet, *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*, Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2004.
- Dahl, Robert A., *La democracia*, Barcelona: Ariel, 2012.

- Day, Richard B., "Pavel V. Maksakovsky: The Marxist Theory of the Cycle", *Historical Materialism*, volumen 10:3, Leiden, 2002.
- Debord, Guy, *La sociedad del espectáculo*, Valencia: Pre-Textos, 2010.
- Díaz, Carlos, "Dossier informativo". En Hegel, G.W.F., *Fenomenología del Espíritu*, Madrid: Alhambra, 1986.
- Dornean, A. y V. Isan, "A Critical Perspective on the Doctrinal Approaches Regarding the Economic Crises", *The 7th Edition of the International Conference - European Integration. Realities and Perspectives*, 2012.
- Duby, Georges, *Los tres órdenes o lo imaginario del feudalismo*, Barcelona: Argot-Compañía del Libro, 1983.
- Dülmen, Richard van, *Los inicios de la Europa Moderna (1550-1648)*, Madrid: Siglo XXI, 1984.
- Dumont, Louis, *Ensayos sobre el individualismo*, Madrid: Alianza, 1987.
- Dupont, B., "Les cycles d'accumulation du capital dans la théorie marxiste", *Cahiers d'Économie Politique*, nº66, 2014.
- Durand, Gilbert, *La imaginación simbólica*, Buenos Aires: Amorrortu, 2007.
- Durkheim, Émile, *La división del trabajo social*, Madrid: Akal, 1982.
- Elster, Jon, *Tuercas y tornillos*, Barcelona: Gedisa, 2003.
- Etapé, Fabián, "Introducción". En Galbraith, John K., *La sociedad opulenta*, Barcelona: Ariel, 2004.
- Estefanía, Joaquín, *Aquí no puede ocurrir. El nuevo espíritu del capitalismo*, Madrid: Taurus, 2002.
- , *La cara oculta de la prosperidad. Economía para todos*, Madrid: Taurus, 2003.
- Estevez Araujo, José Antonio, "En los límites de la realidad liberal", *Anuario de Filosofía del Derecho*, Volumen XXIV, 2007.
- Flahault, François, *El crepúsculo de Prometeo. Contribución a una historia de la desmesura*, Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2013.
- Flores d'Arcais, Paolo, *¡Democracia!*, Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2013.
- Frampton, Kenneth, "Hacia un regionalismo crítico: seis puntos para una arquitectura de resistencia". En *La Posmodernidad*, Ed. Hal Foster, Barcelona: Kairós, 2006.

- Frieden, Jeffrey A., *Capitalismo global. El trasfondo económico de la historia del siglo XX*, Barcelona: Crítica, 2007.
- Friedman, Milton y Rose Friedman, *Libertad de elegir. Hacia un nuevo liberalismo económico*, Barcelona: Grijalbo, 1980.
- Friedman, Milton, *Ensayos sobre Economía Positiva*, Madrid: Gredos, 1967.
- , *La economía monetarista*, Barcelona: Gedisa, 1992.
- Fukuyama, Francis, "El fin de la historia?", *Estudios Públicos*, nº37, 1990.
- , *El fin de la Historia y el último hombre*, Barcelona: Planeta, 1992.
- , *La construcción del Estado. Hacia un nuevo orden mundial en el siglo XXI*, Barcelona: Ediciones B, 2004.
- , *La Gran Ruptura*, Barcelona: Ediciones B, 2000.
- Galbraith, John Kenneth, *Breve historia de la euforia financiera*, Barcelona: Ariel, 1991.
- , *Historia de la economía*, Barcelona: Ariel, 1989.
- , *La sociedad opulenta*, Barcelona: Ariel, 2004.
- García Guitián, E., "El pluralismo liberal de I. Berlin". En *Isaiah Berlin. La mirada despierta de la historia*, Eds. Pablo Badillo O'Farrell y Enrique Bocado Crespo, Madrid: Tecnos, 1999.
- González García, José María, "Ética y sociología: sociogénesis de la moral". En *La aventura de la moralidad. Paradigmas, fronteras y problemas de la ética*, Eds. Carlos Gómez y Javier Muguerza, Madrid: Alianza, 2012, pp. 163-183.
- Gray, John, *Anatomía de Gray*, Barcelona: Paidós, 2011.
- , *Liberalismo*, Madrid: Alianza, 1994.
- , *Tecnología, progreso y el impacto humano sobre la Tierra*, Buenos Aires: Katz, 2008.
- Gribbin, John, *Historia de la Ciencia. 1543-2001*, Barcelona: Crítica, 2003.
- Guisán, Elena, *Una ética de libertad y solidaridad: J.S. Mill*, Barcelona: Anthropos, 2008.
- Habermas, Jürgen, *Teoría y praxis*, Madrid: Tecnos, 2008.
- , "La modernidad, un proyecto incompleto". En *La Posmodernidad*, Ed. Hal Foster, Barcelona: Kairós, 2006.

- Habermas, Jürgen y John Rawls, *Debate sobre el liberalismo político*, Barcelona: Paidós, 1998.
- Hamilton, Clive, *El fetiche del crecimiento*, Pamplona: Laetoli, 2006.
- Harte-Bunting, Robyn, "The Mises-Hayek Business Cycle Theory", *Procesos de Mercado: Revista Europea de Economía Política*, Vol. IX, n.º 2, Otoño 2012.
- Harvey, David, *Breve historia del neoliberalismo*, Madrid: Akal, 2007.  
 , *El enigma del capital*, Madrid: Akal, 2012.
- Hayek, Friedrich August von, *The Road to Serfdom*, Chicago: The University of Chicago Press, 2007.
- Heckscher, Eli F., *La época mercantilista. Historia de la organización y las ideas económicas desde el final de Edad Media hasta la sociedad liberal*, Mexico D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1943.
- Hegel, G.W.F., *Fenomenología del Espíritu*, Madrid: Alhambra, 1986.
- Hodrick, R. J., y E. C. Prescott, "Postwar U.S. business cycles: An empirical investigation", *Journal of Money, Credit, and Banking*, vol. 29, n.1, Febrero 1997.
- Horkheimer, Max, *Crítica de la razón instrumental*, Madrid: Trotta, 2010.
- Huntington, Samuel P., *El choque de civilizaciones*, Barcelona: Paidós, 1997.  
 , *La Tercera Ola. La democratización a finales del siglo XX*, Barcelona: Paidós, 1994.
- Ibáñez, Jesús, "Introducción". En Maffesoli, Michel, *El tiempo de las tribus*, Barcelona: Icaria, 1990.
- Jameson, Frederic, "Posmodernismo y sociedad de consumo". En *La Posmodernidad*, Ed. Hal Foster, Barcelona: Kairós, 2006.
- Juliá, Santos y Ana Martínez, *Teoría e historia de los sistemas sociales*, Madrid: UNED, 1991.
- Kampfner, John, *Libertad en venta ¿Por qué vendemos democracia a cambio de seguridad?*, Barcelona: Ariel, 2011.
- Kant, Immanuel, *Was ist Aufklärung?* Hamburg: Felix Meiner Verlag, 1999.
- Karabel, Jerome, "Revisión del fracaso del Socialismo Americano". En Sombart, Werner, *¿Por qué no hay socialismo en los Estados Unidos?* Palencia: Capitán Swing, 2009.



- Keany, M. "Financialization and Social Structure of Accumulation Theory", *World Review of Political Economy* Vol. 5, No. 1, Primavera 2014.
- Kennedy, Paul, "Prólogo". En Frieden, Jeffrey A., *Capitalismo global. El trasfondo económico de la historia del siglo XX*, Barcelona: Crítica, 2007.
- Keynes, John Maynard, *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, Mexico D. F.: Fondo de Cultura Económica, 2010.
- Kniepert, Martin, "Die (Neue) Institutionenökonomik als Ansatz für einen erweiterten, offeneren Zugang zur Volkswirtschaftslehre", Universität für Bodenkultur Wien Department für Wirtschafts- und Sozialwissenschaften, Diskussionspapier DP-55-2014 Institut für nachhaltige Wirtschaftsentwicklung April 2014.
- Kondratieff, Nikolai D., *Los ciclos económicos largos*, Cheshunt: GDP, 1995.
- Kotz, David M., "Economic Crisis in the United States: A Crisis of Over-investment", *Review of Radical Political Economics*, vol. 45, n.3, 2013.
- , "Globalization and neoliberalism", *Rethinking marxism*, Vol. 14, No.2, verano 2002.
- Küng, Hans, *El cristianismo. Esencia e Historia*, Madrid: Trotta, 2007.
- Lamas, Marta, "Prólogo". En McKinnon, Susan, *Genética Neoliberal. Mitos y moralejas de la psicología evolucionista*, Mexico D.F.: FCE, 2012.
- Lipovetsky, Gilles, *La era del vacío*, Barcelona: Anagrama, 2000.
- Locke, John, *Ensayo sobre la tolerancia y otros escritos sobre ética y obediencia civil*, Madrid: Biblioteca Nueva, 2011.
- Lucas, Robert E., *Modelos de ciclos económicos*, Madrid: Alianza, 1988.
- Lutz, Heinrich, *Reforma y contra-reforma. Europa entre 1520 y 1648*, Madrid: Alianza, 2009.
- Lyotard, Jean-François, *The Postmodern Condition*, Minneapolis: University of Minnesota Press, 1984.
- MacIntyre, Alasdair, *Historia de la ética*, Barcelona: Paidós, 2006.
- MacLuhan, Marshal y B.R. Powers, *La aldea global*, Barcelona: Gedisa, 1993.
- Maffesoli, Michel, *El tiempo de las tribus*, Barcelona: Icaria, 1990.
- , "El vínculo imaginal", *Política y Sociedad*, Vol. 43 Núm. 2, 2006.
- Marco Aurelio, *Meditaciones*, Barcelona: Gredos, 2008.

- Marquard, Odo, *Las dificultades con la Filosofía de la Historia*, Valencia: Pre-textos, 2007.
- Marshall, Alfred, *Principles of Economics*, Hampshire: Palgrave MacMillan, 1920.
- Martínez Shaw, Carlos, *El siglo de las Luces. Las bases intelectuales del reformismo*, Madrid: Temas de Hoy, 1996.
- Marx, Karl, *La ideología alemana (I) y otros escritos filosóficos*, Madrid: Ed. Losada, 2005.
- , *Manuscritos de economía y filosofía*, Madrid: Alianza, 2013.
- McDonough, Terrence, "Social Structures of Accumulation Theory: The State of the Art", *Review of Radical Political Economics*, Vol. 40, No. 2, Primavera 2008.
- McKinnon, Susan, *Genética Neoliberal. Mitos y moralejas de la psicología evolucionista*, Mexico D.F.: FCE, 2012.
- Mill, John Stuart, *On Liberty and other writings*, Cambridge: Cambridge University Press, 2005.
- Mises, Ludwig von, *Liberalismo*, Madrid: Unión Editorial, 1977.
- Morin, Edgar, *Breve historia de la barbarie en Occidente*, Barcelona: Paidós, 2009.
- , *¿Hacia el abismo? Globalización en el siglo XXI*, Madrid: Espasa, 2010.
- M, Jesús, *Conceptos y teorías en la ciencia*, Madrid: Alianza, 2000.
- Múgica, Fernando, *John Stuart Mill, lector de Tocqueville. El futuro de la democracia*, Barañain: EUNSA, 2010.
- Munck, Thomas, *Historia social de la Ilustración*, Barcelona: Crítica, 2001.
- Naredo, José Manuel, *Economía, poder y política. Crisis y cambio de paradigma*, Madrid: Díaz&Pons Editores, 2013.
- , *La economía en evolución. Historia y perspectivas de las categorías básicas del pensamiento económico*, Madrid: Siglo XXI, 2003.
- , *Raíces económicas del deterioro ecológico y social*, Madrid: Siglo XXI, 2010.
- Navarro, Vicenç, *Neoliberalismo y Estado del bienestar*, Barcelona: Ariel, 1998.
- Ockham, Guillermo de, *Sobre el gobierno tiránico del papa*, Madrid: Tecnos, 1992.
- O'Hara, Ph. A., "After Neoliberalism: A Social Structure of Accumulation or Mode of Regulation for Global or Regional Performance?" *Journal of Economic issues*, vol. XLIV No. 2, June 2010.

- Passet, René, *Las grandes representaciones del mundo y la Economía a lo largo de la historia*, Madrid: Clave Intelectual, 2013.
- Pintos, José Luis, *Los Imaginarios Sociales*, Maliaño: Sal Terrae, 1995.
- Polanyi, Karl, *La gran transformación*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2007.
- , *Los límites del mercado. Reflexiones sobre economía, antropología y democracia*, Madrid: Capitán Swing, 2014.
- Popper, Karl R., *La miseria del historicismo*, Madrid: Alianza, 2014.
- Possenti, Vittorio, *Las sociedades liberales en la encrucijada*, Barcelona: Ediciones Internacionales Universitarias, 1977.
- Quesada, Fernando, *Sendas de democracia. Entre la violencia y la globalización*, Madrid: Trotta, 2008.
- , *Ética y política: sobre la relación entre filosofía moral y filosofía política. Una aproximación histórico-conceptual*. En *La aventura de la moralidad. Paradigmas, fronteras y problemas de la ética* (pp.224-277), Eds. Carlos Gómez y Javier Muguerza, Madrid: Alianza, 2012, pp.224-277.
- , *¿Un nuevo imaginario político?*, *Revista Internacional de Filosofía Política*, nº 17, 2001.
- Quesada, Fernando, ed., *Ciudad y ciudadanía. Senderos contemporáneos de la filosofía política*, Trotta, Madrid, 2008.
- Ramoneda, Josep, "Prólogo: ¿Qué es la democracia? Una teoría crítica de la democracia real". En Flores d'Arcais, Paolo, *¡Democracia!*, Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2013.
- Reale, Giovanni y Dario Antiseri, *Historia del pensamiento filosófico y científico*, Barcelona: Herder, 2004, Tomo I.
- , *Historia del pensamiento filosófico y científico*, Barcelona: Herder, 2004, Tomo II.
- , *Historia del pensamiento filosófico y científico*, Barcelona: Herder, 2004, Tomo III.
- Rendueles, César, "Karl Polanyi. Más allá de la mentalidad de mercado". En Polanyi, Karl, *Los límites del mercado. Reflexiones sobre economía, antropología y democracia*, Madrid: Capitán Swing, 2014.

- Ricardo, David, *On the Principles of Political Economy and Taxation*, Libro electrónico.
- Riutort, Bernat, *La gran ofensiva. Crisis global y crisis de la Unión Europea*, Barcelona: Icaria, 2014.
- , *Globalización y cambio de las categorías Filosófico-Políticas*. En *Ciudad y ciudadanía. Senderos contemporáneos de la Filosofía Política*, Ed. Fernando Quesada, Madrid: Trotta, 2008, pp.119-140.
- , *Autoridad post-democrática: La Unión Europea*, *Sin permiso*, Junio 2016, p.8. [Consulta: 19 de Junio de 2016] Disponible en web: <http://www.sinpermiso.info/textos/autoridad-post-democratica-la-union-europea>
- Rodrik, Dani, *La paradoja de la Globalización*, Barcelona: Antoni Bosch editor, 2011.
- Rousseau, Jean-Jacques, *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres*, Madrid: Alianza, 1980.
- Rubio Llorente, F., *Introducción*. En Marx, Karl, *Manuscritos de economía y filosofía*, Madrid: Alianza, 2013.
- Saavedra, Luis, *Ensayo sobre la riqueza*, Madrid: Catarata, 2010.
- Sanz Serrano, José Antonio, *Esquemas de Historia del pensamiento económico*, Sevilla: Universidad de Sevilla, 2006.
- Sartori, Giovanni, *La democracia después del comunismo*, Madrid: Alianza, 1993.
- , *La sociedad multiétnica. Pluralismo, multiculturalismo y extranjeros*, Madrid: Santillana, 2001.
- Schumpeter, Joseph Alois, *Historia del análisis económico*, Barcelona: Ariel, 1971.
- , *¿Puede sobrevivir el capitalismo? La destrucción creativa y el futuro de la Economía global*, Madrid: Capitán Swing Libros, 2010.
- , *Síntesis de la evolución de la ciencia económica y sus métodos*, Barcelona: Oikos-Tau, 1967.
- Searle, John R., *La construcción de la realidad social*, Barcelona: Paidós, 1997.
- Senior, Nassau William, *An Outline of the Science of Political Economy*, New York: Sentry Press, 1965.
- Sennett, Richard, *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*, Barcelona: Anagrama, 2009.

- Smith, Adam, *The Wealth of Nations*, New York, Random House, 1994.
- Solís, Carlos y Manuel Sellés, *Historia de la ciencia*, Madrid: Espasa, 2007.
- Sombart, Werner, *El burgués. Introducción a la historia espiritual del hombre económico moderno*, Madrid: Alianza, 1979.
- , *¿Por qué no hay socialismo en los Estados Unidos?* Palencia: Capitán Swing, 2009.
- Stiglitz, Joseph E., Amartya Sen y Jean-Paul Fitoussi, *Medir nuestras vidas. Las limitaciones del PIB como indicador del progreso*, Barcelona: RBA Libros, 2013.
- Tapia, José A., y Rolando Astarita, *La Gran Recesión y el capitalismo del siglo XXI*, Madrid: Los libros de la Catarata, 2011.
- Taylor, Charles, *Imaginario sociales modernos*, Barcelona: Paidós, 2006.
- Tocqueville, Alexis de, *La democracia en América*, Madrid: Alianza, 1980.
- Todorov, Tzvetan, *El espíritu de la Ilustración*, Barcelona: Círculo de Lectores, 2008.
- , *El jardín imperfecto. Luces y sombras del pensamiento humanista*, Barcelona: Paidós, 2008.
- , *Los enemigos íntimos de la democracia*, Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2012.
- Torres del Moral, Antonio, "Estudio Preliminar". En Condorcet, *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*, Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2004.
- Vargas Llosa, Mario, "Prólogo: un filósofo discreto". En Berlin, Isaiah, *El erizo y la zorra*, Barcelona: Península, 2009.
- Wallerstein, Immanuel, *El capitalismo histórico*, Madrid: Siglo XXI, 2012.
- , *El moderno sistema mundial-I. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI*, Mexico D.F.: Siglo XXI, 1987.
- , *El moderno sistema mundial-II. El mercantilismo y la consolidación de la economía-mundo europea 1600-1750*, Mexico D.F.: Siglo XXI, 1984.
- , *Universalismo europeo. El discurso del poder*, Madrid: Siglo XXI, 2007.
- Walters, Alan, "Introducción". En Friedman, Milton, *La economía monetarista*, Barcelona: Gedisa, 1992.
- Weber, Max, *Ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Madrid: Biblioteca Nueva, 2012.

Wolff, Jonathan, *Filosofía Política*, Barcelona: Ariel, 2009.

Wolfson, Martin H., "Neoliberalism and the Social Structure of Accumulation",  
*Review of Radical Political Economics*, Vol. 35, No. 3, Verano 2003.

Wolfson, Martin H., y David M. Kotz, "A reconceptualization of social structure of  
accumulation theory", *World Review of Political Economy*, 2010.

Zúñiga, Luis R., "Introducción". En Durkheim, Émile, *La división del trabajo social*,  
Madrid: Akal, 1982.